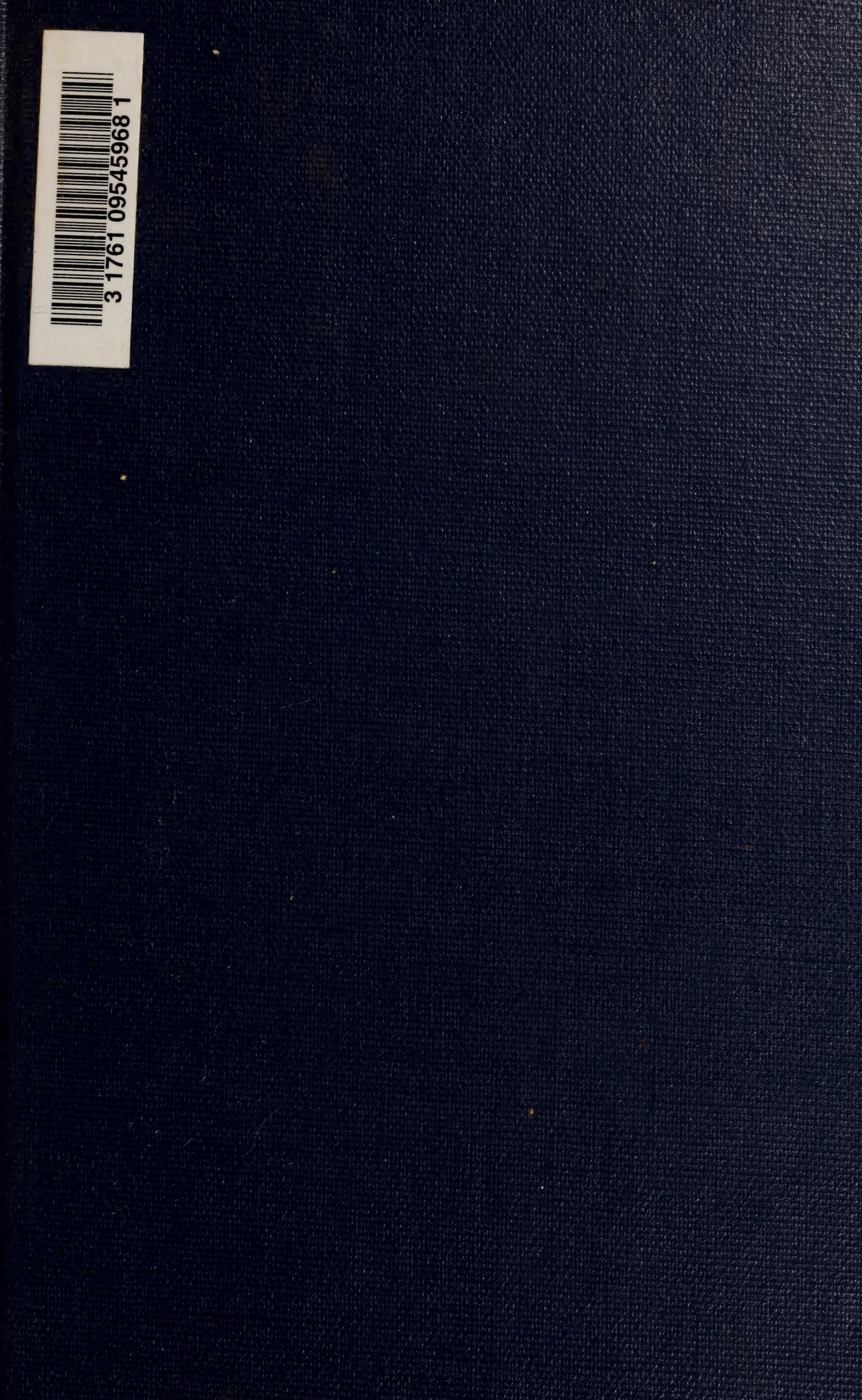

3 1761 09545968 1



MESONERO ROMANOS

EN 1838

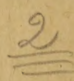
SEGÚN RETRATO QUE POSEEN SUS HIJOS, PINTADO POR D. JOSÉ DE LA REVILLA

(Fragmento.)

RAMÓN DE MESONERO ROMANOS
«EL CURIOSO PARLANTE»

TRABAJOS NO COLECCIONADOS

TOMO II Y ULTIMO



REFUNDICIONES DEL TEATRO ANTIGUO
Y COMEDIA ORIGINAL (INÉDITAS)
HISTORIA Y CRÍTICA DRAMÁTICAS
BIOGRAFÍA
COMPOSICIONES POÉTICAS (INÉDITAS)
MISCELÁNEA, ETC.

(PUBLICADO POR SUS HIJOS)

CON UN RETRATO,
DOCUMENTOS BIOGRÁFICOS Y NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1905

REFUNDICIONES DEL TEATRO ANTIGUO

Y COMEDIA ORIGINAL

(INÉDITAS)



En el tomo 2.º de *Contemporáneos á Lope de Vega* (Biblioteca de AA. EE., de Rivadeneyra), en una nota á la biografía de Tirso de Molina, da noticia en estos términos Mesonero Romanos de las refundiciones que de obras del famoso mercenario había hecho, y de otros trabajos dedicados al Maestro Gabriel Téllez, de quien era ferviente admirador:

En 1826, el autor de estos apuntes y colección refundió é hizo representar las comedias «Amar por señas», «La dama del olivar» y «Ventura te dé Dios, hijo», de Tirso: en 1837 leyó un discurso crítico sobre este autor en el Ateneo de Madrid, y en 1848 publicó un libro titulado «Tirso de Molina, cuentos, fábulas, descripciones, diálogos, máquinas y dichos agudos escogidos en sus obras, con un discurso crítico, por D. Ramón Mesonero Romanos».

Ocupándose de Hurtado de Mendoza en la misma Biblioteca de AA. EE., da cuenta de la refundición de su comedia *El marido hace mujer*, en los términos que se reproducen al frente de la misma. Y por último señala también la de *La viuda valenciana*, de Lope, juntamente con los anteriores manuscritos (alguno autógrafo) en el Catálogo de su Biblioteca, impreso en Madrid en 1875, todos los cuales conservamos sus hijos.

Que proyectó proseguir estas labores pruébalo una

nota suelta, en la cual, bajo el epígrafe de *Refundibles*, se comprenden *El pretendiente al revés*, *La huerta de Juan Fernández*, *Desde Toledo á Madrid*, *La ventura con el nombre*, *La discreta enamorada*, *Hombre pobre todo es trazas*, *Entre bobos anda el juego*, *No hay vida como la honra*, *Averígüelo Vargas* y *La fuerza del sino*; pero no perseveró en su propósito.

Omítese aquí, para evitar el desarrollo excesivo de este volumen, la refundición que también hizo de *Lorenza la de Estercuel ó la dama del olivar*, comedia, que, por otra parte, ofrece una libertad de lenguaje poco en armonía con nuestras actuales costumbres sociales y literarias.

Además del autógrafo de la refundición que poseemos, encuéntranse copias en la Biblioteca Municipal, formada en 1876, con gran parte de la suya, por nuestro padre, doble circunstancia que facilita la consulta á quien pudiera tener interés en verificarla.

Las comedias se han impreso por los originales del refundidor ó copias corregidas de su mano, cotejadas unas y otras, escrupulosamente, después con las obras respectivas, edición de la «Galería Dramática».—Madrid, Yenes, 1839 y siguientes.

En otro lugar de este volumen se encuentra un trabajo sobre refundición de comedias antiguas, que comprendía las teorías del autor acerca de esta clase de trabajos literarios.

AMAR POR SEÑAS

ó

ES UNA DE LAS TRES Y DE LAS TRES NO ES NINGUNA

COMEDIA SIN FAMA
DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA, REFUNDIDA Y PUESTA
EN CINCO ACTOS
POR D. RAMÓN DE MESONERO ROMANOS

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

Gabriel Manrique	**J. Romea.**
Carlos, Duque de Orleans	**Florencio Romea.**
Enrique, su primo, Conde de Bles	**F.º Barroso.**
Filipo, Duque de Lorena	**P. López.**
Montoya, criado de don Gabriel	**A. Guzmán.**
Ricardo, criado de Beatriz	**»**
Beatriz, hija del Duque de Lorena	**Matilde Díez.**
Clemencia, su hermana, Duquesa de Joyosa	**J.ª Palma.**
Armesinda, su prima	**J. Espejo.**

La escena es en la quinta de Floralba, próxima á la corte de Lorena. Trajes á la antigua francesa, menos don Gabriel y Montoya que visten á la española.

SIGLO XVII

ACTO PRIMERO

El teatro representa una sala de la quinta ó palacio de Floralba, adornada con tapicerías y sin muebles. En el fondo una gran chimenea por donde á su tiempo ha de bajar Montoya. En uno de los lados un torno á manera de los conventos de monjas. Hay luz encendida.

ESCENA PRIMERA

Salen corriendo Ricardo con una maleta y detrás D. Gabriel con la espada desnuda.

GABRIEL. Hombre, ¿estás encantado?
Cuando corro tras ti, por bosque y prado
sus alas te da el viento;
si te pierdo de vista, á paso lento

caminas, y al instante
que pienso que te alcanzo, la inconstante
cometa no te iguala;
siguiéndote me traes de sala en sala
después que en esta quinta
entraste, que de Circe hechizos pinta:
sola y deshabitada
de luces y tapices adornada,
á nadie en ella veo:
ó loco estoy, ó lo que sueño creo.

RICARDO. El orden he cumplido
que me dió quien aquí te ha reducido.
Consulta con tu suerte,
español, ó el ganarte ó el perderte,
porque si eres discreto
toda tu dicha estriba en el secreto.
Y no te asombres tanto,
que ésta es industria sola, no es encanto,
porque lo que primero
te dije es, español, lo verdadero.

GABRIEL. ¿Qué dices, hombre?

RICARDO. Esto digo.

GABRIEL. ¿Que me robes te mandó
quien bien me quiere?

RICARDO. Y soy yo
de sus desvelos testigo.

GABRIEL. ¿Y gusta que me des cuenta
del hurto que has hecho?

RICARDO. Sí.

GABRIEL. ¿Quién es?

RICARDO. Cerca está de aquí.

GABRIEL. Díme su nombre.

RICARDO. No intenta
que lo sepas por ahora.

GABRIEL. No, ¿pues cuándo?

RICARDO. Más despacio.

GABRIEL. ¿Dónde está?

RICARDO. De este palacio
suele ser habitadora.

GABRIEL. Sepa yo cómo se llama.

RICARDO. Que lo ignores determina.
¿Conoces á la sobrina

del Duque?

GABRIEL. Preciosa dama.

RICARDO. Pues no es ésta la curiosa
inventora de esta empresa.
¿Sabes quién es la Duquesa
en Lorena, de Joyosa?

GABRIEL. Esa es madama Clemencia,
de dos hijas la menor
del Duque.

RICARDO. Pues no es su amor
quien quiere impedir tu ausencia.

GABRIEL. ¿Pues quién? Que me vuelves loco.

RICARDO. ¿Ya conoces á Beatriz?...

GABRIEL. ¿Qué dices? ¡Suerte feliz!

RICARDO. Pues no es aquesta tampoco.

GABRIEL. ¡Oh, bárbaro burlador!
¡Viven los cielos!...

RICARDO. Despacio;
en este hermoso palacio
te tiene una dama amor
que desea conocerte
y ver si en España amaste,
por qué causa te ausentaste
y ahora intentas volverte.
Dióme para ello la traza
que has visto y ejecuté,
la maleta te robé,
que á no hacerlo me amenaza
no menos que en la cabeza;
y harálo, que es poderosa.
Sabrá por ella curiosa
tu estado, patria y nobleza,
pues claro está que ha de hallar
papeles que de esta duda
la saquen. De intentos muda
sin resolverte á ausentar,
que puesto que este secreto
importa lo que no sabes,
por haber motivos graves
y serlo tanto el sujeto,
estimarás tu fortuna
cuando conozcan cuál es,

porque es *una de las tres*,
y de las tres no es ninguna.
(Vase y apaga la luz.)

ESCENA II

GABRIEL. Ladrón ingenioso, aguarda.
¿Que así un hombre se me atreva?
Seguiréle, que me lleva
las joyas de mi Gerarda.
Espera... Fuése y mató
la luz, cerrando la puerta.
Cuando tanto enigma advierta,
¿podré interpretarlo yo?
De tres damas que nombró
afirma que la una es
quien bien me quiere, y después
que no es de las tres ninguna.
¿Cómo, si es de las tres una,
no es ninguna de las tres?
No será Beatriz, hermosa,
que ha de casarse mañana
con el de Orleans; no su hermana,
que ha de ser de Enrique esposa;
no Armesinda, generosa,
que es muy niña su belleza
para tanta sutileza.
Pensamientos, poco á poco,
que me vais volviendo loco
y ya mi frenesí empieza.

ESCENA III

Hablan desde arriba y van descolgando á Montoya, vendados los ojos y atadas las manos atrás.

VOZ DE CRIADOS. ¡Ande y calle!
MONTOYA. ¿Á dónde bueno?
¡Oh! ¿Para qué tantas prisas?
CRIADO. Ya se lo dirán.
MONTOYA. ¿De misas?

¿Luego á réquiem me condeno?
¿Á dónde bueno conmigo,
señores, que encaramados
me han hecho pisar tejados
á cierra ojos?

CRIADO. ¡Ya le digo
que ande y calle si desea
vivir!

MONTOYA. ¿Pues de esto se enojan?
¿Por dónde diablos me arrojan?

CRIADO. Sabrálo cuando lo vea. *(Lo van descolgando.)*

MONTOYA. Si es verdad esto que toco,
sin ser chorizo ó jamón,
me han colgado de un cañón
chimeneo.

CRIADO. Poco á poco,
que si cae se ha de matar.

MONTOYA. ¿Quién vió á oscuras volatín?
¡Puf! Llenóseme de ollín
la boca. ¿En qué ha de parar
mi ciego descendimiento?

CRIADO. ¡Hombre, calla!

MONTOYA. ¡Confesión!
Á humo huele de carbón.
¿Si tendremos quemamiento?
¡Lástima de mí tened!

GABRIEL. Una voz se va acercando
querellosa...

MONTOYA. Bamboleando
doy de pared en pared.
Si abajo hay leña encendida,
mi chamuscación es clara.

GABRIEL. Espanto infunde el oir
estas voces... mas ¿qué es esto?
¡Ea, vil temor! Dispuesto
estoy, matando, á morir.

CRIADO. Soltadle, que ya estará
en el suelo. *(Cae por la chimenea.)*

ESCENA IV

MONTOYA. ¡Ay! Deslomóme,
tullíme, desvencijéme
del golpe.
GABRIEL. Hombre, tente allá
si no quieres que te mate.
MONTOYA. ¿Qué más tenido me quieres
si estoy atado?
GABRIEL. ¿Quién eres?
MONTOYA. Ese es gentil disparate
verme y no te puedo ver,
¿y eso preguntas? Yo he sido
lacayo, y ya soy Cupido
vendado; ¿quién puede ser
un hombre cuando no vea?
GABRIEL. ¿Quién eres, en conclusión?
MONTOYA. Soy tuétano del cañón
de toda una chimenea;
duélete de un pobre mozo.
GABRIEL. No te veo.
MONTOYA. ¿No, por Dios?
¿Luego estaremos los dos
en el limbo ó en el pozo?
GABRIEL. ¿Es Montoya?
MONTOYA. ¿Es don Gabriel?
GABRIEL. ¿Cómo ó quién te trajo aquí?
MONTOYA. ¿Sélo yo? Llégate á mí,
desátame este cordel
que me tiene estropeado,
mientras mis dichas te cuento.
GABRIEL. Desataréte á tiento.
MONTOYA. ¿Luego también te han vendado
los ojetes como á mí?
GABRIEL. No, pero estamos á oscuras.
MONTOYA. ¡Oh, amo mío, qué aventuras
nos suceden! Hacia aquí,
topaste con la lazada.
GABRIEL. Álzate.
MONTOYA. ¡Gracias á Dios!

¿Á dónde estamos los dos?

GABRIEL. En una casa encantada.

MONTOYA. ¡Encantada! ¿Desvarías?
¿Qué dices?

GABRIEL. ¿Qué he de decir,
si no hay por dónde salir?

MONTOYA. ¡Libros de caballerías!
Yo empeñaba mi ración
donde topaba Amadises,
Esplandianes, Belianises,
que de región en región
por barbechos y rastrojos
descuartizando gigantes
deshacían siendo andantes
los tuertos y los bisojos.
Donde sabios de ventaja
encantaban de una vez
princesas de diez en diez
por quítame allá esas pajas.
Mas siempre estos hechiceros
(que los más eran traidores)
encantando á los señores
dejaban los escuderos
á nosotros emboscados
y sin cenar nos cogieron;
pero en fin, nunca murieron,
de hambre los encantados
cosa que es bien que se note;
más mis alientos se holgaran
que esta vez nos encantaran
con dos platos de jigote.

GABRIEL. ¡Qué diferentes cuidados
son los tuyos de los míos!

MONTOYA. Diremos mil desvaríos,
que estamos encantusados.
¿Quieres apostar, señor,
que los monsiures vencidos
nos embaulan, ofendidos
de su afrenta y tu valor?

GABRIEL. Tenlo por cierto.

MONTOYA. ¿Y no intentas
salir de aqueste palacio?

Pues ya que estamos despacio,
señor, ajustemos cuentas.
Yo debo ser un salvaje,
una mula de alquiler,
pues no merezco saber
por qué intentabas el viaje.
¿Qué mosca te dió? No ha una hora,
que con la cara serena
triunfando te vi en Lorena?
¿De qué es la murria de ahora?
Danzaste á satisfacción
de todo el salón ducal
anteanoche sin igual,
Adonis del tal salón.
Cinco premios de la fiesta
esta tarde te has mamado,
de monsiures envidiado,
porque tu cólera adusta
dió con tres patas arriba,
que del campo sastres fueron,
pues que la arena midieron.
¿Qué belleza, por esquiva,
soberbia, qué generosa
presunción, qué tiranía
de voluntades te vió,
que con cara cosquillosa
no te echase bendiciones,
si siempre que las mirabas
desde la tela arrancabas
sus almas á los balcones?
¿Hubo favor de importancia
que el de Orleans no te haya hecho,
de tu valor satisfecho?
Hermano del rey de Francia
y tan tratable contigo,
que desde que nos sacó
de España, te sublimó
á la igualdad de un amigo.
¿Dónde ibas, si no has sacado
monja ó doncella? ¿No has muerto?
¿No herido? ¿No has encubierto
ladrones? ¿No te han hallado

moneda falsa? ¿No joyas
contrahechas? ¿No papel
de conjuración infiel?
¿No resistencia?

GABRIEL. Montoya,
ya sabes mi condición:
servir y callar.

MONTOYA. Apelo.
sola esta vez.

GABRIEL. ¿Cuándo suelo
tener yo satisfacción
de ti ni de otro criado?
¿Comunico yo secretos
contigo?

MONTOYA. Muchos discretos
á sus ministros han dado
cuenta de cosas más graves,
cuyo consejo remedia
imposibles. ¿Qué comedia
hay, si las de España sabes,
en que el gracioso no tenga
privanza contra las leyes,
con duques, condes y reyes,
ya venga bien, ya no venga?
¿Qué secreto no le fían?
¿Qué infanta no le da entrada?
¿Á qué princesa no agrada?

GABRIEL. Los poetas desvarían
con esas debilidades,
y dando á la pluma prisa,
por ocasionar la risa,
no excusan impropiedades.
Y calla; no me hables más.

MONTOYA. Á silencio me condeno;
callar y no comer, ¡bueno!
¡Oh, suerte de Barrabás!

GABRIEL. ¡Liviana imaginación!
Huyendo voy de imposibles.
Cavilaciones terribles,
apadríneos la razón
Volved por vos, opinión,
que pretende una beldad,

desluciendo mi lealtad,
enloquecerme y rendiros;
más valen cuerdos retiros
que loca temeridad.
Vi á Beatriz cuando ignoraba
que pudiera darme enojos,
sin que advirtiesen mis ojos
que tan cerca el fuego estaba;
imaginé que feriaba
deleites, á cuyo alarde
ni pechero ni cobarde
retirara mi valor;
¡pero ¡ay, cielos! qúe el amor
entra presto y sale tarde!
Beatriz, hija y sucesora
del gran Duque de Lorena,
Carlos de Orleans, cuya pena
le trae á casarse ahora;
Beatriz es quien le enamora
y yo, que le sirvo y sigo,
la amo también, y desdigo
de quien soy (fatal estado).
¿Obligaréle criado?
¿Corresponderéle amigo?
Bien, amor, he discurrido
que el más eficaz remedio
será poner tierra enmedio,
pues la razón no lo ha sido.
La ausencia engendra el olvido,
de Marte es amor despojos;
la guerra divierte enojos
que amor pudo ocasionar;
si me perdí por mirar,
yo castigaré los ojos. *(Tocan al torno.)*

MONTOYA. Parece que allí golpean.
Diga quién es el que llama.

GABRIEL. ¿Quién es?

MONTOYA. Será alguna dama
de las que vernos desean
encantados, y es, sin duda,
porque aunque hubiese otros tantos
no bastarán mil encantos

á que una mujer sea muda. *(Tocan otra vez.)*

GABRIEL. Segunda vez han tocado.

MONTOYA. Y es el toque en la madera
(Vase, llegando al torno)
de la puerta; no quisiera
que hubiese algún lazo armado
ó trampa por donde voy,
que todo encanto es tramoya.

GABRIEL. Anda, no temas, Montoya.

MONTOYA. Como no sé dónde estoy...

GABRIEL. En una sala adornada
de doseles y pinturas.

MONTOYA. Pues lo puedes ver á oscuras,
¿no está para ti encantada?
Llego, atiento hacia la parte
que suena el tal llamador.
¿Quién llama? ¿Quién es? ¡Señor!
¡Jesús! *(Llega al torno, que se vuelve y le coge la cabeza.)*

GABRIEL. ¿Qué puede asombrarte?

MONTOYA. Una cosa que se anda
alrededor y me muerde.
¡Ay, fuese el dragón verde
que fué palafrén de Urganda!
Llega presto si deseas
que no me desmaye.

GABRIEL. Loco,
éste es torno. *(Tienta el torno.)*

MONTOYA. No le toco.
Llega tú, pues, que torneas. *(Vuélvese el torno con dos luces en candeleros de plata, recado para escribir y sobre él un billete.)*

GABRIEL. Con dos luces se volvió.

MONTOYA. El *lumen Christi* cantemos;
dí *Deo gratias*, pues nos vemos.

GABRIEL. ¿Qué es esto, cielos?

MONTOYA. ¿Qué vió?

GABRIEL. Un billete para mí
viene y una escribanía.

MONTOYA. ¿Pues donde hay monjas podría
faltar billetito, dí?
Respóndela con ternura,

que yo seré la andadera.
¡Ojalá con él viniera
la santa bizcochadura!
Dichosos fuimos los dos,
¡qué necios discursos hice!

GABRIEL. Así el sobrescito dice:
«Leed sólo para vos.»

MONTOYA. ¿Y para mí?

GABRIEL. Aparta allá.

MONTOYA. En fin, topó tu recato
con la horma de su zapato.

GABRIEL. Retira; acabemos ya. *(Lee.)*
«*Por los papeles que os he usurpado sé, D. Gabriel Manrique, parte de vuestros amores; quien, temerosa de perderos, os ha impedido el viaje, mal os lo consentirá celosa. El cuarto de esta quinta que os detiene está deshabitado, é imposible en él vuestra salida mientras no juréis, con la seguridad que los bien nacidos empeñan de su palabra, no partiros de nuestra corte sin licencia mía, no revelar á nadie estos secretos, adivinar por señas cuál de las tres damas principales es la que en Palacio os apetece amante. Importa por ahora el secreto que os fía quien desea hallaros tan advertido como os ha visto valeroso. El cielo os guarde.*»

GABRIEL. ¿Pudo la imaginación
en novelas marañosas,
sutiles por ingeniosas,
deleitar la admiración
con más extraño suceso? (*Lee para sí otra vez.*)

MONTOYA. Sepa yo esa cosicosa;
¿es verso? ¿es papel en prosa?
¿ó anda al aire tu suceso?
¡Vive Cristo, que me apuran
los peligros que recelo!

GABRIEL. Loco, necio, ¡vive el cielo!...

MONTOYA. ¡Ay! ¿Los encantados juran?

GABRIEL. Si otra vez aquí te llegas...

MONTOYA. ¿Para qué aprendí yo á leer?
Si nada tengo de ver,
más valiera estarme á ciegas.

GABRIEL. Retírate enhoramala.

MONTOYA. ¿Para ti sólo que leas
dice el papel? Nunca creas
monja, mientras no regala,
por más ternezas que escriba.
GABRIEL. «Y conjeturar por señas.» (*Lee.*)
MONTOYA. Las monjas son halagüeñas,
mas si esa no es donativa,
tripularla con desdén
ó acudir con cena y camas.
GABRIEL. «¿Cuál es de las tres madamas
la que en casa os quiere bien?»
MONTOYA. Las dos dan; ¡por Dios que es tarde!
Ni cenado ni dormido.
¡Bueno va!
GABRIEL. «Tan advertido...»
MONTOYA. ¿Es paulina?
GABRIEL. «El cielo os guarde.» (*Lee.*)
¿Si será Beatriz la dama
de tanto artificio autora?
Mas no, que á Carlos adora.
¿Si es Clemencia? Mas no, que ama
á Enrique. ¿Si es Armesinda?
¡Despenadme, cielo santo!
MONTOYA. Miren si escampa el encanto.
¡Por Dios, que la flema es linda!
GABRIEL. Pero séase quien fuere,
¿dejaréme yo morir
rebelde, por no admitir
leyes de quien bien me quiere?
¿No me manda este papel
que ame yo, sino que firme
ser secreto y no partirme?
Pues ¿qué riesgo corro en él,
cuando por señas colija
quién es quien me hace dichoso?
Obedecerla es forzoso.
MONTOYA. Mala noche y parir hija.
En fin, ¿no habemos de hablarnos
en toda esta encantación?
GABRIEL. Respondo á satisfacción.
(*Pone el recado de escribir y una luz sobre un bufete y responde*).

MONTOYA. Pues paciencia y pasearnos.
¿Escribes? Eres discreto,
enbillétala y verás
los regalos que tendrás;
un villancico ó soneto
conquista diez mazapanes.
Dila que con la andadera
la enviarás flores y cera
para uno de los San Juanes;
que qué puntos calzar suele,
que si hay ataifor y caja,
que nos dé flor de borraja
ó, en fin, que nos bizcotele
ó que nos saque de aquí...

GABRIEL. (*Escribiendo.*) «Haré de mi dicha alarde,
»discreto y fiel. Dios os guarde.
»Don Gabriel». Bueno está así.
Cierro y no le sobrescribo
Porque su nombre no sé.
(*Pónele en el torno y vuélvele con una luz.*)
Vuelvo el torno.

MONTOYA. ¿No podré,
¡oh señor!, el más esquivo
del orbe, para quien vive
contigo, ver un adarme
de dicho papel? ¿Matarme
quieres? ¿Qué es lo que te escribe
la soror encantatriz?

GABRIEL. La esperanza y el temor (*Aparte.*)
de la lealtad y el amor
desean, bella Beatriz,
que seáis vos de este empleo
el dueño y no lo seáis.
¿Qué he de hacer, cuando causáis
deseo contra deseo,
sino enloquecer confuso?
(*Tocan dentro del torno.*)

MONTOYA. No está el tiempo para gracias.
Otra vez tocan. *Deo gracias.*
(*Vuélvese el torno con luz y con un tabaque lleno de comida; cúbrenle unos manteles y sobre ellos otro papel.*)

Sin respondernos, nos puso
un tabaque provisor.
¡Cuerpo de Dios! don Gabriel,
¡qué bien que huele!

GABRIEL. Y sobre él
otro billete.

MONTOYA. ¡Oh soror,
la más callada obradora
(*Levantando los manteles*)
de cuantas amor registra,
hágate el cielo ministra,
abadesa, correctora,
guardiana, archibispesa,
pontifista y preste Juana.

GABRIEL. (*Lee.*) «Leed para vos.»

MONTOYA. ¡Oh humana
divina! Pongo la mesa.
(*Como que va probándolo todo y el vino.*)
Esta es sopa, éste es capón,
éstos pichones, estotros
gazapos, niños ó potros;
ternera ésta, ¡y qué sazón
para quien está en ayunas!
Cómo yo muy bien ternera.
El pomo con la contera:
ensalada y aceitunas
con la fruta de sartén;
de tales encantamentos
vengan á dieces y á cientos
per omnia secula amen.
(*Lee para sí D. Gabriel.*)
«*Cumplid lo jurado, que en amaneciendo hallaréis desembarazada la salida. Y advertid que os va la cabeza en el secreto. Camas hay en que reposéis, lo que os han de permitir, á lo que juzgo, mis artificios; cuanto más os desvelaren, más tendré que agradeceros, aunque, á participar vos mis cuidados, no dormiréis mucho ni poco. El cielo os guarde.*»
Alto discursos, dejad (*Aparte*)
de atormentar mi sentido;
obligado, agradecido

he de ser; cualquier beldad
de las tres puede dar pena
amorosa al mismo sol,
cuanto más á un español
pobre y extraño en Lorena.
Toma esa luz *(á Montoya).*

MONTOYA. ¿Para qué?

GABRIEL. ¡Trae todo eso!

MONTOYA. ¿Á dónde vamos?
Si aquí encantados estamos
y hay quien regalos nos dé,
¿no es mejor cenarlo aquí
que probar más aventuras?
¿Qué sabes tu si hay figuras
de Rufalda y Malgesí
que nos lo quiten delante?
Que suele salir jayán
que se engulle un ganapán
con carga y todo.

GABRIEL. Ignorante
calla y ven, que prevenida
nos tiene quien nos regala
cama y mesa en esa sala.

MONTOYA. Despachemos la comida
y allá entraremos después.

GABRIEL. Acabemos.

MONTOYA. Si te encanta
cualquier princesa ó infanta
apelaré yo á mis pies. *(Vanse con el tabaque.)*

ACTO SEGUNDO

Salón bien adornado en el mismo palacio.

ESCENA PRIMERA

Beatriz.—Ricardo.

BEATRIZ. Hicístelo de suerte
que infinito tendré que agradecerte.
¿Los que te acompañaron,

en fin, nada del caso sospecharon?
RICARDO. Al criado prendieron
y donde les mandé le condujeron,
creyendo, á instancia mía,
que hacerle alguna burla pretendía
No saben otra cosa.
BEATRIZ. La traza, si se logra, fué ingeniosa.
RICARDO. Los dos son mis criados,
valientes, aunque poco aficionados
á hacer por conjeturas
y discursos.
BEATRIZ. Mis recelos aseguras;
alguna vez, Ricardo,
satisfacerte este servicio aguardo.
Pártete á Italia ahora,
donde el Duque mi padre te mejora;
y guarda este secreto.
que otros más importantes te prometo.
Mas mira que es mi gusto
que hoy te ausentes.
RICARDO. Harélo por ser justo,
puesto que, aunque en Lorena
me quedara, el leal no desenfrena
la lengua, ni el respeto
osara yo perder á tu secreto.
BEATRIZ. Nunca yo le fiara
de ti, si tal desaire imaginara;
mas que te partas digo
en todo caso hoy; lleva contigo
los que te acompañaron.
RICARDO. Harélo así, no obstante que ignoraron
el fin de este suceso.
BEATRIZ. Escríbeme en llegando.
RICARDO. Tus pies beso. *(Vase).*

ESCENA II

BEATRIZ. Temeridades de amor,
¿qué intentáis con arrojaros
sin ojos á despeñaros
á los riesgos de mi honor?

Aficionóme el valor
de España, que en sus blasones
cifró todas las acciones
de un hombre, cuyo sujeto
perdió gallardo el respeto
á todas mis presunciones.
Su memoria me desvela,
enamoróme su gala;
Adonis le vi en la sala;
airoso Marte, en la tela;
que se me ausente recela
mi libertad, que no es mía
porque enviando un espía
á informarse de quién es,
supo Ricardo después
que esta noche se partía.
Valíme del industrioso
modo de encerrarle aquí,
hallándose amor en mí,
como en otras, ingenioso.
Crece, porque está celoso,
el fuego que me acobarda;
de los papeles que guarda,
y curiosa le usurpé,
que adora en España sé
desdenes de una Gerarda.
No sé yo que cuerdo fuese
Carlos en traer consigo
á quien para su castigo
tantas ventajas le hiciese.
Justo fuera que temiese
tan grande competidor,
pues si á vistas sale amor
y éste es ya mercaduría,
rústica el alma sería
que escogiese lo peor.

ESCENA III

Salen Clemencia y Armesinda.

CLEMENCIA. Tus tristezas, Beatriz mía,
las fiestas nos desazonan,
tus bodas las ocasionan
y tu ausencia las enfría;
apenas expiró el día
cuando te ausentó tu pena
de los ojos de Lorena.
Será esta quinta, Beatriz,
más que la corte feliz
si en ella te hallas más buena.

ARMESINDA. Prima mía, tu belleza
trata al de Orliens con rigor,
si al principio de su amor
pagas gozos con tristeza:
Francia te intitula Alteza
porque has de ser su consorte,
y en fe de que eres el Norte,
por quien todas nos guiamos,
tristes la corte dejamos,
porque tu dejas la corte.
¿Qué tienes?

BEATRIZ. ¡Ay, bella prima!
¡Ay, Clemencia! No es tan grave
el mal, si el por qué se sabe
cuando con causa lastima.
Mis penas son un enigma
difícil de declarar:
acrecentando el pesar
que ocasionan las estrellas,
mi desgracia influye en ellas,
mi consuelo, es el llorar.
Pasar la imaginación
de libre, al temerse ajena
dará motivo á mi pena,
materia á mi suspensión.
Tengo á Carlos afición,

y considero cuán justo.
medra mi gusto en su gusto;
mas pues he de ser su esposa
hablemos en otra cosa
que divierta mi disgusto.
A mí me entretiene el dar
como á otros el recibir,
ansí quiero desmentir
desvelos de mi pesar;
si me queréis alegrar,
honre, hermana, tu belleza
los diamantes de esta pieza
(Da á Clemencia una banda con lazada de diamantes y á Armelinda una cruz de los mismos.)
y los de ésta, hermosa prima,
tu pecho; tendrán la estima
que les quita mi tristeza.
De las joyas que me dió
Carlos, éstas he escogido
para las dos.

CLEMENCIA. Ofendido
las hás, porque juzgo yo
que pueden formar querellas
apartándolas de ti.

BEATRIZ. Mejores dueños los di

ARMESINDA. No las he visto más bellas.

BEATRIZ. Trájolas Carlos de España.

CLEMENCIA. Nación en todo dichosa,
¡hasta en las piedras preciosas!

BEATRIZ. Tal clima las acompaña.

ESCENA IV

Salen Filipo, Carlos y Enrique.

CARLOS. Desde que ganó el aplauso
común, habiendo salido
de la justa victorioso
y de parabienes rico,
no le he vuelto á ver, y estoy
receIándole peligros,

porque el valor extranjero,
con gracias, logra enemigos.

FILIPO. Perded, Duque, esos cuidados,
que en Francia siempre han tenido
hidalgas estimaciones
extranjeros bien nacidos.
Yo le he enviado á buscar.

CARLOS. Ya mis pesares retiro
con la presencia, olvidados
de las bellezas que he visto.

FILIPO. ¡Hijas! ¡Sobrina! Quejosa
nuestra corte, el regocijo
podrá trocar en tristezas
en sabiendo este retiro.
¿Por qué tan pronto á Floralba?

BEATRIZ. Juzgo, señor, por perdido
el tiempo que aquí no paso;
criéme en estos retiros
y no sé pasar sin ellos.

CLEMENCIA. Como á mi hermana seguimos
y sin ella estamos solas,
fuerza el imitarla ha sido.

FILIPO. No es mucho que apetezcáis
la amenidad de este sitio,
que por lo poco distante
de Lorena habéis querido
en este y en todos tiempos.

ESCENA V

Salen D. Gabriel y Montoya.

MONTOYA. Con todos los Duques dimos,
gracias á nuestra alcaidesa
que nos alzó el entredicho.

GABRIEL. Aquí están las tres hermosas; *(Aparte.)*
ya estoy en el laberinto
de mi confusión amante;
discursos, demos principio
á conjeturas dudosas.

CARLOS. ¡Don Gabriel!

GABRIEL. ¡Príncipe mío!

CARLOS. ¡Retirado y victorioso!
¿Hiciérades más vencido?
¡Desde ayer tarde sin vernos!
GABRIEL. Militares ejercicios,
honrando, gran señor, cansan.
CARLOS. Con recelos he dormido
de alguna desgracia vuestra.
Hablad al duque Filipo.
GABRIEL. Dadme, gran señor, la mano.
FILIPO. De la vuestra necesito;
mucho le debéis al cielo,
pues tanto con vos propicio
como con otros avaro,
en todo perfecto os hizo.
GABRIEL. Honra, señor, vuestra alteza
á un extranjero, y yo estimo
más el favor que me hace
y el estar en su servicio
que las prendas que encarece,
y no tengo.
ENRIQUE. Vos sois digno
de la privanza con Carlos,
venturoso en elegiros.
GABRIEL. Bésoos la mano mil veces.
ENRIQUE. Hemos de ser muy amigos.
GABRIEL. Muy vuestro esclavo, señor,
es sólo el nombre que admito.
CARLOS. ¿Qué juzgas de mis empleos,
(Aparte á Gabriel.)
don Gabriel? ¿Qué del prodigio
de la belleza que adoro?
¿No es un milagro?
GABRIEL. Un hechizo
de voluntades, un cielo,
un sol, un fénix, un...
CARLOS. ¡Dílo!
GABRIEL. Un... (¡Ay, amor, que me abraso!)
Un ángel del paraíso.
CARLOS. Por más que ensalzar intentas
á Clemencia, poco has dicho.
GABRIEL. ¿Á quién, señor?
CARLOS Á Clemencia.

GABRIEL. ¿Y no á Beatriz?

CARLOS. No, mi amigo.
Vínose á la lengua el alma;
Si en ella tiene dominio,
¿cómo la desmentiré,
desmintiéndome á mí mismo?
Digna es Beatriz de un imperio;
mas no debe hallarse digno
mi amor de sujeto tanto;
por eso á Clemencia elijo.

GABRIEL. ¡Pedidme albricias, deseos! *(Aparte.)*

CARLOS. Por más que llamas resisto,
ni puedo, Gabriel, ni quiero
dar licencia á mi albedrío.
Clemencia ha de ser mi esposa;
yo su esclavo, tú mi amigo.
Como no me disüadas
que la adore.

GABRIEL. Yo te sirvo.

CARLOS. Dilataré por ahora
mis bodas. De un rey soy hijo,
del que está reinando hermano;
de su poder participo;
perdone Beatriz.

GABRIEL. *(Aparte.)* ¡Deseos
á mi amor, os habilito;
lealtad, ya os quitan estorbos;
alma, amad, que no os lo impido!
Los ojos, de cuando en cuando,
ocupan en mí benignos
Clemencia y su prima bella;
sólo Beatriz no ha querido
favorecerme con ellos.
Si señas sirven de indicios
á certidumbres dudosas,
no es Beatriz quien bien me quiso.
Sin competencia de Carlos,
con mis temores compito.

ENRIQUE. Un torneo hemos trazado
esta noche; mi padrino
habéis de ser, porque espero
que lo mantendré lucido,

como vos en él entréis;
otorgadlo si os obligo.

GABRIEL. Favoreceisme hasta en eso;
que era el vencerme preciso
á oponerme á vuestras armas.

FILIPO. Venid, Duque, á prevenirlo.
¿Qué colores son los vuestros?

ENRIQUE. Blanco, leonado y pajizo. *(Vanse los dos.)*

ESCENA VI

MONTOYA. ¿Hemos de estarnos aquí
hasta el día del juïcio,
ó rematar con los nuestros
guiados de tus caprichos?
(Van entrando las damas una á una y haciendo lo que aquí se dice.)

GABRIEL. Esta es Armesinda bella; *(Aparte.)*
risueña en sus ojos, pinto
esperanzas que no acepto
porque á Beatriz las dedico;
pero ¡ay cielos! la lazada
de diamantes y zafiros
que entre sus joyas me dió
mi Gerarda, al despedirnos,
honra Armesinda en su banda.
Amor, ¿qué más señas pido?
¡Ella fué la usurpadora
del robo que anoche me hizo
el ladrón, todo misterios!
En años ¡cielos! tan niños
¿pueden caber sutilezas
tan raras?

ARMESINDA. Feliz ha sido
la dama, español bizarro,
dueño de vuestros sentidos. *(Vase.)*

GABRIEL. Esto está ya declarado;
gracias á Dios que averiguo,
á pesar de oscuridades,
jeroglíficos de Egipto.
Clemencia es ésta y en ella

la cruz de Gerarda miro.
¿Qué es esto, sueños despiertos?
¿Otro nuevo laberinto?

CLEMENCIA. Yo conozco, don Gabriel,
cierta dama, que me ha dicho
que tiene el gusto español
después que en Francia os ha visto. *(Vase.)*

MONTOYA. (Bergamota es esta pera;
madura está, vive Cristo;
vaya con cáscara y todo,
que no ha menester cuchillo).
(Éntrase Beatriz leyendo un papel.)

GABRIEL. Beatriz, grave y desdeñosa,
aún no me ha juzgado digno
objeto para sus ojos.
¡Qué imperiosos y qué esquivos!
Lleva el cinto de Gerarda. *(Vase Beatriz.)*

MONTOYA. Ésta es de casta de pinos,
rollo espetado y derecho,
inmóvil en el camino.

ESCENA VII

GABRIEL. Las demás me favorecen
hablándome, ¿y aún no quiso
siquiera Beatriz mirarme?
Amor, si sois discursivo,
filosofad ingenioso.
¡Vive Dios, que hay escondido
en esto más de un misterio!
¿Las dos humanas conmigo
y Beatriz toda severa
con tal silencio? Este aviso
es examen de mi ingenio;
certidumbres sois, indicios;
las señas fueron no hacerlas,
cifras, con cifras, descifro.
Para deslumbrarme más
las joyas han repartido;
amar por señas, sin señas
sepan los bien entendidos.

MONTOYA. ¿Podré yo saber, señor?...
GABRIEL. Retírate enhoramala
ó espérame en la antesala,
que en ella estarás mejor.
MONTOYA. De tu sequedad retrato
es un vizcaino mi amigo.
GABRIEL. ¿De qué suerte?
MONTOYA. Ya lo digo.
Es casado y es ingrato
á ternezas de su esposa;
ella se muere por él
y él corresponde cruel
á su afición amorosa.
Enojóse cierto día
y apartaron cama y mesa,
y ella, con mucha tristeza,
tanto la ausencia sentía,
que á un niño suyo industrió
en que le desenojase
cuando por la puerta entrase;
y apenas el padre entró,
cuando, á instancia de la madre,
el chiquillo, que lo ve,
le dice: «Padre, ¿por qué
no se acuesta con mi madre?»
Él el mudo labio sella,
sin responder ni sentir,
y el chico volvió á decir:
«¿Quiere acostarse con ella?»
Díjolo tercera vez
y cuarta y no respondió,
y la mujer, que advirtió
su extrañeza y esquivez,
le dijo con pecho blando:
«Hombre de condición dura,
responde á esa criatura
que se está desgañitando.»
GABRIEL. ¿Y el resultado cuál fué?
MONTOYA. Eso es lo mejor del cuento,
mas... los Duques... ¡qué tormento!
Otra vez se lo diré. *(Vase.)*

ESCENA VIII

Salen los Duques, Enrique, Clemencia y Beatriz.

FILIPO. Esto el Rey nuestro señor
me escribe:
(Lee) Duque primo: Aunque con mi permisión se partió mi hermano á desposarse con Beatriz, vuestra hija, importa á mi servicio que se suspenda este casamiento ó se ejecute con madama Clemencia. Beatriz es digna de más alta fortuna. Considerad las mejoras que en esta acción pueden seguiros y la obligación que os corre á cumplir lo que os ordeno.—Yo el Rey.

CARLOS. Fuerza ha de ser,
por no irritar su rigor
sentir, al obedccer,
los malogros de mi amor.
Déme Clemencia la mano
(si en tal pérdida merezco
el bien que con ella gano)
y sepa que le obedezco
el Rey, mi señor y hermano.

ENRIQUE. Eso no, Duque, eso no,
prendas que en el alma estimo
no he de enajenarlas yo;
mi sangre es real; vuestro primo
me llama Francia; no os dió
más acción naturaleza
que á mí, ni las majestades
ofenderán su grandeza;
amor de las voluntades
es rey, si vos sois alteza.

CARLOS. Duque, yo á Beatriz adoro,
mas al rey vivo sujeto.

ENRIQUE. No, Duque Carlos, no ignoro
que pretendéis en secreto
mudanzas, (contra el decoro
que en su hermosura ofendéis)
y que al Rey (á quien echáis
la culpa que vos tenéis)

no es mucho que obedezcáis
si os manda lo que queréis.
Dueño soy de prometido
de Clemencia; mi fe labra
en ella amor, más que olvido;
su padre me dió palabra
de su esposo; ésta le pido;
y ésta, cuando se me niegue
buscará satisfacción
armada.

FILIPO. Enrique, no os ciegue
sin discurso la pasión,
tanto que á perderos llegue.
Á Clemencia os ofrecí
subordinando en mi Rey
palabra que entonces di.

ENRIQUE. ¿Ésta es nobleza? ¿Ésta es ley?
No tiene dominio en mí
el Rey de Francia; mi estado
sólo al César reconoce,
de Francia privilegiado:
primero que Carlos goce
la prenda que me ha usurpado;
la venganza y el rigor
atajará inconvenientes;
mi agravio tiene valor;
poder y armas, mis parientes;
celos fuerzas, y yo, amor. *(Váse.)*

FILIPO. No sin causa está quejoso,
que es amante y ofendido;
templarle será forzoso,
que va con razón sentido
y es Enrique poderoso. *(Váse.)*

BEATRIZ. Muestras habéis, Duque, dado
en la mudanza presente
de que sois muy obediente,
pero poco enamorado.
El interés coronado
probar mi firmeza quiso;
pero, ofendida, os aviso
que es tanta la presunción
de mi altiva inclinación,

que á mis pies sus lises piso.
Yo apetezco rendimientos,
finezas y voluntades,
no ambiciosas majestades
que amenazan escarmientos.
Yo penetro pensamientos
que honestan con la apariencia,
con la fingida obediencia
que conmigo os disculpó.
Yo conozco al Rey, y yo
sé que adoráis á Clemencia.
(Llora mirando á Carlos; vuelve luego la cabeza á D. Gabriel, ríese y váse.)

ESCENA IX

CARLOS. Gabriel, detenla; repara
que, corrido de ofenderla,
es un rayo cada perla
que contra mi amor dispara.
¡Cielos! Si mi hermano hablara
de veras, con sus extremos,
alma, ¿cómo viviremos?
Ciego niño, pues sois dios,
estudiad palabras vos
con que la desenojemos. *(Váse.)*

ESCENA X

GABRIEL. Llorando á Carlos miró,
riéndose me asegura;
con llanto á Carlos conjura,
con risa mi fe alentó.
Su llanto celos me dió;
su dulce risa provoca
mi esperanza, ó cuerda ó loca.
¿Á quién creemos, enojos,
á las perlas de sus ojos
ó á las gracias de su boca?

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Sale Clemencia con un billete en la mano. Don Gabriel está retirado y suspenso.

CLEMENCIA. ¿En el suelo tal papel?
Poco le debe al cuidado
de quien perderle ha dejado.
El español don Gabriel,
en el cuarto de mi hermana
lo dejó al descuido en tierra;
si es ella quien me hace guerra,
saldréis, esperanza, vana.
¿Don Gabriel juramentado
á no partirse y *á amar*
por señas que le han de dar,
mudo siempre su cuidado?
¿Y que lo firma? ¿Y que ofrece
alcanzar por conjeturas
cuál de las tres hermosuras
en Palacio le enloquece?
¿Si será Beatriz? Mas no,
que ésta ya, toda arrogancia,
reina se sueña de Francia.
Pues no soy autora yo,
Según esto, nadie ha sido
sino Armesinda, quien quiere
que esperando desespere
el español. Si ha tenido
tan notable sutileza
para alimentar su amor,
¿qué ha de hacer cuando mayor
quien niña con esto empieza? (*Repara en D. Gabriel.)*
Aquí el español está.
¡Qué suspenso! ¡Qué elevado!
El primer enamorado
sin saber de quién será,

porque si es de tres la una
y no conoce quien es;
mientras pretendiere á tres
no vendrá á tener ninguna.
¡Don Gabriel!...

GABRIEL. Señora mía.

CLEMENCIA. Retirado os han los ojos
contemplativos enojos
al alma; mas ¿qué sería
que mereciese Lorena
ofreceros ocasión
de tan tierna suspensión?

GABRIEL. Sabrosa fuera esa pena,
mas ni yo la he merecido
ni, extraño aquí, me prometo
tanto bien.

CLEMENCIA. Siempre el secreto
es blasón del bien nacido.
Habíanme dicho á mí
que una hermosa tiranía
blasonaba que os tenía
sin alma.

GABRIEL. ¿En Lorena?

CLEMENCIA. Sí.
Y que aumentando suspiros,
entre apacible y cruel,
os obligó en un papel
á prometer no partiros
sin gusto suyo.

GABRIEL. ¡Ay, cuidados! (*Aparte.*)
Si señas buscando andáis,
ya las tenéis. ¿Qué dudáis?

CLEMENCIA. Papel, y en él empeñado
el valor que obliga á un hombre
de vuestra sangre y talento;
su fiador un juramento
y su firma vuestro nombre.

GABRIEL. (Probar quiere de la suerte
que cumplo el saber guardar (*Aparte.*)
secretos; yo he de negar
las señas con que me advierte
mientras más no se declara

y á lo contrario me obliga.)
(*Á ella.*) No sé, señora, qué diga
á mentira que es tan clara.
¿Yo papel? ¿Yo juramento?
¿Yo empleo en esta ciudad?

CLEMENCIA. Pues lo negáis, escuchad,
oid encarecimientos. (*Lee.*)

«*Ensoberbeciérame la dicha de tan no esperado bien, si la experiencia de mis pocos méritos no me avisara ser más curiosidad de saber á lo que se extiende el talento de los españoles, que empleos fuera de los límites de sujeto tanto.*

Mas como quiera que sea, mi señora, yo estoy dispuesto á obedeceros en todo, y juro por la fe de caballero no ausentarme de esta corte sin vuestro expreso gusto, de no comunicar con viviente mercedes tan deudoras de silencio, y de desvelar mis sentidos hasta averiguar, como mandáis, por señas, cuál de las tres bellezas superiores de esta casa me dispone á tanta dicha, en cuyo estudio haré de mi dicha alarde. El cielo os guarde para felicidades superiores.—Don Gabriel Manrique.»

CLEMENCIA. Decid que no es vuestra ahora
la carta de obligación
que os tiene casi en prisión.

GABRIEL. Si habéis vos sido la autora
del examen que queréis
hacer de mi ingenio corto,
y yo la lengua reporto
con el silencio que véis,
vuecelencia ¿qué procura?
¿á qué propósito agora
leerme el papel, señora,
que os escribió mi ternura?
¿Hé yo acaso delinquido
contra lo que en él prometo?
¿Comuniqué yo el secreto,
loco de favorecido,
con persona que se alabe
que mi palabra rompí?
Desde el punto que seguí
al que vuecelencia sabe,

favorable robador
de mi caudal (ya dichoso
por ser vos su sueño hermoso)
hasta agora, ¿en qué el valor
que profeso os ha ofendido?
¿He dicho yo la ocasión
de mi agradable prisión
encerrado y detenido
en el cuarto cuyo adorno
sólo vuestro pudo ser?
¿Quién hay que pueda saber
lo de la sala y el torno,
la industria ingeniosa y nueva
de entregarme á mi criado,
el hospicio regalado
de quien sois ilustre prueba,
los dos papeles discretos
al paso que misteriosos
que me intiman amorosos
la guarda de estos secretos;
la afable serenidad
que cuando libre salí
en vuestro semblante vi
y luego...?

CLEMENCIA. Tened, parad,
que vais confundiendo cosas
de algún frenesí compuestas.
¿Qué torno ó salas son éstas?
¿qué prisiones misteriosas?
¿qué robador? ¿qué criado?
¿Don Gabriel, estáis en vos?

GABRIEL. No sé, señora, por Dios;
débolo de haber soñado;
no se trate más en esto.

CLEMENCIA. ¿Yo á vos dos papeles? ¿Yo
joyas robadas? ¿Quien vió
frenesí tan manifiesto?

GABRIEL. Ilusión debió de ser...

CLEMENCIA. ¿Hacia qué parte de casa
es el cuarto donde pasa
tanto engaño, ¿En qué mujer
sospecháis que pudo hacer

burlas que fingiendo estáis?
GABRIEL. Si á vos misma os preguntáis
podéis por mí responder,
que yo no oso declararlo.
CLEMENCIA. ¿Un torno decís que había
en la sala que os tenía
preso?
GABRIEL. Debí de soñarlo.
CLEMENCIA. Enseñad los dos papeles
que esa dama os escribió.
GABRIEL. ¡Señora!
CLEMENCIA. Mándooslo yo.
GABRIEL. Los bien nacidos son fieles.
Mientras no tenga evidencia
de que vos la beldad fuisteis
que estas cosas dispusisteis,
perdone vuestra excelencia:
morir honrado, eso sí;
manchar mi fama, eso no.
CLEMENCIA. ¿Y os persuadís á que yo
la dama encubierta fuí,
que quise experimentar
con traza y modo tan nuevo
vuestro ingenio?
GABRIEL. No me atrevo,
por no ofenderos, á hablar.
CLEMENCIA. Acabad, no me enojéis,
éste es mi gusto; que intento
saber con qué fundamento
de los discursos que hacéis
la persona adivináis
que os obliga á *amar por señas.*
GABRIEL. No son, señora, pequeñas
las que en ese papel dais,
aunque me arriesgue á arrojarme
en tal golfo.
CLEMENCIA. ¿Queréis bien,
en fin, sin saber á quién?
GABRIEL. ¿De qué sirve examinarme
en cosas que vos sabéis
y yo nunca he de deciros?
CLEMENCIA. ¡Que podéis vos persuadiros

á que yo os amo! ¿No veis
que siendo Enrique mi igual
y vos extraño?... Muy mal
vuestras señas conjeturan,
examinadlas mejor,
y advertid si imagináis
que de lo que ha sucedido
yo, Gabriel, la autora he sido
que acertáis y no acertáis. *(Vase).*

ESCENA II

GABRIEL. ¿Cómo, si acierto, no acierto?
¡Válgate Dios por mujer!
Otra vez me vuelvo á ver
en el golfo, desde el puerto;
otra vez confuso advierto
la paradoja importuna
de mi equívoca fortuna.
No hay que dudar, Clemencia es
la que es una de las tres
y de las tres no es ninguna.

ESCENA III

Sale Carlos.

CARLOS. Gabriel, Beatriz, celosa,
merece mis ternuras por hermosa;
mas si á Clemencia miro
olvidando á Beatriz, luego retiro
el primer pensamiento
y de no darla el alma me arrepiento,
y entre las dos perdido,
en círculo mi amor desvanecido,
de mis deseos esclavo,
vuelvo siempre á empezar por donde acabo
¿Qué haré cuando navego
entre los dos escollos?
GABRIEL. Mal un ciego,
si no es que desvaría,

al otro ciego servirá de guía.

CARLOS. ¿Qué dices?

GABRIEL. Que si adora
á Beatriz el Rey y te enamora,
como dices, Clemencia,
sigas tu inclinación y su obediencia.

CARLOS. ¡Ay, cielos! que se engañan
quimeras que mis penas enmarañan!
Á instancia sólo mía
el desposorio estorba; su porfía
ojalá que á Clemencia
me obligara á admitir su competencia.
Mira, español discreto:
amor sin competir pierde el afeto
con que se perfecciona;
con celos sus quilates proporciona.
Beatriz no tiene amante
que en su favor feliz se me adelante;
por esto en su belleza,
con ser tanta, se engendra mi tibieza.
Clemencia, cuanto más dificultada,
me es más apetecida
(que amor con imposibles cobra vida);
ven acá, haz una cosa
y encenderásme tú en Beatriz hermosa;
dame con ella celos.

GABRIEL. ¿Qué dices, gran señor?

CARLOS. En ti los cielos
gracias depositaron,
Gabriel, que mis deseos envidiaron;
digno eres que compitas
con sujeto mayor.

GABRIEL. Desacreditas
tu discreción con eso.

CARLOS. Tú eres mi amigo fiel; yo estoy sin seso;
finge que enamorado
de Beatriz, y en España potentado,
por verla te humillaste
á servirme y tus prendas disfrazaste.

GABRIEL. Vaya, pues tú lo quieres;
mas no formes de mí, cuando me vieres
por tu gusto empeñado,

quejas que den tormento á tu cuidado.
CARLOS. No has de amarla de veras.
GABRIEL. No, que son mis lealtades verdaderas,
puesto que amor, que es loco,
acaba en mucho, aunque comience en poco.
CARLOS. Vé que no me fiara
de ti, si en tu lealtad no edificara
tal máquina, y presumo
que si el azogue se convierte en humo
después que el oro afina,
amor que con los celos se examina
sabrá después á ellos
en humo como azogue resolvellos.
GABRIEL. El que en azogues trata,
si no la vida, su salud maltrata;
pues tal vez le sucede
que con temblores del azogue quede,
y otro se lleva el oro.
Teme el riesgo, señor, que yo no ignoro. *(Vanse).*

ESCENA IV

Sale Armesinda.

ARMESINDA. El amor y la sospecha
nacieron en una casa;
ciego aquél, todo lo abrasa;
lince ésta, todo lo acecha.
Después que mal satisfecha
miro acciones
deste español, mis pasiones
conjeturan
que ausentes penas le apuran
y ocasionan sus desvelos,
aunque el amor y los celos
entre ausentes poco duran.
Hablando siempre entre sí,
¿quién lances de amor ignora?
No es posible. ¿Luego adora?
¿Dónde, pues, si no es aquí?
Será en su patria: ¡ay de mí!
que entre engaños

lloran mis primeros años
competencias,
que disfrazan apariencias,
y en tan rigoroso extremo,
temiendo no sé á quién temo,
amo aquí, y envidio ausencias.

ESCENA V

Sale Montoya.

MONTOYA. Cuanto sueño, cuanto miro
desde la noche pasada
se me antojan chimeneas,
guindaletas, tornos, trampas,
aventuras, estantiguas,
monjas, jayanes, fantasmas,
quintas, castillos, quimeras.
¡Válgate el diablo la casa!
ARMESINDA. Este sirve á don Gabriel
trayéndole desde España.
Informarme de él pretendo.
MONTOYA. Alrededor se me anda
cuanto topo, cuanto miro;
garatusas, musarañas
me parece cuanto veo
ARMESINDA. ¡Hola!
MONTOYA. Vuecelencia manda.
ARMESINDA. ¿Á quién servís?
MONTOYA. Pues yo ¿selo?
Cristiano soy, por la gracia
de Dios; serviréle á él
y después de Dios al Papa
que en su iglesia vicariza
y tras este al Rey de España;
luego á don Gabriel Manrique
á quien en Palacio embauca
un duende monjitornero
que invisible nos regala.
ARMESINDA. Venid acá.
MONTOYA. Estoy venido.

ARMESINDA. ¿Sabréis decirme la causa
que tanto melancoliza
á vuestro dueño?
MONTOYA. ¿No bastan
á entristecerle dos bodas,
una noche toledana,
un torno tras un torneo?
¿una maleta mamada?
¿una cena por tramoya?
¿tres billetes y dos camas?
ARMESINDA. ¿Qué dices? ¿estás en ti?
MONTOYA. Debo estar en Guatemala
y me sueño en Guatebuena;
despertarme vos, madama,
tirándome las narices.
ARMESINDA. Éste es loco.
MONTOYA. ¿Sois la Infanta
Lindabrides, á lo Febo,
á lo amadisco, Oriana,
Guidonia á lo Pigmalión,
Micomicona á lo Panza,
ó á lo nuevo quijotil
Dulcinea de la Mancha?
¿Quién os fizo tuerto ó bizco?
ARMESINDA. Hombre, ¿sabes con quién hablas?
MONTOYA. Con Angélica la bella,
tan bella como bellaca;
si no, dígalo Medoro,
aquel morillo sin barbas
que diz que la fiizo dueña
en una choza de paja.
ARMESINDA. Descortés, descomedido...
MONTOYA. Si quiere tener cachaza,
oiga verdades tan puras
que no tienen pizca de agua.
Vive Dios, que está mi seso
con todas sus zarandajas.
Va de cuento: mi señor
(después de las alabanzas
que en el torneo y sarao
le dieron Duques y Dayfas),
sin comunicar secretos

conmigo (que me los guarda
no sé yo con qué conciencia
siendo toda su privanza),
sin chistárselo á persona,
de noche ensillar me manda
y dejando estos países,
iba á enfardelar á Holanda,
Brindóle el sueño una milla
de esta selva encantusada
que á esta quinta ó á esta sexta
sirven de sombra ó guirnalda,
y tendiéndose en su centro
y yo dormido en estatua,
le hurta un hombre la maleta;
corre en su alcance (la espada
in púribus) por el bosque;
yo, abriendo tantas pestañas,
oigo cuitas del rocín
cuarteado de dos maulas.
Quise deshacer el tuerto,
pero por detrás me agarran
dos galalones monsiures,
ojos y boca me embargan,
y sin decir chus mi mus,
las manos á las espaldas,
en la silla atado el cuerpo
y en Sansueña presa el alma;
á oscuras corro la posta,
hasta que después me abajan;
luego á un tejado me suben
y, al cabo, de éste me envainan
por un esmeril de yeso,
guiándome hasta una sala:
la primer vez que se ha visto
lacayo por cerbatana.
Conocímonos á ciegas
mi dueño y yo, y á mi instancia,
desencordelado el cuerpo,
las lumbreras me destapa.
Pero nada adelantamos,
pues sin luz la cuadra estaba.
Alternábamos á versos,

cuando hete que á un torno llama
no sé quién; fuimos á tiento
y respondiendo: «Deo gratias»,
se nos vuelve el bofetón
con dos luces y una carta,
papel, pluma y tintero.
Mi dueño de mí se aparta,
lée para sí el billete,
treinta veces le repasa
y, respondiendo con otro,
vuelve la tahona y halla
tercer billete y con él
una pródiga canasta
de potable y comestible.
Gozamos de la abundancia
y acostándonos repletos
en dos magníficas camas,
despertamos á las trece,
hallamos la puerta franca
y atravesando solares,
dignos todos de un patriarca,
nos hallamos á la vista
de tres Duques y tres damas
y tres mil encantamentos.
Juzgue ahora, siendo alcalda,
si es maravilla que crea
de que alguna nigromanta
enmaga á tu fermosura
con cuantos viven en casa.

ARMESINDA. Á no teneros por loco,
no sé yo qué maliciara
de todas esas quimeras.

MONTOYA. Voto á toda una semana
de fiestas y de domingos
(aunque entre en ellos la Pascua),
que es lo que digo tan cierto
como que hay bellezas calvas
que se remedian con moños,
que hay títulos con mohatras,
que hay doncelleces con hijos,
que hay tintoreros de barbas
y que hay dientes de alquiler

que se mudan.

ARMESINDA. Basta, basta.
¿Torno la sala tenía?

MONTOYA. Mantenía y torneaba,
pues á las dos tornaduras
cena nos dió torneada.

ARMESINDA. ¿Y no sabéis, en efecto,
lo que contienen las cartas
ó papeles?

MONTOYA. Pretendílo,
pero sacando la daga
contra mí (mal le conoce)
me echó mucho enhoramala;
que para vuesa excelencia
no hay secreto de importancia
que le reserve mi boca,

ARMESINDA. Cosas me contáis extrañas;
Recibid esa cadena,

MONTOYA. ¿Para qué?

ARMESINDA. Para trocarla
por un secreto que intento
fiaros.

MONTOYA. ¡Cadena! ¡Guarda!
Non fago yo esas sandeces.

ARMESINDA. ¿Por qué?

MONTOYA. Temo siendo maula
que en carbón me la conviertan
los duendes de esta posada.

ARMESINDA. Bueno está ya de locuras;
acabad.

MONTOYA. Tómola. Vaya
de interrogación agora.

ARMESINDA. ¿Á quién, decid, en España
hubo don Gabriel amor?

MONTOYA. Una ninfa toledana
sospechamos que le puso
tal vez silla y tal albarda
los que andábamos con él.

ARMESINDA. ¿Qué, lo sospechaste?

MONTOYA. Guarda
mi señor tanto secreto
que con darnos leche un ama

y fiarme la despensa,
no me fía una palabra;
pero como amor es niño
y los niños nunca callan,
sacamos por los gorjeos
quién es á quien dice *mama*.

ARMESINDA. ¿Y quién era la dichosa?

MONTOYA. Era y es una Gerarda
digna de todo un cabildo
de Piramos.

ARMESINDA. ¿Muy bizarra?
Pintádmela si sabéis.

MONTOYA. Va de pintura en estampa:
semirrubia de cabello,
frente desembarazada,
con guarniciones de fría
entre desaires de larga;
cejas buenas, ojinegra
mas no de los que se rasgan,
las mejillas, por extremo,
ni bien mármol ni bien grana,
mezcla sí de las dos sierras,
la Bermeja y la Nevada;
en proporción, las narices,
ni judaizantes ni chatas;
ni nabo por corpulentas,
ni alezna por afiladas;
buenos labios, malos dientes,
que, aunque de materia blanca,
á caballo unos sobre ótros,
tanti-quanti moriscaban;
la garganta cuellierguida,
cándida, gruesa, torneada
y tal que hiciera yo un Judas
á ser árbol su garganta;
el talle privilegiado;
lo demás... el argonauta
del tal golfo que le pinte,
si hay quien tenga dicha tanta,
que mida con la experiencia
los grados del dicho mapa.

ARMESINDA. ¿Quiso á vuestro dueño mucho?

MONTOYA. Quiso á muchos, que mudaba,
como si fueran camisas,
dos ó tres cada semana.
ARMESINDA. ¡Válgame Dios! ¡Mujer noble
y tan fácil!
MONTOYA. Suspiraba
por lo ido, y lo venido
la daba al momento en caҍa.
ARMESINDA. ¿Y por qué vuestro señor
se ausentó?
MONTOYA. Porque esa Dayfa
se cansó muy pronto de él,
y viendo que deseaba
rempujarle, puso tierra.
en medio.
ARMESINDA. ¡Fineza extraña!
MONTOYA. Dióle al partirse unas joyas,
pesarosa de esto. ¡Tanta
es su variedad!
ARMESINDA. ¿Por qué
se partió si le llamaba
y á su amor se reducía?
MONTOYA. Por haber dado palabra
de hacer compañía al Duque
y por ver si la mudanza
hace en él de las que suele,
que ésta es general triaca.
Esto sospécholo yo;
lo que me pesa, madama,
es que volaron las joyas.
ARMESINDA. ¿Cómo?
MONTOYA. En la maleta estaban
que nos gazmió el bandolero.
ARMESINDA. ¿Qué, en efecto, no os engaña
lo de la prisión y el torno
confusiones y desgracias?
MONTOYA. ¡Por Dios!...
ARMESINDA. Ahora bien, yo quedo
satisfecha y enterada,
aunque en confuso, de cosas
que os han de ser de importancia
si sabéis callar la lengua.

MONTOYA. Descuidad.

ARMESINDA. No digáis nada
de lo que vos me habéis dicho
á vuestro dueño.

MONTOYA. Me tapa
los labios esta cadena;
vuecelencia, pues es sabia,
calle también y averigüe,
porque si mi amo alcanza
que me deslicé, no doy
por mi vida una castaña. (*Vase*)

ESCENA VI

ARMESINDA. Amor, ¿qué es esto que oís?
¿Quién, decid, os dificulta?
¿Quién competidora oculta
celos os da y los sufrís?
Si con ellos presumís
crecer, crecerá la pena
que esperanzas enajena,
pues temo (¡cóngoja extraña!)
una enemiga en España
y otra invisible en Lorena.
Aquella ausente me abrasa,
esta presente me enciende;
pero ¡ay, Dios! que más ofende
el enemigo de casa.
Con Carlos Beatriz se casa
porque en él logra su amor,
aunque un rey competidor
se le opone que no estima;
luego no es Beatriz, mi prima,
quien motiva mi temor.
Clemencia de esta quimera
la autora ha venido á ser,
porque con menos poder
¿quién á tanto se atreviera?
Sospechas, echemos fuera
temores, y averigüemos
sutilezas que estorbemos

con industrias que opongamos,
y porque las consigamos
las suyas desbaratemos.

ESCENA VII

Salen Filipo, Carlos, Don Gabriel, Beatriz y Armesinda.

BEATRIZ. Vuestra excelencia, señor,
no ha de usar hoy de la ley
de padre conmigo; el Rey
logre en iguales su amor.
Que esta vez yo he de lograr
las de mi libre albedrío;
no apetezco señorío
que, á título de reinar,
imperioso me lastime
y me ame con presunción;
hecha tengo ya elección
de quien templado me estime
y no ofenda mi respeto:
amor busco, no poder;
esto, señor, ha de ser;
entiéndame el más discreto. (*Vase.*)

CARLOS. Por mí lo dijo. ¿Hay amor
semejante? Adoraréla
por mi sol, respetaréla
por la firmeza mayor
que jamás vió el interés.
Mi mudanza ha sido loca;
voy á que estampe mi boca
los vestigios de sus pies. (*Vase.*)

FILIPO. (*Aparte.*) ¡Que á un Rey desprecie por Carlos!
Pero sí, que en sus empleos
su amor empeñó deseos
y siente en mí el malograrlos.
El Rey es prudente y justo;
ni yo me atrevo á intentar
que se case á su pesar,
ni él querrá mujer sin gusto. (*Vase.*)

ESCENA VIII

Sale Clemencia.

GABRIEL. *(Aparte.)* Estas señas interpreto,
aunque loco, en mi favor;
permitidme ahora, amor,
presumirme el más discreto.
¿Risa ayer, cuando lloraba
con Carlos, y enigmas hoy?
Mas si de Clemencia soy,
si no ha media hora que acaba
de darme señas escritas,
¿qué intentas, soberbia vana?
Á Carlos quiere su hermana;
¿para qué me precipitas?
¿Cuándo, amor, me has de sacar
de tanto golfo cruel?

CLEMENCIA. ¿Qué tal os va, Don Gabriel,
de acertar y no acertar?

GABRIEL. Mal, pues cuando conjeturan
discursos que me atormentan,
hallo señas que desmientan
las señas que me aseguran.
Ríense de un ignorante,
gran señora, como yo.
(Deja Clemencia caer un guante y lo levanta él.)
Mire que se le cayó
á vuecelencia este guante.

CLEMENCIA. ¿Qué decís? *(Tómalo desdeñosa.)*

GABRIEL. Se le ha caído,
y alzándole yo pretendo
con él...

CLEMENCIA. Ó yo no os entiendo,
ó vos no sois entendido. *(Vase.)*

GABRIEL. Esto está ya averiguado.

ARMESINDA. *(Á D. Gabriel.)* La toledana es hermosa,
puesto que ni muy airosa
ni muy firme, hanme agradado
las joyas, pero no el brío
ni el alma de la Gerarda,

que aunque en el cuerpo gallarda,
hiela á España por lo frío.
Tiene partes excelentes,
puesto que la gracia es poca;
que es gran defecto en la boca
tan mal avenidos dientes;
lo que yo afirmaros puedo,
que en el aliño y adorno
puede obligar la del torno
á olvidar la de Toledo. *(Vase.)*

ESCENA IX

GABRIEL. ¿Señas nuevas? ¡Vive Dios
que se han las tres concertado
á enloquecerme! Cuidado,
si confuso entre las dos
quieres que el sexo las rinda,
con tres, ¿que hará mi paciencia?
¿Señas Beatriz y Clemencia?
¿Señas también Armesinda?
Burlarme intenta cada una;
solución del enigma es:
que son mis damas las tres
y de las tres no es ninguna. *(Vase.)*

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

Salen Clemencia y Enrique.

CLEMENCIA. Mi hermana me dijo á mí
que interpretando razones
de contrarias intenciones
la amáis.
ENRIQUE. Es, señora, ansí:
que como Carlos procura
por cartas (más negociadas

que por el Rey deseadas)
desbaratar mi ventura,
y no lo repugnáis vos,
hallo en vuestro desengaño
el remedio de mi daño;
y compitiendo los dos,
me parece que es prudencia
(antes que en celos me ofusque)
que en madama Beatriz busque
lo que peligra en Clemencia.

CLEMENCIA. Cuando él, Duque, os compitiera
y entrada en mi pecho hallara
que el paso os dificultara,
¿mejor salida no fuera
(á ser amante de ley)
sus ardides resistir,
que por Beatriz competir
con un amante y un Rey?
Confesarlo así es forzoso.
En efecto, hacéis alarde
de ser el primer cobarde
que se retira celoso;
aunque os tendréis por feliz
si en tan loca competencia
sois tímido por Clemencia
y animoso por Beatriz.

ENRIQUE. Fué ardid, señora, discreto
fingir haceros agravios;
que tal vez suelen ser sabios,
los celos; mostré, en efeto,
que á vuestra hermana servía,
y fué admirable mi aviso,
pues mi amor por su orden quiso
probar lo que en vos tenía.
Ya que lo sé, á vuestros pies,
dándoos gracias, perdón pido;
sosegad vos mi sentido
por que os ame más después.
¿De veras que no estimáis
á Carlos? ¿que os resistís?
¿que, en fin, cuando me admitís,
aunque mujer, no os mudáis?

CLEMENCIA. Mi inclinación no consiente
mudanzas, que la firmeza
es en mí naturaleza,
si es en otras accidente,
Carlos (desvanezca ó no
promesas á su cuidado)
persona trae á su lado
que en mi pecho despertó
desvelos de más momento.
ENRIQUE. ¿Cómo es eso?
CLEMENCIA. ¿Qué teméis?
Á don Gabriel le debéis
amistades, que si os cuento
dudaréis satisfacerlas
en llegando á ponderarlas;
el principio de pagarlas
es, Duque, el agradecerlas.
Hacedlo así, que él ha sido
á quien fe mi pecho da.
ENRIQUE. ¿Á don Gabriel?
CLEMENCIA. Él será,
si me entiende, preferido
á muchos (quiero decir
en materia de consejos).
ENRIQUE. Estaba de eso bien lejos
viéndole á Carlos servir;
mas si yo alcanzo por él
que os inclinéis á mi amor,
le seré eterno deudor.
CLEMENCIA. Id, Enrique, hablad con él,
que no poco ha de importaros;
decid que siga la traza
que amor y su ingenio enlaza,
que alguna vez saldrán claros
los cielos, hasta aquí oscuros,
pues para los animosos,
principios dificultosos
prometen fines seguros;
y que esto le aviso yo
para vuestro buen suceso.
ENRIQUE. ¿Pues no sabré yo algo de eso?
CLEMENCIA. Por agora, Enrique, no.

ENRIQUE. Pues no es razón que el tercero
alcance más que el amante
CLEMENCIA. El medio que es importante
para los fines que espero.
con vos me requiere muda
y toda lenguas con él;
si os regís por don Gabriel,
presto saldréis de esa duda.
ENRIQUE. Alto: sí por don Gabriel
se han de hallanar competencias,
voy á alentar sus agencias.
CLEMENCIA. Nuestro amor estriba en él.
Decidle (pues le confío
que os industrie y aconseje),
que por señas no lo deje,
pues hartas con vos le envío.
ENRIQUE. Á obedecer y callar
voy...
CLEMENCIA. Oid, y que en los dos
sabrá aquello, yendo vos,
de acertar y no acertar. *(Vase Enrique.)*

ESCENA II

CLEMENCIA. Confuso parte; no es mucho
que, si imita mis acciones,
participe confusiones,
cuando yo con tantas lucho.
Si señas tienen de ser
del gallardo español prueba,
señas Enrique le lleva
con que me pueda entender.
¡Si yo conociese el dueño
que inadvertida perdió
el papel que ocasionó
los riesgos en que me empeño!
Ahora bien, aquí le hallé *(Vuélvele á dejar)*,
vuélvole al mismo lugar
y escondida he de sacar
quién la perdidora fué.
Dudo en mi hermana y mi prima,

si bien con más fundamento
en la segunda; mi intento
á nuevas cosas me anima.
Cualquiera que fuere de ellas,
en viéndole, le ha de alzar
y si le perdió, ha de dar
muestras de gusto, y por ellas
quedaré informada yo.
Las dos estaban agora
en esta cuadra; no ignora
trazas quien celosa amó.

ESCENA III

Sale Filipo.

FILIPO. Clemencia, de tu elección
pende la paz de mi Estado;
palabra á Enrique le he dado;
Carlos te tiene afición;
ama á Beatriz el de Francia,
ya conoces su poder;
contestar es menester
cosas de tanta importancia.
De tu entendimiento fío
riesgos que á tu arbitrio dejo.

CLEMENCIA. En el tuyo, mi consejo,
siendo tuyo, será mío.

FILIPO. Ven y estudiemos los dos
lo que se ha de hacer en esto.

CLEMENCIA. ¿Ay estorbo más molesto *(Aparte)*
que el presente? Ciego dios,
mal podéis averiguar
quién es mi competidora
si dejo el papel ahora
y me obligan á ausentar.
¿Alzaréle? Pero no,
que si mi padre lo ve,
el crédito arriesgaré
que mi recato ganó.
¿Qué he de hacer? Poco dichosa

soy en amores.
FILIPO. ¿No vienes?
CLEMENCIA. Sí, señor.
FILIPO. Discreción tienes,
que es milagro, siendo hermosa;
busquemos los dos salida
á confusión tan cruel.
CLEMENCIA. *(Aparte.)* Volveos á perder, papel,
que más que vos voy perdida.
(Vanse).

ESCENA IV

Sale Beatriz.

BEATRIZ. Perdíle y sin él confusa
desvanezco mi sentido;
¿si acaso se me ha caído,
por aquí? No tiene excusa
mi descuido. ¡Echéle menos
agora; guardéle aquí (*señalando la manga*),
no sé cuándo lo perdí!
Sé mi desgracia, á lo menos.
¡Si le halló mi padre! ¡Cielos!
¡Si alcanzó á saber por él,
con riesgo de don Gabriel,
mi osadía y sus desvelos!
Negaré disimulada
aunque la vida me cueste.
Mas ¡válgame Dios! ¿no es éste?
¡Ay, prenda tan mal guardada,
cuánto con gusto adquirida!
No saldréis más de mi pecho.
¡Qué de agravios que os he hecho!
Vos seáis bien parecida.
Cuando agora por aquí
con Armesinda pasé,
se me cayó; ya podré,
temores, volver en mí.

ESCENA V

Sale Carlos.

CARLOS. Yo sé que dándome celos
la he de volver á adorar,
aunque este modo de amar
tendrá pocos paralelos.
Madama, si os desobligo
y á vuestra hermana pretendo,
es porque ofendido entiendo
que truje mi mal conmigo;
quiero de suerte á un amigo
y quereisle tanto vos,
que, puesto que sabe Dios
lo que me cuesta olvidaros,
no os he de amar por amaros
y daros gusto á los dos.

BEATRIZ. Duque, ¿qué decís? Volved
por vuestro seso y por mí,
no os precipitéis ansí
y en más mi opinión tened;
vuestra mudanza ofended,
pero no, Carlos, mi fama.
¿Qué amigo es ese?

CARLOS. Madama,
no disimuléis conmigo,
que vos amáis á mi amigo
y él correspondiente os ama.

BEATRIZ. Acabemos ya. ¿Quién es
sujeto tan ponderado?

CARLOS. Duque, que á Castilla ha dado
sangre real; Duque, en efeto,
de Nájera, que en secreto
es mi igual y es mi criado.

BEATRIZ. ¡Válgame Dios! ¿Don Gabiel
es Duque? ¿Es tan gran señor?

CARLOS. En los ojos vuestro amor
os lleva el alma tras él.

BEATRIZ. Á lo menos, si es más fiel
que vos y menos mudable,

fuera ingratitud culpable
no amarle cual presumís.
¿Mas vos de qué colegís
defecto en mí tan notable?

CARLOS. Mintamos un poco, amor (*Aparte*),
que va hallando esta quimera
más celos que yo quisiera.
Fiado de mi valor,
hasta el mínimo favor
me comunica.

BEATRIZ. En efeto,
¿no hay entre los dos secreto?

CARLOS. Ya á persuadirme se anima,
que fué por él el enima
«*de entiéndame el más discreto*».
Presentóme por testigo
del amor que le mostráis
señas que disimuláis
y él conjetura conmigo.

BEATRIZ. Duque, ¿qué decís de señas?

CARLOS. Señas le apuran el seso.

BEATRIZ. Pues él ¿alábase de eso?

CARLOS. Mentira, en mucho me empeñas. (*Aparte.*)

BEATRIZ. ¿Señas os ha dicho á vos
que en mí alientan su esperanza?

CARLOS. La amistad todo lo alcanza
y es mucha la de los dos.

BEATRIZ. ¿Yo señas? ¡Válgame Dios!
En hombre que es tan perfecto
¿puede caber tal defecto? (*Aparte.*)

CARLOS. Por él, en fin, determino
que mude mi amor camino;
tanto su amistad respeto.

BEATRIZ. Sois vos todo gentilezas
que él os podrá agradecer,
mas no yo, pues llego á oir
mi agravio en vuestras finezas.
¡Ay, cielos! Si da en flaquezas
como ellas, presumirá
señas que dicho os habrá.

CARLOS. Muchas me contó, aunque obscuras,
y por eso no seguras,

que averiguando en vos va.

BEATRIZ. ¿Muchas y obscuras decís?

CARLOS. Todo su pecho me fía.

BEATRIZ. ¿Qué escucháis, desdicha mía? (*Aparte*)
Necia industria que servís!

CARLOS. Parece que lo sentís
como ofendida.

BEATRIZ. ¿Qué mucho
si mis desdoros escucho
con quien ansí os engañó?

CARLOS. ¿O le amáis, madama, ó no?

BEATRIZ. ¡Con qué de congojas lucho!
¿Duque es, en fin?

CARLOS. Y marqués
de Aguilar.

BEATRIZ. ¿No sé que hiciera
de mi libertad, si fuera
en vez de español, francés?

CARLOS. Alto, celoso interés
ya os hizo mi amor lugar.

BEATRIZ. Pero podeisle afirmar
que el premio que ventajoso
alcanzára por airoso,
le pierde por no callar. (*Vase.*)

ESCENA VI

CARLOS. Buscaban celos mis daños
que á mi amor diesen desvelos,
y yendo á caza de celos,
me encontré con desengaños;
el que por medios extraños
en nuevos riesgos se arroja,
cuando coja
el fruto que yo cogí,
échese la culpa á sí,
sin lamentar su congoja. (*Vase.*)

ESCENA VII

Salen Filipo y Armesinda.

FILIPO. Esto es lo consultado
con Clemencia, y de ti tiene cuidado,
de suerte, que te estima
con afecto de hermana más que prima.
Condesa de Bles eres;
si al Duque Enrique por esposo adquieres,
y yo le persuado
que, olvidando á Clemencia, trueque estado
y amor en ti, podemos
mudar en paces guerras que tememos.

ARMESINDA. Señor, en vuecelencia
libré, muertos mis padres, la obediencia;
mas cosas de ese porte
no es justo que la prisa las acorte;
consúltelas despacio,
pues sobran consejeros en Palacio.
Y yo del mismo modo,
entre tanto, veré si me acomodo
á disponer deseos,
tan libres en mi edad de esos empleos.

FILIPO. Tu discreción, sobrina,
merece admiración por peregrina;
ya voy á consultarlos,
tu eres la paz del Rey, de Enrique y Carlos. *(Vase.)*

ESCENA VIII

ARMESINDA. Examine voluntades
y haga Filipo experiencia
entre tanto que en Clemencia
mis celos sacan verdades;
celar al español más,
no replicar á mi tío,
que después, pues no soy río,
bien puedo volverme atrás.

ESCENA IX

Sale Clemencia.

CLEMENCIA. Si Armesinda lleva á bien
el dar á Enrique la mano
salió mi deseo vano;
poco mis sospechas ven.
Si rehusa este concierto
dándose por ofendida,
don Gabriel la trae perdida,
ó mi temor salió cierto.

ARMESINDA. Prima, en notable cuidado
hoy mis aumentos te ven;
darte puedo el parabién
de consejera de Estado.
Tu padre, que dificulta
riesgos que nacen de nuevo,
me afirma lo que te debo;
quedaréle á tu consulta
deudora, que es circunstancia
mucha, que á Enrique se rinda
la libertad de Armesinda,
porque Beatriz reine en Francia.
(Sale Beatriz sin que la vean y se esconde.)

BEATRIZ. ¿Cómo es esto de reinar?
¿Otra vez vuelve este miedo?
Desde aquí escucharlas puedo. (*Aparte.)*

CLEMENCIA. ¿Qué quieres? Te sé afirmar
que te estimo de manera
que, por ti, me desposeo
del Duque.

ARMESINDA. Yo ya bien veo
que eres mi casamentera;
débote voluntad tanta
que no admites y te pesa
ser, con Enrique, Duquesa,
por ser, con Carlos, Infanta.

CLEMENCIA. Prima, reales intereses
efectuólos la ambición;
prométote que no son

mis pensamientos franceses.

ARMESINDA. Serán españoles, prima.

CLEMENCIA. ¿Cómo?

ARMESINDA. ¿Pues no han de tener
alguna patria?

CLEMENCIA. ¿Es querer
pedirme celos?

ARMESINDA. Enima
es ésta que tu amor traza,
y cuando piensas que está
secretísima, anda ya
á pregones por la plaza.

CLEMENCIA. ¿Estás en ti?

ARMESINDA. No te asombres,
que debe ser tu beldad
alcalde de la hermandad,
pues prende en los campos hombres.

BEATRIZ. *(Aparte.)* ¡Ay cielos, todo lo sabe!
El español fementido,
pródigo, indiscreto ha sido;
perjuro, dejó sin llave
secretos y confianzas.

ARMESINDA. Alcaide fué tu cuidado
del cuarto en que retirado
diste riesgos á confianzas.
¡Qué ingeniosa te apercibes
de torno, tiniebla y salas!
¡Qué sazonada regalas!
¡Qué misteriosa que escribes!
Ya yo he visto los papeles
cifra de tu extraño amor.

BEATRIZ. *(Aparte.)* ¡Todo lo ha dicho el traidor!

ARMESINDA. No hay para qué te receles,
que ya el español me fía
secretos encomendados
por que tercie en sus cuidados.
Todo esto sé, prima mía,
el papel que te escribió,
el crédito que con él
te acredita...

CLEMENCIA. ¿Don Gabriel
eso de mí te mintió?

ARMESINDA. Esto y otras liviandades
que callo. ¿De qué te admiras?
Amor, digamos mentiras *(Aparte)*
para averiguar verdades.

CLEMENCIA. ¿Mas si celosa de mí *(Aparte)*
mi prima se ha declarado
con él, y cuenta le ha dado
de cosas que presumí
guardar secretas con él?
No hay hombre que no se alabe
de favores que aún no sabe;
imitólos don Gabriel.

ARMESINDA. No hay para qué recelarte
ya de mí; declárate
con los dos. ¿Qué le diré,
prima mía, de tu parte?

CLEMENCIA. Díle, prima, que por ti
facilitarle deseo
estorbos, y que en tu empleo
me tiene obligada á mí;
que no malogre invenciones
que tanto estudio le cuestan,
pues ellas le manifiestan,
aunque en sombras, tus pasiones;
que las joyas usurpadas
por tu industria, repartidas
también por ti, aunque escondidas,
no engañan disimuladas;
que fácil se manifiesta
cualquier ardid estudiado
si se afecta demasiado;
y, en fin...

ARMESINDA. ¿Qué locura es ésta,
prima engañosa? ¿Á qué efeto
es tanto disimular?
Hácesle desatinar,
sábese ya tu secreto
y ¿atribúyesme quimeras
que ni por el pensamiento
me pasan?

CLEMENCIA. ¡Donoso cuento!
Mira, prima, cuando quieras

que por señas un amante
sus discursos encamine,
no le hagas que desatine;
procura de aquí adelante
probar su ingenio de modo
que señas y conjeturas,
ni del todo sean oscuras,
ni tan patentes del todo,
que los demás las entiendan;
porque es fuerza que el cuidado
ame siempre desvelado
y que sus ojos pretendan
registrar en cualquier dama
acciones que acaso hechas
den motivo á sus sospechas
y luego piense que le ama.

ARMESINDA. ¿Para qué gastas doctrina
que tú sola has menester?

CLEMENCIA. ¿Yo? Pues mira, has de saber
que tu español imagina
que yo soy la arquitectora
de la máquina que hiciste;
que como le persuadiste
á amar por señas é ignora
cuál de las tres de esta casa
es la que ha de obedecer,
apenas nos llega á ver
cuando estudioso nos tasa
las acciones más pequeñas,
una risa, un volver de ojos,
con que al punto sus antojos
juzgan que le hacemos señas.
Cayóseme un guante ayer
y creyéndole favor
ya me imagina en su amor
perdida; quise volver
por mí, y atajar locuras;
mas poco me ha aprovechado,
pues necio y desbaratado
no sé qué salas obscuras,
tornos y prendas robadas
alega con presunción

de que yo soy la ocasión;
tiempo es de que le disuadas,
pues no es bien que, ya apurado
el seso, siendo yo cuerda,
permita que por ti pierda
el poco que le has dejado. *(Vase.)*

ESCENA X

ARMESINDA. Á no ser ella la autora
de esta confusa quimera,
claro está que no supiera
lo que me refirió agora.
De celos estoy perdida,
mas no logrará, si puedo,
el fruto de tanto enredo.
¿Yo burlada? ¿ella querida?
Haré que el Duque castigue
arrojos de amor tan loco:
que, en competencias, no es poco
estorbar, quien no consigue.

ACTO QUINTO

Sala del torno; éste está tapado con una ventana cerrada.

ESCENA PRIMERA

Sale Beatriz.

BEATRIZ. No hay en casa quien no sepa
cuanto al secreto fié.
¡Ay, cielos! ¿Cómo creeré
que en semejante hombre quepa
tal falta, tan vil defecto?
Pero culparle es en vano,
que ya excediera de humano
si en todo fuera perfecto.

ESCENA II

Sale D. Gabriel.

GABRIEL. Harásele, gran señora,
á vuecelencia de nuevo
el ver que á hablarla me atrevo,
cosa rara en mí hasta agora;
pero alienta mi temor
quien puede y por vos se abrasa.
BEATRIZ. Decid que no es nuevo en casa
teneros por hablador.
GABRIEL. ¿Hablador yo?
BEATRIZ. Proseguid.
GABRIEL. Mal su opinión acredita
quien la que tengo me quita
mintiendo...
BEATRIZ. Decid, decid.
GABRIEL. Porque es la más civil mengua
para mí...
BEATRIZ. Serán antojos
de quien os buscó todo ojos
y os ha hallado todo lengua.
Decid...
GABRIEL. Envidia será
de quien con vuestra excelencia
lo que no osa en mi presencia...
BEATRIZ. Decid, acabemos ya.
GABRIEL. Afirma contra el valor,
que en mí esos desdoros teme...
BEATRIZ. Don Gabriel, decid, ó iréme,
que sois terrible hablador.
GABRIEL. Si en tal opinión me veo...
BEATRIZ. Dejad eso y proseguid...
GABRIEL. Pues vos lo mandáis, oid.
Yo deseo y no deseo
cumplir leyes y preceptos
de quien á hablaros me envía
y sus secretos me fía.
BEATRIZ. ¡Guardáis vos muy bien secretos! *(Saca y hace como que está leyendo un papel.)*

GABRIEL. ¿Pues podéis vos ofenderos
de haberlos quebrado yo?
BEATRIZ. ¡Jesús! ¿Vos quebrado? No;
antes los decís enteros.
GABRIEL. El envidioso, ignorante
que me juzga poco fiel... *(Deja caer ella el papel y levántale él, mirándole.)*
BEATRIZ. Levantad ese papel
y proseguid adelante.
GABRIEL. ¡Ay, cielos! Mi letra es ésta. *(Aparte.)*
BEATRIZ. Dadle acá. *(Tómasele con desdén.)*
GABRIEL. Señora mía...
BEATRIZ. Al que secretos os fía
podéis darle por respuesta
que estudie en mis escarmientos
si el fiarse es cosa baja
de habladores de ventaja
que infaman sus juramentos. *(Vase.)*

ESCENA III

GABRIEL. ¡Madama! ¡Señora mía!
Rayos mortales arroja.
¡Agora, cielos, se enoja
que manifestar quería
obscuridades de amor!
¡Agora que comenzaba
mi dicha y se declaraba!
¡Tal desdén con tal favor!
¿No vi en manos de Clemencia
hoy mi papel? ¿No es el mismo
que hallé agora? ¿En tal abismo
quién ha de tener paciencia?
¿Quién dió á Beatriz mi papel?
¿Cómo Armesinda me aguarda
con las señas de Gerarda?
¿Fué el intrincado vergel
más confuso de Teseo?
No, cielos, no hay más salida
para no apurar la vida
(que pienso que lo deseo),

sino creer que las tres
conjuradas contra mí,
comunican entre sí
para burlarme después.

ESCENA IV

Sale Clemencia.

CLEMENCIA. *(Aparte.)* Mi padre, pues yo no puedo,
tanta máquina averigüe
y mis celos apacigüe;
desharemos este enredo
y saldré yo de cuidado,
aunque me llamen cruel.
¿Aquí estáis vos, don Gabriel?
Nunca os veo acompañado;
mas tampoco lo está Apolo.
GABRIEL. Es ésta condición mía.
CLEMENCIA. Sí, pero sin compañía
mucho habláis para estar solo.
GABRIEL. ¿También vos formáis agravios?
CLEMENCIA. Amante he yo conocido
que hubiera dichoso sido
á saber cerrar los labios. *(Vase.)*

ESCENA V

GABRIEL. ¡Alto! Otra vez se eclipsó
la certidumbre feliz
de que madama Beatriz
conmigo se declaró,
pues su hermana hizo lo mismo.
¿Cuál de ellas, amor, creeré
que de ésta máquina fué
la inventora? En un abismo
con dos vientos encontrados
navega sin experiencia,
entre Beatriz y Clemencia.
la nave de mis cuidados.
(Sale Carlos.)

CARLOS. De la confianza necia
que en vos mi amistad creyó
sé que á España se pasó
la fe sabida de Grecia.
Ya sé que á Beatriz amáis,
y dueño de sus desvelos,
por darme de veras celos,
los de burlas excusáis.
Cuando yo puse los ojos
en Clemencia, si á su hermana
amó vuestra fe liviana
excusárades enojos
diciéndome la verdad,
que ya en vuestra lengua dudo;
pero amigo que es tan mudo
guárdese de mi amistad. *(Vase.)*

GABRIEL. Señor, ¡gran señor! ¿Qué es esto?
¿Qué concurrencia de males?
¿Qué espíritus infernales
tanta maraña han compuesto?
Á todos los he agraviado,
todos acusan mi amor:
con las damas, hablador,
y con el Duque, callado.

ESCENA VI·

Sale Enrique.

ENRIQUE. Gabriel, Clemencia me envía
(puesto que entre obscuridades)
á que agradezca amistades
que no supe que os debía.
Afirma que en mi favor
le habéis propuesto razones
opuestas á pretensiones
de Carlos, vuestro señor.
Digna acción de la cordura
que en vuestro valor se encierra,
pues se ataja así la guerra
que de otro modo aventura.
En efecto, sea por esto

ó por lo que vos sabrèis,
tan persuadida tenéis
á mi dama, que ha propuesto
no hacer más que lo que vos
dispusiéredes.

GABRIEL. ¿Clemencia
dice que estriba en mi agencia
el desposaros los dos?

ENRIQUE. Y que estos inconvenientes
bastáis vos sólo á atajarlos.

GABRIEL. ¿Yo en deservicio de Carlos?

ENRIQUE. Señas me dió suficientes,
aunque obscuras para mí,
que sin poderse explicar,
dice, no podréis negar.

GABRIEL. ¡Cielos, en que os ofendí! *(Aparte.)*

ENRIQUE. No sé yo con qué pagaros
tanto; dice que sigáis
la traza que en esto dais:
que *alguna vez saldrán claros*
los cielos hasta aqui obscuros,
pues para los animosos
principios dificultosos
prometen fines seguros.
Don Gabriel, ¿qué traza es ésta?
que es ya rigor demasiado
siendo yo el interesado
ignorarla?

GABRIEL. ¿Qué respuesta
le daré, confusión mía? (*Aparte.*)

ENRIQUE. Y que si no me creéis,
por señas no lo dejéis,
que hartas conmigo os envía.

GABRIEL. ¿Pudo declararse más? *(Aparte.)*
¿Luego no fué Beatriz ¡cielos!
la autora de mis desvelos?
Volved, experiencia, atrás.

ENRIQUE. Acabadme de sacar
del golfo en que me habéis puesto;
decid, don Gabricl, ¿qué es esto
de acertar y no acertar?

GABRIEL. ¿Pues eso también os dijo?

ENRIQUE. Esto al partirse la oí,
y que entenderéis por mí
este misterio prolijo.
¿Queréisme ya despenar?
Sacadme de este cuidado.

GABRIEL. Enrique, estoy obligado
á ver, oir y callar.
Si ella piensa que os importa
que este secreto ignoréis,
y os ama, ¿qué más queréis?

ENRIQUE. ¿Clemencia conmigo corta
y con vos tan liberal?
Don Gabriel, ¡aquí de Dios!
¿Por qué habéis de saber vos
lo que á mí no me esté mal
y ha de negárseme á mí?

GABRIEL. Eso dígalo Clemencia,
que yo no tengo licencia.

ENRIQUE. Mirad que saco de aquí
conjeturas no pequeñas,
que os desdoran de algún modo

GABRIEL. Me hacéis favor, sed en todo
astrólogo de mis señas,
pero no ingrato á lo mucho
que afirma que me debéis
Clemencia.

ENRIQUE. En fin, ¿vos queréis
que en los misterios que escucho
y no acabo de alcanzar
pierda el seso?

GABRIEL. ¿El seso? No;
mas quiero que como yo
tengáis que filosofar.
Que os prometo que es mi amor
tan mudo, que vive preso
con el alma, y con todo eso
me le culpan de hablador.
No alcanza quien no obedece,
ni sin peligro hay batallas
ni merece quien no calla
ni quien malicia merece.
Esto le dad por respuesta

y decid que, pues dispuso
que os tuviésemos confuso,
y os importa (aunque os molesta)
la traza entre los dos dada
se ponga en ejecución,
porque perderá sazón
si hoy no queda ejecutada.

ENRIQUE. Amor es loco; sus temas
imposibles de vencer;
yo no acabo de entender
el blanco de estos problemas;
pero, si cual conjeturo,
hoy ha de llamarme esposo
Clemencia, tan venturoso
seré como el medio obscuro.
Voy, por que no me hagan cargos
de que á malicias me atrevo;
si bien sabré lo que os debo,
pues no es el término largo;
pero vivid advertido
en lo que habéis maquinado
que, si agradezco obligado,
me satisfago ofendido. *(Vase.)*

GABRIEL. ¡Qué es esto que al alma aqueja!
Á tragos la muerte bebo,
tras un peligro otro nuevo,
tras una queja, otra queja! *(Vase).*

ESCENA VII

Salen Filipo y Clemencia.

CLEMENCIA. Esto es, señor, lo cierto;
Armesinda este enredo ha descubierto;
lo que de mí has oído
del modo que se afirma ha sucedido;
á Enrique menosprecia,
no estima á Carlos, sólo loca y necia
al español adcra,
de tantos embelecos inventora.

FILIPO. Clemencia, considera
que parece imposible tal quimera.

¿En tan pequeños años
puede Armesinda hacer tales engaños?

CLEMENCIA. Para ellos habilita
ese cuarto, después que no se habita
desde el año pasado
por las muertes que en él hemos llorado
de mi madre y señora
y del Duque mi hermano; aquí, inventora
con peregrinas trazas
de tornos, de papeles y amenazas
que ingeniosa dispuso,
del español el seso trae confuso.

FILIPO. Júzgote con tu prima
apasionada, viendo que no estima
á Enrique, porque quieres
á Carlos; sois extrañas las mujeres.
¡Armesinda! ¿Qué es esto?

ESCENA VIII

Sale Armesinda.

ARMESINDA. Sutilezas de amor con que ha dispuesto
Clemencia, señor mío,
cuando tu ofensa no, tu desvarío.
Esa parte de casa,
que no se vive, tu opinión abrasa.
Mi prima, que atropella
respecto de quien es, engaña en ella
á quien te certifique
la causa por que no ama el Duque Enrique.

CLEMENCIA. Desatinada vienes.
¿La culpa me atribuyes que tú tienes?
¿Perdiste el seso, prima?

ARMESINDA. Ya se saben verdades de este enima.

FILIPO. ¿Qué es esto, cielo santo?

CLEMENCIA. Averigua, señor, enredo tanto,
que si la letra miras
de los papeles, no podrán mentiras
desdorar mi inocencia.

ARMESINDA. Eso pretendo yo: haga experiencia
tu averiguación sabia

de la agresora que tu casa agravia.
FILIPO. Echaré por el suelo,
abrasaré, impaciente,
al palacio, la autora y delincuente
de tanto ciego insulto.
ARMESINDA. No has de lograr el artificio oculto
en que loca te empeñas.
CLEMENCIA. Pues poco ha de lograr tu amor por señas. *(Vanse.)*

ESCENA IX

La sala del torno, á oscuras.

Salen D. Gabriel y Montoya.

MONTOYA. Segunda vez nos enmonjan,
y cerrándonos las puertas,
solos de noche y ayunos
á pares nos emparedan.
Tú, que sabes lo que pasa
ni tienes miedo, ni tiemblas;
mas yo, que no he merecido
tantica historia siquiera
con que sobornar temores,
¿qué he de hacer, sino hacer cera?
GABRIEL. *(Lee.)* «*Ya por experiencia sé*
cuán obediente y discreto
vive por vos el secreto
que oculta os encomendé;
no es bien que el premio lo esté
que os ofrece la fortuna;
si hay ocasión oportuna
id como la vez primera,
al torno, que allí os espera
de las tres una, y ninguna.»
Como cumpla lo que dice,
sea todo enhorabuena.
Ya en el torno estoy, Montoya.
MONTOYA. Díme mejor alma en pena.
GABRIEL. Todo ha de parar en bien.
MONTOYA. No pare en la chimenea
por donde á ciegas me embutan;

pongan luz y saquen cena
y estémonos aquí un siglo *(Llaman al torno.)*

GABRIEL. Allí llaman.

MONTOYA. Allí llega
tú que eres el consiliario;
que yo en la dicha comedia
no soy más que un mete sillas.
(Abre don Gabriel la ventana del torno y éste se vuelve con una luz y un billete.)

GABRIEL. Luz y papel.

MONTOYA. Así empiezan
los actos de nuestra farsa.

GABRIEL. Una es la nota y la letra
de éste y de los otros tres,
y dice de esta manera:
«Madama Beatriz se alaba
»de que le habéis dado cuenta
»de secretos prometidos
»que el bien nacido conserva.
»Carlos lo sabe; Armesinda
»á todos los manifiesta.
»Ya se los habrá contado
»á los tres Duques Clemencia.
»Ved si está puesto en razón
»que quien juramentos quiebra,
»cuando el premio que esperaba,
»perdió, pase por la pena.
»Poneos bien con Dios al punto,
»porque dentro de hora y media
»he de hacer que en este sitio
»encubra siempre la tierra
»lo que no encubristeis vos;
»que temo de vuestra lengua,
»si agora no la sepulto,
»que ha de hablar después de muerta.»

GABRIEL. Ya Clemencia, ya Beatriz,
ya Armesinda la una sea
de las tres la enigma dama;
si ama á Carlos la primera.
la segunda al Rey francés
y apetece la tercera
á Enrique, ¿qué maravilla

que recele que se sepan
los arrojos de su gusto?
Temerosa de mis quejas
con la muerte me amenaza;
pero primero que muera,
hará mi valor alarde
de la sangre que le alienta. (*Saca la espada.*)
Saca la espada, Montoya.

MONTOYA. ¿Para qué la quieres fuera?

GABRIEL. Acaba ó te mataré.

MONTOYA. ¿Pues tú conmigo pendencias?
¿Á cuchilladas me pagas
catorce ó veinte cuaresmas
que he ayunado en tu servicio?
¡No digo yo que andan sueltas
por este cuarto de ahorcado
Margarusas! ¿Si me trueca
la cara algún Gacipiro
y que soy gigante piensa?
Montoya soy, vive Apolo.
Ten por Dios, señor, vergüenza
de ensuciar tus limpias manos
en sangre lacaya.

GABRIEL. Bestia,
¿qué dices?

MONTOYA. Las letanías.

GABRIEL. Mira que á matarnos entran
traidores disimulados.

MONTOYA. ¿Hacia dónde están, que puedas
encontrarlos, verlos tú,
y yo agora llenos tenga
los ojos de cataratas?

GABRIEL. Ponte á mi lado, no temas.

MONTOYA. ¡Si se hallare en toda Europa
quien más desdichado sea
que yo!...

GABRIEL. ¿Tiemblas?

MONTOYA. Tiemblo y sudo,
oleráśme si te acercas.
¿Quieres ver cuán venturoso
soy? Pues escucha.
Una siesta

soñaba que me habían dado
tres bolsas y dos talegas
de doblones de á dos caras;
tendílos sobre una mesa
y cuando empecé á contarlos,
al primero me despiertan
tirándome de una agalla,
sin permitirme siquiera
que entre sueños recrease
mi codicia con la cuenta.
Soñé otra vez que me daban,
sacándome á la vergüenza
por las calles de la corte,
cuatrocientos de la penca.
Iba yo carivinagre,
llorado de verduleras,
entre escribas y envarados,
las espaldas berengenas.
Y á cada «*Esta es la justicia*»
me pespunteaba el gurrea
los ribetes cuatro á cuatro
cual Dios le dé la manteca.
Considera tú qué tal
iría mi reverencia.
Pues fué mi ventura tanta,
para que envidia la tengas,
que hasta el último pencazo
no desperté; de manera
que cuando sueño doblones,
al primero me recuerdan,
y cuando azotes, me obligan
que hasta el cuatrocientos duerma.
¿Hay bestia más desdichada?
(Grandes golpes á la puerta y dice alto dentro el Duque.)

FILIPO. Si no abriere, echad por tierra
las puertas.

MONTOYA. Descomunal,
jayán Tranquitrinco, espera.
¡Santiago, sus, cierra España,
á ellos, señor, ó á ellas!

ESCENA X

Todos los de la comedia menos Carlos.

CRIADO. Ya está abierto para todos.
MONTOYA. ¡Los Duques y las Duquesas!
GABRIEL. Pues ¿cómo quién me amenaza
de muerte, por que no sepa
ninguno mudanzas suyas
é agora con todos entra?
FILIPO. Rendid. español, las armas
GABRIEL. Á los pies de vuestra alteza,
ellas, el dueño y la vida
MOTOYA. La bolsa, el dinero y ellas.
FILIPO. ¿Es blasón de generoso
á costa de su nobleza
desasosegar palacios
y, extranjero, hacer ofensa
á tanto príncipe y dama?
GABRIEL. Quien á sustentar se atreva
que yo...
FILIPO. Ya se sabe todo.
GABRIEL. ¿Hice cosa que no deba
ni aquí, ni...
FILIPO. Don Gabriel, basta;
dicho me han de esta quimera
lo que pasa, aunque en confuso.
GABRIEL. No yo, á lo menos, que precia
mi valor guardar palabras
que tanto riesgo me cuestan.
Y pues contra esto me indician,
diga, madama Clemencia,
diga Carlos, señor mío,
Beatriz y su prima bella,
vuestra Alteza, el Duque Enrique,
¿cuándo permitió la lengua
secretos encomendados
que de los labios excedan?
MONTOYA. Chitón, por amor de Cristo. *(Aparte á Armesinda.)*
Dama en cifra, niña almendra,
en lo de la sala y torno,

joyas, papel, noche y cena.

FILIPO. ¿Cuál de estas tres, español
mandadoos *amar por señas*
es la sutil inventora
de tanto artificio?

GABRIEL. Fuera,
gran señor, yo afortunado
á alcanzar mis diligencias
la solución de estas dudas;
no lo sé, si bien sospechas
tengo en todas tres.

FILIPO. Mostrad
los papeles, que su letra
alumbrará confusiones.

GABRIEL. Denme todas tres licencia
para hacer de ellos alarde,
que, sin dármela, aunque muera
no me atreveré á enseñarlos,
por no ofender la una de ellas.

BEATRIZ. Yo os la dispenso.

CLEMENCIA. Yo y todo.

ARMESINDA. Yo también.

MONTOYA. Traza discretos
para deshacer pandillas. *(Dáselos y míralos Filipo.)*

FILIPO. Ni de Beatriz, ni Clemencia,
ni de Armesinda es la forma,
todos son de mano ajena.

MONTOYA. Pues volvamos á tocar
segunda vez á tinieblas.

GABRIEL. Si las tres me lo permiten
y perdona vuestra alteza
de este amor enmarañado
culpas, que no sé que tenga,
señas ofrezco bastantes,
si no es que mi dicha yerra,
para conocer su autora
por más que ocultar se quiera.

BEATRIZ. Ya la tenéis.

CLEMENCIA. Acabad.

FILIPO. ¿Qué dices tú?

ARMESINDA. Qué desea
mi confusión verse libre.

MONTOYA. Aquí la trampa se suelta.
GABRIEL. ¿Quién, pues, de las tres madamas
á las dos de vuecelencias
dió las joyas de diamantes
que al pecho sacaron puestas
la primer vez que me hablaron?
BEATRIZ. Leonora, mi camarera,
debajo de mis almohadas
halló esa cruz, sin que sepa
cómo ó quién allí la puso;
y también esotras piezas,
que por saber este enigma,
di á las dos.
FILIPO. ¿Quien nos enreda
se ríe en fin de nosotros?
MONTOYA. Desmaráñelo un poeta.
GABRIEL. Señor, si esta vez no doy
en el engaño, no tengas
de averiguarle esperanzas.
FILIPO. ¡Decid!
GABRIEL. Ya va la tercera.
Cuando agora entré á esta sala,
¿estaban con vuestra alteza
las tres madamas presentes?
FILIPO. Sólo Beatriz faltó de ellas.
GABRIEL. Pues ella estaba en el torno,
y apurando mi paciencia,
amenazaba mi vida;
ella es la dama encubierta
que se entretiene en burlarme.
FILIPO. ¿Qué respondéis?
BEATRIZ. Que confiesa
lo que la lengua rehusa
en la cara la vergüenza.

ESCENA XI

Sale Carlos.

CARLOS. Antes moriré á su lado
que en Francia persona ofenda
al de Nájera, mi amigo.

FILIPO. ¿Qué es esto?
MONTOYA. Tramoya nueva.
CARLOS. Mi hermano el Rey va á casarse
con Ricarda, infanta inglesa,
y muerto en España el Duque
de Nájera (porque queda
sin sucesión), don Gabriel,
sobrino suyo, le hereda.
Pésames y parabienes
le den juntos estas nuevas,
y vos, Filipo, á Béatriz,
permitiendo que merezca
mi intercesión y amistad,
lo que madama desea,
que es juntar en don Gabriel
á Nájera con Lorena.
Mi esposa será Armesinda,
dando la mano Clemencia
á Enrique, porque amistades
desbaraten competencias.
Alcance yo vuestro sí.
FILIPO. Dueño es, señor, vuestra alteza
de mi voluntad y estado;
como lo dispone sea.
GABRIEL A vuestros pies, gran señor...
CARLOS. Levantad, que así se venga
de agravios que amor enlaza
la noble sangre francesa.
MONTOYA. Trinidad de desposorios;
sólo Montoya se queda
incasable ó celibato,
paralelo de una dueña.
GABRIEL. Invencionero ingenioso
es amor de esta novela.
Si ha logrado complacerlos
dad un aplauso al poeta.

FIN DE LA COMEDIA

(Del autógrafo del refundidor.)

VENTURA TE DÉ DIOS, HIJO,

QUE EL SABER, POCO TE BASTA

COMEDIA DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA
REFUNDIDA EN CINCO ACTOS

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

Otón, caballero	**Luna.**
César, letrado	**R. López.**
Criselio, caballero	**Montaño.**
Fulbio, gramático	**Campos.**
Enrique, Conde de Plasencia	**Tamayo.**
El Duque de Mantua	**E. González.**
Grimaldo, viejo	**R. Pérez.**
Clemencia, dama	**A. Baus.**
Roselia, íd	**T. Baus.**
Clavela, íd	**V. del Rey.**
Octavia, vieja	**I. Ripa.**
Gilote	**P. Cubas.**
Agudo	**G. Pérez.**
Un paje	**V. Aguado.**

La escena en el primer acto es en Padua, en casa de Roselia; en el segundo, en el término de la quinta de Grimaldo, á las inmediaciones de Padua; el tercero, en Padua, en sala del palacio del Duque; el cuarto, en la misma, y el quinto, en el jardín del mismo palacio.

EL TRAJE Á LA ANTIGUA ITALIANA

ACTO PRIMERO

SALA

ESCENA PRIMERA

Roselia.—Agudo.

ROSELIA. De modo contenta estoy
que, pues no hago acciones locas,
no muestro que hermana soy
de César; albricias pocas

por tales nuevas te doy.
¿Que mi hermano tanta estima
por sus letras ha alcanzado?

AGUDO. Toda Italia le sublima
por el más noble letrado
que lee cátedra de prima.
No tiene jurisperito
Europa sabio con él;
su nombre, en Bolonia escrito
por las calles, el laurel
le ofrece.

ROSELIA. Gozo infinito
con esas nuevas me das.
¡Qué alegre estará Honorato,
mi padre!

AGUDO. No quieras más
que el solo al de Monferrato,
cuya guerra ya sabrás
que con el de Mantua tiene
ha sido causa total
de las paces que previene.

ROSELIA. Cuéntame eso.

AGUDO. Gloria igual
á ganar su valor viene.
Dos años ha, como sabes,
que sobre la posesión
de algunas ciudades graves
que en esta comarca son
de Italia y Milán las llaves,
el Duque de Mantua viejo
y el Marqués de Monferrato
los dos de la guerra espejo,
con militar aparato
perturban paz y consejo.
Peleaban cada día
y combatiendo murallas
la dicha y la valentía
en asaltos y batallas
se abrasaba Lombardía.
Cansados de guerras, pues
entró el Papa de por medio
llamando al Duque y Marqués,

y para poner remedio
en tan prolijo interés,
mandó que buscar hiciesen
al más ilustre letrado
que las leyes conociesen,
en cuyo estudio y cuidado
sus pleitos comprometiesen.
Vienen letrados de Roma,
los suyos Bolonia apresta;
mas Césaro, que los doma,
como el sol se manifiesta
cuando entre estrellas asoma,
juez árbitro le nombraron
el Duque y Marqués, en fin,
y después que le informaron
de dar á sus guerras fin
y pasar los dos juraron
por su sabio parecer,
en la justicia resuelto,
que no admite corromper,
y después de haber revuelto
todo el derecho, á vencer
vino el Duque; pero dió
Césaro tales razones
y tan eficaz habló,
que, á pesar de disensiones,
á los dos apaciguó
con que la hermosa Clemencia,
hija del Duque, se case
con el Conde de Plasencia
y Monferrato, y que pase
la guerra á bodas y herencia.
Vinieron los dos en esto,
y á Césaro aficionados,
en el gobierno le ha puesto
el Duque de sus estados.
Y el Marqués, que ve compuesto
tan á su satisfacción
pleito tan largo y reñido,
en muestras de su afición,
de joyas le ha enriquecido
y una villa en posesión

y mayorazgo le ha dado,
premio de su mucha ciencia.
Y para vos ha alcanzado
siendo dama de Clemencia,
esperanzas de un condado
con el esposo que os dé.
Ved lo que el estudio alcanza.

ROSELIA. Pues de estado mejoré,
voluntad, á la mudanza
estatuas levantaré.
Villano padre dió el ser
al mío, que mejoró
con el trato mercader
vieldos en varas trocó
y el sembrar por el vender.
Admití la voluntad
que mostró tenerme Otón,
ilustre en esta ciudad,
creyendo de su afición
interesar calidad
á mi sangre con su amor,
que, aunque pobre, es caballero,
pues dándome él su valor
y yo en trueco mi dinero,
hicieran los dos mejor.
Pero, pues la diligencia
de mi hermano le sublima
á tan noble preeminencia
y en fe de su mucha estima
he de privar con Clemencia,
Otón mude de cuidado,
que ya los cielos serenos
de mi amor se han anublado,
porque no pienso ser menos
que esposa de un titulado. *(Vanse los dos.)*

ESCENA II

Otón, Fulvio.

OTÓN. No me canséis, Fulbio, más,
que no he de dar la lección.

FULVIO. Tened más firmeza, Otón,

y á tu padre agradarás,
que, de tu bien deseoso,
con su mandato me obliga
á que sin cesar te siga
con el libro.

OTÓN. Empeño odioso.
¡Por Dios que es hombre terrible
mi padre, pues en mi afrenta
gramático hacerme intenta,
siendo en mí tan imposible!
¡Si á un verbo no hay dar alcance,
cómo llegaré á su fin!
¡Ni cómo sabrá latín
quien no sabe bien romance!
Aunque tengo padres, soy
de edad varonil, que encierra
más valor para la guerra
que para el arte en que estoy.
Y si es bien que en esto notes,
no son mis años capaces
de facultad, que á rapaces
cuestan palmetas y azotes.

FULVIO. Señor Otón, vuestro padre
tiene, con ser principal,
más nobleza que caudal,
y porque el estado os cuadre
á vuestro valor debido,
que estudiéis á cargo toma;
porque sus deudos que en Roma
por las letras han valido
hasta alcanzar el capelo
prometen haceros hombre.
Estudiad y no os asombre
la incapacidad que al cielo
queréis ocioso imputar:
sabio vuestro padre os vea,
que no hay cosa que no sea
difícil al comenzar.
De la honra es breve atajo
el estudio que el cuerdo ama,
porque al templo de la fama
se entra por el del trabajo

No cobra valor ni medra
la ociosidad regalada,
que una gota continuada
rompe la más dura piedra.
Uno y otro estudio venza
la memoria hasta que abrace
lo que os enseño, pues hace
la mitad el que comienza.
De este verbo sustantivo
el primer tiempo me dad;
no os confundáis, comenzad.

OTÓN. Comienzo: nominativo
sum.

FULVIO. ¡Donoso majadero!
Nombre hacéis á *sum*, *¿es fui?*
¿No es verbo?

OTÓN. Dómine, sí.

FULVIO. Pues deis el tiempo primero.

OTÓN. ¿No fué en ese tiempo Adán?

FULVIO. ¡Á propósito, fray Jarro!
¡Por cierto ingenio bizarro
por discípulo me dan!
¿No os enseñé, impertinente,
los tiempos del verbo? Estaba... (*Dale el libro.*)

OTÓN. ¡Ya, ya, no se me acordaba!

FULVIO. Pues déis el tiempo presente.

OTÓN. El presente es bien bellaco
si el cielo no le socorre;
moneda de vellón corre
y reina Venus y Baco.
Labra casas la lisonja,
es pescadora de caña
la verdad, la lealtad daña,
la ambición se metió monja.
Es ciencia la presunción,
ingenio la fatuidad,
el mentir sagacidad
y honradez el ser ladrón.
Vividor el que consiente,
mercadera la hermosura,
arrastra coches la usura
y éste es el tiempo presente.

Y pues en él la ignorancia
vence á la sabiduría
y en mí la dicha podría
darme mayor importancia
que el latín que aprendo mal, (*Arroja el libro.*)
con vuestro arte os avenid
y á mi padre le decid
que no fuerce el natural
de su hijo con violencia,
que es hacer al cielo agravio,
y si me quiere hacer sabio
que me dé la suficiencia.

FULVIO. El hombre dice muy bien (*Aparte todo.*)
y me libra de un trabajo
que á tomarle yo á destajo
perdiera el seso también.
¡Jesús, qué gran matalote!
Más ha de un mes que le di
de lección á *sum*, *es*, *fui*,
que la abarca, y el capote
del rústico más común
le aprendiera en media hora,
y sáleme el poste ahora
con nominativo *sum*.
¡Qué de Otones que me miran
discretos en la opinión,
que para el estudio son
tanquam asinus ad liram! (*Vase.*)

ESCENA III

Otón.

OTÓN. El pobre va escarmentado,
no me volverá á cansar,
ni yo quiero más pensar
en lo que dejo estudiado.
Mas aquí Roselia sale,
sea ella mi preceptor,
que una palabra de amor
más que cien dómines vale.

ESCENA IV

Roselia.—Otón.

OTÓN. Roselia, por adorarte,
odiosos estudios dejo
que al natural cansa el arte.
¿Qué gramática mejor,
qué más noble facultad,
qué ciencia de más valor
que la que halla en tu beldad
mi correspondido amor?
Estudie nominativos
quien, como yo, no se asombre,
y aplíqueles adjetivos
como declinen tu nombre
mis deseos siempre vivos.
Conjuguen á *sum*, *es*, *fuí*,
sin mí los demás desde hoy,
pues sólo de él aprendí
mi bien, con el *sum*, que soy
tuyo y no vivo sin ti.
Si se enojase mi padre
porque en su gusto no vengo,
ya le cuadre ó no le cuadre,
á tu amor por padre tengo
y á tu hermosura por madre.
Abre el amoroso labio,
hónrame tú, si dichoso
no haces á mi fe agravio,
que más quiero ser tu esposo
que no siéndolo ser sabio.

ROSELIA. ¡Qué donoso impertinente! (*Aparte.*)
Otón, pobreza y valor
no son dote competente,
ni anda ya desnudo amor
en la opinión de la gente.
Si ya que eres ignorante
tuvieras hacienda, Otón,
estimárate constante,
que el tener es discreción

y el oro se ha vuelto amante.
El cielo á mi hermano ha dado
tantas letras que le ven
por ellas entronizado,
y siendo sabio, no es bien
darle á un necio por cuñado.
De tu ignorancia me pesa.
Césaro me ha prometido,
por lo que en esto interesa,
que no ha de ser mi marido
quien no me llame condesa.

OTÓN. Respondes como mujer,
pues en la hacienda reparas:
Hija al fin de mercader
que mide su amor á varas
en la tienda del tener.
¿Al interés amor llamas?
Amor no es más que valor
de la voluntad que infamas.

ROSELIA. ¿Pues tú qué sabes de amor,
si aún no has llegado á *amo*, *amas?*
Anda, vete á *sum*, *es*, *fui*.

OTÓN. Sí haré, que soy caballero
y seré siempre el que fuí
y será siempre grosero
el origen que hay en ti.
Yo soy..., yo

ROSELIA. ¿Dásme lección?

OTÓN. Y tú eres... tú.

ROSELIA. Á conjugar
te vas enseñando, Otón,
mas tu amor no ha de llegar
conmigo á conjugación
ni á ser mi amante tampoco,
que más adelante pasa.

OTÓN. Á no estimarte tan poco,
villana...

ROSELIA. ¿No hay quien de casa
á palos me eche este loco?

ESCENA V

Los dichos, Agudo.

AGUDO. ¡Albricias, señora mía,
que tu hermano se halla ya
en Padua y á Mantua va,
pues por él el Duque envía
y por ti, porque madama
Clemencia te hace favor.
ROSELIA. ¿Es justo estimar tu amor
cuando un Príncipe me llama?
Bien pudiera castigar
tu insolente desacato
si á mi hermano de tu trato
cuenta le quisiera dar.
Mas en fe de tu desprecio
bástete, Otón, por agravio
que él venga á ganar por sabio
lo que tú pierdes por necio.
Y pues de ti no hago caso
por lo que te falta de hombre,
declina casos de un nombre
mientras en Mantua me caso.
OTÓN. ¿Que esto sufro? ¿que esto escucho?
¿que esto cause el no saber?

ESCENA VI

Los dichos, Césaro de letrado, de camino y acompañamiento.

CÉSARO. Bella hermana.
ROSELIA. Si el placer
da la muerte cuando es mucho,
no sé, hermana cómo vivo.
Si honró el laurel tu cabello,
honre mis brazos tu cuello,
en que el alma te apercibo.
Sé que á tu sangre enriqueces
y aunque tus honras escucho

sé que, si te han dado mucho
infinito más mereces.

CÉSARO. Yo sé, Roselia querida,
lo que basta á ennoblecer
mi linaje, sangre y ser;
prevén luego tu partida,
que te esperan dos carrozas.

ROSELIA. ¿Dos?

CÉSARO. ¿Pues eso te ha espantado?
Yo espero verte en estado
si un año á tu hermano gozas
que te llame su mujer
un Colona ó un Gonzaga.

ROSELIA. ¡Ay, Césaro, el cielo lo haga!

OTÓN. Saber y ensoberbecer
todo es uno; la ambición
de éstos me ha causado risa.

CÉSARO. Yo, hermana, vengo de prisa.

ROSELIA. Vamos.

CÉSARO. ¡Oh, señor Otón!
¿Aquí está vuesa merced?

OTÓN. Con el contento y el gusto
que en esta ocasión es justo.

CÉSARO. Todo es hacerme merced:
ya estará bravo latino.
¿Cómo va de construir?
Versos sabrá ya medir;
no envidiará á Calepino.

ROSELIA. ¡Y cómo! No hay quien le iguale,
con el *sum*, *es*, *fui* se arrima
pues tanto lo que es estima
que del *sum*, *es*; *fui*, no sale.

CÉSARO. Hace bien, que es caballero;
estudie, haga lo que manda
su padre, que el tiempo ablanda
el ingenio más grosero.
Sus treinta años, poco más,
debe tener, muchacho es,
tiempo le queda después
para aprender lo demás.
¿Azótale el preceptor?

OTÓN. Por la lección honra fuera,

mas si el verdugo los diera
(siendo hijo de un labrador)
fuera afrenta conocida.

CÉSARO. ¿Tan presto se ha de picar?

OTÓN. Muchos suelen azotar
porque dan mala medida.
Como mercader no fuí,
no temo azotes por esto.

CÉSARO. Yo no me corro tan presto,
aunque lo diga por mí.
Advertid que entran acá
sus padres; estudie, hermano,
que yo le daré la mano.

OTÓN. ¡Qué de callos que tendrá!

ESCENA VII

Dichos, Grimaldo, Octavia.

GRIMALDO. ¡Que el arte arrojó en el suelo!
¿Hay atrevimiento igual?

OCTAVIA. Ir contra su natural
es contradecir al cielo.
Si el estudio á Otón repugna,
no le pidáis al acero
ni al plomo que sea ligero.

GRIMALDO. No es para cosa ninguna
¡Vive Dios que ha de guardar
los ganados en la aldea!

OCTAVIA. No hará tal, aunque no sea
capaz Otón de estudiar;
es vuestro hijo y yo su madre,
y es bien que ande en traje noble.

GRIMALDO. ¿Hijo mío un bruto, un roble?
¿Yo de un mentecato padre?

OCTAVIA. ¿Qué sabéis vos la ventura
que Dios le tiene guardada?

GRIMALDO. Quien ni por pluma ni espada,
Octavia, medrar procura,
¿qué puerta abierta hallará
para conseguir valor?

OCTAVIA. El nuevo Gobernador

es el que presente está.
Vuestro enojo refrenad.

GRIMALDO. Antes me corro de ver
que un hijo de un mercader
de tan baja calidad,
que ayer eran unos bueyes
con una pajiza casa
todo su caudal, hoy pasa
desde la azada á las leyes.
¡Y que este bárbaro ultraje
mi sangre con su rudeza,
y cuando en Césaro empieza,
acabe en él su linaje!
¡Quién se pudiera volver. .
sin ser visto, por no darle
el parabién,

OCTAVIA, Llega á hablarle,
que le habremos menester.

GRIMALDO. Pues es ya Gobernador
de nuestro Duque, es forzoso.
Gocéis, Césaro, dichoso
con otro cargo mayor
el fruto bien merecido
que premian en vos los cielos
de vuestro estudio y desvelos,
pues tan bien se os ha lucido.

CÉSARO. ¡Oh, Grimaldo! ¿Octavia aquí?
Si me hubieseis menester,
gustaré haceros placer
por la buena vecindad
que con vos tenido habemos;
ved si hay en qué, que os haremos
cualquiera comodidad.

ROSELIA. Y yo, si el Duque me casa
con un Conde, cual codicio,
recibiré en mi servicio
á Otón y honraré en mi casa. *(Vase.)*

ESCENA VIII

Dichos menos Roselia.

CÉSARO. Eso, Grimaldo, os prometo,
mas pues tan ignorante es,
hacedle que sea cortés,
ya que no sea discreto.
No le enseñe yo, si alcanza
á dar de sí testimonio,
en vez del arte de Antonio,
el de la buena crianza. *(Vase.)*

ESCENA IX

Dichos menos Césaro.

GRIMALDO. ¡Que esto haya yo consentido
y caballero me llame!
¡Que de esta suerte un infame,
cielos, me haya respondido
un hombre sin calidad!
OCTAVIA. ¡Ah, fortuna, toda extremos!
GRIMALDO. «Ved si hay en qué, que os haremos
cualquiera comodidad.»
¡Por cuatro letras que sabe!
OCTAVIA «Si me hubieseís menester,
gustaré haceros placer.»
Arrogante, necio, sabe...
GRIMALDO. ¿Un rústico? ¡Que esto pase
y no pierda yo el juicio!
«Recibiré en mi servicio
á Otón y honraré en mi casa.»
¡Y por última venganza,
infame, para afrentarte,
me dicen que en vez del arte
te enseñe buena crianza!
La del campo es la mejor.
Un labrador estudiante
te infama, torpe ignorante;
desde hoy serás labrador.

¡Hola!
OCTAVIA. Grimaldo, señor,
sosegad y no hagáis caso
de quien caerá al mismo paso
que sube á buscar valor.
Si se os ha descomedido
el villano entronizado,
él, como tal os ha hablado;
vos, como noble, sufrido.
¿Qué culpa vuestro hijo tiene
de lo que el otro os enoja?
¿Da la fortuna que escoja
ingenio á quien por él viene?
Dios no le quiere estudiante,
ni será justo que vos
queráis hacer más que Dios.
GRIMALDO. Quítate, Octavia, delante,
que te haré...
OCTAVIA. ¿No soy su madre?
¿No es razón que á mi hijo acuda?
GRIMALDO. Sí sois, pero estoy en duda
si le habéis dado otro padre;
desde hoy tiene de guardar
los bueyes.

ESCENA X

Dichos, Gilote, pastor.

GILOTE. ¡Válganos Dios!
Aquí los topé á los dos.
¿Hannos hoy de despachar?
Mándennos dar pan y queso
y á cuenta de mi soldada
seis reales, que está preñada
mi Torilda y pierde el seso
de achaque, ¿de qué dirá?
de darle al cura...
GRIMALDO. Gilote,
quítate aquese capote
y el sayo
GILOTE. ¡Más arre allá!

GRIMALDO. Quita presto.
GILOTE. ¿Qué imagina
hacer de mí este maldito?
GRIMALDO. Desnuda.
GILOTE. Sudo y tirito,
¿Si le ha dado sodomina? *(Desnúdase Gilote.)*
GRIMALDO. Quítate aquesa sotana
tú, y todo, idiota.
OTÓN. Señor...
GRIMALDO. Desde hoy has de ser pastor
con vida tosca y villana.
Quita y calla, ¡ó vive Dios! *(Desnúdase Otón.)*
GILOTE. ¿Otro despojo tenemos?
Mas qué, ¿quiere que juguemos
á Adán y Eva los dos?
OTÓN. Señor, si el cielo permite
mostrárseme siempre extraño...
GRIMALDO. En el estudio de un año,
cuando el trabajo compite
con el más contrario clima,
no resiste la ignorancia,
porque en la perseverancia
la honra ha puesto su estima.
Vístete ese tosco sayo.
GILOTE. ¿Compréle yo para él?
Tres varas tiene burriel.
GRIMALDO. Aun un tordo, un papagayo,
una urraca, un cuervo, en fin,
estudia lo que no entiende,
y si le enseñan, aprende
á hablar romance ó latín;
conque afrentándote están,
pues saben lo que tú no.
GILOTE. Es verdad; también habló
la borrica de Baláan;
mas de eso ¿qué culpa tien
mi capote? ¡Aquí de Dios!
GRIMALDO. Esa ropa es para vos.
GILOTE. ¡Gil de escolar! ¡Oh, qué bien!
OTÓN. ¡Que esto mi padre permite!
Su respeto me acobarda.
OCTAVIA. La dicha que Dios te guarda

tu obediencia solicite.
No en las letras solamente
consiste, Otón, ni se alcanza
nuestra bienaventuranza;
ser dichoso el hombre intente.
Poco te importa ser sabio
si no fueces venturoso;
rinde el necio al ingenioso,
y aunque conoce su agravio,
el cobarde se asegura
con dicha y vence al valiente;
no hay desdichado prudente,
siempre es necia la ventura.
Ya el saber mucho es odioso,
la ignorancia subió el precio
tanto que importa ser necio
para ser uno dichoso.
Déte Dios, hijo, ventura
que ella traerá lo demás.

GRIMALDO. Si estas lecciones le das,
¿mas qué aprenderlas procura?
Vente conmigo á la aldea,
daréte en ella el estado
que tu estudio ha granjeado;
que no osaré que me vea
Padua, afrentado por ti
de la boca de un villano.

OTÓN. ¿Posible es, cielo tirano,
que me has de tratar así?
Hijo tuyo soy, señor,
haz de mí cuanto quisieres.

GRIMALDO. ¿Mi hijo? Mientes, tú eres
hijo de algún vil pastor.

OCTAVIA. Grimaldo...

GRIMALDO. ¿Tú de mi casta?
Ven.

OTÓN. Obedecerte elijo.

OCTAVIO. Ventura te dé Dios, hijo,
que el saber poco basta.

ESCENA XI

Gilote.

GILOTE. ¡Heme aquí ya ensotanado!
¿Qué ha de decir si me ve
mi Torilda? Que burlé
antojos de su preñado.
Mas no, que si fué el antojo
morder del pescuezo al cura,
porque viva la criatura
y á él no le crezca el ojo,
ir de cura es agudeza,
muérdame á mí, en conclusión,
que más vale un mordiscón
que estorbos en la cabeza.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Clemencia, de camino, y Criselio.

CRISELIO. Ya el Duque queda servido,
pues trayendo á Vuestra Alteza
á esta hermosa fortaleza,
sus deseos he cumplido.
Éste el lugar señalado
es para vuestro himeneo,
y hoy, prima, vuestro deseo
verá el amor realizado.
Presto el Conde de Plasencia,
llegando aquí, gozará
la ventura que le da
tal esposa y tal herencia.
¡Dichoso pleito, por Dios,
más que la guerra cruel,
pues, sentenciado contra él,
el fruto goza con vos!

Y estrella triste y fatal *(Aparte.)*
la que mi existencia anima,
pues adorando á mi prima,
se la llevo á su rival.
Lo que no pudo la guerra,
las paces han concluído.

CLEMENCIA. Sin verle me dan marido,
no sé si mi padre yerra;
pero sé que su hija soy
y que es fuerza obedecelle.

CRISELIO. Hoy, prima, tienes de velle.

CLEMENCIA. Y también me casan hoy.
¿Cuándo has visto celebrar
boda y vistas en un día?

CRISELIO. Favoreced, dicha mía,
mi mentiroso anhelar,
que, pues no ama al desposado,
bien mis engaños saldrán.

CLEMENCIA. Aún más término le dan
de vida á un ajusticiado.

CRISELIO. La ocasión es ésta, amor,
de comenzar mi quimera.
Prima, advertirte quisiera
algo que toca á tu honor.

CLEMENCIA. Dí, pues.

CRISELIO. Habrás de escuchar
la traición más refinada,
mas confía en esta espada,
que aún se puede remediar.
Después que el Conde, engañoso
con el de Mantua, tu padre,
porque á sus designios cuadre,
fingió el concierto amoroso
que hiciera cesar la guerra,
el odio fuerte, acendrado,
que os profesa le ha prestado
la grave maldad que encierra.
Tanto puede en él, que intenta,
teniendo su fama en poco,
imaginar lo que un loco
no imaginara en tu afrenta:
su maldad le ha sugerido

el infame pensamiento
de deshonrarte, y de intento
á este sitio te ha traído.
No viene á casarse, no,
sino á manchar tu opinión,
á conseguir por traición
lo que á fuerza no alcanzó.

CLEMENCIA. ¿Qué dices?

CRISELIO. Lo que mi labio
te afirma es, señora, cierto;
por ti y por mí te lo advierto,
que es también mío tu agravio.
¿Qué has de hacer?

CLEMENCIA. Criselio amigo
no en balde mi corazón,
desestimando esta unión,
luchaba siempre conmigo.
Y aunque nunca conocí
al Conde, ni vi en efeto,
no sé yo por qué conceto
siempre al Conde aborrecí.
Tú, en fin, como deudo mío,
por mi honor debes mirar
si el tuyo quieres guardar.

CRISELIO. En mí tu defensa fío.
De mis amigos, Clemencia,
un fuerte escuadrón armado
contra tu Conde malvado
ha dispuesto mi prudencia.
Mientras viene, bella prima,
sosiega y retírate,
que yo en breve volveré
á ver la luz que me anima.
Amor, si sois poderoso *(Aparte.)*
favoreced mi artificio;
un día luce propicio
y me haréis siempre dichoso. *(Vase)*

ESCENA II

Clemencia.

CLEMENCIA. De la poca voluntad,
Conde traidor, que te tengo,
á sacar en limpio vengo
que es cierta tu deslealtad.
Heredas la enemistad
que entre tu sangre y la mía
ha asombrado á Lombardía;
y la costumbre y bajeza,
que en ti ya es naturaleza,
viles pensamientos cría.
Aunque en parte estoy contenta
de tu intención alevosa,
pues me impide ser tu esposa.
(Dentro.) El Conde viene; dad cuenta
á Madama... ¡Ay, Dios! ¿Qué es esto?
Mi peligro es cierto ya,
que es el Conde, y no podrá
Criselio volver tan presto.
Encerraréme con llave;
mas ¿de qué servirá ¡ay, cielo!
si da con ella en el suelo
quien dar con las honras sabe?
Dice Criselio que aguarde
su ya cansado favor;
buscalle será mejor
que llorar si viene tarde.
Alas da el temor cobarde;
si las llevo, ¿qué dilato
mi partida? Conde ingrato,
contra tu infame tramoya
será imitación de Troya
tu Plasencia y Monferrato.

ESCENA III

Sale Otón, vestido de Pastor. Clemencia.

OTÓN. Montañas que al firmamento
osadas desafiáis,
arbustos que murmuráis

las quejas que os lleva el viento
encuentre ya mi tormento
su fin en vuestra verdura;
y pues que ingrata natura
negarme al ingenio veis,
decidme, si lo sabéis,
dónde crece la ventura.

CLEMENCIA. Pastor, vaquero, serrano,
si se halla alguna nobleza
en tu llana rustiqueza,
que tal vez en el villano
se hospeda la cortesía
mejor que en la sangre clara,
socorre ahora y ampara
á quien de ti su honor fía.
Escóndeme de un traidor
que mi deshonra pretende,
y con la venganza ofende
las prendas de su valor.
Mira que se acerca aquí
quien sólo injuriarme espera.

OTÓN. Si la fortuna viviera
como la nobleza en mí,
no me diérades el nombre
con que me habéis injuriado;
pero soy tan desdichado
que aún no merezco ser hombre
¿Qué temor os acompaña?
El que os agravia ¿quién es?

CLEMENCIA. Yo te lo diré después;
si tienes casa ó cabaña,
en ella esconder procura
á quien un traidor asalta,
que podrá ser, si te falta,
como dices, la ventura,
que por mí seas dichoso.

OTÓN. No me obliga el interés,
noble soy y soy cortés,
aunque á las letras odioso.
Una granja está aquí cerca
de un padre que, por castigo
de que el estudio no sigo,

que ni se hereda ni merca,
en este traje me ha puesto;
tiene condición terrible
y pretende un imposible.
Mas venid, que yo os apuesto,
vistiéndoos de labradora,
de manera disfrazaros
que cuando intente agraviaros
quien la ley de noble ignora,
pague el valor que me esfuerza
la traición con que os asalta,
que á quien el ingenio falta,
le suele sobrar la fuerza.

CLEMENCIA. Pues conmigo generoso
quieres defender mi agravio,
te he de hacer, ya que no sabio,
por lo menos venturoso. (*Vanse.*)

ESCENA IV

El Conde, Criselio, criados.

CRISELIO. Si con alguna traición
no provocáis mi paciencia,
mirad, Conde de Plasencia,
que usáis mal de la ocasión
que el cielo da á vuestras paces.
¿Qué es de Clemencia, que en ella
mi honor estriba?

CONDE. A perdella
los sentimientos que haces,
Criselio, no son tan grandes
como los que quien ignora
esta desdicha y la adora,
ha de padecer. No mandes
impedirme de esa suerte
la ventura que intereso,
que habrá de costarme el seso,
si no me cuesta la muerte,
la pérdida lastimosa
de su adorada belleza.

CRISELIO. Conde, en vuestra fortaleza

estuvo Clemencia hermosa;
para la amorosa entrega
de estas paces la traía,
y en la sala la tenía
que su depósito niega.

CONDE. ¡Hay tal rabia! ¿Yo burlado?
¿Tal hacéis, Duque traidor?

CRISELIO. ¿Qué es esto, confuso amor? *(Aparte.)*
¿Cómo os me habéis malogrado?
Mientras por mi gente fuí
y con engaños tracé
la ganancia que intenté,
mi dama y dicha perdí.
Pero un consuelo me queda,
y es que no la gozará
el Conde; mi amor querrá
que mal mi dicha suceda.

ESCENA V

Dichos, un paje.

PAJE. En este instante ha llegado *(Á Criselio.)*
el Duque, á quien encontré
que venía y le enteré
de todo.

CONDE. ¡Fatal estado! *(Criselio se adelanta á esperar al Duque.)*

ESCENA VI

Duque, Césaro, Rosela, dichos y acompañamiento.

DUQUE. No sé lo que conjeture,
Conde, del proceder vuestro;
mas, como en ardides diestro,
no me espanto que procure
mi agravio vuestra venganza,
que anteponéis al amor.

CONDE. Yo nunca he sido traidor,
ni mi burlada esperanza
se persuadirá jamás

á que de industria no haces
para deshacer las paces
que eternas fueran hoy más.
Pues para que no la goce
la habréis mandado esconder.

DUQUE. Nunca se atrevió á ofender
mi valor quien le conoce.
Y cuando yo no quisiera
que la paz llegara á efeto,
no me puso en tanto aprieto,
Conde, vuestra guerra fiera,
que me obligue á compromisos
ni á usar de tales engaños.

CONDE. Truecan los maduros años
faltas de esfuerzo en avisos
é intentaréis deshacer
lo concertado con eso;
pero esté el alcaide preso,
Duque, y en vuestro poder,
mientras se sabe quién es
el que ocasiona la ausencia
y pérdida de Clemencia,
esto exige mi interés.

CÉSARO. Mi dicha se desbarata *(Aparte.)*
si Clemencia no parece,
que el Duque, que favorece
mis letras y honrarme trata,
ni de mí se ha de acordar,
ni el Marqués de mí hará caso.

ROSELIA. Con mi desdicha me caso *(Aparte.)*
si es que no llego á casar,

ESCENA VII

Clemencia, Grimaldo y dichos.

CLEMENCIA. Pues los cielos te han traído,
padre invicto, Duque justo,
á este sitio, asilo sacro
donde mi honor aseguro,
no te espante mi suceso,
ni con amoroso yugo

enlazar cuellos pretendas
que se aborrecen por uso.
Antiguas enemistades
desde tus padres augustos
á Plasencia y Monferrato
dan tiranos atributos.
La autoridad sacrosanta
del Papa, que se interpuso
entre el rigor de la guerra,
envainar aceros pudo,
pues que prudente y piadoso
armas á libros redujo
y el derecho de la espada
á las leyes de Licurgo.
Salió por ti la sentencia,
y lo que por tantos lustros
la guerra no pudo hacer,
una sentencia lo pudo
que estableciendo amistades
pretendió juntar en uno
nuestros estados y casas,
necio arbitrio, aunque seguro.
Concertadas ya mis bodas
y reducidos al culto
del amoroso himeneo,
á celebrarlas me trujo
Criselio á esa fortaleza,
donde mi suerte dispuso
que yo llegase á entender
de aquese Conde perjuro
la refinada maldad,
pues por conducto seguro
de uno de sus confidentes
á quien mi vida atribuyo
supe que su intención era
no darse al honroso yugo
del himeneo sagrado,
sino saciar con su gusto
la infame sed de venganza
que de sus abuelos trujo.
Supe, pues, que deshonrarme
quería, y en tal apuro,

acongojada mi alma
y temiendo tal insulto,
huí al bosque, donde el cielo
un labrador me dispuso
que cortesano y valiente
sirvió á mi honra de escudo,
y llevándome á una quinta,
restauración de mis gustos,
de tan odioso peligro
puso mi honor en seguro.
Esto, señor, que te digo
es lo cierto y te aseguro,
pues que la ley del honor
y la imperiosa del gusto
me desvían á la vez
de tan ominoso yugo,
que antes que lo verifique,
de una cuchilla al impulso
con una muerte violenta
cubriré á Mantua de luto.
Si el torpe disimulado
negártelo intenta astuto,
su enemistad y mis quejas
serán testigos seguros.
Escarmienta de hoy en más
y de enemigos perjuros
no te fíes otra vez
cuando aborrecen por uso,
que ni al río has de pedir
que retroceda su curso,
al sol que engendre tinieblas,
ni que discurran los brutos;
la enemistad heredada
si á mil ejemplos acudo,
es otra naturaleza,
con el presente te arguyo.

DUQUE. Bárbaro Conde, ¿qué excusa
piensas á tu intento dar,
ni qué podrás replicar
al delito que te acusa?
¿Lo que en las feroces guerras
no llegastes á obtener,

quieres, cobarde, deber
al disimulo que encierras?
¿Y tú de ilustre blasonas
y de bien nacido hablabas?
¿Es que á tu escudo pensabas
añadir estas coronas?
Con Dios y el Papa cumplí
firmando de boda el trato;
mas ya con él te retrato
la palabra que te di;
y juro, por el honor
tan sagrado que me alienta:
que ha de quedar tal afrenta
vengada por mi valor.

CONDE. Puesto que con vil engaño,
de tu trato arrepentido,
insensato, has convertido
tus enredos en mi daño,
y por ti, ya seducida,
Clemencia me vitupera
con delitos que siquiera
no imaginara en mi vida;
ya que, en mengua á su decoro,
corsario de su amor me hace
y con odio satisface
al amor con que la adoro,
tiempo es ya de que el acero
hable donde no la lengua,
que sería civil mengua
sufrir insulto tan fiero.
Prevenga, pues, tu malicia
trazas é intrigas malvadas,
que yo apelo á mis espadas
para probar mi justicia. *(Vase y los suyos.)*

ESCENA VIII

Dichos, menos el Conde.

DUQUE. ¿Á dónde está el labrador
de nuestra honra defensa?

CLEMENCIA. Ese nombre le hace ofensa,

que es caballero, señor.
El dueño de aquesta quinta
noble, aunque pobre, es su padre,
y su generosa madre
Octavia, que en Otón pinta,
como en imagen, el ser
de su heredada nobleza.

GRIMALDO. Deme los pies Vuestra Alteza.

DUQUE. ¡Oh, Grimaldo! El conocer
quién érades me impidió
del Conde el villano agravio;
Ya sé que sois noble y sabio;
pero ¿qué cosa os movió
á vestir en tosco traje
á Otón, si es vuestro heredero?

GRIMALDO. Tiene el ingenio grosero,
siendo ilustre su linaje.
Quisiera que se aplicara
á las letras y valiera
por ellas; mas de manera
la fortuna le fué avara,
que en un año no ha podido
los principios alcanzar,
y quísele castigar
de su ignorancia ofendido,
que quien no sabe ser hombre
no es bien que con hombres viva,

DUQUE. No en sola la ciencia estriba,
Grimaldo, el glorioso nombre
que ilustra un hidalgo pecho;
pues si todos sabios fueran,
poco las armas valieran,
que tantos Reyes han hecho.
Providencia es celestial
que conserva el universo
el dar natural diverso
y distinto á cada cual.
Por eso son las estrellas
tantas, porque á los mortales
den distintos naturales
naciendo en los climas de ellas.
Y pues no está en la elección

del hombre la facultad
que pretendes, á Otón dejad
que siga su inclinación.
Id por él, que he de premialle,
pues, en fin, le soy deudor
cuando menos del honor. *(Vase Grimaldo.)*

ESCENA IX

Los dichos, menos Grimaldo.

CÉSARO. Ya yo comienzo á envidialle.
ROSELIA. Y yo, hermano, á arrepentirme
de haberle menospreciado.
CRISELIO. Los sucesos que he escuchado *(Aparte)*
han venido á persuadirme
que el engaño que fingí,
Clemencia creyó verdad.
Albricias alma me dad,
pues mi intento conseguí
que pues ya se desbarata
la amistad y el casamiento
del Conde, á mi honesto intento
no será Clemencia ingrata.

ESCENA X

Dichos, Otón, Octavia y Grimaldo.

GRIMALDO. Éste es, gran señor, mi hijo.
DUQUE. Otón, mucho os soy á cargo.
De vuestro aumento me encargo;
por capitán os elijo
de esta guerra, que mi honor
por vos tan bien defendido
contra el Conde fementido
espera en vuestro valor.
OTÓN. Aunque no tengo experiencia
en el marcial ejercicio,
el ser en vuestro servicio
y de madama Clemencia
suplirá cualquier defecto

que haya, gran señor, en mí.
Mas yo, ¿qué Conde vencí?

CLEMENCIA. Lo que en mi ayuda habéis hecho
no es encubrillo razón;
el disimulallo, Otón,
os ha de ser de provecho;
yo vuestra dicha procuro,
daos por entendido ya.

DUQUE. La guerra otra vez está
declarada, y yo seguro,
pues vais de mi parte vos,
que el Conde será vencido.

OTÓN. ¿Qué es esto, cielos?

DUQUE. Cumplido
tengo con el Papa y Dios.
Nadie culpe mi venganza
si castigo á un desleal.
Otra vez sois general,
Criselio.

CRISELIO. Gran confianza,
gran señor, en mí ponéis.
Castigaré al Conde ingrato
destruyendo á Monferrato.

DUQUE. Con vos quiero que llevéis,
primo, por acompañado
á Césaro, que es espejo
de Italia, y con el consejo
de tan famoso letrado,
vuestro esfuerzo y su prudencia
juntos, harán extremada
en vos, primo, con la espada,
y en Césaro, con la ciencia.

CÉSARO. Yo procuraré, señor,
sacándote verdadero,
trocar libros por acero,
reconociendo el favor
de que la lealtad escojas
que en mi amor tus ojos ven.

DUQUE. Libro es la guerra también,
las espadas son sus hojas.
Grimaldo, el término es mío
de toda aquesta comarca;

cuanto en dos leguas abarca
esta quinta, valle y río,
os doy, para que juntéis
á vuestra quinta esa hacienda.

GRIMALDO. Nunca tus canas ofenda
el tiempo.

DUQUE. Esto le debéis
á Otón, y más lo que intento
hacer por su intercesión
con vosotros.

CÉSARO. Á este Otón
temo ya,

ROSELIA. Que medre siento.

DUQUE. Vamos á Padua, de donde
saldréis hoy juntos los tres
para postrar á mis pies
la ingrata cerviz del Conde.

ESCENA XI

Otón y Gilote.

GILOTE. ¿Diz que vais por capitán
del duco Otón?

OTÓN. ¡Oh Gilote,
es verdad!

GILOTE. Si mi capote,
(el que os dió cuando un gañán
de escolar, os hizo ser
vuestro padre), no hace al caso,
pues vistiéndoos de raso
ya no le habéis menester,
volvédmele, que no me hallo,
si he de hablar verdad, sin él;
tres varas tien de burriel,
abrígame y he de honrallo
con mi buena compañía;
si no, pagádmele.

OTÓN. Vente conmigo y te haré
hombre.

GILOTE. Bueno eso sería,
hombre, ¿pues soy yo mujer?

OTÓN. ¡Eh! si me has de acompañar,
ha de ser dándote priesa.

GILOTE. ¡Miren á qué linda mesa
se me convida á almorzar!

OTÓN. No hay mesa de más valor
que la que la fama envía.

GILOTE. La mesa de una hostería
es más barata y mejor.
Allí, á pasto bebo y como
y aquí en esta mortal venta
dan pólvora por pimienta
y albondiguillas de plomo.
!Miren qué conejo ó polla!
Fuego de Dios en cocina
donde es una culebrina
la más sazonada olla.
Sangre, el vino que promete
á quien su brindis admite,
y el postre de su convite
confitura de un mosquete.
Criado entre miel y natas,
sin haber visto desnuda
una espada, ¿quien se muda,
que así malograrte tratas?

OTÓN. ¡Vive Dios, que he de probar
dónde llega mi ventura!
Gilote, ya somos dos,

GILOTE. Y un asno tres,

OTÓN. ¿Á qué espero?

GILOTE. Yo, Otón, no soy más que un cero
que nada valgo, ¡Por Dios
que no des triste viudez
á mi Torilda!

OTÓN. Importuno,
si eres cero y yo soy uno,
contigo valgo por diez.
¿Qué dices?

GILOTE. Que tras de tí
en tal caso me pondré
y de este modo daré
el valor que recibí.
Si no, júzgalo tú mismo:

cuando el cero va detrás,
¿no vale el número más?

OTÓN. Valiente eres.

GILOTE. En guarismo. *(Vase).*

ESCENA XII

Otón, Grimaldo.

GRIMALDO. Ahora tengo de ver
para lo que eres, Otón;
las armas ventura son,
si méritos el saber.
Pues para aqueste no has sido,
en las otras te aventaja;
gente humilde, pobre y baja
por las armas ha subido
hasta la suprema altura
que en el Imperio se encierra;
verás, siguiendo la guerra,
que todo en ella es ventura.
La ventura, de una escala
cuelga sin riesgo la vida;
tal vez, viniendo perdida,
pasará por ti una bala
matándote al compañero
y dejándote seguro;
caerá al foso desde el muro
todo un escuadrón entero
y la ventura podrá,
á pesar del enemigo,
conservarte por testigo
de la ayuda que te da.
¿Quién á una posta perdida,
blanco de tanto cañón,
sino la ventura, Otón,
hace que vuelva con vida?

ESCENA XIII

Dichos y Octavia.

OCTAVIA. El que sin dicha se emplea,
ni el coselete grabado,
ni el puesto mas retirado,

ni la militar trinchera
darán defensa segura,
si una bala se abalanza,
que á todas partes alcanza,
sino sólo á la ventura.
Pues ésta te favorece,
usa de ella con valor;
el Duque te hace favor;
en palacio sólo crece
(del modo, que en la milicia)
la ventura; en él verás
quedarse el mérito atrás
y arrinconar la justicia.
Sólo medra el venturoso;
no por esto te aconsejo
que del valor, que es espejo
para el noble y valeroso,
apartes tu juventud,
que si en él la dicha manda,
mucho más puede cuando anda
al lado de la virtud.

ESCENA XIV

Dichos y Gilote de soldado gracioso.

GILOTE. Vengo bueno?
GRIMALDO. Va Gilote
contigo.
GILOTE. Vó con Otón, que no tien
con qué pagarme el capote,
y porque no es para más,
á Dios que me vó á romper.
GRIMALDO. Pues ven acá, ¿sabrás ser
soldado tú?
GILOTE. Bueno estás;
ya sé tocar las baquetas,
comerme un horno de bollos,
hurtar gallinas y pollos,
vender un par de boletas,
echar catorce reniegos,
arrojar treinta por vidas,

acoger hembras perdidas,
sacar barato en los juegos;
y en batallas y rebatos,
cuando se tornan conmigo,
se enseñan al enemigo
las suelas de los zapatos.

GRIMALDO. Eso es ser gallina, en suma.

GILOTE. Decís Grimaldo lo vero:
¿por qué pensáis que el sombrero
llena al soldado de pluma,
sino porque al huír después
que la batalla se empieza,
volando con la cabeza
corre mijor con los pies?
Esta es de gallo y trabajo
por darla aquí, en somo estima,
conque queda el gallo encima
y la gallina debajo.

OCTAVIO. Hijo adiós.

OTÓN. Adiós, señora.
Padre adiós, vuestros consejos
serán desde hoy los espejos
en que me mire cada hora.

GILOTE. Cuidad mi Torilda casta,
no me haga algún amasijo,
pero está al parir un hijo,
y en un mes esto la basta.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

El Duque, Clemencia, Roselia y Clavela.

DUQUE. No temo infeliz suceso
de esta guerra, pues me ampara
la justicia cierta y clara
del agravio que confieso.
Buen general señalé;
vencedor Criselio ha sido
mil veces del fementido

Marqués, y si aseguré
su valor con la prudencia
de Césaro, cuerdo y sabio,
¿quién duda que de mi agravio,
juntando al valor su ciencia,
he de quedar satisfecho?

CLEMENCIA. Y más cuando te asegura,
señor, de Otón la ventura.

CLAVELA. Ya el Conde estará deshecho.

DUQUE. Esta es la hora que vienen
triunfando á Padua los tres,
y presos Conde y Marqués
por mí á Monferrato tienen.

ROSELIA. De mi hermano no hay dudar,
siendo César, que presuma
juntar la lanza á la pluma
y vencer como estudiar.

DUQUE. Si él con la victoria sale,
con Criselio os casaré.

CLAVELA ¡Ay, cielo!

DUQUE. Y Conde le haré
de Regio, para que iguale
el estado á su valor.

ROSELIA. Eres Gonzaga, no puedes
hacer menores mercedes.

CLAVELA. *(Aparte.)* Si le pierdo vencedor,
haced que vuelva vencido,
no le déis ayuda, cielos,
salidle al encuentro, celos,
pues yo de seso he salido.

ESCENA II

Dichos, Césaro, Criselio y acompañamiento.

CRISELIO. Esta es la primera vez,
invicto Duque de Mantua,
que vencido tus pies beso,
que Enrique pisa tus armas.
No atribuyas á descuidos
desorden, culpables faltas
ó impericia militar

tu daño y nuestras desgracias,
sino á la ciega fortuna,
que en las guerras y privanzas,
por parecer más hermosa,
quiere mostrarse más varia.
Dísteme por compañero
á Césaro, con quien mandas
que estratagemas consulte,
pida ardides, siga trazas.
No diga yo, aunque pudiera,
la diferencia y distancia
que hay del arnés á la joya,
de la borla á la celada;
cuán mal que se compadecen
hojas de libros y espadas,
ejércitos con escuelas
y cátedras con murallas;
pero diga la experiencia
lo que hay de obras á palabras,
de las plumas á la pluma,
de argumentos á batallas,
que si ejemplos testifican,
el presente, Duque, basta,
pues por seguir á las letras,
vuelven vencidas las armas.

CÉSARO. No eches la culpa al ingenio,
Criselio, cuyas ventajas,
á tu pesar, reconocen
las fuerzas más celebradas.
Cátedras lee la milicia
que universidades pagan,
y á especulación reducen
experiencias practicadas.
Mi parecer fué ingenioso,
y si á ejecución llegara,
Monferrato y su Marqués
fueran proverbio en Italia.
Dí tú que no bastan ciencias,
que peine el consejo canas,
que asalte el esfuerzo muros,
que arroje el esfuerzo balas,
si no asiste la ventura,

porque la vez que ésta falta,
ni Pompeyo entre legiones,
ni Marco Antonio entre armadas,
á la fortuna del César
se opondrán, que en una barca
del miedo asegura á Amiclas
y atrevido el mar contrasta.
Mandéte emboscar la gente
para que al cuarto del alba,
ganando al Marqués las puertas
diésen al valor entrada.
Dió la fortuna envidiosa
de este ardid cuenta á la fama,
contóselo al enemigo
que el monte y la gente abrasa,
y por él peleando el fuego
la victoria á voces canta
no el esfuerzo, la ventura,
no el valor, sino las llamas.
Si no fuimos venturosos,
no culpes las letras sabias
que ponen Marte y Minerva
sobre sus cabezas...

DUQUE. Basta;
vencidos venís los dos,
las letras sin manos hablan,
el valor obra sin lengua,
uno Ulises y otro Ayax;
pero los dos sin ventura
la elocuencia y la arrogancia,
las armas junto á las letras,
decís bien, no valen nada.
Volveos, Césaro, á los libros,
abogad sentencias, causas,
que no es bien paséis la pluma
de la mano á la celada.
De vuestro centro os saqué
y fuera del pesa el agua.
No traen armas los juristas,
con sólo *un fallamos* matan.
¿Qué es de Otón?

CRISELIO. No sé si afirme

en su afrenta ó alabanza,
que el temor y la ventura
previnieron su tardanza;
No fué al campo.

DUQUE. Yo lo creo,
que si en él Otón se hallara,
salieran con la victoria
su valor y mi venganza.

CÉSARO. ¿La victoria un ignorante
que en su vida ciñó espada?

DUQUE. Mejor sois para fiscal
que para soldado; basta.

ESCENA III

Ruido de cajas y sale Otón bizarro y el Conde sin armas.

OTÓN. Atribuye á mi ventura,
y no al valor que me falta,
el ofrecerte, señor,
á Enrique preso á tus plantas.
Vencedor, viene vencido.
Yo tengo pocas palabras.
Tarde al campo me enviaron
cumplimientos de mi casa.
Hallé al Conde que con otros
su victoria celebraba;
pedí ayuda á la fortuna,
y de frente me acompaña;
que, en fin, vine, vi y vencí.
Por relación ésto basta,
y por premio de mis dichas,
que de ellas te satisfagas.
Solamente te suplico
que mires que eres Gonzaga,
y que el valor resplandezca
en ti más que la venganza.
En tu poder está el Conde;
el que es generoso paga
agravios con beneficios:
perdónale si te agravia.

DUQUE. Á vuestras cortas razones

y á vuestras hazañas largas,
con largos premios prometo
juntar cortas alabanzas.
Mi honor os debo dos veces;
vencido habéis otras tantas
á Enrique y restituído
á su ser mi antigua fama;
pues me dais un Conde preso,
bien será que Conde os haga.
Conde sois de Val-Hermoso.

OTÓN. Esclavo tuyo me llama.

DUQUE. Criselio, el bastón os vuelvo;
y pues la dicha acompaña
á Otón, seguid su ventura,
que mientras Césaro trata
en mi tribunal de pleitos,
si al valor la dicha ensalza,
valor tenéis, y Otón dicha:
restaurad vuestras desgracias.

CRISELIO. Castigando, señor, premias:
si avergüenzan tus palabras,
tus mercedes dan valor;
justamente á Otón levantas;
con su feliz compañía,
ni temo suerte contraria,
ni enemigo poderoso,
ni empresa con que no salga.

DUQUE. Conde, á intercesión de Otón,
debajo vuestra palabra,
la ciudad tenéis por cárcel,
sin prisiones y sin guardas.

ENRIQUE. Yo la doy, y á tu grandeza
rindo las debidas gracias,
deseoso que, sin ira,
de mi amor te satisfagas.
¡Dichosa prisión, si estoy *(Aparte.)*
en presencia de mi dama!
Amor, más cierto anduvieras,
si libertad la llamaras. *(Vanse el Duque y el Conde .*

ESCENA IV

Clemencia, Otón, Clavela, Roselia y César o.

CLEMENCIA. ¿No me habláis, Otón?
OTÓN. Señora,
poco agradece quien habla;
la suspensión siempre mira,
la obligación siempre calla.
Por vos tengo el bien que tengo.
CLEMENCIA. Ya sois Conde.
OTÓN. Ser me basta
esclavo vuestro.
CLEMENCIA. Yo haré
que envidien vuestra privanza.
CLAVELA. *(Aparte.)* Pues no se casa Roselia
con mi Criselio, esperanza,
dadle, pues viene vencido,
pésame no, alegres gracias.
CÉSARO. El nuevo título goce,
vueseñoría edad larga.
OTÓN. ¡Oh, señor Gobernador,
pésame de sus desgracias!
Si hay en qué pueda servirle
(no hacer placer, que es hidalga
siempre en mí la cortesía)
acudiré con el alma.
ROSELIA. No doy á vuestra excelencia
el parabién de turbada,
con el encarecimiento,
que debe quien tanto le ama.
OTÓN. ¡Oh hermosa Roselia! ya
llegó la hora deseada
de que esté en vuestro servicio,
y á Otón honre vuestra casa,
pues sirviéndoos de la mía
mientras que Condesa os llama
un título, vuestro esposo,
y el Duque con él os casa,
por dichoso me tendré,
no en que, si se ofrece, os haga

cualquiera comodidad,
que fuera poca crianza,
sino que como señora
me mandéis. *(Vase).*

ROSELIA. Dióme en el alma.

CÉSARO. ¡Que se anteponga á mis letras,
de este modo la ignorancia
de hombre que sabe tan poco!

ROSELIA. La envidia el pecho me abrasa.

ESCENA V

Clemencia, Clavela.

CLEMENCIA. ¿De mí, en fin, estás quejosa?

CLAVELA. Mi amor te lo certifica,
la voluntad te halla hermosa,
el interés te ve rica,
el parentesco amorosa,
discreta el entendimiento,
tierna la conversación,
y ansí de Criselio siento,
si tanto tus dotes son,
que intenta tu casamiento.
En la guerra te ha obligado,
en la paz te ha pretendido,
victorioso, si soldado,
y si galán, preferido.
¿Luego es cierto mi cuidado?

CLEMENCIA. Otro, Clavela, es el mío,
del tuyo tan diferente
que le juzgo á desvarío:
nunca de amor que es pariente
lograr esperanzas fío.
¡Ay, prima mía, y qué extrañas
somos las mujeres!

CLAVELA. ¿Pues?

CLEMENCIA. Porque sepas si te engañas,
¿ves mi libre desdén? ¿Ves
mis rigurosas entrañas?
¿Lo que al Conde de Plasencia
aborrecí poderoso?

¿Lo que temí su presencia?
¿Pues por no verle mi esposo
ni mi gusto en contingencia,
el robo y fuerza fingí,
que no llegó á ejecución,
y con mi padre mentí
vanas hazañas de Otón?

CLAVELA. Ya, prima, supe de ti
el aviso que tuviste
del Conde, tu amor ingrato,
que su venida supiste,
y que de su torpe trato
al bosque turbada huiste.
¿Hay más que añadir á eso?

CLEMENCIA. Á Enrique desheredado,
á Enrique mi bien y preso,
sin amigos, sin estados,
y estoy por decir sin seso,
á Enrique, que aborrecí
porque lo que soy publiques,
á Enrique ya pobre...

CLAVELA. Sí.

CLEMENCIA. Pues á Enrique ..

CLAVELA. ¿Hay más Enriques?

CLEMENCIA. Prima, quiero más que á mi.

CLAVELA. ¿Á quién tu afrenta intentó?

CLEMENCIA. No se que eso verdad sea,
sé que quien me lo contó
me amaba, y que amor se emplea
en engaños.

CLAVELA. Bien sé yo
de las muestras de afición
con que más Enrique siente
tu desdén que su prisión,
que cualquier fama desmiente
que desdore su opinión.
Pero hale el Duque quitado
la libertad que tenía,
con ella perdió su estado
de toda la Lombardía.
Le miras abandonado;
si rico fué aborrecido,

no sé cómo pueda ser,
cuando tan pobre, querido.

CLEMENCIA. Hazañas son del poder,
á Dios siempre parecido.
Añadir al oro, prima,
esmaltes, cuando por sí
el mundo tanto lo estima,
no es mucho, ni que á un rubí
ó á un diamante, que sublima
hasta el sol su resplandor,
guarnezca el oro opulento
y realce su labor,
pues halla, en fin, fundamento
el trabajo en su valor.
Mas de una materia baja
hacer una pieza noble,
un escritorio, una caja,
una imagen, que de un roble
al oro puro aventaja,
esa es majestad guardada
á Dios sólo y al poder
que con grandeza elevada
se autorizan con dar ser
y valor á lo que es nada.
Esto mismo hacer procura
mi amor, pues porque á luz salga
su poder y mi hermosura,
busca un marido que valga,
prima, no más que la hechura.

CLAVELA. Mis celos has satisfecho,
pues esa hechura saldrá
á tu gusto y mi provecho.

CLEMENCIA. Mi hechura sólo valdrá
si hago al Conde ya deshecho.

CLAVELA. Roselia sale.

CLEMENCIA. Pues anda,
y no temas que por mí
pierda tu amor su demanda,
que á mi Enrique el alma di,
si bronce, ya cera blanda.

ESCENA VI

Roselia y Clemencia.

ROSELIA. En busca de Vuestra Alteza
me trae, señora, un cuidado
que ocasiona mi tristeza.
CLEMENCIA. Como sea enamorado
á comunicarle empieza,
que los de una facultad
alivian su mal mejor.
ROSELIA. Es, gran señora, verdad.
Mas ¿paga tributo á amor
vuestra alteza?
CLEMENCIA. Voluntad
tengo á quien aborrecía.
Decirme la tuya puedes,
mientras yo callo la mía.
ROSELIA. Segura con las mercedes
que me has hecho desde el día
que entré en Palacio, quisiera,
si de mí te satisfaces...
CLEMENCIA. ¿Querrásme hacer tu tercera?
ROSELIA. Que fueses en unas paces,
gran señora, medianera.
CLEMENCIA. ¿Con quién los enojos son?
ROSELIA. Días ha que he sido amada
con recíproca afición,
aunque ahora mal pagada,
de Otón.
CLEMENCIA. ¿Luego sabe Otón
querer?
ROSELIA. Ninguno lo ignora,
ni él tan venturoso fuera
si no amara, gran señora.
CLEMENCIA. Bien dices, la planta y fiera
por dar fruto se enamora.
ROSELIA. Cuando alcancé tu privanza,
le traté con menosprecio,
y con ingrata mudanza
le llamé ignorante y necio,

porque llegó mi esperanza
á prometerme por sí
dar la mano á un potentado,
que, aunque plebeya nací,
como mi hermano ha llegado
á tanta dicha, creí
subir donde mi ambición
pretendió, desvanecida.
Sintió mi desdén Otón
y, despreciado, me olvida.

CLEMENCIA. Agravios y celos son
espuelas con que amor vuela,
aunque un desprecio es bastante
á apagar llamas, Roselia.

ROSELIA. De un hombre tan ignorante
que aún no le admite la escuela,
¿quién pensara tal ventura?

CLEMENCIA. ¿Mujer eres de penseque?
Desdicho has de tu cordura;
ahora yo haré que se trueque
el esperanza en blandura
de Otón; que si te ha querido
y otra vez el fuego atizas
que amortiguaste ofendido,
mientras duran las cenizas
no ha muerto al fuego el olvido;
yo despertaré sus llamas.

ROSELIA. Él viene por que procures
mi paz

CLEMENCIA. Si cuerda te llamas,
ni en penséques te asegures,
ni desprecies á quien amas. *(Vase Roselia.)*

ESCENA VII

Otón y Clemencia.

OTÓN. Aguardando el Duque queda
á Vuestra Alteza.

CLEMENCIA. Y yo á vos.

OTÓN. ¿Qué hay en que serviros pueda?

CLEMENCIA Conde, no muestra ser dios

amor con vos, que se hospeda
en el más rústico pecho
como en el alma más rica.

OTÓN. No soy para él de provecho;
más á la guerra se aplica
mi inclinación.

CLEMENCIA. Ya habéis hecho
en ella alarde capaz
del valor que en vos encierra;
pero ya, que es todo paz
y se ha acabado la guerra;
cuando reina amor rapaz,
¿en qué soléis ocupar
el tiempo?

OTÓN. Pues el más largo
¿no es corto para pensar
lo mucho que os soy á cargo
y no he de poder pagar?

CLEMENCIA. ¿Vos qué me debéis á mí?

OTÓN. Todo el ser que me ha ilustrado,
la privanza á que subí,
el haberme acreditado
fingiendo que yo vencí
al Conde Enrique; el sacarme
de una granja al cargo honroso
con que he venido á ilustrarme,
y el haberme hecho dichoso,
que es lo más que podéis darme.

CLEMENCIA. La dicha que es con exceso,
es deuda al cielo debida,
yo no tengo parte en eso;
fingí de Enrique la huída,
mas trayéndole vos preso
bien habéis beneficiado
lo que dije en profecía;
el título que os ha dado
mi padre á intervención mía,
vuestro esfuerzo lo ha ganado.
Antes os soy tan deudora,
qne si es la paga mejor
la que el amor atesora,
os he de hacer acreedor

de un alma, Otón, que os adora.
OTÓN. ¿Á mí, señora?
CLEMENCIA. Y tan bella
como la imaginación
transformada, Otón, en ella,
os dió en alguna ocasión
ánimo para querella.
OTÓN. Si no es que de mí os burlais,
no sé, señora, á qué fin
mi libertad inquietáis;
no os entiendo.
CLEMENCIA. Hablo latín,
no es mucho no me entendáis.
OTÓN. Yo en mi vida tuve dama.
CLEMENCIA. Pues hartas obligaciones
á la que su dueño os llama
tenéis. De aquestas razones
sacad quién es la que os ama.
OTÓN. ¿Yo obligaciones y amor?

ESCENA VIII

Dichos y un Paje.

PAJE. El Duque á llamar envía
á Vuestra Alteza.
OTÓN. Temor,
refrenad á la osadía.
CLEMENCIA. Para saberlo mejor
id esta noche al terrero,
que hablando, Conde, conmigo,
con ella hablaréis.

ESCENA IX

Otón.

OTÓN. ¿Qué espero?
Imaginación, si os sigo,
imitar á Faetón quiero.
¡Válgame Dios! ¿Si madama,
para ensalzar mi ventura

de todo punto, me ama?
¿Mas qué bárbara locura,
necio pensamiento, os llama?
¿Yo de Clemencia? ¿Yo amado
de quién el sol puede ser,
no original, sí traslado?
¿Mas no es Clemencia mujer?
¿Pues qué imposibles he hallado?
Refrenaos, lengua habladora,
y no ofendáis tal valor
¿Pero no me dijo ahora:
«Os he de hacer acreedor
de una alma, Otón, que os adora?»
¿Mas por fuerza ha de ser ella?
Sí que «mi imaginación
transformada (dijo) en ella,
me dió tal vez ocasión
y ánimo para querella».
Si el ánimo es menester,
cierta es la dificultad.
Ánimo para querer.
¿Si no es para su beldad,
para qué otra puede ser?
Pero, imaginación necia,
¿quién vuestra virtud contrasta?
¿Clemencia á Enrique desprecia
y con ella no fué casta
Penélope ni Lucrecia?
Mas sí me dijo madama:
«Pues hartas obligaciones
á la que su dueño os llama
tenéis, de aquestas razones
sacad quién es la que os ama».
¿Yo á quién tengo obligación
si no es sólo á su hermosura?
¿Quién ha sido la ocasión
de mi envidiada ventura
sino sola su afición?
Pues si de aquí sacar quiero
mi dama, que es ella, digo:
«Id esta noche al terrero,
que hablando, Conde, conmigo,

con ella hablaréis». Grosero
soy, pues en esto reparo
si ha de hablar mi dama en ella.
¿Qué dudáis, ingenio avaro?
«Conmigo, hablaréis con ella.»
¿Pudo decirlo más claro?
Ea, confusión oscura,
pues ánimo es menester,
el ánimo me asegura
el ser Clemencia mujer,
y lo que es más, mi ventura.

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

Clemencia y Duque.

DUQUE. Yo, Clemencia, haré por ti
lo que me pides.

CLEMENCIA. Á Otón
casarlo será razón;
palabra á Roselia di
de suplicarte por ella.

DUQUE. Bien, con Otón casará,
y él en Roselia tendrá
esposa discreta y bella.
Dotaréla de mi mano,
por que tú la quieres bien
y porque debo también
mucho á Césaro, su hermano.
Mas tú que por todas ruegas
y casar quieres á Otón,
¿por qué á tu edad en sazón
tan honestos lazos niegas?
Ya es bien que de este cuidado
me libres; y pues soy viejo,
obediente á mi consejo
des sucesión á mi estado
Un día tuyo será·

á Mantua, Clemencia, heredas;
la más poderosa quedas
de Lombardía, y podrá
cualquier Rey, si el interés
ve de tu dote y belleza,
dar corona á tu cabeza
por que la mano le des.

CLEMENCIA. Eso queda á cargo tuyo,
que en mí no fuera razón
exceder de tu elección.

DUQUE. Pues si eso es así, concluyo
con que ya tengo escogido,
mi Clemencia, un noble esposo,
no de suerte poderoso
que al título de marido,
siendo rey soberbio, añada
el título de señor,
sino á quien siendo menor
que tú, la vida privada
y estado por ti mejore,
á tu gusto se sujete,
por señora te respete
y por esposa te adore.

CLEMENCIA. Si no es este Enrique, el Conde, (*Aparte*)
cielos, decid, ¿quién será?
Pobre y sin estado está
y con mi amor corresponde;
pedidme albricias si es él,
amor.

DUQUE. Vergonzosa y muda
mezcla el temor y la duda
en ti el jazmín y el clavel.
Razón será despenarte:
tu esposo ha de ser, Clemencia,
Criselio.

CLEMENCIA. ¿Quién?

DUQUE. Su presencia
es digna de enamorarte.
Primo es mío y su valor
iguala á sus prendas claras,
tanto que, si tu faltaras,
le hiciera mi sucesor.

CLEMENCIA. Antes, por ser tan cercano,
ni le admito ni apetezco;
que bodas con parentesco
no se logran.

DUQUE. Ya es en vano
resistir mi voluntad,
que en fe de ser gusto mío,
para que dispense, envío
mañana á su Santidad
á Césaro.

CLEMENCIA. Amor, ya os lloro
malogrado.

DUQUE. Éste es mi intento;
sobre sangre, casamiento
dicen que es, sobre azul, oro.

CLEMENCIA. Ó será mi esposo Enrique,
ó la muerte me daré; *(Aparte)*
un papel le escribiré:
mi amor sus penas publique.

DUQUE. Cuerda y obediente eres,
míralo, y vuelve después.

CLEMENCIA. Como ese hombre no me des.
cásame con quien quisieres. *(Vase.)*

ESCENA II

El Duque.

Ejecutaré mi gusto,
ó probarás mi rigor;
mas no sufrirá mi amor
que se case á su disgusto.
¡Qué grande felicidad
fuera, si un padre engendrara
como en el talle y la cara
en el alma y voluntad
su semejanza! ¡Más Dios
cría el alma y le da el ser,
y así es milagro el hacer
una voluntad de dos.

ESCENA III

El Duque y Césaro.

CÉSARO. De prevenir la partida
que he de hacer á Roma vengo,
DUQUE. Mientras que yo no prevengo
á Clemencia persuadida
á no hacer mi voluntad,
¿qué importan tus prevenciones?
A ruegos y persuasiones
responde con libertad
que hasta el nombre le es odioso
de Criselio, y porque vea
si hacer mi gusto desea,
la dé cualquiera otro esposo,
fuera dél.
CÉSARO. Buena ocasión *(Aparte)*
la envidia darme procura
para atajar la ventura
con que me atormenta Otón.
DUQUE. Es mi única heredera;
ámola excesivamente,
y aunque pudiera, imprudente,
forzarla á que el sí le diera,
mucho más debo á mi hija,
que á Criselio, y entregarla
á quien aborrece es darla,
no esposo, muerte prolija.
Mas mi palabra empeñada,
el dejar mi sucesión,
á falta de hijo varón,
por mujer continuada,
llévolo, Césaro, mal.
Criselio, en fin, es mi primo;
por valeroso le estimo,
por discreto y por leal.
Si casara con Clemencia,
mi sangre se continuara,
sin que por eso pasara
á extranjera descendencia.

En aquesta confusión
que me aconsejes te pido.

CÉSARO. De que no se case ha sido,
gran señor, la causa Otón;
que ya que á este punto llego,
traidor fuera á no decir
lo que llegué á ver y oir.
Como á amor le pintan ciego,
no repara en calidad.
Madama, gran señor, ama
á Otón.

DUQUE. ¿Qué dices?

CÉSARO, Madama
le muestra tal voluntad,
que, si no es á Otón, no creas
que á otro dé la mano y sí.

DUQUE. Ahora se fué de aquí,
y porque tu engaño veas,
afectuosa me pide
que con tu hermana Roselia
case á Otón.

CÉSARO. Esa es cautela
con que sospechas impide.
Hácele tanto favor
y con tal publicidad,
que no falta en la ciudad
quien satirice su amor;
y quiérete deslumbrar
con pedirte que le cases
con mi hermana.

DUQUE. Si probases
lo que acabas de afirmar,
yo la dicha trocaría
de Otón, de suerte que hiciese
que envidiosos no tuviese.

CÉSARO. Á llamarle, pues, envía
y díle que luego quieres
que se case con Rosela,
verás cuál duda y recela
y que si fuerza le hicieres
madama misma procura
disuadirte el casamiento

que te pidió.

DUQUE. El sufrimiento
á estos tiempos es cordura.
No ha Otón de perder conmigo
aunque contra él atestigües
mi amor, mientras no averigües
méritos de su castigo;
véle á llamar.

CÉSARO. Si, afrentado *(Aparte.)*
de mi hermana, la aborrece
y por mujer se la ofrece
el Duque, es averiguado
que ha de responder que no;
y así queda satisfecha
de Clemencia la sospecha
y de Otón vengado yo,
que su ventura me tiene
tal que fuera de mí estoy.

DUQUE. ¿No vas?

CÉSARO. Á llamarle voy,
pero él mismo, señor, viene.

ESCENA IV

Dichos y Otón.

OTÓN. Ingenio siempre ignorante,
¿de cuándo acá discurrís,
conjeturáis y argüís,
si soy tan torpe estudiante?
Dejad tanta consecuencia,
y ya que hacerlas queréis,
probad que os desvanecéis
y que no me ama Clemencia.

DUQUE. Otón.

OTÓN. Gran señor.

DUQUE. ¡Qué poco
de vuestro aumento curáis,
cuando á mí me desveláis
por él.

OTÓN. Si no es que tan loco

me tenga el favor que siento
hacerme vos, gran señor,
¿qué aumento quiero mayor
que el desvelaros mi aumento?

DUQUE. Ya es tiempo de que os caséis,
que se pasa el tiempo en vano,
y si ha de ser de mi mano,
como á Roselia la deis,
á su dote me obligáis.

OTÓN. ¿Yo á Roselia, gran señor?

DUQUE. Vos, pues.

OTÓN. No me tiene amor.

DUQUE. Engañado, Conde, estáis;
en su nombre me ha pedido
Clemencia este casamiento.

OTÓN. ¿Quién, señor?

DUQUE. Turbado os siento.

CÉSARO. No dirás que te he mentido. *(Aparte al Duque.)*

OTÓN. Túrbome de que madama
pida que me case yo
con Roselia.

DUQUE. ¿Por qué no,
siendo Roselia tu dama?

OTÓN. Mire, señor, Vuestra Alteza,
que no pedirá por mí
madama...

DUQUE. Aquesto es así;
mi sospecha es ya certeza. *(Aparte.)*

OTÓN. ¡Ay, soberbia y presunción! *(Aparte.)*
Señor, que se burlaría
madama, ó probar quería
de esta suerte mi intención.

DUQUE. ¿Á qué efecto? ¿No es igual
este casamiento?

OTÓN. Yo
ni digo sí ni que no.
Roselia tiene caudal
y belleza apetecida
para cualquiera valor;
lo que yo dudo, señor,
es que madama lo pida.

DUQUE. Pues ¿qué hay de dificultad

en eso?

OTÓN. ¿No es cosa grave
que, cuando madama sabe
no tenerme voluntad
Roselia, quiere ofenderla
y darme esposa á disgusto
de Césaro?

DUQUE. Por mi gusto,
Césaro el suyo atropella.
Andad, y dentro de un hora
me dad la resolución
de este casamiento, Otón.

OTÓN. Cayó la máquina ahora;
locura que en viento labras,
sobre arena edifiqué
y aún menos, pues levanté
quimeras sobre palabras. (*Vase.*)

ESCENA V

Dichos menos Otón.

DUQUE. Bien probaste tu intención;
éste es de Clemencia amante;
indicio he visto bastante
en su necia turbación.
¿Qué haremos?

CÉSARO. Darle la muerte,
que el crimen de deslealtad
es de lesa majestad.

DUQUE. No pagaré de esta suerte
bien lo mucho que le debo;
ya no pretendo casarle
con tu hermana, mas sacarle
de Padua.

CÉSARO. Tu gusto apruebo,
aunque dejar con la vida
á quien ayer levantaste
del polvo y le sublimaste
á tu privanza, convida
á que otro, como él, se atreva
á perturbar tu sosiego.

DUQUE. ¿No dices que amor es ciego?
Pues si es ciego quien le lleva
y le da mi hija ocasión,
cualquier yerro le disculpa.
Clemencia tiene la culpa.
Echando de Padua á Otón
y enviándole al gobierno
del despojado Marqués
de Guastala, y después,
no logrará su amor tierno;
con este título honesto
los inconvenientes quito.

CÉSARO. Eso es premiar su delito.

DUQUE. Lo que le amo manifiesto.
Ven y haré la provisión
del estado á que le envío;
y porque algún desvarío
no haga Criselio, en razón
del desdén con que Clemencia
niega el pretendido sí,
la palabra que le di
y de mi estado la herencia
también le he de asegurar
con una cédula mía.

CÉSARO. Mi envidia en vano porfía
á este idiota derribar.

DUQUE. Cruel eres para juez. (*Vase.*)

CÉSARO. ¿Gobernador Otón ya?
Más que su estado le da
si le persigue otra vez.

ESCENA VI

Enrique, Conde, y Césaro.

CONDE. ¡Á buen término he venido
por vos, amor! De mi estado
y libertad despojado,
de Clemencia aborrecido,
sin deudos y sin amigos
que de mis males se acuerden,
que los trabajos los pierden

ó los vuelven enemigos.
Pero, amor, lo que más siento
es de mi ingrata el desdén,
porque á quererme ella bien,
gloria fuera mi tormento.

CÉSARO. Enrique es éste, ya estoy
contra Otón determinado,
no gobernará el Estado
ni vivirá, si puedo, hoy,
¡Oh Conde!

CONDE. ¡Oh Césaro amigo!

CÉSARO. Con tal nombre me estimad,
que yo os diera libertad,
á poder dar el castigo
á un bárbaro que merece
y estorba vuestra ventura.

CONDE. Libertad no la procura
mi amor, que aunque me aborrece
Clemencia, contento vive
padeciendo en su presencia.

CÉSARO. Si como os ama Clemencia
y por dueño os apercibe
el alma, no se opusiera
la necia contradicción,
Enrique, que os hace Otón,
brevemente Padua os viera
su esposo, y del Duque airado
noble yerno y sucesor.

CONDE. ¿Clemencia me tiene amor?

CÉSARO. Mi hermana cuenta me ha dado
de lo que por vos padece,
lo que vuestra prisión llora,
si os estima, si os adora
y si viéndoos se enternece.
Pero Otón, que al Duque hechiza,
ignorante y ambicioso,
pretendiendo ser su esposo
á Clemencia os tiraniza.
Á gobernar un estado
le despacha, y en secreto
quiere esta noche, en efeto
(¡ved si le tiene hechizado!)

la mano, que á Clemencia dé
mientras Cresilio lo ignora,
que como sabéis la adora,
y dándoos muerte inhumano
en tomando posesión
de Guastala, va á nombrarle
por su Marqués y dejarle
de Mantua la sucesión.
Esto en secreto he sabido
y á decíroslo me atrevo,
porque á lo mucho que os debo
es bien ser agradecido.
De esto último nada entiende
Clemencia, á vuestro amor fiel;
porque esta noche con él
forzarla á casar pretende.
En fin, dama, estado y vida
de aquí á mañana perdéis
si remedio no ponéis.

CONDE. Sin Clemencia, bien perdida
será; déme fin cruel
el Duque.

CÉSARO. Mejor remedio
es quitar á Otón de en medio,
que yo os prometo, muerto él,
de obligar que el Duque viejo
trueque su enojo en amor;
ya veis que me hace favor
y que estima mi consejo.

CONDE. Pues ¿de qué modo os parece
se haga, y yo esté seguro
del Duque?

CÉSARO. Pues que procuro
lo que Clemencia apetece,
fiad de mí vuestra suerte;
esta noche á Otón matemos,
que á Criselio atribuiremos
seguramente su muerte,
que es su amante declarado,
y el Duque tendrá por cierto
que alguno le ha descubierto
el casamiento tratado

con Otón, y que en venganza
de su menosprecio y celos
le ha muerto.

CONDE. Ayuden los cielos
vuestra industria y mi esperanza,
que vuestro será mi estado
y es corta satisfacción,

CÉSARO. Quedaremos, muerto Otón,
vos contento y yo vengado. (*Vanse.*)

ESCENA VII

Otón y Gilote.

OTÓN. ¿Quedaba buena mi madre?

GILOTE. Buena, contenta y segura
de ver crecer tu ventura,
y bendiciendo tu padre
el día que te engendró.
Los trigos á la barriga,
las viñas Dios las bendiga
y á Noé que las plantó.
Señales nos dan cumplidas
de hinchir hasta los capachos
los cestos, y á los borrachos
de llenarles las medidas.
El ganado, hasta los perros
gordos para reventar;
rebosando el palomar,
lleno el soto de becerros;
borregos, Dios los aumente,
ni en los rediles ni cercos
caben; como tú los puercos,
no agraviando lo presente.
Los prados llenos de potros
y las yeguas también llenas
las barrigas, porque apenas
unos salen, que entran otros,
jugando el cura á la polla,
el barbero y sacristán,
damas y sentoy también.
No hay hogar que esté sin olla,

ni cuna sin dos chicotes,
á todos hallé con vida
y á mi Torilda parida
de un rapaz con dos cogotes.

OTÓN. En un término tan breve
tantas novedades cuentas
que pienso que las aumentas.

GILOTE. Como cuatro y seis son nueve
que son ciertas.

OTÓN. Sí serán.
pero yo no te las paso

GILOTE. ¿Por ventura te las taso
más caras que me las dan?

OTÓN. No por cierto.

GILOTE. Y no creas
que la hija de la Colasa
con el sacristán se casa.
Ni de la chica de Bras
el suceso peregrino.

OTÓN. ¿Y el tal suceso qué fué?

GILOTE. Ya te lo diré después.
porque es de contarse dino.
¿Qué hay de nuevo por acá?

OTÓN. Que me casa el Duque,

GILOTE. ¿Es cura?

OTÓN. Roselia enmendar procura
desdenes viejos.

GILOTE. Sí hará,
que es mujer y tú privado,
pues como de Eva salieron,
todas en ella aprendieron
á desear lo vedado.
Mas tú ¿qué dices á eso?

OTÓN. Nuevas imaginaciones
traen mi seso en suspensiones

GILOTE. Pues quedaráste sin seso.
¿Podremos saber de dónde
nace ese mal ó lo qué es?

OTÓN. Pregúntamelo después.

GILOTE. ¿Y eres ya Marqués ó Conde?

OTÓN. Conde soy y á más altura
he de subir.

GILOTE. Quedo, quedo,
no resbales.
OTÓN. No hayas miedo.
GILOTE. Que me voy con mi ventura.

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

Otón, Criselio y Gilote.

OTÓN. ¡Oh, Criselio! ¿á dónde?
CRISELIO. Vengo
al Duque que por mí envía.
OTÓN. Yo y todo á hablarle venía,
porque de una hora que tengo
de término para darle
cierta respuesta no queda
nada ya.
CRISELIO. Bien os suceda,
porque yo temo enojarle
según vengo alborotado.
OTÓN. ¿Cómo?
CRISELIO. Con descuido trata
promesas que si dilata
le han de alborotar su estado;
su primo soy y Clemencia
cuando me dé mano y sí
gana.
OTÓN. El Duque viene aquí;
si le habláis, llevad paciencia.

ESCENA II

Dichos y el Duque.

DUQUE. Primo.
CRISELIO. Gran señor.
DUQUE. Otón.
OTÓN. Señor.
DUQUE. Á los dos estimo:

á vos, Criselio, por primo,
y á vos por inclinación. *(Da á cada uno un papel.)*
Tomad y leed los dos,
que así pretendo obligaros, *(Á Criselio)*
á vos, por aseguraros,
y por honraros, á vos. *(Á Otón. Vase.)*

ESCENA III

Otón, Criselio y Gilote.

CRISELIO. ¿Por asegurarme á mí?
Mi determinación sabe
OTÓN. ¿Por honrarme? ¿Qué honra cabe,
propicios cielos, aquí?
GILOTE. Oigan cómo se han quedado
cada cual con su sentencia.
CRISELIO. ¿Si es cédula en que Clemencia
el sí de esposa me ha dado?
OTÓN. ¿Si porque á Roselia admita
algún estado me da?
CRISELIO. Suspensión, veamos ya
lo que contiene esta cita.
OTÓN. Lo que dice quiero ver
el papel que á honrarme viene.
GILOTE. Casa es cada cual que tiene
su cédula de alquiler.
(Lee en secreto Otón y en público Criselio.)

CRISELIO. «Antes que os caséis importa á mi servicio y vuestro aumento saquéis mentirosa á la envidia que os pretende descomponer conmigo, y esto ha de ser partiéndoos á Guastala por gobernador de todo su marquesado. Ocupad luego esta plaza, que sobre aquesta merced, cualquiera pretensión vuestra caerá mejor.—*El Duque.*»

OTÓN. *(Lee)* «El amor que os tengo pasa por cualquier dificultad y contradicción, aunque haya no pocas para que os dé á mi hija Clemencia y con ella la sucesión de mi estado que procuran impedirme; y así para vuestra seguridad, y en muestras de mi amor, os doy esta firma de resguardo y mi palabra con

ella que otro no será su esposo que me herede, sino vos.—*El Duque.*»

CRISELIO. ¡Válgame Dios!
OTÓN. ¡Dios me valga!
CRISELIO. ¡Jesús!
OTÓN. ¡Jesús!
GILOTE. Yo también
me santiguo, que si ven
un diablo, por que no salga
bueno es hechar bendición.
CRISELIO. ¿Descomponerme procuran?
LOS DOS. ¡Jesús!
GILOTE. Parece que curan
por ensalmo lamparón.
OTÓN. ¡A mí palabra de esposo
de Clemencia y su heredero
el Duque!
CRISELIO. Algún lisonjero,
de mi privanza envidioso,
me descompone atrevido;
y para empezar á honrarme
el Duque y asegurarme
la sucesión, ha querido
que á Guastala gobernando
y haciéndome su Marqués,
darme á Clemencia después.
¿Qué dudo? ¿En qué me demando,
si en esta cédula corta
asegura con certeza
mi casamiento? ¿No reza,
(Lee.) «Antes que os caséis importa
á mi servicio y aumento
vuestro?» ¿Luego presupone
contra quién me descompone
por cierto mi casamiento?
Pues si el Duque le asegura,
temores, ¿qué hay que dudar?
OTÓN. Esto y más puede esperar
el que tiene mi ventura.
Yo apostaré que Clemencia
á su padre ha declarado
el amor que me ha mostrado;

y él, por hacer experiencia
del que á Roselia he tenido
(que de Césaro sabrá
sucesos pasados ya),
me mandó ser su marido,
para saber si la quiero,
ó pasó más adelante
mi pretensión que de amante;
esto en mi provecho infiero;
de sangre ilustre desciendo:
los Grimaldos y Fregosos
en Italia generosos
me dan el ser que pretendo.
No pondera calidad
conmigo su ducal casa.
(Lee.) «El amor que os tengo pasa
»por cualquier dificultad
»y contradicción, aunque haya
»no pocas para que os dé
»á mi hija Clemencia.» En fe
de que mi ventura vaya
siempre de bien en mayor.
Fácil será aquesta empresa,
pues por escrito confiesa
que me tiene el Duque amor,
pues rompe dificultades,
pues su heredero me llama,
pues me promete á madama,
pues sois sospechas verdades,
fortuna, tened segura
la rueda sobre que fundo
mi suerte, y seré en el mundo
ejemplo de la ventura.

GILOTE. Encantado está este día;
hecho un papatoste estoy.

CRISELIO. Clemencia es mía desde hoy.

OTÓN. Desde hoy es Clemencia mía.

CRISELIO. Mi dicha este papel muestra;
id, amor y pretended.
(Lee.) «Que sobre aquesta merced
«cualquiera pretensión vuestra
«caerá mejor, que para vos

«queda seguro este honor.»
Á Guastala, voy, amor.
Conde, adiós.

OTÓN. Criselio, adiós.

ESCENA IV

Dichos, menos Criselio.

OTÓN. ¿Fuése?
GILOTE. Se fué.
OTÓN. ¡Qué valor!
GILOTE. ¿Qué diablos tienes, señor?
¿Dí?
OTÓN. (*Lee.*) «Y en muestras de mi amor,
«esta firma de resguardo,
«y mi palabra con ella
»que otro no será su esposo.»
¡Hay hombre más venturoso!
¿Tal oigo, Clemencia bella?
GILOTE. Ó me despide ó procura
decirme qué es lo que tienes.
OTÓN. Vida, gusto, estado, bienes,
amor, esposa y ventura.
GILOTE. Ó enloquezcamos los dos,
ó díme ¿en qué eres dichoso?
OTÓN. (*Lee*). «Que otro no será su esposo
»que me herede sino vos».
Besa, besa este papel.
GILOTE. ¿Gánase alguna indulgencia?
OTÓN. Gano por él á Clemencia.
GILOTE. Quien la gana bese en él.
¿Qué dice?
OTÓN. Si tú supieras
leer...
GILOTE. Y cómo que sé.
OTÓN. Pues lee aquí.
GILOTE. Q u e, que;
por Q comencé, ¿qué esperas?
Bellaco agüero, por Dios.
OTÓN. Suelta, torpe.
GILOTE. Lee, ingenioso.

OTÓN. *(Lee).* «Que nadie será su esposo
»que me herede sino vos.»
GILOTE. ¿No dice más?
OTÓN. ¿Esto es poco?
GILOTE. Clemencia está aquí, señor.
OTÓN. Hasta en esto, tierno amor,
tengo dicha.
GILOTE. Y en ser loco.

ESCENA V

Dichos, Clemencia y Roselia.

CLEMENCIA. *(Hablando con Roselia en el fondo.)* El Duque me
ha prometido
que te dotará, y que Otón
satisfará tu afición
haciéndole tu marido.
ROSELIA. Beso tus pies, gran señora;
el Duque dijo que al punto
le veas.
CLEMENCIA. Lo que es barrunto:
querrá que el sí le dé agora *(Aparte)*
á Criselio; pero aplique
ruegos, promesas, rigor,
que sólo dice mí amor:
«ó morir ó ser de Enrique».
ROSELIA. El Duque, señora, espera.
CLEMENCIA. Hasta en dar prisa es cruel;
dale al Conde este papel,
y que importa considera.
(Dale Clemencia á Roselia un papel en secreto y vase.)

ESCENA VI

Dichos, menos Clemencia.

ROSELIA. Para el Conde y sin nombrarle
papel madama me da.
¿Y qué importa? ¿Quién será
el Conde á quien he de darle?

En Padua hay dos solamente:
Otón y Enrique. ¿Qué haré?
Mas si Enrique Conde fué,
Conde es Otón al presente.
Aborrécele madama,
y por no verle se esconde;
luego no es Enrique el Conde
á quien de esta suerte llama.
De Otón me ha hablado Clemencia
antes de darme el papel,
y estándome hablando dél,
nombrarle era impertinencia.
Podrá ser, pues mensajera
me hace, que en él le diga
el dote con que le obliga
y el estado que le espera.
Si con mi amor corresponde,
lo que imagino será;
pero si aquí Otón está
y dijo: «Dale éste al Conde»,
no hay duda de que le vió,
y dándole el Duque prisa,
discretamente me avisa
que para Otón le escribió.
Llego á hablarle. ¡Oh, señor Conde!

OTÓN. ¡Oh, Roselia!

ROSELIA. Aqueste envía
madama á vueseñoría,
y si discreto responde,
aunque viva descuidado
de suerte tan venturosa,
respete y adore esposa
que le da en dote un estado. *(Vase.)*

ESCENA VII

Otón y Gilote.

OTÓN. No hay ya que poner reparo
en lo que amor me apercibe,
pues que madama me escribe
y Roselia habla tan claro.

En Padua es público ya
mi casamiento.

GILOTE. ¿Por eso
estás tan fuera de seso?

OTÓN. Si el Duque su hija me da,
¿no es, Gilote, bien perdido?

GILOTE. ¡Cómo! ¿Á quién te da?

OTÓN. Á Clemencia.

GILOTE. Esa es linda impertinencia.
¿No dices que te ha pedido
que te cases con Roselia?

OTÓN. Ya de parecer mudó,
y en popa mi amor, rompió
estorbos á remo y vela.
(Lee.) «Conde, con la brevedad
»que á tanta priesa conviene,
»Clemencia afirma que os tiene
»rendida la voluntad;
»pues anochece, gozad
»la ocasión que os corresponde,
»que el jardín os dirá á dónde
»la dicha es bien que os espere
»que Criselio usurpar quiere.
»*Clemencia, esposa del Conde.*»
¿Criselio estorba sin duda
el bien que casi adquirí?
¿Qué he de hacer, triste de mí,
si el Duque parecer muda?

GILOTE. ¿Hemos menester ayuda?
¿Tan presto se ha destemplado
la gaita, ó habemos dado
salto en vago? ¿Qué hay de nuevo?

OTÓN. Si amor de mi parte llevo,
¿qué estorbos me dan cuidado?
¡Alto! Al jardín que procura
ser templo de mi trofeo,
testigo de mi himeneo,
teatro de mi ventura;
el Duque me la asegura
en el papel, donde afirma
que su palabra confirma,
pues cuando lo sepa airado

mostraré que me he casado
con su gusto y con su firma.

GILOTE. Hombre, eres de tornasol,
ya estás alegre, ya triste.
¿Qué camaleón te viste
catalufas de arrebol?

OTÓN. Esta noche gozo á un sol.

GILOTE. Sol de noche, no sé dónde
se haya.

OTÓN. Jardín le esconde
y este papel lo confirma,
pues en él dice esta firma:
Clemencia, esposa del Conde.
De aquí á un rato volveremos.

GILOTE. Quiera Dios sea por bien,
no sea que de un vaivén
tu suerte y los dos rodemos. (*Vanse.*)

ESCENA VIII

El Duque, Criselio y Clavela.

DUQUE. Tormento es la dilación,
pero alivie vuestra pena
la palabra que os he dado,
primo, en ella.

CLAVELA. Mi lealtad
ha de decir la verdad
si hasta ahora la he callado.

DUQUE. Clavela, ¿pues qué queréis?

CLAVELA. Que volváis por vuestro honor.
Madama ha escrito, señor,
primero que la obliguéis
á que otro esposo dé el sí,
al Conde Enrique, un papel
pidiendo que vaya él
á verla.

DUQUE. ¿Cómo?

CRISELIO. ¡Ay de mí!

CLAVELA. Esta noche en su jardín,
porque ha de ser su esposa,
ó con muerte rigurosa

dan á sus amores fin.
Que lo remedies es justo,
pues el tiempo da lugar,
que ya no es razón callar
bodas á vuestro disgusto.
Mirad que es de noche ya
y podrá ser que por obra
ponga el Conde el bien que cobra
y esté, gran señor, allá.

DUQUE. ¡Ay, cielos! ¿Pues tiene amor
Clemencia á Enrique?

CLAVELA. ¿Quién duda
que el trato y frecuencia muda,
como la edad, el rigor?
Si esposo suyo le llama,
claro está que bien le quiere.

DUQUE. La sangre que dél vertiere
apagará su vil llama;
el no haberlo yo quitado
la vida causa todo esto;
mas no es tarde, vamos presto
que eres mi sangre has mostrado;
yo, Clavela, premiaré
el aviso que me das.

CRISELIO. Nunca de mi parte estás,
ciego amor, rapaz sin fe:
ó tu fuego no me abrase,
ó sé piadoso conmigo.

CLAVELA. De esta vez al Duque obligo
que con Criselio me case. *(Vase.)*

ESCENA IX

Otón y Gilote.

OTÓN. Señas del jardín han hecho;
aquí Gilote me aguarda.

GILOTE. ¡Miren á qué chimenea,
con qué bota y qué lunadas!

OTÓN. Yo, Gilote, te haré rico.

GILOTE. Sal presto, que tengo el alma
en la prensa del temor,

que esos son pueblos en Francia.

OTÓN. Ea, propicia fortuna,
este escalón no más falta
para subir á la cumbre
de la ventura más alta;
dadme la mano y veréis
cómo celebro en estatuas
vuestra memoria. (*Vase.*)

GILOTE. Colóse
y me dejó en la estacada.
Miren á qué Valdovinos
que le guarde las espaldas,
que es fiarlas al verdugo,
y ya ven cómo las guarda.
Gente parece que viene;
mi suerte es tan desdichada,
que la traerá de Moscovia
cuando no la hubiese en Padua.

ESCENA X

El Duque, Criselio, Gilote y otros.

DUQUE. Cortaréle la cabeza,
¡viven los cielos!, mañana,
siendo el tálamo un cadalso
y los palacios la plaza.

GILOTE. Cabezas cortan, Gilote.
¿Que se cifren mis desgracias,
á donde quiera que voy,
del cogote á la garganta?
Si en mi aldea á mi mujer
se le antojan mordiscadas,
si aquí degüellan, ¡San Blas!
mi gaznate se os encarga.

CRISELIO. Aguardemos, señor, que entre,
justificará tu causa,
sin que excusas le disculpen,
y vendrá bien tu venganza.

DUQUE. Dices bien; mas junto al muro
siento un hombre.

GILOTE. ¡Madre Urganda!
Convertidme en lagartija.

CRISELIO. ¿Quién va?
GILOTE. ¡Oh, quién se transformara
en moldura de estas piedras!
DUQUE. ¿Quién va?
GILOTE. Todo lo que anda
va, señores, su camino:
el huésped á su posada,
el arriero va á la venta,
y el que ha bebido á la cama;
va á ganar bollos el cura,
la dama á caza de gangas,
y yo, sin irme, me voy;
testigos mis pobres calzas.
DUQUE. ¿Quién sois?
CRISELIO. ¿Sois el Conde?
GILOTE. ¿Yo?...
Condenada está mi alma,
que estoy, en vez de ser Conde,
con desmayos que me acaban.
DUQUE. ¿Qué haces aquí?
GILOTE. ¿He de decirlo?
Pues, señores, no hago nada.
DUQUE. Decid quién sois, ó prendedle.
GILOTE. Venga acá. ¿Puede ser nada
un lacayo en este mundo?
DUQUE. ¿Lacayo sois?
GILOTE. Hasta el alma.
CRISELIO. ¿De quién?
GILOTE. Del Conde, señores.
DUQUE. ¿Luego mi jardín y casa
ha escalado?
GILOTE. Sí, señor.
Yo no he tenido la escala.
DUQUE. Echad en tierra esas puertas.
GILOTE. Creo que es cosa excusada.

ESCENA XI

Dichos, Césaro y Enrique.

CRISELIO. ¡Ay, cielos!
CÉSARO. Este es Otón.
CONDE. Muera, pues, y mi esperanza

viva. *(Sacan las espadas y acometen al Duque y á Criselio.)*

DUQUE. ¡Ah, traidores! ¿Qué es esto?
¡Hola, gente! ¡Ah de mi guardia!

CÉSARO. El Duque es, nuestro señor.
(Salen alabarderos y dos pajes con hachas.)

DUQUE. Dá voces.

PAJE. Aquí hay hachas
y alabardas; no hay que huir.

CONDE. Aquí con mi vida acaban
mis desdichas.

DUQUE. ¡Conde Enrique!
¡Césaro! ¿Contra mí espadas?
¿Á mí la muerte?

CÉSARO. Señor,
si merecen mis palabras
crédito, á Otón, y no á ti,
quisimos dar muerte airada.

DUQUE. ¿Pues por qué?

CÉSARO. Yo, por envidia.

CONDE. Yo, por celos que me abrasan.

DUQUE. ¿Celos, traidor? Si Clemencia
para su esposo te llama
y á escalar mi jardín vienes
con la noche que te ampara...

CONDE ¿Yo, gran señor?

DUQUE. Tú, traidor.

CRISELIO. Á ti te ha escrito madama,
y este lacayo es testigo
que vienes á su llamada.

GILOTE. Yo no estoy para firmar,
que me tiembla el pulso,

DUQUE. ¡Infamia!
¿Conoceisme vos á mí?

GILOTE. En mi vida le eché paja.

CÉSARO. Éste es criado del Conde
Otón.

GILOTE. Miren la bobada,
¿pues aquí quién se lo niega?
Si por aquesto barajan,
¿no ha que les estoy diciendo
dos horas ha que se casa

con Clemencia, el Conde Otón
y por un papel ó carta
que le dió suyo Roselia
ha venido Otón á hablarla?

DUQUE. ¡Clemencia á Otón!

GILOTE. Sí, señor.

DUQUE. ¿Clemencia?

GILOTE. ¿Pues qué pensaba?...

DUQUE. Derribad luego esas puertas.

CRISELIO. Pues mis celos no me matan,
poco á Clemencia he querido.

CONDE. ¡Hay tal traición!

CÉSARO. La venganza
que el Duque tomará dél
mi envidia quieta y amansa.

CONDE. ¿Sin Estado y sin Clemencia
y con vida? ¡Ay, fieras ansias!

ESCENA XII

Dichos, Clemencia y Otón, Clavela y Roselia.

CLEMENCIA. Cruel, ¿qué traición es ésta?

OTÓN. ¿Yo traición, cuando te llamas
mi esposa, cédulas firmas
y en este jardín me aguardas?

DUQUE. Prended este hombre

OTÓN. Señor,
humilde estoy á tus plantas.

DUQUE. No te levantarás de ellas
con vida.

OTÓN. Si tú lo mandas,
dichosa será mi muerte;
pero no sé que haya causa
para tan cruel sentencia.

DUQUE. ¿Cuando de afrentarme acabas
dices que no hay causa, infame?

OTÓN. Por este papel, madama,
que me envió con Roselia,
como á su esposo me trata,
á sus bodas me convida,
y si vine á celebrarlas

es por ser, señor, tú gusto.

DUQUE. ¿Mi gusto?

OTÓN. No habrá mudanza
que niegue, Duque, ser tuya
esta cédula firmada
de tu nombre, en que me das
seguridad y palabra
de casarme con Clemencia.

DUQUE. Yo, para que gobernaras
á Guastala, te entregué
la provisión.

OTÓN. Hablen cartas.

CRISELIO. Á mí, gran señor, me diste
la gobernación que acabas
de decir.

OTÓN. Y á mí, de ser
sucesor tuyo, esperanza.

DUQUE. Troquélas; vuestra ventura
Otón estas cosas traza;
caballero noble sois
de lo más limpio de Italia;
lo que la ventura ha hecho,
no es bien que yo lo deshaga:
ella os casó con Clemencia.

CLEMENCIA. Y ella ha sido quien me engaña,
que yo el papel que escribí
con Roselia le enviaba
al Conde Enrique.

ROSELIA. Eso no,
que si á Enrique me nombraras,
yo fuera esposa de Otón.
Al Conde dijiste.

DUQUE. Basta,
que la ventura se esmera
en hacer por vos hazañas:
Clemencia es ya vuestra esposa.

CLEMENCIA. Hasta en aquesto le ampara
la dicha, que aunque lo niegue
hace tiempo le di el alma.

DUQUE. Dadle, Criselio, á Clavela
la mano, y seréis de Padua
y de Cremona Marqués.

CRISELIO. Yo beso las tuyas francas.
CLEMENCIA. Al Conde Enrique perdona.
DUQUE. Criselio tiene una hermana;
su libertad le devuelvo
si Enrique con ella casa.
CONDE. Con él sí te doy señor,
debidas y justas gracias,
sin que en tu sangre y la mía
más enemistades haya.
DUQUE. Otón, pues Césaro quiso
daros muerte, ejecutadla
en él, ó haced vuestro gusto
CÉSARO. ¡Cielos, esto me faltaba!
OTÓN. Doyte, en fe de esa licencia,
dos villas, porque así paga
á las letras envidiosas,
cuando es noble, la ignorancia.
CÉSARO. Disculparme es ofenderte;
no hay en el mundo venganza
como es el dar bien por mal,
que afrenta y obliga.
OTÓN. Basta.
A Roselia por que cumpla
de ser Condesa las ansias,
que ha tanto la traen inquieta
con un Conde he de casarla.
ROSELIA. Siempre en esperanzas queda. *(Sale Gilote.)*
GILOTE. Tus padres, señor, acaban
de llegar que á verte vienen.
DUQUE. Vamos, pues, á ver á Octavia,
y á Grimaldo, pues que son
vuestros padres.
GILOTE. ¿Y sin nada
me dejas?
OTÓN. Por tuya queda
la hacienda, prados y granjas,
principio de mi ventura.
GILOTE. Vivas más que una madrastra.
DUQUE. En vos, Otón, quede ejemplo
con que inmortalice Italia
lo que puede la ventura.
OTÓN. Sin ella, no valen nada

sangre, hacienda, armas ni letras,
pues es proverbio en España:
«Ventura te dé Dios, hijo,
que el saber poco, te basta».

FIN DE LA COMEDIA

(Los dos primeros actos de esta refundición se han tomado del autógrafo que conservamos, y los tres últimos de una copia existente en la Biblioteca Universal.)

Por las razones expuestas en otro lugar, omítese la refundición de *Lorenza la de Estercuel*, ó sea la comedia que escribió Tirso de Molina con el título de *La dama del Olivar*, en la cual el refundidor intercaló rasgos donosísimos de su propio ingenio, tales como el cuento siguiente que dice el pastor Niso en el acto segundo:

«Diz que hace ya años prolijos
había en cierto lugar
un tío Martín Vagar
con una hija y nueve hijos.
Sentado entre todos ellos
se quejaba cierto día
de que no le permitía
su miseria mantenellos.
El Cura en esta ocasión
por el diezmo acertó á entrar,
y al verle Martín Vagar
dijo con resolución:
—Entrad, señor Cura, á ver
los réditos, aunque extraños,
que cobro todos los años
del censo de mi mujer.
Diez he llegado á juntar,
y pues ellos son mis rentas,
ó yo no entiendo de cuentas,
ó en uno os toca diezmar.
Al buen pastor le agradó
y dijo, apartando la hija:
—Cuide de esos, no se aflija,
porque á ésta la diezmo yo.»

La obra se estrenó en el teatro de la Cruz el 28 de Julio de 1827, haciendo los principales papeles García Luna y la Baus.



LA VIUDA VALENCIANA

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO REFUNDIDA
Y PUESTA EN CINCO ACTOS
POR D. RAMÓN DE MESONERO ROMANOS—1827 (1)

Esta comedia, poco conocida, como la mayor parte de las de Lope de Vega, no se representaba en los teatros, hasta este mismo año de 1827 en que se ha puesto en escena en el de la Cruz. Para verificarlo ha habido necesidad de refundirla, como sucede con casi todas nuestras comedias antiguas, pues ésta, como las demás, á pesar de que, como dice Bouterveck, es más comedia que otras, hubiera sido intolerable en el día por los varios episodios que embrollaban la acción, los personajes insignificantes y la repetida violación de las unidades de tiempo y lugar, etc. Tenemos á la vista la comedia original de Lope y la refundición hecha, y nos proponemos decir lo más importante que hallamos en esta última.

En primer lugar, el refundidor, sin duda con el objeto de descargar la comedia de episodios inútiles á la acción, ha suprimido los dos personajes de Celia, amiga querida, ó más bien *moza* de Camilo, á quien luego acomodaba éste con su criado, y el de

(1) Encabezando el autógrafo de la refundicion, que poseemos, hállase esta nota escrita, también de su mano, y dedicada á publicarse anónima. La auto-crítica, como se verá, no peca por excesiva benovolencia.

Rosano, pretendiente insignificante de Celia, á quien, como dice Bouterveck, se hacía morir al paso.

Para lograr la unidad de lugar en lo posible, ha dividido la comedia en cinco actos, de los cuales, los tres pasan en casa de la viuda, y otros dos, á sus puertas. Finalmente, de las reformas hechas en el enredo, resulta también guardada la unidad de tiempo en el término de un día y dos ó tres horas.

Á pesar de las supresiones hechas, se encuentran, sin embargo, conservadas todas las escenas interesantes que nota Bouterveck. La exposición en que se pinta al vivo el carácter de la viuda queda intacta; y sólo hubiéramos deseado que el refundidor hubiera hallado el medio de dar alguna más gradación á la mudanza rápida que se nota en Leonarda, á quien sólo la vista de un hombre hace olvidar las máximas y propósitos que al principio ha prodigado. Sin duda que este defecto se hubiera evitado debilitando la fuerza con que se la pinta poseída de aquéllos, aunque, por otra parte, hubiera sido lástima perder las pinturas bellísimas que allí se hacen, y que son de los mejores trozos de la comedia.

El enredo, descargado de incidentes, marcha con bastante regularidad, y como la acción se ha limitado á un solo día, se evita la indecencia en que cae la viuda en Lope, manteniendo por mucho tiempo un trato á oscuras con un hombre, lo cual, además de indecente, es inverosímil; mas ahora, adelantando y variando los accidentes del desenlace, se limita á una sola visita nocturna delante del auditorio, que se satisface de que allí no se ha hecho más que hablar y cenar.

Hállanse conservados los tres galanes desdeñados, los cuales, aunque no forman más que un solo carácter, sirven para realzar el de la viuda, para animar la acción y para hacer el oficio de graciosos con su visible importunidad.

La escena en que se presentan disfrazados de mercaderes, la otra en que se cuentan los chascos graciosísimos que les han sucedido rondando á la ingrata viuda, y la glosa que hacen en muy lindas décimas de este verso, «La viuda y su escudero», cuando presumen inteligencia amorosa entre estos dos, todo es muy gracioso y, por último, en el desenlace se les trae á ser testigos del casamiento de Leonarda y Camilo, por la verosímil circunstancia de hallarse á la sazón pidiéndosela los tres á su tío. Sin embargo, nos parece que hubiera podido suprimirse alguno de estos tres galanes ó, por lo menos, darles alguna variedad.

Los caracteres resultan guardados como los inventó Lope, á

excepción del de su criada Julia, á quien se ha hecho más interesante, y es lástima que no podamos decir otro tanto del escudero Urbán, que para gracioso es bastante frío, y á quien se ha añadido muy poco ó nada.

Entre las escenas que ha tenido el refundidor precisión de añadir para conseguir la regularidad en la marcha de la acción, hace bastante buen efecto la de salir Urbán conduciendo á misa á la vieja parienta de Leonarda, lo cual, visto por Camilo, cae en el engaño que se desea, de creer que aquélla es la dama que le favorece, encubierta, cuya escena pasaba sólo en relación en la comedia de Lope. Otra es la del acto quinto en que la criada Julia reconviene á su ama por los celos que ha tomado á causa de que el galán la requiebra de día en la calle, cuando ella quisiera que no pensara más que en la dama nocturna, cuya idea la hace caer en la extravagancia de tener celos de sí propia, idea nueva y que no se halla en la antigua comedia.

El estilo y diálogo se halla descargado de muchas comparaciones, redundancias y afectaciones, aunque un inteligente encontraría aún mucho que expurgar; y en las escenas nuevamente añadidas se conoce la intención del refundidor de imitar el sabor y el giro del verso de Lope. En prueba de ello trasladamos el siguiente soliloquio que hace Julia en el primer acto:

¿Es posible que una viuda
tan fresca y tan regalada
no se ha de ver asaltada
de amor por la fuerza muda?
¿Siempre á los hombres ceñuda?
¿De qué nace su rigor?
¿Es santidad ó es temor?
Mas ya con la causa he dado:
quizás después de probado
no sepa tan bien amor.
Siempre la oí ponderar
del amor la tiranía;
yo la digo que es manía
que todos quieren pasar;
ella pretende probar
que es estado de dolor,
y yo, que siento mi ardor,
la contesto: «Viuda bella,
si vos fuérades doncella,
quisiérais tener amor».

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

Leonarda, viuda, joven	**Sra. Díez.**
Julia, doncella	**Sra. Palma.**
Camilo, galán	**Sr. Romea.**
Otón, galán	**Sr. Romea.**
Valerio, galán	**Sr. Barroso.**
Lisandro, galán	**Sr. Pérez.**
Lucencio, barba	**Sr. Pío.**
Urbán, gracioso	**Sr. Fernández.**

La escena es en Valencia, en tiempo de Carnaval. Traje á la española, siglo XVII.

ACTO PRIMERO

SALA EN CASA DE LEONARDA

ESCENA PRIMERA

Sale Leonarda, viuda, de negro, con tocas y con un libro en la mano, y Julia, criada.

LEONARDA. Celia, Julia, ¿no me oís?
JULIA. Señora...
LEONARDA. Necia, ¿en qué andas?
JULIA. Ya vengo á ver lo que mandas.
LEONARDA. Guárdame ese Fray Luis. *(Le da un libro.)*
JULIA. Viéndote en esos traspasos,
no será mucha lisonja
el pensar que de ser monja
no has estado dos mil pasos.
Aunque como me nombrabas
á Fray Luis cuando salí,
en verdad que colegí
que todo un fraile me dabas.
LEONARDA. No son para tu rudeza,
necia, razones tan altas.
JULIA. ¡Qué mal encubro las faltas
que me dió naturaleza,
pues á mi poca hermosura
no añado la discreción!

LEONARDA. Basta una buena razón
y una honrada compostura,
Julia, en cualquiera mujer,
que si de aguda se precia
está muy cerca de necia
y aun de venirse á perder.
Yo, después que me faltó
mi Camilo, que Dios tiene.
que á hacer el oficio viene
del alma que me llevó,
como intento no casarme
leo por entretenerme,
no por bachillera hacerme
ni de aguda graduarme,
que á quien su buena opinión
encierra en silencio tal
no halla en los libros mal.
Gustosa conversación
es cualquier libro discreto,
que, si cansa, de hablar deja;
es amigo que aconseja
y nos reprende en secreto.
Al fin, después que los leo
y trato de devoción,
de alguna imaginación
voy castigando el deseo.

JULIA. ¿Y en qué materia leías?

LEONARDA. De oración.

JULIA. ¿Quién no se goza
de ver que tan bella moza
tan santas costumbres cría?
¡Ver hablar en la ciudad
de tu mucho encerramiento,
cordura y entendimiento,
fama, honor y honestidad!
Dicen que el siglo dorado
nueva vida agora toma,
que has hecho á Valencia, Roma
y presente lo pasado.
Que en ti se encierra y anida
todo el bien que tiene el suelo
y que eres ángel del cielo

en hermosura y en vida.
Los mozos están de forma
que nadie á verte se atreve,
porque no hay quien no se eleve
si de tu vida se informa.

LEONARDA. De todo, Julia querida,
se sirva Dios; que esta fama
es de estopa fácil llama,
antes muerta que encendida,
No presumo de nombrada,
ni comer como Artemisa
las cenizas del que pisa
la muerte con planta helada;
ni ser la que el nombre toma
de que de antojo murió
porque á ver no se asomó
el monstruo que entró por Roma;
ni la que con el carbón
pintó la sombra al marido,
que tuvo, siendo partido
en igual veneración.
Quiero ser una mujer
que, como es razón, acuda
al título de viuda,
pues á nadie he menester.
Tráeme la imagen acá
que compré de aquel pintor

JULIA. ¿Pedirla quieres favor,
tentaciones te dan ya?

LEONARDA. Calla, necia, que la quiero
solamente para vella.

JULIA. ¿Y cómo diste por ella
tanta suma de dinero?

LEONARDA. Por el pincel que le dan
que el dueño me satisfizo
que allá en la corte la hizo
un famoso catalán.

JULIA. Voy,.. *(Vase.)*

ESCENA II

Leonarda.

LEONARDA. No hay ya de qué tratar
que servir á Dios no sea;
bien así la vida emplea
quien ve lo que ha de durar.
¿Será bien que, perseguida
en esta edad, guarde á un muerto
fe tan cierta, amor tan cierto,
verdad viva y casta vida?
Pero en la dificultad
afirman que está la gloria
y eso se llama victoria,
resistir la voluntad.
¡Dejadme aquí, pensamientos,
no hay más, no me he de casar!

ESCENA III

Dicha y Julia con un espejo.

JULIA. Aún no la acertaba á hallar.
LEONARDA. Resistid, castos intentos.
JULIA. Vesle aquí.
LEONARDA. Cubra mi olvido
las vanidades que dejo.
¿Qué es esto? Necia, el espejo
por la imagen me has traído.
Toma.
JULIA. Acábate de ver,
verás lo que has de llorar
no lo pudiendo cobrar,
si aquí lo dejas perder.

ESCENA IV

Dichos, Lucencio, viejo.

LEONARDA. Toma allá.
LUCENCIO. No se le des,
pues quiso Dios que viniese
á tiempo que verte viese

tú que á ti ni á nadie ves.
¿Qué milagro, dí, sobrina
es éste de hallarte así?

LEONARDA. Si hoy no me vengo de ti... *(Á Julia.)*

JULIA. Pues ¿víle yo entrar?

LEONARDA. Camina. *(Vase Julia.)*

ESCENA V

Lucencio y Leonarda.

LUCENCIO. Bien tendrán canas de un viejo
con tu edad autoridad.

LEONARDA. Juzgarás á liviandad
hallarme con el espejo,
que suele ser conocida
la mucha de una mujer
en irse y venirse á ver
después de una vez vestida,
y yo, conforme á mi estado,
hago en esto más delito.

LUCENCIO. Á enojo siempre me irrito
con tu melindre extremado.
¿Es mucho que una mujer
que ha de estar un día compuesta
vaya á ver si está bien puesta
la toca ó el alfiler?
¿Quién se lo dirá mejor
si está bien ó si está mal
que ese palmo de cristal?

LEONARDA. ¡Cómo disculpas mi error!

LUCENCIO. Eso fuera á ser de aquellas
que junto á las celosías
hacen colgar muchos dias
su espejo, ó enmedio de ellas;
y así como están hablando
por defuera á su galán,
él habla, y meneos van
en el espejo estudiando,
y el necio á quien satisface
por sí lo entiende y admira,
y es el espejo que mira

poı quien la fiesta se hace.
No eres tú la que le lleva
á la iglesia y al sermón
y fingiendo devoción
se mira cuando se eleva;
ni al beber haces agravio
con pico de aguamanil
porque la color sutil
no se despegue del labio.
No te quiero decir cosas
que á un viejo parecen mal
de esta regla universal
de feas y melindrosas.
Mírate y guárdete Dios,
y pues que he venido á verte
cuando tú te has visto, advierte
y estemos solos los dos.

LEONARDA. Tío, si es de casamiento,
ni se miente ni se hable.

LUCENCIO. ¿Qué, has de ser tan intratable
con tan buen entendimiento?
¿Escucharme no merezco?
¿Dónde un viejo honrado hablara,
que siéndolo, no escuchara
cualquier hombre?

LEONARDA. ¡Hoy enloquezco!
Si yo sé lo que me quieres,
¿por qué he de dejar cansarte?

LUCENCIO. ¿Qué, has de ser en esta parte
la excepción de las mujeres?
¿Qué pertinacia es la tuya?
¿Piensas que estas cosas son
para tu buena opinión?
Son para que se destruya.
¿Cómo piensas conservarte,
ya que tan resuelta vienes
en el estudio que tienes,
tantos años sin casarte?
Es verdad que te han quedado
tres mil ducados de renta,
pero yo no pongo en cuenta
lo que es vivir descansado,

que si esto te faltara,
gracias á Dios que me sobra,
sino el verte empezar obra,
de acabarse bien, tan cara.
¿Á dónde te esconderás
de la envidia y vulgo vil,
aunque en un año ni en mil
no salgas de donde estás?
¿Que con sol abras tu puerta
y cierres á la oración?
Que los que más linces son
no vean ventana abierta?
¿Que un átomo del sol mismo
nunca entre en casa tan rara,
por sí oscura, por ti clara,
cielo en parte, en parte abismo?
¿Que tenga dragones y argos,
más que vellocino y fruta?
¿Qué importa? La envidia astuta
tiene lengua y ojos largos.
Dirán que, con el esclavo
que dentro de casa tienes,
á ser Angélica vienes,
soberbia é infame al cabo.
Y ofendido tu decoro,
mil que ofendido te han,
á Júpiter cisne harán
ó por dicha, lluvia de oro.
¿Cuánto es mejor que te cases
y esas malicias excuses?

LEONARDA. Ya no habrá de qué me acuses
si no es que adelante pases.
No dirás que no te oí.
¿Díme, Lucencio, es mejor
á peligro de un error
poner mi vida por ti?
¿Á este daño me acomodas?
¡Si todos los que han escrito
han reprendido infinito
siempre las segundas bodas!
La viudez casta y segura,
¿no es de todos alabada?

Si es de la envidia infamada,
este engaño poco dura,
que al fin vence la verdad
y vuela la buena fama
que es fénix que de su llama
nace para nueva edad.
No, sino venga un mancebo
de estos de ahora de alcorza,
con el sombrerito alorza,
pluma corta, cordón nuevo,
cuello abierto y muy parejo.
puños á lo veneciano,
lo de afuera limpio y sano,
lo de adentro sucio y viejo;
botas justas sin podellas
descalzar en todo un mes,
las calzas hasta los pies,
el bigote á las estrellas,
jaboncillos y copete,
cadena falsa que asombre,
guantes de ámbar y grande hombre
para un soneto ó billete;
y con sus manos lavadas
los tres mil de renta pesque
con que un poco se refresque
entre sábanas delgadas;
y pasados ocho días
se vaya á ver forasteras
ó en amistades primeras
vuelva á deshacer las mías.
Vendrá tarde, yo estaré
celosa, dará mi hacienda,
comenzará la contienda
de esto si fué, si no fué;
yo esconderé y él dará,
buscará deudas por mí,
andará «justicia aquí»,
voces y aun coces allá.
No habrá noche, no habrá día
que la casa no alborote.
«Saca la carta de dote.»
«Soltad la hacienda, que es mía,»

«Entrad en esta escritura.»
«No quiero así.» «¿No queréis?
»Yo os haré, infame, que entréis
»por fuerza, no por dulzura.»
Y que mientras más me postro
me haga muy más apriesa
de dos títulos Condesa,
de Uñate y de Puñonrostro.
He dicho.

LUCENCIO. Acabado has
como oración en latín.

LEONARDA. Latín pudo ser el fin,
pero español lo demás.

LUCENCIO. Sobrina, aquí se acabó;
desde aquí doy á los vientos
todos cuantos casamientos
me han propuesto y busco yo;
que tres á escoger traía
y ya sólo he de pedir
que no demos qué decir
de tu edad ni de la mía.
Mira por ti, pues te quedas
en tan moza libertad,
que es mucho que en tal edad
tan segura vivir puedas.
Cuando mires al espejo
tu hermosura y pocos años,
tú verás cuántos engaños
envuelve en sí tu consejo
y Dios te saque con bien
de ese proyecto importuno. *(Vase.)*

LEONARDA. ¡Defiéndame, Dios, de alguno
que me amenaza también! *(Vase.)*

ESCENA VI

Julia.

JULIA. ¿Es posible que una viuda
tan fresca y tan regalada
no se ha de ver asaltada
de amor, por la fuerza muda?

¡Siempre á los hombres ceñuda!
¿De qué nace su rigor?
¿Es santidad ó temor?
Mas ya con la causa he dado:
quizás después de probado
no sepa tan bien amor.
Siempre la oí ponderar
del amor la tiranía;
yo la digo que es manía
que todos quieren pasar;
ella pretende probar
que es estado de dolor,
y yo, que siento mi ardor,
la contesto: «Viuda bella,
si vos fuérades doncella,
quisierais saber amor».

ESCENA VII

Dicha y Leonarda muy agitada.

LEONARDA. ¡Ay, Julia! Perdida soy.
JULIA. Dí, señora, ¿qué te han hecho?
LEONARDA. Julia, á confiarte el pecho
entre mis suspiros voy.
JULIA. ¿Qué te ha ocurrido de nuevo?
LEONARDA. ¿Recuerdas, Julia, aquel día
en que de misa salía
cuando pasar vi á un mancebo
con quien el sol compitió,
quise oponer mis enojos,
pero traidores los ojos
se fijaron en él? Yo
que vi ceder mi razón
quise huir, y ya lo hacía
cuando, por desdicha mía,
hizo algún ruido el balcón,
á que alzando la cabeza
el galán, puestos en mí
los ojos ¡ay! conocí
que era inútil mi firmeza.

Confusa, pues, y turbada
aun no acierto á respirar;
pero viéndole alejar,
la curiosidad malvada
me hizo abrir la celosía
para mirarle á mi gusto;
mas ¡cuál fué, Julia, mi susto
cuando vi que se volvía
á mirarme, y que me ve
y viene al balcón! Yo luego,
por no descubrir el fuego
que tan mal disimulé,
dejo por fin la ventana
y vengo á buscar consuelo,
si es que le encuentro en el suelo,
contra una desdicha insana.

JULIA. Castigado han tu locura
los cielos.

LEONARDA. Y de tal suerte,
que no me han dado la muerte,
para mayor desventura;
y pues que así me declaro,
créeme que algún hechizo
este viejo astuto hizo
contra mi razón reparo.

JULIA. Tan ignorante está él
de lo que te ha sucedido
como ese mismo que ha sido
basilisco tan cruel.
¡Malditos sus ojos sean,
que á la primer vista pueden
hacer que otros ciegos queden!

LEONARDA. Déjalos, Julia, que vean,
que es bien que tan buenos ojos
no pierdan porque me vieron.

JULIA. Por mi abuela que te dieron
muy apriesa los antojos.
¡Rabia en él!

LEONARDA. No digas eso.
Dios le guarde. ¿Qué te va?

JULIA. ¡Ay, señora! ¿Dónde está
la autoridad y tu seso?

¿Qué es de aquella gravedad
con que hoy al turbado viejo
subiste al cielo el espejo
de tu fama y castidad,
y el melindre que le hiciste
por verte en el de cristal?

LEONARDA. No me predicas muy mal.

JULIA. Calla ahora y no estés triste.
¿Eso ha de ser tempestad
ó cosa para de asiento?

LEONARDA. Estoy sin entendimiento
del mal de la voluntad.

JULIA. ¡Ay! Te falta una potencia;
sangrarse de ella y adiós.

LEONARDA. Amor, ¿esto podéis vos?

JULIA. Qué, ¿hombre te agrada en Valencia?
Qué, ¿ya no eres tú la helada,
la santa, la recogida?

LEONARDA. No me hables en tu vida,
Julia, no me digas nada,
que todo será accesorio
si me tengo de perder.

JULIA. No sé qué tengo de hacer
de los libros y oratorio;
pues ¿qué dirá Fray Luis
y aquellas cosas tan altas?

LEONARDA. ¡Oh, mujeres! ¡Cuántas faltas
hasta la prueba encubrís!
¡Quién vió mi celo y mi pecho
¡oh, mancebo! antes de verte!
Pero el rigor de la suerte
no es conmigo de provecho;
no me tengo de casar
si el mundo está de por medio

JULIA Yo, señora, sé un remedio.

LEONARDA. ¿No te he mandado callar?
Si no te hubiera criado,
la cara te deshiciera;
verme ardiendo, y ¿como fiera
te burlas de mi cuidado?
Pues remedio he de tener,
sin perder mi punto y fama,

y he de aplacar esta llama
cruel.

JULIA. Todo puede ser.

ESCENA VIII

Dichas y Urbán.

URBÁN. De complacerte ya vengo.
LEONARDA. Urbán, tú me das la vida.
¿Es cierto que estoy servida?
URBÁN. Muy buenas noticias tengo
que darte.
LEONARDA. Dí. ¿Qué supiste?
URBÁN. Supe, pues, que ese galán
es noble y vive á San Juan;
cerca es de aquí, no estés triste·
supe que es bueno su estilo,
pues por quererme engañar
un doblón me llegó á dar,
y que su nombre es Camilo.
LEONARDA. Gentil industria tuviste.
URBÁN. Para todo soy grande hombre
JULIA. ¡Qué pronto de casa y nombre
averiguación hiciste!
LEONARDA. ¿Que al fin Camilo se llama?
Eso más tiene del muerto.
URBÁN. Sin duda, el ser noble es cierto,
aunque ignoramos su fama,
¿Qué argumento, como ves,
que en tan débil ocasión
por un real me dió un doblón?
JULIA. Garboso debe de ser.
Cierto que fué gran nobleza.
LEONARDA. Dí, Julia, ¿qué no tendrá
á quien tales gracias da
la franca naturaleza?
URBÁN. Eso de gracia no vi
jamás, por vida de Urbán,
hombre más bello y galán
desde el día que nací.
¡Qué rostro! ¡qué compostura!

¡qué barba tan aseada!
¡qué mano tan regalada!
Parecióme nieve pura.
¡Qué cuerpo! ¡qué pierna y pie!
¡qué fabla! ¡qué discreción!
¡qué lindo dar de doblón!
¡y qué afición le tomé
cuando le vi relucir!

LEONARDA. Ahora bien, ya no es posible
sufrir el fuego insufrible
de que me siento morir.
Amigos, grande flaqueza,
os parecerá la mía;
pero mi pecho confía
de vuestro amor y nobleza,
que desde mi padre habéis
guardado siempre en mi casa
yo sé al extremo que pasa
el amor que me tenéis.
Supuesto que no pretendo
casarme ni sujetarme,
hoy habéis de remediarme,
hoy mi vida os encomiendo.
En vuestra lengua y secreto
está mi opinión y fama.

URBÁN. Ó tu temor nos difama,
ó es de tu amor este efeto;
vive Dios que si en un potro
ó con oro me engañasen,
palabra no me sacasen
por eso ni por esotro;
fía de Julia y de mí
y dí lo que hemos de hacer.

LEONARDA. Tú mi remedio, has de ser;
escúchame atento.

URBÁN. Dí.

LEONARDA. Ya ves cómo anda alterada
con sus máscaras Valencia.

URBÁN. El Carnaval da licencia.

LEONARDA. Pondráste ropa estremada
y una máscara, y camina
á hablar á aqueste galán,

y díle en disfraz, Urbán,
que una dama se le inclina
y que le ama y que no es fea,
y podrá con ella hablar,
como hoy te quiera esperar,
luego que de noche sea.
Y si te dice que sí,
esta noche irás por él.

URBÁN. ¿Luego bien ha de ver él
á dónde vives y á mí?

LEONARDA. No, que con máscara irás.
y para que nada note,
le pondrás un capirote
con que á casa le traerás.
Entrará á obscuras, y cuando
se haya de ir, vuelto á poner,
¿á quién podrá conocer?

URBÁN. Brava industria vas trazando,
¡Qué bueno vendrá el halcón!
Pero ¿yo en qué me detengo?
Parto.

LEONARDA. No tardes.

URBÁN. Ya vengo. *(Vase.)*

ESCENA IX

Dichas, menos Urbán.

JULIA. ¿Quién te dijo esta invención?

LEONARDA. Amor, que maestro es
de cuantos le han estudiado.

JULIA. Paréceme que han llamado.

LEONARDA. Anda, vé; mira quién es. *(Vuelve á salir Julia.)*

JULIA. No sé qué gente está aquí,
que libros y estampas vende.

LEONARDA. Si es máscara, ¿qué pretende?

JULIA. Yo sin máscara le vi.

LEONARDA. Pues para que no parezca
que mi devoción se muere,
entre, y veamos qué quiere,
y si hay que comprar, se ofrezca.

ESCENA X

Vuelve á entrar Julia con Otón, vestido de extranjero, con libros.

OTÓN. Dios guarde á vuesa merced
y la dé un gentil marido.

LEONARDA. En que no lo haya querido
me ha hecho mucha merced.

OTÓN. ¿Por qué, teniendo ese talle?

LEONARDA. Mostrad qué libros vendéis.

OTÓN. Uno traigo, que podéis
por poco precio comprar;
mas es una historia mía
y sois vos muy recatada.

LEONARDA. ¡Qué cifra tan extremada!
¿Julia, no te lo decía?
¿Quién es éste?

OTÓN. Es el pastor
de Filida.

LEONARDA. Ya lo sé.

OTÓN. Un cierto Montalvo fué
con grave ingenio su autor;
con hábito de San Juan
murió en la mar, y yo muero
en mar más profundo y fiero.

LEONARDA. ¿Sois librero, ó sois galán?

OTÓN. No se lo sabré decir.
Aquesta es la *Galatea*,
que si buen libro desea,
no tiene más que pedir.
Fué su autor Miguel Cervantes,
que allá en la Naval perdió
una mano, y pierdo yo...

LEONARDA. Calla, Julia, no te espantes. *(Hace señas Julia.)*
¿Qué perdéis?

OTÓN. El alma y vida,
y por otra Galatea
más cruel que fué Medea
y menos agradecida.

LEONARDA. ¿Quién es éste?

OTÓN. Es de Espinel.

LEONARDA. ¿Qué trata?
OTÓN. Solas canciones,
mantiéne lindas razones
y hay buenos versos en él.
Quiso bien hasta morir,
mas no del mal que yo muero.
LEONARDA. ¿Sois galán, ó sois librero?
OTÓN. No se lo sabré decir.
El cancionero está aquí,
mas lleno de disparates.
LEONARDA. De mal impreso no trates.
OTÓN. Mejor impreso está en mí.
LEONARDA. ¿El qué?
OTÓN. Un eterno servir,
un amar, un padecer.
LEONARDA. ¿Es requebrar ó vender?
OTÓN. No se lo sabré decir.

ESCENA XI

Sale Valerio de mercader con estampas.

JULIA. El extranjero se ha entrado.
VALERIO. Á la rica estampa fina.
LEONARDA. Mal mi sospecha adivina
ó este trato es concertado,
que el uno y otro galán
que este trato concertaron,
las máscaras se quitaron
en llegando al zaguán.
Julia, ¿es esto conveniente
á mi encerramiento?
JULIA. Creo
que te engañan.
LEONARDA. Bien lo veo.
¿En mi casa tanta gente?
VALERIO. Aquí está primero Otón. *(Aparte.)*
OTÓN. ¿Que Valerio vino acá? *(Aparte.)*
LEONARDA. ¿Qué vendéis?
VALERIO. Vos lo veis ya:
vendo el mismo corazón.
LEONARDA. Mostrad, ¿qué es este papel?

VALERIO. El Adonis del Ticiano,
que tuvo divina mano
y peregrino pincel.
¡Oh, quién éste hubiera sido
cuando fué tan regalado,
pues muero desesperado
y él murió favorecido!
Ésta, por vida de Aurelio,
que es de las ricas y finas;
pintóla Rafael de Urbinas
y es portada de Cornelio.
Ésta es de Martín de Vos,
y aquesta de Federico.

LEONARDA. Mal á esas cosas me aplico.
¿No traéis cosas de Dios?

VALERIO. Sí traigo, aquí hay una estampa
del matrimonio escogida.

LEONARDA. Ese no espero en mi vida.

VALERIO. Mal su estampa se lo estampa,
pues no sé yo por qué sea,
que hay mil que esperan un sí
y por ventura está aquí
un hidalgo que os desea...
Soy Valerio, anuque me veis
que esta máscara he tomado.

OTÓN. Pues ya va tan declarado,
á Otón delante tenéis.
Soy rico y soy caballero
y pierdo el seso por vos.

LEONARDA. ¿No hay aquí quien á los dos
les pague en mejor dinero?
¡Hola!

ESCENA XII

Dichos y criados.

CRIADOS. Señora...

LEONARDA. Al librero
y al que los papeles vende
echad de aquí.

OTÓN. ¿En qué te ofende

pedirte nuestro dinero?
LEONARDA. Ea, ¿qué aguardais, criados?
VALERIO. Paso, no os alborotéis.
LEONARDA. Libertades me vendéis,
libros por cierto extremados.
¡Hola! Cargadlos de palos.
VALERIO. No hacer tal, que irnos sabremos.
OTÓN. Ni esa afrenta sufriremos.
JULIA. No están los gabachos malos;
con pastillas y perfumes
aguarda otro para entrar.
CRIADOS. Ea, empezad á bajar.
VALERIO. ¡Que tal crueldad presumes!
LEONARDA. Cerrad la puerta y quien llama
traerá menos libertad.
VALERIO. Julia, no hay más amistad. *(Aproximándose á ella.)*
JULIA. Callad, no lo oiga mi ama.

ESCENA XIII

Leonarda sola.

LEONARDA. Libertad afortunada
que guardaros prometía,
¿por qué con tal cobardía
me dejas abandonada?
¿Te confiesas derrotada
y al amor me entregas ya?
Fuerza, libertad, será
dedicarle mis sentidos,
pues me cierras los oídos
y amor los suyos me da.
Si mi audacia y mi valor
irritó su tiranía,
¿qué extraño ¡ay de mí! sería
que hoy me subyugue el amor?
De mi insensato rigor
recibo la justa pena
y arrastrando la cadena
con que á tantos subyugué
en la cárcel me encerré
de la voluntad ajena.

ACTO SEGUNDO

Plaza pública del mercado de San Juan y calle delante de la casa de Leonarda.

ESCENA PRIMERA

Camilo, Urbán, de máscara.

CAMILO. Máscara, juro por Dios
que grande empresa acometo
y sin saber quién soy vos.
URBÁN. Camilo, aqueste secreto
ha de ser entre los dos.
CAMILO. Pues me da el alma esa dama,
si no me diera su fama,
¿no pudiera yo servilla
y hablalla, vella y oilla
y saber cómo se llama?
URBÁN. No habemos de hablar más de eso,
que en queriendo saber algo
queda perdido el suceso.
CAMILO. Juro por la fe de hidalgo
que me hacéis perder el seso.
Si yo tuviera enemigos,
los cielos me son testigos
que era engaño claro y visto;
mas no hay hombre más bien quisto
ni que tenga más amigos.
Fuera de eso, estoy contento
que digas que al gabinete
entre armado á mi contento
y que lleve un pistolete.
URBÁN. Lleva uno, lleva ciento;
si no os falta habilidad;
valor, gusto y voluntad,
y el amor no falta en ella
gozáis la cosa más bella
que tiene aquesta ciudad.
CAMILO. ¿Qué importa que bella sea

si á oscuras he de gozalla?
Antes presumo que es fea.

URBÁN. En hablalla y en tocalla
habrá luz con que se vea.
Si os pesare y os cansare,
no volváis.

CAMILO. No hay que repare
mas que en ir tan encubierto.

URBÁN. Esta es la ley del concierto,
mira si hay más que os declare.

CAMILO. ¿Conque cubierto he de ir?

URBÁN. Y de esa suerte, Camilo,
habéis de entrar y salir.

CAMILO. ¡Brava industria, lindo estílo!

URBÁN. Todo lo habéis de sufrir.

CAMILO. ¿Á dónde os he de aguardar?

URBÁN. En siendo de noche, estar
podéis de esa iglesia enfrente,
y guardaos de llevar gente,
porque no os tengo de hablar.

CAMILO. ¿Por ver á Italia no pasa
por las naciones francesas
quien deja su patria y casa?
Por las Indias portuguesas
mil largos mares traspasa.
¿No deja el otro su tierra
por ver la extranjera guerra?
¿Por una fiesta no hay mil
que están entre gente vil
donde el calor los entierra?
¿No está uno al sol y al hielo
esperando ver salir
el tímido conejuelo,
y el pescador por asir
al pez simple en el anzuelo?
Pues yo, mozo y orgulloso,
¿qué me excuso, temeroso,
de ver este encantamento?
Camina, que soy contento.

URBÁN. Si vais vos, iré al momento.

CAMILO. Á la hora concertada
en el sitio me hallaréis.

URBÁN. ¡Qué noche tan regalada
con aquel ángel tendréis!
CAMILO. Á lo menos encantada.
URBÁN. Ella estará prevenida.
Adiós.
CAMILO. Yo vuestra venida
aguardo.
URBÁN. Será muy presto.
CAMILO. He de saber lo que es esto
aunque me cueste la vida. *(Vanse.)*

ESCENA II

Sale Lisandro.

LISANDRO. Rompe una peña el agua cuando estriba
por largo curso en ella su corriente,
y á la segur del leñador valiente
se humilla el pino y la arrugada oliva.
De su fruto oriental, la palma altiva
rinde aunque tarde á la africana gente;
viene el novillo al yugo, y la serpiente
á la voz del encanto se derriba.
Fabrica un escultor una figura
de un mármol duro, de una piedra helada,
y viene á tener ser lo que no era.
Y por más que mi amor vencer procura
una mujer hermosa y delicada,
con ser mujer, está rebelde y fiera.

ESCENA III

Dicho, Valerio y Otón.

VALERIO. ¡Lisandro!
LISANDRO. ¡Valerio, Otón!
OTÓN. ¡Oh hidalgos!
VALERIO. Creo que junta
amor la conversación.
LISANDRO. Eso de amor se pregunta
á los que amantes no son.
Ea, acabaos de cubrir,

que bien se puede decir
aquesto de amor, cubiertos,
que no es evangelio.

OTÓN. Adviértoos
que así se había de oir,
que son tales sus antojos,
que había cuando se empieza
á tratar de sus enojos
de estar libre la cabeza
y descubiertos los ojos.
No porque á verdad aspira,
antes de ella se retira;
mas porque son menester
muchos ojos para ver
tan agradable mentira.

LISANDRO. Bien á Otón se le parece
que por la hermosa viuda
se deshace y desvanece.

OTÓN. Y de vos, ¿pondremos duda
que os abrasa y enloquece?
¿Por qué rompéis á los cielos
cuantas túnicas y velos
los astrólogos les ponen,
porque con ella os abonen?

VALERIO. Declárense si son celos,
entraré yo de por medio
á quitar la pesadumbre
y dar algún corte y medio.

LISANDRO. No necesita mi lumbre
tan compasivo remedio,
pues de la que vive aquí,
el alma, amigos, por mí
presa está y enamorada,
cual mariposa turbada
que habrá de morir allí.

VALERIO. Yo amo á Leonarda.

LISANDRO. Vos, pues,
pensáis que está muy secreto
lo que tan notorio es.

OTÓN. Finalmente, que á un sujeto
queremos bien todos tres.

VALERIO. Ahora bien, porque eso es tal

confesar no me está mal,
y porque este casamiento
me ha dado algún pensamiento

LISANDRO. ¡Gran mujer.!

OTÓN. No tiene igual.

LISANDRO. Lo que Valerio pretendo.

OTÓN. Yo lo mismo solicito.

VALERIO. Si emprendéis lo que yo emprendo,
yo os ofendo si os la quito,
y en quitármela me ofendo.
¿Puedes esto componer?

LISANDRO. Muy bien se puede hacer,
ande el pleito y la amistad.

OTÓN. Competencia y voluntad
no suelen juntos comer.
Pero habrá de ser así
que á todos está mejor,
si no es que haya alguno aquí
que tenga de ella favor.

VALERIO. No diré yo de qué fuí,
aunque el que he tenido puedo
contar á los dos sin miedo,
como palabra me déis
que los vuestros contaréis.

LISANDRO. Por mi parte lo concedo.

OTÓN. Y yo por mi parte

VALBRIO. Oid,
y el galardón de mi amor
de este favor presumid.

OTÓN. Dí, Valerio, tu favor.

VALERIO. Ya comienzo.

LISANDRO. Dí.

VALERIO. Advertid:
á esta gallarda viuda,
que tiene el alma de tigre.
en un coche vi una tarde
como tres mil serafines.
Iba sirviendo de sol,
porque el sol iba á encubrirse,
aunque la cortina á veces
era á mis ojos eclipse.
Hícela una reverencia,

y ella, con mucho melindre,
sacó la ventana afuera
toda la cara de un cisne.
Yo, creyendo que podía
en este favor asirme
con mi guitarra en su calle,
me tocó, San Juan, maitines.
Había hecho una glosa;
por mi mal la glosa hice;
empecé á cantar más tierno
que un tiempo Píramo á Tisbe;
Socorre con agua el fuego,
fué lo primero que dije,
y, lo postrero también;
del socorro Dios nos libre.
Si era agua limpia ó mezclada
Dioscórides lo averigüe;
baste que toda la noche
gasté en limpiarme y reirme.

LISANDRO. Va el mío; pero es mejor,
que, en efecto, fué favor
y el de Valerio pesar.

OTÓN. Empieza, pues, á contar.

LISANDRO. Ya empiezo, en nombre de amor.
Por esta dichosa calle,
desdichada en tanto extremo,
donde mil necios vivimos
tras las herencias de un muerto,
llevaban unos ladrones
una noche obscura, huyendo
de la vecina justicia,
de vino un hermoso cuero.
Al pasar los desdichados
las puertas de mármol vieron
de esta viuda más helada
y pusiéronle en lo hueco;
los alguaciles y mozos
que les seguían, corrieron
sin ver en donde quedaba
el arruinado mancebo.
Yo, que estaba en esa esquina,
mirándole desde lejos,

apresuré luego el paso
llevándome el aire en peso;
y al llegar junto á la puerta
vi un bulto á mis ojos negro
con su capa tapujado;
parecióme hablaba dentro,
y llegándome á él, metíme
hasta la barba el sombrero,
y dígole: ¡Ah, gentil, hombre!
terciando el corto herreruelo.
Como él no me respondía,
saco la daga de presto,
y por el pecho á mi gusto
hasta la cruz se la meto.
Dióme la sangre en el mío
y vuelvo á mi casa huyendo,
miro á una luz la ropilla
y olía como un incienso.
Cojo una linterna y parto,
y cuando á mirarle vuelvo,
hallo una balsa de vino
y enmedio nadando el cuero.

OTÓN. Si esos son vuestros favores,
reniego de los amores.

VALERIO. Diga, Otón, el suyo, á ver.

OTÓN. ¡Ah, Tulio! Aquí he menester
tus retóricos colores.
Cantaban la vez primera
con su voz ronca los gallos,
respondiéndose muy lejos
los del lugar y del campo,
cuando de nuestra viuda,
como un reloj concertado,
la ventana con los ojos
y la calle medí á pasos.
Estaba el cielo más negro
que un portugués embozado,
y á esta causa erré la reja;
dos ventanas más abajo
vivía un buen zapatero,
donde yo con gran cuidado
puse los ojos por ver

la causa en que pénan tantos.
Noté en el balcón un bulto
la mitad del cuerpo blanco;
yo, creyendo era la viuda,
así la requiebro y hablo:
Angel cuya alba es la toca
y cuya estola el rosario,
oid un secreto solo
de este enamorado esclavo.
No lo hube dicho, señores,
cuando el zapatero honrado,
que estaba en camisa al fresco,
dijo, un ladrillo tomando:
¿Á mi mujer requiebritos?
Por estas barbas, bellaco,
que yo os conozca de día.
Y si al tirar no me agacho,
con los polvos del ladrillo
me deja allí rociados
los sesos y la cabeza
abierta toda en cien cascos.

VALERIO. Los favores son iguales;
mas al fin, tratando veras
y dejando burlas tales,
¿no veis que aquestas quimeras
han de engendrarnos mil males?

OTÓN. Un consejo os quiero dar.

LISANDRO. ¿Cuál es?

OTÓN. Que el pleito tratemos
dejándonos de tratar.

VALERIO. ¿Queréis que no nos hablemos?

OTÓN. Yo á ninguno pienso hablar,
encuéntrele donde quiera.

LISANDRO. Yo me voy de esa manera.

OTÓN. ¡Ay, Leonarda hermosa y muda!

LISANDRO. ¡Ay, bellísima viuda!

VALERIANO. ¡Ay, hermosísima fiera! *(Vanse.)*
(Ha anochecido.)

ESCENA IV

Camilo.

CAMILO. Buen ánimo, pensamiento
de temeridad vestido,
al puesto habemos venido
donde vuestro atrevimiento
me lleva á vencer vencido.
Entre el temor y el deseo
con quien batallo y peleo,
tantas veces quedo y voy,
que con estar donde estoy,
otras tantas no lo creo.
¿Qué sé yo si algún contrario
de envidia de verme noble,
me forja este trato doble
donde sea necesario
el sufrir espada ó roble?
Mas yo jamás he entendido
que haya hecho á hombre ofensa
mal mi entendimiento piensa;
que el que á ninguno ha ofendido
bien camina sin defensa.
Y mas que aquel que me ha dado
las nuevas de este cuidado
me ha dicho que armarme puedo,
pero fué por darme miedo,
que anda siempre el miedo armado.
Pero aunque vaya cual voy,
¿de qué peligro me escapa?
si al fin los ojos me tapa,
que pues sin ojos estoy,
bien puede echarme la capa.
¡Quién oyó jamás tal cosa
que una mujer, si es hermosa,
y tanto á un hombre desea,
no permita que la vea!
Qué fama tan vergonzosa!
¿Y qué se yo si, pensando
que abrazo á algún ángel bello,

á un demonio enlazo al cuello
que á oscuras anda volando
porque es indigno de vello?
¿Ó que fuese alguna vieja
ya sin pestaña ni ceja,
con unos dientes postizos
que me obligue con hechizos
á andar como simple oveja?
¿Ó fuese alguna cuitada
herida de algún revés
que me hiciese andar después
por una hora de posada
muerto dos años ó tres?
Mas parece suena gente.

ESCENA V

Camilo y Urbán, de máscara, con un capote de bayeta en la mano.

URBÁN. Solo hay un hombre allí frente.
CAMILO. ¿Es acaso aquel amigo?
URBÁN. Quien te sirve está contigo.
CAMILO. ¡Que esto un hombre cuerdo intente!
URBÁN. ¿Hay alguien que vernos pueda?
CAMILO. Las estrellas y la luna.
URBÁN. Mas que no ve luz ninguna.
¡Oh, cual aquel ángel queda!
Dichosa fué tu fortuna.
CAMILO. No pienso que es muy dichosa,
mas sea fea ó sea hermosa,
si á oscuras la he de abrazar,
gozar así ó no gozar,
¿no es todo una misma cosa?
URBÁN. ¿Una misma? ¿De qué suerte?
¿Un cuerpo grueso y perfeto
más grato no debe serte
que tocar un esqueleto
como pintan á la muerte?
Lo hermoso es como el olor,
que aquel natural valor
se conoce, mira y huele,

por la suavidad que expele.
CAMILO. ¿Soy herbolario ó doctor?
¿Qué me importan á mí olores?
Los ojos deben gozar,
porque el ver causa el hallar
complacencia en los amores
y el conocer y el tratar.
¿Ella es moza?
URBÁN. Y también bella.
CAMILO. ¿Casada ó doncella en duda?
¿Es viuda?
URBÁN. Es tal, que se muda
en casada y en doncella
y otras veces en viuda.
Mas no es viuda ni casada,
ni doncella ni violada
de alguno que la desdeña.
CAMILO. De esa suerte será dueña
entre algodones guardada.
Válate Dios por señora
si te acabo de entender;
engaño debe de haber;
mas ¿que fuese éste ahora
algún hombre y no mujer?
¿Pero tan lindo soy yo?
¡Oh, qué tentación me dió
de quitar la máscara á éste,
aunque la dama me cueste
que tan poco me costó!
Pero es más noble mi fama
y este brío que hay en mí;
amigo, vamos de aquí
á ver esa obscura dama
de aquellas que nunca vi.
URBÁN. Poneos el capirote.
CAMILO. ¿Quién habrá que no me note
de loco?
URBÁN. Vamos de aquí.
¿Tú loco? Jamás lo fuiste.
CAMILO. ¿Aun de bayeta le hiciste?
¿No fuera de chamelote? *(Pónele el capirote á Camilo.)*

¿Hay mucho que andar?

URBÁN. Gran rato.

CAMILO. Ahora me llevas al río
y refrescaráme el brío.

URBÁN. Todo es verdad cuanto os trato,
no os engañéis, señor mío.

ESCENA VI

Dichos y Otón.

OTÓN. Noche de estrellas vestida,
que mis pasos y mi vida
guías á la sepultura,
vuélvete negra y obscura,
por que algún favor te pida.

URBÁN. Un hombre hemos encontrado,
asidme de la pretina.

OTÓN. Hola, ¿quién va, quién camina?

CAMILO. Yo vengo muy bien armado,
sin ojos como gallina.

OTÓN. ¿No respondéis?

CAMILO. Yo voy bueno.
¡Oh, si descargase el trueno!

URBÁN. Máscara soy.

OTÓN. Gentil loco.

URBÁN. Habemos bebido un poco
y andámonos al sereno.
Echad, señor, por aquí.

CAMILO. ¡Oh, San Blas, sed en mi ayuda! *(Vanse.)*

ESCENA VII

Otón solo.

OTÓN. Bravamente el vino muda,
y amor es lo mismo en mí
por esta ingrata viuda.
¿Posible es que pueda aquesta
ser tan casta y tan honesta
y tan Artemisa en fé
y que á tanto hidalgo de

un mismo no por respuesta?
No es posible, aquí hay maldad,
yo sospecho que es fingida
la santidad de su vida,
que suele la santidad
ser flaca y descolorida.
Viuda tan regalada
y que come descansada
tres ó cuatro mil de renta,
¿tan moza vive contenta
á la media noche helada?
Que se encierre en lo postrero,
que tenga buena opinión
y que trate de oración,
¿qué importa? si el despensero
compra el pavo y el capón?
Ahora bien, no he de dormir
cien noches y he de rendir,
todas á su calle y puerta,
y si alguno la despierta,
vive Dios que ha de morir.

ESCENA VIII

Dichos y Lisandro.

(Se coloca á la puerta de Leonarda.)

LISANDRO. Viuda, así os guarde Dios
que aunque fuese á la ventana
lo que hay de aquí á la mañana
quisiera pasar con vos.
Este ser vos tan discreta
hace á mil necios pensar
que os debe de regalar
alguna prenda secreta.
Para que esto no se vea,
¿qué importa que os encerréis,
si las veces que queréis
vais y venís á la aldea?
Viuda, ya no hay quien crea
que estáis sin dueño secreto
el alma, porque, en efeto,

andáis triste y no sois fea.
Mujer libre, rica y moza,
que basta libre y mujer,
yo no tengo de creer
que no se regala y goza;
pues aunque más me digáis
por huir segunda boda,
que sois angélica toda
doime á Dios si vos no amáis. (*Se pone al otro lado de Otón.)*

ESCENA IX

Dichos y Valerio.

VALERIO. Ó es que la noche me engaña
con una funesta duda,
ó á la puerta de la viuda
hallo dos sombras extrañas.
Tal vez uno de los dos
sea el galán estimado,
que venga á gozar su lado;
pues no ha de ser, vive Dios,
que puesto que otro remedio
no tengo que el estorbar,
hidalgos, hagan lugar,
que voy á meterme enmedio.
OTÓN. ¿Es Valerio?
VALERIO. ¿Y vos Otón?
OTÓN. Lisandro vos.
LISANDRO. El caso es
que sin hablarnos los tres
tenemos una intención.
VALERIO. Otón es bravo arquitecto.
OTÓN. ¿Y á Lisandro qué le falta?
LISANDRO. Para portada tan alta
los tres hicimos efecto.
VALERIO. Consuélome, que los tres
somos necios en extremo.
OTÓN. Dar aquese nombre temo
á lo que locura es.

Pero aun cuando aqueso fuera,
el más necio fuisteis vos
que os metisteis entre dos.

VALERIO. Y entre ciento me metiera
aunque fueran rodamontes.

OTÓN. ¡Ea, león!

LISANDRO. No es burlando,
que puede como otro Orlando
romper árboles y montes.
La necedad en su punto
fué aquello del estampero,
cuando Otón hecho librero
entró con Valerio junto.

OTÓN. Con máscaras nos llegamos
á la puerta.

VALERIO. Esperad,
que de aquella necedad
iguales partes llevamos,
que él vino de buhonero
con mil rosarios allí
y no le abrieron.

OTÓN. ¿Así?
Pues darle el parabién quiero.

LISANDRO. Pues si todo se ha sabido,
por necios todos quedemos,
y el propósito mudemos
en quien la ocasión ha sido
que habrá bien que murmurar.

OTÓN. Si va de murmuración,
yo diré que vino Otón
esta noche á este lugar.

VALERIO. ¿Fué á saber si aquesta puerta
á algún dichoso se abría?

OTÓN. Á eso, por Dios, venía.

LISANDRO. Téngolo por cosa cierta,
porque yo vine á lo mismo.

VALERIO. ¿Y á mí qué pudo traerme
sino el ver aqueso, y verme
en este celoso abismo?

OTÓN. Ya que nos hemos hallado
conformes en la amistad,
de esta ingrata crueldad,

de este fiero pecho helado,
de su deshonor tratemos.
y que pierda su opinión.

LISANDRO. ¡Oh, qué bien ha dicho Otón
que venganza tomaremos!
Pero ¿sabéis qué he pensado
y nunca lo diré en duda?

VALERIO. ¿Qué?

LISANDRO. Que tiene esta viuda
un gato en casa encerrado.
Que este no acudía á ver
ninguna cosa de fuera,
si en casa no lo tuviera,
¿cómo se pudiera hacer?
Mujer libre, sola y rica
y que á tantos se ha negado,
témome que algún criado
á su indiferencia aplica,
y entre los que tiene, Urbán,
que es bellacón y discreto,
tengo sospecha, en efeto,
que hace oficios de galán;
porque no se aparta de ella
y anda bien puesto y vestido
y suele hablarla al oído
y siempre priva con ella.

OTÓN. Vive Dios, que no he caído
en una maldad tan clara;
yo le cortaré la cara,
ó no seré bien nacido.
¿Quién duda que esto es así?

VALERIO. Yo soy de ese parecer,
que cosas le he visto hacer
de que sospechoso fuí;
y desde aquí le prometo
una grande cuchillada.

LISANDRO. Dejad algo si os agrada
para el dueño del secreto;
mas pues de pasar habemos
la noche aquí todos tres,
mientras más tarde no es,
¿no será bien que cenemos?

VALERIO. Bien dicho.
OTÓN. Hablaste en razón.
LISANDRO. Si el corazón castigamos,
muy bueno será que hagamos
de las tripas corazón.

ESCENA X

Dichos, Camilo y Urbán, cubiertos.

(Urbán le da varias vueltas por la escena).

CAMILO. ¿Cuándo habemos de parar?
URBÁN. Aún muy lejos nos hallamos.
CAMILO. ¿Muy lejos? Sin duda vamos
hasta la orilla del mar.
URBÁN. Cuando veas el donaire
de aquel cuerpo peregrino,
se te hará corto el camino.
CAMILO. Aún creo que todo es aire;
quítame, amigo, te ruego
por Dios, este capirote
que me abrasa el chamelote.
URBÁN. Ya te refrescarás luego.
CAMILO. ¿Otra vuelta hemos de dar?
URBÁN. Otra y otra, mas te aviso
que cerca del paraíso
de aquí á una hora hemos de estar.
¡Oh, cómo de tu fortuna
un poco envidioso voy!
CAMILO. ¿No me dirás dónde estoy?
URBÁN. En los cuernos de la luna.
CAMILO. Ya me falta la paciencia;
estos estorbos alejo.
URBÁN. Echo á correr y te dejo
á la luna de Valencia.
Como quieras descubrirte,
acabó mi comisión.
CAMILO, ¿Pues aquesto no es razón?
URBÁN. No hay, Camilo, que aburrirte,
que á casa llegamos ya.

CAMILO. ¿Á la casa?
URBÁN. De mi ama.
CAMILO. ¿Donde está la obscura dama?
URBÁN. Ella se iluminará.

ACTO TERCERO

Sala en casa de Leonarda.—La sala está adornada y Leonarda vestida ricamente.

ESCENA PRIMERA

Leonarda y Julia.

LEONARDA. Las telas y terciopelos
no sé si están bien colgados.
JULIA. Están, señora, extremados,
vuelve por tu vida y velos,
LEONARDA. En esta sala está bien
aquesta tapicería.
JULIA. Tenerla un virrey podría
y aun el mismo rey también.
LEONARDA. Que á propósito es la historia,
que es de Jacob el amor.
JULIA. Diversa dirás mejor
del fin de tu presta gloria,
que duró catorce años
lo que tú en una hora tienes.
LEONARDA. Plegue á Dios que tantos bienes
no paren en tantos daños.
Urbán tarda ya. ¿Qué haremos?
JULIA. Un poco puedes jugar.
LEONARDA. No le debió de agradar.
¡Ay, triste!
JULIA. No hagas extremos,
que no es eso de creer
de un mozo tan belicoso.
LEONARDA. ¡Ay! Mira que en ser hermoso
algo tendrá de mujer.
¡Cuanto más que qué Roldán

sufriera cubrirse así
y á obscuras venir aquí!

JULIA. Un mozo hidalgo y galán,
un mancebo varonil,
no como otros mujeriles
con quien fuera el mismo Aquiles
ahora cobarde y vil.
¿Leandro no pasó el mar
dos mil veces animoso?

LEONARDA. ¿No ves que eso es fabuloso?
Y después de ver y hablar,
en la torre contra el viento
luz se solía encender,
y aquí no la ha de tener
dentro del mismo aposento.
Si dijeras el Romano
que en un hueco se arrojó,
ó el que el puente acometió
ó el que se quemó la mano,
aun aquesto verdad fué.

JULIA. Dame albricias.

LEONARDA. No lo creo.

JULIA. ¡Ea!

LEONARDA. Toma aquel manteo,
Julia, que ayer me quité.

JULIA. ¿Es aquel de oro y morado?

LEONARDA. Dame la máscara presto
y toma la tuya.

Se ponen las máscaras y quitan las luces.)

ESCENA II

Dichas, Camilo con el bonete, y Urbán.

URBÁN. Al puesto,
Camilo, habemos llegado.

CAMILO. Pues la escalera subí,
ya estaré en el aposento.

LEONARDA. Dadle una silla al momento.

URBÁN. Asiéntese.

CAMILO. ¿Á dónde?

URBÁN. Aquí.

CAMILO. ¿Quién es aquella que habló?
URBÁN. Mi señora.
LEONARDA. Y vuestra esclava.
CAMILO. ¿Es la que de hablar acaba?
¡Oh, pese á quien me parió!
El capirote me quito.
¡Pardiez, á obscuras estoy!
LEONARDA. Por eso licencia os doy
y se os perdona el delito.
Dadme una silla junto á él.
CAMILO. ¿Hay más lindo encantamento?
LEONARDA. Ya, señor, con vos me siento.
CAMILO. Por Dios que sois muy cruel.
Ya me enciende el corazón
amor sin luz, pues no veo,
que ha tocado en el deseo
como piedra en eslabón;
como el hombre que está á obscuras
y para encender la toca,
fué mi alma vuestra boca,
que ha dado centellas puras.
Yesca ha sido el corazón,
como materia dispuesta,
el golpe fué la respuesta
y la lengua el eslabón.
Queda una luz encendida
en el alma que os retrata,
y si el aire no la mata
de veros obscurecida,
no os vea yo como ciego
dentro en la imaginación
que es muy extraña invención
haber tinieblas y fuego.
Si no es mi fianza buena
no se comienza la historia,
y pues es limbo sin gloria,
no sea limbo con pena.
Sed vos para que yo os vea
como pintor extremado,
que aunque la noche ha pintado,
deja luz con que se vea.
Yo soy un hidalgo noble

que si cara á cara os trato,
fío de mi honrado trato
que os parezca bien al doble
Esto he de alcanzar de vos.
Ea, dadme aquesa mano.

LEONARDA. ¿Mi mano? Tomad.

CAMILO. Ya es llano
que lo concedéis, por Dios.

JULIA. Á fe que no es necio el hombre.

URBÁN. Bien habla.

JULIA. Por lindo estilo.

LEONARDA. Pues por vida de Camilo...

CAMILO. Ese es, señora, mi nombre.

LEONARDA. Que no pienso que he hecho poco
en daros luego mi mano.

CAMILO. Digo, que es bien soberano,
digo, que me vuelvo loco.

LEONARDA. Decid, ¿y paréceos bien?
No me la apretéis, Jesú.

CAMILO. Que la mano es de Esaú
y la voz no se de quién.

LEONARDA. Traigan luz por eso sólo. *(Va Julia y vuelve con luz)*

URBÁN. Ya se descubre el farol.

CAMILO. Luz pido donde está el sol
porque está eclipsado Apolo.

JULIA. La hacha está aquí.

CAMILO. ¿Qué es esto?
Todos con máscara están.

LEONARDA. Tened las manos, galán,
que aquí no ha de haber más de esto;
en llegando á querer verme
os harán dos mil pedazos.

CAMILO. En tal sagrado de brazos
no podrán acometerme;
no por su miedo, por Dios,
que pues vine, no le tuve,
mano y deseos contuve,
mas por mandármelo vos.
¡Qué bello cuerpo tenéis!
qué traje y rico vestido,
Con razón no he merecido
que mi bajeza fiéis.

¡Bravas telas y brocados,
bravos cuadros y pinturas,
pero todo queda á oscuras
con tales ojos cerrados!
¿Qué no hay aquí quien me abone?
¿Quién me ama no me fía?

LEONARDA. Si el alma se le confía,
vuestra merced me perdone
que cuando de su lealtad
más experiencia se tenga,
haremos que á casa venga
con más luz y claridad.
Siéntese y no se alborote.

CAMILO. Si la cara no he de ver,
tornad, mi amigo, á poner
vihuelas y capirote.
Más valdrá, para estar quedo,
no tener ojos ni oídos,
porque se van los sentidos
tras de aquello que ver puedo.
En descubriendo el halcón
para que la caza vea,
ya está cerca la pelea
y es suyo aquel corazón;
pero aquí, después de vella
con alguna claridad,
me quitáis la libertad
de poder correr tras ella.
Y tal es la condición
de aquesta caza encubierta,
que va la perdiz cubierta
y descubierto el halcón.
Aquí de Dios, mi señora,
vos habéis de permitir
que quien os merece oir
os merezca ver ahora.

LEONARDA. Ahora bien, tráiganle aquí
un poco de colación
con que amanse el corazon. *(Vase Julia.)*

ESCENA III

Dichos, menos Julia

CAMILO. ¡Qué colación, pese á mí!
¿Cómo tengo de comella
cuando el pecho se me abrasa?
¡Ah! Doime á Dios con la casa
que aun no hay una cara en ella.
¿Qué fianzas me habéis dado
para comer satisfecho
que no es veneno?
LEONARDA. Este pecho
que me habéis enamorado.
CAMILO. Ligero argumento hacéis;
id á una tienda embozada
y veréis si os fían nada,
por más que el pecho mostréis.
Yo soy aquí el mercader,
vos quien rebozada llega,
luego bien la vida os niega
el que no os merece ver.
LEONARDA. Camilo, no os aflijáis
de verme esconder así,
que hay partes, señor, en mí
que vos ahora ignoráis.
Yo os vi y el alma os rendí,
de suerte en cierto lugar,
que no me excusé de dar
alivio á mi mal así;
este remedio busqué
para que entréis donde estáis
y para que no digáis
con quién y en qué parte fué.
Si pensáis que aquesto ha sido
no tener crédito en vos,
bien quedará entre los dos
averiguado y reñido.
Joyas os daré en valor
de dos mil ducados.
CAMILO. ¿Buenas?
LEONARDA. Hola, dadme esas cadenas

y ese brinco Dios de amor,
dame.

CAMILO. Paso, no pidáis
eso, que me dais enojos,
más quisiera vuestros ojos
que cuantas joyas me dais:
diéradesme esos zafiros
y los rubíes y perlas
de esa boca, que por verlas
pudiera con más serviros.
También hay oro en mi casa;
gracias á Dios, no soy pobre.

LEONARDA. Deseo que más os sobre
que de Oriente á España pasa;
pero por señal de amor
esta sortija tomad,
que en vos tendrá calidad.

CAMILO. Y ésta en vos tendrá valor;
servíos de que en mi nombre
la traiga esa blanca mano.

ESCENA IV

Dichos y Julia con la cena.

JULIA. La colación viene.

CAMILO. En vano
viene, á fe de gentil hombre,
que no tengo de comer.

LEONARDA. Á lo menos el probar
no lo podréis excusar,
que soy honrada mujer.

CAMILO. ¿Es lo del veneno?

LEONARDA. Sí;
por mi vida que probéis.

CAMILO. Si ese pensamiento hacéis,
haya mil muertes aquí.
Quiero tomar el veneno
que á Alejandro deis, doctor,
que cuando la fe es mayor
no le hace el daño ajeno.

URBÁN. ¡Oh, lo que sabe de historia!

JULIA. Es verdad que es muy leído.
URBÁN. No lo toméis tan pulido,
que en verdad que es zanahoria.
Entro y la bebida saco. (*Vase y vuelve Julia.*)
CAMILO. Donaire tiene por cierto;
pero hagamos un concierto.
LEONARDA. Es discreto y es bellaco.
CAMILO. Si esto pasa entre los tres,
que sois vos y esos criados,
para hablar ó ser llamados
sin nombres, trabajo es;
quiéroslos poner fingidos,
que yo así me entenderé.
URBÁN. Bebed.
CAMILO. Luego beberé.
URBÁN. Bebed.
JULIA. Están divertidos.
URBÁN. Estos mozos confitados,
todo almíbar y jalea,
que no hay ninfa que tal sea
de boca y dedos mirlados,
me hacen perder el seso.
Bebed.
CAMILO. Mostrad, beberé.
URBÁN. ¿Qué poco y que á tiento fué!
Díga, ¿y harále mal eso?
CAMILO. Basta ya de plata; espero
no me muestren más, señora.
URBÁN. Haga melindres ahora,
mientras que yo me hago un cuero.
Pues ésta va por mi ama; (*Bebe cada vez.*)
ésta, Camilo, por vos;
ésta, Julia, por los dos,
que bien bebe quien bien ama.
LEONARDA. Escucha ó vete de ahí.
¿Qué nombres nos quieres dar
para podernos llamar?
URBÁN. Escucho. Ésta va por mí. (*Bebe.*)
LEONARDA. ¿Cómo me pensáis llamar?
CAMILO. Á vos os llamo Diana,
y está la razón muy llana.
LEONARDA. Ya la podéis declarar.

CAMILO. ¿No es luna y alumbra?
LEONARDA. Sí.
CAMILO. ¿No se obscurece y desdora?
URBÁN. ¡Oh, qué bien!
JULIA. Escucha ahora.
URBÁN. Escucho. Ésta va por mí. (*Bebe.*)
CAMILO Vos tendréis Iris por nombre,
que es de Diana mensajera,
y vos Mercurio.
LEONARDA. Pudiera
darse á todos mejor nombre.
URBÁN. En fin, ¿el Mercurio á mí?
Baco me fuera mejor.
JULIA. Escucha un poco, hablador.
URBÁN. Escucho. Ésta va por ti. (*Bebe.*)
LEONARDA. Ya es tarde y es bien que os vais,
que hablando no se ha sentido
tiempo y noche que han corrido.
CAMILO. Qué, ¿al fin cubierta os quedáis?
LEONARDA. Noches quedan, mi Camilo;
esto por ahora baste;
llévale donde le hallaste,
¡hola!, por el mismo estilo.
URBÁN. Encajaos el capirote.
CAMILO. ¿No os he de abrazar primero?
LEONARDA. Sí por cierto.
CAMILO. ¡Ah! Bien ligero
pasó.
URBÁN. Alto sois de cogote.
LEONARDA. Necio, que así le lastimas.
URBÁN. Nunca vos haréis buen son.
¡Bendiga Dios buen bordón,
que dura por treinta primas!
Así le apretina bien.
CAMILO. Adiós, señora Diana.
LEONARDA. ¡Ay, cuánto tarda mañana!
Descúbrome.
JULIA. Yo también;
Ven á recogerte luego.
CAMILO. Bueno voy; ¡ah, ciego amor!
URBÁN. Pues juro á nuestro señor
que no sé cuál va más ciego.

ESCENA V

Leonarda, Julia.

LEONARDA. Julia, ¿parecióte mal
mi galán?

JULIA. Antes, señora,
sin quererte adular ahora
digo que no le ví tal,
que es un mozo bien portado,
modelo de la ternura,
sin igual en la bravura,
pues que tan determinado
vino á verte hasta esta casa,
sin saber quién dentro había.

LEONARDA. Por todo eso, Julia mía,
mi pecho rinde y abrasa.

JULIA. Por extraño modo has hecho
que no padezca tu honor.

LEONARDA. Una mujer con amor
deshará todo el derecho.
Mas ¿qué presumes del modo
de traerle?

JULIA. Creo que en eso
no te conduces con seso,
si bien sabes más en todo,
pues querer que se enamore
hasta que te haya mirado
no es posible.

LEONARDA. He deseado
que sólo mi sombra adore;
mas si encuentro en él firmeza
que venza mi valentía,
puede que la industria mía
dé paso á alguna franqueza;
pero hasta entonces, jamás
llegará á saber quién soy.

JULIA. Pues yo te digo desde hoy
que no le enamorarás;
porque si te cree fea
ó no digna de su aprecio,

pagaráte con desprecio,
y si por ventura crea
un objeto peregrino
allá en la imaginación,
ésta huye de la razón
y va tras de lo divino;
y tal vez con tu hermosura
te viniese á suceder
que cuando te llegue á ver
encuentre que tu figura
no mereció su pasión,
que aunque tu cara es muy bella,
aún es más brillante que ella
la primitiva ilusión.

LEONARDA. No dices mal, pero yo
hasta llegarle á tratar
no me he de dejar mirar.

JULIA. Mi boca te aconsejó
lo que pensó conveniente;
haz lo que quieras después.

LEONARDA. No siempre lo mejor es,
Julia, lo que es más prudente.
Yo sé que tienes razón,
mas por este medio obscuro
sé también que no aventuro
mi crédito y opinión.
Y ésto es todo para mí;
mas parécème que oía
ruido en la puerta.

JULIA. Sería
Urbán que se acerca aquí.

ESCENA VI

Dichas y Urbán.

LEONARDA. ¡Cómo me alegro de verte!
Mas ¿qué traes, que triste vienes?

URBÁN. Hay mucho malo.

LEONARDA. ¿Qué tienes?
De lo que pasa me advierte.

URBÁN. Luego que salí de aquí

con aquel Cupido ciego,
y ya que hubimos estado
de este sitio un largo trecho,
rondando por la ciudad
hablando y encareciendo
yo tu hermosura y tu fama
y él su amor y sus deseos,
preguntábale si había
en Valencia algún sujeto
que le agradase de día
más que tu obscuro aposento,
y él me contaba una historia
de una mujer que, de celos,
le seguía y perseguía
en calles, plazas y templos,
cuando un alguacil llegó,
y al querer reconocernos,
la venda del dios de amor
Camilo se quitó presto.
Llegó y quién era le dijo,
dejándole satisfecho,
pero no quiso rogalle
que me dejase cubierto.
La máscara me quitaron,
Camilo y todos me vieron
bien, que me dejaron libre,
que mejor dijera preso.
Camilo, en viéndome el rostro,
me dijo: Amigo, riendo,
dejemos estas quimeras,
y vámonos descubiertos,
y entonces como en los montes
acosado corre el ciervo,
á Camilo dejo atado
y corriendo igual al viento
por mil calles desusadas,
de aqueste triste suceso,
conocido y afrentado,
á darte las nuevas vengo.

LEONARDA. ¡Pobre de mí! ¡Tras un mal
otro mayor! ¿Qué he de hacer?

JULIA. ¿Tu valor puede perder

su condición natural?
Ahora el esfuerzo importa.

LEONARDA. No le hay en tal desconsuelo,
que cuando castiga el cielo,
acero y diamantes corta.
Ahora bien, cualquier flaqueza
es notable en quien yo soy;
pero fabricando estoy
una aguda sutileza,
Urbán, por algunos días
á mi tía servirás,
y por Valencia andarás
muy lejos de cosas mías.
Así que cuando te siga
este hombre, entenderá
que por ella viene y va.

JULIA. Á mucho el honor te obliga.

URBÁN. Pues dí, ¿querer deshonrar
tu tía no es desvarío?

LEONARDA. Urbán, por este honor mío
todo me ha de perdonar.
Caiga esa mancha en mi tía
y líbrese mi opinión.

URBÁN. ¿Tú no ves que es sinrazón?

LEONARDA. Lo mismo cualquiera haría,
que cuando te acuchillaban
delante al otro ponías
de quien favor recibías
y los otros en él daban.
Y si defender la mano
al rostro es tan natural,
por parte más principal,
no es pensamiento inhumano
el mío. Ven y mañana,
á misa con ella irás
al Milagro.

URBÁN. Tú le harás
con esta industria greciana.
Pero dí, ¿quién ha de ir
mañana por tu galán?

LEONARDA. Julia disfrazada va,
que de hombre la haré vestir.

JULIA. ¿Y si algún hombre me topa?
LEONARDA. Defenderáte tu ciego.
JULIA. De él me temo.
LEONARDA. ¿Cómo?
JULIA. Es fuego
y conocerá la estopa.

ACTO CUARTO

DECORACIÓN DE LA PLAZA CON LA IGLESIA

ESCENA PRIMERA

Camilo, Floro.

CAMILO. Pasé, en fin, allá la noche,
como te contaba, Floro,
ciego á la vista del sol,
sin más luces que sus ojos.
No había pájaro de éstos
que de noche vuelan solos
cuyos ojos no envidiase,
por ver lo que á tiento adoro.
Hela cobrado afición
sin ver más que lo que toco,
de tacto, como los ciegos,
que es peregrino negocio.
Cosas la dije por verla
(no pienses que anduve corto)
que hubieran enternecido
á un judío, un bárbaro, un monstruo,
ya fingiendo me moría
con suspiros y sollozos,
ya jurando de no vella
con promesas y con votos;
pero ni por mis ternezas
ni por mis rabias ni enojos
se ha dejado ver, y así
héme aquí encantado y loco.
FLORO. Pondrás fin á tu tormento

si llevas luz encendida.
CAMILO. Podráme costar la vida,
Floro, aqueste atrevimiento
que si Psiquis vió al Amor
á quien á obscuras gozaba,
perdió la gloria en que estaba
y negoció su dolor.
FLORO. ¿Pues qué has de hacer encantado,
enamorado y sin ver?
CAMILO. Imitar á Amor, y ser
sin ojos enamorado.
FLORO. ¿No puedes llevar un hueso
con que la puerta señales?
CAMILO. Tiene el hombre industrias tales,
que me hace perder el seso.
Fuera de la puerta estoy,
y dice que estoy en casa.
FLORO. Un coche de damas pasa.
CAMILO. Y baja, á fe de quien soy,
de él una hermosa viuda.
FLORO. Y no es mala la criada.

ESCENA II

Dichos, Leonarda y Julia.

LEONARDA. Esta plaza no es aseada.
JULIA. En ningún tiempo se muda.
LEONARDA. Julia, ¿no es Camilo aquél?
JULIA. ¡Ay, señora, creo que sí!
CAMILO. ¿Hay alguien que os sirva aquí?
LEONARDA. ¿Hablaréle?
JULIA. Habla con él,
que todo aquesto está solo.
LEONARDA. Yo os agradezco el favor.
CAMILO. Vence vuestro resplandor
á la misma luz de Apolo.
LEONARDA. ¿Tanta luz?
CAMILO. Á ella os comparo,
porque es lo que más deseo.
á causa que nunca veo
lo que deseo bien claro,

Y además, la luz es cosa
de tanta estima, que al suelo
no ha dado igual el cielo,
después de haceros hermosa.

LEONARDA. Mucho la luz estimáis
para no ser ciego.

CAMILO. Nace
de una falta que me hace
que no es bien que la sepáis.

LEONARDA. Ello se entiende, es de amor

CAMILO. Pues más os espantaréis
si de mi dama sabéis
el divino resplandor.

LEONARDA. ¿Es por encarecimiento?

CAMILO. No, sino porque es Diana
tan divina y sobrehumana
que no la veo y la siento.

LEONARDA. Cómo, ¿Diana la Luna?

CAMILO. La propia.

LEONARDA. No decís bien,
que ésta mil vistas la ven,
mas no la toca ninguna.

CAMILO. Pues yo la toco sin vella.

LEONARDA. Sin duda os tengo por loco.

CAMILO. Sí, pues á obscuras la toco
y me he enamorado de ella.

LEONARDA. Y esa luna, ¿veos á vos?

CAMILO. Ella lo afirma, y es fe
que por el día me ve;
mas yo no la veo, por Dios.

LEONARDA. Pues os ve, no lo dudéis,
sino que está enamorada.

CAMILO. Pienso que de mí se agrada.

LEONARDA. Y en los efectos lo veis.
¿Hay mujer por quien ahora
la dejásedes?

CAMILO. Me agravio
de que ponga vuestro labio
tal duda en mi fe, señora.
Si un ángel de hermosa fuese
y una romana en valor,
no es posible que el amor

de mi Diana perdiese.
LEONARDA. Si la viésedes, yo os juro
tendríais un desengaño.
CAMILO. Bien puedo estar de ese engaño
por mil razones seguro,
que con las manos la tiento,
y la frente es extremada,
la nariz proporcionada,
que es de un rostro el fundamento;
los ojos negros, rasgados,
que es señal que buenos son;
todo el rostro es perfección:
cuello y pechos extremados,
entendimiento y donaire;
tan locura es hablar de ello
que no falta más de vello
para dar el seso al aire.
LEONARDA. Vos sois extraño galán;
nunca tal oí decir.
CAMILO. Ni á nadie he visto sufrir
la obscuridad que me dan,
y aunque en parte mi alegría
con este rigor se aniebla,
más quiero yo mi tiniebla
que alguno estima su día.
LEONARDA. Y ¿cómo os llaman?
CAMILO. Camilo.
LEONARDA. Es justo saber el nombre
de un más que Amadís, de un hombre
que ama por tal estilo.
Ahora bien, por muchos años
vuestra Diana gocéis.
CAMILO. Si vivo no lo dudéis,
á pesar de sus engaños.
LEONARDA. Adios, oscuro galán.
CAMILO. Él un buen esposo os dé.
FLORO. Diga, ¿hablarla no podré *(Á Julia)*
esta noche en el zaguán?
JULIA. Vivo junto á la zaydía,
no quiera dama tan lejos. *(Vanse.)*

ESCENA III

Camilo y Floro.

FLORO. Hablado habéis como viejos.
¡Qué ocasión ésta, qué día!
¿Por qué no la requebrabas;
que es una viuda bien bella
que andan mil muertos por ella?
CAMILO. ¿En mi pensamiento estabas?
Por ella ni otras más bellas
respecto de mi sujeto,
no se me da, te prometo,
lo que por mi, Floro, á ellas.
Esta no vale dos clavos
ni cuantas puedes nombrar,
porque es querer comparar
los reyes con los esclavos.
Yo te digo que la mía
es algún ángel sin duda.
FLORO. ¿Tan mala era la viuda?
CAMILO. Así, así; pasar podría.
FLORO. Á mí bien me pareció.
CAMILO. ¡Ay, Floro! ¡Si aquélla vieras,
cuán bien que la encarecieras!
FLORO. La viuda tomara yo. *(Vanse.)*

ESCENA IV

Lisandro, Otón.

LISANDRO. Ya que el claro sol nos da
lugar á nuestra porfía,
¿cómo, Otón, de pena os va?
OTÓN. ¿No basta ser pena mía?
Con eso entendido está.
¿Qué dolor al mío se iguala,
pues á la cosa más mala
me ha traído mi furor?
LISANDRO. ¿Cómo?
OTÓN. Á mi competidor

hace favor y regala.

LISANDRO. Cansada está la paciencia
de sufrir celos y agravios
cuando es por la competencia;
mas dicen que es de hombres sabios
esa cuerda diligencia.

OTÓN. No estoy de eso arrepentido,
pero sí estoy muy corrido
de que quite aqueste Urbán
á tanto mozo galán
galardón tan merecido.

LISANDRO. Guardando bien esta puerta,
no pienso que verse espere
noche obscura ó clara abierta,
sin que el que de ella saliere
no vuelva la cara abierta.
Este es Valerio en el talle.

OTÓN. Y fuera bueno dejalle
á que en un punto se armara.

ESCENA V

Dichos, Valerio.

VALERIO. Mas que el enemigo entrara
por la boca de la calle.
¡Oh, hidalgos! Saber quisiera
qué se trata y delibera.

OTÓN. De que la viuda olvidara
un traidor á cuya cara
hoy un beneficio espera.

VALERIO. Una sátira le hagamos.

OTÓN. Vive Dios que es gran bajeza;
sin duda la deshonramos.

LISANDRO. Teniendo tanta nobleza,
más perdemos que ganamos.

OTÓN. Las sátiras invectivas
que dan en las llagas vivas,
son para la gente baja
y por esto el dicho encaja
de nunca hables mal ni escribas.

VALERIO. Mejor será que cantemos

ó que una décima echemos
en loor de los amantes.

LISANDRO. ¿Prestareisme consonantes?

OTÓN. Mejor será que glosemos.

VALERIO. ¡Oh! Vos sois un cancionero.

LISANDRO. Venga el verso.

OTÓN. Diga así:
«La viuda y su escudero»

VALERIO. ¡Oh, qué tal es, pese á mí!

LISANDRO. Pues yo comienzo primero.
«Mirando nuestros amores
en su loca competencia,
he presumido, señores,
que Angélica está en Valencia
con todos sus pretensores.
Vos sois Orlando el guerrero
y vos Sacripante fiero;
yo, Ferraguz, bravo moro;
pero Angélica y Medoro
«la viuda y su escudero».

VALERIO. Escudero el más honrado
que salir de España pudo,
que á tener has acertado
el más reluciente escudo
de tus armas adornado.
Una medalla hacer quiero,
aunque pobre caballero,
de plata y de mil tesoros,
donde están como el dos de oros
«la viuda y su escudero».

OTÓN. En las celestes alturas,
siendo Géminis su nombre,
hallé un signo en dos figuras,
una mujer y otra hombre
pintados en carnes puras.
Yo no soy buen estrellero,
pero por Dios verdadero
que cada noche imagino
que están como aqueste sino
«la viuda y su escudero».

VALERIO. ¡Hola! la puerta han abierto
y Urbán embozado sale.

OTÓN. ¿Quién?
VALERIO. Urbán.
OTÓN. ¿Es cierto?
VALERIO. Cierto.
LISANDRO. ¡Oh, pese á tal! Llega y dale.
VALERIO. Si le doy yo, queda muerto.

ESCENA VI

Dichos, Urbán.

LISANDRO. No hay que hacerle mal ahora.
OTÓN. Deteneos.
VALERIO. ¿Dónde bueno?
URBÁN. De prisa y cuidado lleno
que va á misa mi señora.
OTÓN. ¿Quién, Leonarda?
URBÁN. Ha ya mil días
que en cas de su tía estoy
y con ella vengo y voy.
¿Mandan más sus señorías?
Porque yo voy muy de prisa.
OTÓN. Dinos algo de tu ama.
URBÁN. Que es una Porcia en la fama.
LISANDRO. Ven acá.
URBÁN. Tocan á misa. (*Vase.*)

ESCENA VII

Dichos, menos Urbán.

VALERIO. Fuése el grande bellacón.
OTÓN. Sin duda, Leonarda está
sola si éste no está allá.
LISANDRO. ¡Oh, vana murmuración,
que si éste su galán fuera
sin él ni una hora pasara!
VALERIO. Amando, es cosa bien clara.
OTÓN. ¿Quién lo más cierto supiera?
LISANDRO. ¿Pensáis que hoy la misa oigamos?
VALERIO. Yo, Lisandro, lo deseo.

OTÓN. ¿Dónde iremos?
VALERIO. Á la Seo.
LISANDRO. Mejor es á San Juan.
VALERIO. Vamos.

ESCENA VIII

Camilo solo.

CAMILO. Buscando en balde señales
que me aclaren el misterio
de mi amor, corro, me paro,
vuelvo á correr, salgo y entro
y en laberinto intrincado
de temores y deseos
quiero disipar mis dudas,
aunque un desengaño temo.
Mas ¡calle! aquél que allí viene
¿no es, cielos, el escudero
que anoche vi, ó es engaño
del ofuscado deseo?
No hay que dudar, es el mismo,
muy bien presente le tengo.
Una dama va con él...
¿Será, tal vez? ¡Dios eterno!
¿Qué es lo que vi?

ESCENA IX

Camilo y Urbán, que lleva la cola de una vieja ridícula.

URBÁN. Mi señora,
¿gustáis de que á misa entremos?
¡Alto! Allí está mi galán. *(Reparando en Camilo.)*
Ya nos vió. ¡Jesús, que gestos!
CAMILO. ¿Será posible? ¡Ay de mí!
URBÁN. ¡Pobre hombre! Pero me temo
que dude; aquí de mi industria.
Haced merced, caballero *(Á Camilo)*
de dar paso á mi señora
que á misa va; amigo, os ruego
que no os deis por entendido

que me conocéis.

CAMILO. Reniego
de ti, de mí y de la infame...

VIEJA. Tantas gracias, caballero.

ESCENA X

Camilo, luego Floro.

CAMILO. ¡Cielos! ¿Qué es lo que me pasa?
¿Es locura, ilusión, sueño?
¡Maldita credulidad
la mía!

FLORO. ¿Señor, qué es esto?
¿Qué tenéis?

CAMILO. Tengo coraje,
tengo el demonio en el cuerpo.

FLORO. Gracias á Dios hay hisopos,
pero antes que le atrapemos,
¿no sabré yo qué locura
te hace delirar?

CAMILO. No es sueño,
locura, Floro, ni engaño;
yo lo he visto, yo, yo mesmo.

FLORO. Pues señor, ¿qué es lo que viste?

CAMILO. ¡Ay, infeliz!

FLORO. Díme el cuento
de modo que yo lo entienda.

CAMILO. Breve seré; estáme atento.
Yo salía de San Juan,
discursos varios haciendo
sobre el suceso de anoche,
que fué notable suceso;
retirábame á mi casa,
cuando al escudero veo
de anoche, con corto paso,
rostro humilde, airoso cuerpo.
De la su mano traía,
que así lo dicen los viejos,
una niña que ganaba
con cuatro quinces el juego.
No me dé mejores cartas

en su vida el compañero
que los años de esta diosa
diosa en años, diablo en gesto,
el cual era de un color
tan pálido y macilento
que el bronce no le igualaba
aunque de bronce era hecho.
La frente vellosa y chica,
blancos y pocos cabellos,
cejas tiznadas de hollín
por la falta de los pelos,
ojos á oscuras, suaves,
porque eran de rocín muerto,
nariz de jabón de sastre
y barbuda por lo menos.
La cabeza tuerta un poco,
los hombros, Floro, sin cuello,
el andar como de un ganso,
muy despacio y patiabierto.
Quisiera empujarla entonces
y dar con ella en el suelo,
pero al fin, desengañado,
corrido y sin gusto vuelvo.

FLORO. ¿Éstos fueron tus peligros?
Si tomaras mis consejos
de haber usado tu espada,
viérades ese esqueleto
y ni su planta y sus telas,
su iris ni mensajero
hubieran esclavizado
tu ofuscado pensamiento;
pero ya que esto pasó,
¿qué has de hacer, dí?

CAMILO. Lo primero
me has de dar papel y tinta
para hacer que el escudero
la lleve una carta mía
en que diga mil denuestos.

FLORO. ¿No era tan blanda al tocarla?
¿No era tan bello su cuerpo?
¿No era airosa, cuellierguida
y discreta por extremo?

CAMILO. No me culpes, pues sin vista
no es mucho pensase aqueso.
En fin, ella queda en misa;
y tú, Floro, á su escudero
has de entregarle el papel
que te daré.

FLORO. Estoy en ello.
Linda dama te has echado.

CAMILO. ¿Te burlas, Floro?

FLORO. No puedo
dejar de reir al mirarte
ir detrás de aquél lucero.

CAMILO. ¿No es aquélla la viuda
que antes vi?

FLORO. Sí.

CAMILO. Aprovechemos
esta ocasión, y con ella
gane lo que en la otra pierdo.

ESCENA IX

Dichos y Leonarda y Julia.

LEONARDA. Aún se están los dos aquí
y no podremos entrar.

JULIA. Es verdad.

CAMILO. ¿Conque mirar
nuevamente conseguí
esa belleza no humana
que el corazón enamora?

LEONARDA. ¡Ay ,señor! Deje eso ahora
para su obscura Diana.

CAMILO. Como vos á mí me habléis,
que la olvide me obligáis.

LEONARDA. Huélgome que lo que amáis
tan pronto lo aborrecéis.

CAMILO. Son esas divinidades
llenas de cien fantasías;
son unas noches sin días
y unas mentiras verdades;
son unos gustos inciertos
y un buen manjar sin sazón,

una gloria en confusión
y unos sustos que son ciertos;
es andar de noche en huertas,
es lo no visto fingir,
y es contar y recibir
dineros á luces muertas.
Si vos me queréis á mí,
dormirá un poco Diana,
porque es noche sin mañana
y se quiere mucho á sí;
quiere la amen bajo fe,
cual si cielo hubiera sido,
y es semejante al sonido
que se oye y no se ve.

LEONARDA. Sin duda que la habreis visto
y os habeis desengañado.

CAMILO. Antes por no haber mirado,
á mi obligación resisto.
Si la viera como vos
y bella como vos fuera,
no dudo que la quisiera.

LEONARDA. ¿De veras es?

CAMILO. Sí, por Dios,
porque sois vos una perla
y yo estoy cansado al cabo
de ser de una dama esclavo
que no me consiente el verla.
Si teme ser descubierta
como otras que el vulgo infama
ó estima en tanto su fama,
ponga un gigante á la puerta.

LEONARDA. Vos habeis dicho muy bien,
pero porque gente viene,
que os vais, señor, me conviene.

CAMILO. ¿Pues tan presto tal desdén?
Por tenerme por mudable
sin duda me despedís.

LEONARDA. Que os vais digo, ¿no me oís?

CAMILO. ¡Adiós, viudilla intratable! (*Vase con Floro.*)

ESCENA X

Leonarda, Julia.

LEONARDA. ¡Ah, traidor, que no bastaba
lo que tu amor me afligía,
que darme celos quería!
JULIA. De desengañarte acaba;
no ha sido malo el sermón
si lo sabes entender.
LEONARDA. Mejor me lo supo hacer
que si viera la ocasión;
muda quedo, que no supe
hablar.
JULIA. Fué sermón muy alto.
LEONARDA. Un súbito sobresalto
no hay sentido que no ocupe.
Aquesta noche no hay más,
aunque me cueste el sentido,
verás cómo le despido.
JULIA. Y de esto ¿qué le dirás?
LEONARDA. ¿Yo le había de hablar así?
¡Qué donosa necedad!
JULIA. ¿Conque ello es cierto en verdad
que estás celosa de ti?
LEONARDA. Él no supo quién yo era,
mas supo que me faltaba.
JULIA. Mas como no te miraba,
no te amó como debiera.
Descúbrete á él, que yo creo
que su amor es puro y fino.
LEONARDA. Galardón es éste dino
de mi loco y mal deseo
¡Oh, quién no le conociera,
como él á mí, pues así,
como no me mira á mí,
le gozara y no le viera!
Fiad de los juramentos,
de las palabras y votos,
pero son papeles rotos
que se entregan á los vientos.

¡Quién le oyó que no quería
otra en el mundo!

JULIA. ¡Y bien jura,
que dice de noche obscura,
pero no dice de día!
Mira, señora, no creas
que, sin dejarte mirar,
has de poder conservar
una hora el bien que deseas;
por la vista entra el amor,
que por las manos no puede.

LEONARDA. ¿Y el oir?

JULIA. Eso se quede
para un amante hablador..
Sigue un hombre, oyendo hablar,
un rebozo, aunque no vea,
y en viendo que es mujer fea,
al diablo la quiere dar.

LEONARDA. Pues yo tengo de ocultarme,
aunque le pese á mi pecho,
que hartas flaquezas he hecho
y no pienso despeñarme;
ahogaré el fuego de amor,
y si me dais favor, cielos,
serviréme de mis celos
para salvar el honor.

ACTO QUINTO

SALA COMO EN EL PRIMER ACTO

ESCENA PRIMERA

Leonarda, Julia.

JULIA. Qué, ¿en fin te has determinado
á ahogar tu amorosa llama?

LEONARDA. De una pasión que me infama
pienso que me he libertado
desde el punto en que el traidor
á quien de noche atendía,

quiso decirme de día
necias palabras de amor:
que si bien las que le oí
dieron pruebas de estimarme
fué preciso para hablarme
que se olvidase de mí;
porque si fuí su Diana
y ésta se muestra de noche,
¿no quieres que le reproche
que me busque de mañana?
Tan variable condición
no conforma con lá mía,
que quien me obsequia de día
de noche me hace traición.
No mereció mi cariño
tan manifiesta flaqueza.

JULIA. Pienso que esa es sutileza
propia tan sólo de un niño.
¿Es posible, dí, señora,
que tu discreción tan fina
en confusión tan mezquina
se haya de arrojar ahora?
¿Que extraños celos te aquejen
contra tu misma hermosura,
que quieras te amen obscura
y con claridad te dejen?
¿Qué más puedes esperar
que llegar á convencerte
de que te ama sin verte?

LEONARDA. No, Julia, esto no es amor;
ni á mí me quiere tapada
ni descubierta me quiere,
porque si amor me tuviere,
llevara el alma ocupada
y tomándome por dos
me faltaría en alguna,
que el que tiene amor á una
mal puede tenerlo á dos.

JULIA. Pues que tan resuelta estás,
no haré más que lo que digas,

LEONARDA. Con tu lealtad me obligas
á que te confíe más.

Ya conoces cuán sensible
me será olvidar su amor,
pero mi fama y mi honor
exigen este imposible;
y así, antes que á cierta ciencia
sepan mi secreto estilo,
he de dejar á Camilo
y halo de hacer el ausencia,
porque según está impreso
en el alma que le di
el verle y no hablarle aquí.
sería perder el seso.

JULIA. Yo en tu caso no tendría
aquesa temeridad.

LEONARDA. Julia, ésta es mi voluntad.

JULIA. Pues cuenta que es ya la mía
para servirte en un todo;
mas tu tío viene aquí.

LEONARDA. En ocasión llega á mí
de traerme á un acomodo.

ESCENA II

Dichos y Lucencio.

LUCENCIO. Á pesar de tus enojos
vuelvo, sobrina querida,
á tratar de casamiento,
que aunque me atraiga tus iras
no he de poder consentir
que quien es mi sangre misma
dé lugar á las sospechas
que mis orejas lastiman.
¿Cómo va de condición?
¿Siéntesla reblandecida,
ó permanecen cerradas
tus entrañas diamantinas?
¿Siempre en negar obstinada
mostraráste dura y fría
al eco de tanto amante
como tus gracias cautivan?
¿Posible es que no haya uno

que llegue á encantar tu vista?
¿Uno feliz por quien cambies
tus lutos y su agonía?
Tres me han pedido tu mano.
los tres te adoran, sobrina,
y son los tres caballeros
de estimada jerarquía,
á quien el mundo venera.
¿Y habrá mi respuesta fría
de desanimarlos siempre?
Excúsame por ti misma
tan ingrata comisión,
vuelve en ti, Leonarda mía;
ríndete al nudo sagrado
que hace apacible la vida,
acalla feas sospechas,
premia una voluntad fina,
goza tus amables gracias,
alegra mis canas frías,
y cuando lo hubieres hecho,
conocerás cuán distinta
es la vida que ahora pasas
de la que pasar podrías.

LEONARDA. Tío mío, aunque el amor
no tenga en mi pecho entrada,
hállome determinada
á casarme por honor;
que vuestros sabios consejos
y acá ciertos pensamientos
de que asaltada me siento
son otros tantos espejos
en que me miro cada hora,
y he llegado á discurrir
que he de tener que sentir
si sigo como hasta ahora.
Heme por fin de casar
mirando, más que mi llama,
mi buena opinión y fama;
mas, pues lo he de ejecutar
sin tener amor tirano,
que á esto ya se niega el pecho,
vos sólo tenéis derecho

de disponer de mi mano;
y así, señor, de esos tres
escoged el que quisiereis,
que aquel que vos escogiereis
dueño de mi pecho es.

LUCENCIO. Venga un abrazo apretado
por noticia tan gozosa.

JULIA. No hay duda que está celosa. *(Aparte.)*

LUCENCIO. ¡Oh, qué contento me ha dado
tu grata resolución!

LEONARDA. Tus consejos, mi buen tío,
hirieron el pecho mío.

LUCENCIO. Apreciólos tu razón.
Siempre fié en tu prudencia
la nueva que ahora me das:
pero no hablemos ya más;
vuelvo ahora á la presencia
de los tres enamorados,
que en mi aposento estarán,
y de mi boca sabrán
cuál será el afortunado,
pues tu pecho me fió
la elección; pero, sobrina,
si mi juicio no adivina,
tú la harás mejor que yo.

ESCENA III

Leonarda y Julia.

JULIA. Admirada me has dejado
con tu gran resolución.

LEONARDA. ¡Ay, Julia! Que hago traición
á mi pecho enamorado,
hablando con valentía
cuando perdida me siento;
pero es en vano mi intento
de ocultar mi cobardía.

JULIA. Señora, jamás oí,
por más que lo recordase,
que nadie se atormentase
por tener celos así;

tú sola diste en aqueso;
por Dios que es extraño error.

LEONARDA. Si es que me tienes amor,
no has de hablarme más en eso.

JULIA. Pues entonces callaré
y haré sólo lo que ordenes;
mas, si no me engaño, tienes
aquí á Urbán.

LEONARDA. ¿Vino?

JULIA. Sí á fe.

ESCENA IV

Dichas, Urbán.

URBÁN. Para tus industrias valgo
un mundo.

LEONARDA. Urbán, ¿con tal prisa?

URBÁN. Ya me vió llevar á misa
á tu tía aquel hidalgo.

LEONARDA. ¿Vióte al venir ó cuando ibas?

URBÁN. Vióme á la ida.

JULIA. Que revivas
fuerza será de tu susto,
pues siendo así, era muy justo
que estuviera en brasas vivas.

LEONARDA. Verdad, Julia. Ya no extraño
que al ver tan funesto engaño
á Diana aborreciese
y que á mí se dirigiese;
al menos no es tanto el daño.
Y qué, ¿puso buen semblante?

URBÁN. Con un rostro entre dos luces
se puso á vernos, delante,
y haciéndose dos mil cruces,
que es satisfacción bastante;
y al salir me dió el criado
aqueste papel cerrado
para que á tu tía diese,
como si culpa tuviese.

LEONARDA. Bien le habemos engañado.
Lee á ver lo que la escribe.

URBÁN. ¿Quién duda que le dirá
que de su gusto se prive?
LEONARDA. Dirá que corrido está
y cuán engañado vive.
URBÁN. *(Lee.)* Vieja de Satanás que á siete dieces
te enamoras y gozas con hechizos
de mozos, por su mal, antojadizos,
con quien te haces la niña y te enterneces.
Hoy vi tu antigua cara con dobleces,
pintadas cejas y canudos rizos,
con la tuerta nariz, dientes postizos
y las hermosas manos de almireces.
Desengañéme, y dije muy corrido:
Adiós, señora Circe, á Lanzarote
sirva de Quintañona, y será moza.
Busque otro necio como yo lo he sido,
á quien ponga de noche el capirote,
que pronto la pondrán una coroza.
URBÁN. ¡Bravo! Fuego viene echando,
mas no hay que espantarse dél,
que es un chasco muy cruel,
en vez de un potro normando,
hallarse con un lebrel.
LEONARDA. Casi me causa rubor.
URBÁN. Eres mujer, y en rigor
no pueden sufrir ser feas.
Corrido te has.
LEONARDA. No lo creas.
JULIA. ¿Pues hay afrenta mayor?
URBÁN. ¿Cómo afrenta? Si ese piensa
que es esa tu vieja tía
de quien recibe la ofensa,
los dichos con que la inciensa
puedes echar á tu tía.
LEONARDA. Muy necia, Camilo, he andado,
en querer que hoy firme sea
la que ayer tan blanda ha estado.
URBÁN. Eso mañana ó pasado
te vuelves á hacer jalea.
¿Qué has de hacer?
LEONARDA. Á su posada
vé esta noche, que á su engaño

quiero dar fuerza doblada.

URBÁN. Tú irás por lana al rebaño
y volverás trasquilada.

LEONARDA. Escribiréle un billete. *(Pónese á escribir.)*

URBÁN. Escribe aunque sean siete,
que yo se los llevaré,
pues por tu gusto andaré
lo que hay desde Alcalá á Huete.

JULIA. ¡Qué contento que estará
Camilo!

URBÁN. ¡Pobre galán!
Tal vez no me creerá
aunque jure por San Juan.

LEONARDA. Ya el billete escrito está.
(Lee.) «Creerse de ligero no es cordura,
que suele resultar en propio daño,
y no tengáis temor de que os engaño,
que al fin el que es más fuerte poco dura.
Venid, Camilo, á ver mi fe tan pura
que esta noche os ofrece el desengaño,
ó á lo menos la muestra de este paño,
que merecer vuestro cariño jura.
No soy quien vos pensáis, y así deseo,
aunque cual siempre guardaré mi fama,
desengañaros, como ya comienzo.
No penséis que habéis hecho mal empleo,
ni á Circe presumáis tener por dama,
que en todo os soy igual y en algo os venzo.»

URBÁN. Bravamente respondiste.

LEONARDA. Tú me ayudarás, Urbán,
trayéndome aquel galán.

URBÁN. No desmayes ni estés triste,
que me han tocado tus quejas,
y no dudo que viniere,
pues si por bien no quisiere,
le traeré de las orejas. *(Vase.)*

ESCENA V

Leonarda y Julia.

JULIA. Ya de tu funesto error
te sentirás aliviada.
LEONARDA. Sí, Julia, regocijada
vuelvo á entregarme al amor.
JULIA. Confiesa tu ligereza.
LEONARDA. Digo que tienes razón;
mas de mi ardiente pasión
no extrañes esta flaqueza,
que el amor que fuerte es,
siempre de celos va armado
y no estará enamorado
quien no teme algún revés.
JULIA. Siempre pensé de ese modo
y hallé justo extraños celos;
mas tener de sí recelos
mal con mi pecho acomodo,
y esto es lo que mi razón
en la tuya reprendía.
LEONARDA. Julia, fué una bizarría,
propia de grande pasión;
pero pues ello pasó
y ya no estoy recelosa,
hablemos en otra cosa
que mi memoria asaltó,
y es menester remediar.
JULIA. Creo que te he adivinado.
¿De la palabra que has dado
querraste ya retractar?
LEONARDA. Es así; ¿mas qué diremos
para aplacar á mi tío?
¿De aquel propósito mío
cómo le disuadiremos?
Si de mi mano ha dispuesto
en favor de otro galán,
¿ha de deshacer su plan?
JULIA. Mas me convenzo con esto
de que en materia de celos,

amores y rompimientos,
es menester mucho tiento
para ahorrar después desvelos,
que hay momentos en que el alma
la razón quiere olvidar
y luego viene á pesar
cuando renace la calma;
pero en fin, dejando á un lado
lo que no tiene remedio,
tratemos de hallar un medio
de enmendar lo mal obrado.

LEONARDA. Eso es, Julia, lo que intento,
pero no encuentro salida
que sea honrosa y debida.

JULIA. Muy bravo encarecimiento;
¿no dijiste antes aquí
á tu tío que eligiese
galán que te mereciese,
de los tres propuestos?

LEONARDA. Sí.

JULIA. ¿Y cuando acordes estén
en la dichosa elección,
no te queda la sanción?

LEONARDA. Es verdad.

JULIA. Pues, ahora bien,
si á tu contento ha de ser,
¿tienes más que repugnarlos
todos tres, y desecharlos
á pretexto de tener
defectos que tú les halles?
Con lo cual, y un «caro tío»
que des al viejo, yo fío
que sus instancias acalles.

LEONARDA. De ese medio he de valerme,
mas, si Camilo volviese
y en esto el tío viniese
muy ufano á proponerme,
con ínsulas de marido,
otro galán, ¿qué diremos,
ó á dónde le esconderemos?

JULIA. Muy prevenida has venido,
pero no pases cuidado,

que yo de acecho estaré
y el aviso te daré
lo bastante anticipado
para poderle esconder
antes que tu tío venga.

LEONARDA. Quiera el cielo se detenga
en saber quién ha de ser
el preferido.

JULIA. En desdenes,
porque lo que es en favores
ya le hallaron tus amores.

LEONARDA. Gana de mofarte tienes.

JULIA. La risa me provocó
en pensar que se embaraza
tu tío, en dar una plaza
que ya por otro se dió.
Mas gente suena.

LEONARDA. ¿Es Urbán?

JULIA. Y con él Camilo viene.
Amor, señora, te tiene.

LEONARDA. Llégate á ver cómo están
mi tío y los tres.

JULIA. Riñendo
por cuál sea el preferido.

ESCENA VI

Dichas, Camilo tapado y Urbán.

URBÁN. ¿No dirás que no he traído
tu ciego?

LEONARDA. En verle me ofendo.

CAMILO. ¿Podréme ya descubrir?

LEONARDA. Lleva esas luces.

CAMILO. ¿Qué, aún dura
eso de ser dama obscura?
Ya no se puede sufrir.
Heme aquí que me descubro.
¿Qué importa, si ciego estoy
desde el desengaño de hoy?

LEONARDA. Por quien soy de vos me encubro,
pero no saldréis de aquí

sin que vais desengañado,
y habeisme mucho agraviado
con pensar eso de mí;
que fué sin duda locura
no reparar en que ha sido
la dama que habéis tenido
no tan espantosa y dura;
que no es un hombre tan ciego
que así sus manos le engañen,
para que le desengañen
vanos pensamientos luego;
pero sois mozo, en efeto,
y no poco confiado,
y así en lo escrito y hablado
no habéis andado discreto;
mas quiéroosle perdonar
no más de por lo que os quiero.

CAMILO. Disculpa daros espero
si es que me pude engañar.
Pero si luz no ha de haber,
no procuréis desengaño,
que quien hizo aquel engaño
otros muchos sabrá hacer.

LEONARDA. Pues luz no la imaginéis.

CAMILO. ¿Eso es ya resolución?

LEONARDA. Aunque os pierda, está en razón
que con luz no me miréis.

CAMILO. Pues burlar á un caballero
tampoco, señora, es justo;
daros quiero un gran disgusto;
luz traigo y veros espero. *(Saca una linterna.)*
¡Jesús! ¿No sois la viuda
que yo tantas veces vi?

LEONARDA. ¡Ay, desdichada de mí!

CAMILO. Ya mi mal en bien se muda.

LEONARDA. ¿Ese es hecho de un hidalgo?

CAMILO. Del rostro la mano alzad.

LEONARDA. ¡Hay tal fuerza, tal maldad!

ESCENA VII

Dichos y Lucencio y Julia.

LUCENCIO. Sobrina, á tus voces salgo.
¿Cómo es aquesto? ¿Hombre aquí
y hombre con desnuda espada?
CAMILO. Estuvo hasta ahora envainada
y desnudóse por ti.
LEONARDA. Saca una luz, llama gente. *(Julia saca luz.)*
Señor, esto es hecho ya;
poner silencio será
remedio el más conveniente.
Aqueste hidalgo es Camilo,
á quien tú conocerás;
que me quiere bien sabrás
y yo por muchos estilos.
Si fuera voluntad tuya,
yo quiero ser su mujer.
LUCENCIO. Como estéis de un parecer,
yo gusto que se concluya.
Más blando, señor armado,
que os conocí muy pequeño.
CAMILO. Vos sois mi padre y mi dueño.
Haced lo que os han rogado.
LUCENCIO. Vé, Urbán, y llama testigos.
URBÁN. Voy volando.
LUCENCIO. ¿Aquesto pasa?
Cuando estoy, sobrina, en casa,
¿tienes en casa enemigos?
¿Para qué tratar me hacías,
si en este negocio andabas?

ESCENA VIII

Sale Urbán con Otón, Valerio y Lisandro.

URBÁN. ¿Por qué testigos llamabas,
si éstos en casa tenías?
OTÓN. ¿Es regular este engaño,
Lucencio?
LISANDRO. ¿Por qué escucharnos

y en esperanzas llevarnos?

VALERIO. ¿Hay más cruel desengaño?

LUCENCIO. Señores, si me escucháis
concedereisme perdón,
porque en aquesta ocasión
vanamente me culpáis;
tan engañado fuí yo
como vosotros lo fuisteis,
pues lo que decir me oisteis,
eso mismo respondió
mi sobrina á mis razones;
pero amor se entró por medio
y destruyó, sin remedio,
todas nuestras pretensiones.
Á todos nos ha burlado
el ciego dios por igual,
mas vuestro valor es tal
que no creo que, agraviados,
queráis sernos enemigos,
antes, con buena amistad
en prueba de ser verdad,
espero seréis testigos
de que Camilo y Leonarda
se han de casar y lo juran.

VALERIO. Justamente lo procuran,
él noble y ella gallarda.
Señores, esta elección,
por lo justa y acertada,
sin agraviarnos en nada,
merece mi aprobación·
y pues de tesoros llenos
los hizo el cielo á los dos
que se gocen pido á Dios
por muchos años y buenos.

LISANDRO. Pues que la suerte, señor,
os hizo el afortunado,
casamiento tan honrado
vuelva en olvido mi amor.
Y de todo mal ajenos
con el amor que os tenéis,
rogaré á Dios que os gocéis
por muchos años y buenos.

OTÓN. Cuando á otorgar vine aquí
llego tan sólo á dar fe,
pero testigo seré
aunque pretendiente fuí;
pues confieso que hoy soy menos
y si tan bien escogéis,
será justo que os gocéis
por muchos años y buenos.

LEONARDA. ¿Será la boda?

LUCENCIO. Mañana.

VALERIO. ¿Tan presto?

LUCENCIO. Conviene así.

CAMILO. Pues bien es que acabe aquí
la viuda valenciana.

RONDALLA VALENCIANA (1)

Cuando va Leonarda á misa
á la santa catedral,
la recibe el Miguelete
con repique general.
¡Viva el Turia,
viva el Grao!
¡Viva la viuda lozana
de la plaza del Mercao!
No lleva el Guadalaviar
más aguas por el Abril
que lágrimas se derraman
por esta viuda gentil.
¡Viva el Turia,
viva el Grao!
¡Viva la viuda lozana
de la plaza del Mercao!
Á la puerta de Serrano
hay una dura prisión,

(1) Sin indicación alguna del lugar en que debiera ir, encuéntrase en el autógrafo del refundidor, que conservamos, una cuartilla suelta con esta rondallá destinada probablemente á poner término á la comedia.

y en los ojos de Leonarda
tiene Valencia otras dos.
¡Viva el Turia,
viva el Grao
y la viuda seductora
de la plaza del Mercao



EL MARIDO HACE MUJER

COMEDIA DE D. ANTONIO HURTADO DE MENDOZA

REFUNDIDA

POR D. RAMÓN DE MESONERO ROMANOS

Al frente del manuscrito de la refundición se lee la siguiente nota autógrafa de nuestro padre (análoga en el fondo á la publicada años después por el mismo en la biografía de Hurtado de Mendoza, que forma parte del tomo II de *Contemporáneos de Lope de Vega*, Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra). Allí añade que ni la comedia original ni la refundición llegaron á representarse.

«Hace muchos años que, prendado de las galas de argumento y de dicción que adornan esta comedia, emprendí atrevidamente su refundición, con el objeto de que pudiera ser presentada en nuestros teatros, descargada de algún personaje y escena inútiles ó embarazosos, y procurando conservar todo aquello que es conveniente á su perfecto desarrollo.

Creo que, con esta precaución, ha quedado una de las comedias más arregladas á los preceptos clásicos entre las innumerables de nuestro antiguo teatro; en ella se conservan las unidades, se trazan variados caracteres y se ostenta la más pura y enérgica elocución. El argumento, en fin, es altamente moral y filosófico, y en este sentido se aparta notoriamente de la senda seguida en lo general por nuestros antiguos dramáticos, que solían ejercitar su gran talento en fábulas ingeniosas de amor.

Pero lo que más llamó mi atención en esta comedia y me inclinó á darla á conocer al público, fué la singular coincidencia de dicho argumento con el de la célebre de Molière titulada *La escuela de los maridos*. En ambas tienen sus autores por objeto el probar que la templanza y el cariño pueden más en el corazón de la mujer que el rigor y los celos, valiéndose ambos del mismo ejemplo presentado en dos hermanos.

Sabida es la franqueza con que el inmortal autor francés usó del teatro español para imitarle, refundirle, y muchas veces copiarle, en sus magníficas producciones, y el mismo Moratín, en la traducción de *La escuela de los maridos*, denunció en ella una imitación de *La discreta enamorada*, de Lope de Vega; pero Moratín no tuvo, sin duda, á la vista *El marido hace mujer*, pues hubiera entonces conocido que éste era, sin duda, el verdadero original, y que la comedia de Molière no tenía más que una escena de la de Lope.

De todos modos, y aunque no queramos disputar á Molière la invención, nadie podrá negar á Mendoza la prioridad en haber tratado este argumento en 1643, cuando la de aquél no pareció hasta 1661

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

Don Sancho..	**Sr. Lombía.**
Don Juan..	**Sr. Revilla.**
Don Diego..	**Sr. Tamayo.**
Doña Juana..	**Sra. Baus.**
Doña Leonor..	**Sra. Jiménez.**
Morón..	**Sr. Caltañazor.**
Inés..	**Sra. Noriega.**

LA ESCENA EN MADRID.—TRAJE SIGLO XVII

ACTO PRIMERO

SALA ADORNADA EN CASA DE DON SANCHO Y DON JUAN

ESCENA PRIMERA

Inés y Morón, criados muy alegres.

MORÓN. Á pares andan los bodas.
¡Albricias!

INÉS. ¿De qué, picaño?

MORÓN. Que hay muchos necios ogaño

y habrá novios para todas.

INÉS. Tu amo perderá el sentido
en ver que ya mi señora
se casa.

MORÓN. Inés, hasta ahora
quien se pierde es el marido.

INÉS. Fuerza es que para bien sea
el ver hoy, en cuatro esposos,
sin necedad dos dichosos
y dos discretas sin fea.
De tan singular ventura.
darles quiero el parabién.

MORÓN. Entonces componte bien
y alegra más tu figura.
¿Hay cosa, si bien la miras,
en que se digan sin tiento
necedades más sin cuento
y mentiras más mentiras
que en un pésame doliente
y un parabién alegrante,
donde hasta el mismo semblante
es el primero que miente?

INÉS. Voyme, que sus advertencias
el tío ya habrá acabado.

MORÓN. Y también se habrá tomado
de padre muchas licencias.
Darálos ya de casados
agora muchos precetos,
que podrán ser muy discretos,
mas también son muy pesados.
Dirálos que ya partido
llegan el campo á tener;
que basta cuerda mujer
para discreto marido.
Á ellas les dirá: «Dad muestras
de que al dueño conocéis;
suya sois, en fin, pues veis
que ya en nada quedáis vuestras.
Y vos, don Sancho y don Juan,
estad cada uno advertido
que el entrar á ser marido
no es salir de ser galán,

Sufrir todos; es el modo
más cuerdo, y de más disculpas
ellos todo, si no es culpas,
y ellas las culpas y todo».
Con esta vieja costumbre
de cumplido caballero
le ha añadido al casamiento
gran trozo de pesadumbre.

INÉS. Pues hoy, por noche de boda,
para un comedión malvado,
el buen viejo ha convidado
á la parentela toda;
luego habrá cena pesada,
donde ostenta el gran euidado
la torta su verdugado
y su moño la empanada.

MORÓN. Y de uno y otro muy llenos
quedan los novios malditos;
entre novios y entre ahitos,
ni para suyos ni ajenos.

INÉS. ¡Que quieres! Son crueldades
que ha inventado el cumplimiento.

MORÓN. Esto es dar el casamiento
guarnecido en necedades.

INÉS. Mas vienen; á tu amo lleva
este aviso.

MORÓN. Hacerlo quiero,
que soy hombre bajo, y muero
por dar una mala nueva.

ESCENA II

Doña Juana y Doña Leonor.

JUANA. Ya, hermana, estamos casadas
y en religión profesamos
que á no prevenirla el gusto
la estremeciera el espanto.
La observancia rigurosa
en que vive con milagros
el retiro recoleto
estrecheces de descalzo.

la modestia capuchina,
el silencio cartujano,
los grandes anacoretas,
los eremíticas varios,
las Tebaidas, los desiertos
poblados de asombros tantos,
todo ello, hermana, no es
un movimiento, un amago,
una imagen, una sombra,
una línea, un punto, un rasgo,
de la obligación en que entra
una mujer, profesando
en la ley del matrimonio
las clausuras del recato.
La religión más estrecha
tiene, Leonor, noviciado
en que el arrepentimiento
mude el rumbo, tuerza el paso.
Mas cuando (que no lo espero)
las dos nos arrepintamos,
romper podemos á quejas
los cielos, mas no los lazos.
Que un matrimonio á disgusto
es guerra, es sitio, es asalto
donde hasta que muere el uno
crudamente mueren ambos.
Ya con voluntad ajena
vivimos, y ya es vasallo
el albedrío, que sufre
de ajeno imperio los brazos.
Pero si libres y altivas
al nuestro no renunciamos,
no habrá tormento ni afrenta
que nos abandone un rato.
Sin paz estará la vida,
sin lástima los trabajos,
los pesares sin socorro,
sin enmienda los engaños,
sin oídos todo el cielo
y la venganza sin manos.

LEONOR. ¡Jesús, hermana, Jesús!
Deja respirar, ¡qué espanto!

No veo en tu prevenido
sermón, tenebroso y largo,
ni *aquí paz* ni *después gloria;*
todo es guerra, todo es llanto.
Hermana, en lo misterioso,
en lo austero, en lo afectado,
queriendo hacerlos decentes,
haces necios los recatos.
Díme, pues del matrimonio
las montañas me has pintado,
los despechos, los horrores,
los asombros, los peñascos;
¿la pobre doncellería
no sufre aquesos enfados
de una madre en la clausura,
en la religión de un manto?
Pero en las casadas no;
que divertidas las hallo
en quien, con lo entretenido,
no se embaraza lo santo.
Que gozan todos los gustos
casadas nobles, llevando
la vista y la confianza
de un marido cuerdo y sabio.
Taz á taz voy con mi esposo,
yo cuerda, si él avisado;
yo enamorada, si él tierno;
yo apacible, si él humano;
yo fiera, si él imperioso;
yo temeraria, si él bravo,
que no es ley, honor ni deuda
sufrir un dueño tirano,
muy soberbio de dichoso,
muy presumido de ingrato.

JUANA. Hermana...

LEONOR. Lo dicho dicho.

JUANA. Pues lo esperado, esperado.

LEONOR. Pues ánimo, á la batalla.

JUANA. Pues vencerán los cristianos.

ESCENA III

Don Sancho y Don Juan.

SANCHO. Yo vengo resuelto en esto.
JUAN. ¿Venís loco?
SANCHO. Vengo honrado.
JUAN. Nunca es honra lo excusado.
SANCHO. Lo forzoso nunca es presto.
JUAN. ¿Qué, la noche de casado,
en vez de estar como esposo
entretenido, amoroso,
fino, alegre y sazonado,
vos, con rigores no pocos,
pensando estáis en poner
á vuestra noble mujer
leyes y preceptos locos?
Agora, cuando era justo
hacer con ansia amorosa
con vuestra gallarda esposa
tantos obsequios al gusto;
¿darla queréis instrucciones
severas, desconfiadas,
que si son muy estimadas,
nunca en estas ocasiones?
¿Y queréis que vuestra esposa
piense de vos, desdichado,
que puede en vos lo menguado
más que la llama amorosa?
Vos no queréis entendello,
que es decir á una mujer
todo lo que no ha de hacer
decirla que puede hacello.
SANCHO. ¿Habéis dicho?
JUAN. He dicho, y poco,
que es fiero y desapacible
vuestro proceder terrible,
y ya os sospecho de loco.
SANCHO. Muy de lo hermano mayor
os portáis, y es caso fuerte
y aun injuria lo que advierte

el imperio y no el amor.
Vos tenéis por prisa vana
que á mi esposa en paz amiga
esta noche yo la diga
lo que no ha de hacer mañana.
Pero si esta noche trato
de advertirla, verá en eso
que no es fruto de un suceso,
sino ley de mi recato.
Que si en otro cualquier día
lo advirtiera, fácilmente
pensara que fué accidente
y que no es condición mía.
Y atenta doctrina es
que no ignore, si lo ignora,
que hombre que lo advierte ahora
no lo sufrirá después.

JUAN. ¡Hay tan nueva prevención!
Reirme, hermano, dejad,
que aún más que la necedad
es necia en vos la razón.
¿Antes, en fin, de acostado
la habéis de hablar?

SANCHO. Sí, señor,
muy antes.

JUAN. ¿No era mejor
para después lo cansado?...
Ya que abrís tan fresca llaga,
¿quién os ha hecho temer
que hiciera vuestra mujer
lo que no queréis que haga?
Mas poca franqueza ha sido
y no de ánimo sincero
no prevenilla primero
de que erais tan prevenido.
Y ved, hermano, por Dios,
que la ofendéis, porque así
lo que ella hiciera por sí
creeréis que lo hará por vos.
Quitáis en tan flaca muestra
la gloria con que os arguya,
pues lo que es decencia suya

llamaréis prevención vuestra.

SANCHO. Si esta noche, en fin, procuro
poner con ley rigorosa
grillos de honor á mi esposa,
¿á qué riesgo me aventuro?

JUAN. Que os tengan...

SANCHO. Paso, no quiero
oïllo de vos, será
que por necio me tendrá,
por villano, por grosero,
por torpe, por desabrido,
por cruel, por insufrible,
por extraño, por terrible,
por loco, por atrevido.
Pues perdone mi mujer
y cuantos se cansen de ello,
que todo eso quiero sello,
y no lo que temo ser.

JUAN. Pues eso, y esotro, y todo
lo seréis, que vuestro extraño
discurso fabrica el daño
en la substancia y el modo.
Vos, con nuevo desatino
y descaminado empeño,
¿no acertáis á que es despeño
lo que pensáis que es camino?
La mujer que más se muestra
flaca y fácil de perderse,
firme suele mantenerse
con la confianza nuestra.
Mas si con desconfianza
la tratamos, vengativa,
todo lo arrastra y derriba
y burla nuestra esperanza.
Tenga, pues, si se acomoda
vuestra quietud á tenella,
todas las virtudes ella,
vos la confianza toda.
No os la quitéis, que si indicio
dais en ocasión alguna
de que tiembla esta coluna,
mucho temo el edificio.

SANCHO. En fin, ¿os parece error
y no lo aprobáis?

JUAN. ¡Que sea
tan necio un necio!

SANCHO. Pues ea,
discretísimo señor,
seguid vos lo confiado,
yo lo temido, y veremos
quién hace en ambos extremos
su sino más desdichado.

JUAN. El vuestro ya le habéis hecho;
que locuras tan pesadas
sólo en ser imaginadas
desasosiegan el pecho.
Y dejemos tan cansado
coloquio, que vive Dios
que, aun dichoso vos, con vos
siempre seréis desdichado.

ESCENA IV

Dichos, Don Diego y Morón, aparte.

DIEGO. ¿Que tú lo viste? ¿Que es cierto
que se desposó Leonor?
¡Ah, ingrata! Mi necio amor
podré ya llorar por muerto.
¡Desposarse porque fué
conveniencia!... No pudiera
hallar más vil, más grosera
disculpa la mala fe.

MORÓN. De toda doncella infiero
que, en estando en sazón, muere
por matrimonio y que quiere,
no el mejor, sino el primero.

DIEGO. ¿Si estarán ya recogidos?

MORÓN. Si cumplen como casados,
hora es de estar acostados,
pero no de estar dormidos.
¡Qué curiosidad tan vana!
Partid la envidia también:
tú esta noche se la ten,

y él á ti por la mañana.

DIEGO. ¡Qué haré ya sin esperanza!

MORÓN. Irte, y si á acostarte vas
solo, de ambos tomarás
honradísima venganza.

DIEGO. Mira si parece Inés.

MORÓN. Inés no, pero los dos
novios.

DIEGO. ¿Qué dices, por Dios?

MORÓN. Que son ellos, ¿no los ves?

SANCHO. Dos hombres, ¿qué buscarán
en casa?

JUAN. Hay bodas en ella
y en sazón tan dulce y bella
todo marido es galán.
Esos mozos en quien brilla
la edad, habrán entendido
que comedia hemos tenido
y alegres vendrán á oilla;
y si acertasen á ser
dados á la devoción,
vendrán á oir el sermón
que haréis á vuestra mujer.

SANCHO. ¿Donaires agora?

JUAN. Son
vuestras cosas de tal aire
que aun haciéndolas donaire
causan desesperación.

MORÓN. Atiende que el un casado *(Aparte á D. Diego.)*
mira á lo marido nuevo.

SANCHO. Con poca paciencia llevo
lo embarazoso y lo hallado.
Hidalgos desadvertidos, *(Dirigiéndose á ellos.)*
¿qué buscan, pues, tan despacio?
¿Es esta casa palacio
que consiente entrometidos?

JUAN. Paso, don Sancho, ¿qué modos *(Pónese delante.)*
son los vuestros? No penséis,
cuerpo de Dios, que os habéis
casado agora con todos.
Caballeros, yo creía
que pensasteis que aquí hubiera

alguna fiesta que fuera
digna de vuestra alegría,
y sólo para poderos
entretener lo estimara,
y que todo festejara
á tan nobles caballeros.

MORÓN. Vos nos habéis conocido...
cabalmente... La María...
de Riquelme... prima mía...
y mujer de su marido...
que venía á entreteneros...
creimos...

DIEGO. Y bien lograda
es para mí la jornada,
pues que llego á conoceros,
porque vuestra cortesía...

SANCHO. No es ninguna. ¿Cumplimientos
á estas horas?

JUAN. Sentimientos *(Aparte á Sancho.)*
dais á la modestia mía.
¿Qué modales tan extraños?
Si en una hora no he podido
sufriros yo, tan marido,
¿qué hará Leonor tantos años?
Venid, hermano, que es tarde.

SANCHO. ¿Sin irse aquéllos?

JUAN. Grosero,
ya se van.

SANCHO. ¿Qué?

JUAN. Caballeros,
¿mandáis más?

DIEGO. El cielo os guarde.
(Vanse D. Juan y D. Sancho.)

ESCENA V

Diego y Morón.

DIEGO. ¿Y qué, á Leonor no he de ver?

MORÓN. ¡Vaya un marido cansado!
¡Lástima que haya topado
este hombre aquella mujer!

DIEGO. Aunque es tan inexpugnable
la suya, seguirla espero,
por dar á este majadero
motivos para que hable.

MORÓN. Ya que Leonor te ha ofendido,
querer la hermana pudieras,
y no dudes que tuvieras
grande ayuda en su marido.
Pero Inés viene.

ESCENA VI

Dichos, Inés.

INÉS. Con gusto
salgo.

MORÓN. ¡Inés mía!

INÉS. ¡Señor!
¿Vosotros aquí?

DIEGO. Mi amor
atropella todo susto.
Díme, Inés, ¿á Leonor bella
he de renunciar¿

INÉS. No habrá
remedio.

DIEGO. ¿Y no se podrá
hacer que pueda yo vella?

INÉS. Ya sabéis que los maridos
entre gustos y alegrías
los primeros quince días
suelen estar muy rendidos
sin soltar á su mujer;
pero pasados, yo creo
que podrá vuestro deseo
llegarse á satisfacer.

DIEGO. ¿No ha de salir?

INÉS. De mañana
sale á la calle Mayor
á comprar galas.

MORÓN. Señor,
la cita es algo liviana;
apostaré á que no eres

tú quien la das.

INÉS. Socarrón...

MORÓN. Créeme, Inés, mi opinión
es que todas las mujeres...

DIEGO. ¿Ello, en fin, irá Leonor?

INÉS. Irá.

DIEGO. Inés, ¿irá contigo?

MORÓN. No lleva mal enemigo
para hacer frente á su honor.

DIEGO. ¿Y su marido?

INÉS. ¿Don Juan?

MORÓN. Buen nombre para el asunto;
témome que á este difunto
mañana le doblarán.

DIEGO. ¿Y don Sancho?

INÉS. Es muy celoso.

DIEGO. ¿Y doña Juana?

INÉS. Es muy buena;
pero ¡ay Dios! ¿qué gente suena?

MORÓN. Adiós, Inés, que es el oso.

ESCENA VII

Don Sancho y Doña Juana.

SANCHO. No os acostéis, doña Juana,
oid antes de honor llena
una plática, y si es buena
nunca os parezca temprana.
Doña Juana, es un cuidado
que si no se da se tiene;
quien dice lo que conviene,
aunque canse no es cansado.
Nada hay en lo que os prevengo
duro, y si justo no viene
con el humor que otro tiene,
viene con el que yo tengo.

JUANA. Admirada espero y muda
dónde va á parar este hombre.

SANCHO. Puede que aquesto os asombre,
mas yo os sacaré de duda.
Desde la primera hora

de esposo, hacer he querido
esta acción; perdón os pido
de dilatallo hasta agora.
De la manera que al cielo,
que sus influjos reparte,
se le sufre en cada parte
el ardor, el aire, el hielo,
así es forzoso y sabido
que, ya en pesar ó en placer,
sufra una honrada mujer
el temple de su marido.

JUANA. Esa es razón tan forzosa
que le sobra lo advertido.

SANCHO. En la mujer lo sufrido
es la parte más hermosa.
Esperaréis reflexiones
pulidas y bachilleras.

JUANA. No espero tal.

SANCHO. No á mis veras
razón, pero sí razones.
Vos habéis de andar conmigo
á toda hora, que es justo
que en lo que yo tenga gusto
no se lo ceda al amigo.
Por ley de justo gobierno
os prohibo como error
el Prado y calle Mayor
como melindre moderno.
Sólo habéis vos de ir adonde
vuestra virtud brille y valga;
en público el vicio salga,
la virtud siempre se esconde.
De devociones excuso
hablaros, y si ha de ser,
en casa podréis hacer
aquellas que tenéis uso.
Amigas, no sé que os diga,
mas si por mi gusto fuera,
sólo la labor quisiera
que tuvierais por amiga.
Los trajes, que en varios modos
son un desvelo importuno,

no habéis de inventar ninguno
ni debéis entrar en todos.
Otros misterios que os ruego
que ignoréis, ahora no os digo,
que es presto, y no soy amigo
de decirlo todo luego.
Así, valdréis otro tanto,
y que haréis mi dicha espero.

JUANA. No sé cuál ponga primero, *(Aparte)*
la obediencia ó el espanto.

SANCHO. ¡Qué respondéis?

JUANA. ¡Qué desdicha! *(Aparte.)*

SANCHO. ¿Qué decíades agora?

JUANA. Que mi obediencia os adora... *(Vase con la luz.)*

ESCENA VIII

Don Sancho, solo.

SANCHO. La dije cosas bien dichas,
mas satisfecho no quedo
de que dije lo bastante;
marido anduve y amante,
quiero asegurar mi miedo.
En hora tan sospechosa
dos hombres .. tiemblo de oillo,
no tengo para sufrillo
la condición tan calmosa;
toda la casa he de ver
y toda la he de cerrar;
con dudar, no hay que dudar;
con temer, no hay que temer.
Un rumor siento hacia aquí.

ESCENA IX

Don Sancho, D. Juan.

SANCHO. Mataré á quien fuere... un hombre
siento allí... No sé qué nombre
á lo que pasa por mí...
¡Qué será, cielos! ¿Quién va?

JUAN. ¿Á que es el necio marido?
SANCHO. Voz escuché... Este ruído
de un gran mal indicios da.
JUAN. Ríome un poco.
(Juego de teatro en que D. Sancho con la espada sigue á D. Juan.)
SANCHO. La vida
perderá si no habla pronto... *(Vase D. Juan.)*

ESCENA X

Dicho, Doña Juana con luz, después Don Juan y luego Leonor.

JUANA. Señor, esposo.
JUAN. ¿Qué es esto,
don Sancho hermano?
SANCHO. ¡Por vida...!
LEONOR. Hermana...
SANCHO. Perded el susto,
en casa ruido sentí,
salí, y mi esposa tras mí
(pero ¿á qué? Temerlo es justo;)
la obscuridad y el rumor
que cerca de mí sentía...
LEONOR. ¿Qué ha sido esto, hermana mía?
JUAN. Por su honor y mi valor
lo callaré.
SANCHO. Unos ladrones
serían; yo salí á obscuras
pensando...
JUAN. Vuestras locuras,
que no ya imaginaciones,
nos han de traer á estado...
SANCHO. Siento ruido... un bulto veo.,.
sin luz estaba...
JUAN. Bien creo
que estáis muy desalumbrado.
Recojámonos ya, pues
que es muy tarde.
LEONOR. ¡Ay, doña Juana!
¿qué hombre es éste?

JUANA. Un hombre, hermana,
tan despierto como ves.

LEONOR. Pienso, hermana, que has medido
el esposo que has topado.

JUANA. Según lo que he sospechado,
es demasiado marido.

JUAN. Hermano, esto va en secreto... *(Aparte á él.)*
alabaos que habéis llegado
á que lo desconfiado
no puede en vos ser discreto.
Mirad, hermano, por Dios
que las penas y el morir
ellos se saben venir,
no lo ayudéis tanto vos,
que os juro...

SANCHO. No juréis nada,
que eternamente he de hacer
lo mismo.

JUAN. Habréis menester
más sufrimiento que espada.
En fin, ¿no hay remedio?

SANCHO. No.

JUAN. Volved en vos, esto os digo.

SANCHO. Hermano, para conmigo
sabed que me basto yo.

ACTO SEGUNDO

LA MISMA SALA

ESCENA PRIMERA

Morón mirando atrás, recelando que le siguen y buscando dónde esconderse. Don Sancho sale tras él.

MORÓN. El Sancho con criminales
pasos me sigue y molesta,
y es hombre para una fiesta
de los fieros animales;
esto de sierpe lernea

es corto requiebro.
SANCHO. Él es.
MORÓN. El Sancho es hombre de pies.
SANCHO. ¡Ah hidalgo!
MORÓN. ¿Quién me hidalguea?
¡Oh mi señor!
SANCHO. Escudero
¿qué buscáis?
MORÓN. ¡Oh mi señor!
Cierto amigo que un doctor...
SANCHO. No os turbeis, mostrad primero
el papel.
MORÓN. ¿Yo?
SANCHO. ¡Vive Dios,
infame!...
MORÓN. ¡Terrible aprieto! *(Aparte.)*
SANCHO Suelta ya.
MORÓN. Oid un secreto:
el papel no es para vos.
SANCHO. Claro es que no es para mí;
pero será, mal nacido.
La vida ó el papel pido.
MORÓN. No es igual el trueco.
SANCHO. Aquí
has de morir, hablador.
MORÓN. ¡Que me matan!
SANCHO. ¡Oh villano!

ESCENA II

Dichos y D. Juan.

JUAN. Voces son; ¿que es esto, hermano?
SANCHO. Este villano traidor
que trae un papel.
JUAN. ¿Qué importa?
SANCHO. ¿Qué importa, si le ha traído
á mi esposa?
JUAN. Hombre atrevido,
la injusta lengua reporta,
que es imposible, aunque veo
otro mayor, que es oillo,
y otro más vil, que es decillo.

MORÓN. Todo es falso.

JUAN. Yo lo creo.

SANCHO. Picaño.

JUAN. Aparta. El papel
me dad á mi.

MORÓN. Esto es peor,
que viene para Leonor.

JUAN. Luego volveréis por él;
mostrad.

MORÓN. Ved que os le doy sano.

SANCHO. Yo le quiero ver primero.

JUAN. ¿Primero? ¡Ni aun después quiero!
Y de que seáis mi hermano
mil veces me ofendo. ¿En qué
vuestra mujer, en efeto,
os desmerece el respeto,
la confianza y la fe?
Pues cuando (aunque no hay disculpa
en ello) un error hiciera,
gran culpa digo que fuera,
mas decirlo es mayor culpa.
¿Qué cosa? ¿Para mi hermana *(Aparte)*
papel? Quiero hacer recuerdo
de este hombre; sí, ya me acuerdo.

SANCHO. ¡Qué seguridad tan vana!

JUAN. Doña Juana es un espanto,
es un prodigio de honor
y después de mi Leonor
de ninguna creo tanto;
será una cosa de risa
y donaire.

SANCHO. Vedle presto.

JUAN. ¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto? *(Aparte.)*

SANCHO. Léeme el papel aprisa.

JUAN. ¡Jesús, qué extraña locura!
¡Y qué diferente cosa
creer que es para tu esposa!
¡Quién la hallara tan segura!

SANCHO. Turbado está; otra vez digo
que es para mi esposa, y muere
por deslumbrarme.

MORÓN. Esto quiere *(Aparte)*

decir que acaban conmigo.

JUAN. La injuria que no temía *(Aparte)*
en mi hermano, ¡dura pena!
mujer de traiciones llena,
toda ha llegado á ser mía.
Este papel se escribió
á Leonor, á mi mujer;
la desdicha puede ser,
mas no el merecerla yo.
Estoy furioso y corrido *(Á él)*
de que vos á una inocente
tan virtuosa y prudente
la hayáis, don Sancho, ofendido.
Con inútil piedad vengo *(Aparte)*
á curar, por que más pene,
la herida que otro no tiene,
callando la que yo tengo.

SANCHO. Todo el papel me ha callado; *(Aparte)*
prueba que es en mengua mía;
por esto me lo encubría
el pícaro del criado.

MORÓN. ¡Ay, qué ojos me echa el lebrel! *(Aparte.)*

JUAN. Mas callemos por ahora,
que aún de vengarme no es hora. *(Aparte.)*

SANCHO. ¿No me diréis el papel?

JUAN. Mancebo desacordado, *(Á Morón)*
volved á vuestro ejercicio;
baste ser ruin el oficio,
no le hagáis vos desdichado.
Servid ya con más recato
á quien este papel va,
no erréis más, que no os saldrá,
quizá, otra vez tan barato.
Andad, andad, que os prometo
que aun dijera...

MORÓN. Vuesasted
me hace muy grande merced. (*Aparte.*)
Gran menguado ó gran discreto
es este hombre, que el billete
no le ignora. Voime y callo.
¿Dónde estáis que nunca os hallo,
venturillas de alcahuete? (*Vase.*)

ESCENA III

Don Sancho y Don Juan.

JUAN. ¿Dónde vais?
SANCHO. Yo voy á donde
averigüe...
JUAN. ¡Lindo extremo!
SANCHO. Sabré quién es, porque temo
lo que en el papel se esconde.
JUAN. Tened. ¿Es posible, hermano,
que imaginaseis aquel
desvarío? Sois cruel,
sois injusto, sois tirano.
SANCHO. ¿Pensáis que estoy satisfecho?
JUAN. ¿Yo pensar tal desatino?
SANCHO. Yo creo lo que imagino.
JUAN. Que os haga muy buen provecho,
que contra vos viene á ser
pensar tantas liviandades.
SANCHO. Yo pienso y digo verdades
que vos queréis esconder.
JUAN. Para vos no hay más tormento
que vos mismo.
SANCHO. Si ello es mengua,
sed vos cuerdo de la lengua
y yo del entendimiento... (*Vase.*)

ESCENA IV

Don Juan solo.

JUAN. Sin atreverme á mi mal
á mis discursos me entrego,
que él es tan crudo y terrible
que mi valor es ya miedo.
¿Es cierto lo que he mirado?
¿Verdad es lo que sospecho?
¿Con otro empeño á mis brazos?
¿Y que presume don Diego
que aún le conservara amor?

Claro es que á no saberlo
no la escribiera un billete
tan amoroso y tan tierno.
Será lo más valeroso,
lo más honrado, entrar luego
y herir de mi aleve esposa
el desapiadado pecho.
Pero esto será vengar
agravios que aún no se han hecho;
¿mas he de aguardar ¡ay triste!
á que no tengan remedio?
Sea el castigo en buen hora
sañudo, airado y resuelto.
Pero aunque no hay otra cosa,
probemos otra en que veo
más constancia, más valor.
¡Ay, si fuese más acierto!
Leonor está aventurada,
perdida no, pues en medio
de libertad de soltera.
sin reconocer imperio,
sus licencias moderando,
se permitió á un galanteo,
sobornada de las dulces
lisonjas de amante tierno.
Veamos, pues, si con arte
y cuidado, recogemos
á esta barquilla entregada
á la merced de los vientos.
Que si la prudencia y maña
no hicieren tan buen efecto,
entonces sí llegaría
á tiempo el desnudo acero,
más piadoso si más bravo,
más limpio si más sangriento.
Mi hermano y yo caminamos
á un mismo y cumplido extremo
por dos diferentes sendas;
veremos cuál es el necio.
Honor, estas dilaciones
perdóname, que te ofrezco
que á aquellos que ahora me acusan

de templado, les prometo
llenarles de horrible espanto
si no logro lo que espero.
Verá Leonor, verá ese hombre,
verá el mundo, verá el cielo
si tiene menos firmeza
la espada en manos de un cuerdo.

ESCENA V

Dicho y Leonor.

LEONOR. Paréceme que he sentido
hablar con voces y extremos
á don Juan.

JUAN. Leonor es ésta;
dadme auxilio, sufrimiento. *(Aparte.)*

LEONOR. Esposo, don Juan amigo,
¿qué tenéis?

JUAN. ¡Oh lisonjero
engaño! ¿Qué he de tener?
Una batalla, un infierno,
un hermano que, furioso
porque traía un mancebo
un papel, y recatado
se le escondió, de ira lleno,
y más de infamia y locura,
matarle quiso, diciendo
que era el papel ¡(qué bajeza)!
para su esposa; yo llego,
libro al hombre, el papel tomo
y hallo en él ¡oh viles celos!
otra cosa, ¡qué distante!
¡Qué extraña! (Téngame el cielo.)
Era tan distinta y nueva,
mi Leonor, que te prometo
que te admirará: el criado
despido, y vuelto con ceño,
le digo señor don Sancho,
el recelo indigno vuestro
miente á vuestra sangre noble
y á vuestro alto entendimiento.
Por mujer tenéis un ángel,

que es fortuna, en el ingenio,
en la gracia, en la pureza,
en lo apacible, en lo bello.
Advertencias y regalos
mézclense, pero encubriendo
vuestro temor, conservando
siempre un reposo despierto.
Confialla, divertilla,
entretenella, pues vemos
que, obligada, hasta una fiera
hace caricias al dueño.
Y cuando ella advierta y mire
que, sin castigos ni fieros,
el marido, en vez de lanzas,
empuña avisos modestos,
quien dice que traspasare
de los límites honestos,
no lo entiende, y aun se expone
á escandalosos ejemplos.
Mas, si medios tan suaves
no bastasen, hierro á hierro,
á fuego y sangre, y sin que
ni aun cenizas deje el fuego;
yo mismo, yo le llevara
la mano, y con el denuedo
que á mi mujer (si me viese
en igual trance y aprieto),
le pasará el pecho, el alma;
mas, ¡ay, Leonor, y cuán lejos
del daño estoy! Esto dije
por asegurar su miedo.
Mas téngolo, que don Sancho
con su extraño desacuerdo,
fué á inquietalla. Voy volando;
quédate, Leonor, sintiendo... (*Vase.*)

ESCENA VI

Leonor sola.

LEONOR. En desdicha tan cruel,
¿hay dicha como la mía?
que este papel me traía

Morón, sin duda, y con él
dió mi marido. Mucha es
su prudencia; si esto es cierto,
témome algún desacierto
en don Diego... ¡Inés... Inés!

ESCENA VII

Doña Leonor, Inés.

INÉS. Señora mía.
LEONOR. Trae luego
los mantos.
INÉS. ¿Adónde vas?
LEONOR. Inés, después lo sabrás;
en suma, ver á don Diego
me importa mucho.
INÉS. Y en suma,
¿estás resuelta?
LEONOR. Infinito.
INÉS. Pues vuelo, que el chapinito
ya no es corcho, sino pluma.

ESCENA VIII

Leonor.

LEONOR. Sí don Diego en el papel
me nombró... pero no haría,
que más que culpa sería
grosera ignorancia en él.
Él sabrá por el criado
todo el lance; quiero hablalle,
que fácil será topalle
por calle Mayor ó el Prado.

ESCENA IX

Dicha é Inés.

LEONOR. Ponme el manto.
INÉS. ¡Qué de hazañas
ha hecho un ojo tapado

y en un cendal emboscado
un escuadrón de pestañas!
Vamos presto, no nos vea
la hermana, ó la madre Juana.

ESCENA X

Dichos y Doña Juana por la misma puerta que salen.

JUANA. ¿Dónde con mantos, hermana?
INÉS. La Sancha con todos sea. *(Aparte).*
LEONOR. Tengo una cosa forzosa
que hacer.
JUANA. No has de salir.
LEONOR. ¿No?
¿Pues quién lo embaraza?
JUANA. Yo.
LEONOR. ¿Conmigo tan imperiosa
eres, hermana?
JUANA. Soy más,
que te conozco á fe mía
INÉS. Tente firme... *(Aparte á Leonor.)*
JUANA. Hermana mía,
no te canses, no saldrás.
LEONOR. Que saldré mil veces digo,
aunque te pese, que estoy
ya determinada, y soy...
JUANA. Pues yo he de salir contigo;
y si el negocio es decente
no estorbo yo, y no lo siendo,
no hay que salir.
LEONOR. Bien te entiendo,
que hacer de lo impertinente
virtud, ya es maña traidora
de la mala condición.
JUANA. Leonor, tú tendrás razón,
mas no ha de valerte ahora;
que has de quedarte, ó contigo
he de salir.
INÉS. Ven en ello, *(Aparte á Leonor,)*
que es sospechoso no hacello.
LEONOR. Quiero que vaya conmigo,

que para hacer yo mi gusto
no me estorba nada; vé,
trae el manto.

JUANA. Aunque yo sé
que harás siempre lo que es justo,
mientras tus esparcimientos
sigas, llevarás mis pasos.

LEONOR. Las leyes más que los casos
en ti sola...

JUANA. Tus intentos,
Leonor, no han menester pocas.
Ponme el manto. ¿Á dónde has de ir?

LEONOR. No te lo quiero decir.

ESCENA XI

Dichas, Don Sancho y Don Juan.

JUANA. No me refieras tan locas
diligencias.

SANCHO. Por los pies
se me escapó.

LEONOR. Ven tapada.

JUANA. Yo no he de decirte nada.

SANCHO. ¡Hola! ¿Dónde van las tres?

JUAN. ¿Qué ós alborota? (¡Ay de mí!)
Irán donde fuere justo.

SANCHO. Doña Juana, yo no gusto
que salgáis vos.

JUAN. Mi Leonor,
yo quiero que vayais donde
gustareis y que llevéis
el coche.

SANCHO. En él no saldréis,
que á mí nada se me esconde.

JUANA. No hagas caso de esto, hermana.
¿Qué dudas, por qué no vas?

SANCHO. ¿Mi mujer salir ya más?
Ni asomarse á la ventana.

JUAN. Vé, Leonor.

SANCHO. No salgáis vos.

JUAN. Vé tú sola, y vete al Prado.

SANCHO. Haced lo que os he mandado,
doña Juana.

JUAN. Vive Dios
que han de ir entrambas, y cuantos
hay en casa.

SANCHO. Mi mujer
sólo mi gusto ha de hacer.

JUAN. Cuando sin bajezas tantas
procedáis más atinado;
malo á mi tío tenemos.
Venid, pues, y á velle entremos.

SANCHO. No me apretéis demasiado,
ó en ese cuarto encerrada
mi mujer ha de quedar.

JUAN. Harto más debiera estar
vuestra locura enjaulada.

SANCHO. No he de sufriros de hoy más
que excedéis...

JUAN. Los desabridos
preciados de mal sufridos
se obligan á sufrir más.
Dejad qne vayan las dos,

SANCHO. Doña Juana, todo el día
á la labor.

JUAN. Leonor mía,
al Prado, á todo y adiós. (*Vanse.*)

ESCENA XII

Leonor, Juana, Inés.

INÉS. Frente por frente hora están
dos opuestos escuadrones

JUANA. ¿Á mi tan nuevas razones?

LEONOR. ¿Yo marido tan galán?

JUANA. ¿Á mi preceptos tempranos?

LEONOR. ¿Á mi dueño tan cortés?

JUANA. ¿Á mi grillos en los pies?

LEONOR. ¿Para mí todo en las manos?

JUANA. ¿Que muestre tanta aspereza?

LEONOR. ¿Que burle tal confianza?

JUANA. Todo merece venganza.

LEONOR. Todo me obliga á firmeza.
JUANA. ¿Qué piensas hacer, Leonor?
LEONOR. Ya lo tengo muy pensado.
JUANA. ¿La calle Mayor ó el Prado?
LEONOR. Algo he pensado mejor.
JUANA. Tú sola tienes licencia
de tu esposo, vé en buena hora.
LEONOR. No pienso salir agora,
Juana, que es todo obediencia
una libertad prudente.
JUANA. ¡Qué duras son, qué pesadas
las leyes que son forzadas!
INÉS. En compás bien diferente
entonan en este instante
este dúo divertido.
obligado de marido
con desentonos de amante;
gran descanso es ser mirona
en este juego; ¿En fin, cejas?
¿No sales ya?
JUANA. ¿Qué, en fin dejas
de salir?
LEONOR. Así corona
de aciertos la confianza
de un bizarro hidalgo pecho.
JUANA. Y en mí aquella injuria ha hecho
movimiento, no mudanza;
mucho me arriesgo á perder.
pero pues es ley divina
el mostrarle que camina
erradamente, he de hacer
lo que jamás no llegó
á mi honrado pensamiento;
contra todo sentimiento,
no he de obedecerle yo.
Si él pretende que por sí
siga su mandato fiel,
no he de hacer solo por él
lo que yo hiciera por mí.
Tener quiero entre excelente
partes á mi sangre iguales,
perfecciones naturales,

no virtudes obedientes.
Sepan los maridos malos,
si lo quieren entender
que no es árbol la mujer
para dar el fruto á palos.
Yo salgo, si tú no quieres;
aunque el alma contrariando
tengan freno, pero blando,
las generosas mujeres.
Vengaré mi sufrimiento
con no haberle obedecido;
quede esta vez advertido
en tan pequeño escarmiento;
que á hombre tan poco avisado
avisarle no es injusto
que quien no sufre lo justo
que sufra lo demasiado.

LEONOR. Digo, Juana, que haces bien
y ambas haremos justicia
yo en pagar una caricia
y tú en vengar un desdén.

JUANA. Pero, oye primero, hermana,
¿el don Sancho lo merece?

LEONOR. Y algo más.

JUANA. ¿Qué te parece?

LEONOR. Que es su condición tirana
Pagaré á don Juan su trato
y advertida cortesía,
que á una fe, una villanía,
es ser hereje lo ingrato.

JUANA. Inés, ven conmigo.

INÉS. Voy.
¿Dónde te lleva el capricho?

JUANA. Á no hacer lo que me han dicho.

INÉS. Del mismo trabajo soy.

JUANA. Honor, no estéis vos quejoso
que en resolución tan nueva,
yo no voy, porque me lleva
la necedad de mi esposo.

MUTACIÓN

LA CALLE MAYOR: GRADAS DE SAN FELIPE

ESCENA XIII

Don Diego y Morón.

MORÓN. Déjame huir todavía,
que si el huir es discreto
del tonto, al valor perfeto
no le llames cobardía.
¡Ay don Juan, don Juan del alma!
Vos, don Juan, holgado y ancho,
triaca sois contra el Sancho,
que me habéis vuelto á la calma.
DIEGO. ¿Conque ello los dos te han visto?
¡Qué poca fué tu prudencia!
MORÓN. Tras de cuernos, penitencia.
¿Regáñasme ¡vive Cristo!
cuando ahora, que estoy aquí,
si es que aquí estoy (que aún lo dudo),
todo el cuerpo tiemblo y sudo
si pienso en la que me vi?
DIEGO. ¿Pero ello es que el mismo esposo
cogió el papel?
MORÓN. Ello es,
y ya con ésta van tres,
que lo aceptó sin endoso.
Él debe ser hombre fuerte,
y á fe que no está en conciencia
el que pague su prudencia
su mujer de aquesta suerte.
DIEGO. Puede que llegue á querelle,
que su honrado proceder
aun á mí me hace perder
la voluntad de ofendelle.
Mas al otro regañón,
desabrido y displicente,
la razón de lo que siente
quisiera darle, Morón.
Porque no sabe apreciar
su mujer, ilustre y bella.

Siempre es de lo bueno estrella
caer en el peor lugar.
Aunque tengo conocido
su pudor, me determino
á obsequiarla, que imagino
que ha de cansarla un marido
tan duro y tan enfadoso
como don Sancho.

MORÓN. Tal creo,
que no hay un monstruo más feo
que un necio, y más si es celoso.
Si me quieres entender,
sigue ese bello partido,
que él es tan duro marido
que hará blanda á su mujer.
Mas dos damas de buen aire
desembarcan de aquel coche.

DIEGO. Tapadas vienen de noche.

MORÓN. Mas no ocultan su donaire.

ESCENA XIV

Dichos, Juana, Inés.

JUANA. Villana servidumbre, y más villana
la injusta mano, que oprimir intenta
un alma noble, que naciendo exenta,
sujetarse no puede á ley tirana.
Desconfianza vil, soberbia vana
en oprimir, con el terror sedienta,
¡cuán loca, cuán inútil, cuán violenta
para rendir un alma soberana!
Yo, en paz criada, en la virtud crecida,
sin conocer mis pasos el denuedo,
al decoro, al honor viví rendida,
Mas ya es justo olvidar lo que no puedo,
que no es conforme á generosa vida,
que sirvió ante el honor, rendirse al miedo.

INÉS. ¿Sábes dónde estás?

JUANA. Inés,
por nueva en estos antojos
todo lo ignoran mis ojos,
todo lo dudan mis pies.

INÉS. Ésta es la calle Mayor.
JUANA. Eternamente la vi.
INÉS. Á Morón he visto allí. *(Aparte.)*
MORÓN. Paréceme que es Leonor,
no hay duda, á Inés veo ahora. *(Aparte.)*
DIEGO. No hay por qué en ello me asombre.
JUANA. Ese es don Diego.
INÉS. ¿No es hombre
de buen arte? (¡La traidora *(Aparte)*
bien le conoce!) ¿Qué hacemos?
¿No hablamos?
JUANA. ¡Qué necedad!
¿Hablar yo?
INÉS. La ociosidad
es gran pecado; probemos
aquello que travesura
se llama.
JUANA. Inés, ¿yo liviana?
Mas veamos si mi hermana
disculpa bien su locura
por don Diego; no te vea
ninguno.
INÉS. Un manto, señora,
anochece á cualquier hora,
Ce... galán...
MORÓN. ¡Qué bien se emplea
en mí ese nombre!
INÉS. ¡Bribón!
¿Conócesme?
MORÓN. ¿Qué, tu eres,
maldita entre las mujeres?
INÉS. Insolente, socarrón,
llama á tu amo, y con recato
dí que llegue, y que no es
Leonor ésta.
MORÓN. ¿Cómo, Inés?
INÉS. Como es otra, mentecato.
MORÓN. ¡Gran razón!
INÉS. Tente advertido
que hable de lo muy perfeto,
que he dicho que es muy discreto.
MORÓN. Sabe decir «desvalido,

despiadada tiranía,
estrella, contrario hado,
tormentos, violento estado
y perfecta simpatía».

INÉS. ¿Y no sabe más?

MORÓN. Señor, *(Aparte á don Diego)*
tiento en hablar, que es la hermana.

DIEGO. ¿Á mí hablarme doña Juana?
Enredos son de Leonor.

MORÓN. Déjate ahora de eso; llega,
desmesúrate.

DIEGO. Es en vano.

INÉS. Entrégate algo á lo humano,
que eres mujer.

JUANA. Soy tan lega
en este arte, que no sé
bien el camino; ya llego.
¿Sois vos el señor don Diego?

DIEGO. Yo soy; pero por mi fe,
¿quién sois vos?

JUANA. Cierto merece
vuestra merced la respuesta;
muy buena puede ser ésta;
pero no me lo parece.

DIEGO. Culpar quiero á mi desdicha,
pues cuando en vos me amanece,
ese velo me oscurece
una no esperada dicha.
Cuán poco llego á deberos,
pues cuando favorecéis
mi humildad, no me queréis
dar el consuelo de veros.
Mas quiéroos preguntar:
si habéis de encubrir así
vuestra hermosura de mí,
¿por qué me llegáis á hablar?

JUANA. Señor don Diego, yo sé
que una dama que me toca
está por vos algo loca.

DIEGO. Por Leonor aquesto fué, *(Aparte)*
y es sin duda doña Juana;
agarremos la ocasión.

JUANA. Y en gracia de su opinión...
DIEGO. Dejemos ahora á la hermana. *(Aparte.)*
Señora, si vos decís
que mi corazón se abrasa,
decís bien lo que me pasa,
muy bien que lo presumí;
que es difícil situación
y en mí ya sería mengua
que pueda callar la lengua
lo que siente el corazón;
pero si llego á pintar
lo fuerte de mi pasión...
JUANA Creo que es conversación
no propia de este lugar,
pues ni yo tengo que ver
con vuestras lindas hazañas,
ni de alabanzas extrañas
gusto, que al fin soy mujer.
DIEGO. ¿Extrañas llamáis? ¡Ah! no,
que, aunque entre oscuros enojos,
un rayo de vuestros ojos
hasta mi pecho llegó;
y en la grande agitación
que causó en toda mi alma
conozco sois quien la calma
robó de mi corazón.
JUANA. Por otra me habéis tomado.
DIEGO. Yo sé que no me engañé.
JUANA. Guardad para ella la fe.
DIEGO. Ya vos me la habéis llevado.
JUANA. Ce, Francisca, llega luego.
INÉS. Y bien ¿qué te ha parecido?
JUANA. Ni sabroso para oído,
ni lindo para don Diego.
MORÓN. Decid quién es la tapada... *(Aparte á Inés)*
no hay remedio.
INÉS. No, Morón.
MORÓN. Los buenos criados son
gente que no encubren nada.
INÉS. Es una mujer de bien.
MORÓN. ¡Gran cosa! Pues infinitas
conozco yo...

ESCENA XV

Dichos, Don Sancho.

SANCHO. No hay visitas
como cuidar mucho y bien
de mi casa. De mi hermano
huyendo vengo por ver
si osó salir su mujer.
Cuerpo á cuerpo y mano á mano
cuatro están entretenidos
allí enfrente aquesto pasa:
déjenlas salir de casa
y esto verán sus maridos.
Mas ¿qué miro? Aquellos dos
son los que me dan recelo,
y ellas ¿quién? ¡Ay, santo cielo!
¡Leonor é Inés!... ¡Vive Dios
que son ellas! ¿No lo dije?
¡Qué maldad! ¡Que infamia! Aquel
es el traidor del papel;
no haberle muerte me aflige.
Pero mi hermano muy ancho
viene acá; con rabia río.

ESCENA XVI

Dichos, D. Juan.

JUAN. ¿Que antes de ver á mi tío
se me escapase aquél, Sancho?
¡Terrible hombre! Él se volvió
á casa.
SANCHO. Don Juan.
JUAN. ¿Qué es esto,
don Sancho?
SANCHO. Yo os diré presto
todo lo que siento yo.
Vuestro proceder holgado
tan paciente y entendido,
tan discreto lo marido,
lo galán tan demasiado,

ved, don Juan, ved dónde para.

JUAN. ¿Qué queréis darme á entender?

SANCHO. Que aquella es vuestra mujer...

JUAN. Cien mil veces cara á cara
mentís; y en vuestro desvelo
pensad con baja porfía
en la vuestra, no en la mía,
que os mataré, ¡vive el cielo!
Ni partáis entre las dos
vuestras locas libertades;
todas vuestras necedades
son menester para vos.
Ellas son, y los dos hombres *(Aparte)*
son aquéllos. ¡Ay de mí!

SANCHO. Andad primoroso aquí,
y aunque les deis otros nombres,
mis recatos os dirán
que es cosa más acertada
que esté una mujer cerrada
que hablando con un galán.

JUAN. Si eso verdad fuera, á vos,
por vil hermano y amigo,
y á ellas, y á todos, digo,
os matara, ¡vive Dios!
Y aún castigo más tirano
merecía el que tan fiero
la injuria que vió primero
la guardó para un hermano.
Cierto es mi daño, y el medio *(Aparte)*
blando ¡qué inútil salió!
Grande era el mal, que empeoró
con el más dulce remedio.

MORÓN. ¡Válgame Dios! *(Repara en D. Sancho)*

INÉS. ¿Qué hay agora?
¿Qué tienes que estás turbado?

MORÓN. No es nada; el Sancho me ha dado.

INÉS. Es mal de todos; señora,
tu marido...

JUANA. Aunque lo espero
sin temor, don Diego, al punto
os retirad.

DIEGO. No pregunto

la causa, serviros quiero
en lo que menos quisiera.
Vamos, Morón.

MORÓN. ¿Qué has hallado?

DIEGO. Un jugador solapado
que no envida á la primera.

INÉS. ¿Qué intentas hacer, señora?

JUANA. ¡Qué duros pasos, Ines!
Haz como que no los ves.

INÉS. Dios ponga remedio ahora.

ESCENA XVII

Dichos, menos Don Diego y Morón.

JUAN. Seguirélos, mas no venza *(Aparte)*
tanto el dolor, que vengar
esto en público es sacar
una honra á la vergüenza.
Voy á casa á prevenir...
mas ¡oh enemiga! qué, qué
prevengo á tan mala fe,
sino matar y morir... *(Vase.)*

ESCENA XVIII

Dichos, menos Don Juan.

SANCHO. Vive Dios que estoy corrido
de ver tan afeminado
un hermano desdichado,
mas necio para marido.
Mujer loca y atrevida... *(Á ella)*
bachillera y licenciosa,
si vos fuérades mi esposa
aquí os quitaba la vida,
y holgara que mi mujer
fuerais, que en mal tan violento...

JUANA. Quiero darle este contento *(Aparte)*
no más.

INÉS. ¿Qué quieres hacer?

JUANA. Descubrirme aquí.

INÉS. Eso no.

JUANA. Respondelle.
INÉS. Eso será
conocerte.
JUANA. No podrá,
que no me conozco yo.
SANCHO. ¡Qué bien tenéis escondido
el rostro en acción tan fea,
sin duda, porque no os vea
vuestro ignorante marido!
Sois una mujer liviana,
sois una...
JUANA. Ines, déjame,
dos venganzas tomaré,
la mía y la de mi hermana.
INÉS. Que no te descubras, digo,
que yo hablaré por las dos.
SANCHO. Y vos, ruin...
INÉS. Meteos en vos;
con mi ama ni conmigo
no se meta vuesanted;
á su mujer presumida,
recatada y recogida
puede hacerla esa merced.
¿Hay más porfiadas penas,
querer en toda ocasión
ser novio de precisión
de la suya y las ajenas?
Que ni á su propio marido
le sufriera esta señora
eso que le ha dicho agora.
SANCHO. Él es necio y presumido,
y merece, y es muy justo,
cuanto le sucede aquí.
JUANA. En mi vida, Inés, le oí
requiebro de mayor gusto.
SANCHO. Yo sí que tomé buen medio,
que á mi mujer estorbé
el salir.
INÉS. Cierto que fué
muy como suyo el remedio.
SANCHO. Pero vos tenéis disculpa.
JUANA. ¡Ay, Inés, que estoy corrida,

que contentándome va!

SANCHO. Este mal ejemplo hará
que estrechándole la vida
á mi mujer, á su hermana
la encierre más cada hora.

INÉS. Hará siempre lo que ahora,
mi señora doña Juana.

SANCHO. Eso le importa deberme
mi honor, porque mi recelo...,

JUANA. Déjame hablar con el cielo,
que de él no puedo esconderme.
¡Cielos, que presuma este hombre
que él es quien buena me hace!

SANCHO. Cualquiera, no como nace,
como vive, tiene el nombre;
la sangre es tiempo perdido;
el marido hace mujer.

INÉS. Pues esta vez puede ser
la mujer haga al marido...

SANCHO. ¿Cómo?

JUANA. Con ser cada día
batalla lo que fué amor.

INÉS. ¡Qué hombre para la peor!

SANCHO. ¡Qué mujer para ser mía!

ACTO TERCERO

LA SALA ANTERIOR

ESCENA PRIMERA

Leonor.

LEONOR. Empeñé mi libertad
pensando que no podría
ceder la voluntad mía
á la ajena voluntad;
mas la dulzura y bondad
del dueño que me encadena,
rinden mi pecho, y sin pena
me hago esclava de su amor,

que no hay libertad mayor
que voluntaria cadena.
¿He de pagar el amor
que mi marido galán
me tributa con afán
labrando su deshonor?
No, no es posible, Leonor,
vuelve en ti desde este instante;
ámale, séle constante,
que es más dichoso partido
servir á un cuerdo marido
que sufrir á un loço amante.

ESCENA II

Leonor, Don Juan.

JUAN. Volando llegar quisiera
para aplacar este fuego
que con la luz de mi infamia
queda encendido en mi pecho;
verá Leonor, verá ahora
el mundo si tarde llego
á la venganza, y si sé
meditarla en el silencio.
Mas aquí está mi cuñada;
envidia honor de su sexo
(aunque no eres digna de ella
pues eres mujer de un necio).
¡Cuán diferente tu hermana,
que hallando en mí, honrado dueño,
en vano intenté obligarla
con el amor, con el ruego!
Tu, hermosa Juana, respetas
aún las faltas de tu dueño,
mientras Leonor, mis bondades
me paga con escarmientos.
Esperarla quiero aquí
para desahogar mi fuego.
Mas, ¿qué nuevo asombro miro?
¿Es ilusión lo que veo?
¿Leonor aquí?

LEONOR. Sí, Don Juan,

mi bien, mi apacible dueño.

JUAN. Válgame Dios, ¿es engaño
ó acaso llegó primero
que yo? Pero no es posible,
que el honor me trajo en vuelo.

LEONOR. ¿Qué tenéis, esposo?

JUAN. Yo...
no estoy aún satisfecho, (*Aparte*)
no hay duda, yo las miré,
si es que entonces no fuí ciego.
Ellas eran, sí, no hay duda.

LEONOR. Mi bien, mi esposo, ¿qué es esto?

JUAN. Quede limpio el honor mío, (*Aparte*)
muera Leonor; mas ¿qué veo?
¡Juana!

ESCENA III

Dichos, Juana, Inés.

JUANA. Inés, dobla ese manto.

JUAN. ¿Es desvarío? (*Aparte.*)

JUANA. ¡Qúé lejos!
No pensé cansarme tanto.

JUAN. Aún lo miro y no lo creo. (*Aparte.*)
Perdona esposa, en tu hermana
muy más hermosa te encuentro;
envaino agora mi espada,
pues parezco satisfecho;
mas desengaños de honor
siempre dejan el recelo,
Leonor.

LEONOR. Don Juan, ¿qué tenéis
que estáis asustado?

JUAN. Llego,
Leonor, de ver á mi tío,
á quien enojado dejo
porque sabe de don Sancho
el trato y genio grosero
con su esposa, y témome
que dé lugar á un exceso,
quiérele reconvenir

por ver si encuentra remedio.
Con hablarla de su hermana *(Aparte)*
distraigamos sus recelos,
que una vil desconfianza
la daría un sentimiento.
Yo compadezco á tu hermana
y veo que con su genio
su marido la hace mártir;
por mí, Leonor, ¡cuán exento
vivo de aleves sospechas,
pues que mirando en tu cielo
cada día á mi esperanza
das un testimonio nuevo! *(Vase.)*

ESCENA IV

Leonor, Juana é Inés.

JUANA. Inés, ya me entiendes.
INÉS. Tanto
que voy luego, que á mis pies
Madrid chico golfo es
cuando me embarco en un manto.
La caridad de este oficio
es grande, ejercella quiero,
y sin tomar el acero
voy á hacer el ejercicio. *(Vase.)*

ESCENA V

Leonor, Juana.

LEONOR. Hermana, ¿cómo has tardado
tanto?
JUANA. Te lo ha parecido.
LEONOR. Si lo sabe tu marido...
JUANA. Leonor, díle tu cuñado,
y no hables mucho conmigo.
LEONOR. ¿Hablar mucho no es razón
sabiendo la condición
de tu esposo?
JUANA. Yo te digo

que le llames tu *cuñado*,
y no más.

LEONOR. ¿Súpote bien
la calle Mayor, en quien
el primer paso que has dado
tuviste entera una tarde?
¿Es bueno, es justo, es decente
que al escuadrón floreciente
y al tierno bizarro alarde
de tanto ilustre mancebo
fueses, con tu talle airoso,
estimada por lo hermoso,
deseada por lo nuevo?
De muy amable y de justo
un hombre opinión tenía;
pero su mujer decía:
«Porque siempre hace su gusto».
Así tú, encogida y bella,
sin la ocasión cuerda has sido;
pero en una que has tenido,
luego tropezaste en ella.
Y, en fin, si has hundido el mundo
no más de por un enfado,
¡ay triste de mi *cuñado*,
Juana, al enojo segundo!

JUANA. ¿Cómo, cómo tú ese modo?
¿Quién te ha hecho por mercedes
tan virtuosa que puedes,
Leonor, murmurar de todo?
Si la reprensión por ti
empieza, tan ocupada
estará, Leonor, que nada
ha de sobrar para mí.
La virtud está segura,
aunque más tarde comience,
en aquel que el vicio vence,
mas no en el que lo murmura.
Pero hoy día, no entendida
esta del alma centella,
todos hacemos con ella
conveniencias de la vida.
Nunca fué el mundo tan lleno

de maldad, pues es error
tan malo como el peor
ponderar tanto el ser bueno.
Á decirte me acomodo,
Leonor, pues es fuerza aquí,
que lo que hoy culpas en mí
te lo dije antes yo, y todo.

LEONOR. Juana, correrte no quiero.
Deja, no hagas más estrago;
si digo lo que no hago,
de ti lo aprendí primero.

JUANA. Sólo un enigma esto encierra

LEONOR. ¿Y es, Juana?

JUANA. Que siendo aquí
tú la enferma, yo me fuí
á los aires de tu tierra.

LEONOR. Pues yo, sin salir de aquí
puede ser que haya sanado,
mientras tú con lo viajado
has enfermado por mí... *(Vase.)*

ESCENA VI

Juana sola.

JUANA. Virtud soberana y pura,
inclinación de mi vida,
¿es posible que atrevida
olvide yo tu hermosura?
¿Es posible que un tirano
pueda tanto en mi albedrío,
que quebrante el honor mío
por romper su yugo insano?
¿Y he de olvidar mi deber
para advertirle su error?
No, primero es el honor;
mas sepa de su mujer
que una manera tan rara
de asegurar su recelo
es como escupir al cielo
para caerle en la cara
Esto le he de enseñar, sí,

mas sin que mi honor padezca,
pues aunque él no lo merezca,
tengo que mirarme á mí.

ESCENA VII

Dicha y D. Sancho.

SANCHO. ¡Qué me detuviesen tanto
aquellos hombres, que no
pude seguirlas! ¡Que yo
tal sufrí! De mí me espanto.

JUANA. *El cuñado de mi hermana*
viene aquí; ¿si habrá traído
otro primor de marido?

SANCHO. Mas aquí está doña Juana.

JUANA. Veamos si me agradece
que no salí con Leonor.

SANCHO. Buen cuidado, grande amor... *(Muy enfadado)*
toda esta casa os merece,
pues con tanta libertad
salir á Leonor dejasteis,
que en consentirlo tomasteis
parte de la liviandad.

JUANA. *(Aparte)* ¡Fortuna cruel! Grosero
marido, si esto es querer.
que yo sea vil mujer,
¿qué importa, si yo no quiero?
Si obedeció á su marido, *(A él)*
¿qué la pides?

SANCHO. Buen acuerdo
no importa, que sólo el cuerdo
ha de ser obedecido.

JUANA. ¿De suerte que será culpa?

SANCHO. Grande, obedecer á un loco.

JUANA. Aunque me animas no poco, *(Aparte)*
no me basta por disculpa.
Mas quien se comporta así
merece una villanía...
¡Ah, si la venganza mía
se pudiera hacer sin mí!

SANCHO. ¿Habéisla ya preguntado?

qué coche, dama ó señor
topó en la calle Mayor,
florido arrabal del Prado?
¿Procurasteis que informada
os hiciese relación
de su ociosa ocupación
y de tanto no hacer nada?
¿Y la espaciosa porfía
con que saliendo del coche
cuentan por gracia á la noche
el haber perdido el día?
¿No os ha contado ya acaso
que algún mancebo insolente
que con lenguaje indecente
la haya requebrado al paso?
¿Todo eso querréis saber?
¡Qué honrado trato! ¡Qué honesto!

JUANA. ¡Ay, Dios, que aun en no hacer esto
halles mala á tu mujer!
¿Pues no hubiera mejor sido,
si aquello juzgas peor,
que hable en la calle Mayor
y la vea mi marido?

SANCHO. ¡Vive Dios, que lo ha contado *(Aparte)*
ó que iban juntas las tres;
todo lo sabré de Inés.
Cuando un marido es menguado
todo es fácil que lo vea;
mas quien no estorba á una hermosa
lo atrevida y lo liviana,
es forzoso que lo sea.

JUANA. Don Sancho...

SANCHO. Hablad, que me enfada
en vos silencio tan loco.

JUANA. No puedo deciros poco,
y así, no respondo nada.
Mucho me llego á temer
(¡defienda el cielo mi honor!)
que aunque estoy en mi valor,
vivo dentro de mujer.

SANCHO. No os vais, no andéis recatada,
que he de saber lo que fué.

JUANA. Con vos, ya muda seré,
pues que no he sido escuchada.

SANCHO. Yo lo sabré averiguar
aunque me cueste una mano,
que no soy como mi hermano
para dejarme engañar.

ESCENA VIII

Juana sola.

JUANA. En vano lucho, mi honor,
contra tan fiero enemigo;
en vano quiero, y me obligo
á sacarte vencedor.
Pues cuando mi fuerte ardor
á tus términos me inclina,
viene una injuria malina
á mover guerra en mi pecho,
y quedas, mi honor, deshecho,
y yo entregada á mi ruina.
¿Que no ha de valer ya nada
con un marido cruel?
¿Tampoco sirve el ser fiel?
¿Esto vale el ser honrada?
¡Oh! ¡Quién un alma malvada
tuviera en esta ocasión
para darle la razón,
ya que sin causa se queja;
que tal vez de llorar deja,
en teniéndola, el llorón!
Probemos con artificio
si es remedio á tanto mal
el aparentar ser tal
como me pinta su juicio.
Rindamos desde hoy al vicio
tributo, aunque llegue á ser
fingido, por conocer
si enmienda su genio así.
¿Yo engaños? Mas por aquí
empezaré á ser mujer.

ESCENA IX

Inés y Morón.

INÉS. Entra y no temas, cuitado.
MORÓN. ¿Qué es no temer? No entraré
si no me traen una fe
de que está el don Sancho atado.
¿Escribirme no pudiera
Leonor un billete, pues
sabe hacerlo y yo no?... Inés,
¿viene ese hombre?
INÉS. Ven, tronera;
quien le ha hablado es la marida
del don Sancho.
MORÓN. ¡Habrá habladora!
INÉS. Deja de miedos ahora
y escúchame, por tu vida.
Llamarle mi ama habrá sido
para él novedad, y es
gusto y ocasión...
MORÓN. Inés,
no desaten al marido,
que me iré sin responder.
INÉS. ¿Qué tienes que temer ahora?
MORÓN. Que la Juana, mi señora,
en cuanto hombre es su mujer,
y en pensándolo me espanto.
INÉS. Quiero fiarte un secreto,
que sé que eres muy discreto.
MORÓN. No pensé que sabía tanto
tu recatada señora.
INÉS. Á don Diego he menester
hablar al anochecer
puntualmente, que es la hora
en que luces no habrán puesto,
y sin luz estar conviene
por si alguna gente viene.
MORÓN. Es un chiste muy honesto;
gran favor, mas no es lucido
quererle á oscuras, Inés.

INÉS. Advierte que entre después
que haya bien anochecido.
MORÓN. Sin luz dice que le quiere.
¿Qué será? ¡Caso cruel!
Sin duda quiere con él
rezar algún miserere.
Ella es sol, pero con nieblas.
INÉS. Es muy santa. ¡Qué te espanta!
MORÓN. Es como Semana Santa,
con ayuno y con tinieblas.
El Sancho ya sabe hacer
algo bueno.
INÉS. ¿Qué, Morón?
MORÓN. Vaya. dicho con perdón,
hacer mala á su mujer.
INÉS. ¿Y eso es bueno?
MORÓN. Yo no quiero
que sea mala ninguna;
pero si ha de serlo alguna,
sea la de un majadero
Pues á preparar la acción
dispongámonos los tres,
que tú, mi amo y yo, Inés,
le entraremos en razón.

ESCENA X

Don Juan solo.

JUAN. Esta noche muy temprano
que en su posada me espera
mi tío avisa, y quisiera
hablar antes con mi hermano.
Que veo resuelto al viejo
á remediar su celosa
condición, que es fuerte cosa
que, desdeñando el consejo
y de su paz enemigo,
sea tan necio y fatal
que por espantar el mal
le lleve siempre consigo.

ESCENA XI

Dicho y Don Sancho, *sañudo.*

SANCHO. Hermano, ¿habéis encontrado
al viejo?
JUAN. ¿Qué le queréis?
SANCHO. Ya creo que lo sabéis·
vengo, don Juan, muy cansado;
que me han dicho que mi tío
se mete, y habla furioso
en si soy terrible esposo:
este imperio todo es mío.
Hacer puedo y deshacer;
sepa si á esto se inclina,
que es tío de su sobrina,
pero no de mi mujer.
Que es justicia desigual
y muy injusta también
creer de vos todo el bien
y en mí hallarlo todo mal.
JUAN. De su ofensa misteriosa *(Aparte.)*
¡qué ajeno está el mentecato!
Mas responderle no trato,
que por más bizarra cosa
tengo y por más conveniencia,
por más hazaña y más gloria
ofrecerle la victoria
que admitir la competencia.
Vos sois en todo acertado, *(Á él)*
todo en vos es singular,
nada en vos hay que enmendar.
SANCHO. Vos sois el más avisado
y con desvelo y valor
más guarda de vuestra casa,
más fénix de vuestra brasa,
más lince de vuestro honor.
Pero no veis las mujeres
con vuestra vista sencilla,
cual si un manto de Sevilla
fuera muralla de Amberes,

JUAN. Auque puedo responderos
no he de enojarme jamás
con vos, porque se hace más
en sufriros que en venceros.
Pero vos ¿que habéis pensado
que sois?

SANCHO. Yo, cuerdo, advertido
recatado, prevenido,
discreto, prudente, honrado.
En mí la honra nació
y nunca ha sido manchada,
y en fin, ni es hombre, ni es nada
quien no fuere como yo.

JUAN. No porfiemos ya más;
como yo no sea agora
lo que vos sois, en buen hora
sea todo lo demás.
Vamos á ver á mi tío,
que en su posada te espera.

SANCHO. Prediquéme cuanto quiera,
hare sólo el gusto mío.

ESCENA XII

Juana, Inés.

INÉS. Esto, señora, pasó.

JUANA. Calla, Inés, no quieras que oiga
afrentas que son centellas
que el alma me abrasan toda.

INÉS. Esos baldones me dijo
y entre amenazas furiosas,
con la daga én la una mano
y al cuello asida la otra,
lo que llama tus traiciones
me pregunta, y en su boca
es lo malvado, lo infame
la más completa lisonja.

JUANA. Vete, Inés, vete, no ayudes
mi enojo. ¡Estrellas piadosas *(Vase Inés)*
que hasta aquí me fuisteis blandas
y ya para mí tan sordas!

¿De qué abismos espantosos,
de que Libias arenosas
salió este monstruo que intenta
alterar la paz gloriosa
de mis sentidos, y al alma
á los delitos provoca?
La sequedad, la tibieza,
en los maridos tan propia,
si es doloroso sufrirla,
es mucho menos costosa.
Pero la ruindad, la infamia,
la desconfianza sola,
¿qué templo no desquiciara,
de estable firmeza hermosa?
La fábrica de mi honor,
tronco firme, inmóvil roca,
tiembla al verse acometida
con armas tan peligrosas.
Lo que no pudo el halago
lo puede la injuría sola.
Cede mi virtud y el vicio
celebra ya su victoria.
Acosada de mi agravio,
desconozco ciega, loca,
recatos, obligaciones,
alma, gusto, vida y honra.
Sabed, maridos crueles,
que es necedad peligrosa
á la fe pintarla lejos
y al honor fingirle sombras.
Si las honradas me acusan,
si las sufridas me notan,
si me temen las cobardes,
si me infaman las dichosas,
si me condenan las fuertes,
si las cuerdas me baldonan,
mi causa las encomiendo
á las desdichadas solas.

ESCENA XIII

Dicha, Don Diego é Inés.

DIEGO. No ha podido ser mayor
el tiro.
INÉS. Hablad paso. ¿Es cosa
nueva un engaño?
DIEGO. Fingirse
Juana, y ser Leonor.
INÉS. No pongas
culpa al temor de que huyera
de su nombre, cuando llora
tu olvido.
DIEGO. ¡Qué claro engaño
y qué obscuridad!
INÉS. Forzosa,
porque ninguno te vea.
JUANA. Á Inés escucho.
INÉS. Señora,
don Diego.
JUANA. ¿Adviértele aquello?
INÉS. No me tengas por bisoña;
engañar nunca se olvida.
Llegad.

ESCENA XIV

Dichos y Don Juan.

JUAN. O me espantan sombras, (*Aparte*)
ó un hombre ha entrado embozado.
Y en la altura y la persona
me pareció aquél. ¡Oh, vanas
imaginaciones locas!
Mas ¿qué obscuridad es ésta,
qué confusión? No se borran
fácilmente unas sospechas
cuando se encuentran con otras.
No siento á nadie, aunque allí
me parece...
DIEGO. No son pocas (*Á D.ª Juana.*)

las ocasiones, Leonor...

JUAN. Leonor, ¡ah, cielos! mi esposa. (*Aparte.*)

DIEGO. Para empezar mi discurso,
mas dejando por ahora
las demás, sólo diré
lo que al pronto me provoca.
Aquí engañado he venido,
Leonor.

JUAN. ¡Desdicha espantosa! (*Aparte.*)(
Matarélos; mas no escucho
la voz de Leonor, que informa
aún más que el nombre.

DIEGO. Después
que te vi, Leonor, esposa
de don Juan, cuya nobleza,
cuyo valor, cuya gloria
tiene opinión tan lucida,
mi amor marchando en derrota
anegóse, y con suspiros
hizó salva á sus victorias.

JUAN. Con esta satisfacción (*Aparte*)
no se mitigan las olas
de mi temor, mas oigamos.

DIEGO. Leonor, aunque no respondas,
te he de preguntar por qué
en forma tan sospechosa
me has llamado, con el nombre
de tu hermana, cuya historia
á los honrados lastima
y á los cuerdos enamora;
porque mal tratada...

JUANA. Espera,
toda la opinión le torna
á Leonor; con doña Juana
estás hablando.

DIEGO. Señora,
cuanto es mayor la ventura
la extraño más.

JUANA. Yo, yo propia
te llamé.

JUAN. ¡Oh, dulces palabras (*Aparte*)
que el pecho desacongojan!

¡Qué dichosos desengaños
para dudas tan costosas!

JUANA. Turbada estoy, llamé á este hombre *(Aparte)*
para ver si poderosa
era á vencer mi fiereza
la ocasión y la lisonja.
La venganza natural,
la falsa fe, la alevosa
condición de mi marido,
su desconfianza traidora,
todo me arrastra y despeña,
todo á perderme me arroja;
pero ¡oh, virtud! en mi pecho
sola tú logras victoria.
Señor don Diego, es verdad *(Á él)*
que os llamé atrevida y loca
para probar si en mi pecho
podía más que la honra
una injuria, y escuchando
vuestra ternura amorosa,
á un marido descompuesto
quise dar liviana esposa.
Pero en vano, él tan terrible
con su afrenta me baldona;
en vano, vos del amor
me habláis la voz seductora;
en vano una cruel venganza
con su halago me provoca;
en vano es la ocasión cuerda,
en vano la noche es sorda,
pues enmedio de mi agravio,
enmedio de mi deshonra,
aquí, dentro de mi pecho,
se alza una voz imperiosa
que mis planes criminales
echa por tierra y destroza.
Volveos, señor don Diego,
que no es en mí poderosa
la venganza, perdonad
si á la virtud oigo sola.

INÉS. ¡Heroica y noble mujer! *(Aparte.)*

DIEGO. ¿Qué he de decirla? Señora,

vuestras divinas virtudes
despertando en mí la honra,
me obligan...

ESCENA XV

Dichos, Don Sancho.

SANCHO. ¿Á esta hora á escuras
está mi casa?
JUANA. Don Diego,
ruido siento; que os vais luego,
os suplico.
SANCHO. ¿Qué diabluras
será esto?
DIEGO. Ello es error
que en peligro os deje aquí.
JUANA. No temáis nada por mí.
JUAN. ¡Mujer rara! *(Aparte.)*
SANCHO. Aquí hay rumor.
Gran traición á temer llego.
DIEGO. Si para esto me ha llamado,
yo vine desalumbrado
á no volver más que ciego. (*Vase.)*
SANCHO. La voz escucho de un hombre
y de mi mujer la afrenta;
nunca hay sospecha que mienta,
yo haré que el mundo se asombre.
Criados, luces, que es mucho
el peligro. ¡Oh vil traidora!
JUANA. ¡Ay de mí!
JUAN. No estéis, señora,
con pena. *(Á ella aparte, sosteniéndola)*
JUANA. ¡Qué voz escucho!

ESCENA XVI

Dichos, Leonor, Inés y criados, con luces.

LEONOR. ¿Qué es esto? ¿Qué ha sucedido?
SANCHO. Por mis ojos he de ver
mi afrenta antes de vengarla,
mas vengaréla después.

Entrad todos.

JUAN. ¡Oh villano!
¿Tu con espada?

SANCHO. ¿Quién es
el que aquí está con mi esposa?
¿Eres tu?

JUAN. Yo soy, que á ver
vine al tiempo que tu crimen
la honradez de tu mujer.

SANCHO. ¿Qué quieres decir con esto?

JUANA. ¡Ay, Don Juan! ¿Tu aquí?

JUAN. No estés
confusa, que tus virtudes
á todas luces se ven.

SANCHO. Acaso... me haréis traición...
los dos...

JUAN. Marido sin fe.
¡Ah! ¡Cuán poco mereciste
su virtud!

SANCHO. ¿No veis, no veis
cómo los dos se defienden?...
No hay más, él es infiel,
mi mujer es una infame.

JUANA. ¡Cielos cómo desharé
esta sospecha horrorosa!

SANCHO. ¡Oh adúltera!

JUAN. Lucifer,
¿de tu mismo hermano dudas?
Aquí tu fin has de ver
si no la pides perdón.

SANCHO ¿Perdón? Fuera... déjenme,
tomaré de ambos venganza.

LEONOR. ¡Cielos, esposo, detén!

JUAN. ¡Ay hermano, por piedad!

ESCENA XVII

Dichos, Don Diego y Morón.

DIEGO. Señor don Sancho, tened,
que no es justo que pudiendo
satisfaceros, esté
dando lugar á que vos

hagáis lo que no debéis.
Vuestra esposa es el espejo
de la pureza más fiel;
vos la tenéis agraviada,
y como en una mujer
siempre pudo la dulzura
mucho más que amarga hiel,
la vuestra quiso probar
si acaso podría infiel
castigar con su venganza
vuestro ingrato proceder.
Tentó á escuchar mis obsequios;
pero cuando quiso infiel
romper las obligaciones
que os debe como mujer,
pudo tanto en ella el brío
y la fe que os guarda que,
olvidando vuestra injuria,
me hizo una exposición fiel
del motivo que la trajo
á fingir tenerme fe.
Y de oir su desengaño
ahora mismo acabo; ved
si tenéis algún recelo,
que yo le satisfaré.
Agradeced, pues, al cielo
tan peregrina mujer,
que es tanto más beneficio,
cuanto no le merecéis.

SANCHO. ¡Turbado estoy, vive Dios!
¿Qué he de responderle?

JUAN. ¿Ves,
mal hermano? Dí, ¿conoces
si es digna de un proceder
tan inicuo? Yo he escuchado
su conversación; yo, pues,
velando sobre tu honor,
conocí el de tu mujer.

DIEGO. ¿Quedáis, señor, satisfecho?
Señor don Juan, también sé
vuestra distinta conducta;
perdonadme ya y creed

que tendré á mucha ventura
ser amigo vuestro.

JUAN. Pues
yo os miraré como tal.

LEONOR. Esposo, ¡cuán dichosa es
la que os tiene por su dueño!

JUAN. Leonor, tu divina fe
encanta la vida mía
y hará tu dicha también.

SANCHO. Pues, hermano, yo quisiera...

JUAN. No hay que querer ni saber.
Juana hará lo que ella guste.

JUANA. Señor, aunque siempre haré
lo justo, á breves razones.
todos atentos me estén.
Ser mala yo es imposible,
ni ser buena su mujer,
y estas dos cosas no pueden
en mí conciliarse bien.
Su suerte cada marido
labra con su proceder:
todo lo estraga el soberbio,
todo lo triunfa el cortés,
el cuerdo obliga á cordura,
el necio á trato cruel,
á honra el honrado; y, en fin,
el marido hace mujer.
Esto supuesto, yo escojo
por más cuerdo proceder
el romper el matrimonio,
que no el faltar á su fe.
Vuélvome á vivir en paz
en mi tranquila honradez:
quede el ingrato entregado
á la soledad cruel.

SANCHO. Esposa, amiga, conozco
mi error, mi engaño... mas que
mi genio es la causa de ello
conózcolo muy bien; ser
marido en paz no es posible;
siempre haré lo mismo.

MORÓN. Él

es Sancho *á nativitate.*
Ea, degradémosle
de marido por inútil;
mas apuesto, y sin perder,
que más de cuatro mujeres
le apetecen.

JUAN. ¿Para qué?

MORÓN. Para vengarse y hacerle...
lo que tanto temió ser.

FIN DE LA COMEDIA

LA SEÑORA DE PROTECCIÓN

Y

ESCUELA DE PRETENDIENTES

COMEDIA EN DOS ACTOS, ORIGINAL, EN VERSO,
POR D. RAMÓN DE MESONERO ROMANOS

«N'allons point nous appliquer à nous mêmes les traits d'une censure générale; et profitons de la leçon si nous pouvons, sans faire semblant q'on parle à nous.»

(MOLIÈRE.)

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

Doña Úrsula....................................	**Sra. Concepción Velasco.**
Manolita..	**Sra. Joaquina Baus.**
Don Salustiano................................	**Sr. Santiago Casanova.**
Don Luis...	**Sr. Pedro Vignolas.**
Don Claudio.....................................	**Sr. Joaquín Caprara.**
Felipe..	**Sr. Antonio Guzmán.**
Leonor..	**Sra...**

La escena es en Madrid, en sala de la casa de Doña Úrsula. La acción empieza á las diez de la mañana y concluye al anochecer.

(1827)

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Doña Úrsula, Felipe.

ÚRSULA. Sí, mi querido Felipe,
es cierto que te he llamado,
porque nunca como ahora
he menester el amparo

de tu ingenio.

FELIPE. ¿En qué podrá
un miserable lacayo
serviros?

ÚRSULA. Mira, yo tengo
motivos harto fundados
de conocer tu honradez,
tu juicio, talento raro...

FELIPE. ¿Me alabáis? Ya voy creyendo
que os he de ser necesario.

ÚRSULA. Tú te lo mereces todo,
y ha tiempo que me ha pesado
el mirar que la fortuna,
esa rueda en que volteamos
todos, haya pretendido
dejarte siempre debajo.
Esto, Felipe, me inclina
á extender á ti mi brazo
para ayudarte á empujarla.
Si tú te animases algo
valiéndote de tu ingenio,
porque al fin, ¿no eres criado
del ministro?

FELIPE. Ya se ve
que lo soy y que me gano
su confianza... Jamás
se encuentra él tan descansado
en el coche, como el día
que yo guío los caballos.

ÚRSULA. Ya, pero no guías siempre
el coche...

FELIPE. ¡Ah! Sí, eso es claro,
como esas veces me toca
ir atrás muy espetado
haciendo el tieso; ello es
que no somos más que cuatro
para llevar entre todos
los honoríficos cargos
de cochero, mayordomo,
mozo de mulas, lacayo,
portero, ayuda de cámara,
cocinero y secretario

de su excelencia

ÚRSULA. Ya estoy,
pero ello es que con tu amo
puedes tener confianza
para pedirle...

FELIPE. Descaro
para pedirle, no falta;
pero no es eso lo malo,
sino que nada me dé.

ÚRSULA. En fin, ya habrás reparado
las gentes que trato yo;
¡qué señorones! ¡qué majos!
Pues hijito, todos ellos
son pretendientes cuitados
á quienes he seducido
con la protección y amparo
que les ofrezco, y que hasta hoy
supe fingir; yo les hablo
de mi fuerte valimiento
en la corte; ora les hago
creer que con el ministro
vengo de hablar largo rato,
ya les ofrezco llevarles
á este ó aquel potentado,
les cuento en voz misteriosa
anécdotas, casos raros
de estos señores, que yo
invento para estos casos
y... en fin, pero amigo mío,
ya conoces que este estado
no puede durar gran tiempo
y que luego un desengaño...
Pues bien, para evitar éste
es para lo que he pensado
valerme de ti.

FELIPE. ¡Ah, ah! (*Riéndose.*)

ÚRSULA. ¿Te ríes?

FELIPE. ¿Habrá más raro
disparate?

ÚRSULA. ¿Disparate?

FELIPE. Sí, señor, disparatazo
más grande que la fachada

del Hospicio. Digo, ¿es algo?
¡Yo protección! ¡Yo favor!
¡Ah, ah! ¡Medrados quedamos!
¡Ah, ah, ah!

ÚRSULA. Ven acá, tonto
yo sé que eres un lacayo,
un camarero tan solo
y nada más.

FELIPE. Pues es claro.

ÚRSULA. Pues tampoco necesito
otra cosa; yo no trato
de comprometer personas
que puedan ó valgan algo,
sino aquellas solamente
que aparenten, como yo hago,
mucho poder; tú me ves,
ya conoces lo que valgo

FELIPE. Ya.

ÚRSULA. Pues mira, á pesar de eso,
tal mi táctica ha probado,
que si escuchas á esos bobos
que me rodean, con pasmo
les oirás asegurar
que no se da alto ni bajo
destino alguno en la corte
que no pase por mis manos.

FELIPE. ¡Pobres gentes!

ÚRSULA. Pobre ó rica,
lo cierto es que van sudando
y yo me sostengo bien.
Amigo, el tiempo está malo,
soy pobre, tengo una hija
y es preciso industriar algo.

FELIPE. Mas ¿de qué puedo servir?

ÚRSULA. Necesito un asociado
que me ayude en mis proyectos;
el cual, sea cierto ó falso,
siempre debe aparecer
como un señor de alto rango;
verbigracia, un oficial
de covachuela.

FELIPE. ¡Oh, pues alto!

que entonces nadie mejor
que mi compadre y paisano,
que es el que vende muñecos
en la quinta que hay entrando
por Santa Cruz.

ÚRSULA. No me entiendes;
yo de un oficial he hablado
de secretaría.

FELIPE. Ya.

ÚRSULA. Tú, Felipe, eres muchacho
de travesura, y ninguno
podría hacer con más garbo
los papeles que convenga.

FELIPE. ¡Oh! Lo que es para ese paso
me pinto solo, ¡caramba!
como que abajo, en el prado
del Corregidor, soy siempre
la risa de mis paisanos
cuando me pongo á jugar
á dar audiencia.

ÚRSULA. No extraño
sea así, porque no es mucho
que acierte el que á cada paso
tropieza con los modelos
de todos estos traslados.

FELIPE. Y el que con cojos pasea.,.

ÚRSULA. Pues bien, Felipe, premiado
serás por tu desempeño;
entrarás en el reparto
de las comunes ganancias;
mas sobre todo te encargo
el silencio... ¿Qué contestas?

FELIPE. Mandad á vuestro criado.

ÚRSULA. Pues mira, vete ahora á casa,
y á eso de las once y cuarto
vuelve acá, que habrá venido
el señor don Salustiano.

FELIPE. Muy señor nuestro ¿Y quién es
ese caballero?

ÚRSULA. Paso;
Si no me dejas hablar...
Aquese es un mayorazgo

que me visita creyendo
que ha de conseguir un alto
destino por mí. He sabido
interesarle; pero algo
más le interesan las gracias
de mi hija, y es necesario
echar mano á esta ocasión.
yo le he ofrecido mi amparo,
valimiento, relaciones;
pero él insta demasiado
por conocer los sujetos
de que yo tanto le hablo;
y ya ves...

FELIPE. Ya estoy, ya estoy;
vuelvo luego á remediaros.

ÚRSULA. Hombre, mira, escucha aun
y no seas atronado.

FELIPE. ¡Atronado! Como que...
volveré, y con traje guapo,
que para eso el guardarropa
tengo de mi señor amo;
y allí hay uniformes nuevos
de varias clases, y... vamos,
doña Úrsula, ya veréis
quién es Felipe.

ÚRSULA. ¡Cuidado,
por Dios! Prudencia y sigilo.

FELIPE. Vamos, no hay que hablar mas largo,
que de esta hecha, vos y yo
quedamos eternizados. *(Vase Felipe.)*

ESCENA II

Doña Úrsula sola.

ÚRSULA. ¡Quiéralo Dios y no lleguen
á descubrirse los trapos
de mi industria... mas me temo...
Sobre todo, es necesario
actividad .. Ya muy pronto
llegará don Salustiano;
y esta hija... será preciso

hablarla antes con agrado
por si puedo conseguir
que se preste á mis conatos.
Que se casen, sí señor,
que aunque según me persuado
nunca logrará su empleo,
siempre queda mayorazgo.
¡Manolita, Manolita!

ESCENA III

Doña Úrsula y Manolita.

MANOLITA. Me parece habéis llamado,
mamá.
ÚRSULA. Es muy cierto, hija mía.
ven acá que yo te llamo,
aunque parece que temes
el hablar conmigo. ¡Bravo
premio tienen los desvelos
que á tu madre la has costado
por tu bienestar!
MANOLITA. Señora,
yo os tengo tanto amor, tanto...
pero...
ÚRSULA. Pero, ya te entiendo;
lo que tú estás sospechando
es que yo te voy á hablar
del señor don Salustiano;
á decirte lo feliz
que serás con él, si es caso
que se cumplen mis deseos...
Pues sí, hija mía, esto trato
que conozcas, Manolita;
ya sabes que no he gustado
nunca de cosas por fuerza
ni rigores; al contrario,
el puro convencimiento
es lo que en ti he deseado.
Bien, que si tú te opusieras...
en fin, no quiero pensarlo;
ya ves tú que más dulzura

no puedo usar.

MANOLITA. ¿Y es agrado
amenazarme y...

ÚRSULA. No, hija,
no tal; yo no te amenazo,
te aconsejo solamente;
no por un capricho raro,
sino porque estoy tan cierta
de que lo mejor te hablo,
que... ¡pobrecita de ti
si quisieras olvidarlo!

MANOLITA. ¡Válgame Dios!

ÚRSULA. Pero á ver,
hija mía, y no tengamos
la de anoche, porque á mí
contenerme no me es dado,
las réplicas me enfurecen
y no sé lo que me hago.
¿Qué encuentras de malo en él?
¿No es un señor bien portado,
rico, ingenioso y ameno?

MANOLITA. Sí será, ¿niego yo acaso?...

ÚRSULA. Sí será... Pues luego ¿qué?

MANOLITA. Mamá, ya sabéis que amo
y soy amada. ¡Perdón!
Anoche os he revelado
mi secreto.

ÚRSULA. ¿Todavía
insistes en ese raro
capricho? ¿Cómo se entiende?
¿Contra el gusto y el mandato
de su madre compromisos
en su corazón? ¿Y ha dado
con un hombre de carrera
ó un soberbio mayorazgo
que la pueda mantener
del modo que se ha criado?
No señor, con un don nadie,
pretendiente de los malos,
que todo se lo promete
de los méritos pasados
de su padre, su instrucción

y nada más; vamos, vamos,
hija, ese quiere abusar
de la bondad que ha encontrado
en tu alma.

MANOLITA. Pero, señora,
si me ama con ardor tanto;
por eso era el pretender,
por eso sólo ha deseado
lograr...

ÚRSULA. ¿Qué ha de lograr él
con sólo un simple relato
de sus méritos? Y... vamos,
tú, cuando vuelvas en ti,
conocerás el espacio
que media entre él y el que yo
te propongo.

MANOLITA. ¿Pero acaso,
perdonadme, mamá mía,
puede ese don Salustiano
sufrir la comparación
con el talento, el agrado
de don Luis?

ÚRSULA. ¿El talento
de don Luis, el agrado?
Sin duda te habrá rendido
con algún soneto... ¡Fatuo!
Y tú, perra... si no viera
que eres mi hija... mas ¿qué hago?
Yo cortaré este desorden.

MANOLITA. Mamá...

ÚRSULA. Yo le iré enseñando
á ese mozo irreflexivo
á no abusar por más rato
de mi confianza.

MANOLITA. ¡Infeliz
de mí!

ÚRSULA. Pero siento pasos;
él mismo viene á buen tiempo;
yo remediaré este daño.

ESCENA IV

Dichas y Don Luis.

LUIS. Señoras, á vuestros pies.
ÚRSULA. Don Luis, os beso la mano.
LUIS. ¿Cómo, señora, conmigo
tanta seriedad?
ÚRSULA. Yo trato,
don Luis, de haceros notar
mi excesivo desagrado
por vuestro porte.
LUIS. ¿En qué puedo
daros disgusto?
ÚRSULA. Y bien malo,
por serme ya conocida
la intriga que estáis fraguando
contra mí.
LUIS. Señora mía,
desde ahora me preparo
á escuchar una calumnia.
¿Yo intrigas? ¿Yo dobles tratos?
ÚRSULA. No, señor, no hay tal calumnia,
es realidad; mas ¿qué andamos
en misterios? Ella misma,
ella, me lo ha declarado.
LUIS. ¿Ella misma, decís... ¿Quién,
Manolita? ¿Será acaso?...
MANOLITA. Sí, don Luis; yo incautamente
he sido quien ha causado
este enojo, pues creí
adelantar, confiando
á mamá nuestro secreto.
LUIS. Señora, aunque siento tanto
este prematuro aviso,
me consuela, sin embargo,
la idea de que su enojo
no es á lo menos causado
por algún siniestro informe
que tenga de mí; es porque amo
á vuestra adorable hija

y porque de ella he alcanzado
correspondencia.

ÚRSULA. Es verdad,
usando de los engaños
con que á la pobre inocencia
cuesta tan poco trabajo
seducir.

LUIS. No, no señora,
el amor más puro y raro,
la buena fe, la ternura,
éstas las armas que he usado
son para rendir al mío
su corazón; sí, callando
mi pasión de vos, señora,
quise aguardar hasta el caso
que yo en más feliz fortuna
pudiese, sin desagrado
y rubor, á vuestra hija
aspirar; si es que os agravio,
juzgad é imponed la pena.

MANOLITA. Mamá, ¿lo estáis escuchando?

ÚRSULA. Pues bien, don Luis, vos podréis
haber así calculado
ó de otro modo, no importa;
yo de ningún modo hallo
conformes vuestros designios
con los míos.

LUIS. Pues acaso,
señora, para este asunto
os habéis apoderado
del corazón de vuestra hija?

ÚRSULA. Vos podréis preocuparlo
por un momento, más yo
borraré vuestro trabajo.
Ella os ama aún.

MANOLITA. Y siempre.

LUIS. ¿Lo estáis oyendo?

ÚRSULA. Dejadlo,
que yo lo remediaré.
Mi hija oirá mis mandatos
cuando llegue á convencerse
de que todos mis cuidados

son por su felicidad.
En cuanto á vos, si es que acaso
se la deseáis, creedme,
el modo más adecuado
es que os alejéis de aquí.

LUIS. ¡Oh, sacrificio inhumano!
¡Señora!

MANOLITA. ¡Mamá!

LUIS. ¿Es posible
que del interés helado
los fríos cálculos puedan
destruir en vos el santo
eco de naturaleza?
¿Es posible que...

ÚRSULA. ¿Y acaso
los cálculos de una madre
serán menos apreciados
qué los que un extraño pueda
formar, tal vez combinando
su interés más que el de nadie?
Mi hija sabrá dar á entrambos
el valor que tienen.

LUIS. Basta,
señora, que ya ha dejado
el amor paso á la honra.
Al oir en vuestro labio
esa insultante sospecha,
siento ya que, renovado
mi pundonor, arde el pecho.
Sí, señora; si á la mano
aspiré de Manolita,
pude y debí proyectarlo.
Pude, porque si la suerte
me es aún contraria, en mí hallo
méritos para vencerla.
Debí, porque, ya ligados
con el amor nuestros pechos,
era el camino más franco
que me dictaba el honor
para lograr mis conatos.
Pero si un proceder noble
podéis vos interpretarlo

como una infame bajeza,
como un cálculo pensado,
por mi parte, desde luego
sacrifico mi descanso
por el bien que á vuestra hija
queréis procurar. ¡Me arranco
de su vista, y quiera Dios
lleguéis por fin á alcanzarlo! *(Vase.)*

ESCENA V

Dichas, menos D. Luis.

MANOLITA. No, don Luis, no; deteneos.
ÚRSULA. ¿Cómo, loca, tal descaro?
¡Llamarle así! ¡Hija malvada
y desobediente!
MANOLITA. ¡Santo
Dios, tened piedad de mí! *(Llora.)*

ESCENA VI

Dichas y Don Claudio.

CLAUDIO. ¿Qué demonios os ha dado
que, una vez que me da gana
de venir á veros, hallo
gritos, confusión, desorden?...
¿Qué es lo que tenéis? Sepamos,
¿Por qué llora Manolita?
¿Por qué don Luis va tan bravo
atropellando al que encuentra
por esa escalera abajo?
¿Eh?
ÚRSULA. Mucho quieres saber
antes de haberte informado
de nuestra salud.
CLAUDIO. Ya veo
que es buena; digo, aquí hablamos
de la tuya, porque nunca
estás tú mejor que cuando
haces mal.
ÚRSULA. No me esperaba

menos de mi buen hermano.

CLAUDIO. Porque lo soy te conozco,
y sé que por trastornarlo
todo y mangonear,
querrías echar abajo
aunque fuese el Escorial.

ÚRSULA. Pues aquí, señor hermano,
yo no me meto en negocios
de nadie, que los que trato
tocan á mí sola, sola...
Si fuera como tú, acaso,
que no has pasado la puerta
cuando ya estás preguntando.

CLAUDIO. Tienes razón, mas ya sabes
que esto, Úrsula, no lo hago
por curiosear.

ÚRSULA. ¿Pues por qué?

CLAUDIO. Por compasión y cuidado
de esa pobre criatura,
á quien veo ahogada en llanto
y víctima, me figuro,
de tus enredos.

ÚRSULA. Hermano,
yo no tengo que dar cuenta
á nadie de lo que hago.
Pero ¡ay, Dios! las once ya... *(Mira el reloj.)*
Muy pronto don Salustiano
vendrá, y yo estoy sin vestir.
Mira, Manolita, vamos,
ya sabes lo que te quiero
aunque digan; vé á mi cuarto
y llévame la dulleta
al tocador; y vos, sabio
regañón, venid conmigo
ó quedaos ahí rezando.

CLAUDIO. No, no; anda en paz, cabalmente
hago yo siempre descanso
á estas horas, en la tienda
de Ceferino.

ÚRSULA. Pues vamos.
á Dios, y tú, Manolita,
ves á hacer lo que he mandado.

ESCENA VII

Dichos, menos doña Úrsula.

MANOLITA. Ya voy.
CLAUDIO. Ven acá, sobrina,
ven acá, y que espere un rato
esa loca... No digo esto
porque tú no hagas de ello caso,
que al fin es tu madre; pero
yo no puedo remediarlo,
me enfadan sus aprensiones;
y aunque ella es...
MANOLITA. ¡Ay, tío amado,
qué desdichada que soy!
CLAUDIO. Pero ¿qué tienes, sepamos
qué ha sucedido... ¿Á que acierto?
Tal vez tú querrías algo
á don Luis.
MANOLITA. Sí, tío mío;
le amaba, señor, le amo:
éste era nuestro delito;
pretendimos ocultarlo
de mi madre, por temor
de saber su desagrado.
Pero cuando lo ha sabido,
porque yo, necia, pensando
interesar su cariño
se lo confié, ha enojado,
ha despedido á mi amante,
y con expreso mandato
quiere obligarme el amor
de un cierto don Salustiano,
el hombre más insufrible...
CLAUDIO. Pero ¿qué encuentra de malo
en don Luis?
MANOLITA. Su pobreza.
CLAUDIO. Ya se ve, pero alcanzando
un destino, ya podría...
él es un joven honrado,
de méritos, buenas prendas,

y lo alcanzará.

MANOLITA. Pensando
conseguirlo, dilataba
el solicitar mi mano
de mi mamá, pero ya...

CLAUDIO. Pero ya todo lo ha echado
á rodar. Pues, hija mía,
ya sabes lo que te amo;
yo he de hacer por ti y por él,
porque también le he tratado,
cuanto puedas figurarte.
¡Qué diántres! Es buen muchacho;
su padre fué amigo mío
y hombre de bien... empleo... vamos
yo veré de que se arregle.

ÚRSULA. *(Dentro.)* ¡Manolita!

MANOLITA. Está llamando
mi mamá; adiós, mi buen tío.
En vuestro apoyo descanso.
¿Veréis á don Luis? ¿Y á mí
me volveréis á ver?

CLAUDIO. Vamos,
hija mía, te repito
que tengo de ser tu amparo:

MANOLITA. Pues el cielo y mi esperanza
guien siempre vuestros pasos.
(Le besa la mano y se va.)

ESCENA VIII

Don Claudio solo

CLAUDIO. ¡Pobre criatura, caramba!
Por poquito rompo en llanto.
Pero esta bendita hermana,
por componerlo á su agrado...
¡Ah mujeres! Pues señor,
la ocasión dicen que es harto
ligera cuando se trata
de hacer bien; pues ea, vamos
á buscarla, y si la pillo
tendrás, Úrsula, un buen rato.

ESCENA IX

Don Claudio, Don Salustiano.

SALUSTIANO Buenos días... No responde
nadie... ¡Hola!... pasad recado
á vuestra ama, que aquí estoy.
CLAUDIO. ¿Quién será este mentecato?
SALUSTIANO ¿No vais? ¿no oís?
CLAUDIO. Poco á poco,
mi señor don Sublimado,
poco á poco.
SALUSTIANO ¿Cómo qué?
¿Á mí razones? ¿reparos?
CLAUDIO. Á vos reparos, razones,
ya que tan desrazonado *(Con tono resuelto.)*
venís... ¿Quién sois?
SALUSTIANO Que está aquí
decidla don Salustiano
Canastel, Castro, Lorinos
de Benavides y Hurtado
de Mendoza.
CLAUDIO. ¿Qué? ¿Sois vos
don Salustiano? ¡Acabáramos!
SALUSTIANO Vamos, pronto, id á avisarla.
CLAUDIO. Pues señor don Salustiano
Longinos y Canastel
y Benavides y Hurtado
de Mendoza, yo no quiero.
SALUSTIANO ¿Sabéis á quién vais hablando?
¿Sabéis que soy descendiente
línea recta del padrastro
de la dama más querida
del augusto Carlomagno?
¿Qué soy regidor perpetuo
preeminente y decano
del insigne ayuntamiento
de Santillana? ¿Qué acaso,
por ser el hombre más grande
de mi familia, me encajo
de adelantado mayor

del Pisuerga, y los condados
de Mar Verde y Cien Estrellas
á la muerte de un hermano
del sobrino de mi tío
don Hermógenes de Castro?
¿Sabéis...?

CLAUDIO. No me contéis más,
que con lo que habéis hablado
bastante hay para saber
que perezco si os aguanto
un rato más.

SALUSTIANO ¡Cómo que
inaguantable yo! ¡Raro,
insulto! ¡Óh! preciso es
que, si sois noble, en el campo
me déis la satisfacción.

CLAUDIO. ¿Yo satisfacción? Ni hablaros.
Andad, andad allá dentro
á escuchar los desagravios
de la tonta de mi hermana.

SALUSTIANO ¿Vuestra hermana? ¿Pues acaso
quiero yo algo á vuestra hermana?

CLAUDIO. Como la andabais buscando...

SALUSTIANO Pero ¿qué? ¿Será posible
qué seais vos el hermano
de mi noble protectora,
de doña Úrsula, el don Claudio
de quien sé tantas noticias?

CLAUDIO. Servidor.

SALUSTIANO ¡Ah, digno hermano
de la hermana más cumplida
que un mismo pecho mamaron!
¿Por qué no os manifestabais
y me hubierais visto echado
á vuestros pies y lamiendo
el polvo á vuestros zapatos?

CLAUDIO. Este hombre es loco.

SALUSTIANO ¡Jesús,
qué pesadumbre me han dado
las palabras descompuestas
que os contesté! Pero ¿acaso
cómo era fácil pensar?

CLAUDIO. Conque eso es decirme claro
que por mí no me merezco
vuestra atención; si la alcanzo,
es tan sólo por mi hermana.

SALUSTIANO No, señor, no; yo no trato
de lisonjas... Seducido,
pude al principio faltaros
al respeto y atenciones,
teniéndoos por un criado
de esta casa; pero luego
que contemplé con cuidado
esas facciones augustas,
un pavor involuntario
se apoderó de mi pecho
y me inclinó á respetaros.
Pues, á no haber sido así,
¿cómo hubiérais libertado
sin que mi osado bastón...

CLAUDIO. Poco á poco; hasta ese caso
la chanza hubiera sufrido,
pero más... que aunque mis años
son bastantes, me parece
no hubiera necesitado
de ayuda para dejar
vacantes vuestros condados.

SALUSTIANO Con ellos favorecéis
mi humildad piadoso y franco;
pero aún no puedo admitirlos
hasta que Dios soberano
haga que un buen sarampión
lleve al eterno descanso
á toda la parentela
de mi tío.

CLAUDIO. El cielo santo
lo disponga por que os toque...

SALUSTIANO Pues ahí voy, señor don Claudio,
porque me toque ocupar
el puesto que está anhelando
mi virtud... ¡Oh! cuando llegue
ya estaré condecorado
con el empleo vacante
de covachuelista que ando

pretendiendo y que sin duda
recibiré de la mano
de vuestra apreciable hermana.

CLAUDIO. Pues qué, decidme, ¿ha vacado
ese empleo? ¿Y para vos
le queréis? ¿Y confiando
en mi hermana os persuadís
que ella os lo dé?

SALUSTIANO Así lo aguardo
de su inefable bondad,
mientras que quedo rogando
al cielo guarde piadoso
su vida por muchos años.
Madrid, veintitrés de Octubre...
¡Pero, ay, Dios! Seguí pensando
que dictaba un memorial...
¡Tiene uno dictados tantos!
En fin, señor, si queréis
saber los méritos raros
con que pienso pretender,
pasad, pasad por un rato
la vista por ese escrito,
en que una indicación hago
de varios de ellos.

CLAUDIO. ¡Caramba!
Indicación, y son largos
catorce pliegos ó quince.

SALUSTIANO Pues mirad, aún he callado
la mitad; mas ya se ve,
como tengo que tomarlo
desde el primer Canastel,
tengo que contar los pasos
de moros, y luego...

CLAUDIO. Y luego
acabar con los cristianos.
¡Hay hombre más insufrible! *(Aparte.)*
Pero, señor, no perdamos
el tiempo... Pues, señor mío,
yo os deseo el resultado
que queréis.

SALUSTIANO El cielo lo haga;
pero qué, ¿vais á marcharos

sin escuchar?

CLAUDIO. Nada, nada,
tengo el tiempo muy escaso
para tanta historia. Ahora
mandadme.

SALUSTIANO Vos ordenado
dejad, que antes que acabéis,
cumpliré vuestros mandatos.

CLAUDIO. Adiós... basta.

SALUSTIANO Permitid,
siquiera hasta el portal, vamos.
(*Don Salustiano le acompaña y vuelve á salir.*)

ESCENA X

Don Salustiano solo.

SALUSTIANO En fin, se trampeó muy bien;
buena la hubiera logrado
con atraerme el enojo
no menos que del hermano
de mi protectora... ¡Oh! no;
la insolencia y el descaro
se pueden tener muy bien
cuando no necesitamos;
pero antes de que esto llegue,
la adulación es del caso.
Cierto salteador subió
con una escala á una altura,
y luego que se asegura,
la escala al suelo arrojó.
Ella sus quejas le dió
por el pago ingrato y fiero,
y el ladrón dijo: «Grosero
»instrumento, ¿qué creíste?
»Para subir me serviste,
»para bajar no te quiero».
Mas doña Úrsula está aquí.

ESCENA XI

Don Salustiano y Doña Úrsula

ÚRSULA. Pues calle, don Salustiano,
¿vos aquí?
SALUSTIANO Y á vuestros pies
hace tiempo hubiera estado,
si no me hubiera salido
al encuentro vuestro hermano
en esta sala.
ÚRSULA. ¿Aquí estaba?
SALUSTIANO Sí. y hemos estado hablando,..
¡Qué bondadoso carácter!
ÚRSULA. ¡Ah! Señor don Salustiano,
vuestra educación tan sólo
es la que os hace alabarlo.
Su carácter es adusto.
pues aunque sea mi hermano,
no dejo de conocer
sus defectos.
SALUSTIANO He notado,
en efecto, su acritud
y lo que tal vez llamamos
espíritu fuerte... ¡Á fe
que á no haber sido mirando
su parentesco con vos...!
ÚRSULA. Pues qué, amigo, ¿os faltó en algo
al respeto? ¿respondió
malamente? ¡Ah, desdichado!
SALUSTIANO Lo que es faltarme al respeto
ni responderme algo malo,
no lo hubiera yo sufrido;
pero me echó, sin embargo,
ciertas indirectas... Mas
dejando ahora á vuestro hermano,
á quien vos calificáis
y yo desde ahora proclamo
de insulso y necio, ¿qué tal
vamos de asuntos? Al caso.
ÚRSULA. ¡Oh, amigo! Nuestros asuntos

van ahora navegando
viento en popa y... Pero creo
que se habla mejor sentados.

SALUSTIANO Tenéis razón. (*Siéntanse.*)

ÚRSULA. Pues amigo,
de pronto nos encontramos
con un hallazgo importante;
un sujeto de elevado
carácter, un oficial,
por lo menos, del Despacho.

SALUSTIANO ¿Y ese sujeto podrá...

ÚRSULA. ¿Cómo qué podrá? Eso es claro;
podrá y querrá... Es todo un hombre.
Todas las tardes va al Prado
con su excelencia, y tras él
siempre consigue arrastrarlo.

SALUSTIANO Pero ¿no mereceré
tributar mis holocaustos
á esa deidad? ¿Dónde vive?

ÚRSULA. No tenéis que molestaros,
porque él mismo vendrá aquí
muy pronto, según quedamos
ayer noche en la tertulia
del conde de Pozos Agrios.

SALUSTIANO ¿Él mismo vendrá á esta casa?
¿Y es oficial del Despacho?
Ahora digo, señora,
sois el eje soberano
sobre que gira la rueda
de la corte y el Estado.
Sólo una palabra vuestra...

ÚRSULA. Amigo don Salustiano,
aunque decís la verdad
en el fondo, sin embargo,
las palabras son palabras
y las obras... ¿eh? ¿Digo algo?

SALUSTIANO Decís muy bien.

ÚRSULA. Pues ahí voy,
porque siempre es necesario
insinuarse una y...

SALUSTIANO Señora,
un soberano mandato

debe ser la más ligera
insinuación vuestra.

ÚRSULA. Vamos,
no me entendéis; decir quiero
insinuarse una, mostrando
su agradecimiento.

SALUSTIANO ¡Oh! eso
es muy cierto; en los humanos
el agradecer es prenda
muy loable, y el más grato
premio de sus esperanzas.

ÚRSULA. Pero amigo, vamos claros,
no estamos ya en aquel tiempo
en que era el único pago
del hombre la gratitud,
ó sólo algún otro ramo
de laurel; oros son triunfos,
y si una no entra arrastrando
con ellos, es imposible
llevar la baza á su lado.

SALUSTIANO Señora, lo mismo digo,
y por eso hice ya encargo
á mi casa, que me envíen
los refuerzos necesarios,
y en breve podré ofreceros
las resultas.

ÚRSULA. Yo he pensado
que no quedaremos mal;
porque, amigo, es gordo el pavo,
y hay que afinar tantas teclas...

SALUSTIANO De todo estoy penetrado.

ÚRSULA. En fin, lo que es por ahora,
no es deciros que hace al caso
gran cantidad, pero es bueno
tener preparado el campo.

SALUSTIANO ¿Como cuánto?

ÚRSULA. Unas diez onzas
que bastarán, me persuado.
Casi me cuesta rubor
decirlo; mi genio es malo
para cosa de intereses.

SALUSTIANO Dejemos eso; á ver, vamos

ahí van doce, y disponed
lo que fuese necesario.

ÚRSULA. ¡Oh! En cuanto á eso, descansad,
que esto será administrado
cual si fuese mío propio.

SALUSTIANO Créolo así, con que al caso;
ello fué que aquel sujeto
quedó, por fin, penetrado
de mis circunstancias y...

ÚRSULA. De todo quise enterarlo
y yo no sé cómo tarda
tanto... ¿Traéis, por si acaso,
vuestra representación?

SALUSTIANO Siete copias he sacado
por si fuesen menester,
y si es que en ello no os canso,
podemos entretenernos
en leerla.

ÚRSULA. Sí; á ver.

SALUSTIANO Vamos... *(Lee.)*

«SEÑOR:

» D. Salustiano Díez Canastel, Castro, Benavi-
» des, Hurtado de Mendoza, y Lorinos, vecino y
» regidor perpetuo, preeminente y más antiguo de
» de la insigne y leal villa de Santillana, en la pro.
» vincia de Santander; señor *in totum* de la alca-
» heria de Tres Ovejas en el valle de Pas; cadete
» supernumerario del regimiento de milicias de
» aquella provincia, etc., etc. P. A. L. R. P. de
» V. M., con la mayor sumisión, veneración y pro-
» fundo respeto, expone;»

ÚRSULA. La entrada es majestuosa.

SALUSTIANO Lo creo así necesario
por que luego no se crea
que soy alguno de tantos
pretendientes... no señor.
Mas parece que llamaron.

ÚRSULA. Sí, señor, y cabalmente
es el sujeto indicado;
el señor don Emeterio.

SALUSTIANO Pues en tal caso, la guardo.

ESCENA XII

Dichos y Felipe, vestido elegantemente.

FELIPE. Señores, á vuestra orden.
ÚRSULA. Don Emeterio, la mano
os beso.
SALUSTIANO Servir á usía...
ÚRSULA. Ved aquí á don Salustiano
Canastel, de que os hablé
en casa de Pozos Agrios.
FELIPE. ¡Canastel!... *(Como que recuerda.)*
SALUSTIANO Servidor vuestro.
ÚRSULA. Sí, aquel señor mayorazgo...
FELIPE. ¡Ah! sí. Ya no me acordaba.
Ya se ve, no es nada extraño;
tiene uno tan empapada
la cabeza con los varios
negocios que...
SALUSTIANO Ciertamente
que siempre me causa pasmo
el ver que usías se acuerden
de nada. Ya se ve, tantos
negocios y tan diversos,
sólo un don del cielo, raro...
FELIPE. Sí; cierto.
SALUSTIANO Pues señor mío,
contando con el agrado
de usía, que esta señora
me ha ofrecido, voy al caso.
Llamaré la alta atención
de usía sobre los raros
méritos que me acompañan,
y de que usía informado
se halla ya, y cuando vuecencia
(usía digo) haya visto algo
de esta representación,
verá que en nada le engaño.
¿No es verdad, señora mía?
ÚRSULA. Seguramente en el caso
del señor habrá muy pocos,

muy pocos.

SALUSTIANO Y así explicarlo
he querido por menor
en ese papel; ahí hablo
de los méritos brillantes
que obtuvieron mis pasados
en la acción de Guadalete,
luego al lado de Pelayo,
después con el rey Favila,
y voy así adelantando
hasta que vengo á acabar
en el señor Carlos cuarto,
y luego entro yo..

FELIPE. ¿Á reinar?

SALUSTIANO No señor, á ser vasallo
lleno de buenos servicios.

FELIPE. Pues señor, yo he imaginado
que ese vuestro memorial
será muy bueno enviarlo
al Archivo de Simancas
á informe, por ver si acaso
faltáis en algo á la historia.

SALUSTIANO Yo faltar ¡ah! Cien ducados
me ha llevado por hacerle
mi abogado, don Pedancio,
y dice que todo es cierto,
y que está bien comprobado
en no sé qué cronicón;
con que creerlo ó matarlo.

FELIPE. Ni lo uno ni lo otro,
pero ya de más hablamos.
¿Cómo decís que os llamáis?

SALUSTIANO Me llamo don Salustiano
Canastel, para serviros.

FELIPE. ¿Canastel? Está al despacho.

ÚRSULA. ¿Cómo qué?

SALUSTIANO Señor; usía
me permitirá si acaso
le digo que en este punto
usía está equivocado.

FELIPE. ¿Yo equivocado? ¿Sabéis
que decís? Á un secretario

del rey? ¿Sabéis quién soy yo?

SALUSTIANO Verdad es... señor... pensando
que usía...

FELIPE. Pensábais mal.

SALUSTIANO Como aún no había entregado
el memorial, me creía
imposible que al despacho
estuviese ya

FELIPE. Callad,
Veo sois un pobre diablo
en esto del pretender.
Compasión me habéis causado
y he de daros un consejo.
Buscad salir del despacho
antes de hacer memorial,
que una vez ya presentado,
no hay quien pueda desviarle
del camino real, que es largo.

SALUSTIANO ¡Ah, señor! Perdone usía.

FELIPE. Vuestro ignorantismo craso
intercede por vos... luego
esta señora... en fin... vamos,
don Canastel, no haya miedo,
muy luego veréis logrado
vuestro anhelo.

ÚRSULA. Pero amigo,
¿cómo es posible lograrlo
si hasta ahora...

SALUSTIANO ¿Qué, no ha instruído
el expediente?

ÚRSULA. Un recado.
Oídme aquí, si queréis
permitir, don Salustiano.
Felipe, doce onzas tengo *(Aparte á Felipe)*
para repartir; cuidado,
por amor de Dios, te ruego
que no lo eches todo al diablo.

FELIPE. *(Aparte.)* Descuidad en mi despejo,
que yo sé lo que me hago.
Pues, en fin, señor, sabed
que estáis, no hay duda, al despacho
antes de hacer memorial;

pero como es necesario
guardar las formas... ¿me explico?
será preciso que á mi amo,
digo mi jefe, paséis
á entregar ese alegato
sin daros por entendido...
y mirad, para encontrarlo,
vais á la hora de comer
á su casa, y preguntando
por Felipe, os llevará
hasta el cuarto de su amo,

SALUSTIANO Yo quedo reconocido,
hasta el extremo más alto.
á los enormes favores
que usía me ha dispensado.
¡Ah, fortuna, ten sujeta *(Aparte)*
tu rueda, que si esto alcanzo,
yo me vengaré muy pronto
de las usías que he dado!

FELIPE. Por ahora os abandono. *(Mira el reloj.)*
Las once; voime acercando
hacia la secretaría,
porque los altos trabajos
que pesan sobre nosotros
á toda prisa llamando
están el grave refuerzo
de mis talentos.

ÚRSULA. Pues vamos;
no detenerse un momento,
que el servicio del Estado
es lo primero.

FELIPE. No, y luego
que aún no me ha quedado un rato
para leer la *Gaceta;*
conque señores...

SALUSTIANO Si en algo
puedo complacer á usía...

FELIPE. ¡Ah! se me había olvidado
advertiros al principio:
para otra vez os allano
el tratamiento.

SALUSTIANO Favor.

FELIPE. Conque adiós.
SAL. Y ÚRS. Bésoos las manos.
(Le acompañan los dos y vuelven á salir.)

ESCENA XIII

Don Salustiano y Doña Úrsula.

ÚRSULA. Conque, amigo, ¿qué decís?
SALUSTIANO Señora, mi mayorazgo,
regidorato y cordones
de cadete son escasos
premios á tantos fávores.
ÚRSULA. No tanto, amigo, no tanto;
con lo primero me basta.
SALUSTIANO Pues ya por vuestro contadlo
y... en fin, el tiempo es precioso,
voy á casa, y de aquí á un rato
iré á ver á su excelencia.
ÚRSULA. ¿Y qué os parece en el trato
don Emeterio?
SALUSTIANO Apreciable
sujeto, aunque me ha chocado
algún tanto su acritud
y me parece algo vano,
porque con un caballero
como yo... Pero, en fin, vamos,
ésta es regla general
en personas de alto rango.
¡Qué le hemos de hacer! Sufrirlo.
El pretendiente, negados
debe tener los oídos
á las injurias, y el labio
para suplicar, abierto,
para replicar, cerrado.
ÚRSULA. Cierto que estáis en la cuerda
del pretender. ¡Cuántos fatuos
pierden su tiempo y afanes
después de haber aguantado
gran tiempo, porque al mejor
se ven de paciencia faltos,
quieren revolverse un poco

y... zas... lo echan todo abajo.
No, señor, tener los bríos,
que después de ya logrado
el objeto, queda tiempo
para hacer cerrar el labio
á los demás.

SALUSTIANO Cicerón
no hubiera dicho otro tanto.

ÚRSULA. Pero ¡ay Dios! mi pobre hija,
que hace tres horas ó cuatro
que no la veo.

SALUSTIANO Tampoco
estas cosas me han dejado
tributarla hoy mis suspiros,

ÚRSULA. ¿Suspiros? Sí, ¡qué tiranos
son los hombres! ¡Pobrecita!
Apuesto á que está llorando.

SALUSTIANO Llorando decís, ¿por qué?

ÚRSULA. Sí, señor, digo llorando.
¿Qué, no hay más que verse expuesta
á quedar sin un amparo
el día que yo la falte?
¡Pobrecita!

SALUSTIANO No hay cuidado
señora, podéis pensar
que no llegará este caso.
Manolita tiene prendas
de un mérito extraordinario
para encontrar un sujeto
muy digno de ser su amparo.

ÚRSULA. Varios ha tenido ya,
pero nada; porque en dando
en encapricharse de uno...

SALUSTIANO ¿Cómo? Señora, ¿ha mediado
alguna pasión ya?

ÚRSULA. ¡Ay triste
hija mía!

SALUSTIANO ¿Y podré acaso
saber quién es el dichoso?

ÚRSULA. Amigo don Salustiano,
no hay que hacer que no entendéis,
no señor, no viene al caso;

si no hay para qué; si aquí
no se os dice nada.

SALUSTIANO Es raro;
será posible que yo...
¡Pero qué! Si es al contrario;
si por más que la enamoro,
hasta ahora siempre he encontrado
los desprecios manifiestos.
Verbigracia, ayer, bajando
la escalera, la ofrecí,
como es regular, la mano,
y por no dármela, luego
empezó á saltar de cuatro
en cuatro los escalones
que por poco va rodando.

ÚRSULA. ¡Pobrecita! Hace muy bien,
que siempre es muy mal mirado
en una joven de honor
el dar á torcer su brazo
confesándose vencida;
pero ¡ay Dios! ¡qué estoy hablando!
Si ella lo llega á entender...
¡Por Dios!

SALUSTIANO No paséis cuidado
que no soy tan imprudente.
El único uso que hago
de estas felices noticias
es para avivar el trato
convenido entre nosotros
y presentarla mi mano.

ÚRSULA. ¡Ah! ¡Cuánto os he de deber,
amigo!

SALUSTIANO Nunca yo pago
favores como los vuestros.

ÚRSULA. Contad con mi débil brazo
Pero ¡ay! ya se me olvidaba
deciros lo que he pensado,
y es que yo quiero pasar
á ver al ministro, cuando
vos le hayáis hablado ya.
Ello, sí, es nuevo trabajo,
porque habrá que enjaretar

un vestido más aseado,
pues sabéis que los señores
se dejan llevar de trapos.
Pero creo habrá bastante
con lo que me disteis.

SALUSTIANO. Vamos,
y si no estoy aquí yo.
En fin, amiga, descanso
en vuestra industria y talento,
y desde ahora aseguraros
puedo que si este destino
deseo con furor tanto,
es ya con el solo objeto
de añadir nuevos dictados
á mi nombre, por rendirlos
de vuestra hija al encanto.

ÚRSULA. Señor...

SALUSTIANO. Logre yo el destino,
que después sabré lo que hago. (*Aparte.*)
Conque á la tarde vendré
á contar mis adelantos.

ÚRSULA. En fin, señor, decidido
estáis...

SALUSTIANO. Á ser vuestro amado
hijo y siempre agradecido.

ÚRSULA. Pues ved al ministro, en tanto
que yo aviso á Manolita,
de la fortuna que guardo
á vos con mi protección
y á ella con vuestro amparo.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Doña Úrsula, Felipe.

FELIPE. Y bien, doña Úrsula amiga,
¿quedaisteis de mí contenta?

ÚRSULA. Sí, Felipe, que lo has hecho

que ni que fueses de veras.

FELIPE. Valgo yo mucho.

ÚRSULA. Bien dices;
mas díme, ¿en cuáles escuelas
aprendiste las cosazas
que decías?

FELIPE. ¡Buena es esa!
Algo me ha de servir ser
criado de su excelencia.

ÚRSULA. Tienes razón.

FELIPE. Escuchad,
y si necesario fuerá
el que remede á mi amo,
veréis una cosa buena.

ÚRSULA. No, hombre, no; porque en el mundo
son las medidas diversas
para medir las acciones
de los hombres, de manera
que lo que con unos gracia,
con otros es desvergüenza.

FELIPE. ¡Ya!

ÚRSULA. Pero de serme útil
nueva ocasión se presenta.
Oye, pues: don Salustiano,
como viste, es el que entrega
el memorial al ministro.

FELIPE. Ya le entregó.

ÚRSULA. ¿Hablas de veras?

FELIPE. Yo mismo le he visto entrar
y al cuarto de su excelencia
hice que mi compañero
le introdujese.

ÚRSULA. Y bien, sea;
que le habló; todo va bien;
pero el caso es la promesa
que hice al otro, de que yo
vería esta tarde mesma
al ministro.

FELIPE. Y bien, en eso
¿qué puede ser que no sea?

ÚRSULA. Ya ves que no lo he de hacer

FELIPE. Me veis á mí, y haced cuenta

que le habláis.

ÚRSULA. Sí, pero yo
buen resultado quisiera
fingirle de tal visita...
pero... ¡ay, cielos, y qué idea
me ocurre!

FELIPE. ¿Nueva tramoya?
Tengamos en paz la fiesta.

ÚRSULA. No tengas miedo.

FELIPE. *Ante totum,*
ahora que se me acuerda:
vos hacéis bailar al perro,
pero en punto á recompensa...

ÚRSULA. Deja esa tema, simplón.

FELIPE. ¿Cómo que deje esa tema?
¡Pues no faltaba otra cosa!
Cargue usted con una mesa
de secretaría, vista
uniforme, dé usted audiencia
y luego nada, ¿eh?

ÚRSULA. Pero hombre,
Si no digo yo...

FELIPE. ¡Canela!
Pues yo sí digo y redigo,
y yo no soy un cualquiera.

ÚRSULA. Si no me dejas hablar,
Felipe, por Dios, prudencia;
yo tenía doce onzas.

FELIPE. Las seis prontamente vengan.

ÚRSULA. Eso pensaba yo hacer,
mas mi maldita promesa
de ver al ministro ha sido
la causa de que no pueda
cumplir contigo. Ya ves,
he comprado esta dulleta
para engañar más al otro
y que la visita crea;
pero...

FELIPE. Pero ¿ello es, en fin,
que he trabajado para ella,
y que con mis relumbrones,
mi señoría, mi mesa

y *coram vobis,* tendré
que pedir una peseta
prestada, si quiero ir
esta noche á la taberna?
¡Maldito vestido, amén!

ÚRSULA. Pues mira, en tu mano mesma
está el remedio de todo
y que haya moneda nueva
para repartir. El hombre
no es ningún hombre cualquiera,
sino un hombre generoso
como hay pocos... Si quisieras
llevar la industria adelante...
Ya se ve, si tú te empeñas,
todo á rodar lo echarás;
pero de eso ¿qué aprovechas?

FELIPE. No, señora; no me empeño;
mas si vos la tesorera
habéis de ser, abrenuncio.

ÚRSULA. ¡Calla! No te ensoberbezcas.
Yo necesito de ti;
pues bien, ¿he de ser tan necia
que quiera que rompas lanzas
conmigo? No, no; dispuestas
tengo las cosas de modo
que tú por tus manos mesmas
recibirás, no hay dudarlo,
el premio de tus tareas.

FELIPE. Eso acoto, y aun así,
plegue á Dios no se me vuelva
humo, que lo mal ganado
diz que el diablo se lo lleva.

ÚRSULA. No tengas cuidado.

FELIPE. No...
Mediáis vos... Mas se me acuerda
un cuento.

ÚRSULA. Pues cuéntale.

FELIPE. Sí, que viene aquí de perlas.
Dos gatos se concertaron
para robar un capón,
y en la más pérfecta unión
sus deseos realizaron.

Sacándole, pues, entero,
ni uno ni otro le soltaba,
pues cada cual intentaba
pegársela al compañero.
Primero graves razones,
después terribles maídos,
luego hubo fieros bufidos,
por fin, sendos aruñones;
hasta que, entre horrendo grito,
se trabó la lucha fiera,
mientras que la cocinera
cobró el cuerpo del delito.
Cansáronse de cuestión
y en repartir convinieron;
más fué después que perdieron
su industria, sangre y capón.
El cuentecillo aplicad
y vamos á un acomodo,
que suele perderse el todo
por no ceder la mitad.

ÚRSULA. Eres el diablo.

FELIPE. Algo más;
mas con vos soy un cualquiera.

ÚRSULA. Ahora es menester que yo
te diga esta industria nueva...
Ven conmigo; por la calle
te la diré, que no sea
me encuentre don Salustiano;
mas aquí viene Manuela;
dejaré dicho que aguarde.

ESCENA II

Dichos y Manolita.

ÚRSULA. Mira, hija, á una diligencia
Tengo que salir; cuidado
con llorar y darme penas.
Si viene don Salustiano,
háblale y no estés tan seria,
ni te escondas como sueles,
que me ha dado ya mil quejas.

¿Entiendes?

MANOLITA. Pero mamá...

ÚRSULA. Vamos, no hay pero ni pera.
¡Ah! y que aguarde, que pronto
vuelvo... Conque adiós.

FELIPE. ¡Qué bella
cara! ¡Lástima me da
hacer que la ensucie un bestia!

MANOLITA. Abur, mamá.

FELIPE. Señorita,
quedaos con Dios. (*Vanse Felipe y Úrsula.*)

ESCENA III

Manolita sola.

MANOLITA. ¡Ay, qué pena!
¡Siempre á llorar condenada!
¡Cielos! si mi madre fuera,
á dar tal vez algún paso
que mi sacrificio deba
consumar... ¡Ay, Manolita
infelice! ¡Sólo penas
te esperan ya! Se acabaron
para ti las placenteras
horas. ¡Soledad y llanto
es sólo lo que te queda!
Luis... mi querido Luis,
¿Que haces, mi bien? ¿Te acuerdas
de tu Manolita?

ESCENA IV

Dicha y Don Luis.

LUIS. Sí,
prenda mía; siempre en ella
pensando estoy; siempre la amo
con la pasión más violenta.

MANOLITA. ¿Cómo, don Luis... vos aquí?

LUIS. Sosegaos, nada tema
vuestro recato de mí.

¡Ah! perdonad mi imprudencia
en turbar vuestra quietud.

MANOLITA. Pero ¿cómo hasta esta pieza
habéis llegado?

LUIS. Bien mío,
para el amor no hay barrera.
Desde que en esta mañana
se me intimó la sentencia
cruel, por vuestra mamá
paseando vuestra puerta
he estado, por si ténía
al menos la suerte bella
de veros en el balcón.
Mas no fué así, y mi paciencia
me iba abandonando ya,
cuando á vuestra madre mesma
vi salir con un criado,
y así que un paso se alejan,
subo, llamo, abre Leonor,
desarmo su resistencia
y consigo presentarme
á vuestros pies.

MANOLITA. Yo debiera
reprenderos vuestra acción;
pero el amor que os profesa
mi alma...

LUIS. Lo sé, bien mío;
mas decid, la resistencia
de vuestra madre...

MANOLITA. Mi madre
siempre obstinada en su tema,
y yo, desdichada, yo...

LUIS. Seréis la víctima de ella,
¿no es verdad? Pero no así
será, no; nuestro amor cuenta
con un protector honrado
y poderoso, que espera
coronarle.

MANOLITA. ¿Quién, mi tío?
¿Le habéis visto?

LUIS Luego que esta
mañana me retiré

de vuestra amada presencia,
yacía desesperado
en mi casa, cuando entra,
me consuela, á la esperanza
me vuelve; en fin, su promesa
me dió de contribuir
á nuestra dicha.

MANOLITA. ¡Alma buena
y generosa!

LUIS. Yo entonces,
postrado á sus pies, en tiernas
lágrimas me deshacía,
que con las suyas se mezclan.

MANOLITA. Luis mío... ¡Dios poderoso!
(Manolita coge la mano de don Luis y éste la besa mientras hace ella la invocación.)
tú que en este instante ciegas
el corazón de mi madre,
tu divino auxilio presta
á nuestro buen protector
para que cumplidos sean
nuestros honestos intentos,

LUIS. Sí, vida mía; él espera,
y nosotros confiar
debemos... Tal vez se vea
ceder por fin vuestra madre.
de la razón á la fuerza.

MANOLITA. ¡Quiéralo Dios!

ESCENA V

Dichos y Leonor.

LEONOR. Señorita,
don Salustiano ahora entra
en el portal.

MANOLITA. ¡Dios me valga!
Marchaos, don Luis, apriesa.

LUIS. ¿Y qué importa que me encuentre?
Yo le entretendré aquí mientras
os sosegáis allá dentro;
él no me conoce apenas.

MANOLITA. Pues adiós; él nos dispense
su favor.
LUIS. Adiós, mi prenda;
fiemos en su bondad.
LEONOR. Vamos, que ya llama, apriesa.
(Vase Manolita por una puerta y por otra Leonor.)

ESCENA VI

Don Luis y Don Salustiano.

LUIS. Aquí le tenemos ya.
SALUSTIANO No hay remedio, de esta hecha *(Con entusiasmo)*
atrapo mi señoría,
mi uniforme, mi venera
y me elevo á grande altura.
¡Qué placer cuando me vea
por paseos y por calles
deslumbrando de una legua,
con mi casaca bordada,
sortijada cabellera,
el sombrero bajo el brazo,
guante blanco, rica media
y mis gafas (mueble bello
que en tal caso es de primera
necesidad)!... Quizás luego
de secretario me vea
de una embajada; muy bien;
veré á París, Londres, Viena;
volveré, como hacen todos,
hablando una nueva jerga,
preguntando si en España
se vive sin chimeneas,
que quiere decir ¡caramba!
si la nieve es blanca ó negra,
y diciendo que en París
hasta los chicos de escuela
saben hablar el francés... Si luego
alcanzo á ser excelencia,
¡ah, si llego á ser ministro!
Entonces, ¡oh, qué maneras

de ministro tan sublimes
tendría yo!... Con presteza
entrara en el ministerio,
y con plácidas orejas
oiría las relaciones
estudiadas y compuestas
de este ó aquel pretendiente,
hasta que en el medio de ellas...
(Se acerca á don Luis.)

LUIS. Señor mío, ¿no me veis?...

SALUSTIANO Y bien, ¿qué queréis vos?... Sea
pronto... ¿Traéis memorial?

LUIS. Yo nada os pido...

SALUSTIANO Bien; ea,
lo veré... ¡Ay, amigo mío!
Perdonad á mi cabeza,
no os había conocido;
ya se ve, está descompuesta...
las malditas pretensiones...
Y vos, ¿que tal de las vuestras?

LUIS. Yo, amigo, ni bien ni mal;
porque como las vi lentas
y sin ninguna esperanza,
procuré recoger velas
y me he retirado al puerto.

SALUSTIANO ¡Disparate! Tal flaqueza
nunca un hábil marinero
debe hacer. Sufrir la fiera
borrasca, vencer escollos,
medir los abismos, ésta
debe ser la mayor gloria
antes que en un punto ceda.

LUIS. Ya veis, eso va en el genio,
y el mío no se violenta.
La vida de un pretendiente
es una cosa perversa:
siempre sufriendo antesalas,
siempre besando correas,
siempre haciendo cortesías,
siempre sufriendo respuestas:
hoy dan audiencia en Estado,
mañana se da en Hacienda;

voy á ver si á la salida
puedo hablar á su excelencia;
ya salió; ¡mala fortuna!
mañana volver es fuerza;
y torna á hacer memoriales,
y vuelve á entregar esquelas,
siempre sembrando esperanzas
y siempre cogiendo penas.
Sale mal la pretensión
y...

SALUSTIANO Pero, ¿y si sale buena?
¿Qué placer puede igualarse
al que acaso experimenta
pretendiente veterano,
curtido por la aspereza,
cuando mira ya en sus manos
el título por que anhela?
¡Oh fortuna! ¡Cuál entonces
le lee, le deletrea,
le besa, y contra su seno
estrechamente le estrecha!...
Yo, amigo, os puedo decir
que, si en tal caso me viera,
no creo me contentaba
sin bailar con su excelencia.

LUIS. Sí, pero eso es tan dudoso...

SALUSTIANO Luego el retintín que suena
sin cesar en sus oídos,
por doquier que se presenta,
en paseo, en el teatro,
en misa de... «Enhorabuena,
»enhorabuena».

LUIS. Es verdad.

SALUSTIANO Todos vuelven la cabeza
á contemplar las facciones
del ente á quien privilegia
la fortuna, y les infunde
una emulación secreta
unida al deseo curioso
de saber quién es.

LUIS. Bien, sea todo como lo decís;
pero decidme, ¡qué penas

sufrió el que llega á este punto!

SALUSTIANO ¡Quién en eso entonces piensa!
Todo se olvida... ¡ah, amigo,
nunca la azúcar recrea
el labio como después
de un vaso de quina buena.

LUIS. Y ahora ¿qué pretendéis?

SALUSTIANO Aquí veis docena y media
de mis representaciones,
tomad, la última es esa.
Leed.

LUIS. No, amigo, no hay tiempo;
á ver la súplica.

SALUSTIANO Ea,
¿qué tal?

LUIS. Muy bien pretendido,
sólo falta se conceda.

SALUSTIANO Sí señor, no podrá menos,
pues digo, ¿acaso se encuentra
por allí otro pretendiente
de mis servicios?

LUIS. ¿De veras
lo decís? Si, á lo que creo,
nunca dejasteis la aldea...

SALUSTIANO Y el mérito, amigo, ¿está
solamente en correr tierras?
¿Es poco mérito acaso
llevar yo siempre las cuentas
de los propios de mi villa?
¿Haber presidido en ella
veinte y siete procesiones
del Corpus y de otras fiestas?
¿Haber dado de mi propio
peculio nueve pesetas
para pagar al enviado
que llevó al pueblo la nueva
del casamiento del rey?
¿Picar... desde la barrera
los toros que se corrieron
aquel día? Y...

LUIS. Todas esas
serán buenas circunstancias,

pero...

SALUSTIANO Pero son de aquellas
que nadie presentará.

LUIS. Pero hablando de diversa
cosa, dejando ésta á un lado,
¿qué os parece de Manuela,
la hija de aquesta casa?
Me han dicho...

SALUSTIANO ¡Pobre! Está muerta
por mí.

LUIS. ¿Por vos?

SALUSTIANO Por mí, sí,
por mí; ¿no tengo yo prendas
para matar las muchachas?

LUIS. Pero vos...

SALUSTIANO Pero yo... esa
es otra cosa... Si salgo
con mi empleo... ella es buena
muchacha.

LUIS. Lo malo es
que me han dicho por muy cierta
cosa que está enamorada.

SALUSTIANO Pues hombre, ¿de qué manera
lo tengo de repetir?
Digo, ¿hablo yo en lengua griega
No se dice: ¿Fulanita
está por Mengano muerta
para decir que le quiere?
¿Y no os he dicho ya que ésa
se muere por mí? Pues luego...

LUIS. ¿Y si el que ella prefiriera
no fueseis vos?

SALUSTIANO ¿Cómo qué?
¿Pospuesta así mi nobleza?
No puede ser.

LUIS. Fues creedlo
como os lo digo, que es cierta
la nueva que os doy. Hay más:
sé que ese tal que la obsequia
es hombre de muchos bríos
y que os tiene ganas buenas.

SALUSTIANO ¿Á mí? ¿Pues soy yo culpado

en que ella á mí me prefiera?

LUIS. Su madre es la que os prefiere
y la que quiere violenta
oprimir la voluntad
de una hija que la respeta.
Pues como os iba diciendo,
ese tal galán desea
echaros de aquesta casa...

SALUSTIANO ¡Malo va esto! Si siquiera *(Aparte)*
me dejase hasta lograr
mi destino.

LUIS. Mas por fuerza
le debéis de conocer.

SALUSTIANO Yo no le conozco, ea;
y vos ¿que tenéis con él,
que tan fuerte os interesa?

LUIS. Por ahora no hace al caso
decíroslo; haced la cuenta
que le estáis hablando á él mismo.

SALUSTIANO Y es sin duda; mas es fuerza *(Aparte)*
disimular.

LUIS. Si queréis
que os le presente...

SALUSTIANO Se aprecia,
éstas son contestaciones
de sólo pura etiqueta,
y yo estoy muy ocupado
en cosas que me interesan
mucho más.

LUIS. No importa nada.
que no le busquéis; él piensa
buscaros, y os hallará.

SALUSTIANO Que no tome esa molestia.

LUIS. No lo es.

SALUSTIANO Decidle también.
que si yo frecuento aquesta
casa, es por mis negocios...

LUIS. Ya.

SALUSTIANO Que la madre desea,
es verdad, darme á su hija,
pero yo...

LUIS. Pero vos á ella

renunciáis.
SALUSTIANO Redondamente;
porque yo á la alta nobleza
pertenezco, y esa joven...
LUIS. Conque ¿puedo muy de veras
decirle que rehusáis
tal enlace?
SALUSTIANO Y tan de veras;
pero así, como que sale
de vos; ya véis, mi nobleza
nunca da satisfacciones,
sino la espada en la diestra.
LUIS. Ya estoy.
SALUSTIANO Y así la daría
en otra ocasión: en ésta
anda uno tan atareado
con sus negocios, que es fuerza,
prescindir de pequeñeces.
LUIS. Verdad. ¡Cuidado con ella!
SALUSTIANO ¡Oh! Marchad bien descansado
que yo cumplo mis promesas.
LUIS. Pues adiós *(Se va D. Luis.)*
SALUSTIANO Adiós.

ESCENA VII

Don Salustiano solo.

SALUSTIANO ¡Caramba
y qué nube tan rellena!
¡No faltaba más ahora!
Pero, en fin, con mi prudencia
pude apartar la borrasca;
ello es cierto que la lengua
movía el tal jovencito
muy bien; pero ni por esas
me di yo por entendido;
á bien que así le eché fuera
y quedé dueño del campo
de batalla. Pues bien, ea,
ahora, como vencedor,
haré lo que me parezca.

¡Pero, ay Dios! ¿qué es lo que miro?
Hacia aquí la fortaleza
en cuestión se va acercando,
que viene á decirme en hembra
lo que el muchacho en varón,
Ingenio mío, está alerta.

ESCENA VIII

Dicho y Manolita.

MANOLITA. Buenas tardes, caballero
don Salustiano.
SALUSTIANO Muy buenas
serán para mí, ¡oh, divina
Manolita! pues se emplea
mi vista en el gran portento
de vuestra única belleza.
MANOLITA. Dejad eso. ¿Cómo estáis?
SALUSTIANO Mientras que consigo verla
nada falta á mi contento.
MANOLITA. Me hacéis favor. Si pudiera
prometerme de vos otro
que os pidiese...
SALUSTIANO ¿Cómo es esa?
¿Pues hubo jamás esclavo
más sumiso á las severas
órdenes de su señor,
que lo fuera yo á las vuestras?
¿Hizo Abelardo jamas
las locuras que yo hiciera
si vos fuerais mi Eloísa?
Pues si vos ¡ay! me quisierais,
ni Radamisto y Cenobia,
Céfalo y Pocris, Elena
y Paris, Rómulo y Remo,
Jacobo y Esaú y aunque sea
Eteoclo y Polinice,
ni tantas otras parejas
como danzaron jamás
en la contradanza bella
del mundo, ¿qué servirían

al lado de mi terneza?

MANOLITA. Pues bien, siendo verdad eso,
¿qué haríais si yo os dijera
que en vuestra mano está ya
mi suerte, feliz ó adversa?

SALUSTIANO Os la daría, señora;
si la queréis, es ya vuestra. (*La da la mano.*)

MANOLITA. No, señor, no me entendéis.

SALUSTIANO ¿Cómo queréis que os entienda
si no os explicáis?

MANOLITA. Señor
don Salustiano, quisiera
corresponder á su afecto,
mas perdonadme que sea
tarde para disponer
de un corazón que se niega
á ser mío.

SALUSTIANO ¿No lo dije? (*Aparte.*)
¡Cierta salió mi sospecha!
Señora, tan cruel noticia
me sorprende y me avergüenza,
y en verdad, si la razón
no tirara de las riendas..

MANOLITA. Sí, pero vuestro talento...

SALUSTIANO Mi talento, es cosa cierta,
mi talento puede más.
Mas, señora, ¿es verdadera
la nueva que me decís?

MANOLITA. Mi vergüenza es la respuesta.

ESCENA IX

Dichos y Doña Úrsula.

ÚRSULA. Bueno, bueno, así me gusta.
¿Para qué andarse con fiestas,
pudiendo emplear el tiempo
en piropos y en ternezas?

MANOLITA. Mamá, si yo...

ÚRSULA. No señor,
«mi vergüenza es la respuesta».

SALUSTIANO Señora, si me decía...

ÚRSULA. ¿Vos también? Pues está buena;
anda allá dentro, muchacha,
anda, y cuidado con ella,
que no es cosa de andar siempre
riñendo.

MANOLITA.. ¡Pobre Manuela!
¡Todo te sale al revés! *(Vase.)*

ESCENA IX

Dichos, menos Manolita.

ÚRSULA. Son el diantre estas chicuelas;
por más que una las predica
precaución...

SALUSTIANO Señora, pueda
hablar yo; la señorita
me hablaba á la entrada vuestra...

ÚRSULA. ¿Pues no lo he escuchado yo,
que os decía mil ternezas
y hablaba de su pasión
y... ¡ay, amigo! soy muy vieja
para engañarme; además,
si siempre esa cantinela
me tiene á mí, ¿será extraño
que á vos también la dijera?

SALUSTIANO ¿Que me quiere á mí os afirma?

ÚRSULA. ¿Pues no os lo he dicho? ¡Hay tal flema!

SALUSTIANO Por cierto que es bien extraño,
pues casi me asisten pruebas
para creer que no soy
el preferido yo.

ÚRSULA. ¡Pruebas!
Amigo, mirad muy bien
lo que habláis. Una soltera
de honor y bien educada
no da motivo á que de ella
se tengan pruebas. Mas veo
que todas estas son tretas
para eludir lo pactado;
pues bien, dejadlo ya; sea

lo que queráis, ya lo he dicho;
no quiero cosas por fuerza.

SALUSTIANO Callad, señora, por Dios,
y no apuréis mi paciencia;
yo no me vuelvo atrás nunca,
ni soy hombre que cediera
aunque un ciento de Goliates
vinieran á hacerme fuerza;
ahora mismo, en esta sala,
tuve un desafío en regla
por no querer renunciar
á vuestra hija

ÚRSULA. ¡Santa Tecla!
Desafío... Pues señor,
¿quién pudo ser?

SALUSTIANO Lo dijera,
á saberlo; mas su nombre
ignoro; veces diversas
le he visto aquí.

ÚRSULA ¡Dios me valga!
¡Pobre de mí si es que fuera *(Aparte.)*
don Luis!... ¡Desafío en mi casa!
Mas decid ¿quién muerto queda?

SALUSTIANO Lo que es muerto, yo no sé
si quedó, mas será fuerza
que no, pues pudo marcharse.

ÚRSULA. ¡Jesús, señor, que vergüenza!
y todo por sostener
con mi hija la preferencia,
¿no es verdad?

SALUSTIANO. ¿Por qué ha de ser,
mi señora? Vamos, sepa
que en teniendo yo un antojo
no hay chiquillo que me venza
en terquedad. El mozuelo
vino echando mil bravezas
de galán favorecido.

ÚRSULA. ¡Qué! ¡señor! Puras quimeras;
si ella no le puede ver.

SALUSTIANO. Sea de eso lo que quiera,
Manolita será mía
y yo seré de Manuela,

ó el diablo anda suelto.

ÚRSULA. ¡Hija
mía! Y cuánto deseo verla
acabar de padecer;
porque, amigo, una doncella
(y no es porque yo lo diga)
tan hermosa, se halla expuesta
á los tiros de la envidia,
y luego, si es que se llega
á oler lo del desafío,
en un Madrid, que se aumentan
las cosas de boca en boca
tal que no las conociera
su autor, ¡ay pobre hija mía!
Lo que digo, teniendo ella
un esposo que saliese
á su defensa, ¿qué lengua
se atrevería?

SALUSTIANO Es verdad,
señora, y aunque perdiera
mis eternas pretensiones...
Pero á propósito de ellas,
¿tenemos algo de nuevo?
¿Hablasteis á su excelencia?

ÚRSULA. Sí, señor, de allá vengo ahora.

SALUSTIANO ¿Habéis visto qué modestia,
qué bondad, qué cortesía
la suya? Cierto me pega
un gran chasco, pues juzgando
por el caballero de esta
mañana, me persuadí,
que el que es ministro debiera
ser la misma vanidad
en persona.

ÚRSULA. No tal crea:
eso es corriente: en la corte
se sabe por cosa cierta
que el que menos papel hace
es el que más representa.

SALUSTIANO Lo creo; pues como digo,
me recibió con extrema
benignidad, escuchó

mi más que mediana arenga
y recibió el memorial
colocándole en su mesa,
salió á despedirme y... vamos,
vi yo en su cara risueña
un no sé qué, que de gusto
y de esperanzas me llena.

ÚRSULA. Pues mejores las tendréis
cuando os diga que, en franqueza
(porque la tiene conmigo
grande), me ha dicho que queda
prendado de vuestro mérito,
talentos y...

SALUSTIANO. ¡Oh, Providencia!
¡Mi mérito, mis talentos!
Varias veces su certeza
he puesto en duda, mas ya
que lo dice su excelencia,
ciertos y muy ciertos son.

ÚRSULA. En fin, amigo, usted crea
que me llevara gran chasco
si no lograseis la presa.
Mas no creais que á vos sólo
se debe suerte tan bella;
los empeños que yo he echado
y el influjo y eminencia
de don Emeterio y otros.

SALUSTIANO Sí, señora, es cosa cierta;
vos quisisteis y...

ÚRSULA. También
he interesado en mi idea
á un portero conocido,
porque, amigo, aunque es pequeña
la aguja, hay algunos casos
que sirve más que una lezna.

SALUSTIANO Convengo en lo que decís,
doña Úrsula.

ÚRSULA. Haré que venga,
y entonces podréis hablarle
con alguna más franqueza
que al señor don Emeterio.

SALUSTIANO Entiendo muy bien.
ÚRSULA. Mas entra,
él mismo, si no me engaño.
SALUSTIANO Sí. Si no mienten las señas...
ÚRSULA. ¡Oh, pues no se ha descuidado!

ESCENA X

Dichos y Felipe de portero, muy desfigurado.

FELIPE. *Deo gratias.*
ÚRSULA. Dadas le sean.
Abur, don Pánfilo.
FELIPE. Dios
os haga merced.
SALUSTIANO. Se aprecia,
amigo mío.
FELIPE. ¿Yo amigo
vuestro? ¿Pues dónde la pena
tuve yo de conoceros?
SALUSTIANO Ved que soy...
FELIPE. Á mí que sea
quienquiera, ¿qué se me da?
SALUSTIANO ¡Qué persona tan grosera!
Dice doña Úrsula bien,
que uno de éstos representa
más... Pero ¡válgame Dios!
¿dónde he visto yo esta jeta?
ÚRSULA. Don Pánfilo, recordad
lo que os dije, de que era
el señor un pretendiente...
FELIPE. Ya se conoce en la muestra
que es pretendiente. Y ¿qué quiere?
¿Quiere hablar á su excelencia?
No es posible ya por hoy;
mañana es día de audiencia.
ÚRS. Y SAL. Pero...
FELIPE. No puede ser, vamos;
no puede ser, no me muelan.
ÚRSULA. Don Pánfilo, haceos cargo;
el señor á su excelencia
ha hablado ya.
FELIPE. Pues entonces

¿de quién espera respuesta?
¿Del señor mayor? Los lunes
y los sábados.

ÚRSULA. No piensa
en ver tampoco á esas gentes,
ya los habló. ¿No recuerda
esa memoria cuitada
que en esta mañana mesma
le hablé de don Salustiano
Canastel?

FELIPE. ¡Calle! Ésta es buena.
¿Señor es don Salustiano
Canastel?

SALUSTIANO Á la obediencia.

FELIPE. Mendoza, Hurtado...

SALUSTIANO Ese mismo.

FELIPE. Lorinos...

SALUSTIANO Pues.

FELIPE. Castro...

SALUSTIANO Ea,
ese mismo soy.

FELIPE. Señor,
usía se compadezca
de mi ignorancia, creyendo
hablar á un hombre cualquiera...

SALUSTIANO ¿Usía á mí?

FELIPE. Sí, señor;
usía es lo que demuestra
el rango que usía ocupa.

SALUSTIANO Como rango sí; en mi tierra
soy un noble de los gordos
y mi familia es añeja,
mas...

FELIPE. ¡Qué familia, señor!
¿Qué tierra ni berengena?
Los méritos de usía son
los que en el día le elevan
al preheminente puesto
de oficial de covachuela.

SALUSTIANO ¿Qué oigo?

ÚRSULA. ¿De veras habláis?

FELIPE. ¡De veras, y muy de veras!

Yo mismo he visto estampar
el nombramiento en la mesa
del señor don Emeterio;
le he llevado á su excelencia
á firmar, le he echado polvo,
le he puesto el sobre.

SALUSTIANO ¿Que era?...

FLLIPE. Á don Salustiano Díez
Canastel.

SALUSTIANO ¡Dichosas letras!
¡Oh portento! ¡Oh dicha mía!
Señora, amigo, me hiela
el regocijo la voz. (*Cae abrazado de Felipe. Doña Úrsula mira recelosa; Felipe ríe.--Cuadro escénico.*

FELIPE. Y traído se le hubiera
á haber sabido que aquí
se hallaba.

ÚRSULA. Mas dí, vil lengua, (*Aparte á Felipe.*)
¿qué estás ahí hablando? ¿Cómo
hemos de salir ya de ésta?

FELIPE. (*Aparte.*) Descansad, que aquí estoy yo;
lo que importa es coger presa.

SALUSTIANO Señora, disponed ya
de mi persona, mis rentas;
de vuestra mano recibo
esa merced; yo quisiera,
amigo...

FELIPE. Manifestarme
vuestra gratitud con pruebas,
es natural. Á un señor
como usía, no le alteran
unas onzas más ó menos:
además, que si no fuera
por mí, que al señor ministro
alargué la salbadera,
coge por ella el tintero
y en el título lo vuelca.
Ya conocéis qué desgracia,
porque hubiera sido fuerza
hacer otro... y quizás luego. .
En fin, son cosas muy serias
y de la mano á la boca

se puede perder la presa.

SALUSTIANO Tenéis razón. ¡Cuánto os debo!

FELIPE. Yo no sé muy bien las cuentas,
pero me parece á mí
que con cinco ó seis oncejas
habrá bastante.

SALUSTIANO Tomad, *(Á Doña Úrsula)*
amiga mía, esta letra
que acabo de recibir;
es á la vista, con ella
podéis quedar bien con todos.

ÚRSULA. Muy bien.

SALUSTIANO Amigo, aunque sea
de noche, volved acá,
que ya esta señora queda
encargada de cumplir
á mi nombre.

FELIPE. ¡Suerte adversa! *(Aparte.)*
El caso es que así de noche
llevar dineros... pudiera...
porque diz que andan rateros...

ÚRSULA. No temáis, seguro queda;
mañana venid por él.

FELIPE. Por cierto gran recompensa *(Aparte)*
espero de tanto embrollo,
con que después lleve ella
el premio... ¡Por vida de...
que si alguna vez no fuera
por conservar el decoro
de mi empleo!...

SALUSTIANO Conque ea,
yo voy á ver al ministro
y á ponerme á su obediencia.

FELIPE. ¡Ay! No se moleste usía,
porque en casa no le encuentra
ni en secretaría tampoco;
pero yo, con su licencia,
me marcho, que estoy haciendo
grande falta y... Si pudiera *(Aparte)*
hacerla una seña... Nada,
(Hace señas y D.ª Úrsula hace que no ve.)
responde como una muerta:

pues, malvada, yo te juro
que no te has de reir de ésta.
Señor...

SALUSTIANO Amigo don Pánfilo,
nunca pagaré cual deba...

FELIPE. En fin, conque esta señora...

SALUSTIANO Sí, esta señora se queda
encargada.

ÚRSULA. No hay cuidado.

FELIPE. Pues á la orden. Aunque sepa *(Aparte)*
no acostarme en ocho días,
yo la cogeré las vueltas. *(Vase.)*

ESCENA XI

Don Salustiano, Doña Úrsula.

ÚRSULA. Y bien, señor, ¿qué decís?

SALUSTIANO Señora, decir quisiera,
mas las palabras me faltan,
se me entorpece la lengua
y no acierto á respirar.

ÚRSULA. Ya veis, cumplo mis promesas.
¿No os lo decía yo siempre?
Pero ¡qué sustos, qué penas
me ha costado el complaceros!

SALUSTIANO Ya lo sé, amiga, y quisiera
recompensarlo; contad
con mi gratitud eterna
y mis facultades.

ÚRSULA. ¡Vuestra
gratitud y facultades!...
Otros propósitos eran
los vuestros no ha media hora.

SALUSTIANO ¡Necio de mí! Ahora esta buena *(Aparte)*
mujer sale con su hija
y... ¡pero brava simpleza!
¡un oficial del despacho!

ÚRSULA. ¿Qué, señor, ya no recuerda
sus palabras?

SALUSTIANO Ciertamente,
hablamos cosas diversas;

pero como se tocaron
varios asuntos, apenas
me puedo acordar...

ÚRSULA. Ya veo;
os hablo de las promesas
con respecto á Manolita.
¡Ya se ve! ¡Está tan *excelsa*
la imaginación ahora!

SALUSTIANO Verdad, que estas ocurrencias
me han afectado bastante
y no estoy para otra idea.

ÚRSULA. Pero un proceder villano
no está en el orden...

SALUSTIANO Simpleza;
el desempeñar mi empleo
es lo que ahora me interesa.

ÚRSULA. Mirad, pues, que un caballero
debe cumplir sus promesas...

SALUSTIANO Señora, las circunstancias
son á las veces tan nuevas..,

ÚRSULA. Y por último, señor,
tenga ya entendido y sepa
que quien le ha dado el empleo
hará también que le pierda.

SALUSTIANO ¡Hola! Pues tiene razón, *(Aparte.)*
Señora, en nosotros reina
siempre la amistad.

URSULA. Por eso,
como amiga verdadera,
le advierto...

SALUSTIANO. No hay que advertirme;
yo sé lo que á mi nobleza
corresponde y el respeto
que se debe á mi promesa.

ÚRSULA. ¿Conque podré yo esperar?

SALUSTIANO ¿Pues un instante siquiera
habéis podido dudarlo?
Si como mi buena estrella
me sube aquí, sobre el pico
de Tenerife quisiera
remontarme, desde allí
extendería mi diestra

á Manolita.

ÚRSULA. ¿En verdad
lo decís?

SALUSTIANO. ¿No ha de serlo? Ea,
llamadla aquí en el instante
y á vuestra presencia mesma
celebraré el desposorio.

ÚRSULA. ¡Válgame Santa Teresa!
Señor de mi alma, señor
(pues no hay que descuidar ésta *(Aparte)*
antes que el diablo lo enrede),
¿y hoy mismo queréis que sea?

SALUSTIANO Cada momento, señora,
es una congoja nueva
para mí.

ÚRSULA. Voy á llamarla.
¡Ay, hija mía!... ¡Manuela!...
¡Manuela!...

ESCENA XII

Dichos y Manolita.

MANOLITA. ¿Llamáis, mamá?

ÚRSULA. Sí, hija mía; por que sepas
del señor don Salustiano
el favor que nos dispensa;
y oye: sabe que no es ya
pretendiente.

MANOLITA. ¿Cómo?

SALUSTIANO. Á vuestra
disposición, señorita,
de oficial de covachuela
ofrezco el destino.

MANOLITA. Aprecio
y os rindo la enhorabuena.

ÚRSULA. No es eso lo que el señor
quiere que le rindas, necia;
no te hagas desentendida.
Lo que este amigo desea
es saber que tú consientes
en ser su esposa... ¡Que sepas *(Aparte)*

responder!

SALUSTIANO Esta maldita (*Aparte*)
todo se lo charla. Bella
Manolita, yo agradezco
los favores grandes que esta
señora me ha dispensado;
luego, esa vuestra belleza
ha llamado mi atención,
y deseo...

MANOLITA. Yo quisiera,
amigo, que recordaseis
lo que antes di por repuesta.

ÚRSULA. Pues señor, no hay más que hablar,
que consiente en quedar vuestra.

SALUSTIANO Señora, por Dios bendito,
si no la dejáis...

ÚRSULA. Es buena:
pues yo ¿qué la hago? Parece
que sentís que se convenga,
según os aseguráis,
mientras ella, de vergüenza
y contento, apenas puede
articular una letra.

MANOLITA. No, mamá, don Salustiano
sabe lo que le quisiera
decir.

SALUSTIANO Sí, señora mía;
por más mal que á vos os sepa,
yo el secreto he adivinado
de Manolita.

ÚRSULA. ¡La perra! (*Aparte.*)
¿Cómo secretos, señor?
¿Qué secretos tiene ella?

SALUSTIANO Que está de otro enamorada
y no de mí.

MANOLITA. No de nuevas
os hagáis, mamá; mi amor
se lo confesé yo mesma.

ÚRSULA. ¡Jesús, Señor, Dios me valga!

SALUSTIANO Ya veis, amiga, que fuera
un malvado en pretender.

ÚRSULA. ¡Hija ingrata, hija perversa!

SALUSTIANO Ello sí, que ciertamente
es extraño, y no lo hubieran
hecho todas... renunciar
á un sujeto de mis prendas ..

MANOLITA. Si, señor don Salustiano,
yo conozco vuestras buenas
circunstancias, pero debo
hablaros con tal franqueza,
puesto que mi corazón
ya no es mío... mas merezca
vuestro perdón.

SALUSTIANO ¡Oh! por mí,
perdonada estáis y absuelta;
vuestra mamá...

ÚRSULA. Ya no soy
su madre; no veo en ella
á la hija que tanto quise,
sino una serpiente fiera
que se vuelve contra el seno
que la abrigó.

MANOLITA. ¡Ay Dios! ¡Clemencia,
mama mía! ¡Perdonadme!

SALUSTIANO Señora, si el que interceda
yo, puede servir de algo,
¡qué diantre! es llevar en guerra
las cosas y...

ESCENA XIII

Dichos, Don Claudio y Don Luis.

CLAUDIO. Buenas tardes.

LUIS. Á vuestros pies.

CLAUDIO. ¿Aún de gresca?
¡Válgame Dios! Pues prevente
á dar una enhorabuena
al amigo.

ÚRSULA. No, por cierto;
lo que debo darle es queja
de volver á presentarse
delante de mí.

CLAUDIO. ¡Qué terca!

Enhorabuena ha de ser
á tu pesar.

ÚRSULA. No lo creas.

CLAUDIO. Vamos, ¿y si te dijese...?

ÚRSULA. Aunque digas lo quieras,
no me importa.

CLAUDIO. ¿No te importa?
Vamos, Úrsula, respeta
al señor, que está nombrado
oficial de covachuela.

ÚRSULA. ¿Cómo?

SALUSTIANO ¿El señor oficial
de secretaría? Vengan
esos brazos, compañero,
y de nuestras diferencias
prescindamos esta vez.

CLAUDIO. ¡Pues qué, señor, qué bobera!
¿Creéis vos que alcanzaréis?...

SALUSTIANO ¿Cómo creer? ¡Está buena!
No creo, sino que estoy
nombrado ya.

CLAUDIO. ¡Qué! Por fuerza
estáis engañado. Había
sólo una vacante, y esa
es para mi amigo Luis.

LUIS. ¡Mi bien! *(Á Manolita.)*

MANOLITA. ¡Mi protector, quiera *(Á D. Claudio)*
el cielo recompensaros!

CLAUDIO. Hijos míos, la más bella
recompensa para mí
es vuestro amor y terneza.
¡Qué placer! Yo entré en deseos
de hacer á aquesta pareja
feliz, y mis intenciones
de hacer bien nunca se quedan
en proyecto... Supe hoy mismo
la vacante, y con gran priesa
me aboqué con el ministro,
quien me distingue y aprecia,
y á quien nunca le pedí
cosa alguna; con franqueza
le enteré de mis deseos,

la causa de ellos, las buenas
prendas del joven don Luis,
las de su padre y... es bella
su alma, amiga del bien;
le enternecí, y la promesa
le alcancé de aquesta gracia.
Con efecto, en esta mesma
tarde me ha enviado á llamar
y aqueste oficio me entrega,
con protesta de enviarme
después el título á esta
casa, donde desde luego
pensé detenerme.

SALUSTIANO Advierta...
Pero ¿cómo puede ser,
señor? Si ahora, en esta pieza,
uno de secretaría
me asegura y me protesta
que ha visto extender el título
á mi favor y... ¿qué piensa
de esto, doña Úrsula, qué
podrá haber en ello?

ÚRSULA. Muerta *(Aparte)*
estoy... No sé, señor mío;
el diablo que lo comprenda.

CLAUDIO. ¿Y quién era ese sujeto?

ÚRSULA. Pero el saber tú quién era
¿á qué viene?, ni...

CLAUDIO. Tú calla,
déjanos.

SALUSTIANO El sujeto era,
según nos dijo, un portero
de secretaría.

CLAUDIO. Éstas *(Aparte)*
son trapisondas sin duda
de mi hermana... Nada crea,
amigo don Salustiano.

SALUSTIANO Si esta señora ella mesma
también ha hablado al ministro...

CLAUDIO. ¿Qué ministro ha de hablar ella?,
ni... Desengañaos ya,
don Salustiano, la hubiera

dicho lo mismo que á mí:
allí vi sobre su mesa
los memoriales que había
á la tal plaza, y por señas
que entre algunos que yacían
sin que ni una mala esquela
los recomendase, el vuestro
hirió mi vista de cerca.

SALUSTIANO Señora, ¿será posible?
Don Emeterio siquiera
¿no habrá hecho nada por mí?

ÚRSULA. No sé, no sé; todas éstas
no son cosas naturales.
Este señor...

CLAUDIO. Quizás sea
uno de los protectores
que á cada paso se encuentra
un pretendiente en Madrid.

SALUSTIANO ¿Cómo que, si es de la mesma
secretaría oficial?

ESCENA XIV

Dichos y Felipe, de librea.

FELIPE. ¡Casualidad más completa!...
(Aparte, antes que le vean.)
¡Darme este pliego mi amo!...
¡Si yo entendiera las letras!...
Pero ¡qué! Vamos, no hay duda;
es el nombramiento; de esta
sí que me esperan albricias.

SALUSTIANO No puedo aún creer apenas...

CLAUDIO. ¡Qué! Señor, no lo dudéis;
á lo más, dentro de media
hora vendrá el nombramiento.

FELIPE. Ya está aquí. *(Se mete en medio con el pliego.)*

ÚRSULA. ¡Ay, Dios! ¡Qué pena!
¡Muerta soy! ¡Pobre de mí! *(Finge que se desmaya.)*

CLAUDIO. ¿Á qué viene esa sorpresa?

LUIS. Señora...

MANOLITA. ¡Mamá!...

SALUSTIANO. Mas calle,

¿no es don Emeterio?

FELIPE. Ea,
don Emeterio fuí yo
y ahora ya soy un cualquiera;
mas, señor, tanto apurarse...
Cierto que fué una burleta
y que yo no soy portero
ni oficial de covachuela,
sino que soy Felipillo,
criado de su excelencia
el ministro; pero, en fin,
nada hay perdido, pues esta
carta me entregó mi amo,
qué es el nombramiento.

CLAUDIO. Venga
acá ese papel... ¿Lo veis? *(A D. Salustiano.)*
¡Desdichado!... ¿Conque erais *(Á Felipe.)*
vos el que con cien disfraces
contribuíais á aquesta
falsedad?

FELIPE. ¿Qué falsedad?
¿Pues no cumplo mi promesa
trayéndole el nombramiento?

SALUSTIANO ¡Miserable! El cielo en esas
manos este pliego puso
para descubriros... Sepa
que no es dirigido á mí
y el nombramiento que encierra
es el del señor...

FELIPE. ¡Ay, Dios!
Señor... yo... ya se ve, si ella...
siempre yo se lo decía...
pero no quiso.

SALUSTIANO ¡Perversa!

URSULA. Perdonad, señor, soy madre *(Corriendo á él)*
y el deseo de ver vuestra
á mi hija...

FELIPE. Señor, perdón. *(De rodillas.)*

SALUSTIANO Pero una burla tan fiera...

CLAUDIO. Cierto que ha sido cruel;
pero ya veis, la terneza
maternal, la irreflexión,

el interés... esa fiera
pasión, y luego...

SALUSTIANO. Señores,
yo he recibido una afrenta
sin igual; pero soy noble
y si la palabra vuestra
me dais de guardar secreto...

CLAUDIO. Esa os la doy yo; esta necia,
cuya irreflexión es causa
de todas estas escenas,
marchará á cuidar mis bienes
en el reino de Valencia;
tu, enredador, saldrás luego
de la casa en que te encuentras,
por quitarte la ocasión
de hacer otra, y allá en Sueca
cultivarás mi jardín.

ÚRSULA. Sí, hermano, yo iré contenta.

FELIPE. Yo también.

SALUSTIANO Pues siendo así,
por mi parte...

CLAUDIO. Sólo resta
tratar de estos jovencitos
y cumplirles la promesa;
¿no es verdad, Úrsula?

ÚRSULA. ¿Debo
hablar después de esta escena?
Dispón de mi hija tú solo;
que no me aborrezca, y quiera
el cielo hacerla feliz.

MANOLITA. ¡Mamá!

LUIS. ¡Señora!

ÚRSULA. Hijos, ea, *(Los abraza)*
dad los brazos al que supo
haceros felices.

LUIS. Sea
nuestro padre.

CLAUDIO. Sí, hijos míos;
yo he disipado las nieblas
que os opuso la desdicha
y mi alma, de gozo llena,
siente el placer indecible

de haber hecho una acción bella.

LUIS Y MAN. ¡Qué virtud!

SALUSTIANO Señor don Claudio,
vuestra bondad y nobleza
de sentimientos á mi alma
la hace sentir fuerza nueva.
No más empleos desde hoy;
solamente sí, quisiera
lograr una compañía
en que honrando la nobleza
de mis altos ascendientes,
útil á mi patria sea.

ÚRSULA. Vaya, pues, amigo mío, *(Enjugándose las lágrimas)*
pelitos al mar; por ésta
os serviré... Cabalmente,
con el ministro de Guerra
tengo...

SALUSTIANO No, señora mía,
yo aprecio vuestra fineza;
pero vuestra protección
aborrezco.

CLAUDIO. Úrsula, ea;
tiempo es de dejar locuras;
este amigo lo que intenta
conseguirá, porque yo
hare que sea así.

ÚRSULA, Bien, sea.

SALUSTIANO Entonces, cuento con ello.

CLAUDIO. En cuanto á vosotros, prendas
mías, viviréis conmigo
hasta la muerte, y aquella
ternura que con mis hijos
tuve, volveré á tenerla
por vosotros...
Vos, cumplid *(Á don Salustiano)*
lo que decís: ved abierta
la carrera de la gloria,
por la que el honor os muestra;
y el escarmiento sufrido
os sirva de guía eterna
para que desconfiéis
de la corte y sus torpezas,

y en especial, sí, creedme
de tantos y tantas de éstas
que en ella, como mi hermana,
su protección os ofrezcan.

FIN DE LA COMEDIA

(Del autógrafo.)

***

Las mismas consideraciones que nos movieron á insertar en el primer volumen de esta compilación algún capítulo del folleto *Mis ratos perdidos*, escrito por nuestro padre en los albores de la adolescencia, nos determinan, venciendo iguales dudas, á publicar este ensayo dramático, también juvenil, no obstante haber sido juzgado por él mismo en estos severísimos términos:

.....«Titulábase, pues, dicha pieza teatral *La señora de protección y escuela de pretendientes*, y fué la primera y única tentativa dramática del autor de las *Escenas*. Como obra de un joven inexperto y de una imaginación limitada y prosaica, adolece aquella composición de una palidez extremada, de una escasez de intriga que contrasta con lo pretencioso del argumento; á pesar de eso, el censor dramático de aquélla época, D. José Caballero Muñoz, en medio de su tolerancia, benignidad é ilustración, creyó descubrir en ella algunas alusiones ó retratos que no convenía presentar en escena, y llamando al autor con una benevolencia y benignidad muy propias de su carácter, procuró convencerle de la necesidad de ciertas modificaciones; pero éste tuvo el buen sentido de no convenir en ellas por el temor de dejar aún más descolorido un cuadro que ya reconocía por tal, y aun el de retirar y condenar definitivamente una obrilla que le parecía á él mismo insignificante. Después, llegado á la edad madura y con algún mayor estudio literario, al leer aquella débil producción, no pudo menos de reconocer y agradecer el servicio que le prestó aquel ilustrado censor, no dejando correr un trabajo pueril y que hubiera, en adelante, avergonzado á su autor, y éste, renunciando, en consecuencia, al teatro, dió una prueba de prudencia y convicción de la escasez de sus méritos literarios» (1).

Como se ve, el fallo es sincero é implacable. Pero sin negarle solidez en cuanto toca al desarrollo de la acción y juego escénico, tal vez la fácil naturalidad del diálogo, su gracia chispeante, la fuerza cómica de algunos tipos y la novedad y alcance del pensamiento inspirador, merecerán menos rigurosa sentencia, librándonos del escrúpulo de haber descubierto

(1) Nota al artículo *Panorama Matritense*.

la comedia, contrariando el propósito de nuestro padre, de igual modo que los plácemes y elogios obtenidos por los fragmentos del citado folleto juvenil, vinieron á rectificar aquel otro desapiadado auto-juicio.

* * *

Hizo también, por entonces, el arreglo de una comedia francesa, que debió ponerse en escena hacia el año 1829, en que se imprimió, con el título de *Marido joven y mujer vieja.* El temor de dar á este volumen desarrollo excesivo nos hace prescindir de la publicación de la comedia, de la cual puede verse más amplia noticia en la *Bibliografía.*

HISTORIA Y CRÍTICA DRAMÁTICAS



LITERATURA ESPAÑOLA

OBRAS NUEVAS

Colección general de comedias escogidas de los mejores autores españoles.*

Mucho tiempo hacía que los aficionados á la literatura nacional estaban reclamando una colección escogida de las mejores piezas de nuestro antiguo teatro. El convencimiento de que en su inmenso caudal existen oscurecidas multitud de comedias que honran el talento de nuestros poetas célebres, era un estímulo para engolfarse en el ancho piélago de escritores dramáticos que España ha producido; pero ni la paciencia bastaba para ir buscando entre tantos volúmenes las obras dignas de conservarse, ni la escasez de ejemplares de la mayor parte de ellas permitía tampoco este trabajo sino á costa de grandes sacrificios. Los editores de la obra de que hablamos conocieron sin duda el gran servicio que hacían á la literatura de su país, presentando una colección entresacada de aquel inmenso fárrago, y hace unos dos años que dieron principio á su trabajo. La idea no podía ser más laudable: veamos el modo de desempeñarla.

Todos saben que nuestro teatro no empezó á merecer el nombre de tal hasta la época en que el colosal y extravagante ingenio de Lope de Vega, autorizó una escuela á *su*

manera, que más ó menos bien se ha seguido hasta el fin del siglo pasado. Los poetas anteriores á aquel hombre atrevido habían hecho multitud de comedias, que si bien son reparables por la época en que se escribieron, no merecen figurar en una colección destinada á recoger lo menos desarreglado. Las comedias (si se quieren llamar tales) de Juan de la Encina, de Bartolomé Torres Naharro, Lope de Rueda y otros muchos interesan ciertamente á algunos literatos para conocer los principios de nuestra escena, pero no son del caso presente. Así, pues, los editores han escogido y fijado para su colección la verdadera época de nuestro teatro, que es desde Lope de Vega hasta Cañizares, ambos inclusive. En ésta es donde lucieron, á más de estos ingenios, los célebres de Moreto, Tirso, Calderón, Montalbán, Alarcón y otros infinitos, no tan grandes, aunque muy apreciables.

Varias han sido las colecciones de comedias españolas publicadas en distintas ocasiones; pero todas ellas adolecen de falta de plan y del buen gusto necesario. La más célebre es la recogida por D. Vicente Garcia de la Huerta; pero no llena el objeto, pues se limita á darnos á conocer varias comedias de Calderón, Moreto, Solís, Hoz y Candamo, y deja olvidados á los Lope, á los Tirsos, y á tantos otros no menos dignos que aquéllos. No digamos nada de las colecciones publicadas en el extranjero, pues no merecen mencionarse por el mal gusto y falta de conocimiento del asunto de parte de sus autores. Pero la presente lleva el carácter de inteligencia y criterio necesario en esta clase de obras, y es, sin disputa, la más completa de todas.

Los editores siguen el sistema de dar lo mejor de cada uno de los autores apreciables por separado, para que después pueda dárseles el orden cronológico. Esto está muy bien pensado, como también el poner el juicio de las comedias al final de cada una; y (si lo llega á verificar) el dar el discurso prometido para colocar al frente de la colección, y aun las noticias históricas y los retratos de los autores, con lo cual no quedará nada que desear, y la

obra hará honor á sus autores y á la época en que se ha hecho.

Parece, sin embargo, que en medio de las excelentes comedias dadas hasta ahora en los cuadernos publicados se ha concedido lugar á alguna que otra que no lo merecía, tal vez, v. g., *Las muñecas de Marcela, La perfecta casada;* y quizás esto sea por haber dado á algún autor más importancia de la que acaso merece. Semejante condescendencia tal vez podría en adelante llegar á viciar la colección, haciéndola también más voluminosa que debiera, porque por de pronto tenemos ya ofrecidos dos tomos al menos (es decir, ocho comedias) de Calderón, Lope, Moreto, Tirso, Alarcón, Montalbán, Cubillo, Rojas y Matos, pues se dice tomo 1.° en la portada de cada una, lo que indica que va á darse otro segundo; conque es claro el compromiso de las ocho comedias, cuyo empeño, si bien puede cumplirse con lucimiento respecto á los demás, tal vez no suceda lo mismo con Cubillo y Montalbán. Además hay que tener presente que aún faltan Mira de Mescua, Castro, Aguilar, Hoz, Zamora, Candamo, Cañizares y otros muchos que merecen lugar en la colección, aunque con la debida economía.

Los juicios de las piezas en general están bien escritos, excepto alguno que otro en que, desentendiéndose de hablar de la comedia en cuestión, se estampa un pomposo elogio de su autor y se defienden hasta los desbarros de su ingenio, á despecho de la razón que los condena. Este sistema de elogiarlo todo destruye la clasificación que debe darse á los autores en el concepto del público, y sobre todo ataca al verdadero buen gusto cuando dejándose llevar del entusiasmo se tratan con desprecio las reglas más sublimes del arte. El tributo de admiración dado al ingenio de nuestros autores antiguos no debe llevarse hasta el extremo de defender los extravíos que les impiden ocupar el primer lugar en la Europa poética.

Finalmente, la colección de que se trata es también recomendable por la belleza de la edición y por la excesiva baratura del precio, que tiene pocas semejantes; y sólo se-

ría de desear que los cuadernos se diesen, si es posible, con menos intervalo de tiempo, para que tengamos el gusto de ver concluída uua obra que venga el honor de nuestra literatura dramática, sacándola del vergonzoso olvido en que yacía.

M.

Correo Literario y Mercantil, 20 Octubre de 1828.



LITERATURA DRAMÁTICA

Sobre refundición de comedias antiguas.

La excesiva tolerancia con que se miró hasta fines del siglo pasado el desarreglo de nuestro teatro, empezó á disminuirse cuando el conocimiento de las producciones extranjeras y el espíritu de ilustración fué tomando vuelo. Entonces se echó de ver que nuestras comedias antiguas, si bien dotadas de grandes bellezas, no eran ya tolerables en general para un público más ilustrado, por el desarreglo y la falta de juicio que suele afearlas. Jovellanos, Moratín y otros ilustres escritores pensaron de este modo, y creyeron que para volver á presentarlas en la escena era preciso que una mano diestra hiciese desaparecer los lunares más notables de las que se escogiesen con aquel objeto. Varios fueron los ingenios que por aquel tiempo se dedicaron á este trabajo. Trigueros presentó refundidas *La Estrella de Sevilla ó Sancho Ortiz de las Roelas*, *La moza de cántaro*, *El anzuelo de Fenisa* y otras; Arellano, *Lo cierto por lo dudoso*, y, en fin, con éstas y otras se despertó de nuevo la afición á los antiguos dramáticos. El célebre Máiquez, cuyo noble orgullo aspiraba á alcanzar todas las palmas en su carrera, quiso también lucirse en la comedia antigua, y tuvo la fortuna de encontrar quien le supiera escoger varias piezas y refundirlas para poderse representar. El *García del Castañar*, *El rico hombre de Alcalá*, *El*

astrólogo fingido, Cuantas veo tantas quiero, El parecido en la corte, El pastelero de Madrigal, El alcalde de Zalamea y alguna otra, sirvieron á un mismo tiempo para llevar la gloria de Máiquez como actor al más alto punto, para asegurar el buen concepto literario de D. Dionisio Solís y, en fin, para afianzar más y más la celebridad de nuestro antiguo teatro.

Desde entonces han sido varios los que con el mismo Solís han cuidado de presentar refundidas en el teatro las obras más célebres de nuestros autores antiguos, y gracias á sus tareas las producciones de Lope, Tirso, Moreto, Calderón y demás son ya suficientemente conocidas. ¿Y se podrá negar el importante servicio hecho á nuestra literatura en sacar del polvo en que yacían y presentar con todo su brillo unos cuadros preciosos que estaban olvidados?

Hay quien dice *que las comedias antiguas debían representarse tales como son y sin refundirse;* pero quien habla así no conoce nuestro teatro antiguo, ni los vicios de que adolece. ¿Querrían estos señores ver en una hermosa comedia, como *El rico hombre de Alcalá,* hacer papel á un muerto, en otras que haya milagros, en ésta que corra la escena las cuatro partes del mundo, en aquélla que se embrolle la fábula con otras mil inconexas, que dure diez ó doce años, y, en fin, que se encubran sus bellezas en un sin número de desarreglos de esta especie? ¿Y no creerán acreedor á su agradecimiento al que entre del inmenso fárrago ha sabido encontrar una producción apreciable, y presentándosela después con tal cual variación hija del buen gusto y del conocimiento del arte?

No se crea por esto que desconozco los abusos que ha habido y hay. Convengo en que muchas comedias han sido estropeadas por manos inexpertas y atrevidas. Éste ha sido el mal, y de aquí la desconfianza con que se oye el nombre de *refundición.* Abusando de esta palabra, unos han presentado las comedias con casi ninguna variación (y es lo menos malo), otros (y ha sido lo peor) han trocado á su antojo situaciones, diálogos y demás con sólo el obje-

to de no mudar la decoración; han ingerido sin juicio ni cordura en unas comedias trozos de otras y, finalmente, han añadido pegotes mal zurcidos de su propia cosecha.

Pero es preciso no confundir al que esto hace con el verdadero refundidor de una comedia: para serlo no basta saber cuatro reglillas de poética, ni hacer un par de décimas ó redondillas. Es necesario un gusto exquisito para saber distinguir las bellezas de los extravíos del ingenio, un continuado estudio de nuestro antiguo teatro, una crítica exacta, y juzgar con ella hasta dónde debe llegar la tolerancia con la imaginación de nuestros poetas, y, finalmente, un don particular para imitar su tono, sus ideas y su modo peculiar de expresarlas. Con estas cualidades el refundidor escoge una comedia, y ya el acto de escogerla es el resultado de un trabajo largo por haber tenido que desechar otras muchas: luego la estudia, la adopta por hija y se identifica, por decirlo así, con la idea de su autor. Aquí es donde debe obrar en él la circunspección para suprimir los trozos del autor, y solamente hacerlo con aquellos que absolutamente no se podrían tolerar en la representación, y la modestia debe hacerle muy tímido para añadir pensamientos suyos propios sólo en un caso inevitable, guardando tal imitación del lenguaje y demás del autor, que pueda equivocarse fácilmente. Á veces la supresión sólo de un personaje, de una escena ó de un diálogo bastan para dejar una comedia, si no perfecta, por lo menos tolerable; pero en otras es preciso explayar la acción, marcar los caracteres, anudar los hilos rotos y alterar las situaciones, lo cual es un trabajo ímprobo y que muy pocos están en el caso de hacer.

Y es lo peor que, después de ser tan malo este trabajo, tiene la desgracia de no ser agradecido ni poder serlo, puès aun dado caso de llegarse á hacer con perfección, y que la comedia agrade, todos los aplausos y los encomios son para el autor, sin que le quepa la más mínima parte al modesto refundidor; quien hace un estudio en ocultar sus trabajos para que no se distingan de los del autor. ¡Cuántas veces no se habrán admirado en Lope y Tirso

dichos que no dijeron, y cuántas se habrán achacado á sus refundidores defectos que sólo fueron de aquéllos! Pero el hombre honrado (que en literatura también los hay) tiene la satisfacción de haber contribuído á extender la fama de aquellos célebres ingenios, y de este modo á la de la gloria nacional. Seamos, pues, justos, y reconozcamos un servicio importante, ya que no tenga otra recompensa.

M.

(*El Correo*, periódico literario y mercantil, 13 de Marzo de 1829.)

RÁPIDA OJEADA

SOBRE

LA HISTORIA DEL TEATRO ESPAÑOL

ORIGEN Y PRIMERA ÉPOCA [1]

Después que las guerras con los moros iban siendo menos frecuentes, á medida que los españoles reconquistaban su patria, empezaron á regularizar sus diversiones, que hasta entonces tenían todo el carácter de rústicas y feroces. Era, pues, en el siglo XIII y por el reinado de San Fernando cuando sucedía esta feliz innovación; pero como todavía el valor se tenía por la única prenda recomendable, porque la política exigía que se entretuviese el prestigio de esta cualidad, por las guerras que aún debían de sostenerse hasta la total victoria sobre los invasores, de ahí fué que las diversiones públicas, aunque grandes, regularizadas ya y magníficas, guardaron relación con las ideas de aquella época, y se vió en los tor-

(1) Aunque buena parte de las noticias que contiene la segunda época de las cuatro que comprenden estos estudios, sirvieron de base al autor para los que publicó en los cuatro tomos de la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra de *Contemporáneos y posteriores á Lope de Vega*, insértanse aquí íntegros no sólo por ser la forma distinta, sino porque su contenido constituye sólo una parte no principal de este trabajo, que estudia el teatro español desde su origen hasta nuestros días.

neos, cañas, toros y demás funciones de aquellos siglos, en unión la destreza y el valor con la galantería más fina.

Entre las varias circunstancias que concurrían á realzar estos espectáculos hasta un punto de esplendor de que no conservamos más que una idea imperfecta, era una la poesía, con la que los trovadores solían celebrarlas, dando un tono heroico á aquellas brillantes asambleas. Y mientras que ellas continuaban aún siendo el encanto de la mayor parte de España, la corte de Aragón fué la primera que vió las *farsas* ó *entremeses*, que, aunque informes, como todas las cosas en su principio, dieron alguna idea de la comedia. Ya en el siglo XV nos señala la historia una representación dramática, verificada en Zaragoza en la proclamación del Infante de Castilla D. Fernando el Honesto, cuya composición fué del célebre Marqués de Villena, que es el primer autor dramático español de que hay noticia. Es de creer que no sería ésta la sola composición suya de este género, pero se sabe que fueron quemadas sus obras, tal vez merecedoras de los lamentos que Juan de Mena las tributó (1).

Á fines del siglo XV floreció *Juan de la Encina*, natural de Salamanca, el cual compuso unas *églogas* que, aunque llamadas así, pueden graduarse de dramas por su carácter y porque fueron representadas por histriones, una de ellas en las bodas de los Reyos Católicos y otras varias ante D. Fadrique de Toledo y su esposa, Duques de Alba, y el Príncipe D. Juan. En estas composiciones

(1) Otra, y aun otra vegada yo lloro
por qué Castilla perdió tal tesoro,
no conocido delante de gente.
Perdió los tus libros sin ser conocidos,
y como en exequias te fueron ya luego
unos metidos al ávido fuego
y otros sin orden no bien repartidos.
Cierto, en Atenas los libros fingidos
que de Protágora se reprobaron,
con cerimonia mayor se quemaron
cuando al senado le fueron leídos.

(*Cancionero*.)

se advierten algunas bellezas en medio del poco gusto que las caracteriza Los versos son de doce sílabas, llamados entonces de arte mayor, que era el verso favorito, y apenas se encontrarán muy pocos tan tolerables como éstos:

> «Con falsa esperanza me muestran el puerto
> do pienso valerme; mas luego al entrar,
> fortuna me aleja tan dentro en el mar
> que pierde el piloto de todo el concierto.»

Bartolomé de Torres Naharro, otro de los primeros inventores de nuestro teatro, natural de Torres, en Extremadura, fué sacerdote y estuvo en Italia, donde publicó en 1517, bajo la protección de León X, sus ocho comedias bajo el título común de *Propaladia*. Estas comedias, nombradas *La Serafina*, *La Trofea*, *La Soldadesca*, *La Tinelaria*, *La Himenea*, *La Jacinta*, *La Calamita* y *La Aquitana*, aunque monstruosas, fueron representadas en Nápoles, adonde las guerras llevaban multitud de españoles; el verso y lenguaje son ya correspondientes al género cómico, y se conocen los progresos que había hecho el habla. Naharro dividió en actos las comedias; *La Himenea* es la mejor de este autor.

Tales fueron los principios de nuestro teatro, y los primeros autores que dieron idea de él. El aparato era correspondiente al mérito de los dramas, y en este punto, si hemos de creer á Cervantes, no adelantó hasta el famoso Lope de Rueda, que, según él mismo dice, «*sacó á la comedia de mantillas, la puso en toldo y la vistió de gala y apariencia*». Por tanto, puede tomarse á Rueda como el verdadero fundador de nuestro teatro.

Nació *Lope de Rueda* en Sevilla, y primero fué batihoja ó tirador de oro; pero su afición á la literatura le hizo abandonar este oficio por el de actor y autor á un tiempo de comedias; compuso cuatro, todas en prosa, á saber: *La Eufemia*, *La Armelina*, *Los engañados* y *La Medora*, y en ellas se echa de ver su talento para crear caracteres y una acción interesante. Estas cualidades como composi-

tor, y su mucha habilidad para representar, le adquirieron en su tiempo tal reputación que el célebre Antonio Pérez le llama «*el embeleso de la corte de Felipe segundo*», y no se puede negar que, transmitiéndonos á la época en que vivió, debía estar dotado de un genio creador y conocimientos extensos, faltándole sólo haber nacido en otro siglo para haber escrito con más acierto; á pesar de esto, fué el fundador de nuestra comedia, porque introdujo el gusto á esta diversión y abrió así el camino que otros siguieron con más inteligencia.

Varios fueron los que escribieron después, aunque de todos ellos se conservan apenas los nombres. *Francisco de Avendaño*, criado del Marqués de Villena, de quien sólo se conserva la *Florisea*, dividida en tres jornadas,

> «Que aquel que de ella es autor
> buscó este nuevo primor»,

y ahí vemos que no fué Cervantes, como él se gloriaba de ello, el inventor de esta innovación, que después se ha conservado hasta nuestros días. *Juan Rodrigo Alonso,* alias *Pedraza*, que escribió la comedia de *Santa Susana*, la primera de Santos que hay en nuestros teatros; *Juan Pastor*, *Joaquín Romero de Cepeda*, *Vasco Díaz Tanco*, del Fregenal, autor de tres tragedias tituladas *Amón*, *Absalón* y *Saúl y Jonatás en los montes de Gelboé; Cristóbal de Castillejo, Fernán Pérez de Oliva*, que tradujo algunas piezas del teatro griego; *Francisco de las Navas*, *Feliciano de Silva*, autor de *La Segunda Celestina; Vicente Gil* y su hija, *Juan de Timoneda* y otros varios, que en poco ó nada adelantaron el arte; *Cristóbal Virúes*, que escribió varias tragedias, y *Juan de la Cueva*, que compuso un *Arte de hacer comedias*, por el que se conoce que sabía las reglas clásicas ó griegas. Finalmente, podemos colocar en esta época á *Miguel de Cervantes*, que escribió muchas comedias, en las que de ninguna manera se conoce al autor del inmortal *Quijote*, pues fueron tan malas que hay quien asegura que las compuso tan disparatadas con el

objeto de criticar las que entonces se usaban; pero muchas razones prueban que lo hizo así porque no supo más, ó porque tal vez le tuviese cuenta acomodarse al gusto del siglo.

Pero nada nos puede dar una idea más exacta del estado de nuestro teatro en aquel tiempo que lo que dice Agustín de Rojas en su *Viaje entretenido* cuando en la octava loa trata históricamente este punto:

«Y porque yo no pretendo
tratar de gente extranjera,
sí de nuestros españoles,
digo que Lope de Rueda,
gracioso representante
y en su tiempo gran poeta,
empezó á poner la farsa
en buen uso y orden buena:
porque la repartió en actos,
haciendo introíto en ella,
que agora llamamos loa,
y declaraban lo que eran,
las marañas, los amores,
y entre los pasos de veras,
mezclados otros de risa,
que porque iban entre medias
de la farsa los llamaron
entremeses de comedia;
y todo aquesto iba en prosa
más graciosa que discreta.
Tañían una guitarra,
y ésta nunca salía afuera,
sino adentro, y en los blancos,
muy mal templada y sin cuerdas;
bailaba á la postre el bobo,
y sacaba tanta lengua
todo el vulgacho, embobado
de ver cosa como aquella.
Después, como los ingenios
se adelgazaron, empiezan
á dejar aqueste uso,
reduciendo los poetas
la mal ordenada prosa
en pastoriles endechas;
hacían farsas de pastores,

de seis jornadas compuestas,
sin más hato que un pellico,
un laúd, una vihuela,
una barba de zamarro,
sin más oro ni más seda.
Y en efecto, poco á poco
barbas y pellicos dejan
y empiezan á introducir
amores en las comedias,
en las cuales ya había dama
y un padre que á aquesta cela,
había galán desdeñado
y otro que querido era,
un viejo que reprendía,
un bobo que los acecha,
un vecino que los casa
y otro que ordena las fiestas.
Ya había saco de padre,
había barba y cabellera,
un vestido de mujer
(porque entonces no lo eran
sino niños); después de esto
se usaron otras sin éstas
de moros y de cristianos,
con ropas y tuniquelas.
Éstas empezó Berrío,
luego los demás poetas
metieron figuras graves,
como son reyes y reinas.
Fué el autor primero de esto
el noble Juan de la Cueva:
hizo del padre tirano,
como sabéis, dos comedias;
sus tratos de Argel, Cervantes;
hizo el comendador Vega
sus Lauras; y el bello Adonis,
don Francisco de la Cueva.
Loyola, aquella de Andalla,
que todas fueron muy buenas;
y ya en este tiempo usaban
cantar romances y letras,
y éstas cantaban dos ciegos
naturales de sus tierras.
Hacían cuatro jornadas,
tres entremeses en ellas,

y al fin con un bailecito
iba la gente contenta.
Pasó este tiempo, vino otro,
subieron á más alteza;
las cosas ya iban mejor;
hizo entonces Artieda
sus encantos de Merlín,
y Lupercio sus tragedias;
Virués hizo su Semíramis,
valerosa en paz y en guerra;
Morales, su Conde loco
y otras muchas sin aquestas.
Hacían versos hinchados;
ya usaban sayos de tela,
de raso y de terciopelo
y algunas medias de seda.
Ya se hacían tres jornadas,
y hacían retos en ellas;
cantaban á dos y á tres
y representaban hembras.
Llegó el tiempo que se usaron
las comedias de apariencia,
de santos y de tramoyas,
y entre estas farsas de guerra
hizo Pedro Díaz entonces
la del Rosario, y fué buena;
San Antonio, Alonso Díaz,
y al fin no quedó poeta
en Sevilla que no hiciese
de algún santo su comedia;
cantábase á tres y á cuatro,
eran las mujeres bellas,
vestíanse en hábitos de hombre
y bizarras y compuestas,
á representar salían
con cadenas de oro y perlas.
Sacábanse ya caballos
á los teatros, grandeza
nunca vista hasta este tiempo,
que no fué la menor de ellas.
En efecto, éste pasó;
llegó el nuestro, que pudiera
llamarse el tiempo dorado,
según el punto en que llegan
comedias, representantes,

trazas, conceptos, sentencias,
invenciones, novedades,
música, entremeses, letras,
graciosidad, bailes, máscaras,
vestidos, galas, riquezas,
torneos, justas, sortijas,
y al fin cosas tan diversas,
que en punto las vemos hoy
que parece cosa incrédula
que digan más de lo dicho
los que han sido, son y sean.

SEGUNDA ÉPOCA

De intento hemos pasado rápidamente en estos apuntes sobre la primera época de nuestro teatro, tanto por su escasa importancia, sólo de algún valor para los eruditos, cuanto por estar ya hecha su historia por la pluma más docta y de excepción en la materia (Moratín, *Orígenes del teatro español*). Igualmente recordamos á nuestros lectores un excelente trabajo sobre aquella época de nuestro colaborador sevillano, el malogrado joven *D. Juan Colón y Colón,* que pueden ver si gustan en el tomo V del *Semanario* (1840), páginas 163 y 172, el cual con la suma de datos y exquisita diligencia que le eran propios, supo llenar á nuestro entender algún vacío que pudiera hallarse en la importante crónica de nuestro célebre *Inarco.* Por tanto, nos pareció importuno tratar de detenernos más en lo que tan cumplidamente estaba ya repetido y popularizado.

Por desgracia, ni el *Sr. Moratín*, ni el joven *Colón*, ni otros varios que emprendieron tan afanosa tarea dieron un paso más allá de la época primera de la historia teatral de España, y deteniéndose ante la inmensidad del campo que los siglos XVI y XVII ofrecían á su vista, se contentaron con saludar su aparición, y á pesar de su minucioso deseo investigador retrocedieron como abismados ante la colosal figura de *Lope de Vega.*

Falta, pues, en nuestra literatura la historia de la época propia de sus glorias teatrales, el merecido apoteosis de la larga serie de escritores ilustres que comienza en aquel apellidado justamente *El monstruo de la naturaleza* y que concluyó á principios del pasado siglo con *Candamo, Zamora y Cañizares.* Falta trazar con delicada crítica un período de casi dos siglos de triunfos ostentosos para nuestra escena; falta dar á conocer por análisis á tantos y tan encumbrados ingenios, que sólo respetamos por tradición; falta investigar en el copiosísimo campo de sus tareas el carácter, la índole de cada uno y los admirables recursos de que pudieron disponer para cultivarle; falta .. pero ¿qué no falta en este país favorecido. del cielo á par que desdeñado de sus propios hijos?... Falta, en fin, darlos siquiera á leer formando colecciones, no diremos de las *quince ó diez y seis mil comedias* de aquella época, cuyos títulos solos conservamos, pero siquiera de las que aún puedan reunirse del inagotable *Lope,* del maligno *Tirso,* del prodigioso *Calderón,* del filosófico *Moreto,* del fecundo *Montalbán,* del correcto *Alarcón,* del cortesano *Solís,* del trágico *Rojas,* del ingenioso *Vélez,* de *Cubillo,* de *Guillén de Castro,* de *Diamante,* de *Mira de Mescua,* del sensible *Candamo* y de los tres excelentes cómicos Hoz y Mota, Zamora y Cañizares.

Débiles nuestras fuerzas, pero grande nuestro entusiasmo producido por el estudio de tan rico tesoro, varias veces tomamos la pluma para consignarles algún ligero tributo de nuestra admiración, contribuyendo, aunque con escaso trabajo, á llenar un vacío tan reprensible en nuestra historia literaria; pero nos detuvo la inmensidad misma de la materia y el conocimienso de nuestra pequeñez para ella.

Quizás algún día, más determinados, nos atrevamos á formalizar la idea y consignar en una obra especial los datos que se hallan esparcidos en multitud de libros, la mayor parte ignorados, ó que con vergüenza nuestra, habemos de ir á buscar en las obras extranjeras de *Bolh de Faber, Bouterwek, Signorelli, Sismondi* y otras muchas.

Entre tanto sólo cumple hoy á nuestro propósito en un periódico modesto, ligero y escrito no para los eruditos, sino para el pueblo en general, dar algunas ligeras indicaciones sobre aquella época del apogeo del teatro español, el primero, el más fecundo y aventajado de la moderna Europa.

Hasta el tiempo de que vamos á tratar sólo había sido la comedia una colección indigesta de escenas, sin acción y sin interés; sales groseras, truhanadas y milagros era lo que en ellas dominaba; pero varió de aspecto luego que apareció frey *Lope Félix de Vega Carpio.* Nacido en Madrid en 1562, empezó desde niño á manifestar su genio poético, pues él mismo dice que componía versos para trocarlos por juguetes con sus condiscípulos. Sirvió al obispo de Ávila, y después de haber sido casado dos veces, se hizo presbítero. La multitud innumerable de sus escritos (pues sólo sus comedias, asegura *Montalbán*, su contemporáneo, que pasan de dos mil) le adquirieron una reputación tal, que en todo el orbe era conocido bajo el nombre de *Fénix de los Ingenios*; las gentes se paraban á contemplarle á su paso por cualquier parte; el Papa Urbano VIII le escribió una carta toda de su puño confiriéndole el grado de doctor en teología y el hábito de San Juan, y en fin, pasó una vida gloriosa y envidiable con el aplauso de sus infinitas obras, sin que pudiesen atenuar su reputación sus enemigos literarios, entre los cuales se cuenta el inmortal *Cervantes*, que por un capricho bien injusto de la suerte vivía en la misma calle de Francos, pobre y olvidado. Murió *Lope de Vega* en 1635, y su entierro se hizo con una pompa y grandeza extraordinarias.

Éste fué quien verdaderamente sacó de su infancia á la comedia y creó el *teatro nacional* por un camino enteramente opuesto al de las reglas clásicas griegas y latinas; supo unir una fecundidad poética, única en su especie, á un interés extraordinario en las situaciones; delinear maestramente los caracteres, especialmente mujeriles, y combinar tantos y tan ingeniosos medios dramáticos. que

puede asegurarse que acaso no habrá uno sólo en todos los autores posteriores que no fuese ya puesto en práctica por el gran *Lope;* pero la inverosimilitud y la complicación de su acción y el desprecio absoluto de todos los preceptos más acordes con la razón, quitan á sus comedias la mitad por lo menos del mérito. ¿Pero qué había de suceder á un hombre que, según él mismo dice en su *Arte nuevo de hacer comedias*, las urdía en veinticuatro horas? Este abuso de su ingenio peregrino sólo puede disculparse con el poco gusto y conocimientos del público, que daba lugar á que pasasen tantos desatinos como estuviesen engalanados con las flores del ingenio y del chiste.

Harto conocía él mismo esta falta cuando lo confiesa diciendo:

«Mas ninguno de todos llamar puedo
más bárbaro que yo; pues contra el arte
me atrevo á dar preceptos, y me dejo
llevar de la vulgar corriente, á donde
me llamen ignorante Italia y Francia.»

Y en otra parte dice:

«Y cuando he de escribir una comedia
encierro los preceptos con seis llaves,
saco á Terencio y Plauto de mi estudio
porque no me den voces, porque suele
dar voces la verdad en libros mudos.»

Conoció, pues, que era el único medio de dar gusto al público, y como se veía aplaudido creyó que no debía sujetarse más que á las inspiraciones de su imaginación. A pesar de tanto desarreglo, los más célebres dramáticos de Europa, han hecho honor al ingenio de *Lope*, y aun han adoptado obras suyas; en cuanto á la opinión de su propio país en los siglos posteriores, ha sufrido el movimiento impreso alternativamente por las diversas opiniones literarias, pero en todos tiempos se ha considerado como un gran genio y de los primeros poetas del mundo al autor de *La estrella de Sevilla*, *Lo cierto por lo dudoso*, *La moza del cántaro*, *La más constante mujer*, *El perro del hortelano*,

Los milagros del desprecio, El premio del bien hablar, La dama boba, La bella mal maridada, Si no vieran las mujeres, La viuda valenciana y otras mil y mil creaciones de ingenioso argumento y de la más delicada expresión.

Aunque la fecunda vena de este hombre singular era suficiente para abastecer la escena española de novedades casi diarias, hubo también en su tiempo otros autores que, imitándole más ó menos, le ayudaron en este encargo: *Miguel Sánchez, Mira de Mescua, Tárrega, Guillén de Castro, Aguilar, Vélez de Guevara*, y sobre todo *Montalbán* y *Tirso de Molina* escribieron infinidad de comedias en lo general desarregladas en el plan, aunque con gracias de ingenio y de lenguaje, según el mal ejemplo de *Lope*. Entre ellos hubo algunos cuyas producciones, si no aventajaron, fueron iguales á las de aquél, y merecen elogios de los inteligentes.

El doctor *Antonio Mira de Mescua*, natural de Guadix, hombre docto y juicioso, fué un excelente poeta, y en algunas de sus comedias se nota una regularidad muy singular en aquellos tiempos, como puede verse en la titulada *Galán valiente y discreto, La fénix de Salamanca* y algunas otras.

Don Guillén de Castro hizo sus *Mocedades del Cid*, de donde el gran *Corneille* sacó la célebre tragedia que tanto aplauso merece, «siendo preciso confesar (dice Voltaire) que todas las bellezas de ésta se encuentran en el original español.»

Luis Vélez de Guevara, de quien apenas se tienen más noticias sino que nació en Écija en 1570 y murió en Madrid en 1644, fué autor fecundísimo de más de cuatrocientas comedias y algunas obras en prosa, entre las cuales la más célebre es la de *El diablo cojuelo*, imitada después por *Mr. Lesage*. Sus comedias adolecen del desarreglo de las de *Lope*, sin revelar, sin embargo, tantas dotes de ingenio, y apenas pueden citarse algunas dignas de alabanza, entre las cuales merece sin duda el primer lugar la titulada *Reinar después de morir*.

El Doctor *Juan Pérez de Montalbán*, natural de Madrid,

que empezó (dice *D. Nicolas Antonio)* á los diez y siete años á escribir comedias, fué discípulo de *Lope* y uno de sus imitadores y perpetuo admirador. Se conocen de él treinta comedias de las treinta y seis que en su *Para todos,* dice haber escrito, entre las cuales hay algunas que aun en el día reciben aplauso por su ingenio y lenguaje encantador; tales son: *La toquera vizcaína, La más constante mujer, No hay vida como la honra,* etc. También escribió la *Fama póstuma de Lope de Vega.*

Y, finalmente, el *R. P. M. Fr. Gabriel Téllez,* natural de Madrid, provincial de la orden de la Merced en Castilla la Vieja, bajo el nombre adoptivo del *Maestro Tirso de Molina,* dió á luz muchas comedias que compuso antes de hacerse religioso. En ellas se encuentran, como en todas las de aquel tiempo, impropiedades, mezcla de trágico y cómico, inverosimilitud... pero nadie le negará ventajas bien grandes sobre todos sus antecesores y muchísimos de los que le sucedieron, en la pureza del lenguaje, la sal y el donaire del diálogo, lo cómico de sus situaciones y lo ingenioso y enérgico de su dicción. Este autor puso, como Lope, mucho cuidado en pintar caracteres, especialmente mujeriles, pero cayó casi siempre en el achaque de liviandad, de modo que pervirtió la parte moral de la escena.

Tirso siguió además en algunas piezas un plan regular y acertado; tales son: *Celos con celos se curan, Pruebas de amor y amistad, Amar por señas, La celosa de sí misma, Por el sótano y el torno* y alguna otra; pero el género favorito del padre mercenario era el amor picaresco encubierto en rústicos sayales, y por eso son tan inimitables *La villana de Valleca , La villana de la Sagra, Mari-Hernández la Gallega* y otras en que el plán adolece de falta de regularidad. *Tirso* tiene también el mérito singular de haber sido el primero que presentó en escena asuntos que después han tratado muchos autores nacionales y extranjeros; tales son: *Los amantes de Teruel, El burlador de Sevilla, Don Álvaro de Luna* y otros.

No sé si por la razón de liviandad que arriba queda indicada ó por otra han callado absolutamente sobre este

autor y sus obras todos los que han escrito del teatro, tanto que á fuerza de investigaciones pueden hallarse sólo las escasas noticias que de él existen; pero se puede tener por indemnizado de este silencio con la celebridad entusiasta que en nuestros días ha adquirido. Con efecto, sus comedias ejecutadas con grande inteligencia eran hace pocos años las favoritas del público español; el nombre de este autor era un talismán que llenaba de gente los teatros, y todas las impropiedades, todas las faltas de que abundan sus producciones no eran bastantes á desimpresionar á los oyentes del agradable encanto en que los constituían el profundo ingenio, los versos armoniosos y sus situaciones interesantes y animadas de *El vergonzoso en palacio*, *El castigo del pensé qué*, *Amar por arte mayor* y otras varias de sus célebres producciones. Por desgracia, ha vuelto á caer en el mismo olvido que el resto de nuestros autores dramáticos antiguos, y hoy día actores y público aparentan mirarlos con desdén. Vergonzoso es decirlo; pero es lo cierto que un extranjero que venga á Madrid podrá permanecer en él un año sin escuchar en el teatro una de las bellísimas obras de *Lope*, de *Moreto*, de *Tirso* y *Calderón*.

*
* *

Mucho había adelantado la comedia española con *Lope de Vega* y sus imitadores, pero por desgracia no estaba aún formado el gusto en este punto, y el mismo ingenio de aquél, sublime é independiente de todas reglas, perjudicó extraordinariamente á los verdaderos progresos del arte. Porque acostumbrados los ánimos de los espectadores á la multiplicidad de lances é incidentes en la acción, á la mezcla extravagante de lo trágico y cómico y, en fin, á los ingeniosos disparates, era menester un genio igual al suyo en atrevimiento y que le excediese mucho en juicio, para dirigir la comedia hacia la verdadera senda de la razón y del buen gusto.

Puede decirse que este genio brilló en *D. Pedro Calderón de la Barca*. Contemporizando hasta cierto punto con

el gusto que *Lope* había extendido, hizo, sin embargo, desaparecer sus monstruosidades é imaginó la verdadera comedia española, la cual, si bien todavía defectuosa en el plan, es encantadora en su desempeño. Sus muchísimos dramas (porque aún le alcanzó la manía de escribir mucho) son, por lo general, admirables por el artificio de su acción, el ingenio con que se la conduce hasta el fin, teniendo al espectador en una continua sorpresa; la nobleza de los caracteres, principalmente amorosos, el estilo sentencioso y sublime y la armonía encantadora del verso. Entre ellos los hay, en donde los críticos más severos hallarían poco que reprender en cuanto á la regularidad de su plan: tales son *Dicha y desdicha del nombre*, *Mejor está que estaba*, *Dar tiempo al tiempo*, *Casa con dos puertas*, *Los empeños de un acaso* y otros varios. Los hay también en el género trágico ó del drama elevado, en el cual, aunque con los defectos anejos á la época, sobresalió también *Calderón*: *La vida es sueño*, *El tetrarca de Jerusalén*, *El alcalde de Zalamea*, *El médico de su honra*, *Á secreto agravio secreta venganza*, son creaciones de primer orden que darían á *Calderón* el título de nuestro primer dramático, si no le hubiese sabido merecer por otra clase de comedias de que puede decirse que fué el original inventor.

Hablamos de las comedias llamadas de enredo y de capa y espada, en que tan hábilmente supo pintar las costumbres galantes de su época y trazar cuadros de tan prodigioso interés que en vano han pretendido competir con él cuantos poetas han alcanzado después aplausos en nuestra escena. *La dama duende*, *El escondido y la tapada*, *Mañanas de Abril y Mayo*, *Gustos y disgustos*, *Cuál es mayor perfección*, y otras ciento que pudiéramos citar, colocan á *Calderón* en una línea especial, en un puesto eminente sobre cuantos dramáticos han inventado antes y después enredos teatrales, y son un testimonio claro de que su inagotable imaginación le suministraba una rica vena de recursos poéticos, y le hacía parecer siempre nuevo, siempre ingenioso y siempre admirable. Ni sólo lo fué para los españoles: los autores más clásicos de Francia é Italia, se apresu-

raron á rendirle el homenaje debido á su talento: *Corneille* tradujo su *Mariene*, *Molière* tomó la idea de las *Mujeres literatas* en la de *No hay burlas con el amor*, y el célebre *Metastasio* le imitó repetidas veces.

Tuvo la fortuna este insigne poeta de haber vivido bajo el reinado de Felipe IV, príncipe decidido protector del teatro y poeta él mismo, pues se sabe que escribió algunas comedias bajo el nombre de *Un Ingenio de esta Corte*, entre ellas algunas apreciables, como es la de *Dar la vida por su dama*. No es, pues, extraño que engrandeciese con sus mercedes al poeta mayor de su siglo. Por eso *Calderón* recibió en vida los testimonios más marcados de su benevolencia; sus comedias se representaban en el gran teatro que este príncipe hizo construir en el sitio del Buen Retiro, y aun una de ellas—*Certamen de amor y celos*—fué representada con inmensos gastos en el estanque grande del mismo sitio, por disposición del Duque de Olivares.

Calderón nació en Madrid de una familia ilustre en 1.° de Enero de 1601, y recibió una distinguida educación; fué geógrafo, cronologista, historiador, matemático, canónico, y estudió en Salamanca; fué militar, y después sacerdote, caballero del hábito de Santiago, capellán de honor de S. M. y de los reyes nuevos de Toledo; murió en 25 de Mayo de 1681, y fué enterrado en la iglesia de San Salvador de Madrid, y allí han permanecido sus restos hasta que por una suscripción voluntaria del pueblo de Madrid fué trasladado al cementerio de la puerta de Atocha en Abril del año pasado de 1841.

Al mismo tiempo que *Calderón* escribía *D. Agustín Moreto y Cabaña*, quien también mereció la protección de Felipe IV. Ni *D. Nicolás Antonio*, ni otros autores dicen cuál fué su patria, aunque se infiere que Madrid; sólo sí que se hizo sacerdote y fué rector del colegio del refugio en Toledo. Sus comedias son por lo general de las más arregladas del teatro antiguo, y sobresalen además por la sal y viveza del diálogo. Adolece, es verdad, *Moreto*, de la falta de invención en muchos de sus argumentos, evidentemente tratados antes de él por otros autores; pero no

puede negársele que con sus grandes recursos dramáticos, su filosofía y buen gusto, los mejoró en sus manos casi siempre, haciendo olvidar los originales que sin duda se propuso. No hay más que comparar para ello *El desdén con el desdén*, de *Moreto;* con *Los milagros del desprecio,* de *Lope; El rico hombre de Alcalá* y *De fuera vendrá*, con *El Infanzón de Illescas* y *De cuando acá nos vino*, del mismo *Lope. El parecido en la corte, La tía y la sobrina,* y otras muchas de este autor tienen una regularidad inmejorable en cuanto al plán. *El desdén con el desdén*, comedia en que brillan y se desenvuelven las más sublimes cuestiones de la metafísica amorosa con un diálogo verdaderamente encantador, fué traducida por el célebre *Molière,* con el título de la *Princesa Elide*, y en Italia bajo el de *La princesa filósofa;* es el recurso de los comediantes para llenar de gente sus teatros. *Regnard*, imitó en sus *Menechmes*, *La ocasión hace al ladrón,* de *Moreto;* y en fin, los mejores cómicos de Europa, han mirado sus producciones con todo aprecio. Débese también á este autor el haber sido quien creó las comedias llamadas *de figurón,* siguiendo en ellas el verdadero cómico, aunque un tanto exagerado. Su lindísima *El lindo D. Diego*, es de las más perfectas de nuestro teatro, y en este punto puede decirse que si no igualó á *Molière*, en filosofía y profunda intención, rivaliza por lo menos con él en fuerza cómica, en gracia y originalidad.

Don Francisco de Rojas, nacido en Toledo en 1641, y caballero del hábito de Santiago, fué uno de los buenos competidores de *Calderón,* y es aun hoy día reputado entre los primeros dramáticos españoles. En ambos géneros, trágico y cómico, aunque sin el rigorismo y clásica división de los preceptos aristotélicos, dejó consignada su gran filosofía y conocimiento del mundo y las pasiones humanas, la viveza de su imaginación y la rica vena poética de que estaba adornado. *García del Castañar, Casarse por vengarse* y otras, son pruebas positivas de su disposición para el género trágico y sublime, así bien como en *don Lucas del Cigarral, El amo criado, No hay amigo para amigo* y otras, supo luchar con *Calderón* y *Moreto*, en el

interés de la intriga y en la gracia cómica de un diálogo animado y natural.

A par de *Rojas* y de *Moreto*, puede citarse aquí también á *D. Juan Ruiz de Alarcón*, natural de Méjico, autor dramático de gran filosofía, corrección y buen gusto. Todo el mundo sabe que el gran *Corneille* tomó el argumento y principales escenas de la primer comedia clásica de aquel teatro *Le menteur*, de la de nuestro *Alarcón* titulada *La verdad sospechosa*, en que su autor se propuso sin duda un fin moral, como rara vez lo hicieron sus predecesores en nuestra escena; pudiéndose igualmente citar en éste y los demás géneros cultivados del arte sus otras comedias de *Las paredes oyen*, *Ganar amigos*, *El examen de maridos*, y, por último, la famosa de *El tejedor de Segovia*, primera y segunda parte.

D. Juan Mateos Fragoso escribió bastantes comedias en el género llamado gongorino, y en lo general desarregladas. Su *Juan Labrador* tiene muy buenos trozos, y es una de las piezas que agradan en Francia, traducida con el título de *La partie de Henri IV*.

El erudito *D. Antonio Solís*, hizo comedias también, y comedias en que se echan de ver sus profundos conocimientos en la materia. *El amor al uso* (traducida por *Tomás Corneille*, con el título de *L'amour á la mode*), *Amparar al enemigo*, *El alcázar del secreto* y alguna otra, ofrecen una trama regular, y la primera una pintura exacta de las costumbres; y en la de *Un bobo hace ciento*, *El doctor Carlino* y demás, siguió con acierto el estilo del figurón. Por estas razones puede colocarse á *Solís* entre los mejores y más juiciosos cómicos de España.

Fué natural de Plasencia, secretario del Conde de Oropesa, y después oficial de la secretaría de Estado, y secretario del rey; Cronista mayor de Indias, y, por último, sacerdote, á los cincuenta y un años de su edad. Murió á los setenta y siete en 1686, y estaba enterrado en San Bernardo de Madrid; su nombre es aún, más que por sus comedias, célebre por su *Historia de la conquista de Méjico*.

D. Juan de Hoz y Mota, natural de Burgos y procurador

á Cortes en 1657, escribió varias obras poco conocidas. Pero su memoria debe ser apreciable por haber dejado en *El castigo de la miseria* un nuevo emblema de este vicio tan original, y pintado con tanta gracia como la que reina en *La Aulularia* de *Plauto*, y en el *Avaro* de *Molière*. El fondo de esta comedia, está en la novela *El casamiento engañoso*, de *Cervantes*; *Scarron* la tradujo con el título de *Le chatiment de l'avarice*.

Sería poco menos que imposible, y aun fuera de nuestro propósito, el intentar aquí seguir uno por uno el largo catálogo de nuestros autores dramáticos de aquel siglo XVII, tan felices para el arte. Pero creemos que bastan los citados para prueba de nuestro intento, aun sin descender á los infinitos de segundo orden, como *Diamante*, autor de *La judía de Toledo*; *Cubillo*, que lo fué de muchas notables como *El conde de Saldaña*, *Las muñecas de Marcela*, *La perfecta casada*; y *Mendoza*, que escribió *El marido hace mujer*, que no dudamos en asegurar que sirvió de original á *Molière* para la suya de *La escuela de los maridos* (1); *Cancer*, *Monroy*, *Salazar*, *Figueroa*, *Zárate*, *Belmonte*, *Leyva*, etc.

Todo aquel esplendor á que había llegado la comedia española bajo el reinado de Felipe IV, fué debilitándose y vino á quedar reducido al mayor decaimiento bajo el de su sucesor Carlos II. De esta regla general fué por entonces única excepción *D. Francisco de Bances Candamo*, autor de muchas apreciables comedias, que merecieron en su tiempo la protección del monarca y el aplauso público, distinguiéndose entre ellas *El esclavo en grillos de oro*, *El*

---

(1) El Sr. Moratín, en el prólogo de su traducción de esta comedia de Molière, asegura que su idea principal está en *La bella mal maridada*, de Lope. Si hubiera conocido *El marido hace mujer*, de don Antonio Hurtado de Mendoza, desde luego habría echado de ver que esta es, sin duda, el original que tuvo presente Molière para la suya, escrita en 1661, cuando la de Mendoza lo fué en 1643. Este hurto literario, no observado hasta ahora por nadie, y el mérito intrínseco de dicha comedia, movió hace algunos años al autor de este artículo á refundirla para su representación, que no llegó á verificarse.

desgraciado Macías, El duelo contra su dama y *El sastre del Campillo.*

Las guerras de sucesion ocurridas á la muerte de Carlos II, la mudanza de dinastía y la introducción del gusto extranjero por la ópera italiana, acabaron de dar el último golpe mortal al teatro español, y ni en el reinado de Felipe V, ni en el siguiente (si bien gloriosos para la nación) se encuentra apenas una comedia que recordara el país de los *Calderones* y *Moretos.*

D. Antonio Zamora y *D. José Cañizares* fueron los únicos que, luchando con las densas tinieblas, presentaron aún algunas piezas de carácter, agradables; tales son *El hechizado por fuerza,* del primero, y *El dómine Lucas* y *El montañés en la corte,* del segundo. Con ellos acabó el teatro propio español. *La Thalia española—*dice *Jovellanos—pasó los Pirineos para inspirar al gran Molière,* aquel genio restaurador del teatro cómico primitivo, cuya filosofía y buen gusto había de tener tanta influencia en todos los teatros de la moderna Europa, formando en el nuestro una tercera época, que es la que vamos á bosquejar.

TERCERA ÉPOCA

Conocidas son de todos las causas poderosas que á principios del pasado siglo hubieron de influir necesariamente en la alteración de las costumbres, y aun de la nacionalidad española. Empeñado nuestro desgraciado país, á la muerte del último monarca de la dinastía austriaca, en una sangrienta guerra de sucesión por el espacio de catorce años, lucha en que tomaron parte, invadiendo nuestro territorio, los ejércitos alemanes y holandeses, franceses, ingleses y portugueses; colocado, por resultado de ella, en el trono el nieto de Luis XIV, y dominada la corte, dominada la opinión pública por la poderosa influencia del gabinete de Versalles, no es de extrañar que hasta cierto

punto se viera realizado el dicho de aquel gran príncipe al despedirse de su nieto: «*No haya Pirineos*».

Dejemos á los políticos, dejemos á los profundos moralistas la difícil cuestión de saber si ganamos ó perdimos en esta necesaria transformación. Baste á nuestro propósito el señalarla como dato para entrar á contemp ar una nueva época literaria en que, así como en la política, como en las costumbres, en el idioma y hasta en el traje mismo, todo cedió á la influencia, y se matizó con los colores del gusto francés.

Los primeros poetas que, concluída la guerra, en 1714 se dedicaron á cultivar el arte dramático, pagaron necesariamente tributo á los sucesos del día, y produjeron algunas piezas de circunstancias bien recibidas entonces, aunque, como todas las de su clase, fueron muy luego olvidadas. Tales fueron la de *D. Tomás Genis*, titulada *Los triunfos de Felipe V y glorias de Gabriela*; la de *D. Juan de Vera y Villaroel*, *Felipe V en Italia;* la de *D. Rodrigo de Urrutia*, *Rey decretado del cielo*, y otras muchas de *Felipe en Extremadura*, *Felipe V en Sevilla*, *El infante D. Carlos en Sicilia*, etc.

En estas comedias, así como en otras muchas de diversos autores, tales como *D. Melchor Fernández de León*, *D. Diego de Torres*, *D. Antonio Téllez Acebedo*, *D. Pedro Scoti*, *D. Tomás de Añorbe y Corregel*, *D. Bernardino Reynoso* y otros poco conocidos, ni dignos de serlo, se echa de ver, primero, la medianía de su ingenio, y segundo, la lucha en que se había colocado el gusto, entre los recuerdos harto débiles del teatro antiguo y las severas exigencias de la escuela clásica inaugurada en el vecino reino por los poetas del gran siglo.

Hemos dicho en el artículo anterior que *D. Antonio Zamora* y *D. José Cañizares*, fueron los únicos que por aquel tiempo in entaron luchar contra el mal gusto dominante y hacer revivir las glorias de la musa de *Lope* y de *Moreto;* pero aunque presentaron algunas muestras de su aptitud para tamaña empresa, se vieron sin querer apartados de ella y arrastrados en el caos de confusión literaria, en

que alternaban con insípida algarabía los dioses fabulosos de la Grecia, y los milagros de vírgenes aparecidas; las hazañas de los caudillos españoles y los amores de los reyes extranjeros; las novelas más soporíferas, y las batallas de moros y cristianos; la poesía más desaliñada, con los artificios y tramoyas de la mágica.

Para formarse una idea de toda esta batahola, bastará apuntar aquí algunos de los títulos, tomados al acaso de las comedias que por entonces se representaban y andaban en boga, obras de los ingenios de la época, como los ya citados, y *D. Eugenio Gerardo Lobo*, *D. Antonio Pablo Fernández*, *Fr. Juan de la Concepción*, etc., etc. Hé as aquí: *El más justo rey de Grecia*, *Los mártires de Toledo, y tejedor Palomeque*, *Angel, lego y pastor*, *San Pascual Baylón*, *El mágico de Salerno*, *Pedro Vayalarde*, *El laurel de Apolo*, *El monstruo de Barcelona*, *Quitar del cordel el cuello, es la más justa venganza, ó el pobre fundador del hospital más famoso, el venerable Antón Martín; Carlos V sobre Túnez*, *La destrucción de Tebas*, *El blasón de los Guzmanes y defensa de Tarifa*, *D. Juan de Espina en Madrid*, *La hazaña mayor de Alcides*. *El asombro de la Francia*, *Marta la Romarantina*, *Endimión y Diana*, *Quitar de España con honra el feudo de cien doncellas*, *El santo niño de la Guarda*, *El pleito de Hernán Cortés con Pánfilo de Narváez*, etc., etc.

En el siguiente reinado de Fernando VI siguió el teatro en el mismo desorden, más y más motivado por el desdén con que era mirado por la corte y el público, aficionados á las óperas italianas que había introducido el famoso Ganasa, en el nuevo teatro de los Caños del Peral. También se intentó por entonces aclimatar en nuestra escena otra especie de composición, con piezas de canto á la manera de los *vaudevilles* franceses, y que fueron apellidadas *zarzuelas* del nombre de la casa de recreo de la familia real que está en el camino del Pardo, y en cuyo teatro fueron ensayadas. De éstas se escribieron muchas, la mayor parte de cuentos mitológicos y pastoriles, como *Los encantos de Amenón*, *Arcas y Calixto*, *Araspes y Pantea*, *Apolo y Leucootoe*, *Filis y Demoofonte*, *Aspides hay, basiliscos*, *La man-*

zana de oro, *Pelope y Laodamia*, *Apolo y Climene*, *Clicie y el sol*, *Telémaco y Calipso*, etc., etc.; pero nunca ha podido arraigarse sólidamente este género en nuestro teatro.

Los estudios clásicos del antiguo teatro griego y del moderno francés, habían empezado á desenvolver desde principio del siglo entre nuestros literatos, una casi frenética idolatría hacia los preceptos consignados en las lecciones poéticas de Aristóteles, Horacio y Boileau; y preocupados con el entusiasmo que en sus imaginaciones debían producir las bellas producciones de *Racine*, de *Corneille* y de *Molière*, al paso que miraban con horror á los menguados copleros que por entonces infestaban nuestra escena, envolvían injustamente en su censura á los grandes ingenios que tan osadamente habían volado en el siglo anterior por las regiones de la fantasía Esto es lo natural en toda reacción; confundir indebidamente lo bueno con lo malo, lo sublime con lo ridículo, el fruto de la ignorancia con los extravíos del genio.

D. Ignacio Luzán, célebre por su conocida ilustración y su razón severa, quiso, pues, ser entre nosotros el Moisés de este nuevo decálogo literario, y publicó en 1736 su libro de *La Poética*, en que con más ó menos gusto y criterio resumió y puso en lenguaje español los preceptos ó consejos de los ya dichos autores, griego, latino y francés.

Ya queda dicho en los artículos anteriores que estos preceptos no eran desconocidos en nuestro país, como certificó el mismo *Lope*, en los versos que de él citamos, y puede probarse también con el *Ejemplar poético* de *Juan de la Cueva;* pero el genio español, por entonces osado é independiente, hizo poco caso de aquellos famosos cánones, y sea que el clima, las costumbres y las leyes influyesen en el gusto de autores y público diversamente; sea que no creyesen reconocer autoridad superior, ello fué que pasaron muy bien sin reglas, y que elevaron el teatro de su nación á una altura excepcional en su siglo, y aún hoy digna de admiración.

Pero las circunstancias habían cambiado: los grandes y originales ingenios habían desaparecido; el gusto nacional

se había olvidado; la autoridad, las leyes y la opinión se prestaban hoy á la innovación proyectada, y *Luzán* y los suyos acometieron la empresa con un celo y entusiasmo que ciertamente les honra.

D. Agustín Montiano y Luyando presentó en su *Virginia* y en su *Ataulfo* los dos primeros ensayos de la tragedia clásica en el estilo greco-francés; y es preciso convenir que no acertó á probar otra cosa sino que, siguiendo las consabidas reglas, podía también llegar á hacerse una pesadísima tontería. *D. Eugenio Llaguno y Amirola* tradujo la *Athalia* de *Racine*, y algunos años después *D. Nicolás Fernández de Moratín* hizo las tragedias de *Lucrecia*, *Hormesinda* y *Guzmán el Bueno* y la comedia de *La petimetra*, todas clásicas puras, todos arregladas al arte y todas perfectamente soporíferas.

Ni fueron más acertados en sus ensayos *D. Pablo Olavide*, con las tragedias de *Celmira é Hipermenestra; D. Juan López Sedano*, con la de *Jahél; D. José Clavijo y Fajardo*, con la de *Andrómaca*, ni el *Sr. Jovellanos* con su *Munuza*, y otros muchos que, ya de asuntos propios, ya traducidas de las francesas, intentaron aclimatar por entonces el puñal de Melpómene, en la escena española.

El último, sin embargo, de estos distinguidos autores (el *Sr. D. Gaspar Melchor de Jovellanos)* dió un paso atrevido y seguramente autorizado con el éxito más completo, en su excelente drama titulado *El delincuente honrado*, en que no sólo se apartó, con singular acierto, de las preocupaciones de los preceptistas y de la extravagancia de los corruptores, sino que tuvo suficiente valor para ofrecer en nuestra escena un drama escrito *en prosa*, palpitante de interés, *sentimental*, como entonces se decía, y de estilo digno y elevado.

En medio de los encontrados campos en que por ambas partes se peleaba, de un lado los hombres estudiosos y reflexivos, amantes de lo que apellidaban *buena escuela*, aunque preocupados demasiadamente con sus dogmas; del otro los espíritus rastreros, espigadores de toda mala yerba, abastecedores de quínola y copleros de afición, se alzó

un hombre realmente notable, así por la fuerza de su ingenio como por la osadía y petulancia de su carácter. Este hombre fué *D. Vicente García dela Huerta*, el cual, echando de ver la parte más flaca en los antiguos dramaturgos, quiso ser su campeón y rehabilitarlos en la opinión, á fuerza de insultos y sarcasmos contra sus antagonistas los clásicos. Pero, por fortuna para él, su talento podía más que su preocupación; y cuando llegó el caso de probar su intento, de desenterrar las formas dramáticas de *Calderón* y *Lope*, se vió sin querer arrastrado, dentro del círculo que la razón y el gusto trazaban ya, y dió en su *Raquel* una composición trágica con todas las formas clásicas, si bien guardando cierta pompa en la versificación, que tan grata la hizo y hará siempre á los oídos españoles.

Entre tanto que *Huerta*, defendía el teatro antiguo escribiendo y traduciendo tragedias á la moderna, y que los clásicos intentaban probar la bondad de sus preceptos, produciendo comedias insípidas, el grueso de la falange poética, los abastecedores por junto, los peones del oficio, inundaban cada día nuestra escena de insoportables mamarrachos, y á fuerza de escribir y de gritar, asordaban los oídos del público, mareaban su cabeza y le arrastraban como víctima dentro del legamoso cenagal de sus pobres ingenios.

Desgraciadamente para el pobre pueblo, la fecundidad de estos cuitados era inagotable. Trabajando día y noche á destajo ó asalariados á jornal, eso les daba que sus composiciones fueran trágicas ó cómicas, propias ó ajenas, simples ó compuestas, con tal que fuesen muchas y propias para excitar la codicia de los cómicos y el aplauso del patio de los entonces, propiamente, llamados *corrales*.

D. Francisco Mariano Nifo, *D. Manuel Fermín de Laviano*, *Fermín Rey*, *Luis Monzín* y *José Concha*, comediantes, y otros infinitos, por fortuna hoy olvidados, eran los encargados de abastecer la escena de diarias enormidades, y dábanse tan buena maña, que el que menos de ellos, produjo en pocos años uno ó dos centenares de comedias *famosas*, tales como *El sol de España en su Oriente y toleda-*

no Moisés, El godo rey Leovigildo y vencido vencedor, No hay en amor fineza más constante que dejar por amor su mismo amante, ó la Niteti; Defensa de Barcelona, por la más fuerte amazona; Hernán Cortés en Tabasco, Olimpia y Nicandro, Para averiguar verdades, el tiempo es el mejor testigo, El elector de Sajonia, La inocencia triunfante, El rencor más inhumano de un pecho aleve y tirano, y condesa Jenowithz, y otras muchas á este tenor.

Á éstos sucedieron otros *ingenios* no menos osados, de obras llamadas *originales*; y con ellas vinieron los traductores, que se propusieron cobrar con usuras, del teatro francés, los varios plagios que en siglos anteriores hizo éste del nuestro.

Al frente de toda aquella turba de escritores descollaban por su laboriosidad, cuando no por su mediano ingenio, *D. Antonio Valladares de Sotomayor, D. Vicente Rodríguez de Arellano, D. Gaspar Zabala y Zamora* y *don Luciano Francisco Comella.*—El primero de ellos, hombre de bastante erudición y algún gusto, hizo muchas traducciones del francés, y varias comedias que merecieron aplauso, como *El católico Recaredo, El vinatero de Madrid, Exceder en heroísmo la mujer al héroe mismo, Por esposa y trono á un tiempo y mágico de Servan*, y otras muchas, hasta más de doscientas piezas de teatro.—*Rodríguez de Arellano* fué también fecundo, aunque no tanto, siendo entre sus comedias la más famosa la de *El pintor fingido.—Zabala* y *Zamora* escribía mucho de comedias-novelas, propias y extrañas, como *La Justina, Palmis y Oronte, Jenval y Faustina, Ana y Sindhan, El calderero de San Germán, El czar Ivan, Carlos XII, rey de Suecia; La hidalguía de una inglesa*, etc.; y puso por entonces en moda ese drama ó cuento dialogado de caracteres excepcionales y suceso anecdótico, que ahora vuelve á producírsenos como nuevo, bajo los hábitos de *Fabio el Novicio, Bruno el tejedor, Ricardo el negociante, Marcelino el tapicero, Gaspar el ganadero*, etc., etc. Por último, *D. Luciano Francisco Comella*, tan célebre desde entonces, más que por sus muchas obras por las despiadadas sátiras de *Moratín*, bastaba él solo

para surtir el teatro de novedades diarias, en el género altisonante y de bambolla, que entonces chocaba tanto al público, y levantaba tan alta la fama de los amanerados actores: *Catalina II*, *Federico II*, *Luis XIV, el Grande*; *María Teresa de Austria*, *Cristina de Suecia*, *Gustavo Adolfo*, y otros monarcas más ó menos contemporáneos, eran para *Comella* otras tantas minas de enredos dramáticos, colgándoles cualquiera anécdota más ó menos sentimental, poniendo en su boca todos los partes de las gacetas; haciéndoles pasar revistas ostentosas, montar á caballo, asistir á batallas, tomar plazas, perdonar reos, y coronar tiernos amantes, con gran satisfacción del público y no poco lauro de los actores Manuel García Parra, Antonia Prado, José Oros y la célebre Rita Luna que, como todo el mundo sabe, supo dar tan alta importancia á *La moscovita sensible*, *La esclava del Negroponto*, y otras piezas de Comella.

Por este tiempo (últimos años del reinado de Carlos III y principios del de Carlos IV), *D. Cándido María Trigueros* y otros celosos escritores pretendieron rejuvenecer los laureles de los dramáticos antiguos, presentando refundidas por ellos varias comedias de *Lope, Calderón* y *Moreto,* como *Sancho Ortiz de las Roelas* (La estrella de Sevilla), *La moza de cántaro*, *La buscona*, *Lo cierto por lo dudoso*, *La melindrosa, El astrólogo fingido, Rey valiente y justiciero,* y otras varias que, á pesar de su gran mérito y aun recortadas y atildadas á la moda clásica, apenas lograban hacerse lugar entre la osada gritería de los copleros.

Otro hombre singular pretendió y consiguió por entonces un puesto notable en nuestro teatro, aunque en una categoría subalterna, y es preciso convenir en que en su línea no ha tenido ni antes ni después rival. Hablamos de *D. Ramón de la Cruz y Cano*, el cual, limitándose á las pequeñas farsas de fin de fiesta, llamadas sainetes, supo, sin embargo, darlas cierta importancia por un gran fondo de observación, gracia y verdad en los argumentos, y sumo chiste en la expresión con que llegó á pintar y trasladar á la escena los amores, las contiendas, el lenguaje y vida animada del pueblo bajo de Madrid, acaso dema-

siado embellecido con los graciosos colores de su risueña fantasía. Más de doscientos sainetes han dado á *Cruz*, una reputación excepcional en su género, y no pueden negarse sin injusticia cualidades eminentemente cómicas al autor del *Manolo*, *La oposición á cortejo*, *La casa de tócame Roque*, *La comedia en Maravillas*, *La embarazada ridícula*, *Los payos en la corte*, *Inesilla la de Pinto*, *El por qué de las tertulias*, *El careo de los majos*, *Las castañeras picadas*, *Butibambas y Mucibarrenas*, *El buñuelo*, *Los payos en el ensayo* y otros muchos que, aún hoy día, son representados con gran contento del público.

Entre tanto que el gusto de éste fluctuaba entre los aparatosos espectáculos de *Comella* y las burlescas sátiras de *Cruz*, los clásicos eruditos seguían trabajando con ardor en lo que creían ser su misión, esto es, trasplantar en toda su pureza á nuestra España el drama clásico francés. El Gobierno, á cuya cabeza se hallaban hombres de gran saber, creía también que era de su deber proteger aquella regeneración, y favorecía y animaba con todas sus fuerzas á los autores que afiliaban su pluma en la nueva cruzada clásica.

Hemos dicho anteriormente lo poco felices que anduvieron los primeros que se adelantaron á seguir la bandera levantada por *Luzán;* tras ellos vinieron los simples traductores, que en un abrir y cerrar de ojos vaciaron en mal lenguaje español las ricas producciones de *Corneille* y *Racine*, de *Molière* y de *Regnard*. Brilló luego *D. Tomás de Iriarte*, hombre de gusto delicado, de amena instrucción y de gran popularidad, el cual, con sus comedias originales de *El señorito mimado*, *La señorita mal criada*, *Hacer que hacemos* y alguna docena de traducciones, hizo ganar al teatro clásico moderno gran pieza de terreno, hasta que, por último, apareció en él su verdadero fundador en nuestra España, el célebre *Inarco Celenio* (D. Leandro Fernández de Moratín), que con aquel privilegio, sólo dado á los ingenios superiores, logró avasallar completamente el gusto del público y lanzó de la escena á sus inmundos profanadores.

Las comedias de *Moratín,* aunque reducidas á sólo el número de cinco, merecían por sí solas un delicado examen, porque en ellas viene á refundirse nuestro teatro clásico, que aunque continuado después por ingenios no tan superiores, no pudo llegar en sus manos á la altura del modelo que se proponían imitar. Pero los estrechos límites de este artículo, ya harto dilatados, no permiten esplayar este análisis; baste decir que, á nuestro entender, *Moratín*, como filósofo observador, acertó á pintar al hombre de su siglo con tan rara perfección que el mismo original se admiró al contemplarse en tal espejo; como moralista, se atrevió á poner su mano audaz en los vicios dominantes de su época: la hipocresía, la mala educación, el pedantismo y la vanidad; como poeta cómico, supo dar un alto grado de interés á sus caracteres, crear situaciones interesantes y disponer enredos de efecto dramático, y como hablista supo escribir en el lenguaje más castizo y propio de la comedia, así en prosa como en verso, logrando hacer tan populares sus palabras como lo eran en su tiempo las mojigatas como D.ª Clara, las viejas charladoras como D.ª Irene, los pedantes como D. Hermógenes los poetas famélicos como D. Eleuterio, las lugareñas orgullosas como la tía Mónica, los criados gruñidores como Muñoz. Hoy es, y cuando casi medio siglo nos separa de aquella sociedad, todavía nos arrebata la semejanza, todavía la comprendemos, la palpamos como en un cuadro de Goya; todavía *El viejo y la niña*, *El barón*, *La mojigata*, *La comedia nueva* y *El sí de las niñas*, cuyos originales ya no existen, nos encantan y seducen poco menos que seducían y encantaban á nuestros padres. Grande y poderoso privilegio de la verdad, imperio eterno del filosófico pincel, que sin exageración ni violencia, acierta á diseñar el interesante cuadro de las pasiones humanas, porque aunque alterados los accesorios por el transcurso del tiempo y la influencia de las costumbres, queda siempre verdadero el fondo del carácter; dígalo, si no, el Harpagón de *Molière* y el Don Roque y Muñoz de *Moratín.*

La tragedia clásica, cuyos primeros ensayos fueron,

como queda dicho, tan desgraciados entre nosotros, consiguió adquirir cierto grado de interés con la *Numancia destruída,* de *D. Ignacio de Ayala, Don Sancho García de Cadahalso* y alguna otra, hasta que *D. Nicasio Alvarez de Cienfuegos* y *D. Manuel José Quintana,* la hicieron suya en los primeros años de este siglo; pero esto ya pertenece más propiamente á la historia de él, aunque, á decir verdad, el siglo XIX, así en política como en literatura, empezó para nosotros en 1808.

ÉPOCA ACTUAL

Llegamos al último período de esta rápida reseña, y con él á lo más delicado de nuestra tarea; porque tratándose del estado del teatro nacional en el siglo presente, y habiendo de tomar en cuenta los trabajos de autores beneméritos, con todos los cuales nos une la más cordial amistad, luchamos con el escollo de aparecer parciales en demasía, y fuertemente dominados por las preocupaciones y el modo de ver del siglo actual.

Por fortuna, nuestro objeto en este ligero bosquejo no va tan allá que nos obligue á entrar en un análisis concienzudo de los autores y sus tareas. Simples coronistas, nos limitamos, por ahora, á señalar su paso en el orbe literario, y suministrar algunos materiales á los que vendrán después á fijar con más imparcialidad que nosotros pudiéramos, el mérito y los defectos respectivos de cada autor.

Queda ya indicado en el artículo anterior el estado en que el teatro español se hallaba al empezar el siglo XIX. Olvidadas y hasta injustamente vilipendiadas las glorias de nuestros dramáticos del XVII; pasada también la época de lucha, de confusión y mal gusto que durante el siguiente había sido un verdadero escándalo literario; fuertemente apoyados los ingenios modernos con el ejemplo del teatro clásico de *Molière* y *Racine;* avasallado, en fin, el gusto del público con la gran autoridad de algunos autores

privilegiados, *Moratín* llevaba ya sin contradicción el cetro de Talía, y *Quintana* había conquistado con su *Pelayo* el puñal de Melpómene.

Escasos eran en verdad los frutos que esta nueva escuela brindaba á las lozanas é indomables imaginaciones españolas, acostumbradas á marchar libres de toda traba por el ameno y dilatado campo de la fantasía. Difícil empresa se presentaba ya, la de hacer una comedia con un objeto filosófico, con caracteres verídicos, con situaciones y diálogos naturales, á los que estaban acostumbrados á producir á docenas los enredos fantásticos, los personajes hiperbólicos, las pomposas relaciones y los coros á cuatro voces. Faltándoles toda esta batahola con la cual habían logrado durante un siglo adormecer á un público estragado, ¿qué podían ofrecerle, ellos, que no creían que el teatro tuviese más objeto que el de una pura diversión; ellos, que pensaban llamarse poetas porque sabían de memoria el Rengifo, poner en coplas las novelas de Pamela Andreus y de Pablo y Virginia, los amores de Júpiter ó los triunfos de Genghis Kan?

La comedia nueva, de *Moratín*, fué el D. Quijote, de estos malandrines dramáticos y miserables endriagos. El pueblo español, que la aprendió de memoria, se la repetía á todas horas con aire socarrón, y á poco que esto duró, acabó por dar con sus escritos en la droguería, con sus autores en la cama de un hospital.

La escasez, sin embargo, de obras originales era tal, que apenas en los primeros años del siglo que precedieron á la guerra de independencia nos señala la crónica más que las cinco piezas de *Moratín*, algunas de *D.ª Rosa Gálvez*, de *Meseguer* y de *Castrillón*, y las tragedias *La condesa de Castilla*, *Zorayda*, *Idomeneo* y *Pítaco*, de *Cienfuegos*, que no creemos llegasen á ser representadas; *La Egilona*, de *Vargas Ponce*, *Las Troyanas*, del *Duque de Híjar*, y alguna otra hasta las dos de *Quintana*, *El duque de Viseo* y *Pelayo*. Pero, en cambio, las traducciones de los modernos repertorios francés é italiano, eran diarias y hechas ya con buen gusto en la elección y esmero en el desempeño. *D. Félix*

Enciso Castrillón, D. Dionisio Solís y *D. José María de Carnerero* eran los poetas, que por entonces, dieron á conocer al público español las mejores comedias y tragedias de aquellos teatros, y es fuerza convenir en que supieron hacerlo, generalmente, con buen criterio y mereciendo el aplauso general.

La manera de declamación y hasta el aspecto material de los teatros había cambiado también notablemente, y para acabar de consolidar el gusto dominante, el cielo hizo brillar uno de aquellos grandes genios que aparecen rara vez en la escena, y que dejan honda huella en los recuerdos de toda una generación. Hablamos del gran actor Isidoro Máiquez, que por entonces empezó á conquistar los inmortales laureles con que aparece coronado en el templo de las artes.

La rigidez de la escuela clásica, la suspicacia de la censura y los disturbios políticos no prestaban, pues, á los autores ocasión para ofrecer obras originales á aquel grande actor; pero en cambio brindábanle diariamente con los más escogidos frutos de las plumas extranjeras, y las grandes creaciones de *Shakespeare*, *Racine* y *Alfieri*, en la tragedia sublime; *Picard, Collin d'Harleville y Fabre d'Eglantine* en la comedia moderna, tuvieron un digno intérprete en la lengua de *Cervantes* y *Calderón.*

Rivalizando con Talma hasta en su mismo repertorio trágico, hizo populares entre nosotros el *Otelo*, de *Ducis;* el *Orestes* y la *Roma libre*, de *Alfieri;* el *Oscar*, de *Arnaud;* el *Orosman*, de *Voltaire;* el *Caín*, de *Legouvé*, y el *Rodrigo*, de *Corneille.* Y modificando luego su singular talento y plegándole á todas las exigencias de la escena, supo dar una gran importancia á las comedias de *El vano humillado*, de *Destouches; Castillos en el aire*, de *Fabre d'Eglantine; El celoso confundido*, de *Campistron*, y hasta las operetas ó *vaudevilles* tan insípidos como *El califa de Bagdad.* Además, para probar que sabía dominar hasta la perfección todos los géneros, acertó á crear al mismo tiempo la verdadera, la única escuela de declamación del drama español, cuando le plugo trasladar á sus labios *El García del*

Castañar, El rico hombre de Alcalá, El tejedor de Segovia y el *Mejor alcalde el rey.* Hombre singular, nacido expresamente para cumplir una revolución en la escena, tan completa por lo menos como la que se obraba por aquel tiempo en las costumbres y en las leyes del país.

Los sucesos públicos y los desastres de la guerra habían alejado de la escena literaria y lanzado á la política á todos los ingenios de la época, y el teatro moderno español, moría en su infancia por falta absoluta de sustento; pero concluída que fué la guerra, no faltó quien, tomando por base de partida la última comedia de *Moratín (El sí de las niñas*, escrita en 1807), aspirase á continuar una escuela que ya el público había adoptado, y que de tan altos lauros había colmado á su autor.

Entre los varios ingenios que aspiraron por entonces á la gloria de continuadores de *Inarco Celenio*, la voz pública designó claramente á *D. Manuel Eduardo Gorostiza,* autor de cinco ó seis piezas calcadas sobre aquel modelo, entre las cuales las de *Indulgencia para todos* y el *Don Dieguito,* merecieron un aplauso unánime y aún hoy son escuchadas con aprecio.

D. Francisco Martínez de la Rosa, que tan importante papel hacía en la política, aun antes que el mismo Gorostiza, había dado el ejemplo de continuar la comedia moratiniana, pues que ya en Cádiz en 1814 se representó la suya titulada *¡Lo que puede un empleo!* linda producción, que aunque tomada por de circunstancias, señala claramente el privilegiado ingenio de su autor; el cual, luego más tarde, y cuando las mudanzas políticas le trajeron de su destierro, dió en *La niña en casa y la madre en la máscara* otra comedia aún más importante y que puede colocarse al lado de las de su ilustre modelo.

En aquellos diez años desde 1814 á 1824 muchos otros pretendieron también disputar la máscara de Talía, pero todos quedaron muy inferiores á los dos citados, distinguiéndose rara vez en la comedia *El marqués de Cajigal (Aristipo Megareo),* autor de varias comedias, entre las cuales no dejan de ser notables *El matrimonio tratado* y *La*

sociedad sin máscara: *D. Javier de Burgos*, que pretendió en la de *Los tres iguales* reunir el rigorismo de las reglas clásicas, y el enredo y versificación del antiguo teatro español, y *D. Dionisio Solís*, más conocido por sus excelentes traducciones y por sus refundiciones de *Lope* y *Tirso*, que por sus dramas de *Camila*, *Tello de Neyra*, *La familia árabe*, etc.

La tragedia clásica también era por entonces pobremente cultivada, y los mismos *Sres. Martínez de la Rosa* y *don Angel Saavedra* (que tan elevado puesto han sabido adquirir después) se hubieron de limitar en aquellos años á los dos ensayos de *La viuda de Padilla* y *Lanuza*, que no son otra cosa que tributos pagados á las circunstancias políticas de la Nación.

Todos estos autores fueron envueltos en la segunda proscripción originada por la contrarrevolución de 1823; sus obras y hasta su nombre prohibido, y el teatro y la literatura entregados de nuevo á manos de la más implacable censura, ó abandonados al olvido más desdeñoso. En la carencia absoluta de autores, y hasta en la imposibilidad de haberlos por aquellas causas, el antiguo repertorio de *Tirso*, *Lope de Vega* y *Moreto* fué el recurso benéfico de nuestros comediantes, los cuales, cultivando felizmente los buenos recuerdos de Máiquez, supieron presentar con notable perfección muchas y muy bien escogidas comedias de aquellos célebres autores, olvidadas durante siglo y medio, y que acaso en su mismo tiempo no fueron representadas con tanta inteligencia como consiguieron serlo en el nuestro, por las Sras. Baus y Virg, los Sres. Carretero, García Luna y Cubas.

Tocaba, pues, á los hombres nuevos, á los jóvenes estudiosos, la importante tarea de suplir la ausencia de los ingenios ya conocidos, de alimentar aquel fuego sagrado que á impulsos de la tolerancia parecía apagarse ya.

D. Antonio Gil y Zárate y *D. Manuel Bretón de los Herreros*, fueron los dos que primeramente osaron dar un paso hacia tan noble objeto y luchar con los obstáculos, con las censuras, con la ignorancia y, lo que es peor, hasta con la indiferencia general. El primero de los dos, había

ya compuesto en 1822, sus dos piezas tituladas *¡Cuidado con las novias!* y *El entremetido*, ambas al gusto francés y con sus ciertas reminiscencias de Moratín, las cuales apenas consiguieron llamar la atención del público hácia su modesto é ignorado autor. El nombre del segundo *(Bretón de los Herreros)* apareció por primera vez en los carteles del teatro el día 14 de Octubre de 1824, anunciando su comedia titulada *Á la vejez viruelas*, que fué escuchada con interés.

Ambos continuaron con ahinco la noble tarea que se habían impuesto, y ya trasladando á nuestra escena las más notables producciones contemporáneas del teatro francés, ya produciendo algunas suyas, cultivando siempre los recuerdos clásicos, siguieron por más de diez años trabajando con constancia, para volver á llamar la atención del público hacia el teatro y los autores dramáticos.

De los trabajos más importantes del *Sr. Gil*, en aquella época, fué la comedia, en cinco actos, titulada *Un año después de la boda*, interesante y esmerada composición, la más notable de su autor en lo que podremos llamar *su primer manera*, y que conservando la sencillez del plan y el objeto moral de las de *Moratín*, aspiraba á cierto grado de elevación en el tono, á pintar una sociedad un tanto más elegante, aunque más reducida y menos original.

El *Sr. Bretón*, dando desde luego muestras de esa gran fecundidad y constancia de que le ha dotado el cielo, ofreció también por entonces otras dos comedias muy notables, *Los dos sobrinos* y *Á Madrid me vuelvo;* la primera le adquirió para los hombres de estudio el título de autor dramático; la segunda hizo que el público le saludase con el no menos grato de autor popular. La *Marcela ó ¿á cuál de las tres?*, representada en 1831, comedia ingeniosa y escrita con sujeción á las reglas, aunque siguiendo en el estilo el buen sabor de nuestros antiguos dramáticos, acabó de fundar la reputación de su joven autor.

Entre tanto que estos escritores y algún otro como *don Francisco Flores Arenas*, autor de la linda comedia titulada *Coquetismo y presunción*, cultivaban por acá el arte dramático según las tradiciones recibidas de sus anteceso-

res, una gran revolución literaria se obraba en el vecino reino, cuyos ingenios, rebelados contra el no contradicho decálogo de Horacio y Boileau, acababan de levantar la nueva bandera de lo que apellidaron *romanticismo*, y cambiaron en pocos meses la faz de los teatros de Europa.

Nuestros autores presentes, se hallaban á la sazón demasiado intimidados con la censura, demasiado poco apoyados por la opinión, para intentar hacer ensayos peligrosos y alteraciones substanciales en el orden recibido; pero dos de los primeros campeones de nuestra escena, se encontraban por consecuencia de su destierro, en el mismo centro de la revolución literaria, y al corriente de las nuevas doctrinas y gusto de la época. *El Sr. Martínez de la Rosa*, que en el discurso de su vida literaria ha pisado con acierto las diversas sendas que conducen al templo de Talía, que había seguido honrosamente las huellas de *Moratín* en la comedia clásica y que más adelante se colocó con su *Edipo* en primera línea en la imitación de la tragedia griega, quiso también y consiguió tentar con buen resultado el drama histórico moderno, y escribió en francés é hizo representar en París el *Aben Humeya* y *La conjuración de Venecia*, excelentes composiciones en su línea, que trasladadas más tarde por su autor á nuestro teatro, fueron las primeras que inocularon al público español el gusto dominante, si bien guardando aquella mesura que distingue al carácter de su autor. El *Sr. Saavedra*, también desterrado entonces, y más avanzado en la exaltación de las opiniones literarias, se afilió sencillamente bajo la bandera de Víctor Hugo, y dominado por su ardiente fantasía, lanzó al teatro español el señalado drama titulado *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, el primero propiamente de la escuela *romántica* que señalan nuestros fastos teatrales.

El efecto producido por esta composición fué el que era de inferir de tan grande innovación. El público y los inteligentes disputaron sobre su enormidad: cuál la apellidó una obra sublime, cuál la miró como un monstruo dramático, y desde entonces nuestros bandos literarios llegaron á separarse tan distintamente como los que agitaron á la

vecina Francia, desde la aparición del *Hernani* en 1830.

Pero la señal estaba ya dada, y la revolución literaria, auxiliada por la política, ganaba largo trecho en la opinión, en términos que, cuando al año siguiente (1836) apareció en la escena *El trovador*, primer drama de un joven hijo de la época y escrita con arreglo á las exigencias de ella, el público español saludó á su autor *D. Antonio García Gutiérrez*, con la más nueva y señalada ovación que hasta allí había ofrecido la época actual.

Otro joven, también nuevo en la carrera, se presentó muy luego á compartir los laureles del autor del *Trovador*. *D. Juan Eugenio Hartzenbusch*, en su excelente drama titulado *Los Amantes de Teruel*, descubrió desde luego no sólo su ingenio peregrino y la riqueza de su imaginación, sino también la más exquisita prudencia para no dejarse arrastrar á notables extravíos, sabiendo combinar en sus obras dramáticas lo que la razón y el buen gusto exigen de todas las escuelas, circunstancia que le ha sostenido desde entonces en muy preferente sitio, y que acreditan todas sus obras posteriores, como *Doña Mencía*, *Alfonso el Casto*, etc.

La comedia propiamente clásica había, pues, cesado de reinar. En vano la inagotable vena de *Bretón*, suministraba continuamente á la escena graciosas piezas en que á un enredo sencillo, á una pintura natural de la sociedad privada del hombre vulgar, sabía unir el interesante chiste de su diálogo, la versificación más grata y popular. El público apreciaba sus tareas: iba á reir un rato con *El tercero en discordia*, el *Amigo mártir* y *El pro y el contra;* aplaudía la intención moral de *¡Muérete y verás!*, *Una de tantas*, *El cuarto de hora*, y corría después á pedir á los demás autores sensaciones más fuertes, obras más análogas á la agitación exterior de la sociedad.

El *Sr. Gil y Zárate*, comprendió esta necesidad del público, y tal vez contra sus propias convicciones, trató de satisfacerla, abjurando su antigua escuela y lanzándose de lleno en el moderno romanticismo. *Carlos II el Hechizado*, representado en 1837, fué la primera y más señalada pro-

ducción de su autor en este género, y parece increible que el mismo que escribiera las clásicas y acompasadas tragedias de *Rodrigo* y *Blanca de Borbón* pudiera llegar al interés palpitante, á las tumultuosas pasiones, al osado colorido de *Carlos II*. El público español retrocedió pasmado á la vista de tan atrevido cuadro, pero quedó prendado de su novedad, de su interés y de su alta poesía.

Otros muchos autores, todos jóvenes, todos ardientes apasionados de la nueva escuela, se presentaron en la palestra. El drama histórico, mas ó menos exagerado, se puso á la moda, y apenas quedó poeta que no tomase á su cargo el retratarnos *ab irato* y segun la moda del día, á uno por lo menos de nuestros augustos monarcas, desde Ataulfo hasta la casa de Borbón.

D. Mariano Roca de Togores, acertó á escribir un drama heroico, lleno de gala, de sentimientos y de belleza poética, titulado *Doña Maria de Molina; D. Patricio de la Escosura* pintó con gracia y novedad *La corte del Buen Retiro*, y los amores de Carlos V, con *Bárbara de Blomberg; D. Antonio García Gutiérrez*, no fué tan afortunado en el *Rey monje* y otros dramas como lo había sido en el *Trovador*. Los *Sres. Maldonado, Castro y Orozco, Navarrete, Díaz Romero* y otros muchos siguieron ya la senda trazada, en sus dramas de *Antonio Pérez y Felipe II, Fray Luis de León, Don Rodrigo Calderón, Baltasar Cozza* y *Garcilaso de la Vega*. El *Sr. Bretón* quiso compartir los laureles del drama histórico en su *Fernando el Emplazado*, y el *Sr. Gil Zárate* con *Un monarca y su privado* y *Don Alvaro de Luna* dió á conocer los recursos que le brindan su buen gusto, su juicio y su copiosa erudición.

Posteriormente á esta primera época, el drama aparece querer aproximarse á la comedia antigua, apartándose de la exageración y de los horrores de la escuela romántica, y á esta nueva senda le han seguido todos los autores ya citados, y otros que de nuevo han aparecido. El *Sr. Saavedra*, hoy Duque de Rivas, presentó hace pocos años su drama de *Solaces de un prisionero*; el *Sr. Gil Zárate* su *Rosmunda* y su *Matilde*, y por último, el joven *D. José Zorri-*

lla, tan justamente célebre por sus poesías líricas, ha obtenido brillantes resultados en *El zapatero y el rey*, *Los dos virreyes* y otras varias que pudieran decirse de la escuela de *Rojas* y *Calderón.*

Tenemos pues, en la actualidad, la más confusa alternativa de todos los géneros, sin que se sepa á punto fijo cuál es el dominante. Tenemos la comedia de caracteres privados, y con las formas clásicas, cultivada constantemente y siempre con éxito por el *Sr. Bretón*, el cual en *El pelo de la dehesa*, ha dado hasta ahora la mejor de sus muchas producciones. Tenemos la comedia de sentimiento y de caracteres populares, intentada por el mismo *Bretón*, en la *Batelera de Pasajes.* Tenemos el drama histórico y trágico bien cultivado, como el *Alfonso el Sabio*, del *Sr. Hartzenbusch*, y *Guzman el Bueno*, del *Sr. Gil.* Tenemos la comedia de costumbres políticas, intentada por ambos autores en las de *Primero yo* y *Un amigo en candelero.* Tenemos la comedia calderoniana imitada por el *Sr. Zorrilla*, y las ingeniosas y risueñas piezas de *Cruz*, por el joven *D. Tomás Rodríguez Rubí*, quien también ha logrado cautivar al público en comedias de más importancia y en todos los géneros; hasta en el momento presente se nos anuncia ya como próxima la restauración de la tragedia clásica con el *Don Sancho García*, de *Zorrilla;* solamente ha desaparecido el drama venenoso, los caracteres patibularios, y repugnan ya en la escena las *Lucrecias* y los *Angelos*, que pretendieron avasallarla esclusivamente.

Sin embargo, á pesar de esta fecundidad, el teatro moderno español no ofrece aún originalidad ni fijo pensamiento; en medio de tantos bellos cuadros poéticos, históricos y de caracteres privados, creemos que la actual sociedad española está aún por retratar; verdad es que ella misma adolece de aquella falta de originalidad, y lo prueba la facilidad con que consiguen carta de naturaleza en nuestro teatro las producciones de *Scribe* y demás escritores franceses.

Hay, sin embargo, caracteres y situaciones propias, que aun nos parecen brindar recursos á la pluma del escritor

nacional; pero es preciso para ello estudiar con conciencia la marcha del siglo, apoderarse de las pasiones dominantes, prescindir de los recuerdos, y sobreponerse tal vez á las preocupaciones vulgares. Ahora no tiene el poeta más censura que la de la opinión; pero la opinión suele á veces ser mas tirana que la más implacable censura: no tiene reglas fijas que deber acatar; pero tiene por lo mismo que estudiar más y más las eternas de la razón y de la verdad: no tiene, en fin, que luchar con la indiferencia del público y las empresas teatrales; pero estas mismas repetidas demostraciones deben hacerle más cauto para dejarse oir, de quien de antemano le escucha y le festeja; para consultar á su conciencia más que á su amor propio, y para considerar que en tiempos como los presentes, en que suena en el desierto la voz del sacerdote, la lección del preceptor y hasta la arenga del tribuno, la voz del poeta dramático ha adquirido mayor importancia, no bastándola sólo tejer un ingenioso enredo impregnado de amor y de poesía, ni pintar caracteres y situaciones triviales del hombre privado, ó episodios inverosímiles de una fantástica historia. Más alta, á nuestro modo de ver, es su misión. Estudiar las pasiones dominantes, seguir al hombre á la plaza púlblica, ver allí la lucha de las ambiciones desencadenadas, de los recuerdos que se disipan, de las ilusiones que desaparecen; mirar cómo se truecan las antiguas costumbres, los añejos vicios, por otros nuevos con diversos nombres, aunque idénticos en el fondo; arrancar, en fin, esta nueva máscara del ser humano, y ofrecerle en la escena el eterno espejo de la verdad, el espejo de *Cervantes* y *Molière*, esto es lo que á nuestro modo de ver cumple hoy más que nunca al escritor dramático; y cuenta, le repetiremos con uno de los mas célebres poetas del siglo, que si en otro tiempo podía decir «*el público* me escucha», ahora debe pensar «que le escucha *el pueblo*».

(Firmado.)

Semanario Pintoresco Español, Noviembre-Diciembre 1842.

COMEDIAS ORIGINALES ESPAÑOLAS DESDE 1823 Á 1843

Y NOMBRES DE SUS AUTORES

D. Francisco Martínez de la Rosa.

¡Lo que puede un empleo!
La viuda de Padilla (tragedia).
La niña en casa y la madre en la máscara.
Morayma (tragedia).
Abenhumeya, ó la rebelión de los moriscos.
La conjuración de Venecia.
Edipo (tragedia).
Los celos infundados, ó el marido en la chimenea.
La boda y el duelo.
El español en Venecia.

D. Antonio Gil y Zárate.

¡Cuidado con las novias!
El entremetido, ó las máscaras.
Un año después de la boda.
Rodrigo (tragedia).
Blanca de Borbón (tragedia).
Carlos II el Hechizado.
Rosmunda.
Don Alvaro de Luna.
Un monarca y su privado.
Matilde, ó á un tiempo dama y esposa.
Masaniello.
Guzmán el Bueno.
Un amigo en candelero.

D. Manuel Bretón de los Herreros.

Á la vejez viruelas.
Los dos sobrinos, ó la escuela de los parientes.
Á Madrid me vuelvo.
Marcela, ó ¿á cuál de los tres?
Un novio para la niña, ó á las casas de huéspedes.
Un tercero en discordia.
Otro diablo predicador.
Todo es farsa en este mundo.
La falsa ilustración.
El hombre gordo.
El triunfo de la inocencia.
El templo de la gloria.
El plan de un drama.
La comparsa de repente.
Me voy de Madrid.
La redacción de un periódico.
El amigo mártir.
Muérete y verás.
Don Fernando el Emplazado.
Una de tantas.
Medidas extraordinarias.
Las improvisaciones.
El ¿qué dirán? y el ¿qué se me da á mí?
Flaquezas ministeriales.
El pro y el contra.
El hombre pacífico.
El poeta y la beneficiada.
No ganamos para sustos.
Una vieja.
Vellido Dolfos.
Ella es él.
Un día de campo, ó el tutor y el amante.
El novio y el concierto.
Pruebas de amor conyugal.
El cuarto de hora.
El pelo de la dehesa.

Dios los cría y ellos se juntan.
Lances de Carnaval.
La ponchada.
Cuentas atrasadas.
Mi secretario y yo.
¡Qué hombre tan amable!
La pluma prodigiosa.
La batelera de Pasajes.
Lo vivo y lo pintado.
El editor responsable.
La escuela de las casadas.

D. Francisco de Flores Arenas.

Coquetismo y presunción.

D. Javier de Burgos.

Los tres iguales.
Un baile de máscaras.

D. Ángel de Saavedra, Duque de Rivas.

El duque de Aquitania (tragedia).
Malek-Adel (tragedia).
Lanuza (tragedia).
Don Alvaro, ó la fuerza del sino.
Tanto vales cuanto tienes.
Solaces de un prisionero.
La morisca de Alhajuar.
El crisol de la lealtad.

D. Antonio García Gutiérrez.

El trovador.
El paje.
El rey monje.
Magdalena.
El bastardo.
Samuel.
Dandolo.
El encubierto de Valencia.
Zayda.

D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

Los Amantes de Teruel.
Doña Mencía.
La redoma encantada.
La visionaria.
Los polvos de la madre Celestina
Alfonso el Casto.
Primero yo.
El bachiller Mendarias.

D. Marriano José de Larra ***(Fígaro).***

No más mostrador.
Macías.

D. Patricio de la Escosura.

La corte del Buen Retiro.
Bárbara de Blomberg.
Don Jaime el Conquistador.
Higuamota.
La aurora de Colón.

D. Mariano Roca de Togores.

Doña María de Molina.

D. Miguel Agustín Príncipe.

El conde D. Julián.
Cerdán, justicia de Aragón.

D. Joaquín Francisco Pacheco.

Alfredo.

D. Eugenio de Ochoa.

Incertidumbre y amor.

D. José Zorrilla.

Más vale llegar á tiempo que rondar un año.
Ganar perdiendo.
El zapatero y el rey, primera parte.
Lealtad de una mujer y aventuras de una noche.
Apoteosis de D. Pedro Calderón.
El zapatero y el rey, segunda parte.
Los dos virreyes.
El eco del torrente.
Un año y un día ó Caín Pirata.
Sancho García.

D. José Villalta.

Los amoríos de 1790.
El astrólogo de Valladolid.

D. Luis González Brabo.

Intrigar para morir.

D. Fulgencio Benítez.

Adolfo.

D. José de Espronceda.

Ni el tío ni el sobrino.

D. Ventura de la Vega.

La tumba de Calderón salvada.

D. José Castro y Orozco.

Fray Luis de León ó el siglo y el claustro.

D. José Muñoz Maldonado.

Antonio Pérez y Felipe II.

D. José María Díaz.

Un poeta y una mujer.
Baltasar Cozza.

D. Ramón Navarrete y Landa.

Don Rodrigo Calderón.
Emilia.
Elvira de Albornoz.

D. Gregorio Romero y Larrañaga.

Garcilaso de la Vega.
Doña Jimena Ordóñez.
La vieja del candilejo.
La fineza del querer.

D. Manuel Juan Diana.

No siempre el amor es ciego.

D. Eusebio Asquerino.

Doña Urraca.

Gustavo Vassa.

D. Fernando Coll.

Adel el Zegrí.

D. Santos López Pelegrín *(Abenemar)*.

Quien más pone pierde más.

Cásate por interés.

D. Tomás Rodríguez Rubí.

Del mal el menos.
Toros y cañas.
Ribera, ó la fortuna en la prisión.
Las simpatías, ó el cortijo del Cristo.
El rigor de las desdichas.
Las ventas de Cárdenas.
Dos validos, ó castillos en el aire,
Detrás de la cruz el diablo.

Estos artículos vieron la luz, también, en la *Revista de Madrid*, tomo IV, 3.ª serie, 1841-43.



NUEVAS OBSERVACIONES

ACERCA DE

LA ESCUELA DE LOS MARIDOS

Sr. D. Manuel Cañete.

Mi estimado amigo: He leído el excelente artículo de revista teatral que ha publicado usted en *El Heraldo*, de hoy y que, como todos los suyos, manifiesta claramente su erudición y excelente criterio. Una circunstancia que observo en él, sin embargo, me mueve á tomar la pluma para dirigirle la presente, reducida á reivindicar para nuestro teatro antiguo la gloria de la originalidad de la excelente comedia de Molière, *L'ecole des maris*. Su incomparable traductor, nuestro célebre Moratín, en el discreto prólogo que escribió para colocar al frente de su primera edición indica (y usted lo reproduce) que se creyó un tiempo que dicha comedia era una imitación hecha por Molière, de *La discreta enamorada*, de Lope, y á decir verdad, yo no sé cómo Moratín, acogió esta idea, pudiendo comparar ambas comedias y ver que sólo en la escena IV del acto II, en que Doña Rosita, se vale del conducto de su mismo tutor para corresponderse con su amante de una manera tan ingeniosa, es en la que Molière, pudo haber tenido presente otra escena semejante de la de Lope.

Pero á donde á mi entender halló aquel gran maestro el

verdadero original de su comedia es en la de nuestro don Antonio Hurtado, titulada *El marido hace mujer y tratos mudan costumbres*, pues en ella no sólo es idéntico el argumento, destinado á probar que la templanza y el cariño pueden más con la mujer, que el rigor extremado y los celos, sino que está también presentado del mismo modo con el ejemplo de dos hermanos de opuestos caracteres, como usted mismo puede ver en la misma comedia original de Mendoza, que le envío adjunta, y en la que hallará también dotes del mayor valor, no solamente en cuanto á su fin moral y á las pinturas de los caracteres, sino también en la economía, en el ingenioso artificio de la acción y en una versificación fácil y armoniosa que nada tiene que envidiar á las más apreciadas de nuestro antiguo repertorio.

En cuanto á si Molière pudo ó no haberla tenido presente al componer la suya y tratar este argumento con su acostumbrada maestría, todos saben que no fué en esta sola ocasión, en la que buscó en el inmenso arsenal de nuestro teatro, armas bien templadas para lucir su ingenio y bizarría, como lo acreditan su *Festín de Pierre*, su *Princesse d'Elide* y sus *Femmes savantes*, que no son otra cosa que reminiscencias de *El convidado de piedra*, *El desdén con el desdén* y *No hay burlas con el amor*. Por último, y aun en el caso de que ignorase la comedia de Mendoza, *El marido hace mujer*, nadie podrá, sin embargo, negar á éste la prioridad en haber tratado aquel argumento, pues que dicha comedia fué representada en el palacio de Madrid en Febrero de 1643 y la de Molière lo fué por primera vez en el Teatro Francés el día 4 de Junio de 1661, esto es, diez y ocho años después que aquélla.

Esta circunstancia, que por ninguno de los comentadores de aquel gran autor, he visto notada, y que creo haber sido el primero á observar, y las demás bellezas de que abunda la comedia citada, poco conocida, me movió hace años al deseo de presentarla en el teatro, para lo cual tuve el atrevimiento de hacer algún retoque en ella, que más que refundición puede llamarse supresión de alguna escena ó situación inútil, y la di á los actores; pero me la de-

volvieron diciendo que no les parecía de efecto en el teatro, á lo cual la recogí y les di la razón.

Pero por lo menos, y ya que no se juzgue digna de competir con la admirable de Molière, en presencia del público, no puedo menos de aprovechar esta ocasión de salir á la defensa de nuestro pabellón literario y señalar ese ignorado trofeo, que con razón, pudiéramos añadir á los muchos que forman su aureola de gloria, lamentando que el gran Moratín, tan erudito y celoso por las letras españolas, no hubiese conocido la elegante producción del *Lego de palacio* ó del *Aseado lego*, con cuyos apodos era apellidado nuestro Mendoza, y deseando que la superior opinión de usted venga en apoyo de la mía.

Esta es la razón que me ha movido á dirigirle la presente, y esperando disimule la impertinencia, se repite su afectísimo amigo y seguro servidor, Q. S. M. B.,

RAMÓN DE MESONERO ROMANOS.

El Heraldo, 28 de Septiembre de 1851 (1).

---

(1) Véase entre las refundiciones del presente volumen, la de la comedia *El marido hace mujer*, de Hurtado de Mendoza, que el autor considera como inspiradora de la que es objeto de este artículo.



TEATRO DE MORETO[1]

Tan poco conocidas como las noticias biográficas de *D. Agustín Moreto y Cabaña*, son por su mayor parte, sus apreciables obras dramáticas. De aquéllas ignoramos hasta el año y lugar de su nacimiento (aunque hay motivos para creer que fué en Madrid y á principios del siglo XVII), y sólo se ha creído averiguar que fué soldado, cortesano y protegido de los Duques de Uceda y de Medina-Sidonia y del Cardenal Moscoso, y que, adelantado en edad y después de una vida agitada, abrazó el estado eclesiástico, como todos ó casi todos los célebres poetas contemporáneos, Lope, Calderón, Montalbán, Tirso, Solís, etc. Con este carácter fué durante los últimos años de su vida rector del Refugio de Toledo, en cuya casa inme-

(1) En el *Semanario Pintoresco*, años de 1850 y 51, publicó el autor una serie de estudios biográfico-bibliográficos del teatro antiguo, que comprenden no sólo los correspondientes á los seis dramáticos de primer orden, sino á los de segunda y tercera categoría, hasta Cañizares inclusive.

De ellos, inclúyense aquí los referentes á Moreto y Rojas, únicos no coleccionados por nuestro padre en los cuatro tomos de *Contemporáneos á Lope de Vega y posteriores á Lope de Vega* que en 1857-58 publicó en la Biblioteca de Autores Españoles, donde reprodujo los demás estudios, ampliando así las biografías de los autores, como el caudal de sus obras. La razón de omitir en aquella publicación á los dos citados dramaturgos fué la de que con anterioridad habían sido estudiados en la misma por reputadísinos colectores.

diata, de su propiedad, vivió y murió en 1669 y en donde se conserva hoy su retrato, siendo sepultado en la parroquia de San Juan Bautista, á pesar de haber dispuesto en su testamento *que se le diese sepultura en el pradillo de los ahorcados,* circunstancia misteriosa que ha dado lugar á los modernos eruditos á atribuirle la muerte, dada en desafío al poeta Baltasar Elisio de Medinilla.

En cuanto á su fecundo repertorio dramático (de que más abajo damos una lista probable, entresacada de todos los índices que conocemos de nuestro antiguo teatro), sólo ocho ó diez producciones son conocidas hoy del público y ocupan con preferencia la escena; pero ellas son tales que han bastado para colocar el nombre de MORETO en el primer rango de nuestro Parnaso, y aun atendidas las dotes especiales que las constituyen, de filosofía en el argumento, unidad en la acción, verdad y fuerza cómica de los caracteres y correcta elocución y poesía, acaso le hicieran obtener la palma entre todos nuestros primeros dramaturgos, si por otro lado, no mediase la circunstancia de que este admirable talento, tan apto y propio para dar interés y conducir una acción dramática, renunciaba frecuentemente á la originalidad de sus argumentos y solía valerse (sin duda para mejorarlos inmensamente) de los ya tratados por otros poetas. Á pesar de este achaque (que no le perdonaron y echaron frecuentemente en cara sus contemporáneos), la magia de su talento y el encanto de su estilo hizo olvidar bien pronto con su *Desdén con el desdén*, la comedia de Lope *Los milagros del desprecio*, y la de Tirso *Celos con celos se curan;* el *Rico hombre de Alcalá*, enterró, después de heredarle, el *Infanzón de Illescas*, del mismo Lope; *El licenciado Vidriera*, *El parecido en la corte*, *El caballero*, *No puede ser guardar una mujer*, *De fuera vendrá* y *Todo es enredos amor,* adquirieron en manos de Moreto, una originalidad primitiva, una verdadera carta de naturaleza, que hizo borrar completamente la idea de si alguna de estas preciosas creaciones debía su origen á otras plumas. Sobre todo en lo que ostentó Moreto, su invención propia es en las comedias llamadas *de figurón,* en

las que superó sin duda alguna á las farsas de su contemporáneo *Molière,* dotando á nuestro teatro este tipo original y altamente cómico con su *Lindo D. Diego*, *La fuerza del natural, El Marqués del Cigarral*, *El licenciado Vidriera* y otras, que ciertamente valen más que *Le bourgeois gentilhomme*, *Les fourberies de Scapin* y *Georges Dandin*, y cuyo género produjo más adelante entre nosotros *El dómine Lucas*, de Cañizares; *El hechizado por fuerza*, de Zamora; *El doctor Carlino,* de Solís; *Don Lucas del Cigarral*, de Rojas, y el *Castigo de la miseria*, de Hoz y Mata.

Tampoco Moreto, como Lope, logró ver impresas en colección sus numerosas comedias, y aunque lo fueron las más de las que comprende la siguiente lista, y han llegado casi todas hasta nosotros, fué en diversos puntos, incorrectas unas, mutiladas otras, y atribuídas algunas á distintos autores. Únicamente hemos visto formando colección de Moreto, dos partes ó tomos, compuestos de piezas auténticas: la primera impresa en Madrid en 1677 y la segunda en Valencia en 1676. También se le dan, aunque no con tanta certeza, dos terceras partes ó tomos impresos, uno en Madrid en 1681 y otro en Valencia en 1703.

En la lista que hemos formado de todas las atribuídas á Moreto, habrá sin duda alguna otra que esté repetida bajo diversos títulos, aunque hemos procurado evitarlo suprimiendo, por ejemplo, el de *La tía y la sobrina* con que también es conocida la *De fuera vendrá;* el de *El valiente justiciero* con que se designa el *Rico hombre;* el de *Diablo son las mujeres*, segundo título de *Todo es enredos amor;* el de *La fuerza del oído*, que suele llevar también *Lo que puede la aprensión*, etc. Igualmente no respondemos de que haya algunas en que sólo un acto ó dos sean de Moreto, pues se sabe que trabajaba muchas veces á medias con Cancer, Matos, Cubillo y otros; ni, por último, que haya otras varias suyas que no hayan llegado á nuestra noticia, ni estén comprendidas en los índices que hemos registrado. Todo ello podrá corregirse por los eruditos para dar mayor interés á este imperfecto trabajo.

Comedias atribuídas á D. Agustín Moreto y Cabaña.

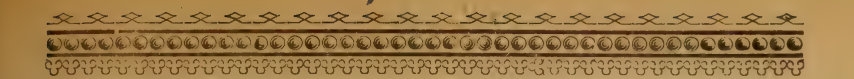
Amor y obligación.
Antes morir que pecar.
Antioco y Seleuco.
Aristómenes Mesenio.
Azote (el) de su patria.
Caballero (el).
Caer para levantar.
Cautela (la) en la amistad.
Cena (la) del rey Baltasar.
Cristo (el) de los Milagros.
Cómo se vengan los nobles.
Condesa (la) de Belflor.
Confusión (la) de un jardín.
De fuera vendrá quien de casa nos echará.
Defensor (el) de su agravio.
Dejar su reino por otro
Desdén (el) con el desdén.
Empezar á ser amigos.
En el mayor imposible nadie pierde la esperanza.
Eneas (el) de Dios, y caballero del Sacramento.
Engaños (los) de un engaño y confusión de un papel.
Escarraman (burlesca).
Esclavo (el) de su hijo.
Fingida (la) Arcadia.
Fingir lo que puede ser.
Fingir y amar.
Fortuna (la) merecida.
Fuerza (la) de la ley.
Fuerza (la) del natural.
Gala (la) del nadar.
Gran (el) palacio.
Hacer del contrario amigo.
Hasta el fin nadie es dichoso.
Hermanos (los) encontrados.
Hijo (el) de Marco Aurelio.
Hijo (el) obediente.
Industrias contra finezas.
Jueces (los) de Castilla.
La misma conciencia acusa.
Lego (el) del Carmen.
Licenciado (el) Vidriera.
Lo que merece un soldado.
Lo que puede la aprensión.
Lindo (el) Don Diego.
Marqués (el) del Cigarral.
Más (los) dichosos hermanos.
Más (la) verdadera copia del mejor original.
Más (el) ilustre francés.
Mejor (el) amigo el rey.
Mejor (el) par de los doce.
Misma (la) conciencia acusa.
Negra (la) por el honor.
No puede ser guardar una mujer
Nuestra Señora de la Aurora.
Ocasión (la) hace al ladrón.
Parecido (el) en la corte.
Poder (el) de la amistad.
Premio (el) en la misma pena.
Primero es la honra.
Rica (la) hembra de Galicia.
Rico (el) hombre de Alcalá.
Rosario (el) perseguido.
San Alejo.
San Casimiro.
San Franco de Sena.
San Luis Beltrán.
San Pío quinto.
Santa Rosa del Perú.
Satisfacer callando.
Secreto (el) entre dos amigos.
Siete (los) durmientes.
Sin honra no hay valentía.
Todo es enredos amor.
Trampa adelante.
Travesuras (las) de Pantoja.
Travesuras (las) del Cid (burlesca).
Travesuras son valor.
Traición (la) vengada.
Yo por vos y vos por otro.

Sainetes y entremeses.

La campanilla.
El hijo del vecino.
Mariquita.
El retrato vivo.
El Rey don Rodrigo y la Cava.
El rico y el pobre.
Los sacristanes burlados.

R. de M. R.

Semanario Pintoresco Español, 12 Octubre 1851.



TEATRO DE ROJAS

Entre los seis grandes nombres que los eruditos colocan en el primer orden de nuestro teatro español, además de los de *Lope de Vega*, *Calderón de la Barca*, *Tirso de Molina*, *Moreto* y *Alarcón* figura debidamente el de D. Francisco de Rojas. Las obras de este eminente autor dramático son generalmente poco conocidas; pero algunas de ellas, que á fuer de su inmenso valor han salvado del olvido y llegado hasta nosotros en la escena, bastarían para colocar á Rojas en aquel eminente puesto, si las muchas otras en que ostentó su rica fantasía, su grande intención dramática y su elegante y sublime dicción poética, no quedasen como de reserva, para sancionar en caso necesario, aquel acertado fallo de los críticos eruditos.

Los títulos de Rojas á su gran popularidad son los dramas tan conocidos y simpáticos, *García del Castañar*, *Donde hay agravios no hay celos*, *Casarse por vengarse*, *Los áspides de Cleopatra*, *Lo que son mujeres* y *Abre el ojo y aviso á los casados;* que son los únicos que el público está acostumbrado á ver en la escena, si bien quedan todavía otros muchos, como *El más impropio verdugo*, *El Caín de Cataluña* *Progne y Filomena*, *Los amantes de Verona*, *El tercero de su afrenta* y *No hay ser padre siendo rey*, que no por más olvidados, encierran menos bellezas de primer orden, especialmente en el género trágico, en el cual tiene Rojas, poca

competencia entre los autores españoles. Verdad es que si quisiéramos señalarle esa especialidad, pudiera respondernos al instante con obras de bien diferente índole en su argumento y estilo, como *Don Diego de Noche*, *El Sordo y el Montañés* y aquel chistosísimo tipo de *Don Lucas del Cigarral:*

«Zambo un poco, calvo un poco,
dos pocos verdimoreno,
tres pocos desaliñado
y cuarenta muchos puerco.»

en donde el festivo donaire de la acción y la gracia del estilo, no tienen que envidiar á las más felices creaciones del maligno Tirso, del chistoso y epigramático Moreto.

En cuanto á la pureza y elegancia de la dicción, sucede á Rojas lo mismo que en cuanto al género de los argumentos, remontándose á veces á las más altas regiones de la bella poesía, é intricándose otras en el oscuro laberinto de los conceptos alambicados al gusto gongorino.—De las primeras pudieran citarse ejemplos numerosos, y casi toda la magnífica creación del *García*, tan popular que no hay aficionado que no la sepa de memoria; de los segundos, abundarían también por desgracia, las citas en cada uno de los dramas, especialmente trágicos, de Rojas, como *Los áspides de Cleopatra*, *Los tres blasones de España* y *El Caín de Cataluña*. Por último, de la soltura y *vis cómica* de sus diálogos, de la epigramática expresión de sus graciosos y de su chiste especial y característico, ¿quién no conoce aquel delicioso soliloquio de Sancho en la comedia del *Amo criado*, que empieza:

«Después de Dios, bodegón»,

en que hay expresiones tan felices y epigramáticas como las siguientes:

«¡Bendito seáis vos, Señor,
que no me habéis dado honra!»
. . . .
¡Que aquestos duelos prosigan!

¡Que sea el mentir afrenta!
¡Que no importa el que yo mienta
y importa que me lo digan!

y sobre todo el admirable diálogo de D. Lope y su criado Morón, en la comedia *No hay amigo para amigo*, que ha merecido ser inserto en todas las colecciones de trozos escogidos de nuestro teatro, y que no reproducimos aquí por esta razón?

De D. Francisco de Rojas, se saben muy pocas noticias. D. Nicolás Antonio, y después García de la Huerta, le suponen nacido en San Esteban de Gormaz; Montalbán en su *Para todos*, y después el Sr. Lista, lo colocan entre los hijos de Madrid; pero el erudito Álvarez Baena, resolvió negativamente la cuestión en sus *Hijos ilustres de Madrid*, asegurando que en las pruebas que hizo para tomar el hábito de Santiago, consta que nació en Toledo, en 1641, y que fueron sus padres el alférez D. Francisco Pérez de Rojas y D.ª Mariana de Vesga Ceballos. Éstas son las únicas noticias que de él tenemos, y de sus comedias en colección sólo existen dos tomos ó partes, impresas ambas en Madrid en 1680, y que comprenden sólo veinticuatro de aquéllas. Las demás que damos por suyas en la adjunta lista, las hemos visto impresas ó manuscritas con su nombre, aunque no garantizamos la autenticidad de todas ellas, y aun de algunas, como la de *En Madrid y en una casa*, nos inclinamos á la opinión del Sr. Hartzenbusch de que pudiera ser del maestro Tirso de Molina.

Comedias atribuídas á D. Francisco de Rojas.

Abre el ojo, y aviso á los casados.
Á lo que obliga el desdén.
Amantes (los) de Verona.
Antes de nacer naciendo.
Aspides (los) de Cleopatra.
Bandos (los) de Verona.
Buena sangre es lo mejor.
Caballero (el) del Febo.
Cada cual lo que le toca.
Caín (el) de Cataluña.
Carboneros (los) de Francia.
Casarse por vengarse.
Confusión (la) de fortuna.
Cerco (el) de Sevilla.
Del rey abajo ninguno, García del Castañar.
Desafío (el) de Carlos V.
Desdén (el) vengado.
Difunta (la) pleiteada.

Donde hay valor, hay honor.
Donde hay agravios, no hay celos, el Amo criado.
Don Pedro Miago.
Don Diego de Noche.
Don Gil de la Mancha.
Encantos (los) de Medea.
Enncantos (los) de la China.
Encantos (los) de Bretaña.
Entre bobos anda el juego, Don Lucas del Cigarral.
En Madrid y en una casa.
Esmeralda (la) del amor.
Esclava (la) de su galán.
Esto es hecho.
Galán, discreto y valiente.
Judas Macabeo.
Lo que son mujeres.
Lo que mienten los indicios.
Lo que Dios al hombre precia.
Lo que quería ver el marqués de Villena.
Loca (la) del cielo.
Lucrecia y Tarquino.
Mártires (los) de Calahorra.
Mártires (los) de Valencia.
Más vale maña que fuerza.
Más (el) impropio verdugo.
Más pesa el rey que la sangre.
Más es querer que poder.
Médico (el) de su amor.
Morir pensando matar.
Murmuraciones de aldea.
No hay amigo para amigo.
No hay dicha ni desdicha hasta la muerte.
No hay duelo entre dos amigos.
No hay ser padre siendo rey.
No intente el que no es dichoso.
Nuestra Señora de Atocha.
Nuestra Señora del Rosario y Corona más hermosa.
Numancia destruída.
Obligados y ofendidos.
Obreros (los) del Señor.
Patio (el) de palacio.
Peligrar en los remedios.
Pérsiles y Segismunda.
Pinares (los) de Cuenca.
Primero es la honra que el gusto.
Profeta (el) falso, Mahoma.
Progne y Filomena.
Prudencia (la) en el castigo.
Saber de una vez.
San Atanasio.
Santa Isabel, reina de Portugal.
Santa Táez.
Segunda (la) Magdalena.
Selva de amor y de celos.
Sin honra no hay amistad.
Sordo (el) y el Montañés.
Tercero (el) de su afrenta.
Trabajos (los) de Tobías.
Traición (la) busca el castigo.
Tres (los) blasones de España
Trompeta (la) del juicio.
Varios prodigios de amor.
Vida (la) en el ataúd.
Vida (la) y rapto de Elías.
Vida (la) de Nebot.
Zelos (los) de Rodamonte.

R. DE M. R.

Semanario Pintoresco Español, 23 Noviembre 1851.



CARTA AL INSIGNE ACTOR JULIÁN ROMEA

Sr. D. Julián Romea.

Mi estimado amigo: Veo con placer que usted, deseoso de adornar su frente con la única corona artística que le faltaba, ha acometido, con el buen éxito que era de esperar de su talento, la grande obra de la reaparición en nuestra escena de la antigua comedia española, cuya popularidad, aunque dormida por algunos períodos, vuelve á reanimarse así que actores tan distinguidos como usted y su señora, se declaran intérpretes de aquellas grandes obras del ingenio español.

Además del servicio distinguido que en ello prestan á la literatura nacional, entiendo que este favor del público es un rico minero para las empresas teatrales, siempre que se sepa beneficiarle con discreción y prudencia, buscando entre el inmenso arsenal de nuestro teatro aquellas piezas que por su argumento, giro y tendencias sean más á propósito para simpatizar con las ideas actuales del público, y también que puedan ser desempeñadas con la posible perfección por los actores del día.

Por si algo pueden contribuir en adelante mis observaciones para este objeto, me ha parecido conveniente formar y dirigir á usted una nota de las comedias de nuestros más famosos autores antiguos que han sido representadas casi exclusivamente y en remotas ocasiones (por lo menos en lo que va de siglo), y son, por consiguiente, las

únicas conocidas, aunque poco, del público. Casi todas ellas son muy dignas de esta excepción, como que vienen ya tradicionalmente reconocidas por las mejores, aunque usted conoce bien que un centenar de ellas (que es lo más que he podido recordar) no son bastante para juzgar del inmenso número de las que forman nuestra inagotable escena. Baste decir que el público no conoce más que esas 14 de Lope de Vega, que escribió ¡2.200!, 9 de Calderón, 15 de Tirso, 6 de Moreto, que escribieron á 200 y 300, y así los demás; habiendo, por lo tanto, desconocidas *más de 30.000*, y entre ellas tratados todos los asuntos históricos, pintados todos los caracteres dramáticos, desenvueltas todas las intrigas teatrales, agotados, en fin, todos los recursos del arte. Yo sólo poseo más de 2.000, y si tengo tiempo, escogeré algunas que le encantarán á usted y harán brillar su talento.

Pero para que la rehabilitación del teatro antiguo sea completa, es preciso empezar por arreglar en términos la compañía dramática, que puedan ejecutarse aquellos dramas con igualdad. Usted cuenta ya con los primeros elementos, pues, como sabe muy bien, aquellas comedias son *de galán, ó de dama, ó de gracioso;* y las tres partes pueden estar bien desempeñadas en su teatro. Hay, sin embargo, comedias que exigen más papeles principales; hay otras que piden en la dama cierto aspecto y carácter altisonante; en el galán un porte y actitudes poético-caballerescos, exagerados, si se quiere, pero conformes á los sentimientos y gusto de aquella época; modulación en ambos de la voz, hasta un punto casi *cantabile;* arrogancia en el continente, desenfado en la acción y cierta fanfarronada en el decir, que condenan, tal vez, la verdad y los preceptos del arte, pero que son necesarios á las hiperbólicas creaciones de Calderón y Lope, Tirso y Moreto. El gracioso, por su parte, necesita una gran malicia irónica, una movilidad sin caricatura, un gesto expresivo sin exageración, una voz clara y sostenida para hacer percibir los epigramas continuos de sus réplicas, los agudísimos chistes de que esmalta, frecuentemente, sus relaciones.

Creo, pues, que sobre la base de los tres actores eminentes que cuenta el Príncipe, y escogiendo entre los segundos algunos buenos, como D. Florencio y Sobrado, y entre las damas las Srtas. Tablares y Chafino, todavía podría ser excelente adquisición la Sra. Lamadrid (Bárbara) ú otra dama heroica, las Srtas. Noriega y Carrasco, de la Cruz y el Sr. Caltañazor, excelente gracioso para comedia antigua. Los *figurones* nadie podría hacerlos mejor que los Sres. Guzmán y Lombía, ambos admirables, el primero, por ejemplo, para *El hechizado por fuerza*, y el segundo para *El lindo D. Diego* ó *El dómine Lucas*.

Dispense usted toda esta charla á que me ha impelido únicamente mi amor al teatro nacional y el convencimiento de que participa usted de este entusiasmo. Valga por lo que valga, no he querido dejar pasar la ocasión de platicar largo en esta materia en obsequio del arte con quien lo entiende y sabe ejecutar (acaso mejor que soñó Lope de Vega) la última escena del acto primero de *Lo cierto por lo dudoso*.

Mande usted á su amigo y seguro servidor, q. b. s. m., Ramón de Mesonero Romanos.

De Lope.

El anzuelo de Fenisa.
La dama boba.
Lo cierto por lo dudoso.
La esclava de su galán.
Sancho Ortiz de las Roelas.
El mejor alcalde, el rey.
La moza de cántaro.
El perro del hortelano.
Por la puente Juana.
El premio del bien hablar.
Quien ama no haga fieros.
Si no vieran las mujeres.
Los Tellos de Meneses.
La viuda valenciana.

De Calderón.

La vida es sueño.
Casa con dos puertas.
La dama duende.
El médico de su honra.
El astrólogo fingido.
Mañanas de Abril y Mayo.
Afectos de odio y amor.
El alcalde de Zalamea.
El Petrarca de Jerusalén.
El escondido y la tapada.

De Tirso.

Palabras y plumas.
La villana de Vallecas.
El castigo del pensé qué.
Mari Hernández, la gallega.

La celosa de sí misma.
Amar por razón de estado.
Amor y celos hacen discretos.
Por el sótano y el torno.
No hay peor sordo.
La villana de la Sagra.
El amor médico.
Don Gil de las calzas verdes.
Marta la piadosa.
El vergonzoso en palacio.
Amor por señas.

De Moreto.

El desdén con el desdén.
La fuerza del natural.
El lindo D. Diego.
No puede ser.
El parecido.
El rico home de Alcalá.
De fuera vendrá.

De Montalbán.

Los Amantes de Teruel.
Marica la del puchero.
La más constante mujer.
La loquera vizcaína.
El nazareno Sansón.

De Rojas.

Abre el ojo.
Casarse por vengarse.
García del Castañar.
El amo criado.
Entre bobos anda el juego.
Lo que son las mujeres.
El rico avariento.
El sordo y el montañés.

De Alarcón.

La verdad sospechosa.
Las paredes oyen.
El tejedor de Segovia.
Antes que te cases.
El examen de maridos.

De Cubillo.

Las muñecas de Marcela.
El conde de Saldaña.
El rayo de Andalucía.

De Solís.

El amor al uso.
La gitanilla de Madrid.
El doctor Carlino.

De Zamora.

El hechizado por fuerza.
Don Domingo de N. Blas.
Cada uno es linaje aparte.
El convidado de piedra.

De Cañizares.

El dómine Lucas.
El montañés en la corte.
El pastelero de Madrigal.
La más ilustre fregona.
Carlos V sobre Túnez.

De Vélez Guevara.

Reinar después de morir.
Cumplir dos obligaciones.

De Diamante.

La judía de Toledo.

De Castro.

Las mocedades del Cid.

De Matos.

Los siete infantes de Lara.
El villano en su rincón.
El bruto de Babilonia.

De Candamo.

El esclavo en grillos de oro.
El sastre del Campillo.

De Hoz.

El castigo de la miseria.

De Zarate.

La presumida y la hermosa.
El maestro de Alejandro.

De Belmonte.

El diablo predicador.

De Villaviciosa.

Cuantas veo, tantas quiero.

De Leyva.

El socorro de los mantos.

De Arellano.

El pintor fingido..

De Huerta.

Raquel.

Anónimos.

El catalán Serrallonga.
El triunfo del Ave María.
El montañés Juan Pascual.
El monstruo de la fortuna
A falta de hechiceros.
El mágico de Salerno.
El asombro de Jerez.
Matilde Díez, primera dama.
Bárbara Lamadrid, primera dama.
Mariana Chafino, segunda dama.
Plácida Tablares, íd.
Josefa Noriega, graciosa.
Carmen Carrasco, dama.
Josefa Palma, dama.

— —

Julián Romea, primer galán.
Juan Lombía, figurón.
Florencio Romea, segundo galán.
Pedro Sobrado, segundo galán.
Pedro López, barba.
D. Pérez, segundo galán.
E. Nover, barba.
Antonio Guzmán, primer gracioso.
J. Caltañazor, segundo gracioso (1).

(1) Ni la carta ni la nota tienen fecha. Es probable que no llegaran á remitirse.

BIOGRAFÍAS



D. DIEGO RABADÁN

La historia moderna de nuestra literatura presenta una página que por lo original y extravagante podría pasar por fabulosa, si la mayor parte de los que hoy viven no hubiesen sido testigos de ella. En todos los tiempos y en todas las naciones ha habido, en verdad, malos poetas, á quienes el desconocimiento absoluto de las reglas del arte y del buen gusto, unido á una buena dosis de atrevimiento y de pujos de escribir, ha lanzado en la arena poética y con las únicas armas del consonante, de una ridícula hinchazón, de una pedestre naturalidad han logrado captar el favor de patios y guardillas, de plazas y callejuelas. Las sátiras de Horacio y Juvenal, de Boileau y tantos otros, nos hablan ya de los que por sus tiempos alcanzaban aquel silvestre laurel; y á la verdad que no les economizan los dicterios que por otro lado tenían harto merecidos.

Nuestra nación en todos tiempos ha producido también esta raza á quien nuestros célebres ingenios, apostrofan y describen en los ratos de buen humor; pero sus insulsas variedades servían como de claroscuro á los magníficos cuadros trazados por aquéllos, y por su comparación contribuían grandemente á realzar su superioridad. Este contraste, esta probante variedad, hacía más animado el espectáculo literario de los siglos. Al lado de los vates pedantescos se alzaban los Cervantes, los Lopes y los Villegas; al

lado de los Comellas, Hermógenes y Eleuterios, los Moratines, los Cadalsos y los Iglesias, como en un varidó jardín suelen nacer los cardos y amapolas, entre las rosas y jazmines, ó el raquítico arbusto al pie del erguido ciprés.

Empero en la época en que tratamos (verdadero anacronismo literario), por una reunión de circunstancias harto conocidas, veíase á estos ingenios grotescos dominar exclusivamente aquella mezquina página de nuestra historia literaria, sin temer el contraste que pudieran ofrecerles los verdaderos genios contemporáneos, á quienes la invasión de los franceses y las revueltas civiles, habían hecho desaparecer de la escena poética. Y en tanto que extrañados, ó confinados, exhalaban éstos sus amargas quejas en el destierro ó en el estrecho recinto de una prisión, los poetastros alzando su cabeza, hacían sonar sus desapacibles voces, semejantes á los graznidos de la rana en un estanque abandonado por los cisnes

Como muestra de aquel lamentable período conservará la historia los Diarios de los años 1814 y siguientes, mezquina arena que escogieron aquellas buenas gentes para esgrimir sus armas miserables. El hombre pensador y reflexivo hallará en ellos motivos suficientes á profundas consideraciones, y el frívolo y halagüeño, grandes ocasiones para soltar la rienda á su risa mofadora.

Al frente de aquella cohorte de coplistas, madrigaleros, anacreónticos y elegíacos descollaba el célebre *D. Diego Rabadán*, que por sus circunstancias particulares forma, digámoslo así, un verdadero tipo ó caricatura poética que Moratín parece haber predicho en el que figura en primer término en la *Derrota de los pedantes.*

No era en verdad Rabadán, uno de aquellos copleros que con sola la facilidad de un consonante, improvisan cuartetas, décimas y quintillas, acrósticos y ovillejos de pie forzado, no; era un ingenio original, aunque limitado, era todo un poeta extravagante formado por malísimas y multiplicadas lecturas que, como el ingenio loco de Cervantes, tuvo la desgracia de identificarse con todo lo más ridículo de los poetastros y adoptarlo con una fe verda-

deramente quijotesca. En un graciosísimo opúsculo, inédito, que tenemos á la vista, titulado *Apuntes para la historiade D. Diego Rabadán*, bajo este epígrafe:

«De un mal poeta murcia-
contaré las aventu-
á quien pésimas lectu-
la cabeza devaná-»,

se dice entre otras cosas, en estilo harto irónico y burlesco:

«Rebatió toda su mollera de lo más selecto y atildado »de nuestro Parnaso, según su delicado criterio. Se atestó »de lo más clásico, nada le escapó á su robusta compren»sión; todo se le quedó en la uña; los retruécanos de León »Marchante y sus picantes equivoquillos; las sales de Ge»rardo Lobo; lo altisonante de las selvas de Gracián; la »claridad enigmática del Polifemo de Góngora; las agude»zas de Sor Juana; el intrincado laberinto de Villamedia»na; el fornido Macabeo de Silveira, etc., etc., nada se le »pasó por alto, todito quedó en casa, de que darán un pú»blico testimonio sus innumerables obras, así impresas »como manuscritas, tanto en prosa como en verso.»

¿Quieren nuestros lectores hallar aquí algunas muestras de su estilo y suficiencia? Pues vayan esas, tomadas al acaso entre otras innumerables:

Á LOS SANTOS REYES

Soneto pastoril.

Bien venidos seáis ¡oh, Reyes santos!
Pronto la vuelta dais de ver al Niño,
Que hallaríais más limpio que un armiño (1)
Entre pastores y sencillos cantos;

Nota de Rabadán.

(1) Armiño. Es un animalito semejante á la comadreja y conejo, según los naturalistas Olao Magno, Agrícola, con Plinio y su famoso traductor Huerta. Los hay de cuatro clases; pero los más célebres son blancos lo mismo que la nieve; para cazarlos ponen circos de lodo, y son tan limpios que se dejan coger á mano por no ensuciarse; y así son símbolo de la pureza.

De regocijos romperíais en llantos
Al mirar en Belén el pobre aliño;
De María y José su gran cariño
Os tendría á los tres como en encantos.
Supuesto que sabéis lo que allí pasa
Y que en la tierra y cielo está mandando
Manolito Jesús... pedid sin tasa
Que por España siga percurando (1),
Pues que tenemos ya dentro de casa
Al Mayoral virtuoso, ¡el gran Fernando!

Á LA MUERTE DEL INFANTE DON ANTONIO

Soneto.

Ya vencidos de Acuario los rigores
Que aprisionan á líquidos cristales,
Y del Aries y Tauro criminales
Resultas de los eólicos furores;
Cuando Febo aproxima sus ardores,
Desatando á Neptuno los raudales,
Y Amalthea sus galas y caudales
Manifiesta con célicos primores,
Quiso el cierzo terrible y dominante
De su cruel aridez dar testimonio
Arruinando á la España su almirante.
¡Neptuno, Thetis, Céfiro y Fabonio
Eterno mostrarán llanto abundante,
Pues falleció el infante D. Antonio!

Á LA INSTALACIÓN DE TRIBUNALES

Soneto.

Por la fiera irrupción y cruel tormenta
De los galos herejes infernales
Ha sufrido la España tantos males...
¡Que sólo recordarlos amedrenta!
El cálculo, guarismo ni su cuenta
Jamás liquidarán gruesos anales,
Pues sólo la extinción de tribunales...
¡Fué otra desdicha que el dolor aumenta!

Nota de Rabadán.
(1) Voz rústica puesta de intento, que equivale á protegiendo y prosperando.

Compadecido Dios de tantas penas...
De su recta justicia el brazo alzando,
Nos liberta de grillos y cadenas
Antiguos tribunales instalando,
Con otras muchas providencias buenas
¡Inspiradas al justo rey Fernando!

Á LA MUERTE DEL JUEZ DE IMPRENTAS

Soneto.

¡Musas divinas, esforzad mi canto,
Inspirando una dulce melodía
Semejante á la orfénica poesía
Que alegraba los reinos del espanto!
¡Á fin de consolar el gran quebranto,
Los suspiros, los ayes y agonía
Que los sabios repiten noche y día
Y al orbe inundan con su triste llanto!
Todas las nueve musas exclamaron
Con sus voces pausadas, macilentas
(Efectos del dolor), y así me hablaron:
«En vano... auxilios... esta vez... intentas,
Que ya... nuestros... placeres... se acabaron,
¡Pues... falleció.. el gran juez... de las imprentas!»

POEMA DIDÁCTICO

Definición del soneto.

El soneto es poema bien sucinto
De leyes rigidísimas severas
Que en ficciones y cosas verdaderas
Nunca debe salir de su recinto:
Terrible complicado laberinto,
Nivel de burlas y compás de veras
Que suele remontarse á las esferas
Mejorado de Apolo en tercio (1) y quinto;

Nota de Rabadán.

(1) La naturaleza de esta composición es lo más sublime de la poesía, y por lo mismo la predilecta del dios Apolo y las nueve Musas.

Sus partes han de ser todas perfectas,
Derivadas de un solo pensamiento,
Sin estribos, tacones (1) ni muletas;
En los fines está su encantamiento,
Y es la piedra de toque de poetas
Ó el Caribdis (2) y potro de tormento.

Innumerables fueron las composiciones de todos géneros y calibres en que el buen Rabadán, alegró á los madrileños por aquella época. Innumerables y celebérrimas sus églogas, raptos, sueños, décimas, acrósticos, glosas y laberintos, en cuyo abundantísimo surtido alternaba con el sombrerero Abrial, Goveo, Garnier y otros, aunque sobrepujándoles siempre, en extravagancia y fecundidad. Pero si el hombre público, el poeta, se distinguía tan notablemente por aquellas cualidades, el privado no era menos original, menos digno de observación. Su carácter era honrado y bondadoso, su trato amable y franco, su conversación agradable y singular. Su prodigiosa memoria, la mal dirigida erudición y un sí es no es devaneo de su cabeza, daba lugar á escenas en extremo cómicas, de que sacaban no poco partido los festivos concurrentes á cierta librería de esta corte en que Rabadán, solía hacer pública ostentación de su ciencia pedantesca. De este risueño recinto, fué de donde salieron las burlescas sátiras que amargaron los fáciles laureles de D. Diego; de aquí los irónicos *elogios*, *apuntes* y *apologías* que su enferma imaginación le hacía tomar por verdaderos; de aquí las supuestas cartas de los reyes y príncipes de Europa *al inimitable poeta español*, con gracias y mercedes en sus Estados, remitiéndole cruces y distinciones; de aquí, en fin, la semejante copia de su imagen, ejecutada por un diestro pincel, y

---

Notas de Rabadán.

(1) Quiere decir los apoyos inconexos y toda casta de miserables ripios, que vemos en muchos sonetos cojos y mancos.

(2) Caribdis. Escollo marítimo algún tanto oculto, en el cual peligran las embarcaciones: así los poetas en el final de los sonetos, después de sufrir el tormento de la composición; tal es la dificultad de conseguir sus perfecciones.

que lució por aquellos años en la Exposición de la Academia, de cuyo retrato original hemos tomado el dibujo que acompaña.

Ello fué que entre los devaneos de las musas y el auxilio de los amigos zumbones, el pobre poeta vino á representar en el siglo XIX una verdadera efigie del hidalgo de la Mancha, verificando el admirable sueño de Cervantes, cuando supuso una imaginación mediana, extraviada por continúadas lecturas extravagantes y sin el debido criterio para discernirlas y calificarlas.

A la muerte de aquel desdichado, uno de sus burlescos apologistas compuso el siguiente soneto, imitando el estilo de Rabadán:

En el día catorce del corriente
Del año del Señor mil ochocientos
Diez y nueve, con grandes sentimientos
De la española y extranjera gente,
Murió el señor don Diego de repente
Sin siquiera llevar los sacramentos
De lo que todos quedan descontentos,
Como puedes creer, lector doliente.
Malucho andaba ya; pero no tanto
Que no blandiese el gran Cristobalino,
Y no hechizase su apolíneo canto.
Murió á manos de duendes; peregrino,
Si algo alcanzas en versos, rompe en llanto,
Tributo al sabio numen Rabadino.

(Sin firma).

Semanario Pintoresco Español.—25 Diciembre 1836.



DON LUIS DE GÓNGORA

Entre los eminentes escritores que á principios del siglo XVI, elevaron la musa castellana á su más alto grado de esplendor, sobresale por una reunión de circunstancias un hombre singular, en quien vemos reunirse el gusto más delicado y la más lozana imaginación, y luego renunciar, por sistema, á tan nobles cualidades para fundar una secta literaria, irracional y extravagante, que por largos años hubo de dominar á nuestro Parnaso.

D. Luis de Góngora y Argote, nació en Córdoba á 11 de Junio de 1561, y aunque sus extensos conocimientos adquiridos en la Universidad de Salamanca y su distinguida clase, le daban lugar á esperar una colocación correspondiente, la suerte en este punto no le fué favorable, negándole constantemente el objeto de sus deseos. Desengañado, al fin, de sus esperanzas, se hizo eclesiástico á los cuarenta y cinco años de edad, y obtuvo una ración en la Catedral de Córdoba, y posteriormente, por mediación del Duque de Lerma, fué nombrado capellán de honor del Rey Felipe III. Vino con este motivo á la corte, pero su edad ya avanzada, no le dejó adelantar en el favor que había sabido granjearse. Una enfermedad que le atacó en la cabeza y le privó de la memoria, le obligó á volver á Córdoba,

donde agravándose el mal, falleció á poco tiempo después de su llegada, en 24 de Mayo de 1627.

Según dejamos indicado, hay que considerar en Góngora, dos poetas distintos: el primero, dulce, apasionado, correcto, expresando con facilidad y profunda filosofía los sentimientos más nobles y las pasiones más tiernas de una alma juvenil, ó bien burlando con festivo donaire y halagüeños matices los vicios y ridiculeres de la sociedad en que vivía. Á esta primera época, que sin duda debe fijarse en los años de su permanencia en la Universidad, corresponden la mayor parte de sus poesías amatorias, romances y letrillas satíricas, en que tanto ha dejado quo admirar á los que sepan conocer el valor de nuestro idioma bien manejado; pero Góngora, perseguido largos años por una injusta suerte y extraviada acaso su imaginación por el demasiado estudio y el deseo de hacerse singular, no supo contentarse con los fáciles laureles que voluntariamente le brindaba su delicado gusto, y quiso erigirse en creador de un estilo que él llamó *culto*, y que debía formar una nueva época literaria.

¡Increible parece á dónde la extravagancia de esta idea había de llevar el buen genio y el profundo saber de nuestro Góngora! Pero no es por eso menos cierto, como lo consignan, desgraciadamente, el crecido número de obras que en este sentido dejó escritas. Para crearlas tuvo necesidad de formarse, con indecible trabajo, un lenguaje peculiar, altisonante é hinchado, que, desafiando todos los usos recibidos en el idioma español, se esforzaba en introducir en él, el giro de construcción y los idiotismos griegos y latinos. No contento de haber desfigurado de este modo la lengua nacional, quiso dar á la dicción mayor dignidad y á cada palabra una intención profunda, usando de éstas en sentidos extravagantes y ajenos de su propia significación, é inventando hasta una nueva puntuación y mesura, sin cuya clave es inútil empeñarse en descifrar sus conceptos. Finalmente, para acabar de sublimar este estilo culto, supo exprimir todo el fruto de su vasta erudición histórica, mitológica y científica, y arrastrar consigo á sus

lectores á un tenebroso campo de conceptos obscuros y exagerados, en donde el genio más agudo y la vista más perspicaz llegan á perderse.

Á este género pertenecen sus famosas *Soledades*, su *Polifemo*, muchas de sus canciones y la mayor parte de los sonetos; y si fueran necesarios testimonios de aquella extravagante ridiculez, bastaría abrir por cualquier lado aquellos libros y encontrar en todas sus hojas trozos tan ininteligibles como éstos:

Aljófares risueños de Visela
El blanco alterno pie fué vuestra risa,
En cuantos ya tañéis coros, Belisa,
Undosa de cristal dulce vihuela.
Instrumento hoy de lágrimas, no os duela
Su Epiciclo, de donde nos avisa
Que rayos ciñe, que zafiros pisa,
Que, sin moverse, en plumas de oro vuela.
Pastor os duela amante, que, si triste
La perdió su deseo en vuestra arena,
Su memoria en cualquier región la asiste.
Lagrimoso informante de su pena
En las cortezas que el aliso viste,
En los cultos suspiros de su avena.

—

No de fino diamante ó rubí ardiente,
Luces brillando aquél, éste centellas,
Crespo volumen vió de plumas bellas
Nacer la gala más vistosamente.
Que obscura el velo y con razón doliente
De la perla católica que sellas,
Á besar te levantas las estrellas,
Melancólica aguja filuciente.
Pompa eres de dolor, seña no vana
De nuestra vanidad; dígalo el viento
Que, ya de aromas, ya de luces, tanto
Humo te debe ¡ay, ambición humana!
Prudente pavón hoy con ojos ciento
Si al desengaño se los das y el llanto.

—

Al viento más opuesto, abeto alado
Sus vagas plumas crea, rico el seno
De cuanta el Potosí tributa hoy plata:
Leño frágil de hoy más al mar sereno

Copos fíe de cáñamo anudado,
Seguros ya sus remos de pirata;
Piloto el interés, sus cables ata,
Ovando ya en el puerto
Del soplo occidental, del golfo incierto.
Pescadora la industria, flacas redes,
Que dió á la playa desde su barquilla,
Graves revoca á la espaciosa orilla.
La libertad al fin, que, salteada,
Señas, ó de cautiva ó despojada,
Dió un tiempo de Neptuno á las paredes,
Hoy bálsamo expirantes cuelga ciento
Faroles de oro al agradecimiento.

Á la vista de tan incomprensibles desatinos, ¿podría nadie sospechar que el mismo hombre capaz de producirlos, fuera el autor de la canción *á la tortolilla* y de aquella otra que empieza:

De la florida falda
Que hoy de perlas bordó el alba luciente,
Tejidos en guirnalda
Traslado estos jazmines á tu frente,
Que piden con ser flores,
Blanco á tu seno y á tu boca olores?

Como también del magnífico soneto *Al Guadalquivir*, de las festivas letrillas y de los graciosos romances, entre los cuales hay aquel lindísimo de *Angélica y Medoro*, donde suele tropezarse con trozos tan admirables como éste:

Todo es gala el africano:
su vestido espira olores,
el lunado arco suspende
y el corvo alfanje depone.
Tórtolas enamoradas
son sus roncos atambores,
y los volantes de Venus
sus bien seguidos pendones.
Desnudo el pecho anda ella,
vuela el cabello sin orden,
si lo abrocha es con claveles,
con jazmines si lo coge.
Todo sirve á los amantes:

plumas les baten veloces
airecillos lisonjeros,
si no son murmuradores.
Los campos les dan alfombra,
los árboles pabellones,
la apacible fuente sueño,
música los ruiseñores.
Los troncos les dan cortezas
en que se labren sus nombres,
mejor que en tablas de mármol
ó que en láminas de bronce.
No hay verde fresno sin letra,
ni blanco chopo sin mote;
si un valle, Angélica, suena,
otro, Angélica, responde.

Sin embargo, si hemos de atenernos á los ecos de sus numerosos comentadores, la fama de Góngora, no llegó á su altura hasta que aquél abandonó el buen camino, y se echó á volar osadamente por las extraviadas sendas del culteranismo. Admirado entonces y seguido por numerosos secuaces, entre los cuales se contaban muchas veces los primeros ingenios de la época, Cervantes, Quevedo, Villegas y otros infinitos, llegó por fin á conseguir su objeto de dar su nombre á una escuela, que desde entonces es y será perpetuamente conocida por *gongorina*. Ella dominó en nuestro Parnaso, por casi dos siglos, transmitiéndose desde su fundador y sus contemporáneos por medio de los Villamedianas, Mellos, Rebolledos, Sor Juana de la Cruz, Gerardo Lobo y otros infinitos, hasta que á fines del siglo último volvió á renacer el buen gusto y Góngora fué juzgado con la severidad que merecía un hombre que renunció á las más felices dotes de un escritor, por seguir los impulsos de su amor propio extravagante.

(Sin firma).

Semanario Pintoresco Español.—9 Abril 1837.



EL PRÍNCIPE ALÍ BEY EL ABBASSI

(D. Domingo Badía Leblich.)

> Volera di lido in lido
> la tua gloria vincitrice
> e d'obblio trionfatrice
> la tua fama vivirá.
> E non solo in questi boschi
> sará noto il tuo coraggio
> ma ogni popolo piu saggio
> al tuo nome, al tuo valore.
> semulacri inalzera (1).

La indiferencia pública y el injusto olvido de las acciones de los hombres superiores serían suficientes causas para ahogar en su origen las más nobles resoluciones, las más heroicas hazañas, si los corazones templados para ellas fuesen capaces de dar cabida á esta reflexión desconsoladora, á este terrible desengaño.

Culpable nuestra España, más que otros países, de aquel abandono ó exceso de modestia, ó por falta de entusiasmo, suele descuidar y hasta ignorar los hechos notables de muchos de sus hijos, al paso que busca con afán y encomia hasta las nubes los que de sus compatriotas nos relatan las leyendas extranjeras. Y de aquí la falsa persuasión (que cada día se extiende más entre nosotros), de creer que los españoles, especialmente los modernos, no pueden

---

(1) Versos dirigidos á Alí Bey en Grecia por Constantino Ipsilanti, sobrino del célebre príncipe, y oficial que había sido de guardias valonas en España.

competir en grandes cualidades con los esclarecidos personajes de otros países.

Vamos, pues, á dar un ejemplo más, de lo contrario, ofreciendo hoy á nuestros lectores una noticia biográfica, no menos interesante que la de la Monja Alférez, de que hicimos referencia en otra ocasión, y teniendo sobre ésta la ventaja de referirnos á nuestros tiempos, y á persona que muchos de los que aún viven en Madrid han conocido y tratado. Hablamos del distinguido Alí Bey El Abassi, cuyos viajes por África y Asia durante los años de 1803 al 1808 fueron publicados en lengua francesa por el mismo autor, y traducidos últimamente en Valencia, pueden completar la justa curiosidad que acertamos á despertar en nuestros lectores.

D. Domingo Badía Leblich (célebre en Europa, África y Asia, bajo el nombre de Alí Bey El Abbassi), nació en Barcelona en 1.° de Octubre de 1767, de D. Pedro Badía y D.ª Catalina Leblich.

Dedicado con ardor desde sus más tiernos años al estudio de las matemáticas, á la delineación y al dibujo, siguió la geografía astronómica, física y música, pero su atención se la llevó particularmente el conocimiento de las lenguas orientales, y con cierta predilección la árabe, que llegó á serle familiar y en la que tuvo por maestro al sabio naturalista D. Simón de Rojas Clemente.

No era fácil que Badía, ocupase mucho tiempo la vasta extensión de su ingenio, y de ahí es que, niño todavía, á la edad de catorce años, mereció ya que el Rey Carlos III, le confiriese el destino de administrador de utensilios de la costa de Granada. Apenas había cumplido diez y nueve, le nombró el mismo monarca contador de guerra con honores de comisario, y á los veintiséis se hallaba ya administrador de tabacos de Córdoba por Carlos IV.

Pero estos empleos, aunque eran ciertamente unos testimonios de su mérito en razón de la corta edad en que los obtuvo, no estaban en armonía con los estudios que Badía había hecho, ni podían darle ocasión para desplegar su genio extraordinario, limitando la esfera de su existencia.

Con el objeto, pues, de ensancharla, y ansioso de hacer útil aplicación del caudal de conocimientos que poseía, en 7 de Abril de 1801 presentó al Gobierno el proyecto de un viaje científico á los países del interior del Africa, y examinado por orden del Rey y conocida su utilidad, fué nombrado para realizarle.

Había contraído amistad con el ya citado Rojas Clemente, que á la sazón se hallaba regentando una cátedra de árabe, el cual, sabido el proyecto de Badía y estimulado por el ansia de saber que formaba su carácter, quiso asociarse á la expedición.

Salió Badía, de Madrid el 12 de Mayo de 1802, y pasó con su amigo á París y á Londres, en cuyas capitales sostuvo verbalmente y por escrito varias discusiones científicas, entabló relaciones con los sabios más distinguidos y se proveyó de los instrumentos más necesarios para las observaciones que se proponía hacer. Escribió la historia de este viaje preliminar, y acompañado de Rojas Clemente, formó una magnífica colección de historia natural que envió al real gabinete.

Disponíanse ambos amigos á la preparación indispensable que debía acreditarlos en cualquier evento de verdaderos musulmanes; pero Badía, con la idea de presentársela menos cruel á Rojas Clemente, aprovechó la ocasión de haber salido éste á herborizar por los bosques de Spring-Forest, y llamando á un facultativo acreditado, confió á su destreza la peligrosa operación. Fué tan dolorosa, que al volver Rojas Clemente, al anochecer, encontró pálido y casi exánime á Badía, el cual le manifestó lo mucho que había padecido, y le aconsejó que de ninguna manera se expusiese al tormento y riesgo de la circuncisión.

El Príncipe de la Paz, en sus *Memorias*, publicadas últimamente, explica con extensión el verdadero objeto del viaje de Badía y la causa por que pareció más conveniente acreditarle en las regiones africanas con el carácter de verdadero musulmán, forjándole una completa genealogía, hijo de Othman-Bey, príncipe Abbasida y pariente del

Profeta. Deseoso el célebre y poderoso valido de Carlos IV, de extender el comercio español con las naciones berberiscas, limitó primero su intento á ganar por medio de Badía, la voluntad del Emperador de Marruecos, para inclinarle á prestarse una mutua y ventajosa armonía y relaciones mercantiles; pero el carácter personal de Muley Solimán que ocupaba aquel trono, su odio á los cristianos y en particular á los españoles, y á la absoluta confianza que desde luego dispensó al mismo Badía, en quien sólo vió un verdadero y digno descendiente del Profeta, fueron motivos suficientes para variar el plan de Godoy, y entendiéndose secretamente con nuestro célebre viajero, llegaron á punto que no se trataba ya menos que de apoderarse á nombre de España del imperio de Marruecos, fomentando un poderoso partido que se formó y que quería colocar la corona en la cabeza del supuesto Príncipe Ali-Bey, quien después debía cederla al Monarca español. Pero retrocedamos al principio del viaje.

En 23 de Junio de 1803 fué cuando desembarcó en Tánger, nuestro viajero, completamente provisto de todos los documentos y recomendaciones diplomáticas que debían sostenerle en su peligrosa empresa. El lujo que ostentaba, sus títulos escritos en árabe antiguo, los sellos y signaturas, la minuciosidad de sus prácticas religiosas, su completa facilidad en el idioma árabe y más que todo sus inmensos conocimientos en la astronomia, la química, la física, la historia natural, la geografía, la medicina y el dibujo, llamaron hacia él el respeto y la admiración de aquellos pueblos incivilizados y ni por asomo se suscitó la más ligera duda acerca de su descendencia. Después de una larga permanencia en Tánger pasó á Marruecos, siempre en la misma inteligencia con el Gobierno español, y fué tal el ascendiente que llegó á tomar sobre el fanático Monarca, que no sólo le trataba como hermano y amigo, sino que le colmó de regalos, haciéndole entre otras donaciones la de un magnífico palacio cerca del suyo y de la deliciosa posesión Semelalia, enviándole dos mujeres de su harem y descansando en él todas las confianzas del trono. Pero este

mismo exceso de generosidad del Monarca marroquí fué (según lo afirma el mismo Príncipe de la Paz) la causa única de no haberse llevado á efecto el insidioso proyecto de la rebelión de aquel reinado. Afectado el sensible corazón de Carlos IV, con el delicado escrúpulo de que iba á pagar con una ingratitud la generosa hospitalidad dispensada á Badía, al llegar Godoy, á manifestarle el completo de sus planes, se intimidó su conciencia y á riesgo de comprometer la existencia del intrépido viajero y el de perder para siempre la ocasión de crecer los dominios españoles por aquella parte del mundo, ordenó deshacer todo lo adelantado y á Badía, salir de Marruecos, encerrándose en aquel religioso principio: *Non sunt facienda mala ut inde veniant bona.*

Grande fué el compromiso de Badía, que se hallaba en medio del camino peligroso, donde se había lanzado acaso más aprisa que conviniera y con el secreto partido ya entre muchos; pero su admirable sagacidad halló medios de salir de aquel apuro, y abandonando el objeto político de su expedición, trató de continuarla bajo el científico, conservando, empero, su carácter de príncipe Abbassida y siguiendo su peregrinación á Meca, en cumplimiento del precepto del Korán.

En este inmenso viaje por las regencias berberiscas de Grecia, el Egipto, la Siria, la Arabia y la Turquía, fué donde pudo desplegar en mil ocasiones, las más interesantes y peligrosas, la serenidad de su ánimo, su valor indomable y tan prodigiosa multitud de conocimientos, que llena de admiración al lector que recorre las animadas páginas de su obra.

Recibido con entusiasmo y aclamaciones de los pueblos más civilizados del Asia, de las tribus errantes de los desiertos, de los bajás soberanos de Trípoli, de Acre, de la Meca y del Egipto; consultado por los doctores de las diversas sectas del islamismo; reverenciado como un ser casi sobrenatural, á causa de su carácter enérgico y sublime, sus predicciones astronómicas, sus curas asombrosas y el magnífico tren oriental de su comitiva, se abrieron á

su insaciable curiosidad los lugares más sagrados, aquellos que ningún cristiano ha podido penetrar jamás; pudo presenciar y tomar parte en todas las más recónditas ceremonias y costumbres del islamismo y descorrer, en fin, el velo espeso que hasta entonces había tenido encubierta la fisonomía de los modernos orientales. Las prolijas descripciones de los templos de la Meca y las ceremonias de la peregrinación, de las mezquitas de Jerusalén, de Constantinopla y de El Cairo y otras infinitas en que abunda su viaje le darán siempre uno de los primeros lugares entre las obras útiles é interesantes, siendo de lamentar que, por el descuido frecuente en España, no fuese publicado en ella y sí en París y en lengua francesa.

Llegado, en fin, de vuelta á Constantinopla, por Octubre de 1807, permaneció allí algún tiempo, alojado en la casa de nuestro embajador, que lo era á la sazón el Marqués de Almenara, único que le conocía, pasando siempre entre la familia de la embajada por el Príncipe Alí-Bey-el-Abbassi (1). Allí tuvo las primeras noticias de las ocu-

(1) No queremos dejar de estampar aquí una graciosa anécdota referente á este personaje y á esta ocasión que varias veces oimos de boca del difunto D. José María de Carnerero, joven entonces agregado á nuestra legación de Constantinopla:

Un día del mes de Octubre reunió toda la legación el embajador, Almenara, manifestándoles que iba á llegar el Príncipe Alí-Bey-el-Abbassi, poderoso magnate que le estaba altamente recomendado por la corte de Madrid, como fiel aliado y amigo, y que esperaba de todos los caballeros españoles, le tratasen con el agrado y respeto debido á sus distinguidas cualidades. Llegó, en efecto, el Príncipe, seguido de una magnífica comitiva de esclavos y soldados, mujeres, camellos y caballos. Apeóse en el palacio de la embajada y fué presentada á él toda la legación por el Marqués, siguiendo la conversación por medio de los intérpretes, y en árabe puro, con todas las etiquetas y retóricas figuras de estilo entre los orientales. Repitióse esta escena, constantemente, mientras su permanencia en aquella casa, hasta que el día de la despedida, hizo disponer el embajador un magnífico almuerzo, colocado el Príncipe Alí-Bey, en el lugar distinguido, y apresurándose todos á servirle por gestos y algunas palabras sueltas en su idioma. Mas, por qué tanto, en el medio de la mesa descollaba un gran plato de huevos revueltos con tomate, algo

rrencias políticas acaecidas por entonces en España y la entrada de los ejércitos de Napoleón, con lo cual se apresuró á acelerar su regreso; pero una grande enfermedad le obligó á detenerse en Munich.

No bien restablecido todavía, se trasladó á Bayona, tendido en una cama que se le dispuso dentro del mismo coche, y llegó el 9 de Mayo de 1808. Al día siguiente quiso ver al nuevo Rey Fernando VII; mas éste salía en aquellos momentos de Bayona; presentóse, pues, á Carlos IV, y habiéndole enseñado algunos planos y dibujos relativos á su viaje, aquel monarca después de examinarlos le dirigió estas palabras: «Ya sabrás que la España, ha pasado al dominio de la Francia, por un tratado que verás. Vé de nuestra parte al Emperador y díle que tu persona, tu expedición y cuanto dice relación á ella, queda á las órdenes exclusivas de S. M. I. y R., y que deseamos produzca algún bien al servicio del Estado». Insistió Badía, en querer seguir la suerte de la familia destronada, pero contestóle Carlos IV: «No, no; á todos conviene que sirvas á Napoleón».

En consecuencia de estas indicaciones, que Badía, apenas comprendía, porque apenas tenía antecedentes de las ocurrencias de España, se presentó á Napoleón, el cual, después de haber tenido con él algunas conferencias sobre los negocios de África, le mandó pasar á las órdenes de su

---

exótico, en verdad, en semejante convite, pero que, sin duda, estaba puesto allí por capricho del embajador. No dejaron de notarlo y aun de afearlo, algunos de los jóvenes españoles; pero cuál fué su asombro cuando vieron al Príncipe Alí Bey, animado de repente á la vista del plato, y poniéndose en pie, empieza á repartir á todos y á servirse á sí mismo con gracia y desembarazo y repitiendo con sonrisa placentera, en puro lenguaje español, aquellos versos de Iriarte:

«Y ella le dijo: Sois unos potajes,
Yo los haré revueltos con tomates.»

El Príncipe árabe reía de veras, el embajador reía también; todos los demás estaban sin creer lo que veían... Al día siguiente, y ya después de marchar Alí-Bey, supieron la verdad del caso.

hermano el Rey José, á quien siguió Badía á Madrid. En dicha corte solicitó repetidas veces se le permitiese trasladarse á París, á hacer la edición de sus obras, que no era posible publicar en España, pero siempre se le negó.

Habíase propuesto no pedir jamás cosa alguna, y de ahí es que por espacio de quince meses estuvo en Madrid, sin sueldo ni destino alguno, reducido con su familia á la mayor estrechez; al cabo de este tiempo y sin que mediase solicitud de su parte, le envió el Gobierno de intendente á Segovia; después fué nombrado para la prefectura de Córdoba, y últimamente para la intendencia de Valencia, y de cuyo destino no llegó á encargarse por haberse nombrado un intendente francés. Á la retirada de los franceses no creyó prudente Badía, quedarse en España, porque, aunque su buen comportamiento en la intendencia y prefectura, parece debían ponerlo á cubierto de toda persecución, era difícil que la calidad de empleo del Gobierno intruso no le acarrease, cuando menos, algunos insultos.

Pasó, pues, á Francia; pero como su ánimo no era permanecer de asiento en aquel país, no bien hubo llegado, dirigió al Rey Fernando VII, una reverente exposición en que, después de hacer una breve reseña de sus servicios, concluía ofreciéndolos á S. M. y tributándole el homenaje de fidelidad y sumisión.

Esta exposición, que encaminó á manos del Rey, por distintos conductos, no produjo resultado alguno, y de consiguiente ya no quedó á Badía otro recurso que el de admitir la hospitalidad que le ofrecía la Francia. Fijóse, pues, definitivamente en aquel país, donde publicó sus viajes en 1814, y en 1815 casó á su hija con Mr. Delilede-Sales, miembro del Instituto.

Este enlace y el aprecio que hacía el Gobierno francés de su persona, proporcionaban á Badía poder vivir en Francia, con algún ensanche; pero su arrojo y sobrada confianza por una parte, y los celos políticos por otra, le preparaban una muerte trágica cuando todavía podía haber vivido algunos años, que ciertamente no hubieran sido perdidos para las ciencias.

En algunas biografías se lee que murió en 1819 y otras ponen su muerte en 1824, pero lo más probable es que sucedió en 1822, y fué de esta manera. El Gobierno francés dió á Badía, una comisión importante para la India, y le condecoró con el grado, sueldo y consideraciones de mariscal de campo. Salió de París con el nombre de Alí Athman y se dirigió á Damasco, cuyo bajá (á lo que aseguran los franceses) estaba pagado por una nación poderosa para dar buena cuenta de todo el que pasara á examinar las posesiones de la India.

Con efecto, dicho bajá convidó á comer á Badía, y la taza de café que con aquél tomó, fué lo último que bebió en su vida, quedando en poder del bajá todos sus papeles y efectos.

La esposa de Badía, que reside actualmente en Francia, disfruta de la viudedad que le corresponde, en razón del grado militar que últimamente obtuvo su malogrado é ilustre cónyuge.

(Sin firma.)

(*Semanario Pintoresco Español*, año 1839.)

En *El Museo Universal*, año 1859, publicó el autor otra nueva biografía de este personaje considerablemente ampliada.



DON NICOLÁS FERNANDEZ DE MORATÍN

UNO de los señalados ingenios que á mediados del siglo pasado se colocaron al frente de la restauración de las letras españolas, fué *D. Nicolás Fernández de Moratín*, padre del célebre *D. Leandro*, á cuya filosofía y buen gusto debió después el teatro nacional los cuadros más populares, verídicos y filosóficos que en los tiempos modernos ha presentado nuestra escena.

Para juzgar á estos dos ilustres ingenios, es preciso desprenderse de las preocupaciones de la época actual, y renunciar á medirlos con el mismo compás de que hacemos uso para juzgar á los escritores contemporáneos; es preciso sobreponerse al gusto dominante, trasladarse en imaginación á la época de sus triunfos, y considerar filosóficamente la importancia del objeto y la forma de sus composiciones, con relación al siglo en que les tocó figurar. Echada, concienzudamente, esta ojeada restrospectiva, no dudamos asegurar que todo hombre dotado de regular criterio y de talento verdadero, no podrá negar el tributo de alabanza y de respeto á aquellos escritores de la época anterior, que á fuerza de ingenio, de saber y de perseverancia, lograron extirpar de nuestro suelo las extravagantes demasías de los pedantes que habían eclipsado la fama de Lope y Calderón.

Hoy, que por espíritu de reacción, no menos ridícula, se

afecta desdeñar todo lo que no sea delirios del genio, las obras de los Moratines, no son apenas conocidas por los que más les critican, tachando de palidez y amaneramiento á hombres que, no sólo con el precepto y con el ejemplo, supieron hacer la guerra á la depravación del gusto literario de su época, sino que acertaron (especialmente el hijo) á pintar con tan fuertes colores los vicios dominantes en ella, la hipocresía, la tiranía paternal, el pedantismo y la ignorancia, que á riesgo de sus propias personas, si bien con eterna gloria de su nombre, consiguieron modificarla, hasta el punto de que hoy nos parezcan tan inverosímiles como los libros de caballerías, después de Cervantes. Tras de este indispensable exordio, vengamos, pues, á nuestro propósito.

Poco interesante es la biografía de D. Nicolás Fernández de Moratín, como hombre público, pues la medianía de su condición y la tranquila época en que le tocó vivir, no dieron lugar á esas trágicas peripecias de que está hoy sembrada la existencia de todo hombre distinguido, y bastará decir que no fué perseguido ni encarcelado, que no emigró jamás de su país, ni conspiró contra él, ni llegó á ser ministro, ni tribuno, ni periodista político, para echar de ver que las habemos con una de esas existencias clásicas y llenas de celeste beatitud, que tan raras son en el día, como poco propias á excitar el interés.

Nacido en Madrid en 1737, procedente de una familia noble de Asturias, hijo del jefe de guardajoyas de la Reina D.ª Isabel Farnesio, siguió á ésta con la comitiva real á su retiro de San Ildefonso y Riofrío, después de la muerte de su esposo Felipe V. Allí recibió Moratín, su primera instrucción, y queriendo su padre que siguiera la carrera del foro, le envió para ello á Calatayud y después á Valladolid, hasta que graduado en leyes regresó á San Ildefonso y contrajo matrimonio con D.ª Isidora Cobo-Conde, siendo nombrado por la Reina, que apreciaba mucho á toda la familia, ayuda de guarda-joyas.

La amenidad del ingenio de Moratín, su despejo juvenil y su poética inspiración, embellecían aquel austero retiro

de la Reina viuda, con narraciones animadas y pomposas descripciones, que entretenían agradablemente su ánimo, creciendo en ella la benevolencia hacia el joven poeta y leal servidor que sabía templar su melancolía. Este estado de retiro cesó á la muerte de Fernando VI, en que después de doce años regresó á Madrid la Reina madre, con el carácter de gobernadora, mientras la llegada de su otro hijo Carlos III.

Con ella volvió Moratín y pudo muy luego ponerse en relación y cultivar la amistad de los más célebres literatos y artistas de aquella época, los Montiano, Flórez, Velázquez, Iriarte, Castro y Luzán; y reunido con ellos, emprendieron ardientemente la restauración de las letras, en los términos que creían análogos al buen gusto y sentido racional, apoyados por la sana crítica y una profunda erudición. La protección que el gran Carlos III, dispensaba á los hombres estudiosos, la consideración y el decoro con que sabía distinguirlos, contribuyó en gran manera al brillo de su época, y Moratín, por su parte, no cesó de trabajar un punto, para hacerse digno de aquel favor.

Los grandes señores, siguiendo el ejemplo del Rey, procuraban buscar y honrar en sus casas á los ingenios aventajados, poniéndolos en disposición de hacer brillar los talentos ante la sociedad más escogida é influyente; los embajadores, los prelados, los magistrados, los cortesanos, todas las notabilidades del reino, se disputaban entonces el honor (que á tal lo tenían) de dispensar sus delicados favores á los literatos y artistas célebres, empleándoles en sus casas, encargándoles sus bibliotecas, sus museos, sus palacios y tomando bajo su protección la publicidad de sus producciones. Entre los que más distinguieron á Moratín, fueron los Infantes D. Luis y D. Gabriel, el Conde de Aranda, el de Campomanes, los embajadores de Venecia y de Francia, los Duques de Medinasidonia y de Arcos, el Ministro Llaguno y otros muchos personajes, que creían, justamente, añadir á sus timbres el de protectores de las ciencias y las letras.

Sin embargo, poco aprovechó Moratín, de este marcado

favor, pues limitado en sus deseos, bastaba á contentarlos el producto de su profesión de la abogacía y algún ligero sueldo de la casa real que disfrutaba; por lo que nunca quiso usar del favor que, seguramente, hubiera hallado. Contento con su dorada medianía y su independencia, vivía retirado gran parte del año en su casa de campo de Pastrana, ó en la de la calle de la Puebla en Madrid, número 30, y en todas partes se ocupaba incesantemente en contribuir con sus obras en prosa y verso á la regeneración que él y sus amigos se creían llamados á cumplir.

Reuníanse frecuentemente Moratín, Ayala, Cerdá, Ríos, Cadahalso, Pineda, Ortega, Muñoz, Iriarte, Guevara, y los italianos Pizzi, Signorelli, Conti, Bernascone y otros muchos, en la fonda de San Sebastián, para lo cual tenían alquilada una sala en que celebrar sus reuniones, en las que, por único estatuto, sólo era permitido hablar de teatros, de toros, de amores y de versos. Allí se leyeron las mejores tragedias del teatro francés, la poética de Boileau, las obras de Rousseau, las canciones de Frugoni, Filicaya, Chiabrera, Petrarca, Ariosto y Tasso. Cadahalso leyó sus *Cartas Marruecas*, Ayala las vidas de los célebres españoles y sus tragedias de *Numancia* y *Abidis*, Sedano su *Parnaso español* é Iriarte su *Poema de la música.* Allí se discutía sobre las diversas escuelas literarias, se analizaban las obras nuevas españolas y extranjeras; allí aprendían á conocer y apreciar aquéllas, los italianos Conti y Signorelli; allí Moratín, sostenía el decoro de la musa española, luciendo sus inspiraciones en competencia con el célebre improvisador Tallassi.

La infatigable laboriosidad de Moratín, le permitía no sólo estos ejercicios amenos y la publicación de muchas de sus obras en un periódico titulado *El Poeta*, sino que era generalmente buscado como abogado, y desempeñaba también la cátedra de poética de San Isidro y muchas comisiones de la Sociedad Económica Matritense, ocupaciones en que continuó infatigable, hasta su temprana muerte, acaecida en 1780, á la edad de cuarenta y dos años.

Sus diversas obras merecen aún el estudio de los inteligentes, los cuales no dejarán de reconocer las grandes cualidades de que se hallaba dotado. En sus discursos críticos pueden hallarse, sin duda, errores de escuela; pero habrá de alabarse la conciencia del convencimiento y el ingenio en defenderlo. Sus composiciones dramáticas, si hoy aparecen lánguidas y amaneradas, no pueden de ninguna manera, ni en ningún tiempo, ser despreciadas por necias; y cuando no otra cosa, no podrá negarse á la comedia *La petimetra* y á sus tragedias *Hormesinda* y *Guzmán*, el privilegio de ser las primeras que se acercaron á imitar entre nosotros el gusto llamado clásico francés.

Las composiciones líricas merecen aun hoy, mayor atención. Á una lozanía de imaginación verdaderamente poética, á una originalidad toda española, reune Moratín, generalmente, un gusto exquisito en las imágenes, una pureza esmerada en la dicción, y sabe remontarse, á veces, á la altura de nuestros más celebrados poetas; véanse, si no, su famoso canto épico de *Las naves de Cortés*, la oda *Á Pedro Romero* y las admirables quintillas que empiezan:

> Madrid, castillo famoso,
> que al rey moro alivia el miedo, etc.

tan repetidas y dignas de serlo, por todo el que busque aún en nuestra poesía esa gala oriental, ese brillo de las imágenes y riqueza del colorido, que distingue á la lira española entre las demás de Europa.

Las obras poéticas de D. Nicolás de Moratín, contribuyeron, pues, poderosamente á desarraigar las malas semillas con que la rastrera medianía y el pedantismo escolástico, habían cubierto el campo de nuestra literatura á principios del siglo anterior; á él más que á otro alguno, se debió el principio de la regeneración del teatro, avasallado por las horribles composiciones de los copleros que habían arrinconado á Lope y Moreto, y si bien prescindió demasiadamente, de imitar lo bueno de los antiguos, no puede negarse á sus dramas una intención filosófica y cierta belleza poética, aunque limitada en estrecho círculo

por las reglas de convención. Por último, como hombre erudito, como cantor entusiasta de las glorias del país, como autor y maestro del primero de nuestros dramáticos modernos, el recuerdo de *Flumisbo Thermodociaco* (1) será siempre grato á los amantes de las letras españolas. Sin embargo, la gloria del nombre de Moratín, todavía subió á mayor altura: la mejor de las obras de D. Nicolás fué... su hijo D. Leandro.

M.

Semanario Pintoresco Español (2).—4 Septiembre 1842.

---

(1) Con este nombre era conocido Moratín entre los árcades de Roma, así como su hijo con el de *Inarco Celenio.*

(2) Al artículo acompaña la elegía de Moratín, leída por él mismo en la distribución de premios á los alumnos de las escuelas patrióticas, en 1779, con una porción de notas relativas al origen de las calles de Madrid, que la hacen muy curiosa y que se omite por su extensión.



DON VICENTE GARCÍA DE LA HUERTA

El descuido y abandono de los escritores en consignar las noticias históricas de los hombres distinguidos de su tiempo, es para los sucesores causa de justa reconvención, sin hacerse cargo de que, ellos mismos, suelen usar con sus contemporáneos de igual injusticia, que les será igualmente echada en cara, por los que vendrán después.

Y este abandono y esta dificultad de averiguar los sucesos, se hace sentir tanto más cuanto más cercanos están á nuestros días; de suerte que, tratándose de formar artículos ó noticias biográficas, nos es más fácil escribir uno de Cervantes ó de Lope, que otros de Iriarte ó de Cienfuegos, que murieron ayer. No parece sino que los hombres están convenidos en negar su atención y desdeñar el estudio de los que vieron y trataron, para consagrar sus vigilias y diligencia, en busca de tradiciones y recuerdos vagos, de los que los siglos anteriores miraron con igual desdén.

Estas reflexiones nos han venido, naturalmente, á la pluma, al tiempo de trazar este ligero bosquejo de uno de los autores privilegiados del siglo anterior: del crítico audaz, cuyo carácter turbulento excitó á la vez el entusiasmo del público y el encono de los escritores; del autor patriota, que, por un exceso de celo, se dejó arrastrar á los más violentos extravíos en defensa de una causa noble y justa, la causa de la antigua poesía nacional.

Todos los libros que hemos tenido á la vista para trazar estas líneas, las obras de los Sres. Sempere, Signorelli, Butervek, Sismondi, Bourgoin, Laborde, Martínez de la Rosa y Quintana, nos suministran diversidad de juicios críticos más ó menos extensos y razonados acerca de García de la Huerta, como autor; pero todos son harto escasos en proporcionarnos datos del hombre, es decir, de aquellas circunstancias en que le colocó la suerte y que pudieron influir en su desmedido orgullo, su altiva independencia y su animosidad contra todo lo que le rodeaba. Faltos, pues, de estos datos, hemos recurrido á buscarlos á otras personas y á otros documentos más allegados á este escritor; pero, desgraciadamente, tampoco han podido satisfacernos tan cumplidamente como deseábamos, y únicamente hemos podido reunir algunas breves indicaciones biográficas, que expondremos juntamente con nuestro propio juicio sobre el carácter y obras del autor.

D. Vicente Antonio García de la Huerta nació en la villa de Zafra, obispado de Badajoz, en 9 de Marzo de 1734, y fué hijo legítimo de D. Juan Francisco García de la Huerta y de D.ª María Muñoz, personas ambas de calificada nobleza. Hizo sus estudios en la Universidad de Salamanca, y antes de concluirlos vino á Madrid, donde contrajo matrimonio, en 10 de Abril de 1747, con D.ª Gertrudis Carrera y Larrea, natural de aquella ciudad.

Desde sus primeros años, demostró con repetidas obras, su inclinación á la poesía, y entre otras de las primeras que contribuyeron á darle celebridad, puede citarse la *Égloga de los pescadores*, leída en 1760, en la distribución de los premios de la Academia. Estos versos y otra multitud de composiciones que diariamente salían de su pluma, la arrogancia y osadía con que desde un principio se anunció como el restaurador del gusto nacional, fuertemente atacado en las obras de los Luzanes, Montianos y otros preceptistas á la francesa; su juventud, su belleza personal, el desenfado de sus modales y la brillante posición en que muy luego se colocó como bibliotecario de la Real, oficial de la Secretaría de Estado é individuo de todas las

Academias, atrajeron á Huerta, el favor del público y el fácil acceso á la más elegante sociedad, á par que la envidia y encono de casi todos los escritores de su tiempo.

Pero Huerta, en vez de desarmar á éstos y hacerse más y más digno de aquéllos con sus estudios y adelantamientos, prefirió, más bien, envolverse en la nube del incienso que quemaba en sus aras el vulgo admirador y lanzar desde allí rayos acerados, continuos, indiscretos, contra todos los que osaban negarle el tributo de adoración, protestando audazmente contra toda regla que no fuese su capricho y convirtiendo en absurda, una causa cuyo origen era loable, á fuerza de indocilidad, de acrimonia y de jactancia.

Una desgracia doméstica, de la cual no tenemos datos suficientes para consignarlos aquí, pero que podemos atribuir también á la extravagancia y fiereza de su genio, le hizo decaer rápidamente del favor de la corte, hasta el extremo de ser privado de sus empleos y confinado á la plaza de Orán, donde permaneció algunos años. Pero Huerta, no por eso se desanimó ni cedió un punto de sus arrogantes pretensiones, y el público, interesado más y más por él á causa de su adversidad, continuó recibiendo con entusiasmo sus producciones líricas, en todas las cuales parecía afirmarse en sus extravíos, su obstinación y su independencia.

Regresado después á Madrid, no quiso volver á sus antiguos empleos, por no querer hacer para ello solicitudes, que le parecían incompatibles con su honor ofendido y su inocencia, y creemos que por entonces estuvo únicamente ocupado en la casa del Duque de Alba, uno de sus más decididos favorecedores.

Durante su larga ausencia, las nuevas doctrinas literarias se habían desarrollado notablemente; el gusto del público, dirigido por hombres tan aventajados como Jovellanos, Iriarte, Forner y Moratín, había cambiado casi del todo, y Huerta, en lo más vital de su carrera, en lo más encumbrado de sus manías, se veía atacado continuamente por hombres á quienes él había mirado con desdén y que

ahora volaban ya á su altura á impulsos del aura popular.

No era hombre Huerta de ceder un punto en su sistema, por este contratiempo. Á las apreciables obras de sus contrarios, respondía con amargas sátiras y afectado desdén; á los punzantes epigramas que aquéllos le devolvían, contestaba con denuestos y tratándoles poco menos que de traidores á la patria, por su manía en imitar las obras extranjeras. No contento con esta lucha interior, ni bastándole á desfogar su carácter procaz, promovió otra no menos acre con los escritores franceses, italianos y de todas las naciones, que no confesasen y sostuviesen la infalibilidad de Calderón y de Góngora. En sus escritos críticos (que, por fortuna, son hoy apenas leídos) se ve lo que puede extraviarse la razón de un hombre de talento, cuando echa por el camino del orgullo y de la intolerancia. Allí se trata nada menos que de *imbéciles* á Racine y á Corneille; se proclama altamente ignorante al público francés; se dicen mil desatinos de los escritores italianos, y hasta la figura colosal de Voltaire, que por entonces llenaba la Europa, queda acribillada á impulsos de los fieros dardos de nuestro poeta extremeño.

Deseando probar sus asertos en favor de la excelencia del antiguo teatro español, emprendió Huerta, en 1785, la publicación de una colección de comedias, de las que él creyó más perfectas, de Calderón, Solís y otros autores; pero, desgraciadamente, ni su gusto propio ni el de la época, eran para hacer con buen juicio esta elección; por manera que si fuera posible achacar monotonía al magnífico y aun ignorado tesoro, de nuestro antiguo repertorio dramático, sería buen documento la colección de Huerta, en que dió casi exclusivamente preferencia á las comedias *de intriga*, descuidando completamente los otros géneros y mostrando parcialidad exclusiva con unos autores, al paso que afecta olvidar á otros, y entre éstos nada menos que á Lope, Tirso de Molina, etc. Los juicios que hace de aquéllos y de sus comedias son igualmente apasionados, escasos de criterio, de suerte que esta colección ha llegado

á desaparecer justamente, y únicamente hallamos de apreciable el tomo último, en que inserta un catálogo de más de seis mil títulos de comedias españolas.

Pero lo que hay que observar con sorpresa, es, que este mismo hombre que proclamaba tan alto su sistema, y que negaba á su siglo la facultad de tener un gusto distinto del anterior; que anatematizaba á los clásicos de allende y á sus imitadores de aquende, hasta el extremo de ponerlos fuera de la ley del sentido común, cediese luego insensiblemente á la fuerza del gusto dominante y se dejase arrastrar, á su pesar, en la práctica, por un camino tan distinto del que trazaba en teoría.

Con efecto, las obras dramáticas de Huerta (las más notables y mejores de las varias que escribió) vienen de todo punto, á dar razón á sus contrarios, y demuestran bien á las claras que su talento era capaz de convencerse, aunque sin confesar ni creer él mismo en su convicción.

Esta circunstancia envuelve tal contradicción y da tal carácter de extravagancia al personaje, que apenas podemos comprenderle los hombres de este siglo, cuando después de saber que ocupó la mayor parte de su vida en atroces diatribas contra los preceptistas y galomanos, vemos luego en sus obras dramáticas una tragedia griega *(Agamenón vengado)* una traducción del francés de ese mismo Voltaire, blanco de sus tiros *(Xayra)* y una tragedia española con las formas clásicas *(Raquel).*

Esta última, la más importante de las producciones de Huerta y la única que hoy hace recordar su nombre con aprecio, en medio de su sujeción á los preceptos de Horacio, es, sin embargo, la expresión del pensamiento noble en sí, aunque exagerado, que inspiró á Huerta, toda su vida, el de restaurar la pompa, originalidad y bizarría de nuestro teatro nacional, contra el amanerado disfraz de que pretendían vestirle los críticos transpirenaicos. Y ojalá que, más afirmado en su juicio, hubiera prescindido en su obra de ciertas reglas que ahora se tienen ya por inútiles, como las unidades de tiempo y lugar; entonces hubiera demostrado más y más la verdad que ciego de pasión

acometía, y no adoleciera de los mismos defectos que pretendía combatir.

Esto no obstante, y aunque aprisionado en la complicada red que los críticos preceptistas se complacían por entonces en extender sobre toda obra del genio, aunque dominado á su pesar por la fatal condición que el público de la época imponía con pesado hierro á su mano, ¡cuánto no campea en la *Raquel*, el altivo pensamiento, la generosa independencia, la lozana imaginación de aquel paladín de nuestras antiguas glorias literarias, de aquel imprudente defensor hasta de los extravíos del genio español!

Por muchos que sean los años transcurridos, por mucho que los sucesos y las alteraciones de la época hayan influído en nuestro modo de ver y de juzgar las obras literarias, todavía no hemos perdido del todo el gusto español, y un cierto orientalismo en las ideas, que nos hace simpatizar con aquellos talentos que se nos revelan con cierto aparato de formas, pompa y magnificencia en la expresión.

La aparición de *Raquel*, en el teatro español en 1778, fué para Huerta, el apogeo de su triunfo; no de estos triunfos momentáneos y desabridos, que hoy están en uso, y consisten en que cuatro amigos pidan á voz en grito que se les saque á las tablas al autor, sino triunfo tan espontáneo, inmenso y verdaderamente *nacional*, que acaso no tiene otro semejante en los fastos de nuestra gloria literaria. Baste decir que todos los teatros de España, la pusieron simultáneamente en escena; que mientras el autor preparaba su impresión, fueron sacadas á mano más de dos mil copias para las Américas, y que reproducida, después por la prensa hasta once veces en vida de su autor, llegó á poco tiempo á ser tan popular, que desde el Rey hasta el último manolo de Lavapiés, repetían de coro aquellos magníficos versos de la exposición:

«Toda júbilo es hoy la gran Toledo», etc.

Ocasión era ésta para juzgar desapasionada y concienzudamente, á más de sesenta años de distancia, esta célebre y singular producción; pero sería de nuestra parte

sobrado atrevimiento, después del exquisito análisis de ella que con la suma de conocimientos, gusto y buena fe que le distinguen, consignó en sus obras críticas el Sr. D. Francisco Martínez de la Rosa.

Las nuevas doctrinas literarias (que parece haber anticipado Huerta, más de medio siglo) han venido, sin embargo, á justificarle, en términos que hoy los críticos más juiciosos, y entre ellos los Sres. Martínez de la Rosa y Quintana, parecen echarle en cara su docilidad involuntaria que le fué impuesta, como queda dicho, por su época, y que realmente constituye el defecto principal de la *Raquel*; pues es bien seguro que con mayor amplitud para explayar su argumento, que el angustioso término de un día y el escaso espacio de un salón, hubiera Huerta, podido desplegar más medios en la conducción de la intriga y más verosimilitud en la catástrofe.

Pero sea de esto lo que quiera, y disculpado de antemano, por aquellos inconvenientes, todavía la *Raquel*, es, á nuestro modo de ver, la tragedia más altamente española en su esencia y conjunto, que ostenta nuestro teatro moderno: su expresión, la más noble y espontánea, y su versificación, la más rica y armoniosa que jamás se oyó en nuestra escena. Todavía hoy, después de tantos y tan apreciables autores como han enriquecido ésta, es imposible desentenderse del encanto en que constituye su lectura; todavía, una vez leída, es imposible olvidarla ni confundirla con otra alguna. Y decimos leída, porque los hombres del siglo actual, no hemos podido tener el placer de verla representada en nuestros teatros, pues unas veces por causas políticas faciles de adivinar, y otras por los diferentes gustos literarios, no recordamos que haya sido ejecutada en nuestro tiempo, injusticia notoria con la primera joya de nuestra escena trágica, que estamos seguros sería vengada en el día, de aquel desdén por el entusiasmo del público espectador (1).

---

(1) Estamos tanto más seguros de esta nuestra opinión, cuanto que pensamos que en el día podría hacerse en el teatro del Príncipe

Nueve años después de su ostentoso triunfo, víctima siempre de los continuados tiros de sus adversarios, aunque repeliéndolos con igual fuerza, murió D. Vicente García de la Huerta, en Madrid, el día 12 de Marzo de 1787, en la calle del Lobo, número 25, siendo sepultado en la parroquia de San Sebastián. Dejó un hijo llamado D. Luis, teniente de artillería.

La saña literaria (la más apasionada y duradera de todas), que tanto le había molestado en vida, no perdonó siquiera su tumba, y todavía la tradición conserva un burlesco epitafio que se atribuye á Iriarte, y que decía:

«De juicio, sí, mas no de ingenio escaso,
aquí Huerta, el audaz, descanso goza:
deja un puesto vacante en el Parnaso,
y una jaula vacía en Zaragoza.»

La posteridad, empero, exenta de la animosidad que inspiraba á sus contemporáneos, por su carácter díscolo y altanero, debe apreciar justamente al gran poeta, sin hacer alto en las debilidades del hombre.

M.

Semanario Pintoresco Español.—25 Septiembre 1842.

---

con todo el aparato y buena ejecución que exige, distribuyendo los papeles de este modo: Alfonso Octavo, *Sr. Luna.*—Raquel, *Sra. Díez.* —Hernán García, *Sr. Romea,*—Garcerán, *Sr Sobrado.*—Rubén, *Sr. López*, etc.



RITA LUNA

La historia del arte escénico español ofrece muy pocos ejemplares de una reputación tan unánime y colosal como la que mereció de sus contemporáneos (nuestros padres) la célebre actriz cuyo retrato va al frente de este artículo.

Apartados ya por medio siglo de la época de sus brillantes triunfos, y más distantes aún del gusto peculiar y de las conveniencias artísticas de aquel período, no nos es posible calificar hasta qué punto fué justo ese entusiasmo, ni merecida aquella continua ovación de que, al decir de la fama, fué objeto constante la *Rita Luna;* pero creyendo, como creemos, que nunca un público se equivoca fácilmente en sus apreciaciones artísticas, y habiendo todavía alcanzado á oir la que hicieron de ésta críticos respetables, no podemos menos de convenir en que debió ser una gran actriz, y que las lágrimas y la simpatía que logró excitar con dramas tan medianos como *La esclava del Negro ponto*, *La moscovita sensible*, *La viuda del Malabar* y otros de la época, hubiera sabido alcanzarlos con mayor razón en la tragedia clásica y en el romántico drama moderno. Por desgracia floreció en tiempos de grande decadencia literaria y en que el teatro estaba avasallado por los Comellas y los Valladares, y hasta el grande actor *Isidoro Máiquez*, que pocos años después debía regenerar

con sus esfuerzos la escena española, no llegó á compartir los laureles de la *Rita*, ni á presentar juntos á la admiración del público las dos más grandes figuras teatrales, que jamás brillaron en el teatro español.

Duraba todavía en él la memoria de las célebres *Amarilis* (María de Córdoba), *Antandra* (Antonia Granados), *María Riquelme*, y la más moderna *María Ladvenant*, y dominaba absolutamente el gusto del público María del Rosario Fernández *(la Tirana)*, cuando la joven *Rita Luna*, pisó la escena para borrar, absolutamente, aquella memoria y eclipsar de una manera inaudita ēstos triunfos.

Nacida en la ciudad de Málaga, el día 28 de Abril de 1770, fué hija de Joaquín Alfonso de Luna, que aunque descendiente de una de las más ilustres familias de Aragón, ejercía, así como su mujer Magdalena García, la profesión cómica. La educación de *Rita*, como la de sus hermanas Andrea y Josefa, si no artística, fué por lo menos bastante esmerada, y sobre todo religiosa, por ser su padre un hombre que profesaba principios, muy severos, de moralidad. Pero la falta de fortuna y las buenas disposiciones de sus hijas, le hicieron dedicarlas á la misma carrera escénica, en que él y su esposa habían hallado un medio honrado de subsistencia.

Rita, pisó las tablas por primera vez en 1789, á los veinte años de su edad, y aun esto lo hizo en un teatro provisional establecido por un actor llamado Sebastián Briñoli, en el cuarto bajo de la casa número 20 calle del Barco (1), á causa de hallarse cerrados los teatros por la muerte de Carlos III Allí empezó á dar á conocer sus buenas disposiciones para la escena, y tanto, que poco tiempo después (en 1790) fué contratada para la compañía de los Reales sitios, donde tuvo ocasión de escucharla el conde de Floridablanca, y apreciando su mérito, fué incorporada por orden suya, de segunda dama de la compañía de Martínez, que ocupaba á la sazón el teatro del Príncipe. Hallábase

(1) Creemos sea la señalada hoy con el 36 de la nueva numeración, y que es propiedad del Excmo. Sr General Mazarredo.

en ésta de primera la famosa *María del Rosario Fernández (la Tirana)* y de sobresaliente la *Antonia Prado*, y ambas, particularmente la primera, disfrutaban el favor público, en términos que era peligrosa en una joven principianta, la tentativa de venir á compartir con ellas sus laureles. Pero el instinto de sus medios y la seguridad que infunde el verdadero genio, no arredraron á la Rita en esta decisiva ocasión. Al poco tiempo de su entrada en la compañía, representó por primera vez el papel de la sultana en *La Esclava del Negro ponto*, y lo representó con tanto acierto, que produjo en el público un entusiasmo frenético, haciendo que les representaciones de aquella comedia durasen diez y nueve días consecutivos. Tan lisonjero triunfo no podía menos de despertar los celos de *la Tirana*, y aun de hacerla poner en movimiento los resortes de la intriga, para destruir una reputación naciente que amenazaba eclipsar la suya. Á este fin se fingió enferma para precisar á Rita á desempeñar, sin previo estudio, muchos papeles en que ella solía brillar; pero ésta, que ya preveía semejantes tretas de su altanera rival, había estudiado anticipadamente algunas comedias, y entre otras la titulada *Celos no ofenden al sol;* de suerte que llegado el momento crítico de suplir á la primera dama, pudo poner en escena esta comedia, con tan buen éxito, que el entusiasmo del público rayó en un delirio hasta entonces desconocido. Este nuevo triunfo hizo conocer á *la Tirana*, que no era prudente ceder el campo á tan poderoso enemigo, y que era llegado el caso de desplegar todas sus fuerzas para combatir dignamente con él. Con este objeto salió, de nuevo, á las tablas con la comedia titulada *La mujer vengativa*, circunstancia muy digna de notarse; pero ya era tarde: el entusiasmo producido por la Rita, había excitado de una manera nueva la fibra de los oyentes, y éstos hallaron que su antiguo ídolo no podía de modo alguno sostener la comparación; así que desairó, de un modo harto notable, á la misma actriz que pocos meses antes aplaudía con frenesí.

Rita, segura ya de los triunfos en aquella escena, pasó al año siguiente al teatro de la Cruz, donde brillaba á la

sazón *Juana García*; pero ésta, más prudente que la Tirana, no quiso empeñar el combate y solicitó desde luego su retiro. Entonces, ya de primera dama la Rita, dió principio con la representación *El desdén con el desdén*, á aquella serie no interrumpida de triunfos que ilustraron su carrera escénica, durante más de diez y seis años; hasta que en 1806, en lo más vigoroso de su edad y de su talento y sin causas notoriamente conocidas, puso fin á su gloriosa carrera, retirándose de las tablas, á pesar de las observaciones de personas respetables, de los ruegos de sus amigos, de las amplias y generosas ofertas del Ayuntamiento y del profundo sentimiento del público en general. Desde entonces se ha hablado mucho acerca de los motivos que tuvo esta célebre actriz, para separarse tan bruscamente de la escena: hay quien lo atribuye á ciertas contestaciones que tuvo con el corregidor Marquina; otros, acaso con más fundamento, buscan la causa en un fondo de profunda melancolía que la dominaba á causa de un malogrado amor, y esto es más natural, atendida la exquisita sensibilidad y el fuego de aquella imaginación superior.

Obtenida que fué su jubilación, permaneció en Madrid, como cosa de dos años. Entonces fué cuando instándola el actor *Manuel García-Parra*, á presentarse de nuevo en la escena le contestaba: «Ya no debemos, amigo mío, exponer »nuestra reputación á la incertidumbre de una nueva ten»tativa. ¿Quién sabe cómo nos recibirá hoy el mismo pú»blico que antes nos aplaudía con tanto entusiasmo?» Y no volvió, en efecto, á presentarse en la escena.

En el año de 808, á consecuencia de la entrada de los franceses, pasó á Málaga, y de allí á Carratraca, á Toledo y otros puntos, buscando en todas partes, alivio á los males físicos, que empezaba á sentir, hasta que hacia el año de 1821 fijó definitivamente su residencia en el Real sitio del Pardo, entregada á continuas prácticas religiosas y condenada á un voluntario retiro y oscuridad. Así transcurrieron los diez últimos años de aquella brillante existencia, hasta que á principios de 1832 vino momentáneamente á Madrid á consultar á los médicos y á visitar á su

hermana Josefa; pero desgraciadamente fué atacada de una aguda pulmonía, que dió fin á sus días á las cuatro de la tarde del 6 de Marzo, del mismo año, cuando contaba sesenta y dos de edad. Al siguiente día fué sepultada en el cementerio de la Puerta de Toledo, ocupando el nicho número 376.

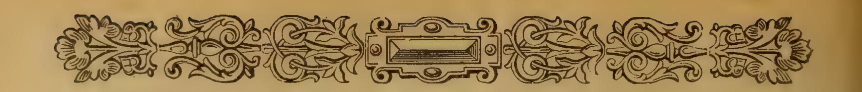
La vida de esta actriz singular, podría dar margen á las más profundas reflexiones; pero nuestros lectores podrán dispensárnoslas, deduciéndolas espontáneamente por sí mismos; para lo cual vamos á presentarles algunos rasgos característicos de aquella mujer célebre, que hemos escuchado de boca de sus parientes y amigos especiales. El trato de la *Rita*, era sumamente fino y obsequioso con toda clase de personas; su alma generosa y compasiva, no podía ver con indiferencia las desgracias ajenas, y luego que las conocía, se apresuraba á aliviarlas en cuanto estaba en su mano, llegando hasta el extremo de despojarse alguna vez de sus propias ropas para darlas por acto de caridad. Constantemente encerrada en su cuarto y entregada al estudio, tan sólo se presentaba á su familia á las horas de comer; y lo más singular es que no permitía que durante ellas se hablase de cosa alguna relativa á su profesión, siendo un enigma indescifrable el que una mujer que parecía formada, expresamente, por la naturaleza para reinar en el templo de Talía, hubiese cobrado una aversión tan extraña y sostenida hacia el teatro. Nunca quiso contraer matrimonio con ninguno de los varios actores que la solicitaron, y solía decir, que en caso de realizarlo, sólo sería con una persona que la pudiera mantener fuera de la escena. Pero sus deseos no llegaron á realizarse; y destinada á tener que ahogar sus nobles esperanzas y á dominar en silencio una pasión malograda, dió lugar á la melancolía invencible que la arrastró al retiro y al sepulcro.

Considerada Rita, como actriz, no es menos sorprendente verla descollar en la escena por la sencillez y la naturalidad de la expresión, en tiempos que dominaba el mal gusto y la exageración extravagante. Para ello, no sólo tuvo que cambiar absolutamente la inclinación del públi-

co, sino que hubo de empezar por crearse á sí propia, apartándose de los modelos que delante tenía y sin otros auxilios que una alma elevada, una imaginación volcánica y un corazón lleno de la más exquisita sensibilidad Con estas dotes naturales y con su constante estudio y observación, pudo llegar á hacerse dueña del auditorio, en términos que, si hemos de creer á sus contemporáneos aún existentes, jamás ninguna actriz ha podido igualar después. Las lágrimas de Rita, al decir de aquéllos, eran lágrimas de fuego que hacían saltar involuntariamente las de cuantos la escuchaban; el acento del dolor, no era en su boca una ficción: era la expresión del alma agitada por el sentimiento; sus hermosos y negros ojos, daban á su fisonomía una expresión irresistible; su aventajada estatura, su gracioso talle, sus finos modales, la nobleza de su persona, la hacían aparecer en escena, según la expresión de un célebre literato, *como una princesa rodeada de comediantes.* Todos los géneros le eran fáciles; para todos había recibido de la naturaleza dotes especiales; y aunque no se ensayó en la tragedia clásica, porque entonces era poco conocida y todavía no la había puesto en moda el genio inmortal de *Isidoro Máyquez*, es indudable que brillando tanto en los dramas de sentimiento que á ella se acercan mucho, hubiera compartido los laureles de Melpómene, si una prevención ó pique inexplicable, no hubiera separado desde luego á ambos celebérrimos artistas. Tampoco corrió muy bien la Rita, con el autor más insigne de la época, el gran Moratín, tal vez porque éste no halló á su gusto la representación del papel de Doña Isabel en *El viejo y la niña.* Pero estas pequeñas debilidades, comunes á todos los seres humanos, no influyen para que deje de ser considerada *Rita Luna*, como una de las más grandes celebridades de la España moderna.

R. de M. R.

Semanario Pintoresco Español.—23 de Marzo de 1851.



NECROLOGIA

D. MANUEL MARÍA DE GOYRI,

Fundador de la Sociedad de Seguros de casas en Madrid.

El día 8 del próximo pasado falleció en esta corte, una de las personas más recomendables á la estimación y buena memoria de su vecindario, uno de esos honrados, laboriosos y útiles ciudadanos cuya influencia pacífica y bienhechora, alcanza á todas las clases, auxilía todas las necesidades y prescinde para ello de todos los partidos. El mérito de esta clase de hombres, entre nosotros, es tanto más superior, cuanto que no va acompañado, por lo regular, del único galardón que pudiera lisonjearle, cual es el aplauso de la sociedad y la gratitud de los mismos favorecidos. La prensa misma, *órgano de la opinión*, deja pasar inadvertida la existencia ó la desaparición de una modesta vida consagrada al bien común, en tanto que no encuentra términos para enaltecer y aun deificar, en vida y en muerte, á los turbulentos representantes de los partidos políticos, al presuntuoso vate que produjo un drama ó al arrogante cantor que nos distrajo una hora en la escena. Así es el mundo, así es la sociedad *civilizada*. En ella la consideración, el aplauso y hasta la recompensa material, están en razón inversa de la utilidad positiva; el mérito

modesto, cede el paso á la insolente procacidad; el inventor de una máquina útil, desaparece ante el brillo de un hábil discursista; el celoso administrador, el benéfico y laborioso ciudadano, pasan de incógnito eclipsados por los resplandores del poeta popular, del pintor afamado, del glorioso cantor.

D. Manuel María de Goyri (cuya muerte inadvertida nos ha traído á la imaginación aquellas amargas reflexiones) pertenecía á esa corta falange de seres realmente útiles, de existencias verdaderamente productivas. Su biografía carecerá, acaso, de interés para el público por demasiado clásica y prosaica. No figuró activamente en el drama político, no hizo versos ni comedias, no fué periodista ni actor. Por consecuencia, ¿qué pudiera interesar en él? Nada, en verdad, al decir, al menos, de los supradichos *órganos* de la pública opinión.

Una parte, sin embargo, de ésta, aunque sumamente diminuta, tímida y vergonzante, reserva sus simpatías, dedica sus silenciosos elogios á aquellas existencias nobles de que íbamos hablando, y á esta invisible, impalpable y muda fracción de la sociedad, habremos de acudir para recoger algunos rasgos de la vida del sujeto que hoy nos ocupa, para condolernos de consuno en su muerte y para derramar algunas modestas flores sobre su tumba.

El vecindario de Madrid, ya que no por agradecimiento, por egoísmo, al menos, debiera recordar y tener en cuenta la memoria del buen conciudadano, que, inspirado providencialmente más que por su gran talento, por una sobra de voluntad, supo plantear con éxito admirable una asociación, verdadero modelo de buen sentido, de sencillez y de orden, que asegurando á las propiedades contra los riesgos de los incendios, centuplicó su valor y consolidó su garantía y dió lugar á que sumas fabulosas se hayan dedicado después á regenerar y embellecer el caserío de nuestra capital. Á él, pues, deben su sueño tranquilo, el opulento y el modesto propietario; á él el vecindario, en general, la mayor suma de comodidades, de ostentación y de brillo.

El Sr. Goyri, que pertenecía bajo ambos conceptos de vecino y propietario á la población de Madrid (aunque nacido en 1781, en el lugar de Bárcenas, del Valle de Mena), se hallaba en 1821, en muy buena posición social por sus bienes de fortuna, por su empleo en el Tribunal Mayor de Cuentas y por su notoria honradez y patriotismo. Esta reunión de circunstancias, causa de sus numerosas relaciones con todas las clases, su observación y buen juicio especial, despertaron en su imaginación una idea dominante y se apoderó de ella bajo un punto de vista tan sencillo y natural, que no se sabe qué admirar más, si lo grandioso del pensamiento ó lo nuevo de la forma; una de estas ideas primitivas que parten, naturalmente, más del corazón que de la cabeza, que por su misma claridad y sencillez hieren instantáneamente todas las imaginaciones, se apoderan de todos los ánimos, y haciéndolos familiarizarse con ella, llegan á poner en duda hasta el nombre de su inventor.

El Sr. Goyri, como todos los propietarios antiguos de Madrid, había sido testigo de los infructuosos resultados que produjeran la multitud de proyectos que, de muy atrás, se venían proclamando para formar en Madrid la primera Sociedad española de seguros mutuos contra incendios, y recientemente, por aquella época (1820), había leído y meditado, dos flamantes reglamentos formados por los señores D. Francisco Dufoó y D. Agustín Mehelin (ambos franceses), para fundar otras tantas asociaciones de seguros, por el estilo de las que *aseguran* á los fundadores contra los riesgos de la miseria allá en las márgenes del Sena, y semejantes también á otras muchas que después hemos visto desplegarse en las del Manzanares. Había visto Goyri, volvemos á repetir, con el sano criterio y el buen instinto de la fría razón, el ostentoso aparato, la compleja combinación de aquellas máquinas de salvamento, propuestas por ambos transpirenaicos, la magnífica explanación de utilidades y dividendos, el suntuoso alarde de directores, administradores, secretarios y otros oficiales retribuídos con sendos emolumentos; las pensiones y viudedades; los fondos en caja y el ruido de oficinas y boato de adminis-

tración. «¿Y qué bienes nos viene con esta gracia?» dijo entonces Goyri, y dijeron con él varios de sus amigos propietarios de Madrid. «Pues para asociarnos, para dirigirnos y para indemnizarnos de nuestros daños respectivos ¿necesitamos, acaso, de embolistas extranjeros, de grandes combinaciones, ni mecánicos aparatos?» Dado á pensar y discurrir en esta sencilla idea, comunicóla en sus bases primitivas á sus amigos los propietarios D. Mariano Monasterio y D. Timoteo Rodríguez Carrillo, quienes adoptándola ardientemente y resueltos á vencer la indiferencia, la oposición y los obstáculos materiales que salieran á contradecirla, se consagraron de consuno á ponerla en práctica, con una diligencia y abnegación singulares.

El día 27 de Octubre de 1822, pudo, al fin, el Sr. Goyri, explanar su pensamiento y proponer las sencillas bases de su proyecto, á una reunión de propietarios que, por fortuna, supo acogerle con el entusiasmo y favor que merecía. Reducíase, pues, á formar entre todos los dueños de casas de Madrid, que quisieran pertener á ella, una Sociedad de mutua garantía, en que cada socio fuese á un tiempo asegurador y asegurado, obligando é hipotecando sus fincas á los daños causados por incendios, é indemnizarse recíprocamente á prorrata del capital asegurado. Proponíase, también, que, á fin de evitar abusos, no se hiciesen más desembolsos que uno al principio de cada año, y únicamente hasta en la cantidad necesaria para cubrir las indemnizaciones de los daños causados, no existiendo nunca en arcas más suma que la indispensable para los gastos corrientes, ni más empleados que un tenedor de libros, dos arquitectos para las tasaciones, un portero y una bomba. Y, por último, era condición de la Sociedad, según el proyecto de Goyri, el que todos los cargos de directores, contador, tesorero, secretarios y archivero fuesen gratuitos y desempeñados por los mismos socios, elegidos anualmente en Junta general, de los primeros quince días del año, en la misma que se daría cuenta del estado de la Sociedad, de las indemnizaciones acordadas y del repartimiento á que tocaban para el año entrante.

Tan sencillo plan, tan benéfica idea, no pudieron menos de cautivar la atención y obtener el asenso de todos los concurrentes á la primera Junta, y resueltos á llevar á cabo el pensamiento, nombraron una comisión de los mismos, para proponer un reglamento, igualmente sencillo, que le hiciese practicable. Presentado, discutido y aprobado éste en la segunda Junta de 10 de Noviembre siguiente, se celebró la general de instalación el 30 del mismo Noviembre, y en ella fueron nombrados directores el fundador D. Manuel María de Goyri y D. Francisco Izquierdo. Hízose pública la existencia de la Sociedad, poniendo en conocimiento del vecindario que las suscripciones ó adhesiones hechas hasta aquella fecha subían ya á la importante suma de 69.501.128 reales, y continuando éstas en una progresión admirable en los años sucesivos ha llegado á un término que, hoy 12 de Enero de 1851, cuenta la Sociedad (según los estados que se presentarán en este mismo día á la Junta general) con 4.547 socios y 6.361 edificios incritos (que es casi el total de los que comprende el casco de la población), por el asombroso capital de 1.214.824.326 reales, cuya respetable garantía con dificultad ofrecerá ninguna otra compañía ó empresa conocida en Europa, con objeto semejante. Y con este admirable sistema y con tal pureza y orden en su administración, que á pesar de los frecuentes incendios (algunos de gran consideración) ocurridos en los veintiocho años que lleva de existencia la Sociedad, no se han hecho más que 16 repartimientos ó pagos, el mayor de 3/4 de real por millar asegurado, y el total de ellos ha ascendido en todo aquel tiempo á 5 1/4 de real por 1.000, con cuyo cortísimo sacrificio y el de 1/4 al ingreso de cada socio, se han cubierto todas las indemnizaciones, además de los gastos de honorarios, arquitectos y demás.

Goyri, pues, que por acuerdo de la Junta general de 13 de Enero de 1833, recibió de los propietarios de Madrid, un público testimonio de gratitud, habiendo dispuesto que se hiciera su retrato por el Sr. Tejeo, para colocarle en la dirección, ha podido llevar al sepulcro la satisfacción de

haber planteado la Sociedad modelo de su género, admirable por sus sencillas bases, por su ordenado mecanismo, por su altísima importancia y su generosa filantropía. Y tanto es así, que el que esto escribe tuvo el honor de remitir, á petición suya, al Embajador de Inglaterra Sir Jorge Williers (hoy Lord Clarendon) un ejemplar de los estatutos de esta Sociedad y otro de los de la Caja de Ahorros, no menos sencilla, noble y generosa institución local.

También en ésta, inaugurada en 1839, tocó una buena parte al modesto y bondadoso Goyri. Reunido con los señores Marqués de Pontejos, Acebal, Arratia, Guillermo Moreno y Mesonero Romanos, formaron por nombramiento de S. M. la Junta fundadora directiva y gratuita, de dicha Caja de Ahorros, cuyo brillanle resultado es notorio á todo el vecindario, y en los graves y delicados trabajos de su instalación tomó parte Goyri, con el celo que le era característico, si bien sus años y achaques le obligaron á dimitir posteriormente aquel cargo.

Por último, y además de estos honrosos y gratuitos trabajos, y por consecuencia de su buena opinión entre sus convecinos, fué elegido y desempeñó sucesivamente en 1833 y 34 los cargos de Alcalde constitucional y diputado provincial, y en todos ellos, así como en su empleo de contador de examen, de primera clase, del Tribunal Mayor de Cuentas, dió pruebas constantes de su inteligencia, su celo y probidad nada comunes.

Si la indiferencia de sus conciudadanos, agitados por otras ambiciones y entusiamos, ha presenciado inadvertida la desaparación de uno de los más útiles y benéficos, nosotros, que nos proponemos consignar en *La Ilustración* todos los acontecimientos prósperos ó adversos de la época, no podemos menos de dedicar una página á la buena memoria del fundador de la Sociedad de Seguros, D. Manuel María de Goyri.

R. de M. R.

La Ilustración, periódico universal.—11 de Enero de 1851.



UN VIAJE Á PASTRANA

EN RECUERDO DE MORATÍN

Á principios del siglo pasado vivía en Madrid (donde había nacido, aunque oriundo de familia asturiana) D. Diego Fernández de Moratín, y se hallaba unido á la real servidumbre, desempeñando el cargo de jefe de guardajoyas de la Reina D.ª Isabel Farnesio, segunda esposa de Felipe V. Esta augusta señora le distinguía tanto, por su probidad y ameno trato, que le llevó consigo á San Ildefonso, cuando se retiró á aquel real sitio á la muerte del Rey, permaneciendo en él los doce años que duró el reinado de Fernando el Sexto, hasta que, muerto éste en 1759, recayó la corona de España, en el gran Carlos III, y su augusta madre regresó á Madrid como gobernadora del reino hasta la llegada de aquél, trayendo consigo su reducida servidumbre, y en ella al guardajoyas Moratín.

Ignoramos la causa que á este, madrileño y palaciego, hubo de conducirle á Pastrana, humilde y retirada villa situada en lo más áspero de la Alcarria, á buscar su compañera en la no menos humilde clase de pobres labradores, aunque de honrada fama y nobles prendas de virtud y religiosidad. Llamábase esta señora Inés González Cordón, y aunque no podemos precisar, por ahora, la fecha en que esto acontecía, juzgamos que pudo ser hacia 1735,

cuando se verificó este matrimonio, que tan ópimos frutos había de dar en su primera y segunda generación á las letras españolas.

Efectivamente, entre los varios hijos con que al cielo plugo dotarlos, sobresalía por su agudo ingenio y travesura desde sus primeros años, uno de ellos, Nicolás, nacido en Madrid en 1737; en vista de sus buenas disposiciones, su tierno padre quiso dedicarle á seguir la carrera literaria, como lo hizo efectivamente en Calatayud y Valladolid, con tan feliz éxito, que la concluyó ventajosamente, antes de cumplir la edad requerida para recibirse de abogado.

Reinaba por entonces Fernando VI y seguía la Reina madre retirada en San Ildefonso; acompañábala en él, como queda dicho, D. Diego Fernández de Moratín, el cual, terminada la carrera universitaria de su hijo don Nicolás, le hizo venir á su lado, le presentó á la Reina y obtuvo para él el nombramiento de ayuda de guardajoyas, especie de teniente del empleo que el mismo don Diego, desempeñaba. Pero no paró aquí sólo, la relación del joven D. Nicolás, con S. M., sino que, prendada ésta de su agudo y peregrino ingenio, de su desenfado juvenil, de su claro talento é instrucción, le llamaba frecuentemente á su lado para entretener los largos ocios de aquel triste retiro, escuchándole sus composiciones poéticas, la festiva narración de sus aventuras escolares, el recuerdo sarcástico y animado de sus camaradas, de sus profesores y de los actos, ridículamente fastuosos, de nuestras antiguas universidades. Por entonces fué, también, cuando el joven D. Nicolás contrajo matrimonio, muy á gusto de sus padres, con Dª Isidora Calvo Conde, natural de Aldeaseca, cerca de Arévalo, y poco después, cuando la Reina regresó á Madrid, vino en su comitiva, al lado de su padre, el joven D. Nicolás.

Volvía, pues, á su pueblo natal, que apenas conocía, y donde no era conocido tampoco; pero muy pronto lo fué, no sólo entre las personas más eminentes por su posición social, como los Condes de Aranda y de Campomanes, los embajadores de Francia y Venecia, los Infantes D. Luis y

D. Gabriel y hasta el mismo Rey Carlos III, que le profesaba el mismo afecto que su augusta madre. Sin embargo, no salió, no pretendió salir, de su modesta condición, profesando la abogacía y entregándose los ratos que le permitía ésta, al cultivo de las musas, que tan privilegiadamente le favorecían, al trato y comunicación con sus íntimos amigos los célebres literatos Montiano, Luzán, Clavijo, Cadahalso, Ayala, Iriarte, Forner, Conti, Bernascone, Bordoni, Signorelli y otros muchos españoles y extranjeros, con quien formó una tertulia académica, en la plaza del Angel, fonda de San Sebastián. De esta feliz asociación y de los trabajos especiales de cada uno de sus miembros, renació, puede decirse, el buen gusto que había desaparecido de las letras españolas; y Moratín peleó en su defensa en primera línea, ya oponiéndose á los premios académicos que mereció, aunque no los obtuvo, ya escribiendo comedias ó tragedias arregladas, si bien careciendo de otras condiciones necesarias para regenerar el abatido teatro nacional y cautivar el entusiasmo de un público estragado, ya en sus varias composiciones líricas, las primeras en que tornaba á lucir el habla castellana en todo su esplendor, ya en certámenes poéticos, en publicaciones periódicas, en todas las ocasiones, en fin, que su incalculable musa, su grande laboriosidad y su fecunda imaginación le permitían. Fué, pues, uno de los más aventajados, si no el primero, de aquellos esforzados adalides que, en el último tercio del siglo pasado, emprendieron con fortuna el patriótico empeño de regenerar nuestra abatida literatura, impulsando el renacimiento del buen gusto, devolviendo su ofuscado esplendor á nuestro hermoso idioma y anatematizando con el ejemplo y la doctrina el craso error y la supina ignorancia que extendía sus fatídicas alas sobre todas las producciones del ingenio, y que se reflejaba en los libros, en las aulas, en el púlpito, en el foro y en el teatro. Verdad que esta última empresa estaba reservada á otro ingenio superior; pero este ingenio inmortal, llevaba también su sangre y su apellido; era también obra suya; era... su hijo Leandro.

En medio de sus enojosas tareas profesionales y de sus gratos y halagüeños estudios y trabajos literarios, lanzado además en el torbellino de la sociedad cortesana, festejado y aplaudido, aunque no premiado, por los grandes personajes, por los esclarecidos ingenios de la corte de Carlos III, oído con placer y entusiasmo en los dorados salones, en los tribunales, en las aulas, en las academias y en el modesto recinto del hogar doméstico, el bueno, el probo, el elegante poeta árcade Flumisbo Thermodonciaco, suspiraba, á pesar de todo, por el apartamiento y tranquilidad de la vida del campo; robábase, así que podía disponer de algunos momentos, al bullicio y á la agitación cortesana; y volviendo los ojos á la modesta villa natal de su madre, se entregaba con toda la efusión de su alma á los puros placeres de la vida campesina, á las orillas del humilde Arlas, que retrata y embellece, en muchas de sus poéticas composiciones.

«Retirábase (dice su hijo D. Leandro en la elegante biografía que precede á la edición que hizo de sus poesías) durante el verano á un pueblo de la Alcarria (Pastrana), y allí atendía al cuidado de su salud, que sucesivamente iba debilitándose. Asistía á los afanes rústicos de aquella gente laboriosa, abatida y mísera; alternaba en sus conversaciones, se divertía en sus rudas fiestas, y hallando en su trato los mismos afectos, los mismos vicios que en las sociedades corrompidas (donde sólo es diferente el objeto que los estimula), huía muchas veces de los hombres para entregarse á la contemplación de la siempre hermosa naturaleza. La fecunda vega de Almonacid, las cumbres de Altomira, el castillo de Zorita, famoso en la historia (ya derruído por las guerras y el tiempo), los precipicios de donde se derrumba espumoso el Tajo; y el desierto hórrido de Bolarque (morada que usurpan á las fieras hombres desengañados y penitentes), todo acaloraba su fantasía y ejercitaba su talento. Allí encontraba la independencia, la tranquilidad que anheló siempre su corazón, y en alguno de aquellos pueblos premeditaba establecerse en adelante y prevenir la vejez y la muerte; pero no le fué

posible verificarlo; sus obligaciones le precisaban á vivir en Madrid, en donde, agravándose los achaques de que adolecía, falleció el día 11 de Mayo de 1780, á los cuarenta y dos años de su edad (1).»

II

Parece que la Divina Providencia quiso prolongar y completar, digámoslo así, la existencia y misión en esta vida de D. Nicolás de Moratín, en la persona de su hijo D. Leandro. Dotóle, para ello, de las mismas cualidades del alma, de su probidad, de su horror al vicio, de su clarísimo ingenio, de su innata afición al estudio, de su laboriosidad y gusto privilegiado. Amamantado en tan noble escuela, acostumbrado desde sus primeros años á aquella atmósfera de entusiasmo, de ciencia, de gloria y de poesía que rodeaba á su buen padre, el joven D. Leandro, que había nacido en Madrid á 10 de Marzo de 1760 (2), señaló luego la senda propia que había de conducirle al templo de la gloria; y desde el modesto taller de joyería de su tío materno, en la calle de las Veneras, en que su padre (desengañado, sin duda, de lo poco productivo de los laureles literarios) quiso colocarle, se lanzó á conquistar, aunque ocultando su nombre, los premios académicos; llamó la atención y se atrajo la amistad de los hombres más eminentes en literatura, y asombró á su mismo padre con tan precoces y señalados triunfos. Muerto éste, empero, cuando contaba Leandro veinte años de edad, sólo á sí propio, á su admirable talento y á su inmenso saber, debió la posición que conquistó rápidamente desde el humilde taller del artesano, hasta ser escogido por el Conde de Cabarrús para secretario suyo en la misión diplomática que le llevó á París en 1787; más tarde, mereció la protec-

(1) Murió en la casa calle de la Puebla (hoy de Fomento) número 30 antiguo.

(2) Nació en la calle de San Juan, en el cuarto principal que hace esquina y vuelve á la de Santa María, frente á la fuente.

ción del Conde de Florida-Blanca, y, por último, la del omnipotente y valido Príncipe de la Paz, que le premió dignamente y le facilitó los medios de completar sus profundos estudios y utilísimos viajes desde 1792 á 1796, confiriéndole á su regreso el honroso empleo de secretario del Rey y de la interpretación de lenguas.

En los años que mediaron hasta la caída del privado, 1808, Moratín, además de ser el primer literato de al época, el poeta favorito de la corte y el embeleso del pueblo, el regenerador de la escena nacional, el oráculo del buen gusto, era también (aunque sin pretenderlo) un personaje eminente, por la protección y más bien la simpatía y la amistad, que le dispensaba aquel poderoso magnate, ante quien doblaban las rodillas las eminencias sociales, que regía materialmente el cetro de ambos mundos y que ofuscaba con su esplendor la majestad misma del trono: *Inarco Celenio* (como así se titulaba entre los árcades de Roma), dotado de un temple de alma superior, de una conciencia y probidad sin límites, agradecía y correspondía á aquella amistad, á aquellos favores, sin protituirse jamás, sin envilecer su pluma ni su modesto carácter, y hasta negándose, en muchas ocasiones, á todo lo que pudiera tener viso de alguna bajeza. El rey del Parnaso, trataba de potencia á potencia con el rey de la política, no era su adulador ni su cortesano; era su hechura, era su amigo, y nada más.

Los compromisos, sin embargo, que esta elevada posición le acarreaba, su genial retraimiento de la vida pública, sus modestas aspiraciones en ella y el deseo de huir el bullicio cortesano (cualidades que, como queda dicho, había heredado de su buen padre), lo hacían apartar frecuentemente sus lastimados ojos del repugnante aspecto de aquella corte corrompida, y tornábalos entonces, como por instinto, á aquel modesto albergue de la sencilla y patriarcal Alcarria, á la escondida Pastrana, patria de su abuela, donde varias veces había asistido al lado paternal, en su edad primera.

Ya desde 1790, en que obtuvo su primer y señalado

triunfo escénico en la preciosa comedia de *El viejo y la niña*, le vemos retirarse á Pastrana, donde aún se conservan memorias de su estancia en aquellas fechas (1). Allí continuó ó dió cima á la segunda y magnífica composición dramática, que tituló *La comedia nueva ó el café*, y que vino á ser el *Don Quijote* de la escena, el azote de los malsines que la ofuscaban y envilecían; allí arregló más tarde la de *El Barón*, que había escrito algunos años antes como zarzuela, para representarse con música, en una casa particular; allí corrigió *La mojigata*, que tan sorda persecución había de traerle; allí, en fin, se retiró en 1806 después del último é incomparable triunfo de *El sí de las niñas*, que le colocaba en el primer puesto de nuestro teatro. Allí iban á visitarle sus amigos inseparables D. Juan Antonio Melón, los padres Estala y Navarrete, D. José Antonio Conde y otros muchos que convertían en una poética Arcadia, las agrestes y solitarias riberas del Arlas. Desde ellas están fechadas sus elegantes y poéticas epístolas al insigne Jovellanos, á Florida-Blanca y al mismo Príncipe de la Paz.

Especialmente desde su regreso de sus viajes en 1796, y cuando hubo construído en aquel pueblecito una casa y plantado y cercado una huerta, pasaba en ella todos los veranos, en la grata compañía de sus amigos. Andarín in-

---

(1) De varios versos que compuso hallándose en aquella villa en los días 15 y 16 de Mayo de 1791, y con ocasión de un entierro de huesos que se hizo en la iglesia colegial, escogemos los dos sonetos siguientes:

En tanto que al imperio de la muerte
llega á ceder nuestra existencia vana,
votos ofrece la piedad cristiana,
hoy que sus triunfos, con horror, advierte.
Ansiosa intenta mejorar la suerte
de los que un tiempo la flaqueza humana,
manchó de culpa y purifica y sana
la pena en cárcel dolorosa y fuerte.
Los que hoy existen, breve sepultura
ocuparán después; mas no perdido
quedará. no, su celo religioso;
que entonces hallarán las que han vertido
lágrimas tiernas, y en región más pura
adquirirán también vida y reposo.

Cuando al sonido del clarín llamado
el hombre salga de la tumba fría,
Supremo Juez en el tremendo día
descenderá, de nubes rodeado.
«¡Gloria al justo!», dirá, «¡pena al malvado
que de su ley eterna se desvía!»
¡Pero cual es, oh Dios, el que podría
aparecer sin mancha de pecado!
No hay mérito sin ti; mas si la ofensa
perdonas y el rigor se desvanece
al lloro del mortal arrepentido,
hoy sacrificios en tu templo ofrece,
y se atreve á esperar piedad inmensa,
porque eres tú, Señor, el ofendido.

fatigable y afecto á los puros placeres del campo, recorría á pie todos aquellos contornos, componiendo de memoria (que la tenía en extremo feliz) sus bellas poesías, que luego escribía ó recitaba á sus amigos. De boca de uno de éstos (sin duda el mejor y más constante que tuvo), el venerable anciano, ya difunto, D. Juan Antonio Melón, hemos oído animadas descripciones de aquellos gratos episodios de la vida de Moratín. En 1806 fué, según él, la última vez que veranearon en aquella apacible soledad. Dos años después se cumplía la ruina del favorito y de sus hechuras y apasionados, la abdicación del monarca, la invasión francesa y el glorioso alzamiento de la nación en defensa de su independencia. ¡Quién había de decir al modesto vate, al honrado y patriota escritor más genuino de la moderna sociedad española, que aquellos sucesos habían de lanzarle en una causa que no era la suya, habían de conducirle á la persecución más injusta, al extrañamiento de su patria, á la miseria y abandono de sus injustos contemporáneos, hasta reclinar su venerable cabeza y dejar sus inanimados restos en las apartadas márgenes del Sena! (1).

---

(1) Falleció en París en 21 de Junio de 1828, y su cadáver fué depositado en el cementerio del Este, llamado del Padre Lachaisse, bajo un sencillo monumento fúnebre, contiguo á los que guardan las cenizas de Lafontaine, el gran fabulista, y de Molière, el eminente autor dramático. Aludiendo á este último, se leían en el frente y los costados del consagrado á Moratín las inscripciones siguientes:

Aquí yace
D. Leandro Fernández de Moratín,
Insigne poeta cómico y lírico,
Delicias del Teatro Español,
De inocentes costumbres y de amenísimo ingenio.
Murió en 21 de Junio de 1828.

Hic jacet Hesperiæ decus inmortale Talía
Omnibusque carum patriæ lugebit cives
Nec procul hic jacet cujus vestigia secutus
Magnus scenæ parens proximus et tumulo.

Allí han reposado sus estimables restos hasta que, en virtud de Real orden dictada en 1853, fueron trasladados á Madrid en 12 de Octubre, de dicho año y conducidos con gran pompa y asistencia del supremo Gobierno, autoridades locales y corporaciones literarias á

III

Medio siglo justo hab a transcurrido desde que la modesta mansión de Pastrana, había recibido la última visita del ilustre Inarco Celenio, y corría agitadamente el año 1856, cuando en la *Gaceta* del 21 de Junio de dicho año se leía el anuncio siguiente:

«Bienes nacionales.—Provincia de Guadalajara.—Se subasta una huerta en la villa de Pastrana, sita en la plazuela de Moratín, de cuatro fanegas, con más un olivar de fanega y media, con noventa y seis olivos de buena clase; la huerta contiene tres higueras, tres granados, dos guindos, cuatro ciruelos, tres emparrados, dos albaricoqueros, una membrillera, dos plátanos, tres acacias, un ciprés y una lila. Contiene además dos estanques con su gran depósito de aguas para su riego, hallándose toda ésta cercada de tapias de cal y canto, de tres varas de altura y dos pies de grueso, con la puerta de entrada y salida en el camino de Moratilla. Ha sido tasada en 11.387 reales, y capitalizada, por la renta de 400 reales que produce, en 7.200 »

El que traza estas líneas, modesto cultivador de las letras españolas y entusiasta admirador de nuestros buenos ingenios, especialmente del gran pintor filósofo de nuestras costumbres en principios de este siglo, que aunque no llegó á conocer á éste, todavía había alcanzado á oir de boca de alguno de sus más íntimos amigos, infinidad de anécdotas de la vida íntima del gran poeta, y especialmente de sus excursiones á Pastrana y de la animada y poética sociedad que en ella se reunía, sabía que el ilustre proscrito, cuando, fenecido el juicio de purificación á que se le sujetó y privó de bienes, le fueron devueltos éstos en 1816, había vendido la casa que tenía en Madrid,

---

la Real Iglesia de San Isidro, en cuya bóveda fueron depositados hasta que se erija el monumento fúnebre decretado (*).

(*) Recientemente se verificó, como es sabido, dicha traslación y juntamente la de los restos de Goya, Meléndez Valdés y Donoso Cortés, al mausoleo erigido, con este objeto, en el cementerio de San Isidro.

y en que habitaba (1), y que la hacienda de Pastrana, (que anteriormente y durante la dominación francesa había cedido á su prima Anita, para ayudar á su dote cuando se casó con el sabio orientalista D. José Antonio Conde), muerta ésta á poco tiempo y recobrada dicha hacienda por Moratín, la cedió plenamente, en 1826, á la Inclusa de Madrid; sabía también que este establecimiento piadoso, la había rifado en 1831, porque conservaba aún billetes que tomó para dicha rifa; pero siendo pocos los que se despacharon, volvió á quedar á la misma Inclusa, que desde entonces venía disfrutándola, hasta que, por la ley de desamortización, se sacaba ahora á la venta pública.

No necesitaba, á su entender, saber más, y suponiendo que, aunque sólo se hablaba en el anuncio de la huerta, acaso no se haría mención de la casa, porque tal vez habría desaparecido en ruinas con el transcurso del tiempo, llegado el día de la subasta, y llevado únicamente del entusiasmo, no titubeó en rematar por tres tantos más que su valor una finca improductiva é inútil, aunque ennoblecida con tan gratos recuerdos. Pero sus ilusiones de haber adquirido siquiera no fuese más que las ruinas de la morada de Moratín, no duraron mucho, pues á pocos días supo que la casa existía en pie y que, por un acuerdo singular de la Junta de Guadalajara, se había rematado aparte en la cabeza del partido, separándola por ello de la huerta, aunque fuese en la esencia finca indivisible y con entrada común, y hasta llevando el absurdo al extremo de subdividirla en pisos, de separar también de la huerta la casita del hortelano, que iban siempre unidas en arrendamiento, y todo para que, no excediendo cada lote de los 10.000 reales, que previene la ley, no tuviera lugar el simultáneo remate en Madrid (2). Supo, en fin,

(1) Calle de Fuencarral, número 8, hoy 17 nuevo.

(2) Sobre estos procedimientos y la circunstancia de haberse también exagerado en el anuncio, la verdadera cabida y renta de dicha huerta, habiéndose imputado á ésta la de la casita del hortelano, que se vendió aparte, hay pendiente reclamación en la Dirección de Propiedades del Estado.

que dichas casas principal y del hortelano, habían recaído en un caballero militar de graduación, residente fuera de Madrid; pero llegado casualmente á esta corte á pocos días, se lamentaron ambos del conflicto en que se encontraban, con media finca cada uno y ambos precisamente con la que menos les interesaba. Convinieron, sin embargo, en una cosa, y fué en hacer en común una visita á sus referidas mitades, y he aquí la razón por la cual, corriendo la madrugada del día 15 de Octubre, de aquel año, salimos mano á mano, en diligencia para Alcalá de Henares, desde donde, montados en sendas mulas del pa s (únicas prudentes, aunque molestas, cabalgaduras que permiten sus quiebras y aspereza), nos encaminamos á salvar, en nueve ó diez horas de afanoso trote, las ocho mortales leguas que separan la antigua *Complutum* de la no menos antigua *Paterniana*.

Subimos, pues, al rayo del sol de mediodía, la empinada cuesta de Zulema y, atravesando el Henares, empezamos á caminar por aquella quebrada y pintoresca comarca, trepando sus empinadas cuestas, bajando á sus profundos valles, salvando las pedregosas cañadas, contemplando su aprovechado cultivo, su útil, aunque no espléndida, vegetación, en que domina el más triste de los arbustos, el olivo, y la más humilde y aromática de las hierbas, el tomillo, y atravesando aquellos infelices lugarcitos, que parecen nacidos en las laderas de las montañas ó surgir entre las peñas en las hondonadas de los valles. Dejamos á nuestra derecha la antiquísima población de San Torcaz, ó San Torcuato, cuyo castillo, hoy unido á la iglesia, sirvió de prisión al Duque de Híjar y al Marqués de Siete Iglesias. Una legua más allá atravesamos el tristísimo y mísero lugarcito de Pioz, con un pintoresco castillo cuadrado, con hondo foso y puente levadizo, que se descubre á muchas leguas, y otras más allá, emprendimos á pie la bajada de la empinad sima cuesta de Loranca, dejando á las caballerías que se gobernasen por su instinto y mirando no sin cierta complacencia el pintoresco cuadro que ofrece aquel pueblo con sus casas escalonadas en la peña

sobre el río, sus molinos, puentecillos y rústicos techos; en un alto á la derecha se ve un vasto edificio, ruinoso en parte, que fué casa de los jesuítas y se llama Jesús del Monte. Atravesamos después el Tajuña, sobre un puente y, corrida otra legua de subidas y bajadas, llegamos á Hontova, población no menos agreste ó primitiva que Loranca, encima de la cual, y en otro cerro de la izquierda, se halla el santuario de Nuestra Señora de los Llanos, hoy casi destruído, que se dice remontar al siglo XIII y en 1463 se dió á los monjes jerónimos de Tendilla. Todavía nos faltaban dos leguas, es decir, cuatro horas de accidentado camino, habiendo de atravesar lo más áspero y escabroso de la Alcarria, hasta el lugar de Güeva, en las proximidades de Pastrana.

Arribamos, en fin, á ésta, asendereados y maltrechos, ya bien entrada la noche, y á la claridad de la luna atravesamos sus pacíficas y solitarias calles, sin otro recibimiento que el ladrido de los perros, ni más ruido que el que formaban las herraduras de nuestras caballerías, resbalando en los agudos y pelados guijos, y costeando la sombra que proyectaba un formidable edificio (que era nada menos el palacio ó castillo de los antiguos Duques de esta villa), dimos fondo en una de sus casas, precisamente en la misma que ocupó Moratín mientras la construcción de la suya (1).

IV

Pastrana es una villa notable en la antigua Olcadia, que al parecer está designada por Tolomeo en su geografía con estas palabras: *Paterniana civitas in Carpentaniis edi-*

---

(1) Está enfrente de la puerta de la iglesia Colegial y fué conocida antes por la casa de los Jaboneros; hoy la habita el amable y discreto presbítero prebendado de aquella santa iglesia D. Mariano Pérez, el mismo á cuyo favor debemos la mayor parte de las noticias de Pastrana, que apuntamos más adelante, y que podrá ver ampliadas el curioso, en el apreciable libro que ha publicado dicho señor en Madrid, en este mismo año con el título de *Historia de Pastrana*.

ficata est an. 3947; y efectivamente, todo su aspecto revela la más remota antigüedad.—Extiéndese en anfiteatro, en el declive de un elevado cerro; sus calles y edificios escalonados, entre los cuales hay, como diremos, varios de cierta importancia; sus restos de muralla, los huertos y ermitas, las fuentes naturales y los arroyos que le rodean y los peñascos que limitan su horizonte, forman un agradable conjunto, si bien no despojado de aquel matiz de rudeza, pobre y melancólico, que respira, por decirlo así, toda aquella agria y silenciosa comarca. A pesar de esto y de ocupar, como queda dicho, lo más áspero y apartado de ella, la villa de Pastrana, capital del partido que lleva su nombre, por su población, por su industria, por su antigüedad, la importancia de sus edificios, lo aseado de sus calles, la riqueza de sus aguas, la variedad y abundancia relativa de sus frutos, del ameno y fértil valle que la rodea, viene á ser la pequeña corte de la Alcarria, la modesta capital de aquella comarca infeliz; y si un camino carretero la llegase á unir á la de la provincia, ó por lo menos, al que conduce á los baños de Sacedón, situados á dos leguas, no puede dudarse que hallaría en sí, recursos propios para elevarse á su antigua importancia.

Túvola, en efecto, en los siglos pasados, no sólo fabril, industrial y agrícola, sino hasta cierto punto en la historia política y religiosa de España. Perteneciente á la orden militar de Calatrava, por donación que le hizo de ella el Rey D. Alfonso VIII en 1174, juntamente con el castillo de Zorita, mereció un particular afecto á los maestros de dicha orden, que la concedieron notables privilegios. Cuando el Emperador Carlos V, obtuvo bula para desmembrar y vender algunos bienes de las órdenes militares, lo hizo de la villa de Pastrana y otras vecinas en 1541, á favor de D.ª Ana de la Cerda, esposa de D. Diego de Mendoza, Conde de Melito, en la cantidad de 19.406.922 maravedís. Concedióse á los compradores el permiso para construir una casa fuerte, y en su consecuencia, empezaron á edificar el suntuoso palacio-castillo, que aún se conserva en buen estado. Muerta D.ª Ana, recayó la propiedad y se-

ñorío de esta villa, en su hijo mayor D. Gaspar Gastón de la Cerda. Privaba á la sazón en los consejos de Felipe II el famoso Ruy Gómez de Silva, esposo de la no menos célebre D.ª Ana de Mendoza y de la Cerda, hija de los dichos Condes de Melito; y deseoso aquel privado de adquirir la villa de Pastrana, que estaba bajo el señorío de la familia de su esposa y previa real licencia, la compró este palacio y casa fuerte y sus dependencias en precio de 14.466 ducados y 143 maravedís, y posteriormente adquirió también las alcabalas, tercias y patronatos de la misma en 51.000 ducados; con que quedó el dicho Ruy Gómez señor de toda esta villa y lugares, y dueño ya de ella, quiso hacerle cabeza de sus Estados, á que accedió Felipe II, dándole el título de Duque de Pastrana. Sucedióle en el título y Estados, su viuda D.ª Ana de Mendoza y de la Cerda princesa de Eboli y de Melito, ya tan célebre por su hermosura como por el talento, sagacidad y travesura con que supo avasallar á un tiempo el corazón del austero Felipe II y el de su afamado ministro Antonio Pérez; amores y rivalidades que al paso que de su propia desgracia y de la del poderoso ministro, acaecida en 1579, dieron origen, más que la ruidosa muerte del secretario Juan de Escovedo, á la dura persecución suscitada contra Antonio Pérez y á sus terribles consecuencias del levantamiento del reino de Aragón en su defensa.

Dicha señora y su esposo Ruy Gómez de Silva, gran confidente y privado (si es que alguno tuvo) del severo Felipe II, concluyeron y habitaron muchas temporadas, el palacio ó casa fuerte de Pastrana. Es un sólido y elegante edificio de sillería, que aun hoy ofrece una vista majestuosa y seria: hállase flanqueado por dos torreones salientes, y encima del arco de su portada hay dos figuras de medio cuerpo, que representan, sin duda, los Duques fundadores y las armas é inscripción de Mendoza y la Cerda, sobre que destaca un grandísimo y único balcón, siendo ventanas todas las demás del edificio, entre las cuales hay una llamada la reja dorada, en la torre de la derecha; en la parte alta hay troneras y saeteras. Lo interior de este

palacio está muy abandonado, por la desidia de sus dueños sucesivos; pero aún conserva en sus inmensos salones, varios techos artesonados de exquisito valor, gigantescas chimeneas y el oratorio en que Santa Teresa misma, en presencia de los Duques Ruy Gómez y D.ª Ana de Mendoza, instituyó el convento y puso los hábitos, cosidos por ella misma, á los primeros carmelitas descalzos. A la espalda de este palacio, hay muy hermosos jardines y huertos, que se extienden por un cerro, ofreciendo la particularidad de tener que subir á ellos desde la casa por una larga escalera, cubierta también de verdura. Delante del palacio, se despliega también; una hermosa y grande plaza cuadrada, con pórtico y paseo de árboles, asientos y fuentes de piedra y en el centro una cruz de jaspe, desde la cual se descubre lo más risueño y ameno del reducido pero fértil valle de Pastrana y los montes que le circundan.

La antiquísima parroquial de esta villa, convertida en colegiata por los mismos Duques Ruy Gómez y D.ª Ana en 1573, se componía de un crecido número de prebendados; pero suprimida por el Concordato último, ha quedado reducida á su antigua condición de iglesia parroquial. El templo, empero, reedificado, ó más bien reconstruído, con suntuosidad por D. Fr. Pedro González de Mendoza, hijo de los fundadores, los ya citados Duques, y Obispo que fué de Sigüenza, después de haber sido Arzobispo de Granada y Zaragoza, ofrece buena arquitectura en la parte nueva, que es la capilla mayor y el coro, y en sus altares hay excelentes cuadros y efigies, en su sacristía ricos ornamentos bordados y suntuosos candelabros y servicio de altar, de ébano, donados por el mismo fundador, así como también notable número de reliquias y otros objetos dignos de aprecio y veneración. El panteón, que está debajo de dicha capilla mayor y que mandó construir el fundador para él y su familia, ofrece la forma de cruz y en él se ven sepulcros de mármol de bastante buena labor, en que se leen los siguientes epitafios: 1.º *Aquí yace Ruy Gómez de Silva: murió en Madrid, año 1573.*—2.º *Aquí yace D. Diego de*

Mendoza y la Cerda: murió en Madrid, año 1578.—3.° *Aquí yace D.ª Ana de Mendoza y la Cerda: murió en Pastrana, año 1592.* (Esta es la famosa princesa de Éboli, causa de la desgracia de Antonio Pérez.)—4.° *Aquí yace D.ª Catalina de Silva: murió año 1592.*—5.° *Aquí yace Ruy Gómez de Silva, tercer Duque de Pastrana: murió en Madrid, año 1626.* 6.° *Aquí yace la Excma. Sra. D.ª Leonor de Guzmán, Princesa de Melito: murió en Madrid, año 1656.*—Y 7.° *Aquí yace D. Rodrigo de Silva, cuarto Duque de Pastrana: murió en Madrid, año 1675.*—En el mismo panteón se halla sin colocar en nicho y cubierta la mampostería, la caja de plomo en que se conservan los huesos del fundador, el Arzobispo Obispo D. Pedro González de Mendoza, que tanto hizo por esta santa iglesia.

Santa Teresa de Jesús, en el viaje que hizo á esta villa en 1569, llamada por los Duques Ruy Gómez y su esposa, fundó, según queda dicho, el convento de Carmelitas descalzos ó reformados; en él estuvo de maestro de novicios San Juan de la Cruz y de él salieron los fundadores de la Congregación de Italia. Está en las afueras de la villa, y en el día, después de la extinción de las comunidades de hombres, ha sido destinado y se halla ocupado por los misioneros de Asia, y á esto ha debido su salvación de la ruina.

Al mismo tiempo fundó también la Santa Madre, otro convento para monjas Carmelitas, aunque á los cinco años hubo que trasladarlas á Segovia, por causa de los disturbios y disidencias que promovió en él la misma duquesa Princesa de Eboli, la que á la muerte de su esposo Ruy Gómez, llevada de un arrebato momentáneo, propio de su acalorada imaginación, se metió monja; lo que sabido por la Santa, que la conocía bien, exclamó: «¿La Duquesa monja? El convento está perdido». No tardó en verificarse tan exacta profecía, pues que la veleidad, viveza y orgullo de la Princesa, produjeron su inmediato resultado de malquistarse con las religiosas, de salirse éstas del convento y de obligar á la Santa á trasladarlas á Segovia. Poco después entraron á ocuparle las Franciscas Concepciones que aún existen en él.

Dentro de la villa también existe el antiguo convento de San Francisco, trasladado de Valdemorales por la Duquesa de Melito, á fines del siglo XV. En su iglesia y bajo de su capilla mayor, hay también otro panteón fundado por dicha señora, para su familia, que después, por la adquisición de Pastrana por Ruy Gómez de Silva, confundió en una sola á los Silvas y Mendozas. Esta iglesia era propiedad de los Duques; en su convento había colegio de Filosofía y Teología, y en él estuvo de colegial el Emmo. Cardenal Fray Cirilo Alameda, General que llegó á ser de la orden y hoy Arzobispo de la santa Iglesia primada de Toledo.

Otros varios edificios y recuerdos históricos, podría citar aquí, existentes en esta villa; pero viniendo al objeto que me llevaba y á fin de terminar este artículo, que ya se va haciendo demasiaho extenso, me limitaré á la casa y huerta de Moratín.

V

Hállase situado al extremo de dicha villa, fuera de sus antiguos muros, aunque hoy forma parte de la misma, el extenso barrio llamado del Albaycín, fundado á lo que parece, por moriscos vencidos y dispersos de Granada que, llamados por el Príncipe Ruy Gómez de Silva, vinieron en crecido número á esta villa, trayendo á ella sus industrias y sus fortunas, enalteciéndola considerablemente hasta el extremo de contar á principios del siglo XVII hasta dos mil vecinos, con notables fabricaciones y artefactos de sedas y tapicerías (1).

Todo ello hubo de decaer á su expulsión; hoy sólo cuenta quinientos sesenta vecinos, y de todas sus fábricas y telares, no queda una sola, ni más que uno ó dos molinos de papel. Entre sus casas, todas de cal y canto, ruinosas y ennegrecidas por el tiempo, sobresalen, todavía, las de este

(1) En la famosa causa formada contra Antonio Pérez, se le hace cargo de haber mandado fabricar en Pastrana, tres ricos reposteros de terciopelo, para regalar á una señora de elevada jerarquía, que ya se sabe quién podía ser.

barrio, que hoy viene á formar una tercera parte de la población: al final de él y de su mejor calle, en el recuenco que forman unos cerros elevados sobre su izquierda, hay un reducido espacio, decorado, por una de las municipalidades modernas de esta villa, con el nombre de plazuela de Moratín, y en él se eleva la casa mandada construir en los últimos años del siglo pasado por el ilustre poeta.

Es de bastante buena forma y capaz, con pisos bajos, principal y segundo; toda ella de cal y canto y con ventanas antepechadas y guarnecidas de sillería: la escalera y habitaciones, son claras, espaciosas, y el pavimento de una argamasa tan sólida y compacta casi como el asfalto, clase de solado que permite la excelente calidad de la cal y el yeso de aquella tierra. Tiene contigua, á la derecha, una parte de edificio destinada á habitación del hortelano, y por la izquierda, un solar y ruína de la antigua casa que intentaba Moratín incorporar á la nueva. Pero lo primero que choca al contemplar ésta, es seguramente, que no podía escoger situación menos á propósito el ilustre escritor dramático para espaciar su imaginación y para recrear sus sentidos (1). Esta observación, que revela su carácter sombrío, tímido y receloso, se ve también confirmada en

---

(1) Veamos cómo él mismo escribe su retiro en una de sus composiciones dirigidas al Príncipe de la Paz:

> Buscando alivio á mi salud endeble,
> me vine á guarecer en la espereza
> de estos peñascos, del ardor estivo
> que hoy enciende á Madrid. Quietud, silencio,
> paz en el alma, soledad quería,
> frescura y sombras. Encerré con llave
> los doctos libros que el talento ilustran
> y el vigor al estómago destruyen.
> Holgar quise y vivir, y apenas llego
> á las orillas que fecunda el Arlas,
> coronada la sien de humildes juncos,
> inesperada pesadumbre altera
> mis honrados propósitos ¿Á dónde
> sabré ocultarme, si habitando ahora
> rústico albergue, defendido en torno
> de precipicios y fragosas cumbres,
> aquí me induce á traducir mi estrella?

toda la disposición interior de la casa; con fuertes puertas y cerrojos, que (según el testimonio de personas que aún le alcanzaron, y de cuya boca lo hemos oído) cuidaba de cerrar por sí mismo todas las noches antes de cobijarse en la última de dichas habitaciones, en la que además había hecho abrir una puerta de escape á la huerta. Esta es bastante espaciosa, y, seguramente, plantada en sus tiempos, de acacias, plátanos, sicomoros y otros árboles extraños, como dicen aquellas gentes, ofrecía distinto aspecto; pero hoy lo está de modestas coles y lechugas, tristes olivos y algunas parras é higueras, y sólo encaramándose encima del cerro, puede disfrutarse la vista del reducido valle y horizonte de Pastrana. De suerte que ni la elección del pueblo, ni la del sitio, ni la forma de la casa, ni la de la huerta, inspiran la más mínima sensación halagüeña, ni revelan el buen gusto del ilustre cortesano y del viajero instruído, el peregrino ingenio del insigne poeta, del eminente filósofo, pintor de nuestra sociedad. Tal vez aquellas modestas salas, aquella prosaica huerta (que ahora ocupan gentes rústicas y braceros infelices), iluminadas y embellecidas por el genio, aparecían diversamente á la amable sociedad que allí se reunía y formaba la corte del ilustre *Inarco*. Hoy por hoy, desprovistas de aquel talismán precioso, se presentan á nuestros ojos en toda su prosaica desnudez. Vese, sin embargo, por lo que queda referido, que un viaje á Pastrana, no es indiferente á los amantes del estudio y de la gloria patria; porque aquel humilde y apartado pueblecito, encierra todavía testimonios, envuelve recuerdos interesantes y gloriosos de nuestra historia religiosa, política y literaria, que se resumen, por decirlo así, en tres personajes insignes, aunque por bien diversos títulos, á saber: *Santa Teresa de Jesús*, la *Princesa de Éboli* y *D. Leandro Fernández de Moratín.*

(Firmado).

El Museo Universal.—1859.



MONUMENTO MURAL

ERIGIDO POR LA

ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA CASA DE LOPE DE VEGA EN MADRID

Proposición del Sr. D. Ramón Mesonero Romanos.

En la antigua calle de *Francos*, denominada hoy de *Cervantes* y señalada con el núm. 11 antiguo, 15 moderno de la manzana 227, existe aún en pie, y bien conservada, la casa que fué propiedad de *Lope de Vega Carpio* y la misma en que falleció á 27 de Agosto de 1635.

De los títulos originales de dicha casa, que he tenido ocasión de reconocer, resulta lo siguiente:

Por los años 1570, siendo solar, se le adjudicó al señor cura y beneficiados de la iglesia parroquial de Santa Cruz, con cierta carga de misas, y éstos le cedieron para edificar en él, con la de un censo perpetuo á su favor, con laudemio, tanteo, veintena, etc. Por los años 1587, estaba ya edificada la casa y era dueña de ella Inés de Mendoza, viuda de Juan Pérez, vecino de la ciudad de Segovia. Hacia 1590 la poseían el capitán Juan de Villegas Denuncibay y su mujer Mariana de Ayala. Por muerte de ambos, el licenciado Gregorio López Madera, del Consejo de S. M. y alcalde de casa y corte, otorgó escritura de venta judicial, con fecha 10 de Enero de 1608, y ante el escribano Martín Romero, á favor del mercader de lanas y vecino de Madrid, Juan Antonio Leva.

Por otra escritura de venta, fecha 7 de Septiembre de 1610, ante Juan de Obregón, fué adjudicada «*al doctor D. Frey Lope Félix de Vega Carpio, familiar del Santo Oficio de la Inquisición, presbítero de la sagrada orden militar de San Juan de Jerusalén, doctor en teología, capellán mayor de la congregación de Presbíteros naturales de Madrid, promotor fiscal de la reverenda Cámara apostólica y notario escrito en el Archivo Romano, etc., conocido por el Fénix de los Ingenios, que nació en Madrid en 25 de Noviembre de 1562*», el cual la redimió de huésped de aposento de corte, con carga de 4.500 mrs., de tercia parte de cada un año, por privilegio de S. M. D. Felipe III, firmado de su real mano y refrendado de su secretario D. Alonso Núñez de Valdivia y Mendoza, fecha en el Pardo, á 14 de Febrero de 1613.

Lope de Vega, habitó durante muchos años esta casa, la reparó, formó en ella un oratorio, plantó un huerto en su patio, y colocó sobre el dintel de su puerta de calle una piedra en que estaba grabada esta inscripción:

D. O. M.
PARVA PROPIA MAGNA
MAGNA ALIENA PARVA

Ocurrida en ella su muerte, en 27 de Agosto de 1635, salió de la misma, su solemne entierro, que acompañaban todas las personas visibles de la corte, y era tan numeroso, que ya había entrado mucha parte de él, en la iglesia de San Sebastián y aún no había salido el cadáver de la casa, y eso que fué por la calle del Niño, de Cantarranas, (á pasar por debajo de las rejas del Convento de las Trinitarias, para que lo viese su hija Marcela, religiosa en el mismo convento), la del León y la de Atocha, siendo sepultado en la bóveda de San Sebastián, de donde fueron extraídos sus restos y confundidos con los demás, *en principios de este siglo*, según resulta de mis prolijas investigaciones sobre esta vergonzosa profanación.

Por el testamento del dicho Lope (cuyo testimonio con-

servo) y que obra también en los títulos originales de la casa, otorgado en 26 de Agosto de 1635, víspera de su muerte, ante el escribano Francisco de Morales, dejó por heredera única de sus escasos bienes, y por consecuencia, de esta casa, á su hija legítima D.ª Feliciana, esposa de Luis de Usátegui, vecino de Madrid; y por el otorgado por dicha señora, en 5 de Junio de 1657, ante Juan Caballero, y bajo el cual falleció en esta misma casa, la heredó su hijo D. Luis Antonio de Usátegui y Vega Carpio, capitán de infantería española en los estados de Milán, el cual, por escritura de 13 de Julio de 1674, otorgada ante Manuel de Narváez Aldana, la vendió á Mariana Romero, mujer divorciada de Luis Ortiz; la que, siendo religiosa novicia del convento de Trinitarias descalzas, bajo el nombre de hermana Mariana de la Santísima Trinidad, por escritura fecha 21 de Septiembre de 1675, ante Isidro Martínez, la vendió á D. Ambrosio de Onís, Marqués de Olivares, caballero del hábito de Santiago, etc. Esta Mariana Romero es la misma comedianta de que hace mención Pellicer en su obra del *Origen del histrionismo* (parte 2.ª, pág. 113), la cual efectivamente entró de monja descalza; pero antes de profesar, se cansó del monasterio y se fué á vivir á su casa (sin duda ésta misma), donde murió después, aunque no sin haber contraído antes segundo matrimonio con el comediante Manuel Angel, que era ya viudo de cinco mujeres y también sobrevivió á ésta, hasta que, retirado del teatro, murió en 1711, en su casa propia en la calle del Barco.

Después del Marqués de Olivares, pasó la casa por varias sucesiones y ventas á la propiedad de otras personas, que omito para no alargar demasiado esta relación; hasta que en 1825, siendo dueño de ella D. Mariano Durango, fué comprada por D. Francisco María López de Morelle, vecino y del comercio de esta corte, por escritura de venta judicial, otorgada por D. Antonio José Galindo, teniente de corregidor, por ante el escribano D. Antonio Villa; y por muerte de dicho Sr. Morelle, ocurrida en 16 de Marzo de 1832, la heredaron su viuda D.ª Josefa Poya-

tos y sus hijos D. José, D.ª Juana y D. Epifanio López de Morelle, que la poseen y habitan.

La casa, en lo principal, se conserva íntegra, sin otras alteraciones sustanciales que la de haber dicho Sr. Morelle mudado el portal (que en tiempo de Lope estaba donde ahora la primera reja) y pasádolo más al centro de la fachada. Esta tiene 53 pies de extensión, con cuatro balcones, y son los pisos, bajo y principal. La caja de la escalera y la distribución interior de las habitaciones parecen ser las antiguas; el patinillo que hoy tiene, y que ocupa parte del espacio que Lope, tenía dedicado á jardín, está reducido con construcciones posteriores. Este huerto es al que hace referencia Montalbán, en su *Fama póstuma de Lope*, cuando dice que, habiéndole ido á encontrar muy de mañana para preguntarle si había empezado una comedia de que ambos se habían encargado, le respondió *que ya había concluído el primer acto, y aun tenido tiempo para desayunarse con un torrezno y regar aquel huerto.* La casa ocupa en todo 5.537 pies y está revocada modernamente, en cuya operación se hizo desaparecer la piedra con la inscripción mencionada. Da casi frente á la calle traviesa del Niño, hoy de Quevedo.

La circunstancia de vivir y haber muerto en la misma calle de Francos, el insigne *Cervantes* y haberse colocado en 1835, en la casa que éste falleció, la inscripción y monumento que le recuerdan, dió lugar entonces á que se la denominase de *Cervantes*, y que posteriormente se haya dado el nombre de Lope de Vega, sin ninguna propiedad, á la de Cantarranas, equivocación que advertí, en su tiempo, al corregidor Marqués de Pontejos y al Ayuntamiento, pues en mi opinión debía haberse dado el nombre de Lope, á la de Francos, en que tuvo su casa propia y en que murió, y el de Cervantes, á la de Cantarranas, donde yace en el convento de las Trinitarias.

De todos modos, y ya que así no se hizo entonces, no puede negarse que el esclarecido ingenio madrileño, cuya casa se conserva, afortunadamente, en pie, parece que reclama un testimonio análogo al dedicado al insigne Cer-

vantes, en la que sustituyó á la destruída en 1833. Y el que suscribe, que en aquella ocasión, tuvo la gloria de la iniciativa de este respetuoso tributo rendido al inmortal autor del *Quijote* por el Rey D. Fernando VII, y que en 1859 ha promovido igual demostración en la humilde morada del eminente dramático D. Pedro Calderón de la Barca, aunque con muy mezquino resultado por parte de la corporación municipal, en la ocasión presente, y tratándose del *Fénix de los Ingenios, del portento de naturaleza, del gran Lope de Vega*, cree que á nadie mejor que á nuestra Real Academia Española, en cuyo seno se encuentran reunidas todas las ilustraciones de la literatura moderna, corresponde tomar á su cargo esta manifestación de su respeto y entusiasmo, hacia el fundador de nuestro teatro nacional, con tanta mayor razón cuanto que, recientemente, este ilustre cuerpo acaba de resolver levantar al mismo Lope otro monumento aún más imperecedero, que es la reproducción de su inmenso tesoro dramático.

En su consecuencia, pido á la Real Academia, que, si juzga oportuna esta indicación, y previo el informe de una comisión de su seno que considere detenidamente el asunto, se sirva acordar que en la casa que fué de Lope de Vega, se coloque un recuerdo de tan insigne ingenio, en la forma artística y con la inscripción que crea conveniente.

RAMÓN DE MESONERO ROMANOS.

Madrid 30 de Enero de 1861 (1).

Dictamen de la Comisión encargada de examinar la proposición antecedente.

La Comisión encargada de examinar la propuesta del Sr. D. Ramón de Mesonero Romanos, dirigida á consagrar una memoria monumental á Frey Lope Félix de Vega Carpio en la casa donde ocurrió su fallecimiento, se ha reunido

---

(1) Esta proposición se insertó á la cabeza de la *Memoria relativa al monumento mural, dedicado á Frey Lope Félix de Vega Carpio por la Real Academia Española*. Madrid 1863, y fué objeto por parte de aquella Corporación del laudatorio dictamen siguiente.

varias veces para tratar la mejor manera de cumplir la obligación que le fué impuesta por la Real Academia Española: ha visto la casa que fué de Lope, ha consultado con el ilustre profesor de escultura D. Ponciano Ponzano, y cree que debe someter á esta Corporación el siguiente dictamen:

La Real Academia Española costeará, en honra de Lope de Vega, un monumento mural, que se colocará en la casa que fué de Lope, entre los dos balcones centrales de la fachada.

Como en la misma calle donde está la casa que fué de Lope, hay otro monumento mural en honor de Cervantes, que consiste en un medallón de mármol y una inscripción debajo del medallón, entendemos que el monumento de la Academia debe principalmente consistir en un busto de Lope, así para diferenciarse del monumento de Cervantes, como por ser de mucho mejor efecto un busto que un medallón, el cual sólo parece bien, visto completamente de frente. La inscripción, por lo mismo, deberá ir dentro de un tablero adornado de modo que se diferencie también del plano en que va la inscripción relativa á Cervantes.

Estas condiciones reune (á juicio de la Comisión) el proyecto del Sr. Ponzano, que presentamos á la Academia, proyecto que se distingue por el carácter arquitectónico propio del primer tercio del siglo XVII.

El proyecto es doble: dividido en medio por una línea la parte de la izquierda representa un monumento de rica ornamentación y con dos figuras de relieve; la parte de la derecha carece de figuras, y su ornato es sencillo; el busto entra en ambos proyectos. Así el busto, como el tablero para la inscripción y el marco y coronación del tablero, lo mismo que el marco de la hornacina serán de mármol de Carrara, en ambos proyectos; la Comisión preferiría el más rico, si los recursos de la Academia le permitiesen adoptarlo. El más vistoso costará veinte mil reales, el otro solamente diez mil.

Cree la Comisión que encima de la puerta de dicha casa, convendrá restablecer la inscripción latina que puso en ella Lope y se había conservado hasta nuestros días.

PARVA PROPRIA MAGNA:
MAGNA ALIENA PARVA.

En 25 de Noviembre del próximo año 1862 cumplirá el tercer siglo desde el nacimiento de Lope; quizá sería opor-

tuno disponer, que el monumento de la Academia á Lope, fuese descubierto en aquel propio día, considerándolo como fiesta secular notabilísima para las letras españolas. La inscripción en este caso sería la siguiente:

AL FÉNIX DE LOS INGENIOS,
FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO,
QUE FALLECIÓ Á 27 DE AGOSTO DE 1635
EN ESTA CASA DE SU PROPIEDAD.
LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.
AÑO DE 1862.

La Comisión ha manifestado el proyecto del Sr. Ponzano, á los actuales poseedores de la casa de Lope, en razón á que habría que abrir en la fachada el hueco para el busto, y por medio del Sr. D. Ramón de Mesonero ha recibido la siguiente comunicación:

«Hemos recibido con la mayor satisfacción la atenta comunicación de V. S. en que nos participa haber acordado la Real Academia Española, á propuesta de V. S., colocar en la casa número 15 de la calle de Cervantes, que fué propiedad del insigne Lope de Vega Carpio, y hoy de la nuestra, un sencillo monumento que recuerde la circunstancia de haber fallecido en ella tan célebre ingenio; y adhiriéndonos con el mayor entusiasmo á la patriótica resolución de nuestra primer Corporación literaria, no podemos menos de rogar á V. S. sea cerca de ella intérprete de nuestra gratitud á nombre propio y, en lo que cabe, á nombre también de tan ilustre poeta, honra de nuestra patria, cuya modesta mansión tenemos la fortuna de poseer y habitar.

»Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 9 de Junio de 1861.—José López de Morelle.—Epifanio López de Morelle.

»Sr. D. Ramón de Mesonero Romanos.»

La Comisión aguarda con respeto sobre todos los puntos de este dictamen la resolución acertada y digna de la Academia.

Madrid 12 de Junio de 1861.—Ventura de la Vega.—Ramón de Mesonero Romanos.—Juan Eugenio Hartzenbusch (1).

---

(1) Terminado el monumento, publicóse en la prensa la noticia anónima de la ceremonia, redactada, según creemos, por el autor de la proposición:

«El martes 25 del actual, en que se cumple el tercer aniversario secular del nacimiento en Madrid del Fénix de los Ingenios, Frey

Lope Félix de Vega Carpio (25 de Noviembre de 1562), es el día designado por la Real Academia Española para la solemne inauguración del monumento mural que á sus expensas ha erigido á aquel insigne ingenio en la fachada de la casa que fué de su propiedad y habitó muchos años hasta su fallecimiento en ella en 27 de Agosto de 1635, y es la señalada con el número 15 nuevo de la antigua calle de Francos (hoy de Cervantes). Y para dar á esta solemne ceremonia toda la grandiosidad que reclama la memoria del hombre ilustre á quien se dedica y el decoro de nuestro primer Cuerpo literario, ha dispuesto la Real Academia celebrar en dicha casa Junta pública á la una de la tarde de dicho día 25, á que están invitados el excelentísimo Sr. Alealde Corregidor y una comisión del Excmo. Ayuntamiento, en representación del pueblo de Madrid, patria de Lope de Vega, el Capellán Mayor de la congregación de Presbíteros naturales de esta villa, cuyo cargo desempeñó aquél, y otras diversas comisiones de las Reales Academias, de la Universidad, de los autores y poetas dramáticos y líricos, de la prensa periódica, de los actores y demás que tienen relación con aquel privilegiado ingenio.

En dicha Junta, para la que, con beneplácito de los actuales dueños de la casa, se ha dispuesto y adornado convenientemente la casa interior y exteriormente, restableciéndose el oratorio, la alcoba, el jardín y demás, como en los tiempos de su antiguo dueño, se pronunciará un discurso alusivo por el Excmo. Sr. Duque de Rivas, Director de la Real Academia, se leerán la escritura de compra de aquella casa, hecha por Lope en 9 de Setiembre de 1610, su testamento otorgado en la misma, víspera de su muerte, y otros documentos no menos interesantes, además de algunas composiciones poéticas alusivas al mismo; y concluída la sesión, se descubrirá por el Excmo. Sr. Director y el Excmo. Sr. Alcalde Corregidor, descorriéndose la cortina que cubre el sencillo y elegante monumento, que consiste en el busto de Lope y una inscripción dedicatoria que le consagra la Academia, y que ha sido construído en mármol por el distinguido escultor de cámara D. Ponciano Ponzano.

La Comisión encargada de llevar á efecto este acuerdo de la ilustre corporación, compuesta de los Sres. Académicos D. Ventura de la Vega, D. Ramón de Mesonero Romanos (iniciador del pensamiento), D. Juan Eugenio Hartzenbusch, D. Antonio Ferrer del Río y D. Cándido Nocedal, ha trabajado con el mayor celo para el lustre y decoro de esta solemnidad patriótica y literaria, á que no dudamos se asociará el vecindario de Madrid.»



MÁS SOBRE FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS

Me había propuesto consagrar algunas líneas á la buena memoria de D. Ángel Fernández de los Ríos, considerado únicamente bajo el aspecto literario y de administración local, únicos bajo los cuales tuve ocasión de tratarle y apreciar sus altas condiciones de ilustración, laboriosidad y sincero amor á nuestro común pueblo natal. Mas sabiendo que el Sr. Picón, se había brindado á escribir un artículo necrológico (que en efecto ha visto la luz en el último número de *La Ilustración)*, desistí de mi idea, sospechando que en dicho artículo había de prevalecer el carácter del hombre político, bajo el cual no era de mi competencia considerarle. Pero al leer algunas líneas de dicho artículo en que sale á relucir mi nombre, y por cierto no muy airosamente, con motivo de la publicación titulada *Semanario Pintoresco Español* que yo fundé en 1836 y dirigí exclusivamente durante siete años, hasta fin de 1842, cumple á mi propósito restablecer la verdad, poco clara en aquellas líneas, dándome pie éstas, para consignar mis cordiales relaciones literarias con aquel malogrado escritor, á quien la perniciosa fiebre del fanatismo político. aunque animado por una honradez y desinterés patriótico á toda prueba, apartaron de la senda tranquila y bonancible de la literatura y de los estudios prácticos de economía social á que le llamaba su instinto, y en que, sin aquel

descarrilamiento de su fogosa imaginación, acaso hubiera llegado á colocar su nombre al lado del ilustre D. Fermín Caballero. Pero vengamos ya á mi objeto.

Mis relaciones literarias con Fernández de los Ríos, datan, en efecto, de 1848, cuando éste, cediendo á su entusiasmo literario, recogió la herencia del *Semanario Pintoresco Español;* pero la recogió *seis años después* que yo había abandonado su propiedad y dirección, y durante los cuales pasó por diversas manos de los Sres. Gironella, Lalama, Castelló y otros, que le habían dejado tan malparado que casi podía considerársele como difunto.

Al encargarse el animoso D. Ángel de la formidable tarea de rejuvenecer aquella popular publicación, primera de las que hoy se llaman *ilustradas*, que yo había fundado y sostenido durante los siete primeros años, con tan asombroso éxito que llegó á contar hasta *5.000 suscritores*, y que además ofreció el caso *único* de tener que reimprimir los siete tomos ó años de mi dirección, fué su primera diligencia la de avistarse conmigo, invitándome encarecidamente, á colaborar con él, á fin de hacer esta resurrección literaria, y aunque yo me negué tenazmente más de tres años á esta demanda, tuve al fin que ceder á las incesantes instancias de Ríos, y en 1851 me volví á encargar, juntamente con él, de la redacción del *Semanario*, á ver si podíamos galvanizar aquel cadáver. Prueba evidente de lo que trabajé para ello ofrecen los tomos desde 1851 al 54 inclusive en que, entre multitud de artículos de costumbres, críticas literarias, viajes, etc., escribí todos los que después reunidos, formaron mi libro titulado *El antiguo Madrid* y todos los *Estudios críticos y bibliográficos de nuestro antiguo teatro,* que puse luego al frente de los cuatro tomos de *Dramáticos* en la *Biblioteca de Autores Españoles*, de que estuve encargado.

Con este esfuerzo común de D. Ángel y mío, y con el valioso de otros cien colaboradores distinguidos, conseguimos, al fin, dar nueva vida á aquella querida publicación y volverla á su primitiva popularidad.

También por los mismos años colaboré con Ríos en *La*

Ilustración, otro periódico que creó su incansable laboriosidad, y en ella me consagré especialmente á desenvolver mis ideas sobre reformas materiales y administrativas del pueblo de Madrid, en cien artículos, contenido siempre en los límites de la conveniencia y la posibilidad que mi larga práctica me había dado á conocer, pero que acaloraron la exaltada fantasía de Fernández de los Ríos, y fueron sin duda el germen de sus gigantescos proyectos formulados algunos años después en su conocido libro *El futuro Madrid.* Consultándole conmigo su autor, y mostrándome el inmenso plano, que había hecho levantar de aquel proyecto, y que tenía en una casa del barrio de Argüelles, no pude por menos de manifestarle con mi ruda franqueza que el tal proyecto me parecía un sueño quimérico, inoportuno y hasta violento y perjudicial, si bien todas estas circunstancias estaban neutralizadas con la de ser irrealizables por sus mismas inverosímiles proporciones. No por eso dejé de reconocer que en dicho proyecto se emitían algunas ideas muy aceptables y posibles, tales como la *plaza de la Independencia* y calles que de ella irradian, la de la barriada de la Florida, la de la *Necrópolis* hacia el punto donde él la colocaba, etc.

Posteriormente, y ya en la emigración, emprendió con esfuerzo verdaderamente asombroso, la formación de la *Guía de Madrid* –siempre inspirándose en algún trabajo mío anterior, como el *Manual*—y disculpándose en su introducción de invadir el terreno en que yo me había colocado desde 1831, con el abandono de dicha obra hacía veinticuatro años (1854), y remitiéndome desde Oporto, el primer ejemplar de la suya. En ella, como puede verse, está concienzudamente seguida y desarrollada la idea del *Manual*, con arreglo á las circunstancias y al transcurso del tiempo, y yo, sin pesar alguno, le felicité por ello, aunque también le d je que consideraba afeado su fructuoso trabajo, por la influencia de la pasión política, que le llevaba al extremo de hacer enojosa la lectura de una obra amena en que sólo se buscan noticias y no proyectos ni discursos, recriminaciones ni ditirambos.

Por último, para demostrar más y más la influencia que ejercían mis escritos en mi buen amigo, y que como él modestamente decía, le hacía seguirme como mi satélite literario, me limitaré á copiar aquí unos párrafos de su última carta, fecha en París, á 15 de Noviembre último, en que se ocupaba de las *Memorias de un setentón.*

Decía así:

....

«Yo á quererle, y usted á corresponderme ingratamente, veremos quién puede más. Dentro de algunos meses entrará por esas puertas otro libro mío, que tratará largamente de las interesantes *Memorias de un setentón.* Á los buenos ratos que me ha proporcionado la lectura de dichas *Memorias*, escritas en estilo tan fácil, tan fresco y tan galano, que á veces me parecía hallarme en mi juventud teniendo en la mano nuestro *Semanario Pintoresco*, en los tiempos ya remotos, y antes de que cayese en mis manos dicha publicación, se agrega ahora el placer que me ha dado con su carta, cuya letra creo que aventaja en claridad y firmeza á otras muchas que cuentan treinta años de fecha, y que conservo como grato recuerdo de su amistad. Desmiente todo esto, la caducidad de que, contra la tendencia y costumbre de todo el mundo al llegar á cierta edad, se esfuerza usted en alardear sin razón, y condeno el propósito, que espero no cumpla, de encerrar el tintero y colgar la péñola.» —(Habla luego de su *Guía de Madrid*, disculpándose del achaque que yo le argüía, de haberse dejado llevar en ella demasiado adelante en sus apreciaciones políticas, y continúa diciendo):

«No pasa eso, ciertamente, en las *Memorias* de usted, y precisamente por el valor que les da su imparcialidad, las cito, como autoridad irrecusable, en el trabajo que estoy haciendo. Para mí tienen un interés especial, por una larga serie de coincidencias que serían para apuntadas despacio, empezando por las que hubo entre su señor padre de usted y el mío, ambos de la misma profesión; entre el mundo social que frecuentaba su casa y el que yo vi en la mía; entre su espíritu observador y su memoria, y mis

observaciones y mis recuerdos, que desde cierta época guardan cosas y hechos curiosos, que usted apunta y de que me hubiera complacido en ofrecerle detalles que conservo en mi archivo de papelotes y apuntes, á no vivir alejado de mi hogar y hecho un judío errante.»

Estas fueron las últimas palabras que me dirigía mi antiguo amigo, y al recibirlas, ¡cuán lejos estaba yo de esperar que á mi edad, y con casi veinte años de diferencia en contra mía, había de devolvérselas á su inesperado sepulcro!

(*Firmado*).

La Ilustración Española y Americana.—6 Julio 1880.



LA CASA DE CALDERÓN EN LAS PLATERÍAS

El trozo de calle Mayor, comprendido entre el sitio en que estuvo hasta 1580 la antigua *Puerta de Guadalajara* y la iglesia y plazuela de San Salvador (hoy de la Villa) era, y aun hoy es, conocido por *las Platerías*, á causa de que en los siglos XVI y XVII, estaban ocupadas todas sus tiendas y reducidas habitaciones por el famoso gremio de artífices y mercaderes plateros de Madrid, que gustaban de ostentar su floreciente industria y comercio en ocasiones solemnes, tales como la entrada de la reina D.ª Margarita, esposa de Felipe III, en 1599, y D.ª Mariana de Austria, esposa de Felipe IV, en 1649, colocando en sendos aparadores, delante de sus comercios, prodigiosa cantidad de alhajas de oro y plata *hasta por valor de dos, tres y más millones de ducados*, como puede verse en las prolijas relaciones de aquellos festejos.—Posteriormente, y hasta nuestros días, estuvieron ocupadas dichas tiendas por las escribanías de número, que también han desaparecido ya.

Este breve recinto, tan valioso entonces en la historia económica y mercantil de Madrid, tuvo también no poca importancia en su historia literaria, viendo nacer dentro de él, en 25 de Noviembre de 1562, al *Fénix de los Ingenios* Lope de Vega Carpio, y morir, en 25 de Mayo de 1681, al inmortal D. Pedro Calderón de la Barca.

Respecto del primero, ó sea *Lope de Vega*, dice su discí-

pulo, amigo y biógrafo Montalbán, en su *Fama póstuma*, que había nacido en *la puerta de Guadalajara* (que estaba situada, como es sabido, delante de la Cava de San Miguel, entre lo que hoy es plazuela, hasta frente de la calle de Milaneses, en la acera opuesta), *en casas de Jerónimo de Soto*, pero sin expresar ni dar más señas de la casa en que Lope nació. — Pues bien, reconocidos por mí en la *Planimetría de Madrid*, y con la mayor escrupulosidad, los títulos y sucesiones de todas las casas de las Platerías, de uno y otro lado, sólo hallo pertenecientes á dicho *Jerónimo de Soto* las señaladas en lo antiguo con los números 7 y 8, y hoy reunidas con el 82 de la manzana 415, con accesorias al callejón cerrado de las Hierbas, que eran, como se ve, precisamente las más contiguas al sitio que ocupaba la puerta de Guadalajara; lo cual afirma absolutamente la designación de Montalbán.

Pero en lo que no cabe dudar es que en la acera opuesta, la casa señalada con el núm. 4 antiguo, 95 moderno, de la manzana 173, fué propiedad, y en ella vivió y falleció, *hace dos siglos*, el 25 de Mayo de 1681, el insigne dramaturgo D. Pedro Calderón de la Barca, porque así consta de los títulos de propiedad, de su fe de muerte y de la misma casa que, por fortuna, aún permanece en pie.

Dicen aquéllos que dicha casa pertenece al patronato Real de legos que en la capilla de San José, de la parroquia de San Salvador, fundó D.ª Inés Riaño y fué de Andrés de Henao, abuelos maternos del egregio poeta, el cual, á título de ella, se graduó de sacerdote y vino disfrutándola hasta su fallecimiento, ocurrido en la misma.

Dicha casita es tan exigua, que sólo comprende la escasa superficie de 847 pies, con 17 y medio de fachada, y un solo balcón en cada uno de sus pisos; y al contemplar al esclarecido ingenio de la corte de Felipe IV, al octogenario capellán de honor, al noble caballero del hábito de Santiago, ídolo de la corte y de la villa, subiendo los elevados peldaños de aquella oscura escalera y cobijándose en el reducido espacio de aquella menguada habitación en que exhaló el último suspiro, no

puede prescindirse de un sentimiento de admiración y de respeto hacia tanta modestia de parte de aquel genio inmortal, que desde tan humilde morada, lanzaba los rayos de su inteligencia sobre el mundo civilizado.

Este precioso recuerdo del gran ingenio madrileño, estuvo á pique de desaparecer en 1859, cuando se emprendió su demolición, como ruinosa, por orden de la autoridad municipal. Afortunadamente (y perdóneseme la inmodestia de tal recuerdo) tuve la fortuna de acudir á tiempo de evitar semejante desmán, llamando la atención del público (como ya lo había hecho con suerte en ocasiones análogas) por medio de la prensa, la de la autoridad municipal, la del Gobierno, y hasta consiguiendo llamar la atención patriótica de la Reina D.ª Isabel II, para impedir la ruina de esta página gloriosa de nuestro antiguo Madrid; por consecuencia de ello, tuve la satisfacción de que se suspendiese el derribo; de que el patrono de la capellanía, señor Conde del Asalto, se prestase á reparar la casa, y que hasta la Reina misma se dignase hacerme saber, por medio de su secretario Sr. Tenorio, que estaba dispuesta á tomar á su cargo la obra.

Por desgracia, la circunstancia de haberse ya hecho cargo del asunto el Ayuntamiento, á quien propuse la colocación de un sencillo monumento mural en la fachada, con el busto de Calderón y los atributos de la Poesía, de la Iglesia y de las Armas, fué la causa de declinar el bondadoso ofrecimiento de S. M., cosa que sentí después, cuando, pasados algunos meses, me hallé con que el Ayuntamiento había juzgado suficiente la colocación de una prosaica lápida lisa, con las palabras: «*Aquí vivió y murió don Pedro Calderón de la Barca*».

Hoy que la Nación entera conmemora solemnemente el segundo centenario de la muerte del gran ingenio madrileño, parece llegado el caso de reparar aquella falta, y no sólo colocar en la fachacha el sencillo monumento que per mite su exigüidad, sino engalanar convenientemente para las fiestas el poético recinto de *las Platerías*, desde el sitio donde estuvo la puerta de Guadalajara hasta las Casas

Consistoriales (á cuyo frente se rompió, hace pocos años, una calle nueva que yo hice rotular con el nombre de *Calderón)*. En este breve recinto, en que acaso nació el insigne poeta, se alzaba todos los años el teatro de sus triunfos en los inmortales *Autos;* en él existe hoy la casa en que falleció y estuvo también la iglesia en que fué sepultado; allí, pues, es donde parece vagar la sombra venerada, y se aspira, por decirlo así, el aroma de la gloria de aquel genio inmortal, que mereció que en su sepultura se grabase esta bella inscripción:

Mantuæ urbe natus, mundi orbe notus (1).

(Firmado.)

(La Ilustración Española y Americana, año 1881, tomo I.

---

(1) El que en la villa de Madrid nacido
Es hoy del orbe entero conocido.



LA CASA EN QUE VIVIÓ VÍCTOR HUGO EN MADRID

Sr. Director de *La Iberia*.

Muy señor mío y de mi más distinguida consideración: Transcrita en otros periódicos, he leído una gacetilla en que el corresponsal en París, de su ilustrado diario, manifiesta, á nombre del egregio poeta Víctor Hugo, su deseo de saber *si existe la casa en que habitó con su padre en Madrid en 1810*, y para ello dicho corresponsal empeña *á los sucesores del Curioso parlante*, á que se sirvan satisfacer el deseo del gran poeta.

Por fortuna, Sr. Director, no los sucesores, sino el mismo *Curioso*, autor de las obras tituladas *El antiguo Madrid* y *Memorias de un setentón* y otras varias, puede contestar, á Dios gracias, á aquella interpelación, y voy á hacerlo.

En dichas obras, y señaladamente en la primera de ellas, me ocupé con alguna detención de la casa sita en la *calle del Clavel con vuelta á la de la Reina* señalada con el núm. 16 antiguo y 11 moderno y que, según el mismo Víctor Hugo, fué la que habitó con su padre el general Abel Hugo, comandante general de Madrid.

Dicha casa *existe*, aunque *reedificada* en gran parte en 1859, y según digo en la pág. 262 del *Antiguo Madrid*, estaba habitada en los primeros años del siglo por la *condesa de Jaruco*, viuda del capitán general de la isla de Cuba,

y contiguo á la misma, formando parte de ella, tenía un jardín que daba vuelta á la calle de las Infantas, frente al convento de Capuchinos (hoy plaza de Bilbao). Dicha señora condesa, célebre por su belleza y por la especial distinción que mereció del rey José Bonaparte, falleció en dicha casa en 1810, y como recién establecido el cementerio general del Norte, fué enterrada en él; pero á la noche siguiente del sepelio fué extraído su cadáver (puede presumirse por orden de quién) y trasladado al jardín de ésta su casa, siendo sepultada al pie de un árbol frondoso que todos recordamos haber visto hasta que en 1846, fué convertido dicho jardín en la otra casa núm. 13 de la calle del Clavel con vuelta á la plaza de Bilbao, por el señor D. Benito Fernández Maquieira, que adquirió por compra la casa y jardín.

Réstame decir que dicha condesa de Jaruco, era madre de una hermosa niña que José I casó con su ayudante el general *Merlín*, y es la misma ilustre *condesa de Merlín*, tan célebre por su talento de escritora y artista, que durante el reinado de Luis Felipe era el mejor ornamento de la corte parisiense, y á cuyos salones, sin duda alguna, concurriría Víctor Hugo, como todas las eminencias literarias y políticas.

Pero volvamos á la casa.

Mis informes veracísimos no me permiten dudar que después de la muerte de la Jaruco (y siempre durante la ocupación francesa) vivió en ella el mariscal Junot, nombrado Duque de Abrantes, y su esposa la Duquesa, célebre novelista, porque ella misma lo asegura en alguno de sus libros.

Ahora bien: ¿fué habitante de dicha casa, también por este tiempo, el general *Abel Hugo*? No hay que ponerlo en duda, pues su mismo hijo lo asegura, aunque recuerdo que en su *Memoria* dice «que desde su casa *veía una fuente*, y esto no podía ser, porque la fuentecilla que, en efecto, existía adosada á la tapia del jardín en la calle de las Infantas, no podía verse desde la casa de la calle del Clavel, que estaba á la espalda. Dicha fuentecita desapareció cuan-

do el Sr. Maquieira construyó la nueva casa en el solar del jardín y fué trasladada al paseo de Luchana, en Chamberí, donde se halla.

Convengo, pues, en que Mr. Víctor Hugo pudo habitar en la *casa núm. 11 de la calle del Clavel, con vuelta á la de la Reina*, porque así lo asegura él mismo, aunque yo, tal vez equivocado por informe de Mr. Genyes, dueño de la fonda de su nombre, que estuvo muchos años en la misma calle de la Reina y hoy lleva el núm. 8, aseguré algún tiempo que en dicha fonda paró *Víctor Hugo*, así como Rossini y otras celebridades.

(*Firmado*) (1).

La Iberia, Junio 26 de 1880.

---

(1) Este artículo, escrito, según se ve, para satisfacer la curiosidad de Víctor Hugo, acerca de cuál fué la casa en que vivió de niño en Madrid, lo reprodujo la *Gaceta Internacional* de Bruselas, el 17 de Julio del mismo año.



HARTZENBUSCH

INVITADO por el señor director de *La Ilustración*, para que consagre algunas líneas que hayan de acompañar al retrato del esclarecido poeta, poco puedo añadir á las que le dediqué recientemente en las *Memorias de un setentón;* pero no quiero rehusarme; antes bien, acojo con apresuramiento la ocasión de renovar el testimonio de mi cariño á aquel insigne ingenio, consignando, á par que algunas reminiscencias de su fructuosa vida, la especial cordialidad que á él me unió durante cuarenta años, desde los primeros pasos de su gloriosa carrera literaria. Cimentada esta amistad en la identidad de nuestras aficiones al estudio y á la literatura patria (aunque ejercitándonos en distintos géneros y con gran desventaja de mi parte en talento y lozanía, y en la semejanza, también, de nuestros caracteres pacíficos, laboriosos y apartados de toda pasión política), aunque colocados ambos en nuestros primeros años en diversa condición social, la casualidad ó más bien la devoción que, generosamente, dispensó desde su adolescencia á mis pobres escritos, me le hicieron conocer aun antes del señalado día de su triunfo literario, que llamó hacia el pobre menestral la atención y el entusiasmo de la España entera.

Y como en los párrafos cariñosos que hube de dedi-

carle en mis *Memorias*, al tratar de la aparición del *romanticismo* en nuestra escena en 1836, hice mención de estas nuestras primeras relaciones, no me es posible dejar de reproducir aquí dichos párrafos con las variaciones y aumentos que crea conducentes.

Después de hablar en ellos del ruidoso triunfo obtenido algunos meses antes por el insigne autor de *El Trovador*, continuaba de este modo:

«Otra sorpresa de igual género ofreció la escena nacional medio año después y otro genio, desconocido también y de humilde condición, llamaba á las puertas de la inmortalidad, una de las noches del mes de Enero de 1837. Estrenábase en ella un drama nuevo, obra, según se decía, de un joven artesano, cuya modestia, retraimiento y esquivo carácter, prometía bien poco sabor á los frutos de su pluma, y con este motivo, los críticos maleantes se despachaban á su gusto en el coliseo de la Cruz, en bromas y chascarrillos sobre la persona y posición del autor, presagiando una segura derrota al pobre menestral metido á poeta. Yo, que le conocía, aunque muy ligeramente (y conocía también algunos trozos del drama, y con la ocasión que luego diré), opinaba todo lo contrario, y, efectivamente, no bien se escucharon las primeras escenas del apasionado drama *Los Amantes de Teruel*, no bien fueron desarrollándose ante los ojos del público aquellas bellezas de primer orden en sus interesantes situaciones, sus simpáticos caracteres y poética elocución, el público, entusiasmado, prorrumpió, como en el caso anterior, en atronadores aplausos y pretendió igualmente la presencia del autor en las tablas; pero éste, cuitado y receloso, había huído á esconderse y no se hallaba en el teatro, habiéndose de contentar el público con saber únicamente que su nombre era el poco eufónico y castizo de *Juan Eugenio Hartzenbusch*, nombre glorioso que desde aquel día suena en nuestros oídos, como uno de los más preclaros de la patria literatura.

He dicho que le conocía de antemano y así es la verdad, y no puedo rehusarme el placer de estampar aquí la oca-

sión que lo motivó. Este modestísimo ingenio, hijo, como es sabido, de un ebanista alemán, seguía el oficio de su padre, trabajando á la sazón, como él mismo se envanece repitiéndolo, en los bancos ó escaños del futuro Senado, pero su irresistible vocación le conducía en distinto rumbo, hacia el estudio y cultivo de las letras. Habíase ensayado privadamente en ellas desde muy niño, y entre los varios trabajos que emprendiera fué uno la refundición de cierta comedia desatinada de N. Laviano (autor de últimos del siglo pasado), que se titulaba *La conquista de Madrid* y que estaba basada en el milagro atribuído á la Virgen de Atocha, resucitando á las hijas de Gracián Ramírez. Esta desdichada comedia, pareció al público, como era de esperar, detestable y fué silbada despiadadamente, y yo, en mi calidad de crítico teatral, inserté en la *Revista Española* un artículo, también despiadado, que dió en manos del mísero autor de la refundición, el cual, atribulado, se me presentó al siguiente día, y queriéndole yo desenojar con mis corteses excusas, me contestó: «No, señor, no; la comedia es abominable, y su refundición todavía peor; pero como me sería sensible que usted me juzgase por este desdichado trabajo, le traigo aquí algunas composiciones poéticas mías y que quisiera que usted tuviese la bondad de leer».

Con esto, y con dejarme sobre la mesa un envoltorio de manuscritos, diciendo que volvería á recogerlos, se marchó, dejándome en la persuasión de que los tales versos podrían ser primos hermanos de la comedia; pero ¡cuál no sería mi sorpresa al hallarme con una multitud, un verdadero ramillete de flores poéticas en que se revelaba un exquisito gusto literario, y entre ellas algunos parlamentos ó escenas del ideado drama *Los Amantes de Teruel!* ¿Y es posible—dije al atribulado joven cuando volvió á visitarme—que hombre que sabe hacer esto, se ocupe en trabajos baladíes y sin gloria, tales como la refundición de malas comedias? Usted, amigo mío, puede marchar sin andadores, y aun desplegar poderosas alas hasta encumbrarse á las alturas del Parnaso. Y el público en aquella noche,

19 del mes de Enero de 1837, me dió la razón (1). Por mí parte, después de felicitar cordialmente al modestísimo y eminente autor, me apresuré á hacer en la Junta directiva del Ateneo, de que era vocal, una proposición, que firmaron conmigo todos mis compañeros y aun todos los socios del Ateneo, declarando la simpatía y entusiasmo con que la Corporación acogía ó llamaba á su seno al laureado poeta con el título de socio honorífico, y yo mismo hice á la noche siguiente su presentación á la Sociedad. No podía hacer menos por el que después llegó á ser mi cordial amigo y compañero, y hoy, aún vivientes ambos, aparecemos como dos fúnebres cipreses en el cementerio de nuestra, ya añeja, literatura contemporánea.»

Las obras dramáticas, líricas y eruditas del egregio Hartzenbusch, son tan conocidas y populares que no necesitan de encarecimiento. Todo el mundo reconoce en ellas la claridad de un ingenio de primer orden, la filosofía de una mente sana, la amenidad de su estilo, castizo y halagüeño, y sus estudios luminosos sobre las obras del inmortal Cervantes y de nuestros primeros dramaturgos, han

(1) El malogrado *Fígaro*, á los tres días de la primera representación de *Los Amantes de Teruel*, le consagraba uno de sus discretos artículos críticos, en elogio encomiástico del drama y de su hasta entonces desconocido autor, artículo muy sentido y que concluía con estas fatídicas palabras:

«Si oyese (el autor) decir que el final de su obra es inverosimil, que el amor no mata á nadie, puede responder que es un hecho consignado en la historia: que los cadáveres se conservan en Teruel y la posibilidad en los corazones sensibles; que las penas y las pasiones han llenado más cementerios que los médicos y los necios; que el amor mata (aunque no mate á todo el mundo), como matan la ambición y la envidia; que más de una mala nueva, al ser recibida, ha matado á personas robustas instantáneamente y como un rayo, y aún será, en nuestro entender, mejor que á ese cargo no responda, porque el que no lleve en su corazón la respuesta, no comprenderá ninguna. Las teorías, las doctrinas, los sistemas, se explican; los sentimientos, se sienten.»

Esto escribía Larra en 22 de Enero de 1837. Veintidós días después (el 13 de Febrero) se suicidaba, arrastrado por una pasión amorosísima.

dado á conocer y respetar el nombre de Hartzenbusch en todo el orbe literario.

En cuanto á las condiciones de su carácter, modesto y expansivo, impresas están en el alma de todos los que le trataron como amigo, de todos los que le consultaron como maestro. Ostentando (tal vez con demasiada insistencia) su humilde origen, jamás renegó de él, en su trato, en sus modales ni método de vida, formando contraste con el desvanecimiento, frecuente á todos los que por su mérito ó su fortuna llegaron á una gran altura social. Director de la Biblioteca Nacional, Consejero de Instrucción pública, condecorado con las grandes cruces de Carlos III, de Isabel la Católica, de María Victoria y de la Rosa del Brasil, que le dispensó el mismo Emperador, al tiempo de visitarle en su propia casa cuando estuvo en Madrid, pocos años ha, jamás hizo alarde jactancioso de ello, y aun creo que tampoco adornó su pecho con aquellas honoríficas condecoraciones. Muy lejos de ello, complacíase á cada paso en recordar su primera condición, diciendo estas ó semejantes palabras: «Yo nací en 1806 en la calle de las Infantas, en la casa que hace esquina á la de San Jorge, en el cuarto bajo, donde mi padre, avecindado en Madrid y casado con española, tenía su taller de ebanistería... No conocí á mi madre, que murió, estando yo en lactancia, de resultas del susto y del asombro que le causó ver pasar arrastrado por delante de sus rejas el cadáver del infortunado *Viguri,* en Agosto de 1808... Mi padre me hizo trabajar á su lado en el taller y recuerdo que, entre otras obras, trabajé en los escaños del Estamento de Próceres...» Y no una vez sola, recorriendo en su compañía, las salas de la Biblioteca Nacional, de que era Director, parábase en una de ellas, diciéndome: «Esta riquísima estantería la trabajó mi padre para el Príncipe de la Paz». Todo esto lo decía con la mayor naturalidad y sencillez, con mucha más, sin duda, que la que acompañaba á los discursos que, en ocasiones señaladas de visitas regias ó certámenes, se veía obligado á pronunciar premiosamente.

La muerte, en fin, de D. Juan Eugenio Hartzenbusch, no

representa sólo la de un esclarecido ingenio, de un insigne poeta, sino la pérdida de un buen patricio, de un hombre honrado que consagró toda su vida al estudio, á la enseñanza y á la más fructuosa laboriosidad; cualidades que le granjearon el afecto y la simpatía general.

La mía, especialmente, hacia mi ilustre amigo, ha sido tan dominante, que llegó á infundirme la extraña preocupación de que mi existencia estaba misteriosamente identificada con la suya. Así, que cuando hace pocas semanas fuí á visitarle en su última y penosa enfermedad, no pude menos de conmoverme, al contemplar la absoluta descomposición de aquella clara inteligencia; y cuando en un lúcido intervalo me significaba su gratitud por las líneas que le había dedicado en mis *Memorias*, y que quedan transcritas, y cuando me entregó su retrato último en fotografía, con su firma, diciéndome «por si no nos volvemos á ver...», no pude contener mi profunda emoción. Aún fué mayor cuando el día 2 recibí, con la noticia de su muerte, la invitación de nuestra Real Academia para asistir, como decano, al entierro de nuestro ilustre compañero. No pude absolutamente, resolverme á ello, por considerar irresistible esta fúnebre ceremonia á mi edad y dada mi ternura hacia el difunto. Si hubiera podido llegar hasta la huesa, á donde tan próximamente estoy llamado, hubiérale dicho únicamente: «*Adiós, buen Hartzenbusch, hasta luego*».

(Firmado.)

La Ilustración Española y Americana, año 1880, tomo II.



LA CASA EN QUE NACIÓ LEANDRO FERNANDEZ DE MORATÍN

Sr. Director de *La Época.*

Mi antiguo y estimado amigo: En los momentos actuales, en que se ha evocado la memoria del insigne autor dramático D. Leandro Fernández de Moratín, á consecuencia de la patriótica idea concebida por los Sres. D. Manuel Ruiz Zorrilla y D. Nicolás Salmerón, de colocar una lápida ó monumento mural, en la fachada de la casa de París, en que falleció aquel preclaro ingenio á 21 de Junio de 1828, y después de adherirme con toda espontaneidad á aquella patriótica idea, no puedo menos de reclamar al mismo tiempo para un honrado y patriota vecino de Madrid (ya difunto) la prioridad de la misma idea, y lo que es más aún, su feliz realización á sus propias expensas, y en sitio á mi ver, muy más oportuno, que el propuesto por los señores Zorrilla y Salmerón.

D. Narciso Ureta, dueño de la casa de la calle de San Juan, con vuelta á la plazoleta del mismo nombre y á la calle de Santa María, no bien supo por mis escritos que en dicha casa nació el insigne vate que hoy nos ocupa, cuando se avistó conmigo, y poniéndose enteramente á mis órdenes, confiado en que se dirigía á quien era celoso iniciador de otros varios testimonios de esta naturaleza tributa-

dos en Madrid á la memoria de insignes autores (1), se me ofreció á colocar á sus expensas, en la fachada de dicha casa, el monumento que yo le indicase, con la leyenda que estimase conveniente.

Hícelo así, y en su consecuencia, y vencidas las dificultades que podían oponerse por la Administración municipal, hizo colocar en la fachada de dicha casa, que da frente á la plazoleta de San Juan, una elegante lápida de mármol blanco, con esta inscripción:

EN ESTA CASA NACIÓ
Á 10 DE MARZO DE 1760
EL INSIGNE POETA DRAMÁTICO
D. LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN.
SU DUEÑO ACTUAL, N. U. (2)
LE DEDICA ESTE RECUERDO.

Vese por lo dicho cómo (sin pretender amenguar ó contradecir el pensamiento de los Sres. Zorrilla y Salmerón, antes bien, repito, adhiriéndome á él sinceramente) no puedo pasar en silencio que este mismo pensamiento es ya un hecho hace diez y ocho años; y en cuanto á la oportunidad del sitio, nadie negará la preferencia de la casa en que nació el ilustre vate madrileño sobre aquella en que falleció á los pocos, muy pocos meses de haberse trasladado á París desde Burdeos, donde pasó todos los años de su emigración, con su fraternal amigo D. Manuel Silvela.

Por otro lado, en París, existe aún un elegante monumento elevado por el mismo Sr. Silvela á la memoria de

(1) Fueron seis hasta ahora: á Cervantes en la casa en que murió; en las Trinitarias, donde fué enterrado, y en la Casa de Estudio de la villa, donde cursó; dos á Lope de Vega, en la casa de su propiedad, en que murió y en la en que nació, y uno á Calderón en la casa en que falleció. En todos estos proyectos me vi poderosamente secundado por el Gobierno de Fernando VII, por la Real Academia Española, por el Ayuntamiento y por la señora Condesa de la Vega del Pozo, dueña de la casa en que fué el Estudio de la villa.

(2) Hasta llevó su modestia al punto de ocultar su nombre, Narciso Ureta, con simples iniciales.

Inarco Celenio, que es un mausoleo colocado precisamente al lado del gran Molière, su modelo, cuyas huellas siguió en vida y en muerte, como así lo determina uno de los elegantes dísticos esculpidos en sus costados:

« Nec procul hic jacet cujus vestigia secutus
Magnus scenæ parens, proximus et tumulo. »

Verdad es que este monumento (que yo hice dibujar y grabar á mi vista en París en 1841, para publicarlo en el *Semanario Pintoresco* con su descripción) está ahora vacío de los restos del gran poeta desde 1833, en que tuvo el Gobierno, la desacordada idea de arrancarlos de aquel sitio, en que tan lógica y poéticamente yacían, para traerlos á Madrid, confundiéndolos en la común oscuridad de la bóveda de San Isidro, juntamente con los de Donoso Cortés, Meléndez Valdés, etc.; pero el monumento parisiense existe, y existe como recuerdo de la amistad más acendrada del Sr. Silvela, según lo expresa la siguiente inscripción:

SEPULTURE
DE LA FAMILLE SILVELA
ET DE LEUR AMI
M. LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN
CONCESION Á PERPETUITÉ

Y bajo el mismo elegante monumento reposan las cenizas de los Sres. D. Manuel Silvela y D.ª Micaela García de Aragón, abuelos de los ilustres hombres públicos que tan alto papel desempeñan hoy en la política y en las letras españolas.

(Firmado.)

La Época, 26 Abril 1882 (1).

---

(1) Este artículo fué lo último que escribió su autor, pues á los cuatro días, el 30 de Abril, tras breves horas de enfermedad, un derrame seroso, puso fin á su gloriosa existencia.



DON ADOLFO RIVADENEYRA

FATAL, muy fatal para la ciencia, así como para las demás clases de la sociedad, ha sido en Madrid, la inverosímil templanza del presente invierno. Sólo en los dos meses de Enero y Febrero y entre la desproporcionada mortandad que ha afligido á Madrid y que hace vestir de luto una gran parte de su población, recordamos con pena, entre la falta de hombres eminentes en ciencias, literatura y artes, la de aquellos que formaban en primera fila y eran el orgullo y el lauro de Academias y Ateneos, los ilustres individuos de la Real Española Conde de Guendulain y Selgas; el Presidente de la de Ciencias Exactas, Marqués del Socorro; el correspondiente de la de Historia, D. Adolfo Rivadeneyra, el de la de Bellas Artes, D. José Vallejo y finalmente el de todas ellas, Presidente y alma del Ateneo, D. José Moreno Nieto... ¡Cuántas entidades ilustres por su ciencia y laboriosidad, arrebatadas á la gloria patria y hundidas en el sepulcro en el término de dos meses!

Á todos ellos me unieron lazos de compañerismo y sincera amistad, en corporaciones literarias, municipales y de público interés.

De todos podría decir mucho bueno ó ignorado, por su excesiva modestia y por la injusticia con que aquí son postergados los hombres poco ganosos de aura popular y más bien poseídos del instinto de amor patrio y del amor á

sus semejantes. Pero ni las dimensiones de este breve artículo ni mis propósitos, reducidos hoy, me permiten tratar de todos ellos, sino referirme exclusivamente á uno de los más meritorios y poco conocidos, como que en medio de su entusiasmo febril por la ciencia y su incansable movilidad en pos de ella no tuvo tiempo para ocuparse en las opiniones políticas y no fué orador parlamentario, ni periodista, ni poeta, ni autor dramático, y por lo tanto no es de extrañar que á la nueva de su muerte, haya respondido un silencio general.

D. Adolfo Rivadeneyra, que es á quien me propongo dedicar estas breves líneas, era, sin embargo, á mi juicio, una de las contadísimas entidades, que merecían un alto y privilegiado testimonio del mundo científico y del país en general.

Hijo del esclarecido tipógrafo y editor del famoso monumento nacional que se titula «Biblioteca General de Autores Españoles», nació en Santiago de Chile, á donde su animoso padre, había fijado su residencia en Abril de 1841. Á los siete años de edad vino á España, é ingresó en el Seminario de Vergara, y dos años después, su padre le envió á París, á continuar su educación. Allí tomó el grado de bachiller en artes, pasando después á Alemania, entregándose, con ardor, al estudio de la lengua alemana é inglesa, así como ya dominaba con notable poder la española y francesa.

Álos veinte anos de edad pasó, en calidad de joven de lenguas al Consulado de Beyrhut; en este tiempo y encerrado en un convento del Monte Líbano, aprendió el árabe con tal tenacidad, que se impuso, voluntariamente, la tarea de adquirir cuarenta palabras diarias de aquel idioma, que llegó á poseer con perfección.

Pasando luego de vicecónsul á Jerusalem y de Jerusalem á Ceylán, con el mismo carácter, se entregó con ardor no sólo al estudio y conocimiento del idioma, historia y estudios locales de aquellos remotos países, sino que habiendo de regresar luego de Ceylán á Damasco, por resultas de traslaciones, no siguió el camino natural y que en un prin-

cipio, sino que entregándose á su entusiasta actividad y anhelo por la ciencia y á su práctica por los viajes, emprendió este por el golfo Pérsico y la Mesopotamia, visitando las ruinas de Babilonia, Nínive y Palmira, con el ardor y los ojos de la ciencia y el entusiasmo del viajero, y consecuencia de ello, publicó el precioso itinerario que tituló *De Ceylán á Damasco* y descripción de la Siria, que impreso en un tomo en 1871, es precioso modelo de observación, de sinceridad y de estudio.

Pero donde Rivadeneyra, llegó á más alto punto como viajero, como erudito y narrador verídico y sagaz, fué cuando, nombrado cónsul en Persia, en 1873, se propuso y llevó á cabo con una constancia heroica el viaje y conocimiento de aquel antiquísimo país bíblico é histórico, cuna de la civilización del género humano.

Ansioso de visitar, comprender y estudiar aquellas apartadas regiones, tan desconocidas entre nosotros, y buscando para ello, no los medios más expeditos, no el itinerario más fácil, sino aquellos rodeos que prestaran á su ávida imaginación más objetos extraños que observar, salió de Madrid con dirección á Marsella el día 18 de Enero de 1873; pasó de allí á París, Viena y Constantinopla, y siguiendo las orillas del mar Negro y atravesando el Cáucaso, llegó á Tiflis y embarcándose en el mar Caspio, se dirigió á Bacú, penetrando en la región del Iram, hasta su capital, Teherán, á donde iba en representación de España.

Después de algunos meses de residencia en la capital, que le sirvió, entre otras cosas, para aprender el idioma, con la portentosa facilidad con que ya dominaba las seis lenguas más importantes de Europa, así como el árabe, el turco y el singalés, siéndole familiares también el latín y el griego, é igualmente algún tanto el hebreo y el armenio y el sánscrito, emprendió sus atrevidas excursiones en toda dirección por el interior de Persia, hasta la Turquía, hacia el golfo Pérsico y hacia el Afganisthán, haciéndose dueño del conocimiento de la lengua, costumbres, civilización é historia de tan importantes regiones y contrarrestando peligros, molestias y trabajos infinitos, que sólo un

ánimo esforzado, un carácter enérgico, una vastísima instrucción y una dosis infinita de observación y de estudio, podrían dominar y de que dificilmente se citarían ejemplos en los viajeros más famosos.

Por supuesto que entre los modernos españoles no recuerdo ninguno más que el famoso D. Domingo Badía y Leblich (Alí Bey El Abbasí) que á principios de este siglo viajó por las regiones de Africa y Asia, y á su regreso escribió su famoso viaje, bien que conociendo el carácter de sus paisanos y la indiferencia con que suele leerse esta clase de obras, entre nosotros, tuvo el buen sentido de publicarlo en francés.

Rivadeneyra, por el contrario y deseoso de hacer partícipes de sus conocimientos á sus compatriotas, publicó su precioso *Viaje al interior de Persia en* 1881, en tres tomos, y un apreciable mapa itinerario.

Este viaje, en que descubre su modesto y malogrado autor, tesoros de erudición histórica y geográfica, escrito con suma sencillez y apreciabilísima sinceridad, es el único testimonio de esta clase que ofrece nuestra literatura contemporánea; pues bien, este libro precioso, fruto de un viaje arriesgado hasta la temeridad, costoso y expuesto á perder la salud y la vida, como desgraciadamente ha sucedido á su autor, este libro, escrito con el corazón, y que según el convencimiento triste de Rivadeneyra, no había de tener cien lectores, esta obra meritísima, que se proponía como antecedente á su tercer viaje á regiones igualmente ignoradas entre nosotros, ha quedado, como lo sospechaba el viajero intrépido y patriota, arrumbada en la librería y como sirviendo de losa al cadáver del entusiasta explorador, del insigne patricio que en tan remota región buscó y halló, cuando no la gloria, el germen de la enfermedad, que tan prematuramente le ha llevado al sepulcro (1).

La Correspondencia de España.—25 Julio 1882.

---

(1) Una coincidencia triste hizo quedar inédito, después de la muerte de nuestro padre, este artículo que á la memoria de Rivade-

neyra, había dedicado pocos días antes. El venerable anciano, aunque enfermo, triste y abatido como estaba ya, más que por el peso de los años, por los dolorosos golpes que en sus amistades más caras había últimamente experimentado, se creyó obligado á tributar su espontáneo y público aplauso á su malogrado amigo, en aquella constante disposición que le llevó, siempre, á conceder su elogio sincero y generoso, donde quiera que encontrase el mérito, holgándose en pregonarlo con la fuerza de su valiosa opinión.

Achaques y ocupaciones impidieron al autor hacer desaparecer alguna pequeña incorrección ó repetición que pudiera notarse y que nosotros hemos respetado para conservar el trabajo tal cual salió de su fácil pluma.

POESÍA

EPIGRAMA

DE MÍ MISMO

Al dios de la Poesía
rogaba yo una mañana
que no fuese tan tirana
la ciencia que él presidía.
Oyó la súplica mía,
el dios y se descolgó
y aquesto me contestó:
«Hablar puedes prosa neta,
porque, hijo, lo que es poeta
no serás viviendo yo».

1821 (1).

LETRILLA

¿Te ríes, Dalmiro,
de ver que dejó
Nicolás su traje,
chaqueta y ropón,
calzas y polainas
por fra y redingó?
Pues si tú te ríes,
más me río yo.
¿Te ríes acaso
al ver cual mudó
el trato de gentes
de Paca el humor
y en dulce gracejo
su ceño trocó?
Pues si tú te ríes,
más me río yo.

¿Te ríes de verla
cuál se acomodó
al servicio honrado
de un gran señorón
que dicen la lleva
en coche y landó?
Pues si tú te ríes,
más me río yo.
¿Ó acaso es tu risa,
Dalmiro burlón,
de ver á don Bruno,
ser hombre de pro
con lo que á otros tontos
el sudor costó?
Pues si tú te ríes,
más me río yo.

---

(1) Como se ve por su fecha, esta composición y casi todas las siguientes fueron escritas en la primera juventud del autor, cuando contaba diez y nueve años, circunstancia que, si no para avalorarla, ha de apreciarse para disculpar su desenfado y ligereza. Cuanto á su forma, sabido es que "El Curioso Parlante„ negose á sí propio, repetidas veces, condiciones de poeta, como lo hace en este epigrama y con tal galanura, por cierto, que desmiente su riguroso auto-juicio. Análogas cualidades y aun de mayor cuantía habrán de hallarse, sin duda, en varias de las poesías que ven ahora la luz por primera vez, y que el autor con la misma rigurosa crítica había condenado á perpetuo olvido, juntamente con muchas que se omiten, en un legajo que tituló *Borradores de los pocos años*.

¿Ríes, por ventura
(no sin gran razón)
al mirar los cuernos
de don Forlipón,
él, que compró virgen
y mártir halló?
Pues si tú te ríes,
más me río yo.

Mas basta de risa,
Dalmiro simplón,
que tanta cosaza
que nos la causó
no podrá enmendarla,
no lo creas, no,
ni el que tú te rías,
ni el que ría yo.

1821. Inédito.

EPIGRAMA

Á unos malos versos escritos en la Fuente de la Espina, de Aranjuez.

Al ver tanto disparate
en estas piedras escrito,
echo de ver el prurito
de mucho poeta orate.
Harto necio y poco vate
que los escribió discurro,
y cada vez más me aburro
de ver á tanto salvaje
querer hablar un lenguaje
que no es para ningún burro.

1822. Inédito.

LETRILLA

¡Oh juventud preciosa,
madre de la alegría,
fuera la dicha mía
no alejarme de ti!
¿No sentís en los pechos
bullir la sangre fiera,
al ver tropa guerrera
no os sentís revivir?
Pues tan noble ardimiento
os da el juvenil brío,
vuestro labio y el mío
vuelvan á repetir:
¡Oh juventud preciosa, etc.

Al mirar de una hermosa
los cándidos primores,
¿pueden vuestros ardores
su ímpetu reprimir?
No, que del niño ciego
amante compañera,
juventud no pudiera
sin amor existir.
¡Oh juventud preciosa, etc.
Ella es quien nuestros pechos
por el honor inflama,
de amor la dulce llama
nos hace ella sentir.

Pues ya que le debemos
de honor y amor los goces,
no cesen nuestras voces
nunca de repetir:

¡Oh juventud preciosa,
madre de la alegría,
fuera la dicha mía
no alejarme de ti!

1822. Inédito.

ODA

Dulcis amor patriæ.

Grato es mirar al mar cuando, bullendo,
con apacible ruido,
va propicio las naves conduciendo
al puerto apetecido.
Grato cuando, soberbio y agitado
del vendaval furioso,
las aguas mueve de uno y otro lado
con bramido espantoso,
y vá la ola espumosa embraveciendo
hasta que la muralla,
á recibirla impávida saliendo,
su furor avasalla.
Grato es el ver la nave que, orgullosa,
entre peligro tanto,
viene el agua surcando majestuosa
con general espanto,
y al puerto llega, y con el bronce fuerte,
en bramador sonido,
señal da de salud, no ya de muerte,
á nuestro alegre oído.
Grato es mirar al navegante osado
cuando, al pisar la arena,
el gozo en su semblante retratado
muestra, que le enajena;
y cuando, de curiosos perseguido
por su extraño ropaje,
grato es oirle el cuento entretenido
de su remoto viaje.
Todo esto es grande, majestuoso y bello
para el que, complacido,
no desea ver más y mira en ello
lo que por siempre vido.
Pero el que lejos de su patria gime,
solo y abandonado,

no hay que esperar que al verlo reanime
su pecho acongojado.
Que el pastor en la humilde pobre choza,
do vivió el primer día,
más que en grande palacio en ella goza
el gusto y la alegría;
y aquel que vió la luz en la ribera
del claro Manzanares,
la encuentra más hermosa y placentera
que la de entrambos mares;
y el murmurar de aquel silencïoso
es más grato á su oído
que el escuchar el ruido sonoroso
del mar embravecido (1).

LETRILLA

Soy tan formalito
y tan qué sé yo,
que á todos saludo
con circunspección.
Cualquiera á las veces
me habla con amor;
pero yo le digo:
«Vaya usted con Dios».
Pasa un elegante
de estos de primor,
y con rostro afable
y elegante acción,
«Addio, mío caro»,
dice si me vió;
pero yo le digo:
«Vaya usted con Dios».
Llega muy hinchado
un gran señorón,
y su *coram vobis*
llama mi atención.
Beso á usted la mano,
dice el buen señor;
pero yo le digo:
«Vaya usted con Dios».
Pasa una coqueta,
en quien el Amor
sus agrados todos
parece pintó.
Adiós, Ramoncito,
me dice á gran voz;
pero yo la digo:
«Vaya usted con Dios».
Llega un padre grave,
y al ver me miró,
digo, lo que él haga
le contesto yo:
«Abur»; me saluda
con un encontrón;
pero yo le digo:
«Vaya usted con Dios».
Mas ni al elegante,
ni al gran señorón,
ni á la coquetilla,
ni al reverendón
gusta, por lo visto,
tal circunspección.
Conque ya no digo:
«Vaya usted con Dios».

El Indicador de las Novedades de los Espectáculos y de las Artes, año 1822, 1.º Septiembre.

(1) Esta composición, escrita durante la estancia del autor en Cádiz en sus años juveniles, fué publicada en el segundo aniversario de su fallecimiento en *La Ilustración Española y Americana*, año 1884, tomo I.

En la muerte de D. Leandro Fernández de Moratín.

Soneto.

La clara antorcha se extinguió, que un día
mostró la senda del Parnaso hispano;
ya enmudeció aquel labio sobrehumano
dó sus encantos derramó Talía.
Verdad, alma virtud, filosofía
besan llorando la atrevida mano
que con diestro pincel al vicio insano
sus bellos rostros oponer sabía.
Plauto y Terencio, con amargo lloro,
ven hundirse en la tumba de *Celenio*
la gloria de sus nombres renovada,
y el ilustre Moliere, la lira de oro
recoge, que fió á tan alto ingenio,
y la rompe en sus lágrimas bañada.—*M.*

El Correo Literario y Mercantil, 16 Enero 1829.

DÉCIMAS DISPARATADAS

IMITANDO LAS DE IRIARTE

Texto.

Cuando Adán era soldado
se metió fraile Tarquino,
después de probar el vino
que Noé había inventado.
Al verlo, escandalizado
se hallaba Santo Tomás,
y acercándose á Caifás,
que por suerte estaba allí,
dijo: «Venga un bisturí
y el bálsamo de Malats».

Glosa.

En tiempo que Constantino,
era alcalde de Astracán,
desafió Tamorlán,
al devoto peregrino.
El Cid, que fué su padrino,
quiso aplacar el nublado,
y así que les hubo hablado
en inglés, los convenció
de que el diluvio empezó
cuando Adán, era soldado.
Salió el profeta Abraham,
inspector de artillería,
diciendo que no quería
leer en el Alcorán;
busca una tranca Guzmán,
para hacer un desatino,
y Lute, ni Calvino,
le podían sujetar,
cuando vió que en el Paular
se metió fraile Tarquino.
No era la cosa tan seria
como Hipócrates, creyó,
y con Raquel, se marchó
á pasear por la feria.
Ya estaban junto á Siberia,
cuando hallaron que Longino,
caballero en un pollino,
se quejaba de agujetas,

por haber hecho piruetas
después de probar el vino.
Llegado que hubo á la China,
quiso aprender el bolero,
y en un salto que hizo huero,
dió consigo en Palestina.
La emperatriz Josefina,
lo había así preparado,
por lo que mandó al donado
que, si el barbero venía,
le pusiese la bacía
que Noé, había inventado.
El Consejo de Castilla,
viendo un parto tan precoz,
se metió de hoz y de coz,
y por poco me los pilla.
Todo el pueblo de Sevilla,
fué testigo del enfado
con que en un auto acordado
dijo á todo el que leyese
que el mundo se compungiese
al verlo escandalizado.
En un lance tan atroz,
el arzobispo de Argel,
dispuso que nadie en él
pudiese comer arroz
Job, con semblante feroz,
se marchó sin más ni más
á pedir á Barrabás,
que le pusiese una espuela,
porque á todo esto, en la escuela
se hallaba Santo Tomás.
El gallo de la Pasión,
que se vió sin sus gallinas,
agarró por disciplinas
los cabellos de Absalón;
dióse á la vela en León,
y al pasar junto á Madrás,
el gigante Fierabrás
mató á César, que venía
borracho que se caía
y agarrándose á Caifás.
¿Quién había de creer,
después de visto lo visto,
que sólo por comer pisto
malpariese una mujer?
La astucia de Lucifer,
llegó á combinarlo así,
y en venganza Bardají,
armado con un cuchillo,
atravesó á Pepe-Hillo,
que por suerte estaba allí.
Junto á Oporto, estaba ya
en aquella época Suecia,
frente por frente de Grecia,
y camino de Alcalá;
y viendo que el ir allá
es lo mismo que ir allí,
el hijo del gran Mutfí,
mirando á Napoleón,
para hacer de comadrón,
dijo: «Venga un bisturí».
Sancho Panza y Fenelón,
Horacio y el rey don Juan,
el tío del padre Adán,
y el nieto de Salomón
marcharon en procesión,
en el trillo de Regás,
á visitar á Tomás,
y en junta que celebraron
la quina le recetaron
y el bálsamo de Malats.

Inédita, 1823.

Á LA LLEGADA Á ESPAÑA Y TRÁNSITO Á ESTA CAPITAL DE LA REINA NUESTRA SEÑORA

Soneto.

Pura como la luz de la mañana,
bella como la flor de la azucena,
feliz imagen de la Italia amena,
que en producirte se ostentó lozana,

Tal, por su dicha, á la región hispana
viènes, Cristina, y á tu vista suena
el eco del placer, cesa la pena
y huye al abismo la discordia insana.
Llega ¡oh Reina! á triunfar, y la amargura
que á tu esposo y tu pueblo entristecía
disipa con tu faz encantadora,
cual suele apareciendo en el altura
volver la calma al tormentoso día,
iris alegre que el cenit colora.—*M.*

El Correo Literario y Mercantil, 18 Noviembre 1829.

LETRILLA

Hoy doctores de la ley
son los que ayer fueron legos,
que en la tierra de los ciegos
el que tiene un ojo es rey.
Don Pedancio, el abogado,
vivió en Madrid, miserable,
y por necio insoportable
se mantuvo reputado.
Y luego me le he encontrado
en el lugar de Arzadegos
hablando con textos griegos
á aquella salvaje grey;
que el que tiene un ojo es rey
en la tierra de los ciegos.
El marqués de Forlipón,
vino á la corte á vivir,
y nadie pudo sufrir
su pedante protección.
Luego volvió á Mondrágon,
y allí, ejerciendo su ley,
parecía ser el bey
de aquellos pobres labriegos;
que en la tierra de los ciegos
el que tiene un ojo es rey.
Quedó pobre y arruinada,
vieja ya, doña Mencía,
y viendo que no servía
en la ciudad ya de nada,
se volvió desengañada
á vivir entre gallegos,
á hablarles de sus talegos
y sus peines de carey;
que el que tiene un ojo es rey
en la tierra de los ciegos.

Autógrafo inédito, 1827.

VISTA ALEGRE

Á la Sra. D.ª Josefa Martínez de Cabrero.

Mi afición á la poesía y mis paseos á Vista Alegre, han dado origen á este poemita, que me apresuro á ofrecer á usted, no como una composición de mérito, pues carezco del talento y del tiempo necesarios para producirla, sino como una prueba de mi buen deseo y fina amistad.
Besa los pies de usted,

R. de M. R.

No lejos de la orilla que hermosea
en lento curso el claro Manzanares,
Aquel que, si el raudal les escasea,
dicta las leyes á los anchos mares,

en sitio que los campos señorea
el regio Alcázar y mantuanos lares,
tiene su asiento una mansión hermosa,
templo feliz, donde el placer reposa.
Cuando volviendo la estación amena
el campo viste de las nuevas galas
y pura rosa y cándida azucena
céfiro bate con ligeras alas,
huyendo del aliento que envenena
y en que tu corrupción ¡oh corte! exhalas,
acorre allí la tímida natura
á ocultar su candor y su hermosura.
No la sigáis los que del mundo impío
buscáis incautos los falaces dones,
y á cambio de riqueza y señorío
trocasteis los venales corazones;
del bello campo el cándido atavío
no basta á contentar vuestras pasiones,
que á una alma que abrasó la sed del oro,
en vano Mayo ostenta su tesoro.
Empero los que ocultos, á despecho
de la gran corte, en los cerrados muros,
osáis gemir en el tormento estrecho
de esos dorados eslabones duros;
los que buscáis al fatigado pecho
más plácido alentar, goces más puros,
venid á Vista Alegre, que es convida
á gozar los encantos de la vida.
¡Oh, si á mi acento tan risueño asilo
describir dignamente fuera dado!
¿Mas cómo bosquejar mi tosco estilo
de tan bello recinto un fiel traslado;
el puro ambiente, el aspirar tranquilo
en que el ánimo yace enajenado,
el útil deleitar de sus placeres,
juegos, baños, paseos, belbederes?
No la aridez del carpentano suelo,
no del invierno la impresión umbría,
no del cierzo mortal el sutil hielo
que al vecino Madrid, la sierra envía;
mas antes sólo aquí su hermoso cielo
y el soplo encantador del Mediodía,
templado en los balsámicos olores
que exhalan del jardín las tiernas flores.
Ni brilla sólo de gentil natura
el esplendor que usara y la riqueza

cuando en Chipre apuraba su hermosura
por servir al amor y á la belleza.
Del ingenio y del arte la cultura
veréis en su mayor delicadeza,
y al tiempo que los dones naturales,
la grata sociedad de los mortales.
Apenas los primeros resplandores
lucen del nuevo sol, y con más brío
hacen reverdecer las mustias flores
que antes regara el matinal rocío,
en tanto que los tiernos ruiseñores
del valle al prado y desde el monte al río,
al compás de su célica armonía,
saludan gratos al naciente día;
¡Oh, cómo es dulce en el pensil ameno
vagar incierto y aspirar gozoso
el puro ambiente, de existencia lleno,
que juguetea entre el verdor frondoso;
ó bien del padre de la luz sereno
el brillo contemplar majestuoso,
desde la erguida artificial colina
que los arbustos del jardín domina!
Tal fué, sin duda, el éxtasis primero
en que feliz Adán, se alimentara,
cuando, señor del universo entero,
vió de los astros la armonía clara;
libre de pena, de interés grosero
el alma que á los cielos elevara
allí se reflejaba en fiel cotejo,
como en la faz de cristalino espejo.
Atónita la inquieta fantasía
recorre una región encantadora,
hasta que del fulgente dios del día
se siente la influencia abrasadora.
Del fuego entonce, que á la tierra envía
libra y defiende sombra protectora,
placeres mil la juventud agitan
y en juegos de destreza lo ejercitan.
Ya es el noble esgrimir de las espadas,
ya el arco del guerrero americano,
ya del billar las suertes combinadas
do fortuna y saber se dan la mano.
Y luego de las termas regaladas
que á las del griego igualan y romano,
á gozar en la nítida blancura
la grata sensación del agua pura.

¿Qué es ver después la regalada mesa
donde prodiga su riqueza y dones
natura, que vencida se confiesa
del arte á las sutiles invenciones?
La verde oliva, la carmínea fresa
ostentan sus sencillas perfecciones;
pero muy luego yacen olvidadas
al gustar de las salsas delicadas.

Y mientra el jugo del manjar sabroso
al cuerpo da vigor, que desfallece,
de amable sociedad el trato hermoso
también al alma su alimento ofrece.
Une á los dos el vaso bullicioso;
crecen los brindis, la alegría crece,
y de la mesa al agradable ruido
no se escuchan las horas que han corrido.

En tanto el sabio, con ardiente celo,
al alto belbeder su paso inclina,
y allí, rasgando de natura el velo,
sus ocultos secretos examina;
vuela su mente hasta el etéreo cielo,
y penetrando en la mansión divina,
arranca á la verdad un nuevo arcano
que en beneficio cede del humano.

Ved á su voz el rayo fulminante
su fuego dirigir al hierro agudo,
oid del trueno el ruido retumbante
que repetirnos con su ciencia pudo;
la lluvia y el relámpago brillante
y el resonar del aquilón sañudo,
todo á crecer nuestra ilusión conspira
y el alma duda tan veraz mentira.

Mas ya pasado el borrascoso juego,
ved repetirse en el cristal bruñido
del iris bello, el delicioso fuego
que la óptica ciencia ha producido;
del sol al rayo presentadle luego,
y su efecto visual entretenido,
en la cámara obscura, sombreados,
os dará los objetos animados.

Ó bien corriendo en el mental paseo
los sitios que el pincel reprodujera,
ante mis ojos sucederse veo
la varia historia de la humana esfera.
Ya es el romano circo giganteo,
ya del califa la ciudad guerrera,

y ya los restos de infeliz Palmira,
que, aún entre ruinas, el viajero admira.
Corren las horas y del sol los rayos,
huyendo á iluminar otras regiones,
á repetir se niegan los ensayos
y del cristal las varias ilusiones;
del rubio dios, siguiendo los desmayos,
desparecen las mágicas ficciones;
pero una realidad más lisonjera
las sucedió cuando el balcón se abriera
De allí se mira el abrasado cielo
en que refleja su dorada lumbre
la faz hermosa del señor de Delo,
que se ocultó tras de la erguida cumbre;
del lado opuesto su estrellado velo
tiende la noche por la azul techumbre
y la luna, en pausado movimiento,
sube á ocupar el alto firmamento.
Mas ¿qué bullicio por el aire suena?
¿Qué animación se siente? ¿qué alegría?
¿Acaso es ésta la mansión serena
donde tan grato se corriera el día?
¿Qué nueva gente sus pensiles llena?
¿Es realidad ó nueva ilusión mía?
Mas si del alma es ilusión tan sólo,
permítela pintar, divino Apolo.
Cruzan mil ninfas el jardín sombrío;
otras en juegos su destreza ostentan;
quiénes, rompiendo el aire con gran brío,
quiénes, danzando, su belleza aumentan.
Crece á su vi ta el entusiasmo mío;
mil objetos de amor se me presentan:
¿es Vista Alegre, lo que miro ahora,
ó es de Calipso la isla encantadora?
Sí, mirad á la diosa en la pradera
sentada en medio del virgíneo coro,
que une su voz acorde y placentera
al grato resonar de su arpa de oro.
La noche, que avanzaba en su carrera,
separa al eco del cantar sonoro,
y avergonzada oculta sus estrellas
ante Calipso, ante sus ninfas bellas.
Todas vencen al dios de los amores,
pero entre tantas que la vista admira,
como el capullo entre las bellas flores,
rinde las almas la gentil Amira;

nueva Eucharis, sus cándidos primores
modesta ignora y tímida retira,
y semejante á la purpúrea rosa,
cuanto se oculta más, es más hermosa.
Ora en rápidos giros circulando,
seguida de otras tres en su carrera,
va la sortija, diestra, arrebatando,
y burla á quien la sigue y las espera;
los ojos que la miran, ofuscando,
sólo á ella ven en la voluble esfera,
cual brilla sola en la órbita celeste
Venus, en medio de luciente hueste.
Ya subida en columpio sosegado
entrega al viento la rosada prora,
como se ostenta amaneciendo al prado
la faz riente de la bella aurora.
Ya al blanco que la muestran apartado
tira y acierta... Amira encantadora,
¿qué pecho habrá que niegue ser despojos
de los amables tiros de tus ojos?
Y si por dicha el corazón altivo
pudo mostrarse como piedra dura,
¿quién resistir al cándido atractivo
podrá de Jerisea y su dulzura?
¿Como huir de Lucinda el fuego activo
y de otras que redoblan su hermosura
cuando sus plantas bullicioso agita
el compás de mazzourka moscovita?
Mas ¡ay! cesan el baile y la alegría;
óyese el son de la fatal campana,
y al veloz giro de la rueda impía
rápido vuelo hacia la corte insana;
desparece la grata ilusión mía,
y al repasar la puente toledana,
con voz apasionada y lastimera,
de Vista Alegre, así me despidiera:
Sitio feliz, donde el vivir ingrato
olvidé de la corte y su tormento,
cuya memoria y plácido retrato
renovará mi triste pensamiento,
reine en ti siempre el cefirillo grato,
nunca te agite el huracán violento;
rayo terrible, vientos bramadores,
la mansión respetad de los amores.

Autógrafo inédito, 1829.

A MAHOMA (1)

Tú que metiste al mundo en un *zapato*
y al pueblo de Israel, tornaste *mozo*,
arojando su vieja ley á un *pozo*
y dándole el Korán, que es tu *retrato*.
Tú le dijiste: créeme, ó te *mato;*
y el pueblo, que miraba aquel des *trozo*,
su miedo cambia en gusto y albo *rozo*,
tan cómodo, encontrando tu relato.
¡Fuerte Mahoma! Por la media *seta*
que al cielo alumbra con color mar *chito*,
hoy de tu numen préstame una *teta*,
ó me oirás balar como un *cabrito*,
sin poder expresarte lo que *siento*;
pero ya de lo dicho me *arrepiento*.

Autógrafo inédito.

ROMANCE

AL EDITOR DE LAS «CARTAS ESPAÑOLAS»

Ya que cartas han de ser,
por cumplir con el prefacio,
ahí va ese romance burdo,
á manera de cartazo.
Yo, que soy un bulle-bulle
de los más desocupados,
sin otra cosa que hacer
que murmurar á destajo,
que tan pronto estoy aquí
como á doscientos estados,
ya en el canal ó en el río,
como dormido en un palco;
ya en elevada guardilla,
ya en un magnífico estrado,
ya comiendo en hostería,
ya con un duque cenando,
que oigo mil conversaciones
entre necios y entre sabios,
entre damas y fregonas,
entre condes y lacayos,
que de todas me aprovecho
y, en dictámenes contrarios,
saco la verdad desnuda,
cual los griegos la pintaron,
voy á dar á usted un consejo
y á decirle sin empacho,
cómo de sus *Cartas* corre
la opinión por estos barrios.
Quien al público dirige
sus impresos cartapacios,
á doscientas clases habla
si doscientos lo compraron.
Cómpralos un señorito
de los más almibarados,
de los de corsé sin tripa
y espolines sin caballo.
¿Qué busca en el papelote?...
Deletrear un retazo
de calzonaria doctrina
y el nombre de la *contralto*.

(1) Este soneto con pies forzados, lo improvisó el autor en una tertulia literaria.

Cómpralos su bella ninfa,
á no pedirlos prestados
(costumbre harto destructora,
pero frecuente más harto).
Si no incluyó el figurín
con la explicación al canto,
da el papel á los demonios
y al pobre autor á los diablos.
Cómpralos el padre adusto,
cuyos fondos agotaron,
de la caprichosa moda
los eternos sacatrapos.
Ve el dichoso figurín,
que á la chica gusta tanto,
y en colérico ademán
el cuaderno hace pedazos.
Los compra el politicón,
el que, por boca de ganso,
arreglar quiere las paces
entre rusos y polacos;
Se encontró con un soneto...
¡aquí fué Troya! Tirando
á las llamas el papel,
jura nunca más comprarlo.
Cómpralos el comerciante
que el azúcar y el cacao
convirtió en doblones, gracias
al desayuno diario;
si no le dicen los precios
del Guayaquil, Maracaibo,
Caracas y Soconusco,
se pone hecho un leopardo.
En fin, los compra el cadete,
la modista, el escribano,
el médico, la devota,
la duquesa, el literato:
aquél desea batallas,
una, moda, otro, alegatos,
quién recetas, quién sonetos
y dibujos y trisagios.
¿Un artículo tan sólo
á cada cual ha petado?
No basta, pues es preciso
que todo le llene el cuajo.
Y cuando salta la vieja,
¡ay, hija mía, qué caro ,
catorce reales al mes!,
con esto al aguador pago...
Lo que usted, en mi concepto,
debe hacer, y no me engaño,
es cada diez días dar
periódicos veinticuatro.
Uno, de modas relleno,
otro, versos rebosando,
aquél, vertiendo moral,
éste, recetas de emplastos.
Ponga usted además de esto
en cada uno, seis retratos,
un facsímil, un dibujo,
sinfonías á destajo.
Gaste el papel más hermoso,
carácter redondo y claro,
que fácilmente lo lean
las viejas y los muchachos.
Luego se vende, es muy justo,
cada pliego por dos cuartos,
de modo que un real nos cueste
número que tenga cuatro.
Así, aplaudiéndolo todos,
habrá suscriptores largos,
bendiciones al autor
y al papel mil agasajos...
Usted, como es regular,
va al hospital de contado;
pero esto no importa un bledo
si sus discursos pegaron.
Algo ha de sacrificar
al público literario,
pues gustar á todo el mundo
nunca fué gusto barato.

M.

Cartas Españolas, tomo I. año 1831.

SONETO

Como al venir la plácida mañana
brilla elevada en la celeste altura
la luz fulgente de la estrella pura,
signo del día, Venus soberana;
Síguela en pos la clara luz temprana
de aurora, cuya próvida hermosura
anuncia grata, á la feliz natura
de un nuevo sol la aparición cercana;
Tal á la España, amaneciendo el día,
brilló primero en Isabel, que adora,
lucero de salud y de alegría.
Luisa, le sigue venturosa aurora,
y del vecino sol la patria mía,
saluda á la brillante precursora.

R. de M. R.

El Correo Literario y Mercantil, 5 Marzo 1832.

Á LA INTERESANTE ACTRIZ

DOÑA CARMEN CARRASCO [1]

Naciste ayer en la española escena,
tierno capullo que en el prado crece,
y el blando soplo de la brisa mece
en la mañana del Abril serena.
Breve tu vida, mas de triunfos llena
en su primer albor ya resplandece,
y del vate las obras engrandece
de tu talento la fecunda vena.
Felice tú; si más de una corona
tu frente juvenil ciñe radiante,
el porvenir más lauros te asegura;
que un lauro al otro lauro, se eslabona
si el artista con fe sigue constante
su camino de glorias y amargura.

---

(1) Sin fecha ni firma. Se imprimió para un beneficio

BANDURRIANA

En el álbum de la Sra. Marquesa de R...

De una lira destemplada
y arrumbada en un rincón,
¿pretendes oir, señora,
sonidos que ya olvidó?
Que no en balde pasan años
helando la inspiración
y trocando en abejorro
al más dulce ruiseñor.
Si la voz cascada y débil
entona el ex-trovador,
fácil sería que el canto
se convirtiera en sermón.
Dícenme que eres gentil
de figura, de fé no;
Si ésto es así como dicen
y te conociera yo
al menos en un retrato
tamaño como un piñón,
exhumaría los trastos
de este, en otro tiempo, autor,
para decirte en su estilo
que eres bella como el sol,
que tus ojos son luceros,
que tu frente es de arrebol,
que tu boca es escondite
donde se cobija amor,
que tu cabello es su lazo,
que tu seno, su blasón,
tu talle su señorío
y tu voz... su misma voz.
Todo esto y más te dijera
en clásica prosa yo;
pero en cuanto á entonar versos,
bástame con la intención.
¿Y en qué página de tu álbum
habré de echar mi borrón?
Abrázome á la setenta,
coetáneo de ella soy;
con eso al final del libro,
y á manera de rondó,
entonaré el *De profundis*
á mi muerta inspiración.

Autógrafo. (Sin fecha.)

Á NAPOLEÓN

(TRADUCCIÓN DEL CÉLEBRE SONETO ITALIANO)

César igual á ti, la paz amada
tornó al mundo, que en sangre enrojecía;
César igual á ti, la hoguera impía,
venciendo como tú, dejó apagada.
César igual á ti, con férrea espada
á uno al trono ensalzaba, á otro abatía;
César igual á ti, cuando vencía,
tendió al alto poder la mano osada.
César igual á ti, de lauros lleno,
dando leyes del mundo á los tiranos,
de ídolo general cobró el tributo.
César al fin, y como tú los tienes,
alcanzó los honores soberanos;
para igualarte á César, falta un Bruto.

Autógrafo inédito. Sin fecha.

EN UN ABANICO

Abanico de una hermosa,
¿qué es lo que exiges de mí?
—Que escribas versos ó prosa.
—Mis versos son... poca cosa;
mi prosa... no cabe aquí.

Autógrafo.

LOS DOS SIETES

I

Siete y siete son catorce
sumados verticalmente;
pero puesto uno tras otro
hacen *once veces siete*.
Es número apocalíptico,
de cábala y sonsonete,
y al que llega á disfrutarle
le hace *setentón* dos veces.
Pendiente de dos escarpias
el vital hilo mantiene,
esperando á que le rompa
la guadaña de la muerte.
Tal con mi fe de bautismo
aquel número se aviene,
como nacido en el tres
de este siglo diez y nueve.
Señor editor, amigo,
con aquestos precedentes,
¿parécele á usted liviano
el empeño en que me mete?
Pedir versos á esta edad
es pedir jamón al viernes,
es pedir al olmo peras
y azucenas á Diciembre.
¿Quiere usted que en su *Almanaque*
del *ochenta y uno* alterne
quien puede ser su gemelo,
en el coro de las nueve?
Pidiéramelo en buen hora
por los años treinta y siete,
cuando empuñaban mis manos
el tirso de cascabeles;
mas ahora que roto yace,
sirviendo sólo el pobrete
para ornar en su portada
las *Escenas matritenses*;
y después, que en las *Memorias
de un setentón*, más recientes,
he agotado el poco jugo
de mi escuálido caletre;
vetusto autor jubilado,
¿quiere usted que me presente
en las tablas á arrostrar
los chicheos de la plebe?
Pero al fin mi voluntad
es grande, ¡así fuera fuerte!
y suscribo á su demanda,
ganoso de complacerle.
Alto, pues, peñola mía;
á mi yerta mano vuelve,
y si no una *satirilla*,
inspírame un *miserere*.

II

DON BLAS EL FILÓSOFO

Adiós, corte, que me mudo
harto de ver tus miserias,
cansado de tu falsía,
escándalos y flaquezas.
No más quiero ser testigo
del baldón, la desvergüenza
del ignorante atrevido,

del discreto sin conciencia.
En tus dorados salones
y en tus míseras viviendas,
la atmósfera corrompida
ruindades tan sólo engendra.
Aquí es virtud la osadía
y la timidez flaqueza,
la intriga al mérito vence
y al talento la destreza.
Amor, virtud, patriotismo
son aquí palabras huecas,
disfraces de otros instintos,
de otras pasiones caretas.
Omnia pro dominatione
serviliter es el lema
que del sagaz cortesano
en el escudo campea.
Por él empuña la espada,
por él brilla su elocuencia,
por él maneja la pluma
ó en la alta tribuna truena.
Por él adula al poder
ó bien le hace cruda guerra,
por él alucina al pueblo
y ó le somete ó subleva.
¿Veis á esos hombres de pro
alrededor de una mesa,
en banquete fraternal,
entre brindis y ternezas?
Pues en todos y en cada uno
bulle constante la idea
de derrocar al rival,
de suplantar al colega.
Envidia, ambición, rencores,
los móviles que aquí imperan,
y todos los medios son
buenos, si al fin se enderezan.
Y todo por alcanzar
del poder alguna pieza,
por lisonjear el orgullo,
por ostentar la soberbia.
¡Pobre aldea de mi vida!
¡Cuán distinta es tu existencia!
¡Cuán apacible tu trato!
¡Tu condición, cuán modesta!
Abre tus amantes brazos
para estrechar mi terneza
y oir de un desengañado
la voz amiga y sincera.
Adiós, pues, *¡oh confusión!*
¡oh corte! ¿quién te desea?
Yo soy el nuevo Argensola
que te apostrofa y te increpa.

—

Con tan santa indignación
hablaba don Blas Gurrea,
tronando, nuevo Catón,
contra la vil corrupción
de la corte lisonjera.
Pero tropezó don Blas
con un lote de los buenos,
y resultó... ¿qué dirás?
Que hubo un filósofo *menos*
y hubo un cortesano *más*.

(Firmado.) *Almanaque de la Ilustración*, año 1881.

MISCELÁNEA



SINGULARES VENTAJAS QUE RESULTAN DE MORIRSE [1]

El *morirse*, lo mismo que otras muchas cosas, tiene sus inconvenientes; pero también, en cambio, tiene sus ventajas. Recopilaré algunas de ellas.

Seguramente que no es para el *mendigo*, ni para el hombre *oscuro*, para quien es *útil* la muerte. Que el *mendigo* viva ó muera es cosa de poca importancia; ni su vida ni su muerte dejan el menor vestigio; los *registros mortuorios* lo mencionan solamente, y eso de un modo *insignificante y frío*. Cuando el *mendigo* se muere, lo único que ha hecho

(1) Alguno de los artículos de esta Sección debió formar parte de los anteriores de la obra, pero inclúyense aquí alterando la clasificación metódica que ofrecen. Tal sucede con los de crítica literaria, y sobre todo, con los cuatro humorísticos siguientes, muestra de los que el autor publicó á los diez y nueve años en *El Indicador de las Novedades, de los Espectáculos y de las Artes,* en cuyo *boletín* publicó en el año de 1822 otros muchos, entre los que pueden citarse «Las caricaturas», «Lo que está por probar», «Cosas que me admiran», «Ser ó parecer», «Del dicho al hecho», «El vecino», «El nuevo Plutarco», «Beneficios simples», «Hasta mañana», etc.; varios epigramas y algunas revistas de teatros, en los que alternaba con los otros dos redactores D. José María de Carnerero y D. José Joaquín de Mora. Los trabajos son, pues, de la misma época del folleto *Mis ratos perdidos,* alguno de cuyos capítulos se insertó en el tomo primero de esta colección y á cuyo éxito debió el autor su entrada en el periódico, de Carnerero.

ha sido trocar el *desprecio* con el *olvido,* y la *nulidad* con la *nada.*

Pero *muere* un hombre *rico*... un hombre *célebre*... Ese ya es otro cantar. Para él solo se reservan los beneficios de la muerte; él solo es (digámoslo así) el favorito de la *Parca.* El *gran personaje* ha muerto... es verdad; pero ¿cuánto no se habla de él? ¿Qué cosas no se dicen, cuando se le cita en las conversaciones y en la historia?... Su *memoria*, sus *manes*, sus *cenizas*, su *sombra,* etc., todas estas son palabras hermosas y retumbantes, que para él solo se han inventado. El *pobrete* que muere en la *oscuridad,* no tiene ni *sombra*, ni *cenizas*, ni *manes*, ni *memoria.* La muerte del *miserable* no transmite *sucesión* de ningún género.

Posea usted las *virtudes* más sublimes y el *talento* más recomendable, haga usted *versos* superiores á los de *Virgilio,* gane usted más batallas que *Napoleón*, ilustre usted la tribuna mejor que el mismo *Demóstenes*... y veamos de qué le servirán á usted todas esas admirables ventajas, mientras no tenga la muy oportuna de estar muerto... *Virtudes*, *entendimiento*, *servicios...* todo esto no valé nada hasta que llega el día del *De Profundis.* ¿Quiere usted saber, señor mío, cuándo empiezan los hombres á ser justos con usted? Pues esta hora no llega sino en el momento en que tiene usted la fortuna de ir al *cementerio.* He aquí, pues, el incomparable beneficio que le resulta al hombre *clásico* de *morirse.*

Pues tomémosla por la inversa. Vive un tirano, un ministro, un conquistador, y viven haciendo mal y siendo el azote de la humanidad. Y bien, ¿qué tenemos con *eso*?... *La hora fatal se acerca* (se me dirá), la muerte está encima y estos tales, temen el juicio que se va á formar de ellos. ¡Vana desconfianza! ¡Temor pueril! La justa censura de su conducta, sería considerada como una verdadera profanación. Abre uno la boca para criticarlos... y al instante nos salen al encuentro con aquello de... *La paz de los sepulcros; no conviene insultar á los fríos despojos de la muerte...* y otros cantares por el mismo estilo. Y gracias, si no se

nos dice, que el *muerto* fué fiel amigo, buen amo, esposo, etc. «*La patria* (se nos añadirá) *tiene que echarle en cara su conducta; pero su mujer no manifestó, jamás, la menor queja en contra suya. Él fué muy cruel, es cierto, muy cruel con las gentes con quien tuvo tirria... pero ¡qué amable, qué atento con aquellas que eran de su gusto! Desengáñense ustedes... tuvo sus marros, sus defectos, ¿quién no los tiene?, pero también poseía cualidades eminentes; y sobre todo ya se ha muerto, y atacar á los muertos es siempre una bajeza*».

Y vean ustedes de qué modo se nos tapa la boca y cómo el *muerto* ha sabido muy bien lo que se ha hecho, mientras nosotros, cediendo á una generosidad ridícula, esclavos de un pudor que no viene á cuento, cerraremos el pico y no *murmuraremos* del que, *viviendo*, no tuvo consideración alguna con sus semejantes. Así es como sacrificaremos á una *necia consideración*, los derechos de la justicia, de la razón y de la humanidad; así es como el que *no vivió sino para hacer daño*, habrá logrado una singular ventaja con sólo *morirse*.

R. DE M.

(*El Indicador de las Novedades, de los Espectáculos y de las Artes*, 1822.)



COSAS QUE NO HUBIERAN DEBIDO INVENTARSE

En este siglo maldito, cada uno ve las cosas según su capricho, y lo que sobre todo trae grandes perjuicios es la manía de las *innovaciones*, de las *invenciones*, y, por por poco se me escapa, de las *Constituciones*. Poco á poco... los que crean que he dicho una *herejía política*: todo consiste en explicarse.

Quiero hablar de las cosas que *no hubieran debido inventarse*, á fin de que lo *pasado* sirva de regla para lo *venidero*. Sí, señores, sí, lo digo con firmeza, sin miedo de que se me tenga por *servil*, porque, al cabo al cabo, *cada uno es cada uno*,

y en la casa de *naide*
no manda *naide*,
porque no sabe *naide*
cómo está *naide*.

¿Hay cosa más insoportable que esos espíritus amantes de la novedad? ¿Y no es la tal *novedad* una verdadera *peste* del cuerpo social, contra la cual es urgentísimo que se forme un *cordón sanitario?* Y si no, óiganse mis razones y digan los más *exaltados*, si voy descaminado en ellas.

Una de las cosas que *no hubieran debido inventarse*, es la *imprenta*. Verdad es que, entonces, careceríamos de la historia de *Fray Bernardino de Obregón*, y de los versos del

ínclito *Rabadán*, y del incomparable *Diario Viejo*, y de otros periódicos y folletos luminosos que no nombro y que admirarán á las futuras generaciones; pero, al cabo al cabo, producciones son éstas, de las que pudiéramos prescindir muy fácilmente, y lo mismo digo, tomándolo por otro estilo, de los escritos de *Voltaire*, *Rousseau* y otros filósofos, que por medio de la *diabólica invención de la imprenta*, se multiplican y propagan hasta lo infinito. Escritores hay (gracias que no cito sus nombres) que hacen circular sus mamotretos hasta en las cabañas de los pastores y que se atreven á abrir los ojos á los que los tienen cerrados y hablarles de libertad, de igualdad política, de tolerancia y de otras cosazas de este jaez que maldita la falta que hacen en este mundo. ¡No es mal escándalo!... Está visto que no haremos nada de provecho hasta que *quememos* los *librotes* y *fárragos* de semejantes filósofos, á los que los *imprimen*, á los que los *compran* y á los que los *léen*.

Otras de las cosas que *no hubieran debido inventarse* son el *dibujo*, la *pintura*, la *escultura*, artes que, á mirarlo bien, sirven para *exaltar* los tiempos *presentes* á expensas de los *pasados*. ¿Qué necesidad tenemos de ver en *estampas*, los hechos gloriosos de los valientes que se han sacrificado por su patria? ¿Á qué viene el pintarnos las acciones de *Daoiz* y *Velarde* y excitar el interés público con los bosquejos de su gloriosa muerte? Y qué, ¿no basta que los nombres de un *Riego*, de un *Quiroga*, de un *Arco-Agüero* corran de boca en boca, sino que también han de andar sus retratos colgados en las puertas de las librerías, como quien dice, para que se renueve más la memoria de sus hazañas y para que sus facciones sean conocidas de todo el mundo? Esto es más claro que el sol, y por estas y otras digo y repito que las tales *pinturas* y *esculturas* son unas verdaderas *locuras* y *diabluras*.

Otra cosa que también han *inventado* ahora, diz que es la *litografía*, que también se da la mano con las anteriores cosazas de que acabo de hablar y que, según me cuentan, propaga con suma facilidad el cuadro de los hechos me-

morables y los retratos de los hombres célebres. ¡Frescos estamos si el diantre de la *invención* pegase de firme entre nosotros!

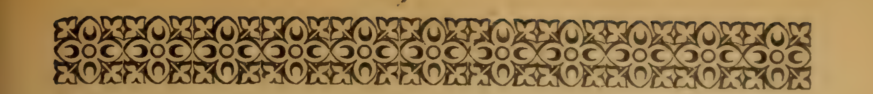
Y que, ¿les parece á ustedes que es *buena invención*, la de la comedia que llaman de costumbres? Vean ustedes el golpe mortal que *Molière*, dió á los hipócritas con su *abominable Tartufo*. Vean ustedes el que dió *Moratín*, á las *beatas*, con su maldita *Mojigata*. Con estas invenciones, desengañémonos, nadie está seguro; lo que se llama *nadie*. *Mañana* le sacarán á usted á colación, pasado mañana al vecino y esotro á mí. No hay que darle vueltas, atacar por medios tan directos las ridiculeces y los vicios, imprimirlos y ponerlos en escena, es una de las cosas que *jamás, jamás, hubieran debido inventarse.*

Sería *nunca acabar*, ponerse ahora á establecer la nomenclatura de las *cosas cuya invención es dañosa* y contraria á la felicidad de los hombres. Por supuesto que plantifico en primera línea, la *libertad* de la imprenta y la *enseñanza mutua* y los *papeles públicos* y otras mil zarandajas del mismo temple; pero temo que el artículo sea demasiado largo y no tenga *emboque*.

Y sería lástima, porque la publicación de este artículo interesa al *mundo entero*. El que escribe en el sentido que yo lo hago, puede estar cierto de adquirirse la estimación de todos los que son enemigos de las innovaciones, y que á buen seguro que, si se hubiesen hallado en el lugar de aquel famoso fraile del siglo XIV, no hubieran hecho, como él, *la tontería de inventar la pólvora.*

(Sin firma.)

(*El Indicador de las Novedades de los Espectáculos y de las Artes.*—**1822.**)



LA CAPA

Ya el invierno va mostrando su rígida faz, y ya los hombres van tapando la suya para ponerse al abrigo de sus furores. Varios son los muebles que con este objeto han inventado, pero entre todos ellos permítaseme dar la preferencia al utilísimo de *la capa*. Con efecto, ¿quién como ella reune la comodídad á la decencia y el bien parecer? Ninguno absolutamente.

Con *la capa* cubre el pobre su roto vestido, y al mismo tiempo que logra no tener el bochorno de que se le vean, le resguarda de las lluvias y demás inclemencias, prolongando así largamente su existencia dudosa y miserable.

Á *la capa* debe el elegante el sostenimiento de su reputación, cuando en un día en que el sastre le ha faltado ó se le han perdido las llaves ú otras mil fatalidades que pueden muy bien acontecerle, se cubre con ella, y como que echa un velo sobre su sistema elegante, que no á todos es dado penetrar.

¡Cuántos pícaros á quienes la justicia ha dado en perseguir han sido deudores á su *capa* de la libertad que gozan, contra la voluntad de Dios y del Gobierno! Y si les sirviera sólo para ocultarles, vaya en gracia; pero esta misma *capa*, encubridora de su persona, lo suele también ser de sus proezas, y esconder debajo de sus multiplicados pliegues las alhajas que su amo toma bajo su protección. Á

muchos de estos galafates los veremos sin camisa, pero raro será el que no lleve *capa.*

También los enamorados son satélites inmediatos de *la capa;* con ella, al mismo tiempo que hacen una seña á sus queridas, se ocultan á sus padres, maridos, hermanos, amigos ó testamentarios, y embozándose unas veces á la española, otras á la francesa, otras á la rusa, suelen aparecer á los ojos de éstos bajo mil formas diferentes, en tanto que siempre son los mismos.

Por último, todo lo que se hace *de ocultis* está protegido por *la capa;* los pájaros de mal agüero acuden también á ella para que no se oigan sus graznidos, y luego, como da la casualidad de que siempre andan solitarios y descarriados, no es extraño que para resguardarse se envuelvan en sus grandes pliegues.

Después de lo dicho, nadie negará las mil y una ventajas de este preciosísimo ropaje. Tiene además, para nosotros, la de ser privativo nacional, de modo, que el mismo que en España se cubre con *la capa,* en Francia se descubriría, y á dos leguas que le divisaran se dirían al oído los franceses: *Voilà un espagnol.*

R. DE M.

El Indicador de las Novedades, los Espectáculos y las Artes. 31 Octubre 1822.



HA SIDO... ES

DESGRACIADO aquel á quien el transcurso del tiempo, de este maldito viejo que todo lo cambia y lo trastorna, ha puesto en la dura precisión de renunciar al *es* y contentarse con el triste *ha sido.* Desgraciado una y mil veces si esto le desespera, porque á cualquier lado que se vuelva á todos oirá decir: «*Ha sido* un genio dulce y apacible, pero en el día *es* un basilisco».

Al ver á Lisarda á lo lejos, bien compuesta y aderezada, al verla, digo, dirigirse hacia mí, con aquel aire encantador, con aquel color precioso, no dejaré de decir: «La que allí viene *es* una buena moza». Pero llegará á donde yo estoy, y después de reparar ciertas arrugas que desfiguran su hermoso semblante, no podré menos de exclamar: «No lo *es*, que lo *ha sido*».

Revolviendo mamotretos me encontraré, tal vez, con algunos papeles del tiempo de la primer época de la libertad; leeré bellos discursos, soberbias protestaciones y diré entusiasmado: «*¡Fulano es un gran patriota!*»... Pero la casualidad me pone en las manos un folleto que sale aquel día, cuya reflexiones sobre el patriota me convencen y, aunque con sentimiento, tendré que confesar que lo *ha sido*.

No hace mucho tiempo me hallaba yo leyendo cierto famoso libro, y al ver sus sales y su profundo ingenio, no

dudé un momento en decir: «Su autor *es* un grande hombre». Pero dióle la gana al tal, por aquel entonces, de publicar un papelito que de todo tenía menos de admirable, y me convencí de que ya no *es* lo que *ha sido*.

¡Cuántos y cuántos en tiempo de la Independencia prodigaban á muchos guerrilleros los más heroicos dictados! «Fulano *es* un héroe», decían á boca llena; pero después de haber visto al tal fulano tomar las armas contra su misma patria, ¿con cuánta repugnancia no deberemos concederle aún el *ha sido*?

El tiempo, es verdad, convierte lo nuevo en viejo, lo hermoso en feo, lo fuerte en débil; pero las opiniones de los hombres, siendo buenas, deben resistirle.

Una vieja no debe avergonzarse de que la digan que *ha sido* joven y hermosa, y que *es* vieja y fea; un hombre fuerte no debe acongojarse por parecer débil y viejo; pero el hombre que *ha sido* patriota y *es* un traidor, el que *ha sido* hombre de bien y *es* un pícaro, debe huir de las gentes, por miedo de que los recuerdos de lo que *fué* lleguen á herir sus oídos.

R. DE M.

El Indicador de las Novedades, los Espectáculos y las Artes. 31 Octubre 1822.



LA VIDA ESPAÑOLA

PROYECTO DE UN DICCIONARIO DE COSTUMBRES ESPAÑOLAS

(Esbozo fragmentario de una idea curiosísima que no llegó á realizar el autor, y cuyo autógrafo, sin fecha, conservamos los hijos.)

Alguacil.
Auto de fe.
Alcalde.
Albalá.
Alcahueta.
Andaluces.
Aragoneses.
Asturianos.
Asonante.
Alcaicería.
Abacería.
Almodín.
Abadesa de las Huelgas.
Alférez real.
Abanico.
Abarcas.
Abastos.
Abate.
Agur.
A los pies de usted.
Adelantado.
Alhambra.
Alcázares.
Amantes de Teruel.
Albufera.
Altoli (¿Aléoli?)
Azotados.
Alcancía.
Azucarillos.
Auto sacramental
Antruejos
Arzobispo.
Aguinaldo.
Alhucema.
Ama de cura.
Arrope.
Andorra.
Alcarraza.
Alcana.
Arcaduz.
Acroy.

Bolero.
Basquiña.
Bululú.
Buldero.
Brisca.
Belenes.
Brasero.
Barbero.
Bastán.
Baratero.
Batelera.
Beneficio simple.
Barragana.
Buen Retiro.
Batuecas.
Baile de candil.
Bateo.
Bagajes.
Bachiller.
Besamanos.
Beso á usted la mano.
Bandolero.
Bula.

Cachucha.
Corraleras.
Cambales.
Caireles.
Curro.
Currutaco.
Clerizonte.
Contrabandista.
Caña.
Coso.
Cuatropea.
Calesero.
Corrillo
Concejo.
Consejos.
Comedia famosa.
Capa.
Cofradía.
Cané.
Corruco (¿Corrusco ó Corrugo?)
Compostela.
Caramba.

Ca...
Carape.
Caray.
Cáspita.
Cachirulo.
Compadre.
Carta puebla.
Canónigo.
Coche de colleras.
Comadrona.
Castellano.
Catalán.
Cortes.
Cédula de comunión.
Canarias.
Coll.
Colación de Nochebuena.
Carnestolendas.
Concha.
Coleto.
Celosías.
Cachas.
Corregidor.
Cédula de preeminencia.
Cesante.
Camarilla.
Consulta.
Cámara.
Condestable.
Ceca.
Catedrales.
Corporales de Daroca.
Campana de Velilla.
Cruz de Caravaca.
Carraca (La).
Casola.
Coroza.
Casa á la malicia.
Casa de la Cadena.
Caballero.
Cortejo.
Compañía de Filipinas.
Castañuelas.
Capilla de la cárcel.
Cochino de San Antón.
Carga concejil.
Ciegos.
Cornucopia.
Condecoraciones.
Capitán general.
Capitán en guerra.
Covachuelo.
Cencerrada.
Calañés.

Caló.

Dueña.
Don.
Dulzaina.
Doncel.
Dehesa
Diputado.
Daga.
Dotòr.
Donado.

Espolista.
Escribano.
Estudiante pauper.
Escopetero.
Encantes.
Espolón.
Escapulario.
Estrechos.
Estremeños.
Estera.
España.
Estafermo.
Entierro de la sardina.
Expediente.
Espingarda.
Emplumada.
Excelencia.
Encomiendas.

Fandangos.
Fiel de fechos.
Frailes.
Fulano.
Fungueira.
Filipinos.
Farinato.
Frasquito.
Ferias.
Figurón.

Gaita.
Guitarra.
Garnacha.
Gangarilla.
Golilla.
Guerrillero.
Gitanos.
Ganapán.
Garrofas.
Gallegos.
Gritos de Madrid.
Gregüescos.
Gorguera.
Gigantones.
Guía de forasteros.
Gobernador del Consejo.
Gran maestre.
Gazpacho.
Gramática parda.
Gazapón.
Grande de España.
General.
Gentilhombre.

Habas verdes.
Hermandad (Santa).
Hidalgo.
Hipocrás.
Hábito.

Chispero.
Chulo.
Charrán.
Chesa.
Chufas.
Chamberga.
Chacina.
Chanfaina.
Chacolí.
Chocolate,
Chicharra.
Chaqueta.
Chamberí.

Jota (La).
Junta.
Jaque.
Jaleo.
Juro.
Judería.
Justicia de Aragón.

Lavapiés.
Laviña.
Lanas.
Lola.
Lechuguillas.
Lechuguino.
Lazarillo.
Licenciado
Liceo.

Muñeira.
Manchegos.
Manolos.
Mantilla.
Manteo.
Majo.
Mayoral.
Marsellés.
Merienda.

Mediator.
Mus (El).
Mesta.
Mancebías.
Misa de dos.
Monaguillo.
Madrileños.
Mallorquines.
Mazapán.
Montañeses.
Murga
Merinas.
Maestrescuela.
Monumento.
Maza.
Morcilla.
Mondongo.
Mariquita.
Mayo.
Meritorio.
Moraíoria.
Matriculados.
Modrego.
Mostillo.
Molletes.
Millones.
Manda pía forzosa.
Maravedí.
Migas.
Miga (La).
Macarena.
Mayorazgo.
Mortaja.

Navaja.
Navarro.
Novillos.
Nombres.
Novios.
Nazareno.
Noria.

Ñaque.

Olla podrida.
Olé.
Once (Las).
Obispo in partibus.
Ordenes militares.
Orden tercera.
Obra prima
Obregones.

Paspié.
Pandero.
Peralbillo.
Presidio.
Pronunciamiento.
Pipirijaña.
Picador.
Prado (El).
Puerta del Sol.
Perchel.
Procesión.
Particular.
Pu...
Pasiegas.
Pareja.
Paco.
Pelar la pava.
Procurador síndico.
Pendón y caldera.
Paleto
Paseante en corte.
Pobre vergonzante.
Patacón.
Paso honroso
Pupilera.
Pecado mortal.
Paz y Caridad.
Panecillos de San Antón.
Principio.
Puertos.

Quintas.
Quadrillero.

Rambla.
Rastro.
Romería.
Rifa.
Rey de los patones.
Reyes magos.
Rufian.
Redecilla.
Riojanos.
Resguardo.
Retruécano.
Ropilla.
Ronda.
Rollo y picota.
Regidor.
Ropa vieja.
Romance.
Rabel.
Sainete.
Sacramental.
Santiago.
Sacristán.
Senado.
Sortijas.
Serenata.
Segador.
Seise.
Soto de Roma.
Sierra Morena.
Sierra Nevada.
Sierra Bermeja.
Serranos.
Siesta.
Saetilla.
Semana Santa.
Sambenito.

Tuna (La).
Triana.
Toros.
Toreros.
Tizona.
Turrón.
Tabaco.
Tonadilla.
Tula.
Tarasca.
Trompeteros.
Toros de Guisando.
Tinta de Rota.
Torre vigía.
Tirana.
Tumba y hachero.
Título de Castilla.
Tertulia.

Vírgenes.
Vueltas de San Antón.
Vizcaínos.
Valencianos.
Velada de San Juan.
Velaciones.
Viático.
Veredero.
Villadiego.
Ynquisición.

Ysidro (San).
Yndianos.

Zapateado.
Zocodover.
Zacatín.
Zagal.
Zarzuela.
Zamarra.
Zorzico.
Zambomba.
Zandunga.
Zamarramala.



FRAGMENTOS DE UN DIARIO DE VIAJE (1)

ACABABAN de dar las tres de la mañana. Una luz artificial improvisada en mi habitación me arrancó penosamente del sueño débil, que la fatiga de mi imaginación me había permitido dos horas apenas. La víspera de un viaje no se duerme, por lo regular. Ocupada la idea en resolver el problema de si los peligros y sinsabores á que aquél nos expone, deben pesar más en la balanza de la

---

(1) El escaso aliño de estas impresiones, revela que el autor se cuidó más de fijarlas que de su pulimento definitivo, pero así y todo inclúyense como reflejo curioso del modo de viajar por España, en el primer tercio del siglo XIX y la sensación de verdad con que ofrece la vida de algunos pueblos y ciudades. El fragmento comprende sólo una mínima parte del viaje, realizado en 1833, durante el cual recorrió el autor por primera vez buena parte de España, Francia é Inglaterra, de cuyas enseñanzas fué provechoso fruto, á su regreso, la memoria que tituló *Rápida ojeada de la capital y de los medios de mejorarla*. Deja presumir el interés que hubiera ofrecido el resto de la narración, el siguiente plan que, con los comienzos del viaje, es lo único que escribió.

Tabla de materias:

1.° Salida de Madrid. Mis compañeros de viaje. La Mancha. El puerto de Almansa. Llegada á Valencia.

2.° Valencia. El Miguelete. Las calles. Industria y comercio. Artes. El peluquero Pedro Pérez. El Cabañal. Paseos y diversiones. Iglesias. Carácter provincial. Alrededores de Valencia. La Albufera. El tribunal del Riego El Cabañal y el Cañanelar. San Miguel de los

razón, que los placeres que nos promete, lucha con una indecisión penosa hasta que llega el momento de partir.

Y era lo que me sucedía en aquel momento. Sin embargo, la misma razón me hizo ver que aquélla no era ya la ocasión de reflexionar y si de obrar. ¡Qué remedio entonces! Vestirse precipitadamente, recoger los avíos de marcha, abrazar á unos, regañar á otros, dejar chillar y rabiar á todos y tomar precipitadamente el camino de la diligencia.

Ya ésta se hallaba á punto de marchar y yo, que por el asiento que ocupaba era el primero que debía montar, llegaba el último. Un minuto más de detención y me hu biera quedado en Madrid.

Tomé, pues, posesión de mi esquina de cupé, á despecho de mis dos compañeros, que ya contaban sobre mi pereza para ir más holgados, y subiendo también el mayoral á su asiento y los escopeteros sobre cubierta, entre los adioses,

---

los suspiros, las voces y chasquidos de costumbre, salió á rodar la inmensa máquina, cuando la primera luz de la aurora nos empezaba á anunciar la proximidad del día.

Cierto que el presenciar la salida del sol en una mañana de Agosto, aunque sea á las orillas del Manzanares, es un espectáculo interesante, y que un poeta aprovecharía la ocasión, de hablarnos de los cambiantes de la luz y de los iris nacarados; pero yo, que no soy poeta y que además tenía sueño, hubiera dado todos aquellos cambiantes por un cambio de postura en mi cama.

Pero, en fin, la luz se aumenta, el sueño se disipa, la conversación empieza á animarse, el ruido y el movimiento del carruaje infunden alegría, y todas estas cosas reunidas, empezaron á hacerme creer que había hecho bien en levantarme.

Sin embargo, la campiña de Madrid, no es la más á propósito para hacer olvidar el sueño. Aquellos campos tran-

---

Columna. Les boulevards. Teatro Francés. Academia Real de Música. Otros teatros. La Bolsa. Cortesanía francesa. El Rey de los belgas en París. Revista de la guardia nacional. Entierro de Víctor Ducange. Las librerías. Marie... La Biblioteca Real. Las horas de París. Los restauradores. Tortoni. Los ómnibus. Coches de alquiler. Notre Dame. Saint Sulpice. Panteón. Cementerio del Père Lachaise. Sepulcro de Moratín. La niebla. El Hotel Dieu. Delavigne y Víctor Hugo. Los Inválidos. Establecimientos de beneficencia. Los españoles en París.

11. Versailles. Saint Cloud. Saint Germain. Sevres. Saint Denis. Montmorenci. Ermenonville.

12. Salida de París. Beauvais. Amiens. Calais. El Canal de la Mancha. La llegada á Inglaterra.

13. Douvres. El Hotel Inglés. La aduana. La diligencia inglesa. La campiña. Gravessend. Cantorbery. Llegada á Londres.

14. London. Coffe Housse. Míster Leigt. Las calles. Las tiendas. San Pablo. Wertsminter. La Torre. Miss Perera. Cicerone español. Jockey negro. Nacional Gallery. Teatros de Cowent Garden y de Dnory Laine. Ópera italiana. Tabernas. East India. Doks. Greenvich. Los puentes. Zoological Garden. Green Park. Hyde Park. Regent Street. Squares. Los españoles en Londres. El General Mina. Iglesias protestantes y de otros cultos. Capilla católica de Baviera.

15. Salida de Londres. El viajero español. Birmingham. Las

quilos y desnudos, aquella soledad de los caminos, aquella falta absoluta del movimiento y vida, sin las casas de placer, los arrabales, palacios, fábricas y monumentos, que revelan la cercanía de otras ciudades, son circunstancias las más á propósito para mitigar, en parte, la pena que se debe sentir al dejar nuestra capital.

Por otro lado, yo caminaba hacia Valencia, y las deliciosas márgenes del Turia, ofrecían á mi imaginación un contraste tanto más chocante con las del Manzanares, cuanto que la comparación venía de boca de dos compañeros, ambos vecinos de Valencia y entusiastas de ella como todos los valencianos.

No tardé en saber por boca del más joven, que era un oidor de Zaragoza, que iba con licencia á su pueblo, y del otro que era un viejo administrador de un duque. Ellos me enteraron, también, de que en el interior venían un joven conde valenciano casado con una señorita de Madrid,

---

fábricas de hierro. La noche en las cercanías de Birmingham.

16. Manchester. Fábrica de tejidos. El Hotel Royal. Por la noche. Comida inglesa. Míster Lucas. Calles y edificios. D. Vicente González.

17. *Rayl-wais.* Camino de hierro. Liverpool. Los diques. Fábricas de hierro. La ciudad.

18. Regreso á Londres. La Nochebuena.

19. Regreso á Douvres.

20. Regreso á Calais.

21. Regreso á París. El día de Año Nuevo. Despedida de París.

22. Viaje á Bordeaux. Tours. Orleans. Angouleme. Bordeaux.

23. Viaje á Toulousse. Toulousse.

24. Viaje á Perpiñán. Entrada en España.

25. Regreso á Barcelona. El Carnaval en Barcelona.

26. Viaje á Zaragoza. Zaragoza. Regreso á Madrid.

Se prolongó el viaje desde principios de Agosto de 1833, hasta fines de Enero del 34, siguiendo dicho itinerario según nota que precisa las fechas; sensible es que no prosiguiese su relación en lo relativo á Inglaterra, sobre todo, pues gran parte de sus impresiones en Francia y de su visita á París las aprovechó, y aun capítulos enteros escritos entonces, según él mismo asegura, para sus conocidos *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica en 1840 y 41*, obra muy superior á los presentes apuntes en galanura de estilo y profundidad.

un fraile de Mataró, una señora de Tarragona y otros varios personajes, formando una quincena de pasajeros, de los cuales el más instruído iba en la rotonda y era, según después averigué, un sombrerero de Barcelona.

Una diligencia es una república verdadera. Cierto que las tres divisiones de berlina, interior y rotonda establecen alguna diferencia de jerarquías, pero esta diferencia es casi imperceptible y, sobre todo, cesa absolutamente, en el momento de descender del carruaje. La primera comida basta para identificarnos con todos los pasajeros, viendo en ellos otros tantos compañeros de riesgos ó de fortuna.

Esta primera comida, hecha en Ocaña, á las once de la mañana, después de haber atravesado en el ardor de la canícula nueve leguas mortales, por fortuna interrumpidas por las deliciosas arboledas de Aranjuez, este oasis encantador, que parece enclavado en medio del desierto, esta primera comida, repito, tiene tanto agrado más, cuanto que se verifica en una posada agradable, verdadero tipo de las casas de la Mancha, con su patio cuadrado y circuído de galería, sus pozos ó aljibes, tiestos de mirabeles y toldo que le resguarda de los ardores del sol, numerosas habitaciones, frescas y limpias, sala de comer, regada y sombría, posadera fresca y franca y mesa abundante y sana.

Pero las inmensas y solitarias llanuras de esta misma Mancha, nos esperaban después. Aquella silenciosa uniformidad de los amarillos campos de trigo y de cebada, no agitados por el menor soplo de viento; aquellas torres que nos ofrecen el término de nuestro viaje, cinco y seis horas antes de llegar á él; el recogimiento de los habitantes en el interior de las casas, y, sobre todo, un sol ardiente y perpendicular, reflejado en la extremada blancura de la tierra y de las habitaciones, todo esto nos había infundido un sueño letárgico, y yacíamos en él, sin aliento apenas para respirar.

El mayoral y el zagal, en cuyas bocas no se oían ya las seguidillas y la jota, parecían descansar también y dejaban

á las mulas el cuidado de conducirnos á su arbitrio; sin embargo, no dormían del todo. Un vivo coloquio entablado entre los dos, miradas penetrantes y escudriñadoras á todos lados, y, más que todo, un silbido del mayoral para avisar á los escopeteros que iban arriba, nos arrancó á nosotros de nuestro letargo, para revelarnos que corríamos algún riesgo. — ¿Qué es eso, mayoral? preguntamos precipitados. — Nada, nos dijo, con una sonrisa fingida, y señalando hacia un punto negro que se divisaba al través de la llanura, y que mis compañeros dijeron ser un hombre á caballo. — Pues qué, ¿hay temor de ladrones? — No, pero anteayer estuvo Antoñito en este mismo sitio y atacó á unos arrieros que venían del Quintanar. — Pero á la diligencia es otra cosa...—¡Oh! á la diligencia hace ya cuatro viajes que no la roban. — ¿Es posible? ¿conque también?... —Toma, en la Mancha no es extraño.—Pero, en fin, aquel hombre. . — Aquel hombre nos sigue desde el Corral, y yo creo que es de la partida de Antonio. — ¿Conque es decir que vamos á ser robados? — No, hoy no. — Será mañana. —¡Oh! para mañana ya veremos; salvemos hoy, que es lo que importa. En esto siguieron los dos su coloquio en voz baja, riéndose y mirando al hombre á caballo, que parecía seguir á lo lejos los movimientos de la diligencia. El oidor, que no le perdía de vista, escondió en el coche su pasaporte, á fin, dijo, que no sepan que soy juez; el administrador viejo, ocultó también algún oro, y todos nos dispusimos á esperar tranquilamente el desenlace; pero, por fortuna, el coche siguió su camino, el aparecido desapareció de nuestra vista, y á las seis de la tarde, entramos tranquilamente en el Quintanar.

Reunida en la sala baja toda la tripulación de la diligencia, nos comunicamos nuestros mutuos temores. Quién aseguraba haber visto veinte hombres; quién había oído á lo lejos algunos tiros; cuál desconfiaba del mayoral; cuál decía saber, de fijo, la traición de los escopeteros, antiguos ladrones en este mismo camino; los posaderos tampoco nos aseguraban, antes bien, contándonos lances de los días anteriores, aumentaban nuestros temores más y más, y, en

su consecuencia, todos convinimos en que á la madrugada siguiente íbamos, sin duda, á ser robados. En su consecuencia, insinuamos al mayoral que no saldríamos hasta que fuera de día. Con estas esperanzas, cenamos no muy alegremente, y aunque la joven Condesa nos favoreció con algunas contradanzas y galopes en un piano que, aunque malo, demostraba los progresos de nuestras posadas, no por eso consiguió hacer olvidar el objeto de la conver sación general.

Mas á pesar que al día siguiente salimos mucho antes de amanecer, pasando de noche el sitio más peligroso, que es un monte antes de llegar á la Mota del Cuervo, nada desgraciado nos aconteció, con lo cual y con la luz de la mañana, que se venía andando más que aprisa, y los primeros rayos del sol, que no tardaron en aparecer, volvimos á recuperar nuestra alegría, tanto más cuanto que á la derecha veíamos las torres del Toboso y el bosque donde esperó Don Quijote, el resultado de la embajada de Sancho, y á la izquierda la línea de molinos, que tan gigantesco papel juegan en aquella novela, más verdadera que muchas historias. El resto de aquel día, no nos ofreció más incidente que la conversación del mayoral con el famoso D. Pedro, dueño de los tiros de mulas, desde el Quintanar hasta la Gineta, que tomó asiento en la delantera del coche durante algunas leguas y nos enteró de todas las cualidades de sus mulas, y una pequeña disputa que movió el fraile en la posada de Minaya, porque siendo día de vigilia se nos servía la comida de carne. Sin embargo, el hambre era fuerte, y los escrúpulos cesaron en el momento de sentarse á la mesa. Por lo demás, llegamos al anochecer tranquilamente á Albacete, donde al momento nos encontramos rodeados de hombres y mujeres, que nos ofrecían puñales, cuchillos y navajas de todos los gustos y para todas las necesidades. No hay que extrañarlo; es la fruta de aquel país, aunque nuestras leyes prohiben su uso justamente. Sin embargo, ¿por qué privar á aquellas gentes de la venta de sus manufacturas? Además, que están disimuladas en extremo con inscripciones elegan-

tes como «Toma, dulce bien mío», «Amada prenda» y otras así edificantes y capaces de *penetrar* hasta las entrañas.

Después de haber oído la misa que el buen religioso nos dijo á la una de la mañana, continuamos nuestro viaje, sin que hasta Almansa, dondo paramos á comer, nos ofreciera cosa interesante. Después de aquella ciudad se atraviesa el puerto de Almansa, formidable cordillera que separa el reino de Valencia, de la provincia de Murcia, y yo salvaba aquel límite con tanto más deseo, cuanto que todos los valencianos me habían repetido que vería otro mundo en pasando el puerto de Almansa. El aspecto de la campiña iba, en efecto, variando á medida que descendíamos de la montaña. Fértiles campiñas, valles encantadores, colinas cubiertas de olivos y de viñas habían sucedido á las dilatadas llanuras y agrestes picos de la montaña. Sin embargo, el ardor del sol, el viento fuerte, que levantaba una gran polvareda, y más que todo el empeño del oidor en mantener abiertas las ventanas del coche para saciarse en ver el país, me hacían desdeñar sus bellezas y aun no encontrarlas dignas de las ponderaciones que se me habían hecho. Sin embargo, cuando empezó á caer la tarde y la atmósfera se iba refrescando, cuando llegamos al pintoresco sitio de la Venta del Conde, en que habíamos de pasar la noche, cuando, asomado á sus balcones y percibiendo la fragancia de las flores, vi salir la luna por detrás de un ribazo, que tenía enfrente, cuando, en medio de la calma de aquella hermosa noche, oí cantar á la guitarra una rondalla valenciana y escuché por primera vez, el dulce lenguaje limosino, no pude menos de variar de concepto y desear que viniera el día para saborear el hermoso cuadro que se me iba á presentar.

Mas por qué tanto los señores valencianos, formaron sin mi noticia una conjuración y ganando al mayoral dispusieron salir á la una de la noche. Verificóse así, con efecto, y por una desatención marcada para con un forastero que venía á ver su país, me hicieron atravesar en las tinieblas una gran parte, y sólo después de pasar el Júcar, en la

barca, y al auxilio de una débil luz que empezaba á apuntar; pude dilatar la vista por aquella campiña deliciosa Pero desde aquel momento, hasta de allí á tres horas que entramos en la ciudad, ¡qué sensaciones tan deliciosas experimenté! ¡Con qué asombro me vi transportado en el rigor de la canícula á todo el verdor y lozanía de Abril! Los olivos, las viñas, los arrozales, el maíz, la caña, el plátano, el chirimoyo y mil y mil plantas, ostentando sus matices diferentes, formaban á mi vista una inmensa alfombra, un espeso bosque, interrumpido únicamente por el camino que seguía, á cuyas orillas venían á alinearse las plantas ó á mezclar sus copas en la altura. Por otro lado la inmensidad de habitaciones campestres, derramadas por todo el contorno, el bullicio y animación continuada del camino, el traje morisco, la elevada talla de los valencianos, montados á horcajadas sobre las mulas, la esbeltez y belleza de las aldeanas, los jóvenes elegantes á caballo, las damas medio ocultas en sus misteriosas tartanas, el ruido de las campanas de la ciudad, los pintorescos lugarcillos, los caseríos, las *barracas* que á cada paso se multiplicaban á mi vista, los arrabales de Valencia, inmensos y poblados; Valencia, en fin, circundada de muros árabes, que me recordaban la conquista del Cid, todo esto me constituyó en un estado tal de sorpresa y de contento, que acaso ningún otro sitio me lo ha inspirado jamás. Los valencianos, no bien se vieron en su ciudad, me abandonaron con aquella ligereza é inconstancia, con que algunos minutos antes me habían ofrecido su amistad, y yo, un poco picado de su proceder, atravesé las estrechas calles para ir á descansar á la posada.

II

La descripción y vida de la ciudad del Turia, la publicó el autor en el «Semanario Pintoresco» con el título «Valencia», cuyo artículo queda comprendido en el tomo I de esta compilación.

. . . .

III

La salida de un pueblo como Valencia, donde al clima apacible y la tierra fértil, se reune también, el alegre carácter y la delicada cortesía de los habitantes de las clases acomodadas, debe ser penible para el forastero, por poco que haya disfrutado de aquellas circunstancias. Yo, había permanecido quince días justos; tenía ya relaciones estimables que me era sensible interrumpir, porque en Valencia, como en Andalucía, se estrechan pronto las amistades, si bien acaso pueda haber el temor que no sean tan sólidas, como las que se forman más despacio en otras partes.

Después del arrabal llamado calle de Murviedro, se encuentra, á la derecha, el suntuoso monasterio de San Miguel de los Reyes, monumento sólido y, si notable por su bella arquitectura, más aún por el tesoro de su biblioteca, en donde se conservan códices antiguos y manuscritos rarísimos, adornados con preciosas viñetas cuyos dibujos y colorido, son la admiración y pasmo de los conocedores. Entre otros hay una copia del *Romance de la rosa*, en francés, y otra, primorosa, de *La divina comedia,* del Dante. Es lástima que no sea más conocido aquel precioso archivo, el cual, á pesar de haber sufrido pérdidas considerables, encierra objetos de un sumo interés. La cortesía de aquellos religiosos es tal, que á la simple demanda de un forastero, le entregan el catálogo de los códices y le enseñan el que desea ver, haciéndole el padre bibliotecario una relación bastante exacta.

Acabado el arrabal y pasado el monasterio, sólo queda el consuelo de despedirse del paraíso valenciano, admirando á uno y otro lado la feracidad y excelente cultivo. El sistema de riego de la huerta de Valencia, es tan ingenioso que ha dado lugar á que los extranjeros vengan á estudiarlo y publiquen obras describiéndolo; tal hizo Mr. N... que mereció un premio de la Academia de París.

Este sistema existe en los mismos términos que en tiempo de los árabes, y se aprovechan de tal modo las aguas

del Turia, que cuando pasa por bajo los suntuosos puentes de Valencia, apenas lleva la mitad de sus aguas. Pero lo más notable, de este sistema es el tribunal llamado del Riego, que existe desde el tiempo que aquél se regularizó; es compuesto de los mismos labradores propietarios, que nombran síndicos ó representantes en cada distrito, componiendo todos el número de seis, y bajo la presidencia del más antiguo forman, con su alguacil, el tribunal, que se reune y da audiencia pública y verbal, para ventilar los juicios ó divergencias, los jueves de cada semana, á mediodía, en el atrio de la Catedral. El ver aquellos ancianos respetables, vestidos con sus trajes de labradores, sentados en un banquillo delante de la puerta de la iglesia, escuchando las quejas y las réplicas sobre aprovechamiento de las aguas, asesorándose unos con otros y dando verbal mente, también, su sentencia, que se ejecuta sin apelación, da la idea más exacta de la manera sencilla de administrar la justicia en los tiempos primitivos. Concluído el tribunal, se retiran á pie á sus alquerías, y jueces y partes, van unidos con la franqueza natural de la aldea.

Unas montañas que se miran á la izquierda del camino, vienen á interrumpir, á las cuatro leguas, la monotonía de la misma belleza. Pero estas montañas, si bien no tan bellas como la llanura, tienen otro prestigio encantador y que hace interesar el alma: son las montañas de Sagunto, y sustentan hoy el castillo de Murviedro, á la vista de las ruinas de aquella ciudad que fué antes que Numancia, en enseñar el sublime del heroísmo. Debo confesar mi culpa! pero mis detenciones en Valencia, me hicieron tener que aprovechar el tiempo en términos que sólo pude decir adiós desde el coche á aquellos venerables monumentos.

Mi conversación para entretener la noche que se acercaba, era con un sastre famoso de Valencia, aunque natural de Barcelona; sastre comerciante, sastre viajero y sastre catalán, que son tres circunstancias no comunes en todos los sastres; por consecuencia, este sastre sabía más que muchos de los sujetos á quienes vestía, y me fué de gran consuelo en la diligencia y en la mesa de catalanes,

compañeros también de viaje, con quienes cenamos en Castellón de la Plana, los cuales me desgarraban los oídos con su maldito idioma, sin que me fuera posible comprenderlos. Bien es la verdad que yo no sé si la fuerza del calor de aquel día (31 de Agosto, día de mi Santo), ó la pena de dejar á Valencia, me tenían de tal modo desazonado, que casi tuve intenciones de quedarme en Castellón, queriendo persuadirme de que tenía una de las tercianas tan frecuentes en aquella sierra. Pero, en fin, el sastre me convenció, y monté de nuevo en el coche á fin de pasar aquella hermosa noche, andando á la luna de Valencia; porque es menester que se sepa, que la diligencia que va de aquella ciudad á Barcelona, no es de la misma compañía de Madrid y sí de la llamada Catalana, y que ésta conduce la correspondencia, razón por la cual no combina sus horas á gusto de los viajeros y sí de la renta de Correos. Eso ocasiona que se pasen á veces las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio; quiero decir aquéllas ganando horas por los caminos para perderlas después en éstas aguardando las valijas en alguna mala venta ó cortijo.

Así, ni más ni menos, sucedió al siguiente día, pues después de haber corrido constantemente desde Valencia, llegamos á las diez de la mañana á Amposta, pueblo infeliz, y tan enfermizo, que suele despoblarse, de cuando en cuando, gracias á unas pícaras tercianillas que se llevan las gentes de calle, y tal acababa de suceder hacía pocos meses, como lo mostraban muy bien los pocos habitantes que habían sobrevivido. Allí, pues, se nos obligó á esperar seis horas, con peligro de nuestra salud, ¿y para qué? para atravesar por la tarde el Ebro en una barca, para no poder sacar el coche en dos horas y para tenernos que andar á pie más de media legua á las cuatro de la tarde en el rigor de la canícula, á fin de llegar á la miserable venta de Burjasenia, dependiente del infeliz mesón de Amposta, y donde es de precisión el pasar la noche. El aspecto de esta venta, en medio de un gran despoblado, y el observar que los escopeteros se habían quedado del otro lado del Ebro en Amposta, podría infundir recelo, si no se consideraba

que en aquel momento entrábamos en Cataluña, esto es, en una provincia industriosa y honrada, donde son fenómenos los malhechores.

Después de diez horas de sueño, lo que no deja de ser notable, sobre todo viajando en diligencia, abandonamos el menguado lecho, á los gritos de una Maritornes, que nos vino á prevenir que era llegada la hora de continuar nuestro viaje. Subimos, pues, en el coche, y empezamos á entrarnos por Cataluña, por el Coll de Balaguer. Los campos me parecían estériles comparados á los de Valencia, y los pueblos de aspecto ménos risueño: chocábame en éstos, el verlos compuestos de una sola calle tan larga como las primeras de las capitales, y á veces con filas de árboles en el medio, y empezaba á observar la diferencia de trajes y modales, los gorros encarnados de una vara de largo cayendo hasta la espalda, los peinados echados atrás de las mujeres, las pronunciadas facciones de ambos y la mala disposición de los talles, que formaban un contraste con los que acababa de dejar. Pasamos por poblaciones ricas y numerosas como Benicarló, Cambrils y otras, y el sastre catalán me enteraba de las producciones de todas y de las que alcanzaba su vista (que era más perspicaz que la mía) en cinco leguas de radio. Por fin, después de atravesar comarcas nada agradables, dimos vista al majestuoso campo ó Pla de Tarragona, viendo al mismo tiempo en el fondo, elevarse los muros y torreones de aquella fuerte ciudad. Aquí fué donde el catalán desplegó todo su talento estratégico para pintarme al vivo todos los lances y encuentros durante el sitio de la ciudad por los franceses en 1808; pero yo, que nada entiendo de reductos y rebellines, me complacía en mirar aquella campiña bien cultivada, que me reconciliaba con Cataluña, hasta que al fin entramos por las puertas de la ciudad y fuimos á parar á la calle principal que, como en otras ciudades de Cataluña, se llama la Rambla, y está adornada con árboles, corriendo toda la extensión de la ciudad. Esta calle me pareció hermosa y las casas de bella apariencia; no así tanto las otras de la ciudad, en la cual apenas tuve tiempo más que

para aprovechar algunos minutos, mientras servían la comida, para ver la catedral, obra gótica de una magnificencia extraordinaria, y que merecía para su descripción otro tiempo y otros conocimientos que los que yo pod a contar.

Saliendo de Tarragona, y á una legua, se encuentra sobre la izquierda del camino un monumento romano conocido por el Sepulcro de los Escipiones, en el mismo sitio en que se dió la célebre batalla en que perecieron, y poco más allá se pasa por un arco triunfal conocido por el Portal de Vara, cuyo origen no ha llegado á mi noticia. Aquella noche, en fin, llegamos á dormir á la gran Villafranca del Panadés.

Yo pretendía salir tarde al día siguiente, para tener lugar de saborear con la luz del día las cercanías de Barcelona; pero el maldito mayoral nos hizo salir á la una de la noche; por consecuencia, atravesamos, sin ver, toda aquella comarca, y sólo empezó á amanecer cuando pasábamos el magnífico puente de Molins de Rey. Desde aquí, casi siempre descendiendo de las montañas, no podía menos de admirar la constancia y el trabajo que suponía el cultivo hasta de las mismas rocas, los magníficos puentes sobre el Llobregat, las vueltas y revueltas del camino, las habitaciones y los pueblos de más agradable aspecto; todo, en fin, me anunciaba que me acercaba á una ciudad importante. En esto empecé á observar á derecha é izquierda del camino, las quintas ó torres de los habitantes de Barcelona, que por su fachada majestuosa, anunciaban un interior igualmente grande; veía por entre los enverjados pintorescos jardines, observaba cenadores y templetes, estatuas y obeliscos, y esto me daba una idea suntuosa de la ciudad que iba á visitar; pero subió de todo punto mi placer cuando vi enfrente de mí aquella misma ciudad elevarse majestuosamente á la falda del Monjuich, por detrás de cuya altura veía reflejarse en las aguas del mar los primeros rayos del sol; recorro entonces la vista en derredor, y me encuentro á mi izquierda, con otra ciudad más inmensa aún (que tal me parecía), formada por un sinnúmero de torres y pueblecitos apiñados á la falda, en el medio y so-

bre las cimas de las montañas y dominando una campiña pintoresca, en que se ostentaban todos los esfuerzos del arte.

Pero yo pasaba rápidamente, dejando atrás los numerosos carros de víveres que venían á la ciudad, y atravesando los puentes levadizos entré por la puerta del Angel y fuí á parar á la posada ó fonda de las Cuatro Naciones, sita en la Rambla principal, calle y paseo de la ciudad.

IV

Lo primero que tiene que hacer un forastero en llegando á Barcelona es entregar su pasaporte, viéndose después en la obligación de pasar á recogerlo personalmente en casa del comisario de policía del distrito, al fin de obtener el permiso para permanecer en la ciudad. Tuve, pues, que dar este paso y me presenté ante el comisario; pero ¿cuál fué mi sorpresa al oir de éste, que habiendo observado en él una particularidad notable lo había remitido á la subdelegación, y que allí debía acudir á solicitarlo? En vano expuse que se me seguía perjuicio por no saber la ciudad y no haber podido aún hacer mis visitas; fué preciso empezar á divagar por las calles, hasta que después de una hora, bien cansado y mojado por estar lloviendo, di con la subdelegación. Pregunté á un oficial por mi pasaporte; me dijo que viese al secretario; éste me manifestó que la causa de la retención era el no haberlo yo firmado; yo le confesé mi descuido, descuido que suelen tener casi todos los viajeros, pero que de ningún modo creía que fuese cosa de importancia; él me arguyó dándose bastante y, por último, me dijo que había ya dado cuenta al señor subdelegado, y que volviese el lunes á la hora de audiencia. Cualquiera puede figurarse el placer, que es para un forastero que viene á divertirse á un pueblo, el tener que andar con audiencias y antesalas para recoger su pasaporte; sin embargo, tuve que sufrir y dejarlo por entonces.

Dediqué después mi atención á visitar á los amigos y

entregar las cartas de recomendación que traía; pero después de fastidiarme andando por la ciudad, tuve la desgracia de que á unos no les encontraba, por haber salido de Barcelona, otros iban á marchar al campo y otros me recibían con ese despego tan natural en aquel principado que previene poco en favor de los sujetos.

Paseábame, pues, solo á lo largo de la muralla de tierra, maldiciendo la hora en que había dejado en Valencia las ollas de Egipto, por venir á un sitio donde nadie parecía complacerse en recibirme; pero, por fortuna, continuando mis visitas, llegué á dar con tres ó cuatro sujetos apreciables, que tomaron á su cargo hacerme variar de concepto, y pude, con su auxilio, ver el interior de la ciudad bajo su verdadero punto de vista.

Las calles de Barcelona, son estrechas y obscuras sobremanera, por la elevación y ninguna belleza exterior de las casas; muchas ofrecen además cuestas y rodeos nada agradables; sin embargo, forman excepción la Rambla ó calle principal, que atraviesa casi toda la ciudad; la calle nueva ó de Fernando VII, la calle Ancha, la del Conde del Asalto y algunas otras, sobre todo las dos primeras, magníficas por la extensión y anchura, la belleza de sus casas y las aceras anchísimas y elevadas unas dos pulgadas sobre el resto de la calle, lo cual, unido á la brillantez de las tiendas y almacenes que las ocupan, las da un aspecto soberbio. El empedrado general de la ciudad, estaba reponiéndose por un método nuevo, sustituyendo lositas iguales á los cantos, lo cual es de una comodidad suma y, concluído, hará de Barcelona la ciudad de piso más cómodo en España. Es ingenioso el sistema de arbitrios para este empedrado, que consiste en una rifa en que se interesa toda la ciudad.

Los lucidos almacenes de todos géneros que pueblan hasta los rincones de las calles, hacen ver que se está en una ciudad manufacturera, grande almacén de la industria española, y he aquí la razón de la baratura de la mayor parte de los artículos. Por todas partes resuena el ruido del telar; nadie se encuentra parado en la calle;

hombres y mujeres, todos trabajan, y se les ve en las calles, en las tiendas, en dirección á las casas, sobre las azoteas y terrados, agitarse y bullir como un enjambre de abejas, moviendo ruedas y cilindros, pasando agujas, tramando hilos y obligando, en fin, á las materias más toscas á presentar formas bellas y caprichosas.

Las fábricas más importantes están, como es de suponer, en los extremos de la ciudad; pero en ellos hay calles, barrios enteros de manufacturas, que, si sorprenden por su agradable aspecto y elegante fachada, cautivan aún más cuando se ha recorrido su interior; y todos los días se elevan nuevos y nuevos establecimientos de ese género, que aumentan la ciudad hasta donde lo permite la muralla, convirtiendo en calles los corrales y huertos que la avecinan.

La introducción que yo tenía ya con varios fabricantes, me proporcionó ver los establecimientos de más importancia, y puedo decir que quedé sorprendido, tanto de la grandeza, del buen orden y economía interior de ellos, como de los productos de su trabajo. La fábrica de pintados de Bonaplata, por ejemplo, es un precioso documento de lo que ha adelantado en España, el buen gusto; los percales ó indianas que salen de ella, ofrecen toda la perfección de los extranjeros; las de tejidos de todas clases, la de hierro colado del mismo Bonaplata, unas y otras movidas por el vapor; las de blondas de Margarit y otras infinitas, las de galones y tantos otros artículos como comprende la inagotable industria catalana, todas tienen respectivamente mucho que admirar. En unas vi sellar y remitir semanalmente sólo á Madrid, 200 piezas de tela; en otras vi pagar un sábado al pie de 50.000 reales en jornales; en algunas, además de las máquinas, hallé 400 y 500 obreros, hombres y mujeres, y en todas observé el orden de la distribución de los trabajos y la inteligencia de los directores.

Hallé, sin embargo, cierta enfática superioridad, cierta aristocracia mercantil, algo exagerada, la cual, unida al espíritu de provincia, que en Cataluña se echa de ver más

que en parte alguna, choca sobremanera al forastero, y sobre todo al español que se encuentra mirado como un extranjero. Este amor propio, que les hace creerse muy superiores al resto de España, este egoísmo provincial, que pretende que en agradecimiento de su industria, la paguen un tributo forzado las demás provincias y el Gobierno la dispense continuas exenciones y privilegios con perjuicio de aquéllas, no dejaba de proporcionarme algunas contestaciones con los dueños de las fábricas. En ellas puedo decir que observé la agudeza de sus argumentos; por ejemplo, decíanme: Nosotros somos obligados á comprar los granos y otras materias de Castilla, pudiéndolos tener más baratos del extranjero; pues oblíguese en cambio á los castellanos á comprar nuestras manufacturas. Pero este argumento está contestado en el hecho, pues yo veía y ellos mismos me habían repetido que casi todos los productos de sus fábricas los remitían á Madrid y otras ciudades; luego, señores catalanes, ¿quiénes compran sus manufacturas de ustedes? ¿Los franceses? No por cierto. ¿Los ingleses? Tampoco. No hay que cansarse, son los españoles, y si no recórranse esas tiendas de Madrid, Valencia, Sevilla, etc., y se verán en todas ellas sustituídos en lo general los paños, las blondas, los algodones, las sedas, los sombreros, las medias, el papel, los percales catalanes á los extranjeros, que hace diez años ocupaban casi exclusivamente nuestro mercado; verase á la más elegante dama y al más alambicado petimetre mirar sin horror un precioso velo trabajado en Sarriá ó en Gracia por las obreras de Margarit, ó hacerse un traje de paño Tarrasa, que puede, sin desmentirle, hacerle pasar por de Sedán. Sin embargo, los astutos catalanes, conociendo aún un resto de preocupación en ciertas cabezas, suelen á veces cambiar por algún extranjero los nombres de su fábrica, y yo mismo he visto tejer en Barcelona medias y pañuelos con el nombre de París y Lyón. Váyase por los géneros extranjeros que tal vez el mismo interés les hará pasar por catalanes.

En una ciudad fabricante, el principal establecimiento

debe ser mercantil; y así sucede en Barcelona con la Casa Lonja, que acaso me atreveré asentar sea el establecimiento más importante que hay en España. No hablemos de la magnificencia del edificio, construído en el reinado de Carlos IV y situado dando vista á la gran plaza y á la muralla de mar; dejemos sus columnas, su bella portada, su preciosa escalera, sus magníficos salones, sus azoteas y miradores, y no nos ocupemos tampoco de las estátuas, de los cuadros y muebles exquisitos que la adornan. Digamos sólo que en su interior, además de las oficinas del Tribunal de Comercio, hay varias cátedras en todas las cuales asisten numerosos discípulos dirigidos por excelentes profesores. Un alma española, no puede menos de complacerse viendo y admirando este soberbio establecimiento. Todo él está iluminado por el gas hidrógeno carbonado, en lo cual se diferencia también de los demás de España. Por último, en el piso bajo se encuentra el inmenso salón que sirve para la Bolsa, obra elegante y atrevida de arquitectura que cautiva la atención de los inteligentes por su esbeltez y gigantescas proporciones. El espectáculo que este salón presenta todos los días á la hora en que se hacen las negociaciones es el más animado, y puede hacer formar una idea de los intereses que se ponen en movimiento en esta ciudad; igualmente deberá ser en extremo interesante en el Carnaval, que se celebra en él bailes de máscara públicos, diversión á que los catalanes tienen una afición extremada y de que en ciertos años han conservado en España el privilegio exclusivo.

La caridad barcelonesa ha sabido elevar otros establecimientos, también de primer orden, al alivio de la humanidad doliente ó menesterosa Colocaré en primera línea la Casa de Caridad, dirigida por personas notables y benéficas, y en la cual se educa y se enseña oficio al pie de ..... personas, habiendo establecidas en la misma varias fabricaciones: de loza, de alfileres, de imprenta y otras. El hospital es también muy capaz y bien ordenado y puede contener ..... camas, habiendo la división de salas correspondientes para las diversas enfermedades. En ella se encuen-

tran también los niños expósitos y los locos, lo cual no parece del todo prudente, pues unos y otros tenían derecho á estar en paraje más sano que un hospital. Sobre todo, el sitio en que están los últimos es lo más miserable que puede verse; su situación, descalzos, casi desnudos, sobre unas losas húmedas, en tablados duros ó en el suelo y apiñados unos con otros, es deplorable, y ciertamente es inconcebible cómo en una ciudad tan culta se comete un contrasentido que repugna á la razon. En esta casa vi uno que se creía el rey y que los demás locos eran sus cortesanos; por lo menos ésta es una locura dichosa, pues de esa manera no miraba su horrible situación; vi otro, poeta, que llevaba, á pesar de ser loco, los libros de gastos del departamento, y vi otro que afeitaba á los demás. En las salas de las mujeres observé algunas bastante agraciadas, que las más habían enloquecido por amores, y noté que aquellas locas tenían más juicio que las demás mujeres, pues todas trabajaban sin hablar.

También se encuentra en el mismo hospital el colegio de medicina y en él diversas cátedras, de anatomía y demás relativo á la ciencia de curar. Igualmente hay un precioso Conservatorio ó gabinete de cera y natural con multitud de modelos y de fetos y esqueletos que no dudo en sobreponer al del Colegio de San Carlos de Madrid, así como también la bellísima sala circular de disección anatómica, rodeada de gradas de fábrica y circundada por una galería para las damas. Es preciosa; pero, según oí, tiene el defecto de ser demasiado alta de techo y perderse, por tanto, la voz del que explica Al salir del hospital choca una pared que da enfrente de las ventanas, la cual es elevadísima y está compuesta de huesos de los muertos del mismo hospital, cuya obra es una perspectiva nada agradable enfrente de un establecimiento de sanidad.

Entre los edificios religiosos de Barcelona sobresalen las antiquísimas iglesias de la Catedral y Santa María del Mar; ambas son del gusto gótico más noble y delicado y en ambas pueden admirarse también obras del mayor mérito en pintura y en escultura. Debajo del altar mayor, en

la Catedral, está la capilla subterránea de Santa Leocadia, que encierra su cuerpo en un sepulcro, y en dos urnas ó cofres, al lado derecho de la iglesia, yacen los Condes de Barcelona D. Berenguer y su esposa. El aspecto sombrío que el tiempo ha impreso en la piedra de que está formada toda la iglesia, las elevadísimas columnas que ascienden á formar arcos agudos, las labores y filigrana de las portadas y el aspecto, en fin, majestuoso y solemne de este templo le hacen uno de los primeros de España, tan rica en esta clase de monumentos. Otros muchos adornan esta ciudad; pero el detenerse en cada uno sería larguísimo. Las funciones de iglesia se celebran en Barcelona con mucha pompa, y he oído decir que son sumamente notables las procesiones de Semana Santa.

Los comerciantes y fabricantes, de que se compone principalmente la población de la ciudad, así como los innumerables artesanos y jornaleros que dependen de ellos, hacen una vida sumamente activa y trabajadora durante los seis días de la semana, sin permitirse en ellos la menor distracción ni placer (excepto el teatro por la noche); pero llegado el domingo, las fábricas y talleres se cierran; el rico comerciante va en su coche á pasar el día con su familia á su torre, situada en Sarriá, en Gracia ó en los alrededores, en fin, de la ciudad; los artesanos forman sus partidas de campo, y una gran parte de la población, más elegantemente ataviada que lo ordinario, puebla las calles y paseos, los hermosos paseos de la Rambla, las murallas de mar y tierra, la Explanada, el primero notable por ser al mismo tiempo la calle principal de la ciudad; el segundo, por sus vistas deliciosas y por poder andar sobre el grueso de la muralla no sólo un pueblo inmenso, sino multitud de coches y caballos, y el tercero, por sus hermosas fuentes y frondosísima arboleda; el paseo, en fin, que conduce á Gracia, lindísimo y moderno, es otro punto de los más concurridos de la ciudad en tales días.

Son pocas, en general, las tertulias, pero en el invierno parece son más frecuentes; mas el teatro de que justamente se gloría esta ciudad suple á la falta de reuniones y pre-

senta cada noche lo más completo que ningún otro de España. La ópera italiana, establecida en Barcelona hace ya años, es sobre todo el objeto de la afición general, y en este punto el teatro de esta ciudad es considerado como uno de los primeros filarmónicos por la excelente ejecución de las óperas, como por contar siempre para ellas con varios de los primeros artistas de Italia; así es que se han oído en él á Remorini, la Pisaroni, Galli y otros infinitos de primer orden. La compañía se componía entonces de Vergé, tenor; la Brambilla, tiple; Vadialli y Zucholli, bajos, y la Bonini, contralto, con otros subalternos. Tuve el desconsuelo de no oirlos en una ópera entera por hallarse indispuesto el tenor; pero en los actos y escenas sueltas que escuché formé una idea muy aventajada de la ejecución de la tiple, la gracia del bufo caricato y sobre todo la arrogancia y expresión unido á unas facultades superiores de Vadialli, bajo. Todavía no se me ha borrado la impresión que me causaba en un dúo de la ópera de *Normani in Parigi*, cantado con la Brambilla.

Es tal la afición del pueblo barcelonés que diariamente se llena el teatro; bien es la verdad que la mayor parte está abonado, siendo tan moderado el precio que entre abono y entrada viene á salir á 5 ó 6 reales la luneta. Es frecuente enviar la llave, la luneta, ó el número del palco al forastero.

En este teatro vi también dos hombres extraordinarios que se decían los Hércules de Europa, cuyas fuerzas, equilibrios y combates exceden á todo lo que he visto en este género; sin embargo de que acababa de admirar en Madrid los llamados Mathevet y Triat, grandes hércules franceses y primeros modelos de las Academias de París, que habían alborotado toda la corte. Pero encontré más agilidad, más fuerza y atrevimiento en los de Barcelona; baste decir que no sólo se quedaban horizontales con los pies en una columna, sino que en esa posición sostenían dos, tres y más hombres, y aun girando la columna daban vueltas rapidísimas formando grupos en extremo vistosos, y en cuanto á fuerza llegaron á levantar 128 arrobas en 18

bombas que se llevaron á este efecto de la Maestranza.

Ya que he nombrado ésta no quiero pasar en silencio que también la vi en el magnífico edificio llamado las Atarazanas; que recorrí todos los inmensos departamentos de la fundición de cañones que ahora no se verifica, y que vi en la armería 18.000 fusiles y un gran número de pistolas, sables, lanzas, colocado todo con el mayor orden en diez salas iguales, con estantes hasta el techo cubiertos de lienzo pintado.

Igualmente vi de paso el interior de la célebre Ciudadela, deteniéndome á cada momento por el horror de la narración que se me hacía de los asesinatos cometidos hacía poco tiempo en aquellos sitios. El alma se estremece al recordarlos y la pluma se me resiste á trazar sus detalles.

Uno de los principales causadores de ellos yacía en un calabozo de Monjuich cuando yo visité esta fortaleza.

. . . .

(Autógrafo inédito.)



ECLIPSE DE SOL, VISIBLE

El mentir de las estrellas
es muy seguro mentir,
porque ninguno ha de ir
á preguntárselo á ellas.

Sin embargo, y salva sea la opinión del gran Quevedo, de quien parece ser la letrilla que arriba cuelga, no podrá negarnos que la astronomía en su estado actual ha llegado á fijar irrevocablemente muchas cuestiones que en lo antiguo pudieron pasar por aventuradas. La exactitud, por ejemplo, con que los astrólogos llegan á predecir con muchos años de anticipación la hora, el minuto, el instante de un eclipse ó la aparición de un cometa, prueba de un modo incontestable la exactitud de sus observaciones, y que han llegado á adivinar la marcha periódica de los astros. No es esto decir que no se mienta mucho en las cosas del cielo; ¡se miente tanto y tanto en las de la tierra!

Los astrólogos, pues, han *predicho* que hoy 15 de Mayo de 1836 se ha de verificar un eclipse de sol visible, el cual tendrá principio á la una y cuarenta minutos de la tarde, medio á las tres y seis minutos, y fin á las cuatro y veintidós; y los dígitos eclipsados serán 5 d., 2.

Esto es lo que dicen los astrólogos y esto lo que copia al pie de la letra el calendario del presente año, prediciendo también él por su parte que en este día celebra la Iglesia la fiesta del santo patrono de Madrid. El diario de esta

capital también se ha metido á profeta, y en un bando oficial *predice* que en este día habrá mucha concurrencia en la pradera de San Isidro, y que habrá más seguridad en el puente de madera, mediante la precaución de no dejar pasar á nadie por él, á cuyo fin se han tomado con oportunidad medidas (sin duda las del puente para atrancarle). Por fortuna dicho bando no empieza ya con la expresiva frase que acostumbraba en tiempo de un corregidor difunto. «*El cielo está irritado con nosotros*», de lo cual hubo quien *predijo* que el cielo estaría irritado con nosotros hasta que aquel corregidor se muriera, y así sucedió, ó por lo menos no se nos ha vuelto á decir. Es un progreso.

Los observadores de costumbres, que vienen á ser los astrólogos de la tierra, han *predicho* que semejante día será de bulla y zambra para esta culta capital, y el que escribe este artículo convertiría también en profeta al *Semanario Pintoresco,* exponiendo un cuadro detallado de la risueña función del día en las orillas del Manzanares, si ya no lo hubiese hecho en una obrilla suya que todo Madrid conoce, y que le excusa por hoy este trabajo (1).

Empero como en este día no se trata sólo de fiestas mezquinas de este mundo sublunar, sino que en el de tejas arriba hay también acontecimientos de importancia, prescindiremos por hoy de las primeras, para tratar de los últimos, y á San Isidro dejaremos en su pradera para remontarnos á contemplar las cuitas del astro del día.

El fenómeno que hoy tenemos ocasión de observar hirió desde luego la imaginación de los hombres, y hasta que la astronomía hubo averiguado la causa, fué para unos motivo de dudas, y para otros de todo género de temores. Los eruditos convienen en que Thales fué el primero que predijo los eclipses, y Anaxágoras el que más claramente escribió sobre las fases de la luna y sus fenómenos. Plinio en su *Historia natural* dice que el primer romano que obser-

(1) Panorama matritense, cuadros de costumbres de la capital observados y descritos por un Curioso parlante. Véase el artículo *La romería de San Isidro.*

vó los eclipses de sol y luna fué Sulpicio Galo. El ilustre Casini hizo tablas de movimiento del primer satélite de Júpiter, las que sirvieron para calcular los eclipses, hasta que fueron reemplazadas por las de Delambre, conformes en un todo á la nueva teoría de Laplace.

Los eclipses de sol son, pues, causados por la interposición del cuerpo opaco de la luna entre el sol y la tierra. Divídense en tres clases, á saber: eclipse total, que es aquel en que este astro queda enteramente cubierto por la luna; eclipse anular, en el cual la luna se presenta entera en el medio del sol, y como el disco de aquélla es más pequeño que el de éste, se forma en torno de ella un anillo ó corona luminosa, cuyo resplandor, aumentado por la oscuridad del globo lunar, ofrece un fenómeno muy curioso, aunque raras veces observado. Llámanse eclipses centrales aquellos en que el centro de la luna aparece sobre el mismo centro del sol, y entonces el eclipse es ó total ó anular, según la luna está más ó menos cerca del sol. Los eclipses más comunes son los parciales, esto es, aquellos en que el sol queda oculto no más que por media ó cuarta parte. Los eclipses de luna son ocasionados por la sombra de la tierra, formada por la interposición de los rayos del sol, y que produce en aquélla una completa oscuridad, y se dividen también en totales, centrales y parciales.

Como todos estos conocimientos son hijos de la profunda observación y del estudio de los sabios, no hay que extrañar las fábulas y estúpidos presagios que han hecho nacer estos fenómenos incomprensibles al vulgo ignorante. Atribuyéronse á veces á enojo de la divinidad, á anuncio de la proximidad del fin de nuestro globo, á predicción de sucesos terribles y espantosas catástrofes, y más de un hombre de buena fe corrió á encerrarse en una cueva creyendo ver en ellos la reprensión de sus extravíos, y más de una mujer en cinta esperó con temor ver salir de su seno al antecristo. Sabida es también la ventaja que grandes oradores y distinguidos generales han sacado en ocasiones de este suceso natural para fascinar al ignorante pueblo, y hasta el gran Colón no se desdeñó de usar de

este medio para vencer á un número inmenso de enemigos.

Todavía existen muchos pueblos salvajes que se entregan en semejantes ocasiones al dolor más profundo, y entre los que no son salvajes todavía hay viejas que asustan á sus nietos con siniestros agüeros, y jóvenes que, argüidos por su conciencia, no las tienen en tales casos todas consigo. Otros, y son los más, lo miran con una completa indiferencia, y en vez de admirarlo como uno de los innumerables portentos de la creación, van á verlo como un espectáculo, como una decoración teatral, y sin cuidarse de investigar las causas, hablan de ello con una seguridad, con una ligereza, que es para dar compasión.

De estos últimos era un cierto petimetre casquivano que la noche anterior había ofrecido á unas damas acompañarlas á ver un eclipse desde el Observatorio. Las señoras, como es costumbre, ocuparon algunas horas en eclipsar sus gracias al través de mil estudiados adornos en su tocador, y entre tanto se verificaba el fenómeno; y el elegante olvidaba mirar su reloj por observar las gracias de sus queridas. Advirtieron, en fin, éstas su descuido, y precipitándose á marchar hacia el Observatorio, «¡qué lástima! (decían al almibarado galán), acasó no llegaremos ya á tiempo»; pero esta alma cándida respondía: —*No teman ustedes, señoras, que el director del Observatorio es amigo mío y volverá á empezar el eclipse.*

Recomendamos, pues, á nuestros lectores y lectoras que, supuesto que la ocasión la pintan calva, y supuesto también que el astro luminoso ha escogido un día tan á propósito y hora tan cómoda para jugarnos esta morisqueta, vayan á observarla desde las alturas de San Isidro, si no es que los vapores de la fonda de Perona se interponen entre sus ojos y el astro de la luz, en cuyo caso se verificaría otro eclipse, del que no han llegado á hablar los más célebres astrónomos.

M.

Semanario Pintoresco Español.—15 Mayo 1836.

HISTORIA DE GRANADA

POR

DON MIGUEL LAFUENTE ALCÁNTARA

IV y último tomo.

Ha terminado, por fin, con gran satisfacción de los amantes de las letras, la publicación de la *Historia de Granada*, una de las pocas obras destinadas á no perecer en el inmenso número de las que hoy día hacen sudar as prensas españolas. El IV y último tomo, que acaba de ver la luz pública, pone digna corona y remate feliz al suntuoso monumento alzado á la literatura y á las glorias del país por el Sr. Lafuente Alcántara, joven y elegante escritor granadino, que con el relato de las de su patria, ha sabido labrarse su propio pedestal.

Ya en artículos anteriores, y con ocasión de la publicación de los primeros tomos de esta bellísima *Historia*, ha dedicado nuestro periódico, y todos los de España, alguna de sus columnas á dar á conocer la filosofía del plan, el orden de la narración, el buen criterio de los argumentos, la claridad de la elocución y la magia, en fin, irresistible del estilo que el autor ha sabido emplear en el desempeño de su magnífica y gigantesca tarea. Todas estas cualidades (imprescindibles hoy más que nunca al historiador, que ha de hacer interesantes sus escritos) crecen y se des-

arrollan de un modo progresivo á medida que el autor ha ido penetrando en el fondo de su argumento. En los tomos primeros, y cuando se refería la narración á los tiempos casi fabulosos, de los fenicios y griegos y asimismo á los heroicos de los romanos y godos, admiraba al lector la erudición inmensa, la firmeza del juicio con que el joven escritor, penetrando en aquellas tinieblas con la antorcha viva de la verdad y la madurez del raciocinio, trazaba cuadros animados, filosóficos, severos del espectáculo grave de aquella civilización; cuadros que, saliendo de los límites de la localidad, pudieran más bien entenderse trazados para una historia general de España; cuadros que ponen á la vista la marcha y desenvolvimiento de nuestras creencias, nuestra legislación, nuestras costumbres, esmaltado todo ello con las flores del ingenio y la elegancia del decir. Pero cuando, más adelante, y llegada la irrupción de los sarracenos, se halla colocado el autor en el período propio de los reinos de Andalucía, en aquella gigantesca lucha entre la Cruz y la Media Luna, que tuvo principio en la montaña de Calpe y concluyó, después de siete siglos, al pie de las torres de la Alhambra; cuando, como en el último tomo, que hoy nos toca analizar, se encuentra aún más precisamente contraído á la última y heroica jornada de aquella inmensa epopeya, á la conquista del reino de Granada, al homérico sitio de aquella espléndida ciudad, entonces, al recuerdo de tantas glorias, al relato de tantas hazañas, al ambiente puro del entusiasmo y al impulso del fuego de una imaginación lozana y juvenil, el Sr. Alcántara, sabe encontrar en su paleta colores brillantes, mágicos, seductores; sabe trasladar aquellos grandes hechos con tales galas de elocución, tal armonía de estilo, que su *Historia*, viene á conquistar el ánimo del lector más frío é indiferente.

De nosotros, podemos decir sinceramente, que su libro nos ha gustado. Poco acostumbrados á ver tratada así nuestra historia á la manera filosófica y pintoresca de los Prescoot, Villemain, Guizot, y más bien avezados á la severidad de nuestros anales, á las preocupaciones y escaso

criterio de nuestros historiadores, á la pedantesca ostentación, al ningún artificio de los comentarios, á la militar narración de las batallas, á la cronológica exposición de los nacimientos, bodas y muerte de príncipes, echando de menos en aquellas leyendas, los datos y consideraciones propias para formarnos en la imaginación una idea de la vida propia de la sociedad en sus diferentes períodos, de la fisonomía especial del pueblo, de las causas y progresos de su grandeza ó decaimiento; cansados hasta el hastío, de fábulas y consejas mal tejidas, de relaciones hiperbólicas, de apócrifos discursos, de indigestas citas y testimonios, ¿cómo no había de lisonjearnos el ver por singular excepción seguida en la obra del Sr. Alcántara, la marcha que en nuestro entender debe proponerse el historiador, la de exponer los hechos con sencillez y economía, apreciarlos con buen criterio y hacer resaltar con juicio, sus causas, progresos y consecuencias en la vida general del país? Si á esto se añade que lo magnífico de la historia que se describe, brinda á la pluma, las consideraciones más sublimes, que el amor patrio, la juventud y el buen gusto ponen á disposición del escritor todos los tesoros del entusiasmo, todas las flores de la poesía, ¿qué extraño será que saludemos con emoción, al dichoso escritor que supo con su ingenio despertar en nuestro pecho tan gratas sensaciones, seducir y arrastrar hasta un encanto indecible nuestra fe y nuestra razón?

Igual tributo, sin duda, le rendirá la posteridad cuando, al leer su libro, no llegue á comprender la indiferencia egoísta y vituperable de los contemporáneos que, ocupados en intereses del momento, dan poca ó ninguna atención á las obras del ingenio. Nosotros alzamos nuestra débil voz, para anatematizar esta incuria, para señalar á la indignación de las gentes sensatas, semejante síntoma fatal de nuestra degradación. Debemos decirlo. Este libro importante, esta obra seductora y halagüeña, ha aparecido desapercibida para el público, apenas si algún otro curioso amigo del autor la ha leído y analizado; apenas si algún otro erudito ó convecino, ha tomado el trabajo de

hacer figurar su nombre en las listas de suscrición. Nosotros (si fuéramos el autor) publicaríamos éstas, no sólo para que apareciesen en ellas los contados amantes de la literatura y de la gloria patria, sino para denunciar implícitamente los muchos infinitos que, cuando no por otra causa, deberían haberse apresurado á colocar sus apellidos al pie del pedestal alzado por el historiador á sus gloriosos ascendientes, á los jefes de sus familias, fundadores heroicos de la nobleza española; pero acaso digan como el epitafio de D. Pedro Ansúrez:

«La vida de los pasados
reprehende á los presentes;
ya tales somos tornados
que el mentar los enterrados
es ultraje á los vivientes.»

R. de M. R.



CARTA-PRÓLOGO

Sra. D.ª Sofía Tartilán.

Muy señora mía: Desea usted conocer mi pobre opinión sobre esa colección de artículos de costumbres que piensa publicar en un tomo, cuyas pruebas ha tenido usted la bondad de remitirme; y aunque generalmente me he excusado de hacer estas declaraciones, que, como mías, juzgo de ningún valor, no puedo hoy, á fuer de galante caballero, aunque viejo setentón, encerrarme en mi acostumbrada reserva, tratándose de una dama, y una dama cuyo innegable talento le permite manejar la pluma con el mismo desembarazo y destreza con que la inmensa mayoría de su sexo sabe manejar el abanico.

Empezaré confesando á usted de buen grado que no participo gran cosa del entusiasmo hacia las mujeres literatas, sin que esto me haya impedido consignar el tributo de mi admiración hacia algunas honrosísimas que he conocido en mi tiempo, y cuyos ilustres nombres son sobrado populares para que necesiten de mi humilde testimonio. Pero siempre he creído que la índole especial del talento femenino se aviene más con la expresión de los afectos del corazón y con las galas de la poesía que con aquellos asuntos que requieren una aptitnd especial de observación y de estudio, un profundo juicio crítico, gran conocimiento del mundo y variada y extensa instrucción.

Sentados estos preliminares, confieso á usted también que al abrir su libro, en cuyas primeras páginas declara su intención de ocuparse en la pintura de las costumbres populares, no pude prescindir de emprender su lectura con cierta desconfianza y prevención. Pero muy luego eché de ver que me las había con persona competente en la materia y que, sobreponiéndose á su sexo, poseía gran parte de aquellas circunstancias que, á mi entender, y según dije antes, son imprescindibles para cultivar este ramo de la literatura con el aplomo y valentía que exige.

Porque este género tan manoseado, que tan fácil y hacedero parece y cuyo dominio se extiende desde las páginas de Cervantes hasta las aleluyas de la *Vida del hombre malo*, es más difícil y escabroso de lo que á primera vista aparenta, y no en vano pudo estampar Horacio el *Dificile est proprie communia dicere*, que parafraseó luego nuestro Argensola diciendo:

> «Éste que llama el vulgo estilo llano
> envuelve tantas fuerzas, que quien osa
> tal vez acometerle, suda en vano.»

Contrayéndome, pues, al libro de usted, declaro sinceramente que desde las primeras páginas deseché mi desconfianza y me hallé agradablemente impresionado por la intención sana y moral que respiran, por el aplomo y seguridad con que acomete usted los asuntos, por la verdad con que los desenvuelve y por la gala y bizarría con que los viste en discreto y fácil estilo.

Algunos de estos cuadros, tales como los que llevan los títulos de *Las medias azules*, *La velada en Castilla*, *La hija del titiritero*, *La casa de paso*, *Las glorias de Castilla*, *La niña de la pandereta* y *El dechado*, son preciosos cuentos en el género de *Trueba*; rebosan en candor y animación, y parecen más bien como esbozos, como episodios de una leyenda de mayores proporciones; y otros, como *Á orillas del Manzanares*, *Las hogueras de San Antón en Palencia*, *Los juegos de la infancia*, *El bautizo en Extremadura*, *Los penitentes*, etc., son halagüeñas narraciones, pinturas

d'après nature, hechas de mano maestra, y que naturalmente halagan y entretienen el ánimo del lector, por su estilo sencillo y la oportunidad de las observaciones morales que los realzan.

Lo que no tienen esos bellos artículos y que, á mi entender, es muy propio de este género, que ahora ha dado en llamarse *humorístico*, es el desenfado, la intención satírica y hasta sarcástica que tan bien les va como indispensable condimento; pero en cambio de esta falta, tampoco adolecen de la tendencia petulante y exótica de lo que ahora ha dado en llamarse en la novela el *género transcendental.*

Las páginas, pues, de su libro de usted, si no están destinadas á producir emociones nerviosas ni malignas sonrisas, son, por lo amenas é interesantes, sobremanera simpáticas, y habrán de conquistar el aprecio de la generalidad de los lectores hacia la discreta y simpática escritora que les ofrece el sazonado fruto de su talento y la bizarría de su pluma.

Tal es, pues, señora mía, la opinión que de su libro he formado, y que, escrita á vuela pluma, ofrece á usted su atento seguro servidor, Q. B. S. P.,

RAMÓN DE MESONERO ROMANOS.

DOCUMENTOS Y DATOS BIOGRÁFICOS



Ocioso sería bosquejar una nueva biografía de nuestro padre, conocidísima ya por numerosas anteriores y, sobre todo, por la que él mismo escribió en las *Memorias de un setentón.* Intentarlo, con pretensión de juicio ó estudio crítico, parecería dos veces temerario por nuestra insuficiencia y el naturalísimo temor de que las justas alabanzas parecieran exageradas en nuestros labios.

Nos concretamos, pues, á publicar algunos documentos que hacen relación á principales sucesos de su vida, anotándolos brevemente en contados casos.

*
* *

Partida de bautismo.

En la Iglesia Parroquial de San Martín de Madrid á veinte de Julio de mil ochocientos y tres, yo, Fr. Froylán Quiroga, teniente cura de ella, bauticé á Ramón, Elías, Justo, Pablo, hijo legítimo y de legítimo matrimonio de D. Matías Mesonero, natural del lugar de Machacón, obispado de Salamanca, y de D.ª Teresa Romanos, natural del de Moros, obispado de Tarazona. Abuelos paternos D. Joseph y D.ª Antonia Herrero, naturales de dicho Machacón. Maternos D. Antonio, natural del dicho de Moros, y D.ª Bárbara Elipe, natural de la villa de Ateca, en dicho obispado de Tarazona. Nació en diez y nueve del corriente, calle baja del Olivo, número diez (1). Fué su padrino D. Pablo Francisco Antonio Malla, á quien advertí el parentesco espiritual. Testigos, Manuel García y Manuel Alvaro, y lo firmo.

Fr. Froylán Quiroga.

(Parroquia de San Martín de Madrid. Libro 52 de bautismos, folio 27.)

*
* *

---

(1) En el cuarto principal de la finca cuya propiedad pertenecía á su padre. Modernamente la casa ha sido señalada con los números 6 y 8, recibiendo la calle el nombre de *Mesonero Romanos*, en el mes de Abril de 1883, primer aniversario de su fallecimiento.

Certificación de estudios de primeras letras (1).

Núm. 8. D. Ramón Estabiel, Preceptor de Latinidad y Elocuencia por el Real y Supremo Consejo de Castilla, Individuo Numerario de la Real Academia Latina Matritense,

Certifico: que D. Ramón Mesonero, natural de esta corte, hijo de don Matías Mesonero y de D.ª Teresa Romanos, ha sido mi discípulo, asistiendo puntualmente á todos los Ejercicios literarios que diariamente se practican en este Estudio público en la calle de las Hileras, ha tenido bastante aplicación y en su consecuencia ha logrado traducir perfectamente los Autores Latinos, así Oradores como Historiadores y Poetas. Ultimamente, es de buena vida y costumbres (!) y se ha portado con docilidad y buen ejemplo. Y para que conste donde le convenga, le doy la presente que firmo en dicho mi Estudio público de Madrid á treinta del mes de Septiembre del año mil ochocientos diez y seis.

* * *

Notas de la historia del «Manual de Madrid» (2).

En 10 de Diciembre de 1830 presentó el autor al Consejo de Castilla el siguiente pedimento:

«M. P. S. *(Muy Poderoso Señor).*

D. Ramón de Mesonero Romanos, vecino de esta corte, ante V. A. en debida forma parezco y digo: Que he compuesto una obra titulada *Manual de Madrid*, Descripción de la corte y de la villa, cuyo manuscrito presento, y deseando obtener la correspondiente licencia de V. A. para la impresión de dicha obra, á V. A. suplico se sirva concederme dicha licencia para la impresión, previa la correspondiente lectura, en que recibiré merced.—*Ramón de Mesonero Romanos.*—Madrid diez de Diciembre de mil ochocientos treinta.»

Puesto el manuscrito á la censura de D. Francisco Sáenz González, Bibliotecario mayor, nada menos, formuló sobre la marcha, el más súbito é inconcebible juicio condenatorio que jamás hubo.

---

(1) En sus *Memorias* habla Mesonero Romanos, de esta escuela, con motivo del encuenro que tuvo con Fernando VII y el Duque de Alagón, en la calle de las Hileras, cuando se dirigía á aquélla. Por tal circunstancia, y lo curioso de la redacción, se trascribe aquí el certificado, cuyo documento adorna un sello de papel de recortadas hojas, con el nombre del dómine.

(2) Aunque en las *Memorias de un setentón*, indícanse las dificultades que halló el autor para imprimir el *Manual*, creemos que la *prueba documental* retrata de modo más gráfico y expresivo, no sólo el caso concreto, sino la fisonomía y modo de ser de aquella época.

Confiesa el buen señor, que no había leído la obra por sus múltiples ocupaciones, y no pareciéndole ésta razón de bastante peso para su dictamen, añade luego, que *un instante que la quiso ojear*, había encontrado algunos errores en la historia y descripción del Hospital de la Latina, del cual había sido Rector. Fué esto bastante para desistir de la lectura del resto de la obra, suponiéndola plagada de errores, todo lo cual le hacía devolverla, «para que otro sujeto que pueda rectificar las noticias se dedique y consagre á prestar dicho objeto».

Pero el Consejo al día siguiente, y dándola por suficientemente vista con aquel *ojeo*, despachó, secamente, el asunto con un «no ha lugar á la licencia solicitada por D. Ramón de Mesonero Romanos».

Recurrió, naturalmente, el autor contra semejante atropello, alegando, por cierto, razones tan elocuentes y bien escritas como éstas: «Cuatro años de prolijos trabajos en extractar todas las obras más acreditadas en la materia, en rectificar sus noticias y adquirir otras nuevas; el fruto de la observación de un hombre aplicado, celoso de su opinión y versado toda su vida en los negocios y cosas de la corte; una extensión de relaciones, poco común, con todas las clases de ella, que le ha merecido el que personas respetables de oficinas y establecimientos, le hayan dispensado sus notas; un desinterés sin límites para sufrir gastos inmensos en adquirirse otras descripciones artísticas, manuscritos raros y demás; el deseo y la protección de algunos sujetos de carácter, la opinión respetable de otros, tales fueron los medios con que contó para su proyecto. Ni se crea, señor, que una mera especulación mercantil pudo decidirle á ello; por fortuna, su posición social le pone al abrigo de miras ambiciosas, antes bien, deseando dar á su obrita la posible perfección, aun con sacrificio de sus intereses, ha mandado abrir láminas y un plano, en cuyo coste se halla ya comprometido; mas su deseo de merecer la estimación de sus trabajos era bastante á hacerle arrostrar por todo. Escrita ya la obra y animado siempre de la justa desconfianza que nunca debe abandonar al hombre, la consultó con una multitud de personas de la mayor opinión y de todas las clases, como eclesiásticos, abogados, literatos, artistas, entre los cuales podría citar nombres de los más apreciados en la corte, y habiendo merecido su aprobación, se determinó á solicitar la licencia para poder imprimir el libro, y así lo verificó, presentándole á V. A. Pero, señor, ¡cuál ha sido su sorpresa cuando á los cinco ó seis días se le manifiesta la negativa que ha recaído á su solicitud! El exponente, señor, venera como debe las providencias del Supremo Consejo, pero su confusión es igual á su dolor, pues por más que cavila no acierta á descubrir la causa que haya podido dar para merecer tan rápida prohibición de una obra que, limitada toda á hechos históricos ó materiales y descripciones topográficas y artísticas, está sujeta á comprobación en todos los muchos artículos que contiene, y cuando, por otro lado, ha procurado cuidadosamente que en toda ella no se encierre una sola palabra que pueda ofender á nuestra Santa Religión, la moral ó á la política. Sin embargo, señor,

el recurrente es hombre, y como tal sujeto á error; conoce, además, lo difícil que es llegar á la perfección en obras de esta clase y está persuadido á que la suya contendrá aún algunas inexactitudes, á pesar de haber puesto todos los medios que están al alcance humano para evitarlas. Pero deseoso de conocerlas y de no dejar comprometida su opinión y abandonada una obra que tan útil puede ser y que tantos trabajos y sacrificios le ha costado, se atreve á esperar de la bondad y sabia protección del Consejo que, tomando en consideración todo lo expuesto, se digne concederle se le entregue la obra con un traslado de la censura en la forma que estime, á fin de que, hecho cargo de lo que en ella se diga, pueda rectificar los errores, variar ó suprimir aquello que fuese necesario para poder presentarla de nuevo digna de la sabia aprobación de V. A. y del público. En esta atención, á V. A. suplico se sirva proveer y determinar según queda solicitado, pues así parece de justicia y en ello recibirá la mayor merced.—*Ramón de Mesonero Romanos.*»

El recurso hubo de producir el natural efecto: remitióse la obra al informe del Ayuntamiento, que fué favorabilísimo, expresando su deseo de que «cuanto antes se dé al público» y en su vista volvió sobre su acuerdo el Consejo, concediendo, por fin, lieencia para la impresión en 15 de Abril de 1831, «con tal de que lo ejecute «en papel fino y buena estampa», según dice D. Manuel Abad «Escribano de Cámara del Rey N. S., más antiguo y de Gobierno del Consejo».

Como corolario de las dificultades ofrecidas, baste decir que, publicada la obra, fué tal su éxito, que la edición quedó agotada á las pocas semanas.



Oficio de su elección para la Real Academia Española.

«Real Academia Española.—En Junta celebrada por la Real Academia Española, el jueves tres del corriente, se leyó el memorial de V. S. en que solicitaba ser admitido académico de este ilustre cuerpo, y habiéndose procedido á la votación secreta con arreglo á sus estatutos, resultó quedar V. S. electo por unanimidad en la clase de Honorario.

Lo que participo á V. S con la mayor satisfacción para su inteligencia y que pueda pasar á tomar posesión. Dios guarde á V. S. muchos años.

Madrid 7 de Mayo de 1838.

Francisco Martínez de la Rosa.

Sr. D. Ramón de Mesonero Romanos.» (1)



(1) Fué nombrado académico de número, en 25 de Febrero de 1847.

Papeleta para las elecciones municipales en que fué votado regidor.

Distrito electoral de la Aduana.—*Candidatura para Sres. Concejales para el año de 1846:*

«Sr. D. José Gibert, propietario y capitalista.

Sr. D. Ramón Mesonero Romanos, propietario y escritor público.

Sr. D. José Gaya, propietario y administrador del *Heraldo*.

Sr. D. Nicolás Urtiaga, propietario y capitalista.

Sr. D. Pedro Farrugia, hacendado y dueño de los establecimientos públicos de *Cervantes* y la *Esmeralda.*»

*
* *

Partida de matrimonio (1).

«En la M. H. villa de Madrid en veinte y siete de Junio de mil ochocientos cuarenta y nueve: con licencia del Sr. D. Manuel Cortés Martínez, Cura propio de la Iglesia Parroquial de San Luis: Yo D. Pedro de Alva, Teniente Cura de dicha Iglesia, en la casa-habitación de la señora contrayente, Plazuela de Bilbao, número trece, cuarto tercero, desposé por palabras de presente al señor D. Ramón, Elías, Justo, Mesonero Romanos, caballero de la Real y distinguida orden de Carlos tercero, individuo de la Academia Española y Bibliotecario de la Nacional y Regidor de esta referida villa, natural de la misma, edad de cuarenta y cinco años, de estado soltero, hijo de los Sres. D. Matías, natural de Salamanca, y D.ª Teresa Romanos, natural de Moros, provincia de Zaragoza, ya difuntos: con la Sra. D.ª María Salomé Ichaso, natural de la ciudad de Valladolid, edad de veinte y dos años, de estado soltera, hija de los Sres. D. Claudio, ya difunto, natural que fué de los Arcos, provincia de Navarra, y D.ª Joaquina Mateo, natural de Egea de los Caballeros, en dicha provincia de Zaragoza: y al siguiente día veinte y ocho, en el Oratorio reservado de la expresada Iglesia, velé y di las bendiciones nupciales, conforme al Ritual Romano, á estos señores desposados, habiendo precedido todos los requisitos para la validez y legitimidad de este contrato sacramental. Fueron padrinos el Excmo. Sr. D. Francisco del Acebal y Arratia y la señora madre de la contrayente, y testigos el Excmo. Sr. D. Joaquín Gómez de la Cortina, Conde (*sic*) de Morante y el Sr. D. Bartolomé Obrador, Catedrático de Medicina. Y por ser verdad lo firmo.—*Pedro de Alva.*» Lib. 27 de Matrimonios, fol. 99 »

*
* *

(1) De este matrimonio con D.ª María Salomé Ichaso y Mateo, hija del Brigadier del mismo apellido, tuvo varios hijos, sobreviviéndole cuatro, D. Francisco, D. Santiago, D. Manuel y D.ª Mercedes, de los cuales el segundo falleció en 1896, poco después que su madre, la viuda del ilustre escritor, que pasó á mejor vida en 5 de Septiembre de 1894.

Título de Cronista de Madrid.

Se le otorgó por el Ayuntamiento en 1864, ó sea años después de haber publicado el *Antiguo Madrid*.

He aquí el oficio en que se le notificó tal distinción honorífica:

«A su debido tiempo recibió esta Corporación Municipal la atenta comunicación de V. S. de veinticuatro de Marzo del año próximo pasado, acompañada del ejemplar de la colección de sus obras literarias festivas.

Al remitirla, enuncia V. S. como recuerdo otras obras que existen colocadas en el Archivo Municipal, debidas á su bien cortada pluma, calificándolas con la modestia que es producto siempre del talento verdadero.

Aun cuando haya discurrido bastante tiempo, V. S. conoce mejor que otros, la variedad de asuntos qne rodean al Ayuntamiento, y el aumento que éstos tienen por las exigencias de la época y crecimiento diario de su población; obligado el Ayuntamiento á reconocer justamente las deferencias de V. S., significándoselo de una manera que exprese la unánime volantad de sus individuos, se ha servido acordar:

1.° Que el ejemplar que acompaña á la comunicación de V. S. pase al Archivo para su custodia.

2.° Que se den á V. S. las más cumplidas gracias por este obsequio, con la manifestación de que le acepta S. E. con sumo placer, así por su mérito literario, cuanto por ser producto del ingenio de un hijo de este pueblo.

3.° Que para recompensar, en parte, los buenos servicios que á esta Villa tiene V. S. prestados le concede el título de Cronista de Madrid, confiriéndole además, si se hallase dispuesto á aceptarle, el encargo honorífico de coleccionar, de acuerdo con el Archivero de S. E., todas las obras existentes en las diversas dependencias del Ayuntamiento, para formar lo que podrá considerarse como Biblioteca Municipal, auxiliándole á este fin los empleados necesarios.

El Ayuntamiento cree que este título de honor demuestra de seguro la justicia que hace y la consideración que, en cuanto le es permitido, dispensa á los distinguidos servicios que prestan al pueblo los que han nacido dentro de sus muros; y yo que tengo el deber de cumplir los acuerdos de S. E. me complazco en ser el intermedio para comunicar á V. S la significación de aprecio del Ayuntamiento de Madrid, esperando que para transmitirlo á noticia del mismo, se servirá manifestarme su aceptación

Dios guarde á V. S muchos años.—Madrid quince de Julio de mil ochocientos sesenta y cuatro.—*Camilo García*, Secretario.

Sr. D. Ramón de Mesonero Romanos.»

*
* *

Certificado de defunción.

«Núm. 586. Ramón de Mesonero Romanos.—En la villa de Madrid, á la una de la tarde del día primero de Mayo de mil ochocientos ochenta y dos, ante el Sr. D. Manuel María Rivas, Juez municipal suplente del distrito de Buenavista de la misma, y D. José de Castro Saavedra, Secretario, compareció D..., manifestando que el Excmo. Sr. D. Ramón de Mesonero Romanos, natural de esta corte, de setenta y ocho años de edad, casado, literato, domiciliado en la plaza de Bilbao, número seis, cuarto principal, falleció en el mismo, á las diez y media de la mañana del día de ayer, á consecuencia de una congestión cerebral, de lo cual daba parte en debida forma, como autorizado por D. Francisco Mesonero, hijo del finado.

En vista de esta manifestación y de las certificaciones facultativas presentadas, el Sr. Juez dispuso que se extendiese la presente acta, consignándose las circunstancias siguientes:

Que el referido finado estaba casado en el acto del fallecimiento con D.ª María Salomé Ichaso y Mateo, natural de Valladolid, habiendo dejado de este matrimonio cuatro hijos, llamados Santiago, Manuel, Mercedes y el autorizante.

Que era hijo legítimo de D. Matías y de D.ª Teresa, difuntos. Que había otorgado testamento en esta corte en ocho de Julio de mil ochocientos sesenta y nueve, ante el Notario D. José María de Garamendi y que á su cadáver se le había de dar sepultura en el cementerio de la Sacramental de San Isidro, etc.»

Folio 188 vuelto del libro 135 de defunciones, del Registro Civil del distrito de Buenavista.

*
* *

Testamento, memoria testamentaria y sepultura.

Otorgó el primero en esta corte á 8 de Julio de 1869, ante el notario D. José M.ª de Garamendi y lleva la segunda la fecha de 25 de Noviembre de 1881. En esta última manifiesta «que queda también á favor de mis hijos la propiedad literaria (que no he enajenado) de mis obras literarias, por lo que puedan utilizarlas algún día», y en la última cláusula deja á juicio de su esposa é hijos «los sufragios y entierro en el cementerio de San Isidro, todo sin gran ostentación ni gasto».

En cumplimiento de este deseo, la sepultura del autor de las *Escenas Matritenses*, hállase en el cementerio de San Isidro, patio de Santa María de la Cabeza. El modesto sarcófago que encierra sus cenizas y de la que fué su virtuosa compañera tantos años, lleva el núm. 29 de la tercera fila

y esta inscripción medio cubierta por la yedra, que casi oculta también la cruz y las columnas truncadas de los ángulos:

RAMÓN
DE
MESONERO ROMANOS
«*El Curioso Parlante.*»
CRONISTA DE MADRID
19 Julio 1803. 30 Abril 1882.
MARÍA SALOMÉ ICHASO
Y MATEO
Su esposa.
22 Octubre 1827. 5 Septiembre 1894.
R. I. P.



Entre otra multitud de cargos, todos honoríficos y gratuitos, desempeñó Mesonero Romanos, los siguientes:

Cargos y títulos.

	Años.
Vocal de la Junta de la Sociedad Económica Matritense para la creación del Ateneo..	1835
Bibliotecario del Ateneo. (Reelegido tres veces hasta 1839.).......	1836
Juez de Imprenta por la Diputación Provincial..................	1836
Secretario de la Sociedad de Seguros contra incendios de Madrid.	1836
Secretario de la Caja de Ahorros..............................	1838
Vocal de la Sociedad para propagar y mejorar la educación del pueblo..............................	1838
Vocal de la Junta del Monte de Piedad.......................	1843
Vicepresidente del Ateneo............................	1844
Bibliotecario del Liceo............................	1844
Académico de honor de la Real de Ciencias Naturales de Madrid.	1845
Bibliotecario supernumerario de la Nacional..............	1845
Presidente de la sección de Literatura del Ateneo............	1846
Concejal..............................	1846
Secretario de la Asociación de Propietarios territoriales de España.	1846
Vocal de la Junta para la creación del Teatro Real y arreglo de los del Reino..............................	1848
Vicepresidente de la Junta consultiva de Teatros............	1849
Director de la Caja de Ahorros............................	1853
(Hizo renuncia del cargo anterior en Enero de 1855).	
Presidente de la Junta de Policía Urbana..................	1858
Vocal de la Junta de Instrucción pública de la provincia.........	1858
Vocal de la Comisión de Estadística de la provincia............	1859
Vicepresidente de la Junta provincial de Sanidad............	1859
Cronista de Madrid..............................	1864
Presidente honorario perpetuo de la Asociación de Propietarios. .	1881
Director perpetuo de la Biblioteca Municipal y Comisario nato del Archivo de Madrid..............................	1881

La cruz sencilla de Carlos III, se le concedió en el mismo decreto que á D. Agustín Durán, por la Reina D.ª Isabel II, «queriendo dar una muestra del distinguido aprecio que hago de sus vastos conocimientos y reputación bien adquirida», el 28 de Noviembre de 1838.

Esta fué la única condecoración que tuvo durante su vida, hasta que por iniciativa y decidido empeño del Alcalde D Manuel María José de Galdo, á quien no conocía, se le otorgó en 18 de Mayo de 1871, la Gran Cruz de Isabel la Católica, que no usó nunca, ni llegó á comprar.

En las *Memorias de un setentón* reseña nuestro padre, la forma en que le fué conferida dicha distinción. He aquí la correspondencia que con este motivo medió entre nuestro padre y Galdo:

Alcaldía primera del Ayuntamiento popular de Madrid.—*Particular.*—Excmo. Sr. D. Ramón Mesonero Romanos. Muy señor mío y de todo mi respeto: Aunque hasta hoy no he tenido la honra de tratarle, su nombre me era muy conocido y simpático desde los años primeros de mi juventud, en que solía entretener mis ocios con la lectura de sus múltiples escritos sobre asuntos varios, y muy especialmente sobre la villa de Madrid, su historia y los proyectos de reforma que, en su sentir, debían alentarse y promoverse.

Por esta razón, habiendo sido nombrado Concejal del Ayuntamiento de Madrid, recordé con placer lo que de usted había aprendido, y cuando tuve la alta é inmerecida honra de ser votado Alcalde primero, me creí en la obligación de nombrarle Cronista de la villa, proponiéndolo así á la Corporación. Esta lo estimó muy justo, y al querérselo comunicar, me encontré que usted ya tenía semejante título, dado anteriormente por este mismo cuerpo. Se reformó el acuerdo, y en vez de nombrarle como se había hecho, se confirmó á usted en el cargo de Cronista de Madrid.

Así y todo, mi conciencia no se hallaba tranquila, pues creía, como creo, que D. Ramón Mesonero Romanos, hijo de Madrid y Concejal que ha sido de este Ayuntamiento, merecía ser condecorado con justicia por el Gobierno de la Nación, que nunca debe olvidar los servicios de sus buenos hijos y mucho menos los de aquellos que, como usted, han dejado con su pluma, recuerdos á las generaciones venideras de lo que vale el amor de un hijo al pueblo en que vió la luz primera.

En carta atenta, en que indicaba brevemente sus merecimientos y en que además decía (lo que es verdad) que no tenía la honra de conocerle ni tratarle personalmente, indiqué al Sr. Ministro de Estado, Excmo. señor D. Bonifacio de Blas, la justicia que á usted asistía para poder ostentar una Gran Cruz. El citado Sr. Ministro, se apresuró á contestarme á las veinticuatro horas, accediendo á mis deseos y diciéndome tenía mucho placer en hacer justicia á sus merecimientos, por los cuales quedaba nombrado Caballero Gran Cruz de Isabel la Católica, y que semejante distinción era libre de gastos.

Con tal motivo me apresuro á referirle todo lo sucedido y á rogarle

tenga en cuenta que, como en usted, quisiera ver siempre premiado el mérito de todos mis paisanos y el de todos los hijos de España.

Es de usted siempre su afectísimo servidor y amigo, Q. B. S. M.,

MANUEL M. J. DE GALDO.

Madrid 22 de Diciembre de 1871.

Esta carta tuvo contestación en la siguiente, cuyo borrador conservamos:

«Muy señor mío de todo mi respeto: Recibí la afectuosa carta, fecha de ayer 22, con que usted me favorece para comunicarme que aunque sin conocerme personalmente, y llevado sólo de las simpatías que hace mucho tiempo le han inspirado mis trabajos en el Ayuntamiento y demás corporaciones y establecimientos locales, así como mis pobres escritos en lo referente á la historia administrativa, descripción y costumbres de nuestro común pueblo natal, le sugirieron la idea (antes de separarse de la Corporación municipal que dignamente preside) de hacer que se me diera un testimonio público de gratitud por aquellos que llama merecimientos míos, y al efecto, había obtenido del Ayuntamiento, la confirmación del título honorífico de Cronista de Madrid, que ya anteriormente se me dispensó, y del Gobierno, la gracia de la Gran Cruz de Isabel la Católica, libre de gastos, cuya credencial me remitía.

Grande ha sido la sorpresa que en mí ha causado esta inesperada merced, tanto por referirse á méritos y servicios, que por lo añejos, creía ya olvidados completamente, cuanto por proceder por iniciativa de una persona á quien no había tenido la honra de conocer, ni saber, por lo tanto, que le mereciera tan afectuosa y espontánea voluntad.

Bajo este punto de vista únicamente, y atendido mi carácter, nada inclinado á estas distinciones pomposas, es como adquiere para mí preciado valor, una gracia que por lo espontánea, é ignorada de todos, pudiera hacerme creer en efecto, que al consagrar mi escasa inteligencia al servicio del pueblo de Madrid, había conseguido la única recompensa á que siempre aspiré, que era la satisfacción de mi conciencia y el aprecio de mis compatriotas. Por lo demás, esta gracia (que pudiera llamar *póstuma*) sólo podrá servir para decorar mi ataúd, aquel ataúd modesto al que hace ya treinta años dedicaba este expresivo epitafio al final de una de mis *Escenas Matritenses*

Aquí yace
un hombre que no fué nada
absolutamente nada,
ni siquiera Jefe político (1).

---

(1) «En 1842 el ser Jefe político (Gobernador) era ser algo. Si hubiera sido ahora hubiera escrito: *Ni siquiera Ministro*, que es decir *menos que nada.*»

Esto no obstante, serviráme en vida para recordarme la gratitud que debo á usted, en quien veo delicadamente simbolizados, la estimación y afecto, que pude un día merecer de mis paisanos y convecinos.

Madrid 23 de Diciembre de 1871.—B. L. M. de V. S. S. S.»

*
* *

Pseudónimos de Mesonero Romanos.

El primer artículo de sus *Escenas Matritenses* lo publicó en el tomo 4.º de las *Cartas Españolas*, Enero de 1832, con el nombre de *Un Curioso Parlante*, que cambió desde su segunda escena, *La calle de Toledo*, en Febrero del mismo año. por el de *El Curioso Parlante*, que ya empleó constantemente en sus obras humorísticas.

Pero antes, en 1831, en el mismo periódico habíase publicado una serie de cartas con el título *Manual del Pretendiente*, y la firma de *Verecundo, Corbeta* y *Luenga Vista*—personaje que figuró luego en uno de los artículos de su libro *Tipos y Caracteres*—circunstancia que inclina á vehementísima sospecha de que, tras dicho seudónimo, se ocultaba su nombre. ¿Fué así en efecto?

Como queda dicho, en *La Ilustración*, de Fernández de los Ríos, aparecieron porción de revistas de Madrid, con la firma *El Cronista* y algún otro trabajo con la de *El Corrector de Pruebas*.

Más de una razón inclina á creer, también, que usó las de *El Mirón* y *El Buscón*, que aparecen bajo varios artículos, en el *Boletín Oficial de Madrid* de 1833.

*
* *

Copia del acta notarial de la inauguración de la lápida conmemorativa colocada en honor del Cronista de Madrid D. Ramón de Mesonero Romanos, en la casa en que vivió y murió.

«En la muy heroica villa y corte de Madrid á treinta de Abril de mil ochocientos ochenta y cinco. Siendo las dos de la tarde, y en virtud de requerimiento y designación del Sr. Presidente de la Asociación de Escritores y Artistas Españoles, Excmo. Sr. D. Gaspar Núñez de Arce.

Yo, D. José Gonzalo de las Casas y Quijano, Escribano de Cámara de S. M., vecino y Notario de esta capital y del ilustre Colegio territorial de la misma, me constituí en la casa número seis, plaza de Bilbao, manzana trescientos cinco, segundo cuartel hipotecario de esta corte, propia en la actualidad de los Sres. D. Francisco, D. Santiago, D. Manuel y D.ª Mercedes Mesonero Romanos é Icháso y de la Sra. D.ª María Salomé Icháso, como usufructuaria del quinto de la herencia de su señor

esposo, y padre de los referidos cuatro señores antes nombrados, el ilustre difunto D. Ramón de Mesonero Romanos, cronista que fué de Madrid, que murió en dicha casa, con objeto de hacer constar la inauguración y colocación en la fachada de la misma casa de la lápida conmemorativa en honor del mismo, acordadada por el Excmo. Ayuntamiento de esta capital, y cuya ejecución fué encomendada á la Junta directiva de la Asociación de Escritores y Artistas.

Llegada dicha hora y estando en el despacho de la habitación que ocupó el Sr. D. Ramón Mesonero Romanos, cuarto principal de la misma casa, concurrieron los señores que al margen se expresan.

Y así, reunidos por el Excmo. Sr. Presidente de la Asociación de Escritores y Artistas, Sr. Núñez de Arce, se hizo constar:

1.° Que el Excmo. Ayuntamiento de esta villa de Madrid, en sesión de dos de Marzo del corriente año, tuvo á bien acordar que por la Tesorería municipal se entregase á la Junta directiva de la Asociación, la cantidad de dos mil pesetas, con destino al estudio, construcción y colocación de una lápida conmemorativa en honor del ilustre cronista de Madrid, Sr. D. Ramón Mesonero Romanos; obra que debería llevarse á efecto en la forma y modo que mejor estimase la expresada Asociación, bajo la base de las dos mil pesetas referidas, y cuidando de que la mencionada lápida conmemorativa quedase colocada para el día de hoy, tercer aniversario del fallecimiento del insigne autor de las *Escenas matritenses*.

2.° Que comunicado este acuerdo al Excmo. Sr. Presidente, en seis de Marzo último, y dada cuenta á la Junta directiva, formado por ésta y aprobado por el Excmo. Auntamiento el proyecto de lápida, se encomendó el estudio, construcción y colocación de la misma, al reputado escultor don Justo de Gandarias, que en obsequio de la Asociación de Escritores y Artistas á que pertenece, y con una generosidad digna de especial mención, ejecutó el trabajo llevado del amor al arte y de un sentimiento de consideración á la memoria de tan ilustre escritor, en condiciones superiores á la cantidad destinada para este objeto, pues si bien el coste del trabajo ascendía á cuatro mil pesetas, el autor ha renunciado á percibir las dos mil restantes, por el fin á que dicho trabajo se destina; en cuya virtud, la Junta directiva de la Asociación, acordó un voto de gracias á favor del Sr. Gandarias; haciéndolo constar en este acto, como merece su generoso proceder.

3.° Que ejecutado en tales términos el trabajo artístico y obtenida la competente autorización del Excmo. Ayuntamiento, para colocar la lápida, busto ó monumento conmemorativo en honor del Sr. Mesonero Romanos en la casa número seis de la plaza de Bilbao. en que se celebra este acto, en sesión de treinta de Marzo, según comunicación dirigida al Sr. Secretario de la Asociación de Escritores y Artistas con fecha siete del corriente y de acuerdo con la familia de aquél, su señora viuda é hijos que, como queda indicado, son los actuales dueños de la finca, y cum-

pliendo la Junta directiva de la Asociación con la grata misión y encargo que le está conferido por el Excmo. Ayuntamiento, señaló el día de hoy para la inauguración del referido monumento conmemorativo en honor del insigne escritor, á cuyo fin han sido invitadas las personas y corporaciones presentes y representadas en este acto.

En su consecuencia, el Excmo. Sr. Presidente, mandó proceder á dicha inauguración, descubriéndose acto seguido el citado monumento, dejándose ver á la altura del piso principal de la referida casa una lápida de mármol gris y blanco con el busto del Sr. D. Ramón Mesonero Romanos y la siguiente leyenda:

Á DON RAMÓN MESONERO ROMANOS
AUTOR DE LAS «ESCENAS MATRITENSES»
CRONISTA DE LA VILLA
EL AYUNTAMIENTO DE MADRID
1885

El Sr. Presidente declaró inaugurado el monumento conmemorativo en honor del esclarecido autor de las *Escenas matritenses*, como prueba de gratitud del pueblo de Madrid, con satisfacción de todos los concurrentes.

Acto seguido la señora viuda é hijos del célebre escritor conmemorado, los referidos D.ª María Salomé Icháso, D. Francisco, D. Santiago, don Manuel y D.ª Mercedes Mesonero Romanos é Icháso, dueños actuales de la finca en que queda colocada la lápida, deseando contribuir á su perpetuidad, manifestaron que: por sí y á nombre de los que sucedan en adelante en la propiedad ó usufructo de dicha finca, se obligan en forma solemne, á conservarla esmeradamente, sin permitir su apeo, y que si éste fuere necesario, por motivo de obras ó reedificación de la casa, deberá ser repuesta en su lugar en la que se construyese, á la misma altura y adosada al edificio como queda inaugurada.

Con lo que se concluyó el acto. Y para que todo conste debidamente levanto la presente acta que firman los señores presentes, previa lectura que hice de la misma y enterados del derecho que les advertí tenían para leerla por sí, al que renunciaron. De todo lo cual y del conocimiento de dichos señores, doy fe.=Gaspar Núñez de Arce.=Por la Academia Española, el Conde de Cheste.=Tomás Rodríguez Rubí.=El Conde de Casa Valencia.=Víctor Balaguer.=Por la Asociación de Propietarios, Juan G. Chicote.=José Santa María.=Alejandro de la Torre.=Por el Ayuntamiento, Manuel Torre Rauri.=Por el Monte de Piedad y Caja de Ahorros: Braulio A. Ramírez.=Manuel J. de Galdo.=Por la Parroquia, Máximo Segovia.=Por la Prensa periódica; Manuel Ossorio y Bernard, de la *Gaceta de Madrid*.=Justo de Gandarias.=Eduardo Castañer y Cuesta, de *La Correspondencia*, *Imparcial*.=Por *La Ilustración Española y Americana*, Juan Comba y García.=*El Día*, Vicente Parrilla.=Por el Círculo de Bellas Artes, el Presidente, Bernardo Rico.=Miguel de los

Santos Alvarez.=Como autor de las *Escenas montañesas*, José M. de Pereda.=José Feliú y Codina, escritor catalán.=Por la Asociación de Escritores y Artistas, Manuel M. J. de Galdo.=José del Castillo y Soriano.=Manuel de Foronda.=Luis Vidart.=Antonio Cortón.=Luis Cabello y Aso, arquitecto.=F. Guillén Buzarán.=Por *La Madre Patria*, Heliodoro Mas y Pérez.=Faustino Rodríguez San Pedro.=El Capellán mayor de las Trinitarias, Juan Bautista Manzanedo.=Como presbítero de la Congregación de Naturales de Madrid, F. de Villanueva y Peñasco.=Fernando de Castro.=El Capellán mayor de Señoras Comendadoras de Santiago, Felipe Santiago Ineva.=Juan Moreno de Barutell.=María Salomé Icháso, viuda de Mesonero Romanos.=Mercedes Mesonero Romanos.=Francisco Mesonero Romanos.=Santiago Mesonero Romanos.=Manuel Mesonero Romanos.=Signado: José Gonzalo de las Casas. Con rúbrica.

Nota. En veintidós de Mayo del mismo año di copia para D. Francisco Mesonero Romanos en cuatro pliegos, clase décima, números seiscientos sesenta y cuatro mil novecientos cuarenta y siete al cincuenta. Doy fe.=Gonzalo de las Casas. Con rúbrica.

***

Al levantar de planta esta casa en 1846, vino á habitarla Mesonero Romanos desde la suya de la calle Angosta de San Bernardo, hoy de la Aduana.

En ella conoció y contrajo matrimonio con D.ª María Salomé Icháso cuyos juveniles encantos y prendas singulares de virtud y discreción, cautivaron su voluntad, y con la cual compartió, cerca de cuarenta años, una existencia dedicada al cuidado más tierno y amantísimo de sus hijos. En esta casa, á la cual va unida también la memoria de la madre entrañable y del hermano queridísimo, conservamos todavía como único recuerdo material, el despacho de nuestro padre, en idéntico estado en que lo dejó al morir.

El que sirvió de tranquilo retiro, muchos años, al *Curioso Parlante*, se compone de dos pequeñas piezas, bañadas por la luz de dos balcones á la plaza de Bilbao, y cuyas paredes llenan por completo nueve estantes de libros, que constituían su biblioteca después de reducida considerablemente para fundar la Municipal, con toda la parte referente á la historia y descripción de Madrid. Otro estante ó anaquelería guarda el archivo de su vida, el resumen de su obra de literato y de fomentador de toda suerte de adelantos sociales. Allí están los autógrafos de las *Escenas* y de sus demás libros, desde el *Manual* hasta las *Memorias*; allí sus proyectos y reformas en el Ayuntamiento, sus trabajos en la Sociedad Económica, en la Caja de Ahorros, en el Ateneo, el Liceo, en el *Semanario* y tantas instituciones útiles. En cinco cajas-tomos tiene forma adecuada á su importancia, una copiosa *Colección de escritores contemporáneos*, donde se hallan reunidas las firmas más notables de su época, al pie de preciosos originales,

y tres, más, gruesísimos volúmenes, encierran un rico *Epistolario*, con unas 1.200 cartas de cerca de 400 autores, entresacadas de los varios miles que dejó, de todas las notabilidades de su tiempo, literatos, artistas, políticos, etc., como Moratín, Palafox, Bretón de los Herreros, Lista, el Duque de Rivas, Pacheco, Juan Nicasio Gallego, Gertrudis Avellaneda, Gil Zárate, Latorre, Pontejos, Gómez de la Serna, Modesto Lafuente, Zorrilla, Valera, Cánovas, Castelar, Martos, Tamayo, Fernández de los Ríos, etc., interesantísimas por el asunto, y multitud de Hartzenbusch, el Conde de Cheste, Ventura de la Vega, Alarcón, Molíns, Pereda, Núñez de Arce, Pérez Galdós y muchísimos más, verdaderos modelos de género epistolar, por su hermosa forma, aunque sin perder el carácter sencillo é intimo, que les da valor inapreciable.

Ésta es la única riqueza del despacho, alhajado con modestia rayana en la humildad. Todo está allí como el día en que murió el *Curioso Parlante.*

Sobre la mesa hállanse aún: el tintero de sus últimos tiempos; la carpeta en que escribiera las postreras cuartillas, cuatro ó seis días antes de su fallecimiento; los fanales ó cortabrisas para los candeleros, recuerdo todavía de la casa de su padre. Detrás del modesto sillón, sobre una cómoda, aún más vulgar, el busto-mascarilla, ostenta, apenas desfigurada, la placidez expresiva del autor de las *Escenas matritenses*, y bajo el fanal que lo resguarda, vense el último capítulo de las *Memorias* y la pluma con que lo trazara aquel *setentón*, cuya única cosa vieja, como él decía, *era su partida de bautismo.*

Pocos más muebles ocupan el despacho. Un pequeño velador con libros, entre ellos *La pródiga*, de Alarcón, último que leyó; varios bustos de yeso de escritores españoles; otros pocos planos ó vistas de Madrid; un retrato á lápiz por Rosario Weiss, que fué grabado para varias ediciones de sus obras; el pintado por Revilla, que va al frente de este volumen; contadas sillas, sillones y un sofá también de gutapercha, completan el sencillo ajuar de aquella estancia, testigo mudo de tantos coloquios de nuestro padre con hombres ilustres y cuyos detalles se perdieron para siempre, con tantos jóvenes principiantes ó personas desconocidas, *amantes incógnitos*, según los calificaba graciosamente. Pero una, al menos, de éstas entrevistas merece no quedar en olvido, por las circunstancias que en ella concurrieron y las del visitante.

Fué el caso, que poco después de publicarse *Las Memorias de un Setentón*, presentóse en casa, un caballero desconocido que resultó ser don Francisco Dumond, íntimo amigo del Duque de la Torre, en cuyo nombre—dijo—venía á anunciar á nuestro padre la próxima visita del ilustre general que anhelaba conocerle y unir sus plácemes á los que recibía de todas partes por su último libro.

Déjase comprender la halagüeña sorpresa que le produjo petición tan inesperada. Inútil fué que, cortésmente, se ofreciera á saludar al ilustre personaje en su casa. pues el citado Sr. Dumond, manifestóle el propó-

sito firme del Duque de hacerlo él, y el encargo reiteradísimo que le había hecho de no aceptar tal oferta. Vióse, pues, obligado á manifestar que cualquiera de las tardes próximas sería para él gratísimo recibir visita que tanto le honraba, y, en efecto, pocas después, el ilustre político, el ex Regente del Reino, sentábase en aquel modestísimo sofá junto al conmovido *setentón*, manifestándole en términos efusivos su contento por haber realizdo el deseo que abrigaba de mucho tiempo atrás, de conocer y estrechar la mano al *escritor eminente*, *al ciudadano modelo*, *cuya obra de toda la vida había seguido con interés y afecto grandísimos*, *aunque las circunstancias de la suya*, *tan distinta y accidentada*, *le hubiesen retrasado hasta entonces el manifestarlo.*

No hay para qué decir, cuán de corazón agradeció nuestro padre este delicado rasgo del ilustre general, en quien nunca pudo sospechar tal simpatía, mucho más grata por lo espontáneo de su expresión y por dedicarse á quien, alejado sistemáticamente de la política toda su vida y de toda clase de adulación, nunca le había dedicado la menor alabanza, ni antes ni ahora, podía ofrecerle más que una gratitud hondísima.

Pero su modestia dejó tan desconocido el suceso, que al cabo de veinticuatro años nos toca á nosotros señalar aquel rasgo, honroso para nuestro padre, pero muchísimo también, para quien después de haber llegado á las más altas magistraturas, por el esfuerzo de su corazón, demostró entonces que en él guardaba también, afecto y ternura hacia los talentos y virtudes de los demás.

BIBLIOGRAFIA



OBRAS IMPRESAS DE MESONERO ROMANOS

Trabajos históricos, descriptivos y de administración.—Mejoras de Madrid.

Manual de Madrid, descripción de la corte y de la villa por D. Ramón de Mesonero Romanos.

Madrid, 1831.—Imprenta de D. M. de Burgos.—Un tomo en 8.° con cinco estampas y un plano topográfico.

La misma obra. Segunda edición corregida y aumentada.

Madrid, imprenta de Burgos, 1833.

Apéndice al Manual de Madrid, descripción de la corte y de la villa; rápida ojeada sobre el estado de la capital y de los medios de mejorarla.

Madrid, imprenta de D. Tomás Jordán, 1835.—Un tomo en 8.°

Manual histórico-topográfico, administrativo y artístico de Madrid. Nueva edición.

Madrid, imprenta de Yenes, 1844.—Un tomo en 8.° con láminas y un plano topográfico.

Las reformas introducidas en esta obra hacen de ella otra distinta de las anteriores.

Nuevo Manual histórico-topográfico, estadístico y descripción de Madrid, adornado con grabados.

Madrid, imprenta de la Viuda de Yenes, 1854.—Un tomo en 8.°—Esta edición lleva 12 grabados en madera y un plano.

Proyecto de mejoras generales de Madrid, presentado al excelentísimo Ayntamiento Constitucional por el Regidor del mismo D. ..., mandado imprimir por acuerdo de su excelencia.

Madrid, imprenta de D. Agustín Espinosa y Compañía, 1846

Memoria explicativa del plano general de mejoras, que presenta con esta fecha al Excmo. Ayuntamiento de esta M. H. villa, el Regidor del mismo D. ..., y mandado imprimir por acuerdo de su Excelencia.

Madrid, imprenta de Agustín Espinosa y Compañía, 1849 —Un folleto en 4.°

El antiguo Madrid; paseos histórico-anedócticos por las calles y casas de esta villa.

Madrid, establecimiento tipográfico de D. Francisco de Paula Mellado, 1861.—Un tomo en 4.° con grabados aparte del texto.

Catálogo de los libros de la Biblioteca municipal á su instalación en 1.° de Mayo de 1876.

Madrid, imprenta y litografía municipal, 1877.—Un folleto en 4.°—Sabido es que esta Biblioteca la formó con una parte considerable de la suya particular (2.561 volúmenes) que cedió al Ayuntamiento de Madrid. El catálogo comprende obras sumamente curiosas relativas á la villa, una reseña biográfica de ingenios matritenses muy interesante, y otra histórica de la formación de dicha Biblioteca.

Obras humorísticas y de amena literatura.

Mis ratos de ocio ó ligero bosquejo de Madrid en 1820 y 1821, obra escrita en español y traducida al castellano por su autor.

Madrid, imprenta de D. Emeterio Álvarez, 1822. Folleto de 44 páginas en 12.° (Véanse capítulos y mayor noticia, pág. 383, volumen primero de esta compilación.)

Panorama matritense. Cuadros de costumbres de la capital, observados y descritos por un Curioso Parlante.

Madrid, imprenta de Repullés, 1835-1838.—Tres tomos 8.° marquilla. En los dos últimos tomos aparece ya como autor El Curioso Parlante.

Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica en 1840 y 1841. Su autor el Curioso Parlante.

Madrid, 1841, imprenta de M. de Burgos.—Un tomo en 8.°
Estas impresiones de viaje, parte de las cuales fueron escritas du-

rante otro á Francia é Inglaterra, en 1833, se publicaron antes en *El Semanario Pintoresco Español.*

Escenas matritenses, por el Curioso Parlante. Tercera edición corregida y aumentada por el autor y adornada con láminas.

Madrid, imprenta de Yenes, 1842.—Cuatro tomos en 8.° marquilla.

Por primera vez se publicaron estos artículos de costumbres, bajo este título general. Las láminas son de Elbo y Miranda en su mayor parte.

Escenas matritenses. Cuarta edición corregida y aumentada por el autor é ilustrada con grabados.

Madrid, imprenta y librería de Boix, 1845.—Un tomo en 4.° mayor.

Es ésta la edición más notable de las ilustradas, conteniendo multitud de preciosos dibujos de Alenza y otros muy acabados de Vallejo, Rey, Elbo, etc.

Escenas matritenses. Quinta edición, única completa, aumentada y corregida por el autor é ilustrada con 50 grabados.

Madrid imprenta y litografía de Gaspar y Roig, editores, 1851.—Un tomo folio con grabados intercalados.

Obras jocosas y satíricas del Curioso Parlante.

Madrid, 1862. Establecimiento tipográfico de D. Francisco de Paula Mellado.—Cuatro tomos en 8.°

Primer volumen: *Panorama matritense.*—Primera serie de las *Escenas,* 1832 á 1835. Nueva edición corregida y aumentada con notas. (Comprende los artículos de los dos primeros tomos publicados en la de Repullés en 1835.)

Segundo volumen: *Escenas matritenses.*—Segunda serie, 1836 á 1842. (Comprende los artículos del tomo III de la citada colección, más algunos posteriores como *Las sillas del Prado, La posada ó España en Madrid, El martes de Carnaval* y *El miércoles de Ceniza,* etc

Tercer volumen: *Tipos, grupos y bocetos de cuadros de costumbres; dibujados á la pluma por el Curioso Parlante,* 1843 á 1860. Parte de los artículos del tomo, se había publicado en la anterior edición de Gaspar y Roig y antes en el *Semanario Pintoresco Español,* 1842, otros son posteriores. Comprende también los dos que había publicado el autor en *Los españoles pintados por sí mismos.*

Cuarto volumen: *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica en 1840-1841.* Nueva edición corregida y aumentada.

Escenas matritenses.—Artículos escogidos de ambas series.

«Biblioteca Universal» publicada por D. Joaquín Pi y Margall.—Madrid 1879.—Dos tomos en 16.°

Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid, escritas por D. Ramón de Mesonero Romanos.

Madrid, oficinas de *La Ilustración Española y Americana*, año MDCCCLXXX. (Biblioteca selecta de escritores contemporáneos).—Un tomo en 4.°

La obra habíase publicado ya en dicho periódico, pero ésta es su primera edición impresa separadamente.

Obras jocosas y satíricas del Curioso Parlante.—Nueva edición corregida y aumentada, con notas.

Madrid, oficinas de *La Ilustración Española y Americana*, año MDCCCXXXI.—Ocho tomos en 4.°.

Tomo I.—*Panorama matritense.*

Primera serie de las *Escenas*, 1832 á 1835. (Con un retrato grabado en acero por B. Maura.)

Tomo II.—*Escenas Matritenses.*

Segunda serie, 1836 á 1842.

Tomo III.—*Tipos y caracteres*, bocetos de cuadros de costumbres, 1843 á 1862.

Esta obra cambió en esta edición su antiguo título *Tipos, grupos y bocetos de cuadros de costumbres dibujados á la pluma por el Curioso Parlante*, con el cual se había publicado en la edición de Mellado, en 1862.

Tomo IV.—*Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica en 1840 y 1841.*

Tomos V y VI.—*El antiguo Madrid*, paseos histórico-anecdóticos por las calles y casas de esta villa.

Nueva edición con grabados en madera reproducción de los en acero de la edición primitiva de Mellado en 1961.

Tomos VII y VIII.—*Memorias de un setentón, natural y vecino de Madrid.*

Nueva edición con notas y adiciones. El primer tomo comprende los años 1808 á 1823; el segundo, de 1824 á 1850. Este último volumen lleva al final una *Adjunta á las Memorias de un setentón*, en romance, que firma con el pseudónimo *El Curioso... Tacente* y un apéndice con varios juicios críticos de las *Memorias*, debidos á notables escritores.

Estudios críticos, biográficos y bibliográficos del teatro antiguo español.

Tirso de Molina.—Cuentos, fábulas, descripciones y diálogos, máximas y apotegmas, epigramas y dichos agudos, escogidos en sus obras, con un discurso crítico por D. R. de M. R.

Madrid 1848.—Mellado, editor.—Un tomo 8.°

Dramáticos contemporáneos á Lope de Vega.—Colección escogida y ordenada con un discurso, apuntes biográficos y críticos de los autores, noticias bibliográficas y catálogos por...

Biblioteca de Autores Españoles. — Madrid, M. Rivadeneyra, 1857-58, dos tomos folio. (40 y 41 de la colección.)

El primero de estos volúmenes comprende las biografías y catálogos de obras del Dr. Ramón, Miguel Sánchez (el Divino), el canónigo Tárrega, Gaspar de Aguilar, Ricardo del Turia, D. Carlos Boil, D. Guillén de Castro, Miguel Beneito, el Licenciado Mexía de la Cerda, el Licenciado Juan Grajales, Damián Salustio del Poyo, Andrés de Claramonte, Gaspar de Avila, el Jurado de Toledo, Hurtado de Velarde, el Licenciado Justiniano, Gaspar y Cristóbal de Mesa, Liñán, D. Alfonso Velázquez de Velasco.

El segundo volumen comprende: el Dr. Mira de Mescua, Luis Vélez de Guevara, el Dr. Felipe Godínez, D. Diego Jiménez de Enciso, D. Rodrigo de Herrera, D. Jacinto de Herrera, Salas Barbadillo, D. Alonso del Castillo Solórzano, Luis Belmonte Bermúdez, D. Jerónimo de Villaizán, D. Antonio Coello, D. Antonio Hurtado de Mendoza, el Dr. Juan Pérez de Montalbán, el maestro Tirso de Molina, D. Juan Ruiz de Alarcón.

Dramáticos posteriores á Lope de Vega.—Colección escogida y ordenada con un discurso, apuntes biográficos y críticos de los autores, noticias bibliográficas y catálogos por...

Biblioteca de Autores Españoles. — Madrid, M. Rivadeneyra, 1858-59, dos tomos folio (44 y 45 de la colección.)

El primero de estos volúmenes comprende las biografías y catálogos de Solís, Cubillo, Matos Fragoso, Leiva, los Figueroa, Villaviciosa y Avellaneda, Martínez Meneses, Cancer, Zavaleta, Rosete, Enrique Gómez, Zárate, D. Juan Vélez de Guevara y Cuéllar.

El segundo volumen comprende las biografías y catálogos de los siguientes autores: Diamante, Monroy, D.ª Ana Caro, el Padre Céspedes, Monteser, Un Ingenio de esta corte, Hoz y Mota, Salazar, la Monja de Méjico, Candamo, el maestro León, Zamora, Cañizares.

* * *

Marido joven y mujer vieja.—Comedia en tres actos en prosa acomodada al teatro español por D. R de M. R.

Madrid 1829.—Imprenta de D. Miguel de Burgos.—Un folleto 12.º de 75 páginas. Fué representada, según parece, pues en ella figura el reparto, cuyas primeras partes desempeñaron Santiago Casanova y la Joaquina Baus.

Publicaciones póstumas.

Ramón de Mesonero Romanos.—El Curioso Parlante.
Algo en prosa y en verso inédito, publicado por sus hijos para conmemorar el primer aniversario de su fallecimiento.

Madrid, Fernando Fe, 1883.— Un folleto en 12.º de 70 páginas.

D. Ramón de Mesonero Romanos.— Escenas matritenses.— Scenes de la vie de Madrid.—Avec une notice biographique et litteraire et des notes, par F. Morere.

París. Garnier-frères, 1896 (con retrato), un tomo 8.º Collection annotée d'auteurs clasiques espagnols. (Comprende nueve *escenas* en castellano.)

Ramón dn Mesonero Romanos.—El Curioso Parlante.
Trabajos no coleccionados, publicados por sus hijos en el centenario del natalicio del autor.

Madrid, imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, 1903-1905.— Dos tomos en 4.º con dos retratos.

El volumen primero comprende: Reformas de Madrid y su Administración, Amena literatura.

El segundo: Refundiciones del Teatro antiguo y Comedia original, inéditas; Historia y crítica dramáticas, Biografía, Composiciones poéticas inéditas; Miscelánea, etc., (con decumentos biográficos y notas bibliográficas.)

*
* *

Al terminar este trabajo, ofrenda de nuestro cariño y admiración filiales, parece inútil advertir que no comprende todo cuanto produjo, aparte de sus libros, la pluma del *Curioso Parlante*, sino sólo aquello que por alguna causa mereciera salir del olvido. De muchos artículos hubimos de prescindir por su carácter circunstancial, su escasa importancia, alguna vez, y otros motivos, huyendo del peligro de las repeticiones, ó de que la misma abundancia, viniera á dañar los quilates de una admiración que deseábamos acrecer más y más.

Tales consideraciones, nos han hecho prescindir de gran número de trabajos humorísticos publicados en *El Indicador de los Espectáculos y del Buen Gusto*, las *Cartas Españolas*, *La Revista Española*, *El Diario de Avisos*, *El Correo Literario y Mercantil*, el *Semanario Pintoreso Español*, la antigua *Ilustración*, *Las Novedades*, el *Museo Universal*, *La Ilustración Española y Americana*, pues muchos de ellos forman parte, con variantes

más ó menos considerables, de las obras del autor, cuya primera edición casi siempre vió la luz en series de artículos periodísticos, que luego coleccionaba en libro, como sucedió con las *Escenas Matritenses*, el *Panorama Matritense*, los *Tipos y Caracteres*, los *Recuerdos de Viaje*, *El Antiguo Madrid* y las *Memorias de un setentón*.

Se omiten también por estar comprendidos, en parte unas veces y otras casi textualmente en otros de sus libros, buena porción de trabajos relacionados con Madrid, su historia, monumentos, etc., que el autor publicó en *El Semanario* y *La Ilustración*, de Fernández de los Ríos; tales son entre otros, *Las casas consistoriales y el Archivo de Madrid*, *El Real Palacio*, *Las Fuentes del Prado*, *Estatua de Cervantes*, *Estatua de Felipe IV*, *Recuerdos de San Isidro Labrador*, *la Platería de Martínez*, *Galerías cubiertas*, *El Oratorio del Caballero de Gracia*, etc., en el primero de dichos periódicos; pudiendo señalarse en *La Ilustración*, otros como *Los Teatros de la villa de Madrid*, *La villa y corte de Madrid á mediados del siglo XVII*, *Fuentes de Madrid*, *Sobre Ordenanzas de Madrid*, *Sobre incendios en Madrid*, *Nueva Bolsa de Comercio*, *La Congregación de Siervas de María en Chamberí*, *Proyecto de puente sobre la calle de Segovia*, *Biblioteca*, *Armería y monetario del Duque de Osuna*, *La Fábrica de Tabacos* y muchísimos más, especialmente en los años 1850, 51 y 52, en que compartió, puede decirse, con Fernández de los Ríos, la dirección y confección de este periódico.

Además de estos numerosos trabajos, incluídos, como se ha dicho, en sus obras impresas, encuéntranse otros *sobre materias distintas en absoluto*, que no hemos agregado á los que forman los dos volúmenes de esta compilación, evitando el hacerla interminable. Aunque no sea posible asegurar siempre la autenticidad, tratándose de artículos anónimos, he aquí una lista de algunos de esta índole, indudables casi todos, publicados en varios periódicos, especialmense en el *Semanario Pintoresco* y en *La Ilustración*, que con la actual compilación y los libros impresos, completan la bibliografía del *Curioso Parlante*.

El Indicador de los Espectáculos y de las Artes.

En el *Boletín* bastantes artículos, cuya mayor parte quedan citados en otro lugar.

La Revista Española.

Varios artículos de crítica teatral, sección que corrió á su cargo durante los años 1832 y 33.

El Semanario Pintoresco Español.

Año 1836.—«Real Fábrica de San Fernando»; «La torre de Londres»; «Nuestra Señora de París»; «Las catacumbas de París»; «Los caminos de hierro»; «Bolsa de París»; «Bolsa de Londres»; «Los ómnibus».

Año 1837.—«*Los Amantes de Teruel* (historia de la tradición y crítica del drama de Hartzenbusch)»; «D. Manuel Casal y Aguado»; «Crítica literaria, *El Paje*, de García Gutiérrez»; «El Panteón Real del Escorial»; «La

Custodia del Santísimo Sacramento, de Madrid»; «Salas de Asilo»; «Origen de los aguinaldos»; «El Panteón Nacional francés»; «El teatro de Burdeos»; «La columnata del Louvre».

Año 1838.—«Reglamento para la Caja de Ahorros de Madrid».

Año 1839.—«Instrucción para el establecimiento y orden económico de la Caja de Ahorros»; «El cuartel de inválidos»; «La novela» (este estudio lo reprodujo el autor en su discurso de recepción de la Academia, ya publicado en *Algo en prosa y en verso);* «D. Juan Meléndez Valdés»; «El teatro del Liceo».

Año 1840.—«D. Pedro Calderón de la Barca»; «Crítica de la comedia *Del mal el menos*, de D. Tomás Rodríguez Rubí»; «Las castañuelas en París».

Año 1841.—«Crítica de las poesías de D. G. Romero Larrañaga»; «Del ramo de librería en España».

Año 1842.—«Crítica de las poesías andaluzas de D. Tomás R. Rubí»; «Escuelas de párvulos»; «D. Ventura Rodríguez».

«**La Ilustración, periódico universal**», *dirigido por D. Ángel Fernández de los Ríos.*

Abundan también los artículos del autor, no comprendidos en sus libros, ni en esta compilación.

He aquí varios de ellos:

Año 1850.—«Custodia para la Catedral de Arequipa, por el Sr. Moratilla»; «Facsímiles de las firmas de algunos célebres literatos contemporáneos»; «Iglesia nueva de Chamberí».

Año 1851.—«Los telégrafos en España»; «La Petra Cámara y el Sr. Ruiz»; «Isabel ó el Dos de Mayo», novela (incluída en alguna edición de *Las Escenas*); «Gacetilla de la capital»; «Revista semanal»; «De jueves á jueves»; «La feria en la calle de Alcalá»; «*Crónicas matritenses* de los meses de Octubre y Noviembre».

Año 1852.—«*Crónicas matritenses*, de los meses de Diciembre á Mayo», firmadas por *El Cronista;* todas ellas á contar desde la *Gacetilla de la capital*, correspondiente á Junio anterior, las incluyó el autor con el título, «Un año en Madrid», «De Santiago á San Juan», en su obra *Tipos y caracteres*, 1881.

Año 1853.—«Rebusco de poesías inéditas ó poco conocidas, de varios escritores»; «*Crónicas matritenses* de todos los meses del año», firmadas, como las anteriores, por *El Cronista.*

Algunas de las razones tenidas en cuenta, para la omisión de los anteriores trabajos, hízonos prescindir de varios inéditos ya mencionados. A pesar de ello, el creer que las refundiciones del teatro antiguo y el ensayo dramático, merecían conocerse, por su belleza y el rasgo nuevo que añaden á la figura literaria de nuestro querido padre, nos determinó á dedicarlas parte considerable de estas páginas, por más que dichos trabajos, como los demás inéditos incluídos, se hallasen, en rigor, fuera del título y objeto de esta obra.



«EL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL»

Como complemento de la bibliografía de Mesonero Romanos, tal vez podrá ofrecer cierto interés la siguiente ligera reseña histórica entresacada de los abundantes papeles por aquél conservados.

Sabido es que fundó este periódico en 1836, inspirándose en los similares del extranjero que estudiara en su primer viaje por Francia é Inglaterra, y no hay para qué repetir el objeto de la publicación y las razones que le movieron á emprenderla, expuestos hermosamente en el *prospecto*, que se inserta en el primer volumen de esta compilación.

Baste decir, que el propósito, casi temerario, de empresa tan absolutamente nueva, en plena guerra civil, lo acometió nuestro padre valiéndose del fabricante de papel é impresor de cámara D. Tomás Jordán, el cual, con los grandes elementos de su industria, podía contribuir á la aplicación del grabado en madera á las publicaciones periódicas, idea absolutamente desconocida entre nosotros y que entonces se realizó por primera vez.

Ninguna puede disputar al *Semanario* el ser cuna de las ilustradas españolas de esta clase, pues *El Artista*, que fundaron meses antes D. Federico y D. Pedro Madrazo, se valió sólo de la litografía, procedimiento desarrollado hacía poco, por el padre de dichos señores D. José, en el *Real Establecimiento Litográfico.*

Pero si el *Semanario*, ocupa una página de sumo interés dentro de la historia de nuestro arte y de las industrias tipográficas, quizá ningún otro periódico le superó en la parte literaria, por la importancia de sus trabajos y la variedad infinita de materias, que aún se consultan con provecho y se citan con frecuencia en toda clase de libros. Especialmente en cuanto se refiere á literatura, crítica, historia, biografía y arte, su obra de vulgarización y cultura popular no ha sido aventajada, completando de modo inestimable el *Viaje de España*, de Pouz, en la descripción y casi descubrimiento, de nuestros monumentos artísticos, hábilmente confiada á las personas más conocedoras de cada localidad, verdaderas especialidades en todo lo referente á su vida, historia y riquezas arquitectónicas.

Cuanto á las materias puramente literarias, á las creaciones del ingenio, notorio es que en el *Semanario* se dieron á conocer ó acrecentaron su fama, escritores como Zorrilla, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Rubí, Molins, Carderera, Tassara, Vedia y otros de los más notables.

Pero volviendo al esbozo del *Semanario, por dentro*, á su nacimiento y vida íntima, bastará decir que Mesonero, reservóse la dirección y casi la redacción única, según se infiere de los escasos papeles que de estos primeros días del periódico conservaba. Jordán, por su parte, encargóse de la impresión y de la administración, la cual quedó instalada en su librería de la Puerta del Sol.

Pero esta primera organización del *Semanario*, tuvo breve término, pues en Junio de 1838, ó sea á los dos años de su aparición, recabó Mesonero, la absoluta independencia de su empresa, no obstante lo cual el periódico continuó tirándose en la misma imprenta. Sin interrumpir un solo día la vida del mismo, dióle entónces nueva y más amplia organización, dentro de la modestia y prudente cálculo que exigía una empresa tan limitada.

Instalóse, pues, la administración en la calle de la Villa, núm. 6, con vuelta á la plaza de la Cruz Verde y calle de Segovia, finca histórica ya por haber en ella vivido el ilustre arquitecto D. Ventura Rodríguez, y la cual pertenecía á Mesonero, quien no tenía en ella su habitación, sino en otra de la que también era condueño con su cuñado D. Casimiro León y Rico, en la calle Angosta de San Bernardo, 27, hoy de la Aduana, que describió en su artículo de las *Escenas*, «Mi calle».

Las oficinas ocuparon primeramente el principal, pero más tarde, desarrollándose el periódico, hubieron de extenderse á los pisos segundo y tercero, destinados á archivo, habitación de dependientes, etc., cuyos tres cuartos, por cierto, representaban una renta de 300 reales mensuales.

Cuatro personas constituían el personal burocrático: el administrador, un traductor, un escribiente y un mozo, dentro de cuyo menguado presupuesto de 850 reales al mes, tuvo el acierto Mesonero, de confiar los primeros puestos á tres hombres utilísimos y laboriosos, D. Benito de la Peña, que llegó á ser alto funcionario público, D. Mariano Rementería y D. José Losáñez, autor más tarde de una apreciabilísima *Guía de Segovia* y catedrático de su Instituto. Dedúcese de los papeles de Mesonero, que redacción, propiamente, de plantilla y sueldos fijos, no la había, sino una colaboración de varios escritores, siendo muy asidua, desde los comienzos, por parte de Roca de Togores (luego Marqués de Molins), don José de la Revilla, crítico ilustre y padre del célebre D. Manuel, Eugenio de Ochoa, Gregorio Romero Larrañaga, Clemente Díaz, Antonio María Segovia (*el Estudiante*), Bermúdez de Castro, Coello, Enrique Gil y alguno más, difícil de descubrir por la costumbre de publicar anónimos los trabajos ó con iniciales, aunque es indudable que entre ellos figuraron también otros escritores discretos, pero de menor reputación, como Juan Colón, Nicolás Magán y Rafael Monje.

La remuneración resentíase, como es consiguiente, de la modestia de la tentativa, siendo el tipo general el de 80 reales artículo, según aparece en no pocos recibos de todos los citados y de Andueza, Carderera, Navarro Villoslada, Vicente de la Fuente, Vicente y Caravantes, Antequera, etc. Otros no estimaban tan módicamente sus escritos; sirvan de ejemplo Gil y Zárate, cuyas minutas eran de 160 reales por trabajo, y Segovia (*el Estudiante*), que llegaba á percibir hasta 200 y nunca menos de 150, por cada uno de los suyos, cantidad ya no tan distanciada de las tarifas literarias de hoy, si es que no las exceden habida consideración á la época del *Semanario*.

El considerable número de estos recibos y asientos demuestra, además, que, poco ó mucho, los escritores conseguían casi siempre algún fruto de su trabajo, costumbre literaria no muy escrupulosamente observada hoy.

Análogos términos ofrecían las minutas de dibujantes y grabadores, cuyas obras eran de muy distinto mérito, sobre todo en los comienzos del periódico. Alenza, descollaba entre ellos á infinita altura, y eso que la mayor parte de sus composiciones, interpretadas por aquellos toscos y vacilantes buriles, quedaban maltrechas, perdiendo su chispeante expresión y línea delicadísima. En varios dibujos suyos, que poseemos, pueden apreciarse, cotejándolos con sus grabados respectivos, lo desconocidos y aun mutilados, que salían de manos de los grabadores, pese á las reprimendas del director del *Semanario*, quien los excitaba constantemente á estudiar los grabados extranjeros que había traído de sus viajes. Pero mientras llegaron á aprovechar tales lecciones, el insigne Alenza, húbose de resignar á ser su víctima, con no poco pesar de nuestro padre, que más de una vez sólo se atrevió á publicar sus desfiguradas composiciones, previa la autorización del artista, como aparece por escrito al pie del primoroso dibujo de una manola, que conservamos, y cuyo grabado es verdaderamente horrible. Por fortuna para estos grabadores, sus primeras obras son anónimas casi siempre, cosa que no sucede luego, cuando llegaron á ser apreciadísimos y maestros de los que brillaron en nuestros días.

Esos trabajos alternaban, al principio, con los clichés extranjeros, que, procedentes del *Magassin Universel* y *Magassin Pittoresque* y otros, proporcionaba la librería de Poupart; pero, poco á poco, la ilustración fué haciéndose nacional exclusivamente. La remuneración de obras tan medianas no podía ser excesiva. No extraña, pues, que Calixto Ortega, Vicente Castelló, Juan Castilla, Jesús Avrial, Rodríguez, Marquerie, Batanero, y el mismo Clemente Díaz, que también manejaba el buril, aunque mucho peor que la pluma, y los dibujantes Bravo, Zarza, Palmaroly (padre), Carderera, Velasco, Neira, Villaamil y Miguel del Rey, cobrasen á 30, 40 y 60 reales sus retratos y reproducciones de monumentos, tales, en ocasiones, que aún parece excesivo el precio, sobre todo cuando el propio Alenza, estimaba los suyos con idéntica parsimonia. Pero en trabajos de mayores dimensiones, belleza ó importancia, solían recibir 120, 160, 200 y hasta 240 reales, precios

no tan distanciados, como la belleza de las ilustraciones, de los que usan los *Semanarios* modernos, cuyo precio y tirada es, al menos, seis ú ocho veces mayor que el suyo. Porque ha de tenerse en cuenta, además, que el periódico costaba cuatro reales mensuales ó más bien tres, pues el precio anual era de 36, y que su tirada no excedía, por aquellos años, de unos 2.000 á 3.000 ejemplares, de los cuales poquísimos se vendían al menudeo, así por falta de costumbre como por el precio de *diez cuartos* señalado al número suelto. Esta estrecha margen para un periódico con más de 200 grabados y 800 páginas al año, explica aquella relativa baratura, en armonía, además, con las condiciones de la época. Así y todo, el estado de gastos del primer año de su propiedad, cuando los suscriptores andaban alrededor de 2.500, ascendía á más de 84.000 reales (45 400 imprenta y papel, 17.000 redacción é ilustraciones, 21.800 administración, correo, casa y varios). Este presupuesto de gastos, aún hubo de aumentar considerablemente en lo sucesivo, si bien compensado por el crecimiento de suscriptores, que llegó, bastante después, al número, inusitado entonces, de 5.000.

Desde la nueva organización, el periódico perdió el aspecto de álbum de variedades, especie de mosaico de sueltos y viñetas, menudeando ya, los trabajos extensos en verso y prosa, con las firmas de Zorrilla, Gil Zárate, Rubí, Hartzenbusch, Miguel Agustín Príncipe, José de Somoza, Andueza, Antonio Benavides, Ramírez y las Casas-Deza, José María de Quadrado, Mateo Seoane, Leopoldo A. de Cueto, Carderera, etc., etc., y sobre todo del propio Director y propietario, que en esta época, como desde el principio, llenaba casi números enteros, con sus *Escenas matritenses*, muchas de las cuales se publicaron allí por primera vez, con sus críticas literarias ó teatrales, artículos humoristicos, biografías, trabajos históricos y descriptivos de la corte, poesías satíricas y sus estudios acerca del Teatro Español.

Cansado ya de tan abrumadora labor (ó más bien para dedicarse por completo á ampliar estos estudios bibliográficos en la Biblioteca de Autores Españoles y á terminar los del *Antiguo Madrid*), cedió á fines de 1842, en 10.000 reales la propiedad á D. Gervasio Geronella, quien lo dirigió hasta últimos del 44.

Tras de una anónima dirección en 1845, que puede suponerse fué la del Sr. Lalama, encargáronse de ella D. Francisco Navarro Villoslada y D. Angel Fernández de los Ríos, y de la artística el grabador Castelló, pero esto sólo duró el año 46; desde el 47 al 55, estuvo al frente el citado Fernández de los Ríos, por cuyos ruegos insistentes volvió el *Curioso Parlante*, á colaborar de un modo muy activo, hasta que saliendo de las manos del citado Fernández de los Ríos, pasó á las de D. Eduardo Gasset, y vino á morir en las de D. Manuel de Assas, á fines del 57, después de veintiún años de vida, aquella institución literaria y artística, tan fecunda para la instrucción general.

Asombra, ciertamente, al consultar sus papeles, la labor económica y de

organización del fundador, que al mismo tiempo llevaba tan ímproba carga intelectual; pero que el resultado de ésta y de aquélla gestión administrativa modelo, no guardó proporción con su magnitud y mérito, demuéstranlo sus estados y cuentas formados con la misma soltura y claridad con que trazaba sus artículos. Por ellos se ve que el producto líquido de los siete años de su dirección fué de 166.971 reales, no llegando, por tanto, á 24.000 anuales, lo que percibió como remuneración por su fecunda obra literaria, el ímprobo trabajo de una complicada industria y el natural interés del capital expuesto á no pequeños riesgos, menguada recompensa, muy distante, en verdad, de la que pudiera prometerse y de la que entonces y luego imaginaron muchos.

ÍNDICE

DE ESTE SEGUNDO Y ÚLTIMO TOMO

Páginas.

Refundiciones del teatro antiguo y comedia original inéditas.

Historia y crítica dramáticas.

Biografía.

Poesía.

Miscelánea.

Documentos y datos biográficos.

Bibliografía.

ERRATAS

TOMO I

PÁGINAS	LÍNEA	DICE	DEBE LEERSE
XI (Nota)	1.ª	D. Arturo Cotarelo	D. Emilio Cotarelo
Idem (Idem)	9.ª	inclusive	para incluirse
XIV	15	años de su vida	días de su vida
4 (Nota)	7.ª	otras	otros
Idem (Idem)	12	Eugenio Hartzenbusch	D. Eugenio Hartzenbusch

TOMO II

PÁGINAS	LÍNEA	DICE	DEBE LEERSE
162	8.ª	Biblioteca Universal	Biblioteca Municipal
557	29	Lute	Lutero
573 (Nota)	2.ª	los	las
Idem (Idem)	3.ª	que ofrecen	por la curiosidad que ofrecen